

EL M / DICO DE CUERPOS Y ALMAS

TAYLOR CALDWELL

^ NDICE: ^ NDICE:

PROLOGO

PRIMERA PARTE

CAP^ TULO I
CAP^ TULO II
CAP^ TULO III
CAP^ TULO IV
CAP^ TULO V
CAP^ TULO VI
CAP^ TULO VII
CAP^ TULO VIII
CAP^ TULO IX
CAP^ TULO X
CAP^ TULO XI
CAP^ TULO XII
CAP^ TULO XII
CAP^ TULO XIV
CAP^ TULO XV

SEGUNDA PARTE

CAP^ TULO XVI
CAP^ TULO XVII
CAP^ TULO XVIII
CAPITULO XIX
CAPITULO XX
CAP^ TULO XXI
CAP^ TULO XXII
CAPITULO XXIII
CAP^ TULO XXIV
CAP^ TULO XXV
CAP^ TULO XXVI
CAPITULO XXVII
CAP^ TULO XXVIII
CAP^ TULO XXIX
CAPITULO XXX

TERCERA PARTE

CAPITULO XXXI
CAPITULO XXXII
CAPITULO XXXIII
CAP^ TULO XXXIV
CAP^ TULO XXXV
CAP^ TULO XXXVI
CAP^ TULO XXXVII
CAP^ TULO XXXVIII

CAPITULO XXXIX
CAP ^ TULO XL
CAPITULO XLI
CAPITULO XLII
CAP ^ TULO XLIII
CAP ^ TULO XLIV
CAPITULO XLV
CAPITULO XLVI
CAP ^ TULO XLVII
CAPITULO XLVIII
CAP ^ TULO XLIX
CAPITULO L
CAP ^ TULO LI
CAP ^ TULO LII
CAP ^ TULO LIII
CAP ^ TULO LIV

PROLOGO PROLOGO

Este libro ha estado elaborndose durante cuarenta y seis aos.

La primera versin fue escrita cuando yo tena doce aos, la segunda a los veintids aos de edad, la tercera a los veintis y durante todo este tiempo nunca dej de trabajar en la obra.

Desde mi niez, Lucano o Lucas, el gran apstol, ha sido una obsesin para m. Fue el nico apstol que no era judo. Nunca vio a Cristo.

Todo cuanto est escrito en su elocuente aunque mesurado Evangelio lo supo de odas, por testigos de Cristo, de su Madre, de los discpulos y de los apstoles. Su primera visita a Jerusaln tuvo lugar un ao despus de la Crucifixin.

Y sin embargo fue uno de los apstoles ms importantes. Al igual que Saulo de Tarso, conocido ms tarde por Pablo, el Apstol de los Gentiles, crey que Nuestro Seor haba venido no slo para los judos sino tambin para los Gentiles . Tena mucho en comn con Pablo, por que Pablo tampoco haba visto nunca a Cristo. Cada uno de ellos recibi una revelacin individual. Los dos hombres tuvieron dificultades con los primeros apstoles porque stos creyeron testarudamente y durante un tiempo considerable que Nuestro Seor se encarn y muri para salvar slo a los judos y se mantuvieron en esta creencia incluso despus de Pentecosts.

Y Por qu me ha obsesionado siempre San Lucas y por qu le he amado desde la niez? No lo s. Ante esta pregunta slo s citar una frase de Nietzsche: Se oye —ni se busca ni pregunta quin da— no he podido elegirlo por m mismo.

Este libro trata de Nuestro Seor solo indirectamente. Ninguna novela ni libro histrico puede narrar la historia de su vida tan bien como la Santa Biblia. Por lo tanto la historia de Lucano, o San Lucas, es la historia de la peregrinacin de todos los hombres, que a travs de la desesperacin y la vida en tinieblas, el sufrimiento y la angustia, la amargura y la pena, la duda y el cinismo, la rebelin y la desesperanza han llegado a los pies y la comprensin de Dios. La bsqueda de Dios y la revelacin final son las nicas cosas que dan sentido a la vida del hombre. Sin ellas el hombre vive como un animal irracional, sin consuelo ni sabidura y toda su vida es vana, sin que lo evite su posicin social, poder o nacimiento.

Un sacerdote, que nos ayud a escribir el libro, afirm que San Lucas fue el primer trovador de Nuestra Seora. Unicamente a San Lucas revel Mara el Magnificat, que contiene las ms nobles palabras escritas en cualquier literatura. El am a Mara ms que a ninguna otra mujer en su vida.

Mi esposo y yo hemos ledo ms de mil libros acerca de San Lucas y de su poca; y al final de esta novela se da una nota bibliogrfica para quien quiera que desee continuar leyendo sobre el tema. Si el mundo de San Lucas parece sorprendentemente moderno al lector, es porque as fue en realidad.

Este libro puede que no sea el mejor del mundo pero ha sido escrito con amor y devocin hacia nuestros prjimos y, por este motivo, lo ponemos en sus manos, porque su contenido concierne a toda la humanidad.

Casi todos los acontecimientos y detalles de los primeros aos de San Lucas, de su edad juvenil y de su bsqueda, as como los que se refieren a su familia y a su padrea adoptivo, son histricos. Hay que recordar siempre que por encima de todo San Lucas fue un gran mdico.

Cuando la autora de esta obra tena doce aos, encontr un libro escrito por una monja de Antioqua que contena muchas leyendas y tradiciones oscuras acerca de Lucas, incluyendo muchos milagros al principio desconocidos como tales, incluso para l mismo, realizados antes de su viaje a la Tierra Santa. Algunas de estas leyendas provienen de Egipto, otras de Grecia y han sido incluidas en esta novela. Por entonces Lucas

no saba que era uno de los elegidos de Dios no que alcanzara la santidad.

El poderoso y esplndido imperio babilnico no resulta familiar para muchos lectores, no lo son los conocimientos de entonces en la medicina y la teraputica de los sacerdotes-mdicos, como tampoco su ciencia, todo lo cual fue heredado por los egipcios y los griegos. Los cientficos babilnicos conocaban las fuerzas magnticas y las saban usar. Estas cosas se hallaban en los miles de volmenes de la maravillosa Universidad de Alejandra, que fue quemada por el emperador Justiniano, varios siglos despus, en un arrebatado de celo mal entendido. La medicina y la ciencia moderna empiezan ahora a redescubrir estas cosas. La poca presente es ms pobre de lo que hubiese sido, de no haber mediado el furor de Justiniano. Si la ciencia y la medicina babilnica hubiesen llegado hasta nosotros por medio de una tradicin ininterrumpida, nuestro conocimiento del mundo y los hombres sera ahora mucho ms amplio de lo que es actualmente.

No hemos descubierto an cmo los babilnicos iluminaban sus velas con un fuego fro ms brillante que la luna, no cmo hacan lo mismo en sus templos. Aparentemente conocaban algn medio para usar la electricidad que nos es desconocido a nosotros, y que no era, adems tan burdo como los nuestros. Se nos menta que usaban navos terrestres, iluminados por la noche y capaces de alcanzar grandes velocidades. (Vase el libro de Daniel). Tambin sabemos que usaban piedras raras o alguna clase de mineral para la cura del cncer.

Tenan gran experiencia en el uso del hipnotismo y en la medicina psicosomtica. Abraham, que haba residido en la ciudad de Ur, en Babilonia, transmiti a los judos el conocimiento de la medicina psicosomtica y stos la usaron durante siglos. Los Magos los hombres sabios de Oriente, que llevaron ofrendas al Nio Jess, eran babilnicos, aunque por entonces aquella nacin haca tiempo que haba entrado en una gran decadencia.

En los puntos en que los eruditos difieren respecto a algunos incidentes narrados en este libro, a los detalles histricos, he tomado la teora ms probable. Tan slo he usado el Evangelio de San Lucas, sin referirme a cuanto aparece en los de San Mateo, San Marcos y San Juan.

Deseo expresar mi gratitud al doctor George E. Slotkin de Eggertville, N.Y. urlogo famoso y profesor emrito de la Escuela de Medicina de Buffalo, N.Y., por su valiosa ayuda en el campo de la medicina antigua y de la moderna.

TAYLOR CALDWELL

PRIMERA PAR PRIMERA PARTE

TE

Sin Duda Dios escoge a sus siervos al nacer,
O quizs incluso antes de nacer.
EPICTETO

CAPITULO CAPITULO I

I

Lucano nunca estaba seguro de si senta o no cario por su padre. Una cosa s era cierta: que senta l stima por l. Los hombres sencillos y sin pretensiones podan ser admirados. Los hombres sabios podan ser honrados. Pero su padre no era ni sencillo ni sabio.

Los contables y archiveros ocupan un lugar importante en la vida, especialmente cuando son diligentes y conocen la importancia exacta de sus cargos, sin pretender que poseen dones especiales. No les favorece hablar de hombres inferiores en tono culto y superficial. Pero la madre de Lucano sonrea tan tierna y dulcemente cuando su esposo expresaba estos ridculos prejuicios, que su compasin anonadaba a su hijo.

Adems exista la costumbre que Eneas tena de lavarse las manos en leche de cabra frotando cuidadosamente el blanco liquido por todas las arrugas, grietas y coyunturas. A la edad de diez aos, Lucano haba comprendido que su padre no trat aba nicamente de suavizar y blanquear sus manos sino que intentaba borrar las huellas de una anterior esclavitud. Esto irritaba a Lucano, porque incluso entonces saba ya que cualquier clase de trabajo no degradaba a menos que fuese degradante en la mente de quien lo realizaba. Pero cuando Eneas agitaba delicadamente sus manos hmedas en el aire suave de Siria para secarlas; Lucano poda ver las zonas desfiguradas en las palmas y la desagradable gran cicatriz sobre el dorso de la grcil mano derecha y entonces una oleada de piedad le inundaba con un vago sentimiento de amor. Sin embargo, su comprensin era an pueril.

Eneas alcanzaba su mxima estatura moral cuando, un poco antes de la cena, ofreca la acostumbrada libacin a los dioses. Lucano le contemplaba entonces con una veneracin inexpresable.

La voz de su padre, suave, dbil y fina por lo general, se haca humilde y vacilante. Senta gratitud hacia los dioses porque le haban liberado, porque haban hecho posible aquella pequea y agradable casa, con sus jardines de palmeras, flores y rboles frutales, porque le haban levantado del polvo y concedido autoridad sobre otros hombres. Pero el momento ms solemne, para Lucano, era cuando Eneas llenaba de nuevo la copa de vino y con una reverencia incluso mayor, ofreca el rojo liquido, lenta y cuidadosamente, con palabras de casi inaudible suavidad Al Dios Desconocido.

En aquellos momentos los grandes ojos azules de Lucano se llenaban de lgrimas. El Dios Desconocido. Para Lucano aquella libacin no era slo una antigua costumbre de los griegos Era un saludo mstico, un rito universal. Lucano contemplaba la cada de las gotas de rub y su corazn se estremeca con una casi insoportable emocin, como si contemplase el derramamiento de sangre divina, la ofrenda de un inescrutable Sacrificio.

Y Quin era el Dios Desconocido, innominado? Eneas sola contestar a esta pregunta de su hijo: era una antigua costumbre de los griegos verificar aquel rito dedicado a /l y era necesario mantener las costumbres civilizadas de los griegos cuando se viva entre brbaros romanos, a pesar de que estos brbaros dominaban el mundo. Sus arrugadas manos se unan en un inconsciente gesto de homenaje y su delgado rostro, insignificante y ordinario, adquiria distincin y gravedad. Entonces era cuando Lucano estaba seguro de que amaba a su padre.

Lucano haba sido cuidadosamente educado por su padre acerca de los dioses, a quienes denominaba con nombres griegos y no con los groseros nombres que empleaban los romanos. A pesar de sus nombres poticos y amables eran para Lucano hombres que haban crecido hasta transformarse en seres gigantescos e inmortales, dotados de las mismas cualidades de crueldad, lujuria, rapacidad, odio y malicia que los hombres. Pero el Dios Desconocido no pareca poseer los mismos atributos que el hombre, ni sus vicios o virtudes. Los

filosofos han enseñado que /l no puede ser comprendido por el hombre, haba dicho en cierta ocasin Eneas a su hijo. Pero es todo poderoso, omnisciente y omnipresente, patente en todo cuanto tiene ser, sean vegetales, animales u hombres. As lo afirmaban los inmortales pensadores de nuestro pueblo.

—El chico es muy serio para su edad —dijo Eneas en cierta ocasin a su esposa Iris-. Sin Embargo, no hemos de olvidar que su abuelo, mi padre, era poeta y, por lo tanto, no debo censurar al nio.

Iris saba que el abuelo poeta era una de las ms patticas invenciones de su esposo, pero asinti demostrando estar de acuerdo.

—Si, nuestro hijo tiene alma de poeta. Aunque lo veo y oigo jugar alegremente con la pequena Rubria; persiguen a las ovejas juntos y juegan al escondite entre los olivos; a veces sus ruidosas risas son escandalosas. —Al decir esto contemplaba cariosamente como su esposo levantaba su alargada cabeza con importancia e intentaba fruncir el ceo.

—Espero que no abandone sus estudios. Con todo el respeto hacia mi patrono, me cuesta olvidar que es un brbaro romano y que su hija no puede ofrecer a mi hijo ninguna diversin intelectual.

—Y aadi rpidamente:

—Sin embargo debemos recordar que slo tiene diez aos y la pequena Rubria es an ms joven. ¿Dices que siempre juegan juntos, querida ma? No me he dado cuenta; claro que estoy siempre ocupado, desde que amanece hasta que anochece, en la casa del tribuno.

—Lucano ayuda a Rubria en sus deberes escolares. —Iris se ech para atrs un dorado rizo que caa sobre su frente—. Es una pena que el noble tribuno Diodoro Cirino no te emplee en ensearla.

Eneas asinti y bes suavemente la frente de su esposa con agradecimiento.

—Pero, ¿Quin cuidara entonces de los negocios romanos en Alejandra, de llevar el control, de supervisar a los encargados de los esclavos? ¿Ah, estos avarientos e insaciables romanos! Roma es un abismo en el que toda la riqueza del mundo se hunde sin un solo sonido, un abismo del que nunca ha surgido ni surgir ni una nota de msica.

Iris se contuvo de mencionar ante su esposo a Virgilio. Eneas sola compararle desdeosamente con Homero.

A Eneas le ofenda que su patrono tan solo fuese un rudo tribuno y no un augustal. Muchos de los tribunos romanos eran augustales pero no Diodoro, que despreciaba a los patricios y cuyo hroe era Cincinato. Diodoro posea una educacin considerable y un gran intelecto; era hijo de una slida y virtuosa familia en la que haban habido muchos soldados, pero mantena la actitud de desprecio de los militares hacia los hombres que prefieren las cosas del intelecto. Se aferraba a las viejas virtudes y afectaba ignorancia de cosas que conoca bien, hablando en los trminos sencillos y rudos de un soldado para quien los libros eran despreciables. A su manera era tan afectado como el propio Eneas. Ambos eran falsos, se deca Iris a s misma con tristeza, pero de una piadosa falsedad. Que Eneas transigiese con el soldado cuyo padre le haba hecho libre y que Diodoro usase deliberadamente un lenguaje incorrecto e hiciese gala de malos modales, eran a fin de cuentas, cosas de poca importancia.

El padre de Diodoro Cirino, un hombre de recta moral y nobles sentimientos, haba comprado al joven Eneas a un conocido, famoso por su extremada crueldad con los esclavos, una crueldad que era infame incluso para una gente endurecida y cnica. Se contaba de l que ninguno de sus esclavos careca de alguna cicatriz, desde los que trabajaban sus campos, viedos o molinos de aceite, hasta las mujeres ms jvenes que tena en su casa.

A pesar de las leyes, no se privaba de sus ansias de matar, para satisfacer sus crueles deseos, o cuando un esclavo le caa en desgracia. Haba ideado formas de tortura y asesinato que le proporcionaban un inmenso placer. Era un augustal de familia orgullosa aunque decadente, de inmensa fortuna y poder, tambn senador, y se contaba que hasta el propio Csar le tema.

Slo un hombre en Roma se atreva a despreciarle pblicamente: el virtuoso tribuno Prisco, padre de Diodoro, querido por las multitudes romanas que, a pesar de su servilismo y adulacin para con los seores, le honraban por sus virtudes militares y por su integridad. La plebe incluso le admiraba por su amabilidad y justicia en el trato de sus esclavos, hecho paradjico entre un pueblo par quien un esclavo era menos que una bestia irracional.

Eneas, el esclavo griego, haba sido uno de los trabajadores de las tierras del Senador y nadie saba seguro como Prisco haba conseguido comprarle, excepto el propio Eneas, quien nunca hablaba de ello. El hecho es que Prisco haba llevado a su casa al herido y quebrantado muchacho, haba llamado a su mdico para que le cuidase y le haba asegurado un lugar en su casa, exigiendo de l tan slo obediencia.

—Todos estamos sujetos a la obediencia —haba dicho Prisco a su nuevo esclavo con severidad—. Yo obedezco a los Dioses y a las leyes de mis padres, y hay motivos para sentirse orgulloso de tal sujecin, porque es voluntaria y obligatoria para todos los hombres honorables. Un hombre sin disciplina es un hombre sin alma.

Eneas era analfabeto, pero rpido y respetuoso y con una inteligencia despierta y ordenada. Prisco, que crea que todos los hombres, incluso los esclavos, deban tener la oportunidad de realizar sus mximas posibilidades, haba permitido a Eneas sentarse en un rincn de la habitacin donde su hijo reciba lecciones. En un periodo de tiempo sorprendentemente corto, Eneas haba alcanzado a Diodoro; su memoria era

asombrosa. No tardó mucho en sentarse por orden de Prisco, a los pies de la mesa en que se sentaba Diodoro y su tutor.

— ¿Tenemos aquí a un erudito griego? —Haba preguntado Prisco al tutor con ironía—. Pero el tutor respondió sagazmente que Eneas no era un erudito sino un joven de clara inteligencia.

A la edad de veinticinco años, Eneas dirigía ya las posesiones de su dueño Prisco, mientras que Diodoro había abrazado la profesión de soldado y estaba de ayudante del procurador de Jerusalén. Eneas también se había enamorado de una esclava, la joven Iris, bella muchacha griega, favorita de la casa, doncella de la esposa de Prisco, educada personalmente por Antonia que sentía por ella el afecto de una madre por su hija. Prisco y Antonia habían presidido los esponsales de los dos jóvenes y les habían hecho innumerables regalos, pero sobre todo, el inapreciable don de la libertad.

Después de la muerte de sus padres Diodoro Cirino volvió a la casa solariega y quedó encantado con su libertino Eneas, porque sus posesiones en Roma se hallaban en perfecto orden. Recordaba a su compañero de estudios como un muchacho vulgar, sin ninguna característica sobresaliente, pero supo reconocer sus cualidades y su honradez, aunque le molestaba ver la petulancia y pequeñas arrogancias que empleaba en el trato con los esclavos que estaban bajo sus órdenes. Sin embargo Diodoro, como hombre inteligente y, en el fondo, compasivo, comprendió que en esta forma Eneas se desquitaba de los años de su propia esclavitud.

El solitario joven romano, que tenía entonces veintisiete años de edad, cinco menos que Eneas, se casó pronto con una joven de sólida familia romana, que poseía sus mismas vigorosas cualidades, pero sin su gran inteligencia. Poco después Diodoro fue nombrado gobernador de Antioquia, en Siria, y llevó consigo a Eneas y a Iris. Allí Eneas encontró un campo más amplio para aplicar su talento meticuloso y preciso en la administración y por primera vez tuvo su propia casa en una finca de los suburbios de Antioquia. Por las tardes soaba con los hombres gloriosos de la antigua Grecia y se identificaba a sí mismo con ellos; leía poemas de Homero y los declamaba en alta voz ante su esposa e hijo. Su conocimiento intelectual, sin embargo, seguía siendo pequeño y escaso. Hablaba de Sócrates, pero los diálogos estaban más allá del alcance de su entendimiento. Sabía muy bien de los personajes menos famosos de Grecia y casi nada de los grandes estadistas de su nación. Servía a los dioses con la misma fidelidad que a Diodoro. Para él eran probablemente la representación de Grecia. Su amabilidad, delicadeza y esplendor le recordaba que sus homónimos romanos eran groseros, lascivos y brutales; alejados de toda sutileza y gracia, simples sombras agigantadas de los propios hombres romanos. Eneas encontraba en sus dioses refugio de las amargas memorias de su esclavitud; en ellos descubrió su propio orgullo porque incluso los romanos les honraban y construían templos y hacían distinciones entre ellos y sus propios dioses.

Eneas hubiese preferido Roma a Antioquia porque aunque desdiseñara a la plebe romana, le gustaba el ajetreo de las calles concurridas, las excitaciones de la ciudad y su ambiente de poder. Antioquia era para él demasiado extranjera, invadida constantemente por ruidosos marineros procedentes de cientos de delegados bárbaros y desconocidos. Sentía por ellos una gran aversión y su presencia le producía una profunda repugnancia. Sin embargo tenía su pequeña casa propia, acogedora, fresca, con brillantes cortinas de algodón, arcos y jardines y lo bastante alejada de la casa de Diodoro para que pudiera hacerse la ilusión de que era un terrateniente por derecho propio. Gran parte del placer que esta situación le proporcionaba se empaquetaba con frecuencia, cuando entraba en contacto con Diodoro y tenía que sufrir en silencio el expresivo y rudo lenguaje del romano.

Diodoro se sentía más sólo en Siria que en Roma. Su esposa Aurelia, una exuberante joven matrona, estaba por entero dedicada a su casa, sus esclavos, su esposo y su joven hija. Era devota y reverente a la manera de las antiguas matronas romanas. Pero carecía de educación, aunque no de astucia, y era poco refinada en comparación con el refinamiento natural, aunque secreto, de su esposo. Sus temas de conversación eran los esclavos, su hija, las últimas modas de Roma, el latrocinio de la servidumbre en la cocina, el clima de Siria y los platos que ella misma preparaba ante las miradas de las cocineras. No hay duda que era una mujer estimable y aunque estaba algo gruesa, su rostro redondo y sonrosado, enmarcado en una exuberante cabellera negra, y sus grandes ojos marrones hacían de ella una mujer bonita. Diodoro escuchaba su charla con satisfacción y luego se retiraba a la biblioteca, para sacar allí sus libros que tenía convenientemente escondidos y entregarse a la lectura hasta la medianoche, mucho después que todos los habitantes de la casa se hubiesen retirado a descansar. Sus aficiones predilectas eran la poesía, la historia y la filosofía. Leía en voz alta, para su deleite, poemas enteros, con voluptuoso abandono a la sonoridad de los cantos y frases.

Por la mente de aquel archimoral romano jamás pasó la idea de buscar placeres sexuales en los burdeles de Antioquia, ni unirse a otros romanos, compañeros de armas, en la ciudad para entregarse al juego, la lucha de gallos o la simple charla. El lugar de un hombre, después de su trabajo, era su hogar, aunque la conversación de su esposa fuese trivial. Bebía muy poco y sólo en la mesa porque creía que la embriaguez era uno de los mayores pecados; su única distracción era, por estas razones, el trabajo.

Aurelia tenía amigas entre las familias romanas de Antioquia, pero eran tan virtuosas y vulgares como ella misma. Criticaban juntas a las mujeres más emancipadas que pertenecían al círculo de sus conocidos y comentaban sus ligerezas con escalofros. Desconocían por completo la depravación de su patria, su corrupción moral y sus vicios, las maneras y costumbres licenciosas y criticaban a otras mujeres por comportarse con una ligereza de costumbres que era en Roma corriente y hasta aceptable. Sus lares y penates era la cosa más importante en sus vidas y sus comadres eran tan inocentes como pueden ser los de

unas colegialas. Sin embargo eran felices; tenían sus hogares, sus hijos, sus maridos y eran industriosas y devotas.

Diodoro Cirino encontraba algún alivio en el trato con los soldados rasos de la guarnición en Antioquia y hablaba con ellos libremente sobre cuestiones militares, con gran humillación y violencia de sus oficiales más jóvenes. Estos se consideraban a sí mismos exilados en aquel país, y soaban con las delicias, placeres y vicios de Roma sintiendo hacia su superior un poco de asombro y secreto desprecio. No dudaban de su honradez, pero esto no les inspiraba respeto; le creían un tonto. Incluso su rígida justicia, que nunca quedaba empañada por la debilidad o el favoritismo, era, para ellos, inhumana. Castigaba a un oficial con la misma prontitud que a un simple soldado de infantería, sin tener en cuenta la importancia de su familia o influencias en Roma. Eneas simpatizaba con ellos y se unía a sus gestos cuando Diodoro daba alguna orden excesivamente rigurosa.

Una de las cosas que había ido demasiado lejos, Diodoro, rodeado de sus oficiales, contemplaba como los esclavos cargaban un barco romano con los frutos de Siria: miel, aceitunas, aceite de oliva, lana y otros muchos artículos. Aunque era en el mes de diciembre y las fiestas saturnales se acercaban, el sol calentaba con una intensidad des acostumbrada; el aire estaba saturado de humedad y las oscuras aguas parecían estar cubiertas de grasa encendida. Los capataces gritaban irritados y el chasquido de sus látigos sonaba incesantemente en el húmedo aire del día. Pero los esclavos, sudando profusamente, languideaban en su tarea. De pronto, emitiendo una maldición de impaciencia, Diodoro había abandonado la mesa instalada en el muelle donde Eneas anotaba cuidadosamente el número de barriles y fardos embarcados y había cargado sobre sus hombros una gran caja con la misma facilidad que si hubiese sido un pequeño corderito. Ascendió en dos zancadas por la plancha del barco y colocó la caja, con un movimiento rápido y preciso, en el lugar que correspondía entre los fardos. Después, se había erguido sonriendo con satisfacción.

Los oficiales parpadearon asombrados; Eneas miró delicadamente hacia otro lado; los soldados contemplaron a su jefe con asombro y los capataces y esclavos quedaron petrificados. Pero Diodoro, flexionando sus músculos y respirando profundamente, había exclamado:

— ¡Vamos, el ejercicio es saludable para el alma!

Eneas, como buen griego, sentía un profundo desprecio y aversión por toda clase de trabajos manuales y este episodio le había hecho estremecer. Pero tanto él como los demás se sintieron anonadados cuando Diodoro dirigiéndose a los esclavos gritó:

— ¡Sois hombres o gusanos enfermos? Esto ha de estar cargado antes de la puesta del sol o tendréis que trabajar a la luz de las antorchas. ¡Vamos, moveros como hombres decididos y acabemos de una vez!

De nuevo se había inclinado sobre un barril y lo subió rodando por la plancha mientras los músculos de sus hombros y piernas resaltan como si fuesen a estallar. Era evidente que se estaba divirtiendo.

Los látigos pusieron a los esclavos en movimiento, pero estimulados por el ejemplo de Diodoro aceleraron su trabajo. El romano empezó a cantar roncamente una canción con ritmo de marcha y los esclavos rieron y cantaron con él. Mucho antes de la puesta del sol la nave estaba cargada. Ni un solo oficial, ni un soldado había participado en la tarea, porque Diodoro, con una mirada despectiva había rechazado sus ofrecimientos.

Después Diodoro había vuelto a reunirse con sus oficiales mientras se secaba el sudor con el pañuelo, que uno de ellos le había ofrecido y contemplaba con satisfacción el barco a punto de zarpar.

El capitán de la nave se había acercado a él con respeto y asombro y Diodoro le había dicho con rudeza:

— ¡Di a los afeminados de Roma que Diodoro Cirino, hijo de Prisco, ayude a cargar este barco! Díles, cuando veas como se perfuman con nardo y esencia de rosas, escuchan música y se entretienen con otras delicadezas, que hoy has visto a un romano trabajar tal como antaño trabajaban los romanos y tal como habrán de trabajar si Roma quiere sobrevivir y no perecer en medio de jarrones floridos, cantantes, vino y elegancias.

Después, volviéndose hacia sus oficiales —que estaban avergonzados por la actitud de su jefe— había maldecido violentamente y exclamado de nuevo:

— ¡Dónde están vuestros callos y cicatrices, vuestros músculos y piel tostada? Sois todos muy delicados. ¡Sabéis lo que es la guerra, el trabajo y los hombres que viven con sobriedad y fortaleza? ¡Al infierno con todos vosotros! ¡Por Mercurio que sois menos hombres que esos pobres esclavos!

Estas palabras eran imperdonables. Los esclavos murmuraban entre ellos y los rostros de los romanos se oscurecieron amenazadores. Pero ninguno se atrevió a replicar. Diodoro era capaz de golpear el rostro de cualquier imprudente a la vista de todos; lo había hecho más de una vez, incluso ante soldados rasos y esclavos.

Por desgracia para ellos, Diodoro aún no había terminado.

— Cincinato, deja su arado para salvar a Roma y no se entretuvo ni siquiera en lavar sus manos o poner sandalias en sus pies cubiertos de polvo. Más ninguno de vosotros dejará los brazos de una puta siria para salvar la vida de un hombre o mantener en su jurisdicción la ley de Roma.

Bruscamente se había vuelto hacia su caballo atravesando el muelle y se había lanzado a galope hacia su casa en los suburbios. Dejó atrás su carro para que un oficial lo condujese a sus establos y Eneas fue llevado en él hasta la casa.

Una vez en el hogar Eneas había contado a Iris el horripilante episodio, que su esposa había escuchado en silencio. Eneas esperaba que ella se sintiese anonadada, pero Iris se limitó a decir suavemente, con una de sus encantadoras sonrisas:

—El noble tribuno fue antao mi compaero de juegos en la casa de Prisco. Siempre fue un chico ruidoso; algunas veces me llevaba sobre sus espaldas y pretendía ser Jpiter que, como un toro, raptaba a Europa. Al ver la recelosa expresin del rostro de Eneas haba aadido gentilmente:

—Ah, querido; ramos simples nios entonces.

A veces Eneas no comprenda a Iris y en esta ocasin contest pomposamente:

—Veo que no alcanzas a ver las grandes implicaciones del episodio de hoy, Diodoro habla constantemente de disciplina y, sin embargo, ha humillado pblicamente a sus oficiales ante los soldados y los esclavos. ¿Acaso esto no compromete su autoridad?

Iris comprenda que la ira de Diodoro no iba tanto contra los hombres que dependan de l como contra las costumbres modernas y corruptas de Roma, que para l eran insoportables. Sus hombres haban sido la causa inmediata que haba precipitado la ira concentrada y sorda del tribuno. Por eso asinti ante las palabras de su esposo y dijo:

—Estoy segura de que no volver a repetir una escena as.

—Nunca se puede estar seguro —respondi Eneas — con un hombre tan caprichoso. Confieso que nunca he podido entenderlo.

La furiosa excitacin de Diodoro haba durado durante toda la comida. Le haba contado todo a Aurelia y ella haba asentido con sabidura de esposa, aunque todo el asunto estaba ms all de su comprensin. Despus de or su relato haba dejado pasar unos minutos en silencio y luego haba dicho con ansiedad y como si su esposo no le hubiese dicho nada:

—Nuestra pequea Rubria ha vuelto a toser y escupir sangre y se queja de dolores en las piernas y brazos. El mdico ha ordenado que le demos friegas en la garganta y las articulaciones y hemos conseguido que al fin se durmiese, pero su rostro sigue sofocado. ¿Qu triste es ver sufrir a esta nia, que nunca ha gozado de salud y qu pena tengo, querido esposo, porque slo he podido darte esta dbil corderilla y no unos hijos fuertes!

Diodoro olvid inmediatamente su ira, tom a su esposa en los brazos y la bes. Aurelia no senta repulsin hacia el fuerte olor a sudor que desprendía su esposo, sino ms bien le confortaba su fuerza. Enlaz sus brazos alrededor de su cuello y dijo:

—Pero tengo slo veinticinco aos y puede que los dioses nos concedan an algn hijo. He de ir pronto a Antioqua y ofrecer un sacrificio especial a Juno.

Rubria era la nia de los ojos de Diodoro, aunque crea que slo l conoca esto. Suavemente ascendí las escaleras de mrmol blanco que conducían a las habitaciones de su hija y silenciosamente corri los pesados tapices de roja seda que cubran la entrada.

La nia haba conciliado el sueo gracias a la frescura del temprano anochecer y su aya vigilaba su sueo sentada junto a la cama. La pequea ventana de la habitacin era como un cuadro escarlata y sombras prpuras penetraban iluminando los rincones de la habitacin. Diodoro se inclin sobre su hija y su indomable corazn desfalleci a la vista de la fragilidad de aquella criatura. Aquel color rojizo de su cara, ¿sera el reflejo del sol poniente o era causado por una fiebre siniestra y desconocida? Las largas pestaas negras de la nia temblaban ligeramente, resaltando sobre sus delgadas y enfebrecidas facciones; sus aniados labios ardan. «Aquella tierna paloma tan dulce y querida, llena de alegra y vivacidad an en el dolor! La tosca mano de Diodoro acarici la negra mata de cabello que reposaba sobre la blanca almohada, mientras rogaba desesperadamente a Esculapio que curase a su hijita.

Te ruego, seor de los mdicos, hijo de Apolo, que enves a Mercurio en las alas de la compasin sobre esta nia y que tu hija Higea se muestre propicia a ella. Mercurio, acude pronto en su ayuda porque, ¿no es ella como t, rpida como el fuego, veloz cual el viento y variable como un palo?

Prometi sacrificar un gallo a Esculapio, que prefiera este sacrificio y un par de bueyes blancos a Mercurio, adornados con anillos dorados en sus morros. El terror se apoderó de l al acariciar de nuevo el cabello de Rubria y ver el temblor de las pequeas manos que reposaban sobre la sbana. Haba honrado a los dioses durante toda su vida y sin duda stos no le arrebataran aquella nia de su corazn. Nunca he temido la espada o la lanza, ni a hombre o cosa alguna, se dijo a s mismo, y sin embargo esta noche el miedo debilita mi valor. No es que esta enfermedad sea algo nuevo; ms bien parece como si mi alma temblase ante algún presentimiento.

Renov sus oraciones aadiendo una dedicada a Juno, la madre de los nios. Los dioses de Roma nunca le haban parecido depravados, ni siquiera Jpiter, a pesar de sus aficiones por las doncellas. Se preguntaba perplejo si debiera rogar a Marte, su dios predilecto, el patrón de los soldados. Decidí que no; Marte no comprendera que un soldado considerara la vida de un nio ms importante y preciosa que la misma guerra. Un ruego como el suyo posiblemente inspirara la ira del dios de la guerra. Diodoro volví a rogar fervientemente a Mercurio, el dios de las sandalias aladas y del caduceo.

Cuando volví de nuevo junto a Aurelia sta se hallaba en la antecmara de sus habitaciones, hilando lana con diligencia, a fin de tejer una manta para la nia. Sentada ante la rueca era la verdadera personificacin de una antigua matrona romana, sus pies moviendo rtmicamente el pedal, la mano sobre el huso, el cabello recogido en un moo sobre su redonda cabeza y el rostro serio y absorto.

Sus blancos vestidos caan alrededor de su figura en modestos pliegues y las mangas cubran la mitad de sus voluptuosos brazos. Diodoro vea en ella una figura confortante. En lugar de entregarse a intiles lamentos

por causa de la enfermedad, teja telas de abrigo para la nia. Diodoro acarici su cabeza amorosamente, despues sus labios. El activo pie no disminuy su ritmo aunque Aurelia sonri.

— ¿Por qu no das un paseo por el jardn aprovechando la puesta del sol, querido? Encontrars consuelo all, como siempre.

Su voz era firme y segura.

Diodoro pens en sus libros. Precisamente aquel da haba recibido, por un mensajero especial, un rollo que contena la Filosofa de Filn. Se rumoreaba que Filn era superior a Aristteles. Diodoro no lo crea, pero senta curiosidad y excitacin. De pronto sinti un gran peso y tristeza en su corazn y decidi seguir el consejo de su esposa. El libro poda esperar; se senta demasiado inquieto par poderle dedicar su entera y penetrante atencin.

Sali al patio. Una rojiza curiosidad se extenda por entre las palmeras; el perfume del jazmn ascenda a oleadas en el clido aire del anochecer. Los naranjos y limoneros mostraban su cargazn de dorados y verdes frutos. El zumbido de los insectos llenaba el aire y, repentinamente, un ruiseor rompi a cantar hacia el purpuro cielo. Las piedras blancas colocadas en los bancos de exticas flores estaban inundadas con sombras de heliotropos y una tenue luz iluminaba los arcos de las columnatas que rodeaban el patio. Una fuente, en cuyo centro se alzaba un fauno de mrmol, rumoreaba suavemente mezclando su cancin con la del ruiseor. El color prpura y escarlata de la puesta del sol se reflejaba en la taza de la fuente, que hervia viva con brillantes peces diminutos. Las palmeras rumoreaban ahora movidas por la refrescante brisa que proceda del mar y a travs de las mviles hojas de una, Diodoro pudo ver el radiante parpadeo de la estrella vespertina. Los troncos de los rboles resaltaban contra las altas paredes del patio, semejantes a grisceos fantasmas.

Ningn sonido proceda de la casa que se alzaba a espaldas de Diodoro; los pilares de la misma quedaban difuminados en la media luz y parecían hechos de materia insustancial ms que de mrmol. Diodoro descubri repentinamente que el silencio le oprima, la voz del ruiseor no le extasiaba como sola hacerlo; era una voz que no le consolaba, sino que ms bien le produca melancola; el sonido de la fuente pareca murmurar penas inhumanas. Diodoro, asaltado de nuevo por su soledad, pens en Antioqua y en las fiestas que justamente haban empezado en honor de Saturno. Terminaran como siempre, en un desenfreno general, pero al menos all encontrara el sonido de hombres y mujeres. Pens en cabalgar de nuevo hasta la ciudad y llamar a su lado a unos cuantos de sus oficiales, aquellos que menos repugnancia le producan. Pero saba que les aburrira; ellos queran participar en las exaltadas diversiones y su presencia slo servira para inhibirles. Si al menos tuviese un amigo –pens el solitario tribuno-. Uno slo con quien pudiese hablar, a fin de ahogar la voz del miedo que suena en m, uno con quien compartir una copa de vino y discutir las cosas que a m me preocupan. Un filsofo, o un poeta, o simplemente un hombre sabio.

Oy un pequeo sonido, casi un simple roce, y volvi sobre sus pasos hacia la fuente.

La luz del sol poniente ilumin por un instante las rumorosas cimas de las palmeras y puso al descubierto la dorada cabellera de un nio que con la cabeza inclinada sobre la taza de la fuente, absorto, no se haba percatado de la presencia de Diodoro.

Movindose en silencio Diodoro avanz hacia el nio, que estaba sentado sobre la hierba con su mirada fija en la ventana de Rubria. Cuando Diodoro lleg al lado opuesto de la fuente, exclam para s: Pero si es el joven Lucano, el hijo de mi liberto Eneas. Sintió su corazn embargado por una indefinible nostalgia y pens en su antigua compaera de juegos, Iris, con su ureo cabello, sus maravillosos ojos azules, sus carnes suaves y blancas, su redonda barbilla y elegante nariz griega. Oy, como a travs de un largo y brumoso corredor, el sonido de su risa infantil, las preguntas que sobre l lanzaba de continuo. Iris no haba existido para l, ni siquiera como recuerdo de una compaera de juegos, desde el momento de su matrimonio con aquella pretenciosa y precisa mediocridad que era su esposo Eneas. Pero ahora recordaba que cuando haba estado alejado del hogar en sus campaas, antes de la muerte de sus padres, Iris haba brillado como una estrella en su mente, la dulce e inteligente Iris, la joven esclava de su madre, su doncella predilecta para quien haba sido como una madre.

El, un tribuno joven, ambicioso y osado, procedente de una familia intachable, haba incluso soado en casarse con Iris. Sus padres, estaba convencido, a pesar de su amor por Iris, hubiesen muerto de humillacin si su hijo hubiese condescendido a casarse con una esclava y si ella hubiese respondido a su proposicin con Donde t ests, Cayo, all estar yo, Caya. Y sin embargo, cuando recibí la noticia de su muerte, estando destinado en Jerusaln, su primer pensamiento, despues de haber pasado el primer momento de tristeza, haba sido para Iris. Haba vuelto a Roma y haba encontrado que ella no slo era libre sino que estaba casada y encinta, y desde aquel instante haba alejado sistemticamente el recuerdo de ella de su mente. Sin duda su soledad haba empezado entonces, aunque l crey que era la nostalgia que senta por volver al servicio activo en Oriente.

El patio estaba ahora cubierto de una suave sombra de prpura en la que destacaba la cabeza inclinada de lucana como una dorada luna de verano. Diodoro poda apreciar su bello perfil y pens: Es la misma cabeza de la nia Iris. Nunca le haban interesado los nios, excepto su hija Rubria, y, aunque haba deseado hijos, haba pensado en ellos como jvenes soldados y como herederos suyos. Ahora contemplaba a Lucano, esforzando sus ojos en el coloreado crepsculo, y de nuevo su corazn palpit inundado de ternura.

Lucano permaneca sentado, silencioso e inmvil, contemplando an el borroso cuadro de la habitacin de Rubria. Usaba una tnica blanca y delgada; sus largas piernas, tan blancas que parecían alabastro, estaban dobladas bajo su cuerpo. En sus manos sostenía una gran piedra de extraa forma y tonalidad, variante en la

luz del atardecer. Toda la actitud de Lucano pareca de arrobada adoracin, aunque se mantena en perfecta inmovilidad. Sus sonrosados labios estaban entreabiertos y las cuencas de sus ojos estaban llenas de un extrao azulado. Pareca como si estuviese escuchando algo y Diodoro, supersticioso como eran todos los romanos, le contemplaba con un cierto temor nervioso y con escalofros en la piel.

Habl de pronto en voz alta, dirigiendose a Lucano.

— ¿Eres t, Lucano?

El muchacho no se inmut. Tan slo se movi un poco volviendo su extasiado rostro hacia Diodoro. No se puso en pie; se mantuvo quieto y sentado all con la piedra entre sus manos. Pareca como si no hubiese visto al tribuno.

Diodoro iba a hablar de nuevo, ms speramente, cuando el muchacho sonri y pareci darse cuenta de su presencia por primera vez.

— Estaba rogando por Rubria —dijo, y su voz era la misma voz de Iris cuando era joven.

Diodoro dio la vuelta alrededor de la fuente, vacil, luego se sent sobre sus talones y mir at entamente al muchacho que estaba sentado frente a l en completo abandono y tranquilidad. El tribuno haba cambiado su pesada ropa militar, nada ms llegar a casa, por una tnica suelta de lienzo blanco, la cual recoga con un sencillo cinturn de piel repujado en plata. Bajo el suave material del vestido resaltaba su moreno cuerpo, cuadrado y slido, y sus recias piernas de poderosos msculos. Dobl sus fuertes brazos sobre las rodillas y contempl a Lucano que le sonrea con sencilla serenidad.

Lucano no senta temor ni asombro frente al soldado. Contemplaba el fiero rostro oscuro, rgido y firme, con la misma tranquilidad con que hubiese mirado a su padre. La aguda y saliente barbilla del soldado, o los penetrantes y firmes ojos negros protegidos por negras y espesas cejas no le anonadaban. Pero Diodoro, enfrentado con la misma imagen de la nia que una vez conoci, se daba cuenta de su propia personalidad, su redonda cabeza cubierta de crespo cabello negro, corto y sin brillo y la ruda fuerza de su disciplinado cuerpo.

El chico no tiene nada que hacer en este patio, pens Diodoro automticamente. E inmediatamente se sinti avergonzado por el recuerdo de Iris. Pero ¿qu haba dicho? Estoy rogando por Rubria. Los nios eran compaeros de juego, como lo haban sido l e Iris. Diodoro suaviz su voz:

— ¿Ests rogando por Rubria, muchacho? Ah, ella necesita tus oraciones, la pobre.

— Si, seor —contest Lucano con seriedad.

— ¿A qu dios ruegas? —pregunt Diodoro.

Sin duda —pens—, los dioses se sienten conmovidos por las oraciones de los inocentes. Y este pensamiento alivi un poco su dolor.

— Al Dios Desconocido —contest Lucano.

Las oscuras pestaas del tribuno parpadearon con sorpresa. Lucano estaba diciendo:

— Mi padre me ha enseado que /l est en todos los sitios en todas las cosas. —Extendi la extraa piedra hacia Diodoro con sencillez y aadi—: He encontrado esto hoy. Es muy hermosa, ¿verdad? ¿Crees que /l est aqu y me oye?

CAPITULO II CAPITULO II

Diodoro cogi la piedra gravemente, sentado an sobre sus rodillas. Apenas poda verla ahora en la oscuridad crepuscular, pero not que estaba clida y cuando le dio vuelta entre sus dedos desprendi unos curiosos reflejos de muchos colores que brillaron en la ltima luz del da.

Estaba clida, probablemente debido a que haba estado mucho tiempo entre las manos del nio. Pero su tibieza no disminua a pesar de que el aire se iba enfriando rpidamente. Ms bien pareca aumentar. El supersticioso Diodoro deseaba dejar caer la piedra, pero esto hubiera sido un gesto molesto para el nio.

— ¿Crees t, seor, que /l est aqu y me oye? —repiti Lucano. Tena una voz firme y segura, sin servilismo, voz de un patricio de nacimiento.

— ¿Qu? —dijo Diodoro. De nuevo volvi la piedra entre sus manos mientras la miraba con insistencia.

Diodoro saba todo lo que se deca del Dios Desconocido. Una vez, incluso, en un templo griego le haba ofrecido un sacrificio, aunque los griegos crean que no le eran gratos los sacrificios. ¿Quin ere ese Dios sin nombre? ¿Cules eran sus atributos? ¿De qu hombres era protector? En ningn sitio existan imgenes suyas. ¿Sera el Dios de los judos, acerca del cual haba odo tantas cosas en Jerusaln? Pero saba que los judos le sacrificaban palomas y corderos en una de sus fiestas, la Pascua, guante la primavera. Los judos le llamaban Seor y parecían conocerle muy bien. En su imaginacin Diodoro vea el gran templo de oro y mrmol destacndose contra el multicolor cielo de Jerusaln. Lucano era griego, no judo. Poda ser que los griegos hubiesen odo hablar del Dios de los judos y, como no conocan su nombre, le llamasen Desconocido.

Diodoro movi su cabeza. Una gran luna, como un recipiente lleno de fuego suave, se alzaba ahora tras las palmeras. Su luz llenaba el patio con una cascada de plida luz y las sobras de las palmeras se marcaban distintamente sobre las blancas piedras del suelo y las paredes de la casa y se introducían por entre las columnatas que brillaban como si fuesen de mrmol amarillo. El perfume de los jazmines envolva ahora al

hombre y al nio; los grillos cantaban en la hierba y entre las oscuras flores. En algn lugar invisible un animalito araba las piedras del suelo.

Diodoro record un nombre que oy a un prncipe judo: Adonai. Dirigiendose a Lucano dijo:

— ¿Se llama Adonai?

—No tiene nombre conocido por los hombres, seor —replic el muchacho.

—De todas formas me parece recordar que significa Seor —dijo Diodoro evasivamente—. Es el Dios de los judos.

—Pero el Dios Desconocido es Dios de todos los hombres —replic Lucano con apasionamiento—. No es el Dios de los judos slo, sino de los romanos, griegos, paganos, esclavos, csares y de los hombres salvajes de los bosques y de las tierras desconocidas.

— ¿Cmo sabes t eso, nio? —pregunt Diodoro con una ligera sonrisa.

—Lo s, lo s en mi corazn. Nadie me lo ha dicho —dijo Lucano con sencillez.

Diodoro se sinti extraamente conmovido. Record que los dioses prefieren con frecuencia conceder su sabidura a los nios cuyas mentes no han sido pervertidas ni mutiladas por la vida.

—Algn da —dijo Lucano— yo le encontrar.

— ¿Dnde? —pregunt Diodoro inclinado a la indulgencia.

Lucano haba alzado su rostro hacia el cielo y su perfil fue iluminado por completo por la luz de la luna.

—No s dnde pero lo encontr rar. Oir su voz y le conocer. ¿I est en todos los sitios, pero yo le conocer en particular y ¿I me hablar, no slo a travs de la luna, el sol, las flores, las piedras, los pjaros y el viento, el alba y el ocaso. Yo le servir y le dar mi corazn y mi vida.

La voz del muchacho tena un tono de alegra y de nuevo Diodoro sinti un estremecimiento de supersticin.

— ¿Y le has rogado a favor de Rubria? —pregunt.

Lucano volvi su rostro hacia l y sonri.

— S, seor.

— ¿Pero cmo le llamas cuando le ruegas?

Lucano vacil. Mir a Diodoro como solicitando su comprensin.

— Le llamo Padre —dijo en voz baja.

Diodoro no pudo reprimir su sorpresa. Nadie haba llamado nunca a ningn dios Padre. Era ridculo. Afrentara a los dioses ser invocado con tanta familiaridad por una criatura tan insignificante como el hombre. Si este muchacho hablaba as al Dios Desconocido, quin sabe lo que hara en su divino furor. ¿No descargará su ira furiosamente sobre el objeto de los ruegos? ¿Rubria!

—Ningn hombre —contest Diodoro—, ni siquiera los hijos de los dioses, se atrevieron a llamar a un dios Padre. Es ofensivo. Es cierto que muchos dioses han tenido hijos de hombres y mujeres mortales, pero incluso en estos casos

—Seor, t hablas con enojo —dijo Lucano en un tono de voz que no expresaba temor ni servilismo sino ms bien sentimiento por haber ofendido sin quererlo y deseando ser perdonado—. El Dios Desconocido no se ofende cuando uno de sus hijos le llama Padre. Ms bien se complace.

—Pero ¿cmo sabes t eso, criatura?

—Lo s en mi corazn. Por lo tanto le llamo Padre y le ruego que cure a Rubria; s que ¿I me escucha con inters y que la curar porque la ama.

Un dios amable. Esto era absurdo. Los dioses no eran amables. Eran celosos de su honor, vengativos, remotos y poderoso. Diodoro mir a Lucano. Su primera intencin fue reprender al muchacho y acordarse despus de recomendar a Eneas que castigase a su pretencioso hijo. Las palabras de fro reproche estaban ya en los labios de Diodoro, cuando la luna ilumin de lleno el rostro de Lucano, que apareci transido de un resplandor sobrenatural.

Entonces record lo que el chico haba dicho ¿I la ama. Los dioses no amaban a los hombres. Pedan que les prestasen culto y ofreciesen sacrificios, pero el hombre, como tal, era una cosa insignificante para los dioses.

¿I la ama ¿I. ¿Sera posible que uno de los atributos del Dios Desconocido fuese su amor por los hombres? ¿Oh, qu absurdo! ¿Qu presuncin! ¿Qu estaba haciendo all l, Diodoro, hablando con el hijo de un miserable liberto, como un hombre hablara con un igual?

Diodoro se levant con un movimiento rpido y enrgico.

—Vamos, muchacho, es tarde; te llevar a casa de tus padres.

Se sorprendi de sus propias palabras. ¿Qu significaba este nio, este hijo de Eneas para l? ¿Qu le importaba a l si saba volver a casa o andaba perdido hasta el amanecer? Pero era el hijo de Iris, y de pronto Diodoro dese volver a ver a su antigua compaera de juegos. Adems haba peligro en el perfumado camino que iba de la casa del tribuno hasta las casas de menos categoria.

Lucano se levant y a la luz de la luna Diodoro pudo ver que el muchacho sonrea tristemente.

—Seor, ¿llevas esa piedra a Rubria y la pondrs en su almohada esta noche? Porque parte del Dios Desconocido est contenida en ella.

La piedra, la palpitante piedra. ¿Palpitaba realmente en su mano, la mano de Diodoro, como un lento y reflexivo corazn lleno de misterio? De repente Diodoro dej de tener miedo a la piedra. Un poco avergonzado se dijo a s mismo que era una cosa bonita y extraa y posiblemente gustara a Rubria, que siempre amaba lo

poco corriente. Puso la piedra en una bolsa que colgaba de su cinturón de cuero. Pero Lucano le ofrecía ahora un saquito de lienzo. Diodoro lo tomó; desprendió un olor intenso y silvestre.

—Son hierbas —dijo Lucano—. Las he recogido hoy en el campo, como obedeciendo a una orden. Señor, ordena que un esclavo las mezcle con vino caliente y haz que Rubria lo beba; se le irán los dolores.

— ¡Hierbas! —exclamó Diodoro—. No, ¿cómo sabes que algunas no son venenosas?

—No son venenosas, señor. Para estar seguro, sin embargo, como unas cuantas hace algunas horas y un dolor de cabeza que tenía ha desaparecido.

Diodoro no salió de su sorpresa. Cogió a Lucano por la barbilla y alzó su rostro para estudiarlo, sin saber si debía tomarlo a broma. Pero el muchacho había hablado con autoridad; había dicho: como obedeciendo una orden. Podría ser que el propio Apolo, que debía parecerse mucho al muchacho, de un perfil tan claro, hubiese dirigido al chico. A nadie perjudicaría obrar como Lucano sugiera y Diodoro colocó el saquito de hierbas en su bolsa.

—Las tomaré a medianoche, cuando, como de costumbre, se despierte —afirmó.

Tomó a Lucano de la mano con un gesto paternal y juntos caminaron bajo la plateada media luz, manteniéndose cuidadosamente en el sendero de tierra por temor a las serpientes. Diodoro iba pensando: Este no es un muchacho ordinario, sino un chico inteligente, dado a pensar y sin temores. Sin duda Eneas le preparaba para seguir sus pasos de contable. Por alguna razón desconocida esta idea anonadaba a Diodoro.

—Eres muy joven —dijo—, pero seguramente has pensado con frecuencia en qué seres cuando seas hombre. ¿Qué deseos tienes?

—Encontrar al Dios Desconocido, señor, y servirle; servir en Su nombre a los hombres —replicó Lucano—. Yo puedo servir más a los hombres como médico que como ninguna otra cosa y peste es mi más ferviente deseo. He estado en el puerto y he visto los hombres enfermos en los barcos. Les he visto morir; vi enénes de todas las partes del mundo y yo he rogado que pueda ayudarles. Conozco a los filósofos y médicos griegos y he leído sus libros de remedios para las enfermedades de los hombres, tanto físicas como mentales, la mayoría de las cuales han aprendido de los egipcios. He visitado también con frecuencia las casas de los médicos de Antioquia y no me han echado sino que me han explicado muchas cosas. Y estoy aprendiendo otras lenguas, incluso egipcio y arameo, para poder hablar a los enfermos en su propia lengua.

Diodoro sintió una enorme sorpresa. Apretó la mano de Lucano y dijo quedamente:

—Existe una gran escuela de medicina en Alejandría de la cual he oído hablar mucho.

—Allí iré yo —dijo Lucano sencillamente—. Yo también, señor; he oído hablar de ella, porque los médicos de Antioquia hablan acerca de ella con reverencia. Me costará mucho dinero, pero Dios lo proveerá.

—Así que tenemos un Dios que no sólo carece de nombre, o de atributos comprensibles, de rostro o de forma, y que está en todos los sitios a la vez, sino que también es banquero —dijo Diodoro con una sonrisa— ¿Crees que también solicitan intereses, muchacho?

—Sin duda alguna—. La voz del chico era grave y llena de seguridad—. Toda mi vida, toda mi devoción.

Diodoro pensó que si le hubiese hablado así a un hombre le hubiese tomado por loco. Diodoro había oído con frecuencia a los judíos hablar de hombres sabios que no pensaban ni escribían de otro tema que de su Dios. Pero los judíos eran un pueblo incomprensible, sobre todo para un romano, aunque César Augusto, como hombre tolerante y además supersticioso, había dispuesto que en Roma el Dios de los judíos recibiese alguna clase de reconocimiento, aunque nada más fuese para que ablandase las duras cabezas de su pueblo y disminuyese el resentimiento que sentía hacia los romanos y, de este modo, hacer su gobierno menos difícil. Diodoro empezó a reírse suavemente para sí mismo. Recordaba cómo él, cuando era un joven tribuno, había ofrecido poner una estatua del Dios judío en el templo romano de Jerusalén y cómo se había horrorizado el sumo sacerdote, alzando sus manos y agitando las violentamente en el aire como implorando a su dios que fulminase al tribuno o maldiciéndole silenciosamente. Diodoro, asombrado, supuso que había cometido un error imperdonable, pero él cómo o el porqué de las excitadas imprecaciones del sacerdote fueron cuestiones que nunca pudo descubrir. Había intentado razonar con el piadoso hombre. ¿Cómo podía una estatua del Dios de los judíos, colocada en un templo romano, enfrentarle y por qué iba él a despreciar el honor que le hacían los romanos? El sumo sacerdote sólo había sabido tirarse de la barba y rasgar sus vestiduras y había mirado a Diodoro con ojos tan terribles que el pobre joven tribuno había desaparecido de su presencia rápidamente. Esto le había acabado de convencer de que los judíos estaban locos, especialmente los sacerdotes.

Pero Lucano era griego, no judío, aunque hablase de consagrar su vida al Dios Desconocido, como los judíos hablaban de consagrar las suyas a su propio Dios. Diodoro recordaba cómo, en las calles de Jerusalén, había visto a unos hombres llamados rabs seguidos por humildes multitudes que escuchaban ansiosamente sus palabras de sabiduría. Algunos tenían fama de obrar milagros, y esto había interesado a Diodoro, que creía fervientemente en milagros divinos. Pero no creía en aquellos hombres que con frecuencia iban descalzos, harapientos y ruinosamente pobres, a pesar de sus llameantes ojos e incomprensibles palabras. Diodoro, caminando con Lucano, movió su cabeza.

—Deberías visitar el templo de los judíos que hay en Antioquia —dijo en tono divertido. Lucano respondió serenamente.

—Ya lo hago, señor.

— ¡Vaya! —exclamó Diodoro, apartando unas zarzas para que el muchacho pasase, como hubiese hecho con su hija—. ¿Y es su Dios el Dios Desconocido?

—S, Señor; estoy seguro que ¡I es.

—Pero ¡I no ama a todos los hombres. Slo ama a los judos.

—¡I ama a todos los hombres —dijo Lucano.

—Ests equivocado, muchacho. Yo ofrec colocar una imagen suya en el templo romano de Jerusaln y fui rechazado. —Diodoro empez a rer—. ¿Se oponen los judos a que entres en su templo? Ahora recuerdo. En Jerusaln el templo tiene un lugar llamado Patio de los Gentiles. ¡stos no pueden entrar en el santuario interior de los judos.

—Yo adoro en el Patio de los Gentiles de la sinagoga de Antioqua —dijo Lucano.

Qu chico tan peculiar! Pero Diodoro empez a pensar en la escuela de medicina de Alejandra y dijo:

—Creo que el Dios Desconocido ha conseguido arreglar un medio para que estudies medicina, Lucano. —Y de nuevo comenz a rer. Era un hombre justo y caritativo, pero como romano viejo era prudente en cuestiones de dinero y crea que dos piezas de oro prestadas deban volver al dueo acompaadas de otras dos.

Haban llegado ya a un claro frente a los jardines de la casa de Eneas. Altas palmeras se alzaban hacia el cielo; el aire de la noche estaba cargado con perfume de flores. En medio de las palmeras se alzaba la casa del contable, deslumbradoramente blanca, pequea, baja y compacta, rayada con las sombras de las palmeras. Una luz sala por la puerta abierta y mientras Diodoro y Lucano se acercaban a la entrada el contorno de una mujer joven, bien formada, se destac a contra luz, haciendo que la luz procedente de su espalda transformase su cabellera suelta en una nube de oro. Estaba vestida con una sencilla tnica blanca propia de una mujer que pasaba todo su tiempo en la casa; su voz son ansiosamente:

— ¿Lucano? ¿Eres t, querido mo?

Lucano respondi:

—Soy yo, madre. —Iris descendió hasta el csped y se detuvo al ver quien acompaaba a su hijo.

—Te saludo, Iris —dijo Diodoro, y su voz sonaba gruesa y baja. Pens en las palabras de Homero: Hija de los dioses, divinamente alta y ms divinamente rubia.

—Saludos, noble Diodoro —replic Iris con incertidumbre. ¡I se haba dirigido a ella con gentileza, como un hombre se dirige a la esposa de uno de sus iguales y, sin embargo, su tono haba sido de ansiedad y esperanza. Por alguna razn los ojos de Iris se llenaron de lgrimas y record al compaero de juegos de su niez. Haba sido un muchacho cndido y valeroso, vez, amable, honorable y lleno de afecto hacia ella. No le haba visto, salvo a distancia, desde haca mucho tiempo, y desde que se cas con Eneas ¡ apenas si se haba dado cuenta de que ella exista.

Eneas apareci en la puerta y en seguida descendió. Al ver a Diodoro hizo una reverencia.

—Bienvenido a nuestro pobre hogar, seor —dijo con el acento tembloroso del hombre que est abrumado.

—No es un hogar pobre —res pondió Diodoro con irritacin—. Era la vivienda del anterior legado de Antioqua antes de que mi casa fuese construida, y ¡ no la consider indigna.

Empuj a Lucano hacia su padre y dijo con cierta aspereza:

—He trado al muchacho a casa. Estaba en nuestro jardn y poda haber sido mordido por una serpiente o un escorpin despues de la puesta del sol.

Eneas estaba confundido y tembloroso. Haba ofendido a Diodoro y volvi su ira sobre su hijo.

— ¿No te importa que tu madre estuviese preocupada y a punto de salir en tu busca? ¿No te importa haber ofendido al noble tribuno?...

—No me ha ofendido —interrumpió Diodoro. La luz de la puerta iluminaba al hermoso y preocupado rostro de Iris. Diodoro hubiese deseado poner su mano sobre sus hombros para consolarla—. La pequea Rubria es su compaera de juegos. Le encontr en los jardines, rezando bajo su ventana, porque est enferma. Tengo motivos para estarle agradecido. —contempl a Iris y se dio cuenta que empezaba a sonrer con agradecido alivio. Dirigiéndose al tembloroso Eneas aadi en un tono de mayor familiaridad:

—Este hijo tuyo, Eneas, es un muchacho poco corriente y ha sido para m un privilegio hablar con ¡. — Vacil un momento—. Mi garganta est seca, ¿puedo tomar una copa de vino con vosotros?

De nuevo Eneas se sintió abrumado. Apenas poda creer lo que oa. Mir a Lucano con respeto. Era de su hijo de quien el tribuno haba hablado! Y era por causa de este hijo que el tribuno haba condescendido a pedir una copa de vino en la casa de su liberto. Eneas estaba asombrado. Tan slo pudo murmurar algo mientras se apartaba para dar paso a Diodoro al interior de la casa. Mir brevemente y con torpeza a Iris, pero sta haba puesto el brazo alrededor del cuello de su hijo y le conduca hacia el interior, enneas les sigui, sus piernas an temblorosas. El tribuno haba trado al chico a casa, cuando deba haberle expulsado de sus jardines o, si se hubiese sentido amable, haber enviado un esclavo con ¡.

Diodoro haba recobrado su buen humor. Permaneci en pie en la pequea, pero no humilde, habitacin y la observ con una mirada expansiva. Haba un jarrn con flores sobre la mesa y flores en los tiestos del suelo de mrmol. Las puertas que conducen a las cocinas y dormitorios estaban cubiertas con cortinas de algodn de tonos alegres, las cuales se movan mecidas por el viento que entraba por las pequeas ventanas y puerta. Aqu y all Diodoro reconoci, entre los muebles dejados por el anterior administrador, sillas y mesas de la casa de sus padres, regaladas a Eneas el da de su boda con Iris. Diodoro mir una silla en particular y con placer. Era de bano con incrustaciones de marfil, y haba sido una de las favoritas de su padre. Haba incluso

una mesita de preciosa madera de limonero, despidiendo destellos bajo la luz de la Impara, que haba pertenecido a Antonia. Sostenia la Impara de plata de la que surgia una brillante lengua de fuego.

—El esclavo que te asign hace bien su trabajo —dijo Diodoro cada vez ms complacido. Se instal en la silla de bano y estir sus bronceadas y musculadas piernas con el gesto poco afectado de un soldado. Mientras Eneas permaneca de pie a su lado con incertidumbre, vestido de rigor con una tnica blanca, el contable pareca ms el patricio, con sus grciles formas y delgada cabeza, que el franco y poco ceremonioso tribuno vestido con una corta tnica familiar.

¿ Por qu tendr que vestir esta pobre criatura una toga incluso en la intimidad del hogar? », pens para s Diodoro.

—No tengo un vino digno de ti, seor —dijo Eneas. Pero Iris se desliz suavemente tras una cortina y apareci con un nfora y dos copas de plata que Diodoro tambin record haber visto en su niez. Iris, movindose como una grcil y animada estatua, coloc las copas sobre la mesa de madera de limonero y sirvi el vino. Una luz sonrosada se reflej sobre su cara procedente del liquido y Diodoro pens en una doncella de mrmol iluminada por el sol poniente. Deseaba tocar su maravilloso cabello, que tan fcilmente haba acariciado en la niez. Recordaba su sedoso tacto y todo su ser se estremeci. Pens que su madre, Antonia, deba haberse opuesto con ms vigor a la boda de Iris y Eneas.

—No soy un conoedor de vinos, gracias a los dioses —dijo Diodoro—. Una via es para m igual que otra. —Extendi su mano para tomar la copa que Iris le alargaba con su inefable sonrisa, porque Eneas estaba an demasiado sorprendido para reaccionar voluntariamente—. ¿ Por qu no bebes conmigo? —dijo Diodoro en un tono un tanto burln. Eneas tom una copa y parte del vino se derram sobre sus temblorosos dedos.

Lucano, obediente a un ligero gesto de su madre, se inclin ante Diodoro y le dio las buenas noches respetuosamente. Diodoro sonri gravemente y el muchacho abandon la habitacin. Diodoro verti una pequea libacin en honor de los dioses y Eneas, an muy plido, le sigui en el mismo gesto. El tribuno contempl como el griego verta un poco ms de vino mientras sus labios se movan reverentemente.

— Ah, s! —dijo Diodoro—, el Dios Desconocido.

—Es una costumbre griega —dijo Eneas en tono de excusa.

—Excelente costumbre —respondi Diodoro, y su fiero rostro se torn suave. Volvi su mirada y vio como Iris haba desaparecido siguiendo a su hijo. Se sinti profundamente decepcionado, pero como romano viejo, aprob esta actitud.

—Dime, Eneas —aadi—. Estoy interesado por ese hijo vuestro. ¿ Qu esperas de l en el futuro?

— ¿ Puedo sentarme, noble Diodoro? —pregunt Eneas. Se sent rgidamente en una silla a cierta distancia de su invitado. Consider las palabras de Diodoro y de nuevo se sinti asombrado y humillado por su concesin—. He pensado, seor, que debiera seguirme en tu servicio.

— ¿ Llevar cuentas y libros ese chico? —pregunt Diodoro agresivamente—. No, de ninguna manera. ¿ No te ha confiado sus deseos de ser mdico?

Eneas, palideciendo ms an, apenas poda hablar. Ciertamente que el chico le haba expresado su deseo, a l y a Iris, pero Eneas haba fruncido el ceo severamente ante un pensamiento tan presuntuoso y se haba sentido ofendido.

—Veo que s os ha contado —dijo Diodoro—. Pues bien, mi buen Eneas, ser doctor. —De nuevo vacil un momento—. Le enviar por mi cuenta a la escuela de medicina de Alejandra cuando sea mayor. Entre tanto tomar lecciones con el tutor de la pequea Rubria.

Las lgrimas inundaron los ojos de Eneas. Antes de que Diodoro pudiese evitarlo el contable se haba postrado ante las polvorientas sandalias del tribuno. Incapaz de hablar, tan slo pudo murmurar su gratitud e incredulidad.

—Vamos, hombre, vamos —dijo Diodoro, que nunca poda soportar que le diesen las gracias por nada—. No tengo ningn hijo y ste es el muchacho que yo debiera haber tenido. Ser mdico. Levntate Eneas. No eres un esclavo. ¿ Has olvidado que tambin t tomaste lecciones conmigo?

Conoca ciertamente las pretensiones de Eneas y saba que consideraba a su dueo un brbaro, y a s mismo un filsofo exilado de una tierra que nunca haba visto, y conoca qu mentalidad tan estrecha, aunque honesta, tena Eneas. ¿ Es que no olvidara nunca que ya no era un esclavo? Diodoro contempl ceudo al hombre vestido de blanco que tena a sus pies. Los retir, temeroso de que Eneas los besase impulsado por su extremado asombro y gratitud; esto procediendo del esposo de Iris, hubiese sido para l insoportable.

Eneas volvi de nuevo a su silla y se sec las lgrimas. Diodoro mir discretamente hacia otro lado y sus ojos descubrieron un pergamino enrollado sobre una mesa cercana. Se sinti inmediatamente interesado y dijo:

—Hoy me han trado algunos de los libros de un nuevo filsofo, Filn. Se habla mucho de l y deseaba compararlo con Aristteles.

Por un momento la esperanza surgi en el solitario tribuno. Saba por pasadas experiencias y por haber hablado brevemente con Eneas, que aunque el libertado poda citar largos pasajes de Platn y Aristteles con toda exactitud y en griego, era incapaz de una comprensin sutil. Y, sin embargo, Diodoro tena alguna esperanza.

— ¿ Filn? —murmur Eneas dbilmente. Un gesto de desdn, completamente involuntario, pas por su larga y plida boca. Despus temeroso de haber ofendido de nuevo a Diodoro, aadi de prisa:

—Sin duda debe ser un gran filsofo.

Diodoro asinti.

—Hay muchos en Roma que le aclaman. Si se puede juzgar a un hombre por los enemigos que se ha hecho, también puede ser juzgado por los que le honran. Filn, pese a su juventud, ha recibido ya demasiados honores para que valga mucho. —Hizo una pausa. En muchos aspectos Csar Augusto se parecía a los viejos y olvidados romanos, porque se deca de l que era un hombre moral en comparacin con aquellos que rodeaban su trono. Había intentado respetar al Senado; si no podía respetar a los senadores no era culpa suya—. He odo —añadi Diodoro— que el propio Csar ha conversado mucho con Filn. De todas formas, sabr pronto si Filn es digno de tanta consideracin.

Cruz sus musculosos brazos sobre el pecho y contempl a Eneas. Continu diciendo en tono reflexivo:

—Me gustan las definiciones de Aristteles. En muchos aspectos su filosofa es superior a la de Platn, porque Platn, aunque se consideraba a s mismo un realista, se esconda en velados misticismos. Pese a que ense⁽⁶⁰⁾ que los universales tienen existencia, se oscurece a s mismo con un ropaje potico en su Repblica que, en mi opinin, es una obra de gran elevacin. ¿Qu dice Aristteles de l?: † Amo a Platn, pero ms amo a la verdad ‡.

Eneas, para quien Platn era la mismísima esencia de la verdad revelada, slo pudo parpadear. Luchó esforzadamente por seguir a Diodoro, a quien no crea capaz realmente de comprender a los filsofos griegos. No encontraba palabras, por lo que se contentó con asentir solemnemente.

Diodoro vio que Eneas no le seguía, pero por lo menos la pobre criatura tenía una familiaridad lejana con las palabras de los filsofos. El tribuno se estiró de nuevo.

—Platn, aunque heredó la mana de definir los trminos de su maestro Scrates, no se percataba en realidad de las connotaciones de los trminos —dijo el tribuno volviendo de nuevo al asunto—. ¿l no lo sabía, pero cuanto escribí y dije era subjetivo. Aristteles es el verdadero padre de la lgica. El particular absoluto era el nico particular que l reconocía. Era completamente objetivo. —Diodoro flexionó, enojado por un instante—. Platn era una paradoja. Pidiendo precisin, se hundió finalmente en el mar de sus generalidades. Es interesante recordar que Aristteles fue una vez soldado, y un soldado sabe que existen absolutos tales como la disciplina, el honor, la obediencia, el patriotismo y el respeto a la autoridad.

—Ciertamente existen absolutos —murmuró Eneas. ¿Qu, en nombre de los dioses, será un absoluto?

Los fieros ojos de Diodoro brillaron casi con cario hacia su liberto. Bostezó y bebió su vino hasta ltima gota.

—Es también interesante recordar que Aristteles perteneció a la fraternidad mdica de los seguidores de Esculapio. Esto me trae de nuevo a Lucano. Creo que ser filsofo a la vez que mdico. No le niegues el acceso a tus valiosos manuscritos, Eneas.

Eneas se olvidó por un momento de s mismo y dijo con orgullo:

—Tiene acceso a ellos ya. Yo mismo le enseo, seor.

—Bien. —Diodoro se desperezó y se puso en pie y Eneas se levantó al instante. Que Dios proteja al muchacho de las enseñanzas del padre, pensó Diodoro. Hizo un agradable gesto de adiós dirigido a Eneas y volvió solitario hacia su casa a travs de la luz de la luna, que era ahora blanca y distinta. Empezó a rumiar su frustracin. Le dola el corazn y recordaba a Iris. An cuando quisiera comportarse como uno de los necios cerdos de la Roma moderna, sabía que estaba fuera de su alcance.

Iris, una antigua esclava, la esposa de su liberto, no se atrevería a negarle. Si an le recordaba con amor, l no podía violar ese amor. S, era una matrona virtuosa. La había mirado esta noche con ojos humedecidos y la había sonreído como posiblemente no podía sonreír a su esposo. Pensó en la doncella predilecta de su madre con reverente ternura, con un sentimiento tan diferente de su amor por Aurelia que no se podía acusar a s mismo de licencioso ni siquiera en pensamiento. Comparaba a Iris con Diana, la inviolada, eternamente pura.

Miró hacia la luna y, en su profunda sencillez, imploró a la diosa que protegiese a aquella mujer griega que l había amado y a quien an amaba. Sintió que un pequeño consuelo se adueñaba de l.

No recordó al chico, Lucano, hasta que entró en su casa y encontró a Aurelia normalmente ansiosa. La pequeña Rubria había despertado y gema de dolor mientras preguntaba por su padre.

CAPITULO III CAPITULO III

Cogidos de la mano subieron las escaleras y entraron en la habitacin de la nia. Dos lmparas ardían en la pequeña cmara y contribuían a crear una atmósfera pesada. Diodoro tosía, casi sofocado por el contraste con el aire fresco de la noche; miró a la pequeña y alta ventana abierta en la blanca pared, sobre la que bailaban las sombras del esclavo mdico de la casa, Keptah, y la enfermera que se hallaban inclinados sobre la cama. Las cortinas de seda estaban corridas, y Diodoro, con un gesto rpido y enrgico, las descorrió.

— ¡Puff! —exclamó—. ¡Vais a asfixiar a la nia! ¿A qu diablos huele aqu?

Diodoro respiró profundamente el fresco que entraba por la ahora abierta ventana. Cogi las cortinas y las movió en abanico, haciendo que la brisa nocturna penetrara en la habitacin.

—Si la nia no ha quedado asfixiada esto la reanimar —dijo. Indicó a la enfermera que continuara moviendo las cortinas, la cual obedeció precipitadamente abriendo sus ojos con gran alarma.

Diodoro se acercó a la cama. Rubria le sonrió desde su almohada. Pero era una sonrisa dolorosa; movió su oscura cabeza con inquietud mientras extendía su pequeña mano hacia el padre. ¿l la tomó con fuerza entre

sus morenas y recias manos y aunque su corazn temblaba al notar la temperatura de la nia, dijo con acento firme:

— ¿Qu es lo que pasa, hijita?

Sus ojos recorran el pequeno rostro, notando los dbiles rasgos en l, los secos y ardientes labios. La fiebre consuma a aquella pequena y amada criatura. Bajo la sofocada carne la muerte realizaba su labor destructora, como una marea inexorable bajo las aguas rojas del sol. El terror se apoder del corazn de Diodoro, oprimiendo todas sus aurculas y llenndolas con una angustia puramente fsica.

Keptah deca suavemente:

—Seor, he frotado los miembros de la nia con un ungento de grasa de buitre mezclada con hiel del mismo animal. Es esto lo que huele tan mal. Pero he aprendido que es el tratamiento ms eficaz para el dolor de los miembros y tendones.

Diodoro escuchaba el lento y tortuoso respirar de los jvenes pulmones de Rubria; poda ver, a la luz vacilante de las Imparas, la palpitacin de las torturadas arterias en la garganta de la nia y en sus sienas. Sosteniendo an su mano coloc su propia mano derecha sobre el pecho de la nia. Los latidos del corazn llegaron hasta l rpidos y acelerados. La misteriosa enfermedad que tanto afliga los tiernos nervios de su cuerpo haba ganado su corazn y estaba estrangulndolo.

Se inclin sobre la nia, que, aunque joven, pudo ver el temor de su padre y dese tranquilizarle. Dbilmente murmur:

—Estoy mucho mejor, padre. El dolor no es tan fuerte.

l acarici los largos y oscuros cabellos que reposaban sobre la almohada con dedos temblorosos; estaban hmedos de sudor. Acarici las agitadas mejillas y la delicada curva de su garganta mientras murmuraba para s mismo: Que muera yo, pero se salve mi hija. Que mi cuerpo sea despedazado y arrojado al polvo, pero que mi hija se salve. Sintió que un grave y amenazador silencio se apoderaba de l.

El mdico mezcl un brebaje en una copa y lo ofreci a Rubria para que lo bebiese, pero la nia empez a hacer arcadas ante l. Diodoro apart al mdico y tom la copa en su mano. Entonces la nia, obedientemente y dominando su asco, bebi con lentitud, parando con frecuencia para tomar aliento. Aurelia haba empezado a frotar las partes inflamadas de los pequenos brazos y piernas, paciente y continuamente, y Diodoro contemplaba esta operacin mientras sostenía la copa en la boca de su hija. ¿Qu tranquila estaba su esposa! Si senta terror no lo dejaba traslucir. Rubria suspiraba ahora, bajo los efectos del masaje de su madre, y los espasmos fueron haciéndose menos violentos. La enfermera continu abanicando la habitacin con las cortinas y Keptah se alej de las cama, inescrutable y silencioso.

Aurelia mojaba sus dedos una y otra vez en el ungento contenido en un plato de plata, mientras continuaba friccionando a su hija. Sus cortos y blancos dedos se movan con fortaleza y decisin. Pareca saber cundo deba presionar o cuando moverlos suavemente. Pareca moverse con firmeza frente a su enemigo, confiada y sin temor. El cuerpo de Rubria perdi rigidez, poco a poco, y afloj su tensin agnica, menos dominado por el sufrimiento.

—Ah, ah —dijo Aurelia en un tono suave y acariciador—, lo echaremos fuera, ¿verdad?

Los msculos de sus brazos y redondas manos, suban y bajaban visiblemente iluminados por la luz de las Imparas. Estaba luchando, pero no haba seales de lucha en su plcido rostro, en sus serenos y sonriente ojos. Mi Aurelia —pens Diodoro con un nuevo sentimiento de humildad— puede carecer de imaginacin, pero es una mujer, y hay fuerza de ejrcitos en las mujeres. Rubria mantena an su mano entre las de su padre, pero inconscientemente volvi su mirada hacia la madre, con la mirada confiada de un recin nacido. La tnica de Aurelia cay hacia delante y Diodoro pudo ver las ricas curvas de su pecho, un pecho tranquilo y en calma. Brillaba de sudor, pero no se mova con respiracin agitada por el temor.

An friccionando a su hija, Aurelia mir a su esposo y su sonrisa estaba llena d amor. Sus ojos marrones parecían decirle: La salvar para ti. No te entristezcas, querido. No haba celos en su mirada. Lo nico que le importaba era ahorrar a Diodoro una abrumadora tristeza. Las mejillas de Aurelia brillaban a causa de su pausado ejercicio y sus llenos labios se curvaron. Se haba soltado el negro cabello para la noche y le caa en oscura catarata sobre sus redondos y jvenes hombros.

El temor de Diodoro disminuy. Se volvi hacia Keptah, el mdico. Tena a este esclavo en gran consideracin y con frecuencia lo haba prestado a sus amigos enfermos. Prisco le haba enviado a la gran universidad de Alejandra porque haba descubierto pronto que el muchacho tena genio para la medicina. Al padre de Diodoro le haba gustado como persona y haba conseguido la promesa de Diodoro de que cuando Keptah alcanzase la edad de cuarenta y cinco aos recibira su libertad y bastante oro para asegurar su futuro. Diodoro pensaba cumplir esta promesa, pero aunque senta respeto por su esclavo como mdico, le disgustaba como hombre. Diodoro no tena paciencia para aquel hombre sutil, ambiguo, sarcstico en el fondo, oscuramente enigmático y suavemente escptico y silencioso. Porque Keptah, a sus cuarenta aos, era todo esto. Nadie haba sabido nunca su origen racial, aunque haba algo de egipcio Ens. Fino rostro melanclico, remoto, misterioso y oscuro, con una nariz aguda y ganchuda y una boca delgada y firme. Su cabello, corto como el de Diodoro, pareca pintado con un pincel oscuro sobre su largo y frgil crneo. Era alto, esculido, y bajo su tnica resaltaban sus anchos y flexibles hombros. Tena unas manos morenas largas y flexibles, con uas blancas y largas articulaciones. Diodoro crea que estas manos eran propias de un filsofo, pero Keptah, si tena su propia filsofa, oculta y misteriosa, que Diodoro hubiese explorado con gran placer, haba evadido

gilmente todos los intentos de su seor. No lo s, seor —murmuraba ante las preguntas del tribuno, en un tono de voz suave y curiosamente acentuado—. Tan slo soy un esclavo.

Esta ridcula parodia de humildad nunca dejaba de irritar al intelectualmente hambriento tribuno, que se senta rechazado como un tosco y estpido soldado. Diodoro sospechaba que Keptah se rea de l. Sin embargo, no tena dudas de que era un hombre sabio y un gran mdico.

Diodoro, mirndole ahora aparte, pero no ausente, record un extrao acontecimiento ocurrido en aquella casa unos meses antes.

El encargado de los esclavos haba estado celebrando su cumpleaos en la sala de los esclavos. Diodoro, buen seor como en realidad era, y reconocido por los servidores fieles, haba ordenado que buen vino y buena comida de su propia mesa les fuesen servidos aquella noche. Como regalo personal haba dado al encargado una bolsa de monedas de oro. La fiesta no iba a ser limitada por ningn impedimento y Diodoro, que estaba leyendo ensimismado un oscuro tratado de tica, haba tenido que abandonar el rollo de pergamino y haba fruncido el ceo. Todo estaba en calma e iluminado por una lmpara en su biblioteca, pero el tumulto en las habitaciones de los esclavos era ensordecedor y llenaba el clido aire de la noche. Despus Diodoro haba sonreido haciendo un esfuerzo de indulgencia. Teodoro, ya viejo, no tendra muchas ocasiones ms para la hilaridad y las fiestas. Que bailasen las chicas guapas ante l, los muchachos presumiesen, el vino corriese, los huesos fuesen arrojados sobre el suelo de mrmol y la msica resonase sobre las paredes de la casa.

Pero el ruido se hacia cada vez mayor. La pequea Rubria iba a ser molestada y tambin Aurelia, que se levantaba antes que sus esclavos. Haba un lmite para todas estas cosas, incluso la celebracin de un cumpleaos. Diodoro no quera confesarse a s mismo que el sonido de vida humana gozosa bajo la luna le molestaba, porque ¿no era l un austero romano que detestaba la frivolidad? Murmur para s mismo que deba parar aquel tumulto, pero sus pasos eran ligeros y rpidos mientras se diriga a las habitaciones de los esclavos.

La fiesta se haba extendido al patio de los esclavos. Haban colocado lmparas sobre mesas sacadas de la sala e iluminaban oscilantes las palmeras, flores y humildes estatuas colocadas en los rincones alejados. La luz de la luna se mezclaba con la de las lmparas para iluminar l

desenfrenada escena. Las esclavas jvenes, especialmente aquellas que posean un sonrosado y delicioso cuerpo, estaban desnudas; sus cabellos se enrollaban en sus cuerpos al comps de asombrosas y cimbreadas danzas, mientras sus rostros brillaban de la civia, juventud y embriaguez. Trenzas de rubios, negros y castaos cabellos se agitaban como banderas sobre pechos y caderas desnudas. Los jvenes, vestidos de faunos y stiros, saltaban alrededor de las muchachas con gestos desvergonzados. Y la msica suba y bajaba, pareca danzar y rer, incitar, inducir y, estremecer. Reclinado sobre un blando divn como si fuese un seor, Teodoro contemplaba todo con placer e imponente lascivia, su blanca cabeza siguiendo el comps de la msica y sus dedos retorcidos tecleteando.

La fragancia de las flores, las hierbas, vino, sudor, carnes asadas humeantes y pan, flotaba en el aire como una niebla. Las lmparas como si tambin estuviesen inspiradas, alumbraban con ms brillo, y las luces y sombras se perseguan por el patio como danzas borrachas.

Diodoro qued anonadado. ¿Dnde haban aprendido aquellos muchachos y muchachas semejantes danzas vergonzosas, aquellos gestos licenciosos, canciones y obscenos gritos en aquella casa discreta, comedia y decorosa? ¿Aquello era una bacanal! ¿No poda permitirse! ¿Diodoro, oculto en las sombras, se ruboriz! Hablara con Aurelia por la maana. Pero sin duda Aurelia estaba oyendo todo aquel escndalo. ¿Por qu no haba llamado a un esclavo y ordenado con severidad orden y el fin de todo aquello?

Vacil un momento. Teodoro estaba cantando con voz quebrada y vacilante. Haba empezado a palmotear. Luego, para sorpresa de Diodoro, el viejo haba empezado a incitar a las jvenes y muchachos a mayores excesos con palabras que su seor no hubiese imaginado nunca que l conoca. ¿Y qu palabras, por los dioses!

Ms acostumbrado a la oscuridad y a la luz de las lmparas y la luna que al principio, Diodoro dej vagar su mirada por el cuadro. Al otro lado del patio vio un suave movimiento, luego el brillo de una tnica blanca. Reconoci la alta y majestuosa figura de Keptah, el mdico. Keptah nunca se juntaba con los otros esclavos en ninguna ocasin. Sin embargo, all estaba contemplando el espectculo como Diodoro. ¿l tambin deba sentirse solitario.

Keptah surgi de pronto de entre las sombras, manifestndose en su larga tnica de mdico, erguido, tranquilo e incomprensible. La luz de una lmpara ilumin completamente su rostro y Diodoro casi no la reconoci, tan extraa, brillante, crptica y concentrada pareca. Keptah contemplaba los cuerpos saltarines, los ondulantes brazos, piernas, el flotante cabello, el exotismo de carne ardiente, el gozoso abandono de la juventud voluptuosa y ebria. Los pies de los danzantes se acercaban a l cada vez ms. Algunas veces, quedaba tapado por las doncellas; luego ellas se retiraban, seguidas por los muchachos y chicos en un ritmo perfecto, que extendan sus manos en ondulaciones tras los amorosos pechos, los flotantes cabellos. Pero Keptah no se mova ni se retiraba. Haba empezado a sonrer y Diodoro, viendo aquella sonrisa frunci el ceo. La luz sobre el rostro de Keptah se hizo trmula.

Entonces Keptah alz su mano derecha. Si piensa detenerlos es idiota, pens Diodoro. Slo un rayo podra hacerlo.

Keptah permaneca con su mano extendida y Diodoro poda apreciar la plana y oscura palma. No era un gesto de mando. El pulgar se curvaba sobre la palma en un gesto curioso y los dedos estaban separados. Diodoro estaba tan absorto en la contemplacin de su mdico que pasaron unos momentos antes de que se

diese cuenta de que todo haba quedado silencioso. Incluso los msicos haban dejado de tocar su salvaje msica.

Diodoro parpade. Mir a su alrededor con incredulidad y la sorpresa ms intensa se apoder de l. Los bailarines se haban quedado detenidos en sus movimientos. Los flautistas y arpistas haban quedado rgidos, sus manos extendidas y quietas en el aire. La cabeza de Teodoro haba cado sobre su viejo pecho. Slo exista ahora un profundo silencio en el patio, roto por el silbido de las Imparas, el ruido de los insectos nocturnos, los cantos de distantes pjaros y el lejano ladrido de un perro. La luz de la luna iluminaba el patio; las Imparas se iban extinguiendo. Los danzarines permanecan quietos, sus piernas alzadas, los brazos extendidos, los rostros blancos y en trance. Esto poda ser la escena de una pintura mural, o un patio lleno de estatuas, la bacanal esculpida por un escultor loco.

Diodoro no poda creerlo. Carraspe y mir intensamente, frot sus ojos y volvi a mirar. La noche era muy clida, pero de pronto Diodoro se sinti mortalmente helado. Algo roz el suelo; el sonido de unos pasos suavsimos. Salt con un repentino terror y se volvi. Keptah estaba a su lado, sonriendo oscura y respetuosamente, y luego, haciendole una reverencia, murmur:

—Te estaban molestando, seor.

Diodoro se estremeci. Se retir dos o tres pasos y silabe:

— ¿Qu les has hecho?

Los insondables ojos le contemplaron seriamente, pero en su hondura brillaba una chispa roja.

— ¿Yo, seor? —Dijo el mdico alzando sus cejas como sorprendido ante alguna chiquillada—. Nada en absoluto. Te vi a travs del patio y me pareci evidente que estabas disgustado. Por lo tanto mand a esos locos que parasen y han parado.

— ¿Qu les has hecho? —repiti Diodoro, y ahora su voz, pese al temblor, era alta y dura.

De nuevo Keptah le estudi con aquella burlona mirada de sorpresa.

—Algo que he aprendido como mdico, seor. —Se volvi un poco y contempl la asombrosa escena ante ellos. La luz de la luna aqu y all iluminaba un joven y marfileo pecho, un marfileo y detenido brazo, la curva de una blanca pierna— ¿Te alarma, seor? —pregunt Keptah como si estuviese asombrado—. No es nada.

Diodoro levant su brazo en un gesto de horror y amenaza involuntario.

—Libralos al instante —grit, y se apart del mdico, mientras que la supersticin hacia estremecer su carne.

— ¿Al abandono y al ruido, seor? —Keptah pareca sorprendido—. Dentro de poco amanecer.

— ¿Libralos, maldito seas! —grit Diodoro. Estaba terriblemente asustado.

— ¿A una mayor compostura? —pregunt la insidiosa voz con cierta ansiedad.

Diodoro guard silencio. Keptah pareca reflexionar sobre la excitacin de su dueo. Luego se encogi de hombros. Alz de nuevo la mano y murmur algo para s.

La escena no cambi de repente. Lentamente, con movimientos interminables, los brazos y las piernas empezaron a moverse, a caer en silencio. Los cuerpos empezaron a cobrar vida, aunque con pereza. Como si se moviesen en sueos las cabezas empezaron a volverse, los pies a moverse, no bailando sino como encantados. La luz de la luna, fra e inmvil, iluminaba los pesados cuerpos y miembros. Uno a uno los esclavos empezaron a salir del patio sin hablar, sin mirarse unos a otros, completamente ignorantes de la presencia de los dems. Era como contemplar una escena de total agotamiento y de inconsciencia animal. Para Diodoro era como una silenciosa y asombrosa pesadilla.

Ahora el patio estaba vaco. Slo quedaban las Imparas, las mesas llenas, las sillas vacas. Los instrumentos de los msicos yacan en el suelo, como abandonados en una huida. Las Imparas empezaron a apagarse. La luna empez a ocultarse lentamente y las palmeras crujan agitadas por el viento.

Keptah habl y a Diodoro le pareci que haban permanecido all por un tiempo sin fin.

—Se olvidarn, seor. Creern que se acostaron despus de una noche de jolgorio y alegra. —Hizo un gesto de asentimiento—. ¿Qu afortunados son teniendo un seor tan indulgente!

La vestidura de Keptah caa a su alrededor en pliegues angulares. La luz de la luna permaneca en los hoyos de su rostro, poniendo de relieve las arrugas alrededor de su boca.

—Me has credo malo, seor —dijo—. Pero poseo saber. Existe una antigua leyenda que dice que el saber y el mal son una misma cosa. No es bueno saber. Es mucho mejor ser como un animal inocente. —Mir a Diodoro y el lugar de sus ojos eran como cuevas de insondable hondura.

—Pero —aadi— ¿Quin de nosotros preferira pasar sin el conocimiento del bien y del mal? No saber es no ser hombre. O dioses —aadi ms suavemente.

Se alej de all y no produjo ningn ruido.

Fue como haba dicho. Cuando Diodoro pregunt a Teodoro con cautela sobre la fiesta de la noche anterior, el esclavo respondi con alegra:

—Gracias a ti, seor, fue una noche gloriosa. Nunca han sido tus siervos ms felices.

Dobl sus crujientes rodillas y bes las manos de Diodoro. El sol brillaba sobre su arrugada cara.

—Lo recordaremos siempre —aadi.

Entonces Diodoro orden que Keptah viniese a su presencia, el cual acudi con pasos que parecían deslizarse por el suelo.

—Anoche me hablaste del bien, del mal y del saber —le dijo— Tu lenguaje fue muy oscuro.

Diodoro hizo una pausa. Miró a Keptah, no como un dueño mira a su esclavo, sino como un hombre mira a otro hombre.

—Sin duda estudiaste a Aristteles durante los años que estuviste en Alejandra. Recordars que el sabio hablaba de absolutos ¿Crees tú en los absolutos?

Keptah estaba ahora perplejo. Sabía que Diodoro había pensado largamente sobre su última conversación. En realidad conocía cuanto había que saber acerca del tribuno.

—No señor, no creo.

—¿Y por qué no?

—Porque, señor, no hay absolutos excepto en Dios.

—Pero Aristteles fue un gran filósofo. ¿Pretendes contradecirle?

Diodoro se movió en su silla como afrentado. Keptah sonrió con su sutil sonrisa.

—¿Terminas la sabiduría con Aristteles? —preguntó.

Diodoro frunció el ceño, pero quedó desconcertado.

—Entonces, ¿la última palabra no ha sido a tu favor?

—A no, señor.

Diodoro frunció aún más su ceño.

—«No hay absolutos, ni últimas palabras!»

Se sintió desalentado. Ya era bastante mal que la política fuese tan inestable, que la vida fuese tan caprichosa. Pero la filósofa sin duda y una filósofa como la de Aristteles, era una cosa eterna e invariable. ¿Qué le quedaba al hombre para asirse en un mundo incomprensible sino la filósofa, la memoria de sus antepasados, los templos de sus dioses, la sabiduría? Miró de nuevo a Keptah y vio la extraña incertidumbre de sus ojos, la línea oscura de sus labios sin sangre.

—Dime —preguntó el tribuno—, ¿qué hiciste a los esclavos anoche?

—Fue tan sólo una especie de hipnotismo, señor —dijo el médico—. Una ilusión, si lo prefieres.

—¿Ilusión de quién?

Diodoro estaba airado. Keptah encogió sus hombros con un gesto delicado.

—¿Quién lo sabe, señor?

Diodoro le despidió con irritación. Los pensamientos que Keptah le inspiraba le turbaban, por lo que los suprimía siempre que podía. No los había pensado de nuevo hasta aquel momento.

Y ahora, considerando a Keptah, estaba más convencido que nunca de que su esclavo le tomaba, a él, el poderoso tribuno, por un hombre muy sencillo. Era, pues, una cuestión de simplicidad creer en la virtud, el patriotismo, la moral, el honor y el deber; Diodoro sospechaba que para el misterioso Keptah tal simplicidad era absurda. Pero sin duda, un hombre que no cree en nada absoluto era un hombre corrompido. ¿Estará bien que tal hombre cuidase de Rubria? Pero ¿quién en Antioquia o incluso en Roma era mejor médico que él?

Fue entonces, por razones que no conocía, que Diodoro se acordó pronto de Lucano.

Metió la mano en su bolsa y tocó la piedra y el saquito de hierbas. Vio que Keptah le contemplaba sin demostrar que lo hacía. Dirigiéndose a él dijo con el acento avergonzado de un niño de escuela.

—Tengo aquí un amuleto.

Keptah alzó sus negras cejas y contestó cortésmente:

—¿Un amuleto? Ah, los amuletos poseen con frecuencia cualidades sobrehumanas.

Diodoro frunció el ceño. ¿Se estaba burlando de él otra vez? Pero Keptah estaba serio y esperaba cortésmente. Casi arrojó la extraña piedra a la mano del médico.

Keptah la estudió. Luego una expresión inescrutable cruzó su rostro. Volvió su espalda a las paredes quedando en la sombra, y Diodoro miró por encima de sus hombros. En las manos de Keptah, en la semi-oscuridad, la piedra brillaba como si ardiese con un fuego interno e inextinguible. Proyectaba una luz frágil, pero constante, sobre los largos dedos oscuros de Keptah.

—¿Qué es? —preguntó Diodoro con impaciencia.

Keptah contempló la alarma de su dueño y la repentina congestión de su rostro con la secreta ironía que le era propia.

—Me la han dado esta noche —dijo Diodoro—, el hijo de mi liberto, el pequeño Lucano, para Rubria. Me dijo que la había encontrado: afirmó que los dioses o Dios, estaba en ella.

—El rostro de Keptah cambió.

—¿Lucano? —dijo. Se quedó pensativo. Conocía el cariño que existía entre el joven griego y Rubria, un amor inocente y delicado. Conocía también el enorme poder de la sugestión. Se dirigió a la cama e imperiosamente, como si él fuese el dueño y Aurelia no más que una esclava, apartó a la mujer que, instintivamente, obedeció. Rubria estaba llorando suavemente, pero alzó los ojos hacia Keptah como temerosa. El médico sonrió a la niña y le mostró la piedra, que no era una piedra corriente, pero carecía de poder aparte de su belleza.

—Esto —dijo dirigiéndose a ella— es una piedra mágica encontrada por tu compañero de juegos Lucano. Los dioses han debido enviársela. Te ayudará, pequeña, si tú crees en ella, puesto que ¿acaso Lucano no la encontró para tí?

Rubria mir la piedra y la toc tmidamente con un dbil dedo. Empez a sonrer. Keptah cambi su postura con destreza; presion el redondo contorno de la piedra contra su costado izquierdo, en la regin desinflamado bazo.

—Debe permanecer aqu —dijo a los padres y a la enfermera —por muchos das, hasta que la nia recobre la salud.

Mir a la nia con un gesto mandatario, y sta pareca expectante igual que Diodoro y Aurelia.

Diodoro se frot la barbilla, poda ser supersticioso, pero era tambin un hombre razonable y lgico. Se inclin sobre su hija y estudi la piedra y vio cmo sus reflejos parpadeaban. Luego, con una mirada de sospecha, mir tambin a Keptah, que estaba luchando por conservar su gravedad.

—No creo en la magia —murmur el tribuno. Keptah luchaba con su casi incontenible deseo de rer, pero contest:

—Seor, existe mucha magia en el mundo. Slo se ha de creer para encontrarla.

El tribuno pens que esto era una afirmacin ambigua y frunci el ceo, pero Keptah pareca muy serio. Bien —pens Diodoro—, es posible que yo no sepa todo y adems no soy mdico ni tratante en magia como este charlatn. Su atencin se volvi rpidamente hacia Rubria y movi la cabeza.

— ¿ Qu es lo que padece l

a nia? —demand—. No has definido, ms bien has estado evasivo,

Keptah.

Que si la sangre, articulaciones flojas, que si reas irritadas en la carne, dificultad en la respiracin, hemorragias en las encas e inflamacin de las glndulas.

Keptah desvi la mirada.

—No es una condicin mala —dijo con suavidad—, aunque difcil de curar.

Para l era imposible decir al padre que la nia tena la enfermedad blanca que invariablemente era fatal; senta una gran piedad por l.

—Pero, ¿ vivir la pequea Rubria? —pregunt Diodoro, y sus ojos se hundieron ante el simple pensamiento de la muerte.

Keptah le mir largamente antes de contestar y luego dijo:

—No est ordenado que muera ahora, seor, ni en un futuro inmediato.

Rubria, notando el contacto de la piedra de Lucano contra su joven carne, se sinti aliviada y Keptah no dej de notar este detalle. La fuerza del espritu —pens— puede con frecuencia mantener a la muerte a raya y la fe conseguir en ocasiones lo imposible.

Diodoro no se sinti satisfecho. El miedo aceleraba su corazn.

—Hablas evasivamente. ¿ Ese amuleto la curar por completo?

—No lo s, seor.

Los ojos misteriosos miraron a Diodoro con una expresin en la que el romano no poda reconocer una remota compasin.

—Entonces —dijo Diodoro con un gesto de enfado—, ¿ sin duda morir en el futuro?

— ¿ No es ste acaso nuestro destino comn, seor?

Diodoro inclin la cabeza sobre el pecho mordindose los labios. Entonces pens en la diminuta bolsa de hierbas que aquel incomprensible muchacho, Lucano, le haba dado. Con dedos temblorosos la extrajo de su bolso y la extendi con repentina rigidez hacia Keptah.

—Lucano tambin me dio esto y dijo que haba que mezclarlo con vino caliente y drselo a la pequea Rubria.

Esperaba un nuevo gesto de burla por parte de Keptah, pero el mdico recog el saquito con rpido y delicado gesto. Lo abri e inmediatamente la clida y pequea habitacin qued llena de un olor intenso, amargo, pero, sin embargo, agradable. Keptah alz la bolsita hacia su nariz, cerr los ojos e inhal el fuerte olor.

— ¿ Dnde, seor, encontr el muchacho estas hierbas y cmo las recog?

—No lo s —contest el frentico Diodoro—. En los campos, me dijo. No me cont cmo las haba elegido.

„Dioses! ¿ No va a tener fin este misterio? ¿ Qu contiene la bolsa?

Keptah sonri y cerr cuidadosamente la bolsa.

—Hierbas que no he podido encontrar yo mismo, aunque las he buscado por tiempo interminable.

Pas sus huesudos dedos por la boca, como para calmarlos. Dio la bolsa a la enfermera y le orden que mezclase su contenido inmediatamente con vino caliente. Luego se volvi silenciosamente, se acerc a la cama y contempl en silencio a Rubria con la expresin de uno que acaba de ver un milagro.

Diodoro cogi al mdico por un brazo:

—El chico, Lucano, ha dicho que desea estudiar medicina, y yo le he prometido♦♦.

Se detuvo y sus fieros ojos se estrecharon con expresin pensativa mientras su mente sencilla se apresuraba.

— ¿ Si, seor? —pregunt Keptah, apareciendo de nuevo como el esclavo irnico que aparentaba humildad.

—Le promet que podra estudiar con la pequea Rubria y que despuesdespusacaso podra estudiar

—Diodoro hizo una pausa y su feroz ceo se frunci—. Le ensears t, Keptah, y si crees que tiene capacidad para ser mdico, entonces—respir profundo y heroicamente abandon toda precaucin— le enviar a Alejandra.

Esperaba que Keptah manifestase incredulidad o diversin. Pero Keptah inclin su cabeza con seriedad.

—Seor, lo que has dicho est determinado.

— ¿Qu diablos quieres decir con eso? —Pregunt Diodoro con perplejidad—. Supongo que no hablars otra vez de los destinos. ¿Acaso no han hablado Scrates y Aristteles de la libre eleccin de los hombres y ridiculizado lo que est establecido?

—Muchos filsofos no son sabios en todas las cosas —dijo el irritante Keptah en tono de calma—. Si un hombre tuviese que vivir nicamente por las teoras de los filsofos no sobrevivira, ni siquiera se mantendra cuerdo.

Sonri abiertamente a Diodoro, como un padre compasivo sonra a un hijo obstinado.

La enfermera haba trado una copa de vino caliente y Keptah mezcl en l las hierbas con gran destreza.

Los quejidos de la pequea eran ahora ms suaves, pero era evidente que an sufrira grandes dolores.

Keptah dio la copa a Aurelia y sta la coloc sobre los labios de Rubria con una sonrisa cariosa. La nia bebi obedientemente entre profundos suspiros de sufrimiento. Keptah se mantuvo junto al lecho y observ a la nia con gran atencin durante largos momentos.

Los quejidos se hicieron menos frecuentes y los ojos de la nia se agrandaron con asombro y tranquilidad. Su cabeza descansaba sobre las rodillas de su madre y de nuevo Diodoro sostenia su mano. Alz la cabeza, como sorprendida ante la reduccin de la angustia, y despus empez a respirar con regularidad profunda y lentamente como si suspirase.

«Oh, dioses! —murmur Diodoro mientras sin pestaear sus ojos se humedecan con gratitud.

Como una marea roja, el rubor de la fiebre se retir de las mejillas y los labios de Rubria y era reemplazado por una palidez fantasmal. Para los padres esto era excelente porque haban olvidado que aquella misma palidez haba precedido su ltima enfermedad grave y que, unas semanas antes, haba despertado su ansiedad. Keptah asenta para s sombramente.

—La nia se ha dormido —exclam suavemente Aurelia. Y as era: Rubria dorma, blanco como la muerte bajo sus oscuros cabellos.

— «Sacrificar a Esculapio no uno sino dos gallos! —Exclam Diodoro, sintindose dbil a causa del alivio—. «Y a su mensajero, el glorioso y ligero Mercurio, dos hecatombes!

Se volvi hacia el mdico y, olvidando que era el dueo de aquel inescrutable esclavo, tom su mano, parpadeando para ocultar las lgrimas.

—Keptah, pdeme lo que quieras. Te ser concedido por el trabajo de esta noche.

Keptah se mantuvo pausado, mientras Diodoro agitaba su mano Slo los oportunistas —pens— buscan sacar provecho de lo que no es suyo. Pero los esclavos no tenan ms ocasiones que la oportunidad. En un tono suave, sin mover apenas los labios, dijo:

—Mi libertad, seor.

Diodoro fue cogido por sorpresa. Cerr con fuerza su boca y mir oscuramente a su esclavo. En un tono de amenaza dijo:

—Ah, ¿te aprovechas de mi emocin, natural en un padre?

Keptah se encogi de hombros.

—Fuiste t quien lo sugiri, seor, no yo —respondi.

El cabello de Diodoro se eriz con una de sus repentinas iras. Las aletas de su aguda nariz se agitaron. La sospecha volvi a aparecer en su mirada.

— «Qu bribn ms zalamero eres, Keptah! Sabes que promet a mi padre darte la libertad cuando alcances la edad de cuarenta y cinco aos y bastante oro para que vivas con comodidad. ¿Vas a hacerme romper la promesa de mi padre?

Keptah no pudo evitar una sonrisa ante semejante sofisma, y Diodoro, al verle sonrer, sinti crecer su ira y bastante vergenza. Solt la mano de Keptah, alz los hombros con gesto obstinado y permaneci como un toro dispuesto al ataque. Intent hacer bajar la mirada de su esclavo sin xito. Pero Keptah se mantuvo tranquilo y digno, jugando distraadamente con un pliegue de su tnica.

Diodoro olvid el sueo de su hija por un momento y grit:

— «Muy bien, sinvergenza! Que sea as. Dentro de unos das irs conmigo al pretor. —Agit su grueso dedo ante la cara de Keptah—. Pero slo con esta condicin: que permanecers conmigo voluntariamente hasta que yo te despida.

— ¿Creas que te iba a abandonar, seor? —pregunt Keptah como asombrado—. Adems, ¿no me has ordenado que permanezca en esta casa y ense al hijo de Eneas?

Pero Diodoro no se haba calmado. Bufaba intentando intimidar al otro. Keptah, sin embargo, no pareca intimidado.

—El pretor y t, seor, sin duda os pondris de acuerdo sobre un estipendio justo, que yo preferira sugerir.

Diodoro estaba a punto de estallar de nuevo cuando sinti los dedos de Aurelia sobre su sudoroso brazo. Le estaba sonriendo, sus mejillas tenan otra vez el color habitual y un hoyuelo se formaba junto a su boca. Pareca una muchacha, sentada sobre el borde de la cama de la nia y su cabello hmedo caa sobre sus hombros y frente en rizos.

—Que nunca se diga que el noble Diodoro ha faltado a una promesa —murmur.

Su apariencia, su amor, conmovieron en secreto el corazn de Diodoro. Pero era necesario no traicionar una flaqueza tan poco militar. Alz sus brazos en un gesto de involuntaria rendicin.

—Lo he dicho, por tanto que sea así —exclamó—. Debo también añadir que siempre he despreciado al hombre exigente, sea esclavo o señor. Keptah, te he respetado; ahora siento conmiseración por ti.

—La conmiseración de un hombre como tú, señor, vale más que el honor de otros hombres —dijo Keptah, y Aurelia rompió a reír divertida.

Keptah esperó la orden de que se retirase y cuando le fue dada hizo una profunda reverencia ante Diodoro y Aurelia y se dirigió al instante a su cerrada farmacia, donde componía sus pociones y unguentos, y donde guardaba cuerpos disecados y órganos de animales, insectos, extrañas hierbas, capullos y sustancias inorgánicas, acerca de las cuales nada sabían otros médicos salvo los que eran como él.

Esta farmacia era parte de sus propias habitaciones, alejadas de las de los demás esclavos. No era necesario recomendarles que se mantuviesen alejados de allí, sentaban terror ante el aire abstruso y la compostura de Keptah. Más terror sentaban aún por la magia encerrada tras aquella puerta. Murmuraban que visitaba los crematorios y extraía la sangre de los muertos antes de su incineración para usarla luego en sus remedios. Algunas veces flotaban olores repugnantes a su alrededor como un aura y con frecuencia las luces brillaban hasta mucho después de medianoche a través de sus ventanas. Algunos esclavos juraban que aquellas no eran luces de lámparas sino chispas móviles como estrellas y que estas chispas con frecuencia flotaban en los dinteles de las ventanas como frías moscas de fuego.

Keptah compuso un líquido marrón oscuro como moho y con olor ultraterreno. Lo vertió en una probeta y mantuvo el recipiente en la mano. Estaba inmóvil en su farmacia, con las espectrales estanteras y tarros a su alrededor, tan quieto como una piedra, y sus ojos, repentinamente fijos en el cielo más allá de su ventana. Su corazón dio un vuelco, empezó a latir aceleradamente; luego se detuvo y reanudó sus movimientos trabajosamente.

—Ha llegado —murmuró en voz alta. Luego, con excitación, repitió con voz temblorosa—: «Ha llegado! ¡Benditos sean mis ojos que han vivido para verlo!

Tanteó su pecho en busca de un pequeño objeto y lo sacó a la luz. Estaba hecho de oro y tenía una forma sencilla. Lo presionó contra sus labios inclinándose una y otra vez y repitiendo sin cesar:

—Santo, Santo, Santo.

Cayó de rodillas y su cabeza reposó sobre el pecho; apenas parecía respirar, apesadumado por algún encanto más allá del conocimiento de este mundo. El objeto que había extruido de entre sus ropas quedó colgando ante él de una cadena de oro y la luz de la lámpara se reflejó sobre él con tanta viveza que brilló como el sol agrandándose ante los transidos ojos de Keptah hasta parecer que abrazaba todo el universo.

La luna era una pálida y nebulosa sombra en el lejano cielo cuando Keptah salió por su puerta privada al patio. Las palmeras se mezclaban con el cielo y él se deslizó hacia la oscuridad, que parecía misteriosamente trémula con sombras de plata. Tenía necesidad de espacio abierto en el cual poder respirar. Se preguntaba a sí mismo, una y otra vez, notando el latido de su corazón en los oídos: ¿Dejaré ir a ellos? ¿Dejaré ir a ellos que mis ojos los vean? Pronto ser libre, nada puede impedir que me vaya por algún tiempo. Cruzó las manos sobre su pecho y oró convulsivamente que ellos consintiesen.

Anduvo por el enmarañado jardín hasta alejarse mucho de la casa y de nuevo percibió como cada hoja, cada brizna de hierba, estaba bañada en un plateado sobrenatural. Para él era un reflejo santo; algunas veces se detenía para sonreír y acariciar alguna gruesa y brillante hoja y luego mirar al cielo. Aquellos astrónomos que no eran caldeos como él, estarán ahora hablando temerosos de cometas, aunque no se esperaba ninguno. Pero su Hermandad sabía a qué atenerse. Deseaba estar con ellos; había orado en el pasado, que si la Estrella aparecía durante su vida él pudiese estar en aquella hora entre los miembros de su Hermandad. La Estrella había llegado, y había que recorrer una gran distancia a pie para llegar a Antioquia, donde la Hermandad estaría velando su gozosa vigilia, sus oscuros ojos llenos de misterio y gratitud. Habían observado aquella vigilia por tanto tiempo que sus orígenes se perdían en el pasado desde los días de Ur, desde la época en que floreció Bit Yakin, desde los días en que ellos habían venido a un distante desierto, cuando eran aún un pueblo sacerdotal —el Kalu— antes de que fuesen llamados babilonios por los judíos. Ni a nuestros mayores sabios se les ha concedido saber la hora; sólo él lo sabe. Le habían enseñado a Keptah. Ni siquiera los Santos en el cielo lo saben, solamente el más Santo entre los Santos, cuyo nombre sea bendito.

Keptah había llegado a un lugar abierto de los amplios jardines y se encontraba en la ribera baja de un estuario del río Orontes. El estuario era estrecho, pero rápido, más veloz entonces, como si corriese sin aliento para llevar las nuevas al río y luego a los mares cuyas aguas bañan el mundo. Las orillas estaban oscuras, aunque veloces lanzas de luz plateada las cruzaban. Pero la estrecha corriente estaba iluminada por una luz más intensa que la de la luna; su móvil superficie de negro y blanco bailaba y corría, caracoleaba y reverberaba. Su voz era como una mezcla de flauta y tambor, aunque no soplaban el viento.

Allí Keptah, sobre la orilla, con su inescrutable rostro y vestiduras radiantes de luz, miró hacia el abierto cielo. La Estrella permanecía en los cielos, casi tan brillante como el sol, sus agudos rayos brillando con firmeza en la silenciosa oscuridad circundante. Había sido predicho que se movera y mostrara el camino. Mas aún estaba quieta. Entonces —pensó Keptah—, ellos aún no han escogido a quienes han de seguirla.

Mientras contemplaba la estrella, enorme y brillante, empezó a orar humildemente arrodillado. «¡Oh!, Tú a quien el mundo tanto ha esperado, bendito sea yo por haberme sido concedido ver Tu Seal. Bendita la tierra que te ha recibido. Bendita aquella que te ha concebido en un lugar desconocido para mí. Bendito sea el hombre porque Tú le has redimido. Porque los lugares oscuros se han abierto ahora y los lugares secretos

revelados, y las puertas de la Casa del Señor permanecieron abiertas hasta el fin de los tiempos y la muerte no existir ya más.

Un repentino sentimiento de increíble dulzura se apoderó de él, un éxtasis intenso, como si alguien profundamente adorado le hubiese sonreído, le hubiese reconocido y enviado un mensaje de amor. Las lágrimas rodaron por sus esculpidas mejillas y alzó sus manos al cielo en gesto de adoración e inspirada humildad. Murmuró en alta voz:

—He sido purificado. He sido salvado. Todo lo malo, o malicioso, o dudas que en mí existían han sido destruidas. He sido bañado en las aguas de la vida. Desde este momento en adelante soy un nuevo ser. ¡Bendito sea el nombre del Señor!

Una gran tranquilidad y serenidad descendió sobre él como una bendición. Una gran paz le rodeó. No importaba que no fuese elegido para ver con sus ojos a Aquel que había nacido aquella noche. Aquel que había nacido estaba con todos los hombres, en todos los lugares de la tierra, en aquella hora y para no partir nunca jamás.

La estrella brillaba demasiado para mantener la mirada fija en ella por mucho tiempo, y los ojos de Keptah se apartaron de ella. Permaneció de rodillas, en completa quietud, contemplando la rápida e iluminada corriente que corría ante él. Y entonces su mirada percibió un pequeño movimiento y fulgor brillante no lejos de él, en la parte baja del estuario. Poniendo toda su atención en ello descubrió una pequeña y rubia cabeza, hecha casi incandescente por la luz de la estrella ¹.

Pudo apreciar el delicado perfil del niño sentado sobre la ribera del estuario, un perfil levantado hacia el cielo. La elegante y larga nariz, la curva exquisita de mejilla y barbilla, la caída de los dorados cabellos, destacaban perfectamente como si una luz interna brillase en alabastro. Es el muchacho, Lucano, pensó Keptah maravillándose.

Se levantó y silenciosamente descendió por la ribera hasta quedar detrás del desprevenido muchacho, que estaba contemplando la estrella. Sus ojos azules reflejaban su fulgor; sonreía con las manos cruzadas sobre las rodillas. Estaba sentado en absoluta quietud, como en un trance, sin pestañear, y su blanca garganta perfilada con tanta claridad y suavidad como si fuese de mármol.

Entonces Keptah habló con suavidad, a fin de no sobresaltar al muchacho.

—Lucano, ¿por qué estás fuera de casa tan tarde?

Lucano volvió la cabeza despacio y sonrió.

—Eres tú, Keptah. No podía dormir, así que me deslicé de mi dormitorio porque había visto la estrella a través de la ventana. Parecía como si me llamase y no pude desobedecer.

Su voz era serena y sin temor mientras miraba a Keptah con su acostumbrado respeto, aunque Keptah era un esclavo.

—Ciertamente, niño —dijo Keptah—, no puedes desobedecer.

Se sentó junto a Lucano y juntos contemplaron la estrella. No es posible que él lo sepa, se dijo a sí mismo. ¿Le diré lo que significa?. Esperó una respuesta y ésta vino completa y firme: No. Pero también llegó un orden, y un conocimiento siguiendo a la palabra. Keptah estudió al muchacho con curiosidad. Recordó como Lucano tenía una forma de andar silenciosa, de aparecer de no se sabía dónde cuando cuidaba de esclavos enfermos y como contemplaba sus curas desde alguna puerta o cortina a una distancia indecisa y ansiosa. Su presencia había irritado con frecuencia a Keptah. Los chicos eran pequeños animales inquisitivos; les gustaba contemplar la violencia o el dolor como si algún sentimiento de salvaje primitivismo les fuese excitado; Keptah había considerado a Lucano de esta forma hasta aquella noche.

—Es una estrella extraña, ¿verdad? —dijo, y esperó una respuesta con atención.

—Sí —contestó Lucano—. Es extraña y hermosa. Siento que nos está diciendo algo.

Su voz era más la de un joven que la de un niño, y Keptah, que le había oído hablar pocas veces anteriormente, se percató de aquella voz por vez primera.

—¿Y qué crees, Lucano, que nos está diciendo?

Lucano permaneció en silencio. Sus rubias cejas estaban contradas.

—No lo sé. Pero sé que algún día me será revelado.

Keptah asintió para sí mismo. Rodeó con su moreno brazo los hombros del muchacho y le atrajo hacia sí.

—Lo sé —murmuró.

Volvió al muchacho hacia sí, y el chico, sorprendido, le miró avergonzado y atentamente. Keptah estudió el hermoso y sereno rostro, los firmes rasgos bajo la delicada expresión, la ardiente curva de la boca y la pasión en los ojos azules.

—Voy a ser tu maestro —dijo, y sonrió—. Así lo ha ordenado el gran Diodoro esta noche.

El rostro de Lucano expresó sorpresa y alegría.

—Después —continuó Keptah— será enviado por el señor a Alejandra para posteriores estudios.

Lucano tomó la mano de Keptah y la besó con vehemencia.

—Soy tu esclavo, noble Keptah —exclamó, y apretó la atezada mano contra su pecho en un gesto emocionante y exaltado. Keptah colocó su otra mano sobre la cabeza del muchacho, como bendiciéndole.

1 La estrella fue vista en todo el mundo conocido.

— ¿Nunca me has temido, Lucano?

—No. —El rostro del muchacho expresaba asombro—. Slo te he honrado en mi corazn, seor.

Keptah se ech a rer un poco tristemente.

—No me lames seor, Lucano. El noble Diodoro no lo aprobara. Tiene un sentido inmenso de las distancias.

Pens en Diodoro con tristeza y sin su acostumbrada diversin. Es cierto que hay cosas mayores y ms eternas que esas absurdas y rgidas realidades. Pero me equivoqu y fui cruel la noche en que los esclavos bailaban tan alocados en mi intento de desilusionarle. Estuvo bien que no alcanzase xito.

La estrella brillaba con esplendor sobre el hombre y el muchacho, sus rayos, cada vez ms anchos, eclipsando todas las estrellas y planetas mayores, descendan siguiendo la curva del cielo y hacia la luz del amanecer. Keptah la contempl de nuevo, olvidando a Lucano quien fij su mirada en aquel esculpido y oscuro perfil oriental.

Lucano pregunt:

— ¿Quin eres t, Keptah?

Keptah no respondi durante un largo momento, como si estuviese preguntando y contestando a s mismo. Luego, sin mirar al muchacho, empez a hablar.

—Soy caldeo, segn me dijeron hace aos, porque yo no lo saba al principio ya que llegu a la casa de Prisco cuando era un nio pequeo y un esclavo. Mi padre era Kalu, es decir, un sacerdote, pero quin fue mi madre es cosa que ignoro an. Hicimos un viaje cuando an estaba en los brazos de mi madre; mi padre saba cosas misteriosas y marchaba de viaje hacia..... un pas lejano. —Contempl la brillante estrella—. ¿I crea, equivocadamente, que haba sido establecido que l viese.. —Se detuvo y empez a moverse con inquietud—. En el camino hacia aquel pas la caravana en la que l, mi madre y yo viajamos fue asaltada por ladrones y tratantes de esclavos. Mis padres fueron asesinados. Yo, un nio entonces, fui vendido como esclavo con el resto de los hombres y mujeres; Prisco me compr y me condujo a su casa en Jerusaln y luego a Roma.

Lucano esper a que continuase, pero Keptah mantuvo silencio. Su crptico rostro tena un aire majestuoso revestido de una pena fra y contenida.

— ¿Quin te cont esto, Keptah, si ni incluso el noble Diodoro lo sabe?

Keptah mir con rapidez al muchacho y se ech a rer con ternura.

— ¿De modo que has estado preguntando al seor a mis espaldas, eh? —Su risa ces de pronto—. No te sientas violento, muchacho; no me ofende que lo hayas hecho. —Suspir—. Deja que esto sea suficiente para ti, Lucano. Me lo contaron, pero nunca podr decirte quin. Pero puedo hablarte de Caldea o Babilonia, de mi pueblo, lo cual me ha sido encomendado que te cuente aunque la razn de esto no est clara para m. Somos un pueblo tan antiguo que incluso los judos, que pretenden ser tambin muy antiguos, carecen de leyendas acerca de nuestro origen. Pero dimos un Abraham a los judos que ahora le llaman padre Abraham. Llegamos primero a la tierra de Ur procedentes de un lugar del que no se guarda memoria, y all tuvimos, en la antigedad, la capital ms floreciente, sabia, urbana y madura que ha existido en la tierra desde entonces; su nombre era Bit Yakin. Pero cuando una alcanza tanta sabidura, si esta sabidura es sin Dios, uno se corrompe ¿Por qu miras as, muchacho?

—No es nada —murmur Lucano. Pero Keptah le orden hablar con sus penetrantes ojos y el muchacho dijo, un poco entrecortadamente:

—Estoy pensando en el Dios Desconocido de los griegos.

—Ah, s. Es el mismo —dijo Keptah abstractamente. Luego continu:

—Al principio y durante siglos, Bit Yakin record a Dios y floreci, fue poderosa y hombres sabios de todas las latitudes acudan a ella para estudiar bajo los Kalu; algunos misterios les eran participados con cautela a la vez que sabidura. Los hombres sabios llevaron aquellos misterios cuando volvieron a sus pases y Egipto fue uno de ellos; tambin un hombre llamado Moiss se familiariz con aquellos misterios y a travs de los Kalus que haban sido enviados a Egipto para ensear al joven prncipe egipcio ms cosas de las que saban los sacerdotes de Egipto entonces. ¿Has odo hablar de Moiss, Lucano?

—Si, los judos me lo han contado, en Antioqua. ¿I dio los Mandamientos de Dios a los hombres.

Keptah asinti y dijo con irona:

—Y los hombres durante siglos se han ocupado asiduamente en violarlos todos.

Lucano temi que Keptah se haba olvidado de l, puesto que de nuevo se mantuvo silencioso por un largo tiempo, por fin volvi a hablar.

—Porque los hombres son hombres, se hacen orgullosos, especialmente cuando alcanzan fama. Incluso muchos de los Kalus se volvieron orgullosos, y cuando ocurri esto perdieron su sabidura, porque haban olvidado de donde vena el conocimiento de los misterios. As que se transformaron en charlatanes en lugar de sacerdotes, y en nigromantes porque recordaban las palabras ocultas de la magia y las usaban para malos fines y ganancias. Aquellos sacerdotes, dedicados a tan burda magia, no fueron ya astrnomos, mdicos, cientficos y sacerdotes. Eran hombres malvados, ocupados en vulgares adivinaciones, que transmitieron a sus hijos. Y cuando el sacerdocio decae, decae el pueblo, y as toda Caldea, traicionada por sus sacerdotes, fue lentamente corroda por la corrupcin. Qued transformada en nada y cay en manos de los enemigos. Si una nacin carece de Dios, esta nacin por fuerza ha de caer, pero cuando una nacin tiene Dios, entonces todos

los poderes del mal y todos los ejrcitos no pueden conmover sus fundamentos; no, ni incluso aunque el mundo entero se alzase contra ella.

Keptah mir a la estrella y sus labios se movieron en silencio por unos momentos. Luego continu:

—As que los Kalus fieles, de los cuales quedaron pocos, abandonaron Caldea llorando y fueron a otros muchos pases. Son los hombres sabios de Oriente, los mdicos, astrnomos, adivi nos de los elegidos, astrlogos, cientficos y metafisicos. Slo ellos saben quienes son: slo ellos sabrn siempre quines son, porque sospechan de la humanidad, por razones muy convincentes. Forman una oculta Hermandad y eligen a quienes deben entrar en ella.

Keptah dedic entonces toda su atencin a Lucano y pens para s 德 Por qu habr estado tan ciego? Luego aadi:

—Esta historia no la aprenders en Alejandra y debo encargarte que no la repitas a odos indiscretos, Lucano. —Su voz son dura y autoritaria.

—No la repetir, pero la recordar —dijo Lucano con sencillez.

Keptah se suaviz.

—Lo s, muchacho. No existe corrupcin en ti. Pero djame continuar. Caldea o Babilonia, se corrompi y enorgulleci tanto que dej de reverenciar a los Kalus y dej de llamarse la tierra de los hombres sabios. Mir hacia sus vecinos con codicia de oro, esclavos y tierras y empez a llamarse a s misma la tierra de los Kaldi-K sh, que significa conquistadores. De modo que guerra, conquist, esclaviz y oprimi, y puesto que las naciones guerreras han de morir, Caldea muri, porque la guerra es, por encima de todas las cosas, la ms necia y abominable de todas ante la mirada de Dios, la ms impa, porque destruye lo que el Santo ha creado con amor, y porque degrada al hombre al nivel de una hormiga irracional que obedece sin saber porqu obedece y lucha sin saber porqu lucha. Porque en la guerra ciertamente, el hombre lucha por nada.

Contempl la seriedad y concentracin mental de Lucano por largo tiempo. Luego, como obedeciendo una orden, extrajo el objeto de oro de su pecho y lo mostr sobre su palma abierta.

— Mira, muchacho, y dime qu es esto.

Lucano contempl el objeto que Keptah mantena en su palma y se estremeci.

—Es una cruz, el signo de la infamia, porque en ella ejecutan los romanos a los criminales de peor clase.

La cruz de oro palideci en la mano de Keptah y adquiri un tono blanco y brillante a la luz de la Estrella. Pareca poseer incandescencia propia.

—Es la luz del mundo —dijo Keptah—. Un da lo sabrs. Durante siglos, tantos que los hombres han perdido la memoria de ellos y han sido enterrados en el polvo, este signo fue conocido por los Kalus por lo que es. No puedo decirte su significado porque est prohibido. Los Kalus lo llevaban sobre sus pechos antes de que los judos fuesen una nacin o un pueblo, antes de que Egipto tuviese faraones, antes de que Grecia naciese, antes de que Rmulo y Remo fuesen amamantados por una loba. Algunos de los sabios egipcios llevaron este signo a su patria desde Caldea sin saber su significado, y puede ser visto hoy en las pirmides, un signo oculta que nadie, aparte de los escogidos de Caldea, conoce. Los sacerdotes de Grecia saban algo de l, vagamente, aunque sin comprender nada, y bajo su influencia elevaron los altares al Dios Desconocido.

Una emocin incontrolable estremeci a Lucano. Sus ojos se llenaron de lgrimas. La cruz pareca ensancharse en la mano de Keptah. Lucano alarg su mano y la toc con un dedo tembloroso, y fue invadido de pronto por un sentimiento de inefable dulzura y amor.

— Mira! —exclam Keptah, y Lucano mir. Keptah sealaba al cielo. La grande y maravillosa Estrella se movi hacia el este, inflexible, como guiada por un propsito. Lucano miraba con profunda admiracin. El sonrosado tono del alba yaca bajo ella como un lago y la estrella reflejaba sus rayos sobre l de modo que reverberaba. Keptah lloraba.

—Los elegidos han sido escogidos —murmur para s—. Se han puesto en camino y yo no he sido elegido.

Contemplaron la Estrella hasta que lentamente descendió en el rosado mar del amanecer y desapareci para ellos dejndoles desolados.

—Ha desaparecido —dijo Lucano.

—No —contest Keptah, secando sus ojos en la manga—, nunca se perder, nunca hasta el fin de los tiempos.

Contempl la cruz que tena en la mano y pens: Y escupirn sobre sta, la despreciarn, la ignorarn y ridiculizarn, la degradarn y blasfemarn, pero nunca ser olvidada, nunca arrinconada ni desvanecida, a pesar de las iras de las razas an no nacidas, a pesar de la guerra, la sangre, la agona, la oscuridad y el fuego de los ltimos das y la ltima insensatez de desesperanzada furia de los hombres.

Se volvi hacia Lucano, y por un momento sinti envidia. Bendito t, nio, dijo para s mismo. Y luego pens: Bendito yo, que tengo que ensearte.

La fra austeridad volvi al rostro de Keptah. El alba traslcida, de color amapola, se extendía tras de los grandes rboles; las palmeras murmuraban mecidas por el aire matutino. Keptah dijo:

—Rubria padece la enfermedad blanca y nunca llegar a mujer. 德Vamos, hombre! No llores tanto ni tan fuerte y no te sientas tan abrumado. 德Por qu lloras? La vida no es una cosa agradable para infinidad de nosotros. Nacemos oscuramente, vivimos oscuramente y nos morimos en la oscuridad; al final todos partimos a travs

del mismo dintel por el que entramos. Sin embargo, lo que te he dicho no debes repetirlo al tribuno Diodoro, si no quieres romper su corazón antes de tiempo.

Lucano se cubrió el rostro con las manos y Keptah movió la cabeza compasivamente. Por la juventud, la muerte es imposible, el supremo e increíble horror. Miró al cielo de color perla donde la Estrella había estado y suspiró.

—Has de decirme dónde encontraste las hierbas que aliviaron el dolor de la pequeña Rubria.

—Las encontré en los campos y tras los riachuelos y supe que eran buenas, Keptah.

La voz del muchacho era un murmullo temeroso.

—Son buenas. Has de encontrar más, para librarla de su sufrimiento, y yo las desecar y pulverizar; destilar su esencia porque son inapreciables.

Se levantó, alto, huesudo y remoto, y Lucano se levantó también.

—Ha amanecido —dijo Keptah— y tu madre está buscando. Vete muchacho, y no hables de lo que te he contado porque si lo haces no te enseñaré nada más.

CAPITULO IV CAPITULO IV

Bien, ya eres libre —dijo Diodoro con rigidez, después que Keptah y él regresaron de visitar al pretor de Antioquia—. Pero no estoy obligado a darte aquella gran suma de oro, hasta que tengas cuarenta y cinco años. Esta parte de la promesa hecha a mi padre pienso cumplirla.

Él había sido caluroso; la ciudad demasiado alborotada y exuberante para la moral del romano. Estaba sentado en el blanco recibidor de mármol de su casa y con gesto arisco paladeaba una copa de vino fresco y comía higos maduros que tomaba de una bandeja de plata colocada a su lado.

—¡Bah, este resinoso vino griego! —exclamó. Estaba de mal humor—. An creo que te aprovechaste de un momento de debilidad para imponerte sobre mí. Pero dejémoslo, dejémoslo, sinvergüenza. Me has fastidiado bastante con la cantidad que fijaste como estipendio. Pronto serás tan rico como uno de esos sirios en el bazar y sin duda establecerás tu propio negocio, comprarás tus propios esclavos y yo tendré que ir a mendigar tu indulgencia para que atiendas mi casa.

Keptah continuó una sonrisa. Estaba de pie ante Diodoro y le miraba con un humor sombrío.

—Señor —dijo—, te estaré siempre agradecido y a tu disposición; donde tú vayas iré yo y mi vida está en tus órdenes, es así tuya.

—Bonitas palabras —murmuró Diodoro. Sus airados ojos se posaron sobre el libertino con enojo. Pero dijo:

—Supongo que la ocasión necesita celebrarse. ¡Que el diablo te lleve! Detrás de ti, sobre aquella mesa, hay otra copa. Si puedo darte órdenes, como dices, te mando que participes de este vino conmigo y tomes un higo o dos.

—Señor, prefiero los vinos romanos, y te ruego que me relevés de la necesidad de beber los griegos.

Diodoro maldijo para sus adentros, pero se sintió un tanto pacificado. Contempló el vino que contenía su copa.

—Es ciertamente un líquido maldito —dijo—. Respeto tu gusto. El próximo barco traerá buenos vinos. —Y añadió con sarcasmo:

—Conforme en que me permitas enviar unas cuantas botellas a tus habitaciones para tu deleite.

Sacudi sus herradas sandalias sobre el blanco suelo y contempló a Keptah con sus ojos cubiertos por unas erizadas y negras cejas.

—Toma un higo —dijo.

Keptah inclinó con elegancia su largo cuerpo y tomó una fruta. Con pereza Diodoro introdujo otra en su boca.

—Por Plux, que ésta es una ciudad detestable —exclamó—. Un montón de basura procedente de todas las cloacas del mundo. Si no tuviese un sentido del deber tan arraigado pediría el relevo. Pero ¿pero quién otro podrá tratar mejor con esa masa de viles gusanos?

—Nadie sino tú, noble Diodoro.

Diodoro le contempló de nuevo con una mirada en la que brillaba la sospecha.

—Tienes una voz tan untosa que fluye, brilla y se pega. ¿Cuido mezclado con miel.

—Siento no ser te grato, señor. —Keptah sonrió de nuevo.

—No podrás complacer menos a Plutón —dijo Diodoro, más agresivo.

Tomó otro higo y se chupó los dedos.

—Ordenar que sea dado un sextercio a cada esclavo en tu honor. ¡Que perro más arrogante eres con todo ese aspecto de humildad! No hay nadie tan sabio como tú, en tu opinión.

Keptah mantuvo su dignidad pese a los impulsos que sentía de echarse a reír.

—Sin duda que ahora te darás más aires que nunca, pero te aconsejo que no vuelvas a usar otra vez trucos como el que usaste la otra noche con aquellos pobres esclavos.

Keptah estuvo estudiándole. ¿Deba decir a Diodoro la verdad? ¿Deba revelarle que, en realidad, no había hipnotizado a los esclavos sino tan solo al tribuno? Decidió no decir nada. Diodoro no le perdonaría nunca. Hizo una reverencia y dijo:

—Te prometo, seor, que no volver a usar trucos. Y ahora, si me permites partir, debo ir a ver a la pequea Rubria.

El rostro de Diodoro se aclar.

— ¿Ah! Est mucho mejor ¿Verdad? Puede ya abandonar su lecho y tiene un color en el rostro que no es de fiebre, sino de salud ¿Cundo crees que estar curada?

Keptah vacil.

—Creo, seor, que dentro de pocos das podr dejar la casa y salir al jardn, y en otros catorce das podr reemprender sus estudios con el tutor que ensear tambn a Lucano, el hijo de Eneas. Y despues de esas lecciones, ¿queda entendido que estudiar conmigo?

— ¿Por un estipendio extra? —pregunt Diodoro de nuevo enfurecido.

—No, seor; le ensear cuanto s en agradecimiento hacia ti.

Diodoro gru⁽⁶⁰⁾ mientras contemplaba la alargada sombra de su liberto deslizarse por la pared de mrmol, al pasar Keptah por entre sta y el sol, que derramaba sus rayos por entre la columnata que quedaba a su derecha.

—Soy demasiado blando —se dijo Diodoro despues de otro trago de la copa de vino resinoso—. Trato a mis libertos como iguales y a mis esclavos como a libertos. As no hay que maravillarse de que no me respeten. Tendr que hacer sonar el ltigo con ms frecuencia e imponer un poco de disciplina militar en esta casa.

Pero en el fondo estaba convencido de que era incapaz de ser brutal o injusto, lo mismo que les haba ocurrido a sus virtuosos padres, los cuales haban respetado las vidas y las personas del ms humilde de los hombres. Diodoro comenz de nuevo a pensar con desagrado en Roma moderna y su rostro volvi a ensombrecerse.

«Aquellos generales que podan dirigir con petulancia las campaas de endurecidos comandantes en lejanos campos de batalla y proyectar tcticas y estrategias como si supiesen algo acerca de tales asuntos! «Aquellos suaves y plidos senadores vestidos con blandas togas, dedicados a la compra y venta en la bolsa, despues de una larga maana en los baos, recuperndose de una noche de orga y restaurados parcialmente gracias a la habilidad de los esclavos que con manos giles, daban masaje a sus flccidos msculos! «Los perros, comprando y vendiendo lo que haba costado las vidas de otros hombres ofrecidas en aras de Roma, mientras ellos agitaban perfumados paelos ante sus rostros, en tanto que regateaban, ofrecan y se engaaban unos a otros y mientras, entre oferta y oferta, comentaban el ltimo chisme obsceno de la ciudad! Sus degeneradas mujeres, concubinas, esposas depravadas, que llevaban los nombres ms nobles de Roma y cometan adulterios como si fuesen pasatiempos de moda. Desgraciadamente lo eran. «Aquellos parsitos, los augustales, que entraban y salan del Palatino, tan aristocrticos, como estatuas, podridos de cuerpo, con arpas en sus mentes y traicin en sus almas astutas! «Literas de oro y mimados muchachos esclavos mantenidos con propósitos vergonzosos; aquella rapacidad y lujuria de lo que antes haba sido una sociedad disciplinada, modesta, heroica y frugal; aquella lenta desaparicin de una slida clase media, desaparicin que haba sido deliberadamente proyectada! «La brillante ciudad, la amada del mundo, transformada ahora en un sumidero de corrupcin, avaricia, traicin, placer, conspiracin y decadencia, en una pestilente impureza de la que manaban fiebres, locura y enfermedad, que estaba infectando los ms lejanos rincones del Imperio! «Y luego, aquellas multitudes romanas procedentes de todas las razas! «Incluso Julio Csar las haba temido, con razn, y se haba acobardado ante ellas; las haba adulado y complacido! «La turba romana, verstil, inestable, polglota, sangrienta, desalmada y avariciosa! Donde antes haba existido una poblacin sobria y parca, orgullosa de los antepasados, celosas de la repblica, que encontraba su cabal expresin en el trabajo, la familia y los dioses; que viva feliz en hogares tranquilos y bajo la sombra de sus rboles, ahora viva una multicolor y rapaz canalla, presta siempre a aclamar o asesinar, presta a la pelea y a insensatos asentimientos, amontonada en malolientes y congestionadas casas, aborreciendo el trabajo y prefiriendo mendigar y solicitar continuamente del Senado que la mantuviese, adulando a viles polticos que cedan a sus peticiones y amenazando a los pocos hombres honrados que se oponan a sus exigencias por el bien de Roma y de ellos mismos; una multitud que peda continuamente pan y circo, ansiosas de mezquinos placeres, fntica de gladiadores insensatos y adorando al ltimo corredor, actor y lanzador de disco, como si fuesen los ms grandes hombres; una multitud que, en su indolencia, devoraba las contribuciones, cada vez ms pesadas, impuestas sobre hombres que valan mucho ms que ella, para poder pagar su miserable sustento, cuando el mundo hubiese sido mejor si el hambre o la peste le librasen de ella, «Ah, la plebe romana, las malditas multitudes, apropiados seores y esclavos de sus amos, polticos y receptores de sus votos!

No era extrao que Roma tuviese ahora tan pocos artesanos buenos comerciantes y constructores. El monstruoso gobierno chupaba el fruto de su trabajo y medio de impuestos a favor de una canalla perezosa, gruona y devoradora mant enida a expensas del Estado. ¿Qu le importaba al esclavizado hombre de la calle, de mirada turbia y boca rapaz, haber destruido el heroico esplendor de Roma, difamado sus dioses y envilecido con estircol las estatuas de los antepasados? ¿Acaso no conseguia ahora, por medio de gruidos e inscripciones pintadas en las paredes por la noche, que su plato fuese colmado una y otra vez con ms grano, sopa y pan, y contemplar espectculos cada vez ms sangrientos en el Circo Mximo? Los amos eran dignos de sus es clavos, y stos de aquellos.

En el Palatino an viva el anciano soldado, Csar Augusto, un hombre rgido y moral. Pero, ¿qu poda hacer rodeado como estaba por senadores corrompidos y estadistas elegidos por una canalla an ms corrompida? Diodoro record de pronto una carta que haba recibido unas semanas antes de uno de sus

amigos, sellada cuidadosamente y enviada por un mensajero de confianza. (¿Cunto tiempo hacia que los hombres honrados se vean forzados a sellar sus cartas para protegerlas de los rapaces y vengativos ojos de espas empleados por el Estado?) Su amigo le haba escrito: Temo que Roma est muriendo. Yo, como t, querido amigo, he credo durante mucho tiempo (y he rogado para que as fuese) que las viejas virtudes an florecan en algn lugar de la ciudad, como flores excelentes y bellas en un olvidado jardn, preparando la semilla que crecera de nuevo en amplios espacios. Pero el jardn no existe! Ha sido pisoteado en el barro de la plebe, y por sus codiciosos dueos, que viven del favor de la multitud

Diodoro, hundido en un estado de impotencia y desesperacin como nunca antes haba experimentado, pens en los dioses de Roma. Antao haban personificado el trabajo honrado, el amor, la santidad del hogar y la propiedad privada, la libertad, gracia y amabilidad, las virtudes castrenses del deber y devocin, el cario hacia los nios, el respeto entre los empleados y quienes empleaban, el patriotismo, la obediencia a decretos divinos e inmutables, y el orgullo y dignidad del individuo. Pero ¿qu haba hecho Roma de estos dioses? Les haba transformado en rplicas venales e indescriptibles de s misma en todos los aspectos.

Diodoro arroj la copa que sostenia, la cual se estrell contra la pared de mrmol. Se puso en pie y empez a pasear arriba y abajo sobre los solitarios y blancos suelos, haciendo sonar las sandalias con un sonido parecido al repique de un tambor.

Record el final de la carta de su amigo: La nica esperanza de Roma es volver a los valores religiosos.

No una vuelta a los indignos dioses. ¿Pero a qu? ¿A quin? ¿Al Dios Desconocido de los griegos? ¿Pero quin era y dnde estaba? ¿/I, el Incorruptible, el Padre, el Amante y Justo? ¿Por qu estaba silencioso si exista? ¿Por qu no hablaba a la humanidad y reordenaba el maloliente mundo, trayendo paz a los que no la tenan, esperanza a los desesperanzados, amor a quienes carecan de l, satisfacn a aquellos que tenan hambre de justicia? Si exista, sta era la hora en la que debiera manifestarse, antes de que el mundo quedase envuelto por su propia iniquidad o muriese por su propia espada.

Diodoro se sinti lleno de impaciencia e incontrolable ansiedad. Se detuvo entre dos columnas blancas, con las piernas separadas y firmes, de pie, como estn los soldados, y contempl el sol poniente sobre los rboles y palmeras. Su dolor disminuy por un momento. Nunca haba visto tan gloriosa puesta de sol, tan llena de luz sonrosada y dorados reflejos, tan brillante y pura que las ramas de los rboles, las brillantes frondas de las palmeras y las columnas de la casa brillaban con reflejos propios y reflejaban los colores del cielo. Irradiaba majestad y belleza como si una voz hubiese concedido una bendicin sobre el mundo entero, como su una poderosa mano se hubiese alzado en un gesto de ternura y amor. El rostro fiero de Diodoro se suaviz y adquiri una expresin casi infantil. Su mente disciplinada le deca que aquello era tan slo una esplendorosa y poco corriente puesta de sol; su alma le deca que la palabra haba sido pronunciada.

Entonces record los excitados rumores que circulaban en Antioqua aquel da. Una estrella particularmente brillante, ms intensa que la luna, ms esplendorosa, haba aparecido en el cielo la noche anterior y haba sido vista por muchos, incluso durante las horas ms vergonzosas de las Saturnales. Haba producido mucho temor y las multitudes haban corrido ciegamente por las calles a causa de su terror, con sus alegres vestidos esparcidos por todos los sitios. Pero un sacerdote del templo de Mercurio haba informado a Diodoro que haba sido un simple cometa o meteoro, y haba hablado con indulgencia. Diodoro haba preguntado:

—Pero, ¿dnde estabas t que no la viste?

—Estaba durmiendo, noble tribuno —haba contestado el sacerdote.

Diodoro mir hacia el lugar donde la estrella haba permanecido segn sus informantes. All no haba nada sino la estrella vespertina parpadeando suavemente. Pero, de pronto, crey que ciertamente haba habido una estrella. Su corazn se sinti elevado por una poderosa ola de alegra y consolado, aunque no poda explicarse por qu.

El jazmn nocturno despert con una ola de fragancia que Diodoro aspir como si fuese incienso. Se sinti humilde y en paz, lleno de fuerza. Har lo que pueda y vivir de acuerdo con los valores y verdades que me han sido enseados, de acuerdo con las virtudes y justicia que conozco y sin duda. /I se acordar de mi, aunque el mundo entero se vuelva loco.

Empez a caminar entre las columnas por el sendero de mrmol hacia las habitaciones de las mujeres. De pronto encontr en el patio a dos de sus oficiales, dos jvenes que amaba porque les haba enseado l y en quienes confiaba a causa de sus rostros honrados, sus cndidos ojos y su devocin hacia l y las antiguas virtudes. Prestaron atencin en cuanto le vieron y le saludaron con marcialidad; Diodoro se detuvo tratando de aparecer severo pese a su gran cario por ellos.

— ¿Cmo es que no habis vuelto a Antioqua, muchachos? —pregunt. Nunca mantena una guardia personal en su casa, como hacan otros jefes militares, porque confiaba en su propio brazo derecho y le disgustaba un excesivo despliegue de militarismo.

—Noble Diodoro, hoy hemos odo rumores alarmantes en Antioqua —replic uno de los soldados—. Una parte de la plebe murmura que la estrella que pretenden creer que vieron anoche indic la cada de Roma y la ira de los dioses contra los romanos. Se dice que la estrella se mova hacia el Este, alejndose de la Ciudad Imperial, y esto indica, segn dicen, que Roma est a punto de caer. Y cuando un imperio cae, creen ellos, es el momento para que un pas sojuzgado se levante y muerda.

—No te alarmes, Sexto —dijo Diodoro, y puso su mano sobre el hombre del joven capitn—. Vamos, vamos, ¿no temeris por mi causa? ¿Es por esto por lo que habis desobedecido mis rdenes expresas? Os aseguro que si Roma cae ser a causa de la falta de mentes disciplinadas.

—De todas formas, noble tribuno, preferiramos permanecer de guardia durante algunas noches —dijo el joven Sexto con obstinacin y una mirada de splica en los ojos.

Diodoro se detuvo. Contempl a Sexto y al centurin y vio su obstinacin. Si les mando que vuelvan a Antioqua, pens, se ocultarn en los jardines, a cubierto de mis miradas, insomnes y hambrientos, y esto ser para ellos una carga. ¿Es esto una recompensa justa por lo que consideran es su deber?. Con un deje de emocin dijo:

—Bien est, jvenes locos y testarudos como mulas, permaneced aqu tanto tiempo como queris. Ordenar que dispongan habitacin y comida para vosotros y patrullaris alrededor de la casa vigilando las puertas para que estis tranquilos. No es que me disguste vuestra actitud —aadi con cierta precipitacin por causa de la disciplina—, pero cuando estoy en casa no soy un soldado. Soy tan slo un pacfico cabeza de familia.

Lleg a los departamentos de las mujeres y estaba a punto de ordenar a una esclava que llamase a Aurelia cuando sta apareci acompaada de Iris. Rean suavemente como si fuesen hermanas, y la mano de Aurelia descansaba levemente sobre el brazo de Iris, que nunca haba parecido tan hermosa a Diodoro. Fue a ella a quien l mir y como si en sus sorprendidos ojos hubiese habido algo terriblemente revelador, el rostro de Iris se oscureci y sus azules ojos se humedecieron como con pena y ansiedad.

Para la vieja romana Aurelia, la esposa de un liberto no era un ser despreciable, aunque hubiese sido esclava anteriormente. Si era digna de amor, reciba amor, y si de respeto, respeto. Aurelia e Iris eran ntimas amigas. Pero Diodoro ignoraba que Iris visitaba con frecuencia su casa cuando l se hallaba ausente. Aurelia se sinti sorprendida y feliz al verle.

— ¿Llego tarde, Diodoro? —Pregunt, acercndose a l y tomando su mano—. El sol an no se ha puesto del todo.

—Soy yo que vengo temprano —replic l. Deseaba besar su redonda mejilla, besarla de lleno en los labios. Era un reflejo contra algo que le amenazaba.

Aurelia empez a charlar alegremente, en su forma acostumbrada:

—Iris me ha estado ayudando a tejer los lienzos y lanas de invierno. ¿Mira mis dedos! Estn encallecidos y casi sangrantes.

Extendi sus manos ante l y se ech a rer. Su cabello, peinado para estar en casa, colgaba sobre sus hombros en dos brillantes trenzas que llegaban por debajo de su cintura; el rostro y la frente brillaban a causa de un ligero sudor y unos rizos oscuros y juveniles caan sobre sus mejillas y frente.

Iris se mantuvo aparte, inabordable como una ninfa de mrmol, el dorado cabello peinado a la manera griega, sujeto sobre su cabeza con cintas blancas. La misma clase de cintas sujetaban su esbelta cintura sobre la que se alzaba un pecho perfecto. La luz poniente cayendo sobre ella, daba un tono trasluciente a su carne y Diodoro pens que no era Diana sino la griega Artemis. El rostro, los brazos, la garganta de Iris parecían una rosa, la compostura de su tranquila expresin y la gentil dignidad de su figura eran las de una soadora estatua sumergida en lejanos pensamientos sin relacin con la humanidad. Su aspecto hizo pensar a Diodoro, pese a la presencia de su esposa, que l era como Acten y sin duda le estaba prohibido mirarla.

Aurelia vio la fijeza en el rostro de Diodoro al mirar a la joven liberta, e hizo un gesto de comprensin. Entonces Iris, tras una profunda reverencia, se alej, perdiéndose su alta y bien formada figura entre las sombras de los soolientos rboles. Diodoro contempl como desapareca. Aurelia le tom su brazo afectuosamente. No senta celos. Amaba a Diodoro demasiado y conoca bien la virtud de Iris. Ciertamente era permisible que un hombre mirase a una mujer y su esposa tena demasiada dignidad y respeto hacia s misma para sentirse molesta.

Entraron juntos en la casa mientras Diodoro se quejaba de la guardia personal. Aurelia, sin embargo, se sinti aliviada. Haba odo rumores entre los esclavos sobre los sentimientos de la gente en Antioqua.

—Hemos de arreglar alojamiento y comida para esos devotos soldados —dijo con placidez. Le encantaba que otros amasen tambn a Diodoro. Quera mostrar a su esposo la milagrosa mejora de su hija Rubria y aunque Diodoro preguntaba sin parar acerca de l a condicin de la nia. Aurelia se limit a asentir y sonrer misteriosamente. Diodoro, seguido por Aurelia, ascendi por la ancha escalera y entr en la habitacin de Rubria.

En la habitacin estaba la enfermera, Keptah y el muchacho Lucano, pero Diodoro slo vio a su hija, sentada en la cama y riendo. Las mejillas de la nia tenan un saludable color y sus ojos se movan con viveza; tena recogido el negro pelo detrs de la cabeza con una cinta dorada. Sus diminutas manos sostenan una mueca hecho por Lucano, pintada de brillantes y alegres colores y con los brazos y piernas flexibles. La muchacha haca bailar la mueca sobre sus rodillas y adoptar posturas grotescas. Lucano la contemplaba con un firme y ansiosa mirada mientras Keptah mezclaba una pocin en una copa.

Al ver a Diodoro Rubria se sent erecta en la cama y exclam con excitacin:

— ¿Mira, padre! ¿No es una maravilla? ¿Lucano me la ha trado hoy!

Bes a Diodoro a prisa, con deseos de volver a su juego, y l la contempl amorosamente. ¿Ah, la pequeita haba escapado del mismo borde de los campos Elseos!. Vivira y alegrara el corazn de su padre con una buena boda posteriormente y nios a quienes mecer en las rodillas. Pero debemos regresar a Roma —pens el tribuno—. Este clima es malo para la nia. Llevara a la familia a su granja en una provincia cercana a Roma donde el aire era excelente y seco; all vivira como un terrateniente, olvidando la corrompida ciudad, disfrutando de su familia, y acaso tambn vendran hijos.

Mir a Lucano. El muchacho capt su mirada y dijo con deferencia, pero en tono de orgullo:

—Rubria ha estado hoy sentada en su silla durante dos horas, seor.

Luego rompi a rer con la nia ante las contorsiones de la mueca y de nuevo eran ambos dos nios. Por primera vez Diodoro pens en los gastos en la Universidad de Alejandra sin que le doliesen. El chico terminara por reemplazar a Keptah cuando ste fuese demasiado viejo. Permanecera con la familia, que le amaba, doquiera ellos fuesen. Puesto que Lucano haba nacido libre podra casarse con la hija de alguna buena y virtuosa familia romana, quiz la de un comerciante prspero, acaso de una familia romana. Lucano y su esposa (que sera elegida por Diodoro teniendo en cuenta su dote, moralidad y capacidad para ser una madre saludable) tendran un hogar en la granja. El alma paternal del tribuno se ensanch. En su vejez estara rodeado de voces y risas infantiles, de la vista de los campos y bosques, del agradable mugido del ganado, de rboles frutales, de sombra y del murmullo sonoro de un ro.

Ms feliz que nunca, desde haca mucho tiempo, Diodoro orden a Lucano que se quedase a cenar y dijo a la enfermera que enviase un esclavo a la casa de Eneas para informar a los padres del muchacho de que llegara tarde a casa. Lucano se ruboriz; nunca haba sido invitado a comer en la mesa del tribuno y su esposa, pero no vacil. Rubria pidi al momento que la bajasen abajo y Keptah sinti a la mirada interrogante de su seor. Diodoro llev a la nia en sus brazos y su corazn estaba tan aliviado que no not su fragilidad. Tan slo tena conciencia de sus risas y de su cabeza apoyada en su pecho.

El comedor estaba decorado con estuco pintado y una alfombra persa cubra el suelo. Las ventanas se abran frente a las palmeras cuyas ramas estaban teidas de escarlata por los ltimos rayos del sol; fragancia de jazmines y rosas llenaban el clido aire. Estaba todo tan tranquilo y sereno que poda orse la voz del ro. Keptah, a causa del nuevo honor que le dispensaban como liberto y valioso mdico, se sentaba lejos, al final de la mesa, pero Lucano qued instalado junto a Rubria. Es como un hijo mo, pens Diodoro de pronto, y sinti amor por el rostro de Lucano, tan parecido al de su madre, apreciando la nobleza de su frente. Despus de todo —pens—, llegando al fondo de su repentina democracia y prdida de las convenciones, los romanos hemos concedido siempre la superioridad a los griegos, incluidos los filsofos. Este muchacho sin duda tiene antepasados patricios, probablemente ms antiguos que los mos.

La comida fue una sorpresa para Lucano, porque la mesa de su padre era mucho ms lujosa y los vinos mejores. Sirvieron un plato de cordero cocido fro, no muy bien aderezado y demasiado lleno de aceite; luego pan vulgar y varias clases de quesos de los menos distinguidos y el vinagre y aceite con que estaban arreglados los rbanos y pepinos eran de la ms baja calidad, debido a la frugalidad y falta de aprecio de Diodoro. Lucano vio que ni el tribuno ni Aurelia tenan paladar; eran en verdad, gente sencilla y cordial que preferan comidas sencillas y slidas, las cuales coman con agrado. Lucano ech de menos la mesa de su padre; Iris poda aderezar y sazonar tan hbilmente un sencillo plato de humildes alubias que se transformaba en una delicia epicrea.

Keptah, admitido por primera vez en la mesa del tribuno, arrug su oscura y aquilina nariz. Aquello era comida de cerdos, no de hombres. Diodoro roa un pequeo hueso; ola fuertemente a ajo. Un hombre civilizado puede ser distinguido de la plebe por la cantidad de ajo de su comida, pens Keptah, limitndose por su parte a un bocado de queso, un trozo de pan y un poco de vino de la clase menos repulsiva. Sin embargo, senta considerable afecto por Diodoro.

Rubria qued de pronto cansada y su vivaz voz juvenil se hizo ms lenta. Diodoro la llev a su habitacin en la parte de arriba de la casa. Los esclavos estaban encendiendo luces por toda la casa. Lucano acompa⁽⁶⁰⁾ al tribuno; Rubria suspir satisfecha entre sus almohadas. Extendi su mano a Lucano que la tom y con un ademn suave bes sus dedos. Rubria cerr los ojos y sonri, e inmediatamente qued dormida.

Haba oscurecido ya y Diodoro inform a Lucano que sera l y no un esclavo quien le llevara a casa. En el camino, a travs de la noche que avanzaba rpidamente, Diodoro habl de Alejandra con mucho detalle porque conoca la ciudad. El colegio de medicina solo era enorme; la biblioteca era una de las maravillas del mundo. Lucano debera sentirse humilde ante el pensamiento de ser un estudiante all. Lucano asinti con gravedad.

—Costar mucho dinero —dijo Diodoro cautelosamente, mientras trataba de ver la cara que pona Lucano por medio de la dbil luz de las estrellas y la naciente luna—. No soy un hombre rico, Lucano. Tus matrculas sern pagadas, pero habrs de ser frugal.

Lucano ocult una sonrisa y dijo:

—Seor, estara agradecido con un camastro en el suelo de un establo y mis necesidades sern pequeas. A cambio, te ruego que me permitas servirte. Y si no, que pueda pagarte luego con lo que gane como mdico.

Diodoro se sinti complacido ante esta austeridad. Haba tomado a Lucano por la mano y la apret.

—Tonteras, tonteras —dijo generosamente—. Slo deseo que aprecies tu fortuna. Desde luego, despus de que te grades permanecers con la familia. Keptah ser entonces viejo; tambin l recibir un generoso estipendio, que mi padre, Prisco, le dej. Qu hombre tan extrao y elptico!

Detrs de ellos, desapercibido incluso para el agudo odo del soldado, un joven centurin les seguia, escondido entre los rboles en la distancia y con la espada desenvainada para protegerles. Por fin llegaron a la vista de la casa de Eneas y Lucano rog a Diodoro que no siguiese ms lejos. Ent onces ech a correr hacia la casa, detenindose un momento para decir adis con la mano, y un poco triste, a su benefactor, que correspondi al saludo con indulgencia. Si —pens Diodoro—, ste es el hijo que yo deba haber tenido. Por un momento se sinti invadido de tristeza. Se detuvo. Lucano entr corriendo a la casa. Ahora estaba todo en silencio, excepto los pequeos cantos de los grillos y el misterioso susurro de las palmeras y los rboles.

Diodoro no saba porqu se haba detenido y porqu senta una repentina desolacin en su pecho. La nica lmpara encendida en la casa de Eneas vacil. Entonces la puerta se abri y apareci Iris sola. La luz de la luna daba un aspecto de plata flotante a su vestido blanco. Anduvo como una diosa hacia un rbol y se reclin en l, ignorante de la presencia de Diodoro all cerca. Su dorado cabello caa suelto sobre sus hombros.

Diodoro contuvo la respiracin. Apenas poda distinguir el perfil de la muchacha en la plateada y difusa luz. Pero poda ver que ella miraba en direccin de su casa y permaneca tan quieta como una estatua. La mano apoyada en el rbol y el brazo extendido eran perfectos y esbeltos, ms blancos y radiantes que la misma luna.

Por un momento los odos de Diodoro zumbaron. Pasaron unos instantes e Iris an miraba hacia la casa del tribuno, estaba tan inmvil, que Diodoro pens en una aparicin. Entonces percibi el sonido de un llanto suave y qued perplejo. Iris se cubra el rostro con las manos.

Diodoro dio un paso hacia delante en su direccin, luego se detuvo. Dese gritar, pero no pudo. Tan slo tena que acercarse a Iris y tomarla entre sus brazos; su carne senta un incontenible deseo. Poda sentir el cuerpo de ella contra el suyo, sus manos hundidas en aquel maravilloso cabello, con el que tan descuidadamente haba jugado cuando era un muchacho. Sera como seda dorada, perfumado con flores recién cortadas.

Pero no se movi, a pesar de que su apasionado deseo haga temblar sus brazos y palpar su corazn con violencia. Baj la cabeza y silenciosamente, retrocedi, pas a paso, se retir entre los rboles y se alej de all.

CAPITULO V CAPITULO V

El maestro griego de Rubria y Lucano era un joven activo y pequeo, con un rostro oscuro y travieso y modales grotescos. Era esclavo y valioso, porque posea mucho saber. Le haba costado a Diodoro quinientas monedas de oro, una extravagancia que de cuando en cuando produca al tribuno un estremecimiento. Se llamaba Cusa, un nombre que a Diodoro le pareca pagano, ni griego ni romano, y tena los rasgos de un stiro joven y una lengua picante e impdica. No tema a nadie ni a nada excepto a Diodoro, y aunque era juguete y a veces tramposo y alborotador con los otros esclavos, posea un ingenio brillante y cualidades de poeta. Sobre todo odiaba el analfabetismo y la estupidez y se meta con ellos en un lenguaje tan sucio que haga rer a Diodoro aunque reprenda a su esclavo.

—Por todos los dioses —le haba dicho en una ocasin—, cre, por ser soldado, que conoca todas las palabras, pero tus inventivas, mi querido Cusa, han superado a todas.

Cusa la tom con Lucano desde un principio. Como muchacho feo que era, envidiaba la belleza apolnea del chico. Como esclavo, consideraba que Lucano, hijo de padres que haban sido esclavos, era una imposicin sobre l. Pero el amo era un hombre caprichoso y haba que obedecer sus rdenes. A pesar de todo, Cusa se provey de una pequea fusta que usaba sobre Lucano ms a menudo de lo necesario, cuando, en opinin de Cusa, el chico haga alarde de evidente estupidez. Haca esto en ausencia de Rubria o cualquier otro que pudiese informar al tribuno, y Lucano, aunque indignado y fastidiado, no se quejaba. Pero algn da, se prometi a s mismo, coger la fusta y la usar sobre los hombros de Cusa para que escarmiente. Cusa ve a a veces un brillo de orgullo en los azules ojos del muchacho y haga una mueca. Soy bajo de estatura — pensaba—, y t eres ms alto que yo, mi querido ignorante, a pesar de tu edad; pero el amo aqu soy yo!

La habitacin de clase era pequea, amueblada con una sola mesa, tres sillas y una estanteria llena de libros enrollados. Cusa dejaba la puerta abierta y algunas veces, cuando tena buen humor y como deferencia a Rubria, dejaba que sus alumnos saliesen fuera y se sentasen en la hierba, Rubria sobre un cojn para protegerla de la humedad. En estas ocasiones sola decir:

—Los filsofos vagabundeaban por entre columnatas y se reclinaban sobre piedras.

Entonces ordenaba a Lucano que se sentase sobre una piedra particularmente incmoda y manifestada socarronamente:

—Hemos de aprender a ser estoicos; es excelente para el alma y la disciplina de la mente.

Pero como l no era nada estoico extendi su rojo manto de lana sobre la hierba para sus propias posaderas.

En cierta ocasin dijo a Diodoro:

—Seor, te ruego que no te sientas contrariado. Ese chico puede que sea hermoso, pero su cabeza es como el mrmol que parece.

—Ensajeale a ser carne y cerebro —dijo Diodoro comprendiendo bien a Cusa—. Te aconsejo que lo prepares para Alejandra tan rpidamente como sea posible.

Estas palabras hicieron que Cusa aborreciese a Lucano ms que nunca. Ah! —Deca para s— la nica cosa que hace falta para atraerse un benefactor es tener el pelo amarillo y la piel blanca. T, mi buen Cusa, pareces un camello o un mono, y esto es tu desgracia. 𐀀

Sin embargo, a lo largo de las horas, semanas, meses, y, al final, de dos aos de contacto, tuvo que reconocer y respetar, aunque involuntariamente, la rapidez con que Lucano aprenda, su poder de concentracin y la casi milagrosa captacin de conocimiento que el muchacho tena. El chico posea una mente devoradora; datos, poemas y lenguas eran captadas, asimiladas y hechas suyas. Haca mucho tiempo que

haba dejado a la pequeña Rubria muy atrás, y ella le miraba con admiración y aplaudía sus éxitos. Por ser muchacha no se esperaba de ella una inteligencia desacostumbrada; su padre deseaba que aprendiese lo bastante para que pudiese disfrutar de la poesía y de los libros menos pesados. Diodoro, sabiendo, por su hija, los progresos de Lucano, sola decir:

—Ahora es cuando esa sinvergüenza de Cusa empieza a ganar el dinero que gasta en mí.

A pesar suyo, Cusa empezó a encontrar placer enseñando a Lucano. El chico le mantenía siempre excitado y las horas de enseñanza dejaron de ser aburridas como cuando sólo había tenido a Rubria por discípula. Intentó llegar a los límites de la capacidad de Lucano enseñándole intrincadas lecciones, muy superiores a la que correspondían a su edad, pero Lucano siempre iba un paso más allá y con facilidad. Cusa, que era un verdadero maestro, sentía un secreto y anonadado orgullo por su discípulo, aunque su sarcástica lengua no lo dejase traslucir jamás.

—Seres un buen contable —deca con frecuencia—. Pero, ¿qué fantasía te persuade de que llegaras a médico? Nada sabes sino es de memoria y lloro ya por tus futuros pacientes.

Su fusta estaba siempre a punto. Al cabo de dos años Lucano podía discutir con Diodoro sobre los principales poetas y filósofos, con gran contento por parte del tribuno. Diodoro abrió a su valiosa biblioteca al muchacho y Lucano estudiaba allí después de las horas de clase y sólo la oscuridad le arrancaba de aquel lugar. Pasaba también algún tiempo con Keptah y las horas con él eran para Lucano las más compensadoras de todas.

Cuando estaban juntos nunca hablaban de la inevitable muerte de Rubria. Era cierto que su juvenil cuerpo empezaba a redondearse con la dulzura de la próxima pubertad, pese a que era dos años más joven que Lucano. Su hermosa cara morena estaba más llena y vivaz, con la alegría de ser joven y mimada y su apetito había mejorado e incluso podía jugar vigorosamente con Lucano, aunque breves momentos. Pero Keptah sabía que su mortal enfermedad tan sólo estaba contenida.

Para Lucano era bastante estar con Rubria, tocar su pequeña y cálida mano, cambiar miradas divertidas a expensas de Cusa, correr sobre la hierba o coger una enorme y hermosa flor roja para tirarla contra Rubria. Se tiraban pelotas uno a otro, reían y gritaban. Imitaban el canto de las aves y miraban con asombro e interés a los pequeños seres silvestres de los árboles. En algunos momentos se sentían tan llenos de inexpresable alegría que tan sólo podían permanecer mirándose a los ojos con un radiante y tímido gozo. Así, tras ella aumentaba la belleza de Rubria y también el amor que su compañero de juegos sentía por ella. Lucano pensaba en ocasiones:

¿Sin duda que Dios no puede arrebatarme este tesoro, esta amada mía, hermana y corazón de mi corazón. Sin Rubria no habrá canciones, ni delicias, ni ternura, ni razón de existir. ¿Jugaba con el cabello de Rubria como Diodoro lo había hecho con el de Iris, y se alegraba en sus sedosas trenzas impregnadas de fresca y olorosa vida. Algunas veces se abrazaban, incapaces de hablar, y la impresión de la mejilla de Rubria junto a la suya le invadía de un reverente éxtasis. Sostenía a Rubria entre sus brazos y sentía como si el mundo entero estuviese lleno de belleza y suavidad.

Keptah vea esto y ya no hablaba a Lucano de la inevitable desolación que tendrá que llegar. Se crea a sí mismo en la presencia de algo santo y lleno de inocencia. En ocasiones se preguntaba tristemente: ¿¿¿Da Dios sólo para quitar?¿¿¿ ¿Arrebata con el mismo propósito de hacer que el corazón humano vuelva a mí?

Una tarde Cusa descubrió a Rubria y Lucano que habían salido de clase. Lucano tejía una guirnalda de flores para Rubria y ella le contemplaba con un atento placer. Tenía sobre su hombro un pájaro amaestrado rojo y jade, que picoteaba su oído. De cuando en cuando, ella se volvía y besaba su amarillo pico. El maestro, que siempre tenía a punto un comentario cústico sobre la pérdida de tiempo, se sintió repentinamente silencioso. Les contempló desde alguna distancia y le invadía la melancolía. Los dioses envidiaban celosamente la belleza, juventud y felicidad de los mortales. Aquel muchacho era como Febo, el dios del sol, y ella una doncella de dulce y piadosa virginidad. Cusa, cargado de tristeza, se alejó de allí. Aunque era un escéptico, aquella noche rogó a los dioses que no sintiesen envidia de tanta hermosura y sincera dulzura. A la mañana siguiente, dijo, a Lucano con doble intención:

—Si has de ser erudito y médico, te aconsejo que no juegues descuidadamente con las muchachas jóvenes. Esto es para el vulgo y la plebe. ¡Atención! Esta mañana volveremos a los diálogos de Sócrates. Eres muy obtuso con ellos, chico.

Aquel fue un verano delicioso, todo serenidad. La solicitud que Diodoro había enviado pidiendo el traslado a Roma no había sido contestada aún, pero tenía buenas esperanzas. Cultivaba asiduamente el trato con su esposa y esto le proporcionaba bastante serenidad. Evitaba a Eneas cuanto podía y no volvió a acompañar a Lucano hasta su casa. Iris permanecía en su mente como el recuerdo de la mañana, pero evitaba con firmeza los encuentros con ella. Era un sueño, para ser recordado como un sueño. Si un hombre era incapaz de controlar con rigor sus pensamientos no era un hombre y mucho menos un hombre romano. La vida exigía disciplina de cuerpo y mente y muy particularmente del corazón. Recibía libros de Roma y se sumergía en su lectura. Aquellas filosofías de hombres ascéticos, llenos de sabiduría, tenían ahora para él un significado especial que levantaba solemnes notas de paciencia y fortaleza. Sumergido en filosofía eterna, olvidaba la corrupción de Roma, y el fétido y alborotado presente. ¿Que el mundo entero se pierda. La verdad es eterna. ¿La gente espida acude a Roma —se deca a sí mismo—, pero el hombre encuentra refugio en la verdad. ¿

Rubria alcanzó la pubertad y Aurelia se sintió llena de alegría. Se ofrecieron importantes sacrificios en el templo favorito de Aurelia, el templo de Juno. Encomendó a su hija a la esposa de Júpiter, la guardiana de la

salud, la familia y los niños. Miraba los ojos luminosos de Rubria, puros e inocentes, y soaba con nietos. An existan familias romanas que tenan hijos fieles, devotos de los dioses y de su patria. Poda tener nietos, ya que no haba tenido hijos. Recogi el cabello de Rubria con cintas y le aconsej modestamente. Le ense⁽⁶⁰⁾ el arte de la cocina, del gobierno de la casa y como una esposa puede mejor complacer a su marido. Escribi a sus amigos de Roma comentando la creciente belleza y madurez de Rubria.

—Te ests precipitando —dijo Diodoro una tarde—. La nia slo tiene once aos.

Tena celos del joven que se llevase a su hija y gozase de sus risas y dulzura, que la uniese a su vida e hiciese que ella olvidase a su padre.

Aurelia, ocupada laboriosamente con una tableta cubierta de cera en la que estaba escribiendo a una amiga muy querida, madre de apuestos muchachos, pregunt distradamente:

— ¿Cul ser la dote de nuestra hija? Diodoro, te ruego que olvides tus bancos. Debemos tener en cuenta la fortuna de Rubria. En menos de tres aos estar dispuesta para el matrimonio. † Tres aos. Soy un viejo †, pens Diodoro con resentimiento. Luego contest:

—Ests precipitando las cosas. La chiquilla juega en la hierba y es todava una nia.

Aquella noche acun a la nia en sus brazos, cantando canciones hasta que se durmi; luego se sent a su lado y contempl las sombras de sus pestaas proyectadas sobre las sonrosadas mejillas y observ la dulce curva de su boca. "Querida ma —pens—, querida de mi corazn. Sin duda que nunca a existido una doncella tan hermosa, inocente, clida y querida. Una Hebe nacida para servir a los mismos dioses." Apart este pensamiento con repentino terror. "Que los dioses tengan otros servidores! Son dioses y disponen de multitudes", mientras que l slo tena a su hija.

Una tarde Keptah entr en la sala de clase y dijo brevemente a Lucano.

—Vente.

Cusa frunci el ceo y le contest:

—El muchacho estudia en este momento a Platn.

—Vamos —repiti Keptah, ignorando al tutor que, a fin de cuentas, era tan slo un esclavo. Lucano, sin una palabra, se levant y abandon la habitacin con el mdico. Pero en el dintel, se detuvo; e hizo una reverencia a Cusa, pues saba que los esclavos y siervos son muy sensibles.

Diodoro haba puesto un asno al servicio de su liberto Keptah.

—Un animal innoble —deca el mdico en tono vejado—. Pero me consuela haber odo decir que los asnos son con frecuencia ms sabios que los hombres y que tienen adems un gran sentido del humor.

Tom prestado otro para Lucano.

—Hoy vamos a Antioqua —dijo—. Bien, aqu llega tu animal del establo. Es una suerte que no hayamos pedido caballos, porque nos hubiramos sentido decepcionados. A pesar de ser romano, nuestro seor no se deja impresionar por la raza equina y todos sus animales estn comidos de pulgas. ¿Para qu sirve el dinero si no es para disfrutarlo? Hay, sin embargo, hombres que gozan ms con el pensamiento de sus cofres que con el de aprovecharse de ellos.

La mala intencin de Keptah hizo sonrer a Lucano. Los asnos estaban rollizos y tenan la piel brillante y miraban al mdico y al muchacho con ojos arrogantes.

—Tampoco se dejan impresionar por nosotros —dijo Keptah montando. Sus largas y huesudas piernas colgaban casi hasta el suelo y Lucano se ech a rer. Por su parte, se instal en el asno que le haban asignado y acarici el cuello del animal, que cerr los ojos aburrido. Iniciaron un trotecillo por la carretera que conduca a Antioqua y Keptah mantena un silencio desacostumbrado. Haba cubierto su cabeza con la capucha, ms con el propsito de permanecer en soledad que para protegerse de los intrusos rayos del sol. De vez en cuando Lucano arreaba a su burro hasta conseguir que galopase, disfrutando del aire y del sol, que no parecían afectar su rubia piel. Con el dorado cabello suelto cantaba feliz. No saba adonde le llevaba Keptah, pero le bastaba estar libre en plena luz, ser joven y poder contemplar las múltiples agrupaciones de flores silvestres azules, granates y escarlatas que adornaban el estrecho camino. Y soaba.

Antioqua, como siempre, era un tumultuoso crisol de colores, olores y calores. Flotas recin llegadas de Oriente y de otros lejanos pases estaban ancladas en el intenso azul del puerto, con sus velas blancas y verdes resaltando contra el cielo. En las estrechas, pendientes y tortuosas calles sonaban voces extraas, y en todas las puertas, parajes y galeras aparecan voraces rostros oscuros y resonaban con exclamaciones blasfemas, gritos y risas. Las tiendas eran hormigueros. Los gritos de los mercaderes ensordecían. Los camellos gruñan; cruzaban carros y rebuznaban asnos; un fuerte olor agrio de carne cocida caliente, vino y especias reinaba en los clidos rincones de las calles. Judos, sirios, sicilianos, griegos, egipcios, tesalonicenses, negros, galos y brbaros inclasificables, vestidos con los ms raros atuendos, paseaban o alborotaban por todas las calles, levantando nubes de blanco polvo que brillaban a la luz del sol. Aqu o all surgían acaloradas discusiones y querellas; edificios plidos y brillantes se alzaban en el aire. Bandadas de niños jugaban en el paso de los vehculos y animales, maldecían a los conductores o mendigaban limosna con rostros impertinentes y tostados por el sol.

A Lucano le gustaba la ruidosa ciudad y se senta excitado. Vea a hombres y mujeres que entraban en pequeños templos de columnas con palomas y niños pequeños en los brazos. Contemplaba las brillantes banderas y aspiraba el fuerte olor a polvo o el clido olor del heno. Esperaba que Keptah le llevase a la taberna favorita del mdico, pero pasaron ante ella sin que ste se dignase ni mirarla. Soldados romanos cortejaban a muchachas vestidas con atuendos de vivos colores y se sentan especialmente atrados por las doncellas

cubiertas con velos. Asediaban a las mujeres jóvenes y los ojos, negros brillaban con destellos a la luz del sol. El polvo era palpable en el sobrecargado aire de la ciudad y, por encima de los demás olores, prevalecía un fuerte olor a estiracol y ajo. Diodoro hablaba de Roma, la Ciudad Imperial, pero a Lucano le parecía que ninguna otra ciudad podía tener tales olores y semejante atracción. Muchas mujeres se asomaban a los balcones de sus casas. Del interior de algunas surgía el alborozado ruido de música y risas. Jardines interiores, protegidos por altas paredes, exhalaban perfumes de rosas y de naranjos en flor hacia las polvorosas calles.

Keptah mantenía el trote de su asno, aislado y remoto, a los ojos de Lucano como una figura deprimente en medio de tanto color. Un grupo de marineros vestidos tan sólo con taparrabos y con grandes anillos dorados en las orejas, reñan en una esquina con gestos vehementes y rostros morenos, fieros y violentos. Sus voces extrañas hablaban una lengua que Lucano no pudo reconocer, resonaban en el cálido ambiente y un cuchillo brilló de pronto. Keptah continuó su camino como si fuese solo y Lucano suspiró. Había más que ver en la vida que en la filosofía. Cuerpos calurosos se apiaban alrededor de su asno, y un acre olor a sudor reinaba por doquier. Palmeras secas y cubiertas de polvo aparecían a intervalos en las calles. Vendedores ambulantes con bandejas de manzanas en dulce, cubiertas de moscas, gritaban sus mercancías o corrían tras el hombre de morenos pies descalzos que les robaba, y luego, casi siempre, incapaces de darle alcance, le maldecían a gritos. Infinidad de mendigos permanecían sentados contra las paredes, gimiendo, agitando sus platos, cubiertos de barbas enmarañadas y sucias. Mujeres ofrecían flores en cestos y viejos caminaban en medio del alboroto como ciegos, igual que si ya no perteneciesen a este mundo. Un grupo de cabras conducidas por un muchacho interrumpió el paso momentáneamente, balanceándose, saltando y moviéndose inquietas. Lucano, como siempre, estaba encantado. Se echó a reír al ver un mono insolente sobre el hombro de un hombre y quiso inspeccionar una tienda de loros.

Las calles por las que transitaban ahora estaban más quietas y menos llenas, y Lucano empezó a ver que había menos gente y menos vehículos en ellas. Los edificios eran viejos y decadentes y presentaban un aspecto ruinoso. Los ruidos de la ciudad disminuyeron. Los aullidos de los perros dejaron de oírse. Lucano, más tranquilo, cabalgó junto a Keptah y preguntó.

— ¿Dónde vamos? Nunca he estado aquí antes de ahora.

— Tranquilidad —respondió Keptah en un tono de voz débil y spera que parecía salir de su capucha—. He estado esperando durante mucho tiempo respuesta a un mensaje y hoy mismo ha llegado.

El aire de aquella parte de la ciudad era más fresco, los guijarros del suelo estaban húmedos y brillantes como si hubiese llovido, y las paredes de las casas cerradas y sombras. Los cascos de los asnos despertaban ecos y levantaban un polvo spero. Un reguero de agua de desagües corría sobre las piedras, oscuro, brillante y maloliente, produciendo un ruido ahogado. A ambos lados de la cerrada calle se alzaban paredes de piedra oscura y de ellas no procedían voces ni ruidos. Pero una o dos veces Lucano oyó el suave maullido de invisibles gatos que le sugirieron el pensamiento de Isis, la venerable diosa de los egipcios, de ritos ocultos y de los misterios de oriente. El muchacho se estremeció; un helado sudor enfrió su cuerpo y deseó haber traído con él una capa.

De pronto Keptah detuvo su asno gris e hizo un gesto al muchacho. Se había detenido ante una elevada pared de basalto, negra y lisa. Ninguna ventana se abría sobre su impresionante y poderosa vaciedad. Ningún sonido de vida procedía de detrás de su altura. Sólo una pequeña puerta se abría en aquella fachada repelente. Keptah sin decir una palabra, llamó a la puerta como con una señal. La llamada despertó ecos entre las dos paredes de la calle. Keptah esperó; luego volvió a llamar de nuevo. Esta vez hubo un sonido de cadenas y corrimiento de cerrojos. La puerta se abrió con quejidos de bisagras. La abertura se ensanchó y apareció un viejo, vestido con una tosca túnica gris, un hombre increíblemente bajo con una barba blanca y los ojos más brillantes que Lucano había visto en su vida, ojos de niño sonriente y asombrado. De su cinturón de cuero colgaba un manojo de tintineantes llaves; sus pies estaban descalzos.

Habló Keptah en una lengua incomprensible, rápida y con acento de bienvenida, y luego hizo una profunda reverencia... Durante todo este tiempo sus ojos se posaban en Lucano con curiosidad. Abrió por completo la puerta, hizo otra reverencia y se apartó para dejar paso.

Lucano parpadeó sorprendido. Al otro lado de la puerta se extendía un amplio jardín de afelpada hierba, palmeras de dátiles, árboles brillantes, fuentes, setos de rosas, lilas y toda clase de flores. El jardín, inundado de sol, parecía otro mundo. Grupos de sauces agitaban sus ramas como verdes cataratas en el más suave y dulce aire. Las fuentes parecían cantar y los árboles contestar su canto. A cierta distancia, en medio del brillo y perfume, se alzaba un edificio cuadrado bajo y radiante, construido de mármol blanco y más allá de éste se alzaba otro de granito gris, con ventanas de arcos, cerradas contra la luz y tan silencioso como un sepulcro.

A través del jardín discurrían senderos de piedra amarilla y aquí y allí había bancos de mármol bajo la sombra protectora de algún árbol. Lucano no había visto nunca belleza y tranquilidad semejantes a la que reinaba, con aire de retiro y dignidad, en los jardines, y edificios, el silencio que no rompía ni una sola voz y la ausencia absoluta de personas visibles en el jardín o alrededor de los dos edificios. El muchacho estaba asombrado. Permaneció incierto mientras la puerta se cerraba tras él y Keptah, y ni se dio cuenta cuidadoso cierre de cadenas.

— Ven —dijo Keptah, y Lucano le siguió por sobre la suave hierba. Pájaros de todos los colores le miraban desde las brillantes ramas. Las fuentes murmuraban. Las rosas se mecían y exhalaban una suave fragancia. Los lirios alzaban sus blancos cílices y emitían su sagrado perfume mientras las abejas volaban sobre ellos y

sumergan sus dorados cuerpos en la profundidad de las copas. De pronto Lucano se percató de un sonido que no había percibido antes; apenas era perceptible para el oído. Ni cónico, ni canchín, sino una débil combinación de ambas cosas. Formaba parte del aire brillante, de las fuentes y de la brisa, y, sin embargo, era una voz humana.

Keptah condujo a Lucano en silencio a través de la hierba hacia el edificio cuadrado de mármol, que carecía de ventanas y de porticos. Una puerta de bronce grabada con extrañas figuras resaltaba, en medio de tanta blancura y una vez abierta Keptah dijo:

—Entra.

Pese a su asombro, Lucano se sintió picado por la curiosidad. Ninguna mano había abierto la puerta; parecía haberse movido por su cuenta y sin crujido de goznes. Lucano se detuvo en el umbral y vaciló antes de entrar. Keptah murmuró:

—No hables nada, ni hagas preguntas. Te voy a dejar por un rato.

La puerta se cerró ante él y Lucano quedó solo. Aunque no había ventanas y la puerta no estaba abierta, la desnuda blancura de la gran habitación emitía una insegura y perlada luz que aumentaba y disminuía su intensidad, se difuminaba y volvía de nuevo a brillar. Era imposible ver el origen de aquella luz que palpitaba como un corazón tranquilo. Estaba perfumada con un olor parecido al incienso que proceda de todos los sitios y de ninguno en concreto. Lucano sintió al instante que estaba en un templo, pero no sabía qué clase de templo, y por alguna razón inexplicable empezó a temblar.

En el centro de la habitación se alzaba el objeto más extraño que había visto en su vida, pero era algo que llenó de un repentino temor el alma del muchacho. En una ancha plataforma central compuesta de tres blancos escalones de mármol, se alzaba el gran símbolo del objeto más infamante en el mundo, el símbolo de la más vil de las muertes y del crimen: Era una enorme cruz hecha de algo que parecía transparente alabastro, y se elevaba casi hasta el techo plano de piedra. El temor de Lucano fue transformándose en expectación y asombro. La cruz se erguía solitaria, y no había en el templo más que su sencilla e impresionante majestad, ni sonido alguno que turbase el absoluto silencio.

La luz vacilaba y palpitaba mientras la cruz permanecía invariable. Lucano se mantuvo durante mucho tiempo contemplándola, notando en los oídos el latido de su corazón. Unas pocas veces, muy pocas, había visto como crucificaban a un hombre en una de las colinas cercanas a Antioquia, y se había sentido emocionado hasta el llanto por una indescifrable ira. También había visto la cruz de oro en la mano de Keptah la noche de la Estrella, hacía unos dos años, pero casi lo había olvidado.

Con timidez, andando despacio a fin de no turbar aquel sagrado silencio ni acelerar el ritmo de la fluyente radiación, se acercó a la cruz y se detuvo al pie de las deslumbradoras escaleras, mirando hacia arriba. Sus grandes brazos se extendían abiertos en lo alto. Tenía una cualidad expectante y misteriosa, ultraterrena y fría. Su cuerpo era firme y poderoso, y, sin embargo, parecía menos pretoria para el muchacho, como si fuese algo eterno y vigilante, inmovible en su grandeza, esculpido en majestad.

Lucano permaneció en quieta contemplación, incapaz de retirarse de allí. No sentía nada aparte de un indefinido sentimiento de anticipación. Sintió oprimida la garganta. Sin que su voluntad interviniese, las rodillas se doblaron y quedó arrodillado en el primer escalón, con las manos unidas y sin dejar de contemplar la cruz. Se alzaba sobre él y percibía su impresionante presencia y como los brazos se extendían protectores sobre su cabeza. La luz del templo aumentó de intensidad, como un reflejo de luna sobre grandiosas alas.

Lucano no pensaba, ni sentía la presencia de la carne, sólo un sentimiento de profundo asombro y algo como gozo mezclado con tristeza. Se mantuvo de rodillas durante largo tiempo, con la vista fija en la cruz y las manos unidas.

No supo en qué momento la cruz aumentó su fulgor ni cuando empezó a teñirse de un tinte rosado de tonos plúridos. Parecía como si su alma se hubiese dado cuenta antes de que su mente adquiriese conciencia de ello, por lo que no sintió alarma. Percibía también, como entre sueños, una invisible presencia, que era una misma cosa con la cruz, con la luz y con el mármol. La presencia era como un rayo de profunda luminosidad, lleno de masculina ternura. Lucano exclamó en voz alta, moviendo sus plúridos labios: "¡El Dios Desconocido!"

Durante los dos últimos años, la abundancia de su vida, el apasionado goce del saber, las ambiciones, el intenso amor por Rubria, su sentimiento de pertenecer al mundo y a aquellos que le amaban, su dedicación a la medicina, su entrega a Keptah, la vivacidad y gozo propios de la edad, su exuberante salud y deleite en todas las cosas, habían oscurecido y difuminado cuanto conocía o sentía como niño. Incluso el Dios Desconocido había venido a ser uno más en el panteón; y las leyendas, benevolencia y aspectos de los dioses habían intrigado su joven corazón con tremendas fantasías de belleza. Sus días, durante más de dos años, yacían ante él, delante y detrás, como un río de vivos colores lleno de promesas. Cusa era escptico y Lucano había adquirido el hábito de considerar todas las cosas bajo un aspecto humorístico, incluso los sueños y misterios que había conocido de niño. Como si se diese cuenta de este fenómeno, Keptah había hablado con él cada vez con menos frecuencia del Dios Desconocido y se había limitado a darle lecciones de medicina. Algunas veces su rostro desconfiado y ausente había hecho que Lucano sintiese un incierto sentimiento de culpabilidad.

Pero en aquellos momentos, su vida parecía una sombra, la vida de un muchacho muy joven, y se encontraba de nuevo en presencia del gran Milagro, que no le reprochaba nada, sino que le daba la bienvenida. No comprendía el significado de la cruz en su mente; tan sólo su corazón comprendió, pero carecía de palabras para expresar sus intuiciones.

Qued sumido en un xtasis, como si ante l se hubiesen abierto visiones magnficas aunque dolorosas, con dolor sobrenatural, ms all de la comprensin humana.

Los destellos de la cruz se hicieron ms profundos en matices, y ms intensos, en tal forma que las blancas paredes, techo y suelo, palidieron como nubes y adquirieron un tono tenue. Lentamente, momento tras momento, el sonrosado y variable matiz fue pareciendose a sombras de sangre que cubran y se extendan por todo el enorme cuerpo de la cruz. La leve luminosidad que inundaba el templo se movi con mayor rapidez, como si presencias etreas ganasen intensidad y concentracin. El muchacho notaba que no senta temor; tan slo un creciente asombro y un amor tan profundo que apenas si su cuerpo poda soportarlo. Los reflejos escarlatas de la cruz se reflejaban en su rostro, en la blanca tnica, las manos unidas, los ojos y sus dobladas rodillas.

Lentamente, como movido por un encantamiento, se puso en pie y ascendi los bajos escalones hasta quedar al nivel de la cruz. Era un rbol de rojo y blanco intermitente, palpitante con una vida desconocida para l. Se atrevi a colocar la mano sobre ella y tocarla; el tacto era fro y, sin embargo, vibraba ligeramente. De repente se sinti poseo por una pasin indescriptible, transportado al mismo corazn de la cruz. Sus piernas se debilitaron y cay sobre la plataforma rodeando el cuerpo de la cruz con sus brazos y reposando su rostro contra ella y, sin la menor conciencia de lo que ocurra, todo su cuerpo empez a temblar con adoracin y la paz ms profunda que haba experimentado se adue(60) de l. Cerr los ojos; se senta en el mismo centro del universo.

La puerta de bronce se abri silenciosamente, como movida por una mano invisible, y cuatro hombres aparecieron en el umbral, uno de ellos Keptah. Se detuvieron y a travs de la abertura vieron al postrado muchacho, con sus brazos abrazando la cruz, las mejillas sobre su base. Tres de los hombres, mucho ms altos y anchos que el propio Keptah, sonrieron tiernamente y se miraron entre s. Se acercaron a la plataforma con pasos que parecían deslizarse sobre terciopelo y se detuvieron para contemplar la cruz en silencio por varios momentos. Despus los cuatro se arrodillaron, inclinaron las cabezas sobre el pecho y cerraron los ojos. Sus labios empezaron a moverse en una oracin.

Tres de los hombres iban vestidos como majestuosos reyes, por que eran reyes en verdad. Sus tnicas y mantos brillaban con granate, azul, blanco y el ms delicado jade. Cinturones de oro labrado, incrustados de piedras preciosas y raras, ceñan sus cinturas. Tocados de pura y blanca seda cubran sus cabezas, adornados con gemas que brillaban con luz celestial. Alrededor de sus cuellos llevaban grandes collares de oro y plata, de varias vueltas, y adornados con otras preciosas joyas de varios colores. Sus desnudos brazos morenos llevaban anchos y enojados brazaletes por debajo de los hombros y alrededor de las muñecas, y sus pies iban calzados con sandalias de oro. Sus rostros orientales estaban tostados por el sol de los desiertos y sus cortas barbas eran viriles y brillaban con el reflejo de aceites perfumados. Bajo sus espesas pestañas brillaban unos ojos que despedan destellos como estrellas, sus narices aguileas, ganchudas y majestuosas, les daban un aspecto indomable, confirmado por la firmeza de los labios.

Lucano no supo en qu momento se percat de la presencia los extranjeros y de Keptah. Pero no le pareci extrao que estuviesen all y les mir con una tranquila expresin confiada, esperando, mientras sus brazos se mantenían alrededor de la cruz. Cuando ellos se levantaron l no se movi, porque pareca como si le hubiesen olvidado o no lo viesen. Abandonaron el templo y Lucano volvi a quedar sumido en un estado de sueo o inconsciencia que no pudo despus explicarse a s mismo. Senta una gran resistencia a abandonar la cruz; mientras permaneca all le pareca estaba seguro, en paz y con todos sus deseos colmados.

Keptah se mantuvo separado de los extranjeros mientras stos hablaban entre s, escuchando atentamente al que hablaba y gestos de asentimiento llenos de la ms profunda gravedad. Hablaban una lengua que ni el mismo Keptah entenda, aunque sus tonos tenan para l una resonancia familiar, como si oyese ecos de su niez.

Luego, como si hubiesen llegado a una conclusin, sonrieron Keptah con afecto; uno de los extranjeros se le acerc y, cuando Keptah se arrodill ante l, puso sus manos sobre su cabeza en gesto de bendicin. Despus habl y Keptah pudo entonces comprender sus palabras:

—No ests equivocado, hermano —dijo—. Tienes razn. El muchacho es uno de los nuestros. Pero no puede ser admitido en la Hermandad, aunque no puedo atreverme a decirte porqu. Existe para l otro camino y otra luz, aunque a travs de largos y desolados lugares, grises y ridos, y l debe encontrarlo. Dios tiene para l una tarea que deber realizar antes de que haga su ltimo viaje, y un mensaje nico que darle. No te sientas desolado ni llores. Has obrado bien y Dios aprueba tu labor. Muchos sern llamados desde los ms remotos lugares de la tierra, pero cundo y cmo son escogidos no est en nuestras manos sino en las de Dios. Ens 鰩ale lo que puedas, despus djale marchar, pero ten la seguridad que no andar perdido en las tinieblas y de que volver de nuevo a la cruz.

Uno de ellos mir pensativamente hacia el jardn, como si viese una lejana visin. Luego murmur:

—Ir a ella y se sentar a sus pies. Ella le hablar de las cosas que guarda en su corazn y acerca de las cuales no hablar a ningn otro hombre. Apenas si es mayor que el propio Lucano en edad, y tambn sufrir la angustia que acept la noche de la anunciacin anglica. / l ver su belleza y dulzura y oir su dulce voz. Pero todo esto ocurrir en el futuro y no est dispuesto para ahora.

—He deseado verla y tocar su manto —dijo Keptah con voz temblorosa—. He tenido sueos en los que la he visto con el infante en los brazos.

—La vers —dijo uno de los extranjeros en tono bajo—. Si no aqu, en el cielo.

—Misteriosos son los caminos de Dios —manifestan otro de ellos—. No podemos hacer más que obedecer.

—No tengo nada que dar —dijo Keptah.

—Ests dando tu vida. Eres fiel y ests lleno de sabidura.

Keptah se levant e inclinndose bes las gemas de las tnicas de los extranjeros, mientras sus ojos se cegaban con lgrimas. Ellos se alzaron, le abrazaron y partieron en direccin del edificio de granito.

—Dadme sabidura —murmur Keptah mirando en su direccin.

Lucano atraves la puerta abierta parpadeando, cegado por la luz, y encontr a Keptah solo. El muchacho y el hombre se miraron frente a frente, demasiado llenos de pensamientos para poder hablar por el momento. Despus Lucano dijo:

— ¿Quines son esos hombres? Parecen reyes.

—Son reyes —dijo Keptah suavemente—. Son los Magos.

Tom la mano helada de Lucano y le condujo hacia la salida.

—No me hagas preguntas, que no puedo responder. No me est permitido hablar.

CAP ^ TULO VI CAP ^ TULO VI

Uno de nuestros grandes sabios en Babilonia, o Caldea, declar en cierta ocasin que el hombre que se privaba a s mismo de las cosas buenas del mundo, que Dios y los hombres toleran, ser llamado a cuenta con severidad —dijo Keptah—. Esto es algo que los asceticos moralistas de largos rostros y los intelectuales fariseos judos niegan y, posiblemente, tambn lo negara nuestro buen seor tribuno. Sin embargo, es la realidad. Esta forma de pensar no est reida con la afirmacin de Scrates de que el desear lo menos posible es acercarse ms a Dios. Se trata, como siempre te he dicho, mi joven Lucano, de interpretaciones individuales y lo que para un hombre es la felicidad, la moral o el bien, puede resultar para otro una cosa odiosa.

Lucano se ech a rer.

—No es extrao, Keptah, que Diodoro se queje siempre de que eres un sofista capaz de hacer una afirmacin placentera y otra desagradable y que ambas res ulten igualmente ciertas.

—Mi pequeo griego —dijo Keptah con indulgencia—, te lo he dicho otras veces: soy un hombre tolerante y por eso parezco complicado a los simples y a los maliciosos e indigno de confianza. Para ser un hombre sabio no slo se deben conocer los argumentos propios, sino los de los dems: Me complace ver que puedes entender que una afirmacin repugnante a nuestras propias creencias, puede ser tan cierta como otra que nos resulte completamente agradable. Todo esto, sin duda, pertenece a los negocios de este mundo, que yo, por mi parte, encuentro infinitamente divertidos.

Estaban sentados en la taberna favorita de Keptah, un lugar muy alabado por los hombres de negocio, los estudiantes, eruditos y comerciantes de las infinitas razas que habitaban en Antioqua. Fuera, en la calle empedrada con cantos negros, la luz brillaba hiriente y su estrechez palpitaba con blancas nubes de polvo, gruvidos de camellos y rebuznos de asnos, voces de hombres rudos, tableteo de ruedas y pasos de una multitud apresurada. Enfrente de la taberna se alzaban unos cuantos edificios de color amarillo blancuzco, que reflejaban el calor y la luz como un tembloroso espejo y ante los cuales desfilaban mujeres y hombres ataviados con los ms diversos atuendos, rojos, negros, amarillos, verdes y escarlatas. Pero en la taberna reinaba la frescura y la tranquilidad, y el local, sombreado y lleno de olor a Vino, buenos quesos y excelentes pastelillos calientes, se mostraba acogedor. Escudillas de madera, llenas de picantes, negras y diminutas aceitunas de Judea, reposaban sobre las fregadas y blancas mesas, junto a uvas de las vias locales — purpreas y resplandecientes incluso en la semioscuridad—, granadas como globos de rojo fuego, pilas de dtiles que rezumaban miel y otras muchas frutas. Las toscas paredes de la taberna haban sido pintadas por un artista local que, aunque careca de tcnica, composicin y delicadeza y lo haba hecho con una cierta crudeza, compensaba estas faltas por medio del uso de un vivo colorido y una inocente ingenuidad. El suelo de ladrillos rojos contribuía a la frescura del lugar ya refrescar los acalorados pies de Keptah y su discpulo, mientras saboreaban sendas copas de vino fresco. La cabeza de Lucano era un halo de esplendor en la sombreada frescura de la taberna y atraía la atencin de hombres morenos que estaban —instalados en otras mesas de la tienda. Uno de ellos, en especial, alto y atezado, tocado con un turbante al estilo oriental, pareca encontrar grandes atractivos en el muchacho. Su rostro delgado, astuto y vital, iluminado por un par de ojos de extraordinaria viveza y enmarcado en una fina y corta barba, pareca prendado en la contemplacin del joven griego. Sus vestidos, rojo plido y delicado verde, manifestaban a cualquier observador que era un hombre de buena posicin confirmada por los muchos y deslumbrantes anillos que llevaba en los dedos. Sus criados permanecan cerca de la puerta abierta, bebiendo copas de vino y bien armados con dagas. Tenan un aspecto decidido y las piernas que asomaban por debajo de sus multicolores vestidos denotaban firmeza.

El extranjero se dirigi finalmente a Keptah, que ofrca un raro contraste con l, vestido de una larga tcnica de blanco lienzo, y expresndose en griego, con acento execrable, dijo:

—He estado oyendo tu discurso, seor, con gran inters. Permteme que me presente a m mismo: Soy Linus, el mercader de Cesrea, en Judea, y trato en sedas, jades y marfiles de Catay. Mi caravana est de paso hacia Roma.

Hablaba a Keptah, pero sus inquietos ojos permanecan con deleite fijos en Lucano, que, dndose cuenta de su presencia por primera vez, se ruboriz involuntariamente bajo aquella mirada codiciosa. El muchacho se movi con inquietud.

Keptah estudi a Linus framente y con deliberacin, apreciando en particular su hipntica mirada sobre Lucano. Pareci reflexionar. No era demasiado pronto, decidi finalmente, para permitir que Lucano aprendiese algo de los aspectos ms repugnantes y oscuros de la vida. En consecuencia, respondi con cortesa:

—Yo soy Keptah, el mdico del tribuno Diodoro, proconsul de Siria. —Vacil un momento y luego continu—: Has dicho que eres de Judea, y eres judo, seor?

El rostro de Linus Cambi momentneamente de expresin cuando se enter de la posicin de Keptah. El proconsul tena una reputacin muy mala entre los mercaderes que viajaban por las riberas del Gran Mar, y resultaba que ste era Keptah, su mdico. Compuso el gesto y adopt una expresin de respeto que no era del todo fingida. Sin embargo, se sinti complacido. Aquel muchacho de cabellos como el sol, era sin duda el esclavo del apreciado mdico y por lo tanto la cosa an podra ser tratada como haba sospechado.

—Y Puedo ofrecerte una botella de vino, maestro Keptah —pregunt Linus —, junto con mis respetos?

—S, si te unes a nosotros —respondi Keptah con gravedad.

Linus se puso en pie rpidamente; era un hombre de gestos elegantes, alto y gil. Al abrirse un poco sus ropas, Keptah pudo apreciar un collar de oro macizo, de delicado y extrao trabajo, colgando de su cuello, a la moda egipcia, pero que estaba ahora imponindose entre los jvenes romanos ms elegantes. Lucano, an sonrojado y violento sin saber porqu, corri un poco su silla para hacer sitio al mercader y mientras hacia esto sinti un pellizco en su rodilla, que interpret como un mensaje de Keptah, que tambin le dirigi una rpida mirada como una orden, mandndole contener la lengua bajo cualquier circunstancia.

Para Linus no era sorprendente que un esclavo se sentase con tanta familiaridad con su seor, puesto que aquel muchacho era sin duda alguna. El preferido del seor, el mimado y regalado, empleado slo para ciertos propsitos. Ahora que estaba ms cerca de l, se sinti an ms interesado. Conoca precisamente el senador romano que encontrara a este muchacho delicioso y no pondra reparos a su precio. Mil sextercios no sera mucho. Linus sonri y la canina blanca de sus dientes resalt contra la morena oscuridad de su astuta e inteligente cara.

—No, maestro Keptah, no soy judo —dijo—. Que Baal lo impida! Soy de una raza ms antigua: babilonio, aunque otras razas orientales importantes han contribuido tambin en la formacin de mi sangre.

Lucano mir a Keptah, quien de nuevo pellizc por debajo de la mesa.

—Muy interes ante —respondi imperturbable.

El tabernero se acerc a la mesa y Linus, con gesto seorial, pidi que trajese el mejor vino que tuviese, a lo que Keptah asinti aprobadoramente, diciendo a continuacin:

—El Abraham de los judos era babilonio. Y Quiza has odo hablar de l; seor Linus?

—Oh, s —respondi ste con descuido, y de nuevo hizo un guio—. Cuando estoy en Judea soy judo, cuando en Siria, sirio; cuando me encuentro en Roma, soy romano, y cuando en Grecia, griego.

Se ech a rer con ligereza.

Keptah se sirvi unas cuantas aceitunas negras y respondi:

—Y cuando ests en Africa sin duda sers negro.

La sonrisa de Linus desapareci bruscamente. Su enjoyada mano descend rpidamente hacia la daga. Keptah, con toda tranquilidad, escupi los huesos de las aceitunas sobre la palma de su mano y luego los arroj al suelo. En seguida aadi, con una excesiva admiracin:

—Un hombre inteligente es un camalen. Todas las cosas para todos los hombres. Veo que eres filsofo, como yo mismo cuando no me dedico a destilar pociones o atender a la familia del ilustre Diodoro. —Mir hacia arriba y sus enigmticos ojos se fijaron en los del mercader, cuya mano se retiraba lentamente del pual—. Y Creo que he mencionado que soy el mdico de la casa del proconsul de Siria, un romano de gran influencia y virtud? Y especialmente dispuesto para la disciplina y la espada.

Linus, que haba estado dos o tres veces bajo la atencin de Diodoro por causa de sus actividades poco legales, sonri con tolerancia:

—Espero que te pague bien —respondi con cierta insinuacin.

Keptah mantuvo su rostro inescrutable.

—Ah, si. Tan bien como un caballero avariento puede permitirse a s mismo, y mi seor es famoso por su tacaera. Es uno de los romanos "antiguos". Permanezco con l a causa del cario que siento por su casa, aunque he recibido excelentes proposiciones de otras personas.

Linus respir aliviado y se reclin en la silla con un gesto elegante. Mir de nuevo a Lucano, que encontraba esta conversacin incomprensible. El tabernero lleg con una botella de excelente vino cubierta de polvo que el hombre conservaba con reverencia, e hizo una inclinacin. Keptah y Linus inspeccionaron la botella con ojos crticos, y luego hicieron un gesto de conformidad. El vino fue escanciado en copas de plata apropiadas, por su rareza, para la ocasin. Keptah sirvi un poco en la copa de Lucano y el muchacho pudo percibir la delicada fragancia de la bebida.

—En la casa de Diodoro no encontraras un vino como ste. Que los dioses bendigan su avaro bolsillo y brbara lengua! —exclam Keptah.

Linus, que conservaba desagradables y memorables recuerdos del proconsul, crey descubrir cierto desprecio en el tono de Keptah y se sinti ms confiado an.

—Sin embargo —añadi el médico con una furtiva e irónica mirada hacia Lucano— es cuidadoso con los que le sirven bien y especialmente con su médico. Sentimos un mutuo respeto y nos apreciamos nuestro respectivo valor. Es por eso que ha designado para mi protección cuatro robustos y bien armados esclavos que esperan al alcance de mi voz ahí fuera, en la calle, guardando mi litera.

Los rojos labios de Lucano se abrieron asombrados ante esta mentira, pero Keptah saboreaba en aquel momento su vino con aire complacido de un epicreo. Las oscuras cejas de Linus se alzaron en un gesto de repentina sorpresa, pero ni por un instante dudó de la veracidad de Keptah. "Este hombre es importante —pensó—; tiene un aire elegante y seguro, propio sólo de aquellos que están muy bien considerados." El tabernero, en atención al vino que habían solicitado, llevó un recipiente de bronce y un plato que colocó sobre la mesa.

—Ah —dijo Keptah en tono de aprecio—, cogollos de girasol en aceite y vinagre, con un discreto condimento de cebolletas y salsa. Este es uno de los pocos platos romanos que puedo soportar. —Tomó un pedazo de pan y lo sumergió en el recipiente, llevándose luego a la boca lo que pudo extraer de él y comiéndolo con un gesto elegante—. Es cierto que los romanos no son gente civilizada, pero de cuando en cuando tienen sus inspiraciones.

Linus empezaba a impacientarse. Era un mercader y, por lo tanto, amigo de pocos rodeos. Extendió un dedo hacia Lucano y dijo:

—Maestro Keptah, ¿este muchacho es griego sin duda? El dorado cabello y la blancura del cutis, esos ojos azules, todo el aspecto de su expresión son encantadoramente griegos.

— ¿Has visto muchos como él en Grecia? —preguntó Keptah afectando sorpresa—.

No, los griegos son una raza baja de estatura y de complejión morena. Adoraban a los seres rubios por esa razón y los han immortalizado en sus estatuas. Puedes estar seguro de que el ideal del hombre nunca se parece a sí mismo excepto en suecos. Sin embargo, este muchacho es griego, aunque sin duda sus antepasados descendieron a Grecia procedentes de las varias regiones del Norte o de la Galia, donde los hombres viven en bosques primitivos, se visten con pieles de animales y se adornan con sus cuernos. ¿Verdad que el chico es hermoso y a la vez de una infantil virilidad?

Lucano no podía comprender a su tutor y maestro y se sentía humillado e indignado. Además no sólo le importaba a Linus y le disgustaba su actitud sino que ahora le detestaba.

La forma de hablar de Keptah, como si Lucano no fuese humano y pudiese hablarse de él como se habla de un excelente caballo o perro, convenció a Linus de que el muchacho era un esclavo y el criado de Keptah.

—Un hermoso muchacho —contestó con complacida satisfacción—. ¿Cómo se llama y qué edad tiene, maestro Keptah?

Keptah continuó bebiendo su vino entornando los ojos con reverencia, Linus esperaba. Sus joyas brillaban en la penumbra de la taberna.

—Tiene sólo trece años, aunque para esta edad es muy alto, como suelen ser los paganos. ¿Verdad que es un chico agradable?

Linus se sintió cada vez más complacido. El muchacho tenía trece años, por lo tanto, no había alcanzado la edad de la pubertad. El viejo senador romano quedó de pronto olvidado. Había señoras patricias, hartas de sus mandos y amantes, damas de gran riqueza, que encontrarían delicioso inducir al muchacho en la pubertad y luego introducirlo en sus propias camas para iniciar su inocencia en las artes del amor. No sería imposible conseguir que pagasen dos mil sextercios por un tesoro así para distraer su aburrimiento. Conoció a la esposa disoluta de un muy distinguido augural, por ejemplo, bien entrada ya en la madurez, que se perdería por tales muchachos; quedara fascinada por tal belleza y sería incapaz de resistir la compra. Linus se inclinó hacia Keptah y dijo en voz baja, pero que no se escapara a los oídos de Lucano:

—El noble tribuno es un hombre notable, como has dicho, por su tacañería. Permaneces con él por razones virtuosas, tales como la devoción y lealtad a su familia. ¿No es este muchacho uno de sus esclavos?

—No —dijo Keptah—. En cierta forma me pertenece. El tribuno lo ha dejado en mis manos como premio a lo que tú, amablemente, has llamado mis virtudes.

Los labios de Lucano volvieron a abrirse con una nueva ola de indignación, luego parpadeó a causa del pellizco que Keptah le proporcionó. Linus estaba radiante.

—Quizá, Keptah, podamos llegar a un acuerdo. Tengo clientes en Roma que se mostrarán encantados con este muchacho.

— ¿De veras? —Dijo Keptah—. ¿Un señor acaso, o alguna señora que ha explotado todos los deleites y se siente aburrida? —Se volvió hacia Lucano y preguntó con tono afectuoso—. ¿Te gustará ir a Roma, Lucano?

—No —contestó Lucano.

Pero Linus le mandaba ya en tono perentorio sacudiendo su dedos.

— ¡Levántate, chico! ¡Quiero examinarte mejor!

Lucano, incrédulo ante un tono de voz que nadie había empleado con él antes y asombrado, se refugió en un extremo de la silla mirando a Keptah. Pero el médico le devolvió la mirada en la forma alusiva e impenetrable que sólo él era capaz de adoptar y refugiado en su sombra expresión no dijo nada. Fue esta expresión lo que confundió por completo a Lucano y le hizo ponerse en pie más como un primer movimiento de huida que obedeciendo a la orden de Linus. El rostro de Keptah continuó inexpresivo; apoyó uno de sus largos y enjutos brazos sobre el respaldo de su silla, y los pliegues de su toga cubrieron el brazo contorneando un perfil que parecía cubrir un miembro de hueso.

Linus se acercó a Lucano, y los demás mercaderes, estudiantes y eruditos que se hallaban en la taberna, prestaron franca y curiosa atención al muchacho. "¡Por Venus! —pensó un romano tratante en aceites y perfumes— es ciertamente el mismísimo Adonis con cabello como el sol y unos ojos parecidos al invernal cielo azul del Norte. Es como una estatua, con la dulce firmeza de la juventud en el rostro y la delicada severidad de la inocencia en su boca. ¡Y qué frente! Parece hecha de mármol; esos pies están arqueados como pequeños puentes y su estatura sin duda proviene de los dioses."

El propio Linus se sintió sorprendido ante la estatura de Lucano y un poco desconfiado. Pero la corta túnica blanca del muchacho estaba bordeada con la plida púrpura de la pre-adolescencia, y los ojos escrutadores de Linus, después de un momento de examen, vieron con claridad que a pesar de la estatura y anchura de hombros el muchacho era muy joven. Lucano miró violentamente cuando Linus extendió su morena mano y levantó la túnica para palpar las posaderas. Sus ojos azules relampaguearon con ira, y, sin embargo, un nuevo orgullo le mantuvo quieto y rígido, como si fuese una estatua.

—Ah —murmuró Linus pensativamente—. Pensaba en un califa rico como Cresos si las posaderas hubiesen sido un poco más suaves y redondeadas. Pero esto es a todas luces un hombre en embrujo, no un objeto de juego para un caballero persa.

Manejó a Lucano con el grosero interés de quien inspecciona un animal de raza que está a la venta.

Lucano, pese a que en su mente reinaba la confusión y la ira, se percató, por primera vez en su vida, de un mal profundo e inexpresable a causa de su infinita vileza. Oía los murmullos de Linus a medida que continuaba su examen y su carne se estremeció, quedó helada y hubiese sido incapaz de moverse por cuenta propia, como no hubiese podido hacerlo la estatua de mármol a que se parecía. Pero sintió su corazón encogido y su espíritu enfermo a causa del horror que sentía. Percibía abismos que nunca antes había pensado existiesen y las ardientes profundidades de obscenidad que reinan en el espíritu del hombre. En el hogar del virtuoso tribuno nunca había encontrado estas cosas ni había soñado que pudiesen existir. Tampoco se daba completa cuenta de las implicaciones que aquello comprendía, ni las entendía por entero. Era como un niño que corriendo y riendo por una gruta, descubre de pronto una escena licenciosa y aunque sin comprenderla por entero, recibe la impresión de que hay algo vergonzoso y secreto y se siente aterrado.

Las manos de Linus, a medida que palpaban, pellizcaban e inspeccionaban, ejercían sobre el muchacho un monstruoso efecto hipnótico. Se sentía degradado e incapaz de repeler la degradación; sintió que su humanidad era insultada, su integridad asaltada. Y, sin embargo, como una víctima muda, carecía de poder para resistirse. Tan sólo podía continuar mirando ciegamente a Keptah y sentir las náuseas de aquella increíble traición, el fuego de la ignominia y una furiosa ira en su pecho.

Linus, con una deslumbradora sonrisa, volvió a su asiento y dijo a Keptah:

—Quinientas monedas de oro. —Extrajo su bolsa de uno de los grandes discos de oro que formaban su cinturón alrededor de la estrecha cintura. Sacó de ella un brillante montón de deslumbrantes monedas. Seamos breves. Comprenderás, maestro, que no puedo escuchar a este muchacho por las calles a la luz del día. —Tosí e hizo un guiño al crítico médico—. He tenido alguna pequeña diferencia con esos malditos soldados del procónsul y no deseo encontrarme con ellos otra vez. Aquí tienes cien sextercios. Entrégame el muchacho esta noche en la posada, en la calle de las Doncellas, y recibirás las restantes cuatrocientas monedas.

Todo el cuerpo de Lucano se estremeció como si hubiese sido rociado de fuego, y los pulsos en sus sienes palpitaban visiblemente. Uno de los mercaderes exclamó:

— ¡Quinientos sextercios! Es un robo, señor. Yo te ofrezco mil —Medio se levantó en su silla en su excitación.

Entonces Keptah habló con suavidad.

—El muchacho no está a la venta.

Linus se sonrojó indignado, e inclinándose hacia él dijo:

— ¡Y qué no está a la venta? ¡Y qué no vendes este esclavo... por una fortuna? ¡Y estás loco?

—Mil sextercios —repetió el otro mercader, acercándose a la mesa.

Los demás clientes de la taberna aplaudían, silbaban, protestaban y reían. Al oír la conmoción, el tabernero salió a la tienda a toda prisa, llevando con él una bandeja de pastelillos recién salidos del horno. Keptah, haciendo un gesto con el dedo para que se acercara, le dijo:

—Mi buen Sura, ¡quieres acercarte, por favor, hasta la próxima calle y decir al joven capitán Sextus que Keptah, el médico del noble tribuno Diodoro, requiere su presencia aquí inmediatamente?

El tabernero hizo una reverencia y salió corriendo hacia la calle. Linus se puso al instante de pie jurando. Agitó su puño bajo la inmóvil nariz de Keptah. Los restantes parroquianos quedaron de pronto en silencio, esperando ver qué pasaba.

— ¡Maldito egipcio! —Gritó Linus —, ¡har que te corten el cuello! —Hizo un gesto furioso y sus criados acudieron con presteza junto a él con los cuchillos desenvainados y dispuestos. Keptah, sin perder la serenidad respondió:

—No soy egipcio, mi querido amigo de muchas, abominables y desconocidas sangres. Ni soy hombre que desee la sangre de otros. Date prisa y desaparece de aquí antes de que llegue el capitán con sus hombres. No has comprendido. El muchacho es la vida de los ojos del procónsul, que le trata como si fuese su hijo y ha nacido libre en la casa de Diodoro.

Los demás parroquianos, desaparecieron de la taberna a toda prisa sin querer estar presentes cuando llegasen los soldados y temerosos de su brutalidad. Linus quedó solo con sus criados. Miró a Lucano, y sus

delgadas manos se abrieron y cerraron en movimientos inconscientes como si desearan apoderarse de I y llevarse de allí al instante. Respiraba entrecortadamente. De pronto dio media vuelta y desapareció de la taberna con la velocidad del viento, sus ropas flotando alrededor de I y seguido por sus criados. Keptah y Lucano quedaron solos. El muchacho se sentó lentamente, su pálido rostro estaba perlado con gotas de sudor y una mirada helada brillaba en sus ojos airados.

Keptah, sin aparentar la más mínima preocupación, tomó un puñado de diles y empezó a masticarlos con aprecio. La pila de monedas de oro permaneció sobre la mesa y brillaba en la azulada penumbra. La atención de Keptah se dirigió entonces al muchacho, a quien sonrió:

—Ese mercader sinvergüenza, no se entretuvo en pagar la cuenta —comentó—. Sin embargo, dejé generosamente el dinero y yo la pagaré y me guardaré el resto. Sin duda que I dispuso las cosas así y yo no soy hombre que rehúsa un regalo.

—¿Cómo te atreves! —exclamó Lucano, y de nuevo era un niño a punto de echarse a llorar—. No sólo eres un embustero, Keptah, sino también un ladrón y un malvado.

Empezó a llorar y secándose las lágrimas con el dorso de la mano gemió:

—Me has traicionado. Me has avergonzado y degradado. Y yo creía que eras mi amigo y maestro.

—Escúchame, Lucano —contestó Keptah en tono duro y tranquilo. Lucano retiró las manos de sus ojos y miró al médico—. Ya no eres un niño, porque has visto, oído y sentido el mal. Es bueno que lo veas conociendo, porque el conocimiento del mal nos hace hombres, nos aparta de I. Ahora ya estás armado. —Movi unas cuantas monedas con un dedo— has nacido en un hogar virtuoso donde los esclavos son tratados con gran consideración. Nunca has visto que los tratasen con crueldad sino tan sólo con justicia. Este trato es excepcional. La casa de Diodoro no es, en este concepto, un hogar corriente.

Un brillo feroz y frío apareció en los ojos semi-cerrados por entornados parpadados.

—Te han avergonzado; tu humanidad ha sido tratada ignominiosamente; tu dignidad de hombre, insultada. Has visto las cicatrices en las manos de tu padre, que fue antes un esclavo y como, niño, las has aceptado con serenidad, como algo corriente. ¿Has preguntado alguna vez a tu padre qué significa ser esclavo, ser tratado como algo inferior a lo humano, inferior incluso a un perro o caballo valioso? ¿Le has preguntado alguna vez por su propia juventud ignominiosa, su vergüenza y amargura y por la poca cuando su propia humanidad era pisoteada? ¿Sabes tú lo que es ser esclavo?

Lucano permaneció quieto. Una o dos lágrimas quedaban aún en sus pupilas. Luego dijo en voz baja:

—No, no. Perdóname. No comprenda. Era un niño y no comprenda. Me has enseñado.

Keptah sonrió tristemente.

—Aprender cuesta lágrimas, dolor y sufrimiento. Esto es justo porque el hombre no puede comprender a Dios cuando es joven, feliz e ignorante. Sólo puede conocer a Dios por medio del dolor, el suyo propio y el de los demás.

—Ningún hombre será para mí, a partir de ahora, esclavo, sino un ser digno. Odiar la esclavitud con toda mi alma y corazón —respondió Lucano con voz temblorosa.

Keptah colocó su mano sobre el hombro del muchacho con un gesto protector.

—Te he expuesto al mal para que nunca más te encuentres sin defensa. He dejado que la vil atmósfera de la esclavitud te tocara para que nunca más transigieras con ella. Y ahora, aquí tenemos a nuestro buen Sextus con dos de sus excelentes soldados. Ah, Sextus, espera un momento, por favor, y bebe un poco de este excelente vino con nosotros. Hemos sido molestados por un despreciable individuo y corremos algún peligro. Quisieramos tu escolta. Nuestros asnos están atados a alguna distancia de aquí y seguramente las pobres bestias estarán ya impacientes.

—¿Qué diablura has suscitado hoy? —preguntó el joven capitán de buen humor y con tono algo cómico. Se sirvió una copa de vino y la bebió de un solo trago, mientras la boca de Keptah se torció en un gesto de censura.

—Bebes este vino como si no estuviera destilado de las propias vías del cielo —dijo—, como si fuese el vino barato de tus cuarteles.

Sextus chasqueó la lengua, pensó un momento y luego contestó:

—No tiene un gusto demasiado excelente. Eres un malabarista, Keptah. —E hizo un guiño a Lucano. Después, percibiendo la palidez del muchacho preguntó:

—¿Está el chico enfermo?

—Muy enfermo —respondió Keptah levantándose—, pero no morirá de esta enfermedad.

El tabernero se acercó tímidamente a I, y el médico, con un gesto espléndido, pagó su cuenta y la de Linus, añadiendo una moneda de oro extra como propina. El tabernero se sintió encantado.

—Bueno, señor —dijo—, siento que te hayan molestado, pero no ocurrirá otra vez.

—No hagas promesas imprudentes —contestó Keptah—. Hemos pasado una tarde muy instructiva.

Llenó su bolsa con las restantes monedas de oro y dijo:

—Y ahora, Lucano, vámonos.

CAPÍTULO VII CAPÍTULO VII

Diodoro Cirino despertó bajo el peso de tres enojosas impresiones: el marido de la hermana mayor de Aurelia, el senador Carvilio Ulpiano, era un desagradable huésped en la casa. Había llegado la noche anterior, y adoptado un aire de paternal protección porque, al parecer, había olvidado que, aunque miembro de una familia muy antigua y noble, se había casado con Cornelia por causa de su dinero. Este dinero no sólo había contribuido a que llegase a senador (gracias al soborno, decía Diodoro con furor), sino que le había permitido dedicarse a su pasión por el arte egipcio. Había oído hablar de unos jarrones y pequeñas estatuas que databan de la segunda dinastía, y estaba de camino hacia Egipto para tratar de adquirirlas.

El segundo hecho miserable que Diodoro tenía ante sí aquella mañana consistía en que aquel era el día señalado para celebrar sesión con los magistrados sirios en la Casa de Justicia, escuchar las quejas de los nobles locales; de los propietarios y jefes, acerca de los impuestos que se recogían en la provincia y especialmente de los que pesaban sobre ellos, y para recibir los informes de los perversos cobradores de impuestos, a quien Diodoro odiaba más que a ninguna otra clase de hombres. Para Diodoro, un cobrador de impuestos, aunque aparentemente necesario en aquellos degenerados días, era más despreciable que el más sucio chacal y tenía algo que recordaba los hábitos de los chacales, sobre el cual Diodoro maldecía en alta voz en compañía de sus oficiales y en los términos groseros de los soldados. Esto, invariablemente, animaba a las víctimas de los cobradores de impuestos.

Su tercera miseria era que le dolía la cabeza. Conocía aquellos dolores de cabeza que le atormentaban particularmente en días como aquel, y todo el arte de Keptah apenas si podía aliviarle. Se había despertado con un repentino y deslumbrador relampago de luz ante los ojos. Luego había sentido náuseas; después la aguda disminución de la visión y la temporal pérdida de vista y, por último, aquel maldito dolor de cabeza en uno de los lados. El hecho de que Keptah le dijese en tono doctoral que era una migraña y que Hipócrates había escrito un largo y exacto tratado acerca de ella, no disminuía su dolor ni el martilleo en el lado izquierdo de su cabeza, ni la sensación de que la muerte no sería a fin de cuenta una visita desagradable.

— ¡Que el infierno trague a tu Hipócrates! —decía furiosamente a Keptah—. No, no más infusiones ni más pociones.

Pero invariablemente se sometía a las infusiones y a los brebajes y después triunfalmente vomitaba ante Keptah y le miraba con mirada acusadora. La migraña no le abandonaba hasta el atardecer. Tan pronto como dejase Antioquia, de regreso a casa, desaparecía todo, excepto la agradable debilidad que anticipaba los amantes cuidados de Aurelia y su preocupación. Sometido a los cuidados de su esposa, diría a Keptah:

— ¡Ves, las manos de una mujer son más sabias que las de cualquier médico.

A esto Keptah sólo sonreía. Había dicho una vez a Diodoro que los dolores de cabeza eran una protesta contra los magistrados y los cobradores de impuestos a quienes detestaba, pero Diodoro se había sentido tan enfurecido ante la insinuación de mujeril histerismo, que Keptah nunca más había repetido la indiscreción. Diodoro, el romano virtuoso, creía que los miembros de un hogar responsable debían levantarse antes del amanecer. El senador no se levantaba al amanecer y Aurelia, que sentía afecto incluso por su cuado, no permitía que los esclavos hiciesen el asalto habitual y bullicioso con escobas y estropajos sobre las columnas, suelos y paredes hasta que el senador hubiese pedido su desayuno en cama. Esto, para el tribuno, era degradación sobre degradación. «Una casa sucia y el desayuno en la cama! Era el típico caso de la moderna Roma, por supuesto. El squito del senador, esclavos consentidos y secretarios (siempre estaba escribiendo cartas, incluso cuando visitaba a Diodoro y asegurándose de que sus clientes no olvidasen mantener sus cofres llenos durante su ausencia), eran instalados invariablemente en las mejores habitaciones de la parte de la casa dedicada a los esclavos. Normalmente traía dos jóvenes y hermosas esclavas, lo cual aumentaba la ira de Diodoro que terminaba cerrando a las muchachas enojado.

— En esta casa no habrá orgas —decía al indulgente y sonriente senador, que siempre se sorprendía ante las hermosas esclavas que habitaban aquella casa y que nunca despertaban el interés ni la mirada del dueño.

Además, el senador usaba agua de colonia y aceites perfumados, ante lo que Diodoro exclamaba en voz alta:

— ¡No sólo una casa sucia y el desayuno en cama, sino perfumes!

Encontraba al senador insufrible, lo cual convenció a éste de que Diodoro debía permanecer en Siria a pesar de sus cartas a Roma. Esto era una cuestión sobre la cual el senador aún no había hablado con su cuado. Pensó que necesitaba antes un prolongado descanso. Todo el viaje hasta Antioquia lo había pasado mareado. Además, Diodoro era un hombre difícil.

El dolor de cabeza era extraordinariamente severo aquella mañana, y Keptah, mezclando pociones mientras su señor gruñía que no las tomara, comprendió que Carvilio Ulpiano representaba una tortura extra que añadir a su enfermedad. Dio la copa a Diodoro y dijo suavemente:

— Un estudiante de Hipócrates preguntó en cierta ocasión al gran médico: ¿Un asesinato consentido no calmara los sufrimientos de un paciente? A lo cual Hipócrates respondió: Sin duda alguna.

— ¡Y estás insinuando que si yo cometiese un asesinato, digamos de alguien elegido a capricho y sin sentir repugnancia, mi dolor de cabeza desaparecería? —preguntó Diodoro enfurecido y sentándose en la cama.

Keptah asintió. Diodoro empezó a jurar, luego sonrió con avaricia pensando en su cuado.

— ¡Agua de rosas! —murmuró—. ¡Uf!

Se hundió de nuevo entre las almohadas y se dedicó a fantasear placenteramente. La migraña perdió un poco de intensidad y esta vez Diodoro no devolvió la poción. Sin embargo, aún estaba en malas condiciones y de muy mal humor cuando salió de la casa a la fresca y brillante mañana, sin haber desayunado, porque no

poda comer cuando le afliga el dolor. Este descendiente de una larga lnea de cerdos poda por lo menos haber trado a Cornelia con l —pens—, para que visitase a mi esposa en lugar de traer cartas de su parte. ¶ Pero Cornelia, tan sencilla, simple y poco imaginativa como Aurelia, hubiese inhibido algo las diversiones del senador. Diodoro se consol a s mismo pensando que las visitas del senador eran pocas y muy espaciadas.

La migraa, despus de un primer momento en el que la vista disminua, siempre hacia que Diodoro viese las cosas con una claridad anormal, demasiado agudamente, en forma tal, que el ver ya era de por s doloroso. Esta intensa conciencia de las cosas le deprimi. Oy rer y parpade, llevndose una mano a la cabeza.

¶ Quin poda rer mientras el dueo de la casa estaba muriendo de dolor y temiendo el ruido, los crujidos y repiqueteo de la cudriga que pronto llegara para llevarle a Antioqua? Murmurando palabras que nunca usaba con nadie, salvo con los cobradores de impuestos, dej el patio y sali a los jardines. Su hija Rubria y Lucano jugaban a la pelota con dos jvenes esclavas y hacan un ruido capaz de despertar a los mismos muertos.

¶ Esto es —pens Diodoro— bastante para despertar a cualquiera, excepto al perfumado y aceitado senador. ¶

Era un cuadro agradable, el de la doncella de oscuros ojos vestida con una larga y sonrosada tnica corriendo para coger la pelota que Lucano o una esclava tiraban, sus mejillas rosadas y su negro cabello flotando al aire. Lucano pareca un rubio y juvenil dios, contrastando con ella; las esclavas, vestidas con la misma sencillez que su joven seora, e igualmente encantadoras, parecían ninfas; sus blancos pies estaban salpicados de roco, las rojas y morenas trenzas flotaban detrs de ellas cual banderas. Alrededor de los jvenes, el jardn pareca recin salido de las manos de Ceres; las palmeras se inclinaban y murmuraban en el perfumado aire; brillaban las estatuas, las fuentes saltaban como ntida plata y la bveda celeste estaba teida del ms inefable azul.

Por un momento el mal humor de Diodoro se suaviz. Contempl a las muchachas y al chico y pens: ¶ Qu maravilloso es ser inocente y bello! ¶ Despus volvi de nuevo a estar enfadado. Nadie tena derecho, ni incluso una doncella y un chico, a ser inocentes en un mundo podrido, compuesto de perfumados senadores, viles cobradores de impuestos, magistrados, oficiales y csares que no contestaban a cartas urgentes.

¶ La nia tiene catorce aos ahora; debiera estar ya prometida y preparndose para el matrimonio ¶, pens Diodoro con resentimiento. El hecho de que el senador hubiese mencionado discretamente a uno de sus propios hijos, que tena diecisiete aos y estaba dispuesto para el matrimonio, y de que esta mencin hubiese hecho que Diodoro apareciese como un verdadero Marte con ojos enrojecidos por el furor, fue completamente olvidada por el tribuno. Rubria, aunque an demasiado grcil, y propensa a repentinos ahogos y a una blancura excesiva alrededor de sus labios cuando se cansaba, tena ya un pecho redondo, y sus piernas, que brillaban inmodestamente bajo su flotante tnica, eran indiscutiblemente las piernas de una mujer. Diodoro se sinti abatido ante este nuevo aspecto de su hija y ante el hecho de que an no estuviese prometida. Se sinti enfurecido con Lucano por alguna oscura razn. Alz la voz y con tono estentreo dijo:

— ¶ Qu es este juego? ¶ No es acaso la hora de la escuela? ¶ Por qu este desenfreno?

Las esclavas le miraron aterrorizadas y huyeron hacia la parte de atrs de la casa como ptalos esparcidos por el viento. Rubria, an sonriendo, qued de pie con la pelota en sus grciles manos morenas, y Lucano se ruboriz.

—No es la hora, padre —dijo la nia, y corri a besarle. Enroll sus brazos alrededor de su cuello y l no pudo evitar el responder a sus caricias. Pero mir con el ceo fruncido a Lucano.

— ¶ Diecisis aos —exclam— y jugando con chicas! ¶ No puedes encontrar compaeros de juego mejores entre los de tu propio sexo?

Rubria le bes de nuevo en la forma en que lo haga su madre, pero el padre sigui mirando a Lucano con el ceo fruncido y sombro, por encima del hombro de su hija. El joven permaneci en silencio, su dorada cabeza alzada orgullosamente y su rostro fro y remoto.

— ¶ Y con quin va a jugar? —pregunt Rubria, mientras sus manos acariciaban los brazos de su padre. No se senta turbada, haba aprendido de su madre a tratar a Diodoro como un querido pero, de cuando en cuando, furioso nio—. Ninguno de los esclavos tiene su edad, y no hay familias que tengan hijos cerca de nosotros —dirigi a Lucano una sonrisa y una maliciosa mirada—. Adems, es demasiado serio.

—No demasiado serio para descuidar sus lecciones y entretenerse en tonteras de nio —dijo Diodoro. No le gustaba el joven aquella maana—. ¶ Acaso hay que esperar que el reloj de arena haya dejado caer el nmero exacto de granos antes de empezar a estudiar? ¶ En tal irresponsable debo gastar mi dinero?

Lucano le mir con unos ojos azules claros y duros y abri la boca para responder furiosamente, pero entonces vio que Diodoro tena un color amarillo enfermizo y que no se haba afeitado. Su barba era oscura sobre la gruesa piel. Lucano record que ste era el da de los magistrados y cobradores de impuestos y que en tales das Diodoro inevitablemente tena mal humor. La barba sin afeitar era un signo tan seguro como la lectura de un reloj de agua. Por lo tanto, respondi con suavidad:

—Haces bien en reprobarme, seor. —Despus se alej de all andando con movimientos graciosos, y Diodoro le vio marchar ms deprimido que nunca.

—Vete con tu madre —dijo a su hija con una rudeza desacostumbrada. La cudriga se acercaba. Poda or su infernal ruido y repiqueteo, y parpade de nuevo mientras emita un quejido. Rubria le bes, acarici su rostro, le dirigi una mirada de cariosa conmiseracin y se alej de all. Diodoro la sigui con su mirada hasta que se perdi de vista y sinti que el corazn le dola. Ayer era una nia, en el pecho de su madre; hoy ya era una mujer, y pronto abandonara a sus padres. Era una de las ms insoportables trampas de la naturaleza. Pens de nuevo en Lucano y otra vez su incomprendible furor volvi. Haba visto la ardiente mirada que Rubria

diriga al muchacho y como Lucano haba respondido con una profunda sonrisa. Diodoro azotó a sus caballos y se sintió atemorizado. Si a él no le era posible marchar de aquel lugar, enviara a Rubria a Roma e incluso el hijo del senador, que era un frgil y estudioso muchacho, no precisamente el ideal para Diodoro, hara un yerno soportable. Por lo menos algo del dinero volvera a la familia, pensó Diodoro, que consideraba ofensivo que Carvlio Ulpiano pudiese gastarlo.

Un viejo orgullo volvió al romano, y su corazón se endureció con la afrenta. Le molestaba ahora que Lucano, el hijo de un liberto, pudiese siquiera mirar amorosamente a su hija. Olvidó, en su creciente y negra ira, que Lucano era el hijo de Iris, a quien no haba visto desde hacia mucho tiempo y cuando la vea era nicamente pasar a distancia. Diodoro decidió tener una seria conversacin con Aurelia aquella misma noche. Él, Diodoro, mantendra la promesa de educar al joven, a fin de que ste pudiese servir a la familia humildemente; una esclava de alguna categoría, modesta y hábil en las artes de la casa, sera liberada y su matrimonio con Lucano arreglado. El señor romano tan sólo tena que mandar y sin duda mandara. Que Lucano llevase a su esposa a Alejandra con él y que ella cuidase de la humilde casa para su esposo estudiante, cociese su pan y le sirviese el vino inferior que propiamente le correspondía. Él haba sido suave y dócil, pensó el tribuno, mordindose el labio inferior y castigando con el látigo a sus caballos. Él haba olvidado, en esta sofocante, suave y depravada provincia, que soy romano. He tratado a mis esclavos como si fuesen mis iguales.

Haba olvidado también muchas otras cosas. El rostro de Eneas se alzó ante él —aquel insignificante, dulce, suave de palabras, imitación de hombre—. La ira le cegó los ojos por unos momentos y su corazón palpitó como si hubiese sido humillado más de lo que podía soportar. Luego una vieja angustia, indescifrable, volvió a morder su pecho. Estaba en un humor vengativo cuando llegó a Antioqua. Nunca haba matado a un hombre, excepto en batalla, pero ahora deseaba matar. Si él fuese Hércules, destrozara aquella ciudad con sus manos desnudas. Su nariz, asaltada por los olores de la ciudad, percibió el olor predominante que flotaba en ella: olor de orina. Él Una ciudad que parece un urinario... ¿Y qué hace un procónsul romano conduciendo a su cudruga como un pobre mercader? ¿No se le respetaba? ¿Dónde estaban sus oficiales, sus soldados? Olvidó que él mismo haba dispuesto las cosas así y que con frecuencia afirmaba que era un soldado sencillo, no un afeminado como los que viven en la moderna Roma y que Cincinato haba cabalgado por la ciudad imperial sobre el lomo de un asno, sin ningún ayudante salvo aquellos pobres granjeros como él. «Habr que hacer un cambio!», se prometió a sí mismo Diodoro en un silencio amenazador.

Fue recibido por Sextus y una tropa de soldados, cubiertos con yelmos y escudos, armados, como era costumbre el día que se administraba justicia. Diodoro gritó a Sextus, con su rostro congestionado por la ira.

— ¿Es esta la hora más temprana en que puedes salir de la cama y venir a mi encuentro para escoltarme? ¿Soy acaso un perro provinciano o un magistrado indigno de honores y de escolta, y debo conducir mi carro como el más pobre campesino desde mi propia casa?

Sextus estaba acostumbrado al mal humor del tribuno en días como aquel, pero no a tales ataques contra su integridad de soldado y de oficial valioso y leal. Por lo tanto, se sintió anonadado.

No se refugió en una reserva militar y obediente, como haba aprendido debía hacer cuando fuese azotado por la lengua de un superior, sino que exclamó en respuesta:

— Noble Diodoro, me he limitado a obedecer tus expresas órdenes. Constantemente has rehusado la escolta, has ordenado que ningún soldado permanezca cerca de tu casa. — Miró a Diodoro con desmayo y sus soldados mantuvieron rostros inexpresivos, y se miraron unos a otros mientras alzaban las fasces y las banderas.

Diodoro detuvo sus caballos con tanta violencia que éstos se encabritaron y estuvieron a punto de patear el rostro de Sextus. Sin embargo, ste no retrocedió. Sus juveniles ojos brillaron con reproche y excitación.

— «Vamos, por Zeus!» — Gritó Diodoro azotando a sus caballos —. ¿Dónde está tu discreción militar? — Consiguió controlar a los caballos y juró contra ellos—. «No sólo me acompaars hoy a la Casa de la Justicia, sino que volvers conmigo a mi casa y permanecerás allí presto a mis órdenes!»

Partió a galope y Sextus hizo un gesto de desmayo. Después, volviéndose hacia los soldados, dio una orden seca de seguir tras el tribuno. La cudruga de Diodoro estaba ya al final de la empedrada calle, envuelta en una blanca nube de polvo calizo. Sextus y sus soldados iniciaron un trote militar tras él y la humillación del joven soldado fue completa ante la mofa de los transeúntes. Rechinó los dientes con ira.

Bien porque los magistrados fuesen más aburridos que de costumbre, o los informes de los recaudadores de contribuciones más tediosos, o los mercaderes locales más quejosos que otras veces, el caso es que para Diodoro aquel fue el peor día que recordaba. Gritó, golpeó con el puño sobre la mesa esparciendo papeles; denunció, insultó y adscribió vergonzosas ascendencias a los magistrados, jueces, nobles y cobradores de impuestos por igual. Tenían cabezas de asno; sus madres haban estado entregadas a innumerables obscenidades desde la pubertad; eran analfabetos y habitaban el más despreciable y depravado pas del mundo. Tenían inteligencias de mosquito. Antioqua era una cloaca, y ellos habitantes dignos de tal lugar. Les despreciaba en el lenguaje más descriptivo que podía usar. En alguna ocasión, sin duda, haba ofendido en forma imperdonable a los dioses porque de otro modo no estaría allí. Les envió a todos a Plutón; puso en tela de juicio su honradez, sus decisiones y sus informes. Eran unos ladrones, mentirosos, idiotas e inútiles. Aunque sus muecas estaban sujetas con muequeras de cuero se dislocó una mano de tanto golpear con el puño sobre la mesa de madera, y su rostro, congestionado y escarlata, parecía a punto de estallar. No quiso comer nada, y cuando le ofrecieron vino expresó su opinión sobre él y escupió con desprecio.

Cuando por la tarde sali de all una tempestad de dolor ruga en su cabeza y los msculos del cuello se contraan en espasmos dolorosos. Quienes quedaron detrs estuvieron de acuerdo por primera vez. El tribuno estaba loco, sin duda alguna, y era un bestia como todos los romanos. Mercaderes y cobradores de impuestos unieron sus cabezas y conferenciaron unos con otros. Los magistrados expresaron con murmullos su ferviente esperanza, no slo de que el tribuno descendiese pronto al infierno, sino tambien que Roma le siguiese.

Sextus se haba agenciado caballos para l y tres de sus oficiales jvenes, y galoparon tras la cudriga de Diodoro. Apenas si podan conservarse a la altura del tribuno. † Conduce como Apolo —pens Sextus —; con habilidad, pero sin la belleza de Apolo. Debera acudir a las carreras del circo. º Dioses, va a matar a esas pobres bestias!‡ Pero su corazn militar estaba lleno de consternacin. El tribuno se hallaba aparentemente enfermo y, por el momento, fuera de sus cabales. Sextus invoc a Marte, mientras galopaban tras de Diodoro por la mal pavimentada carretera.

El hmedo calor era intenso y bajo las armaduras los hoscos soldados sudaban sintiendo que los escudos pesaban demasiado. Uno o dos de ellos se preguntaban qu clase de castigo les esperara por unas faltas que desconocan.

El senador Carvlio Ulpiano estaba elegantemente sentado en el prtico exterior de la casa con su cuada Aurelia, paladeando uno de los vinos ms caros de Diodoro y comentando su calidad para s en un lenguaje muy expresivo. Aurelia, como buena ama de casa, cosa con hacendosidad, un hbito vulgar que tambien tena su hermana Cornelia, la cual nunca llegara a ser una dama elegante. Fueron sorprendidos por el tronar de cascos de caballo y la visin de una gran polvareda luminosa en la distancia. El senador se puso en pie al tiempo que sus blancas ropas caan a su alrededor, y exclam:

— º Por Mitra! † Es el Minotauro que se acerca o Plutn que sale violentamente de debajo de la tierra?

— Probablemente es Diodoro —respondi Aurelia imperturbable. Este es siempre un mal da para l. Pero, † no vienen otros caballos con l?

Apart su costura y permaneci en pie mirando y escuchando. Era una mujer joven y optimista y nada que se saliese de lo corriente le pareca amenazador.

— † Traer huspedes con l para cenar?

— Si son huspedes no hay duda que deben ser corredores que se entrenan —contest el senador, cubriendo sus ojos con la mano para protegerlos del sol del atardecer y tratando de ver a lo lejos.

De pronto rompi a rer al ver a Diodoro azotando a sus caballos y de pie en la cudriga como un corredor, y los soldados a galope tras l envueltos en una radiante nube de polvo. Empez a aplaudir y gritar con entusiasmo, como alguien que estuviese aorando a los corredores del circo.

— º Lo conseguir! º Llegar el primero a la puerta!

— º Dios bendito! Con este calor —murmur Aurelia— y con su dolor de cabeza. † Por qu vienen Sextus y los otros con l?

— † Soy su esposa para saber lo que suele hacer Diodoro? —pregunt el senador an riendo.

Diodoro lleg como un trueno a la puerta, salt de la cudriga y arroj las riendas a un lado. Sus seguidores frenaron violentamente y apenas si tuvieron tiempo para evitar estrellarse contra el carro. Sus caballos se movieron, bracearon y se encabritaron alrededor de l, relinchando de cansancio. La luz del sol se reflej en las armaduras y cascos de los soldados y la espuma que cubra los caballos. Diodoro cruz por la puerta con rapidez y luego por el patio exterior. Mir al senador e ignor a su esposa.

— † Cmo? † Todava ests aqu? —pregunt en tono spero—. † No empiezas an a echar de menos a tus bacantes y corifeos, ni sientes ansiedad por tus gladiadores y actores favoritos?

Estaba jadeante, con las sienas enrojecidas y chorreando sudor.

— Querido —empez Aurelia, asombrada por la rudeza y el aspecto de su esposo. Dio un paso hacia l, pero el tribuno la apart con un gesto.

— Vete a tus habitaciones, mujer —dijo sin mirarla, y Aurelia recogiendo sus labores desapareci tras las columnas de la casa con lgrimas en los ojos. Diodoro nunca le haba hablado en aquel tono.

El senador no perdi la calma. Se mantuvo all de pie, mostrando su alta elegancia y con un gesto de humor en el rostro. Pens que Diodoro era un grosero, un militar imbcil cuyo temperamento, como el de todos los militares, era ms propio de un animal que de un hombre. Alz las cejas, sonri y contemplando enigmticamente la copa que sostenia en su mano respondi:

— Baco desdeara tal vino, m querido amigo y hermano, y, por lo tanto, aunque los echo de menos, a m alrededor no acuden las bacantes.

El sutil insulto hizo estremecer a Diodoro. Se mantuvo en pie ante aquel suave patricio de manos delicadas y elegante toga como la figura selvtica y oscura de un brbaro militar, cubierto de polvo, con ojos brillantes y rostro enrojecido y convulso. Su jadeo era claramente audible en la tranquilidad del atardecer. Se quit el casco y lo tir sobre las piedras del suelo. Carvlio Ulpiano tom un delicado sorbo de vino y movi su cabeza con un gesto de censura. El casco rod y repiquete sobre el pavimento.

El senador volvi a sentarse con un gesto elegante. Sus sandalias eran de plata y cintas de oro.

— Sintate —sugiri, con el tono de un hombre que recibe en su propia casa a otro de inferior condicin—. Toma un poco de vino; te refrescar. † Sigue el dolor de cabeza siendo tan intenso? Mi mdico, que est aqu conmigo, tiene una medicina muy benefica. † Quieres que requiera sus servicios?

Sentado en la silla tena el aspecto de una figura majestuosa y cmoda que contrastaba con el crudo prtico y frente a una casa que l crea plebeya en extremo y apropiada slo para un superintendente de esclavos.

— ¿Que Mercurio maldiga a tu mdico! —Respondi Diodoro—. Se dej caer en una silla y empez a secarse el sudor de la frente con las manos. Cuando el senador le ofreci su propio y perfumado pauelo para que se enjugase, lo rechaz con un juramento. El senador se ech a rer.

—Debe haber sido un da muy excitante en la Casa de la Justicia —coment sirvindose una fruta almibarada de una bandeja de plata que reposaba en una mesa junto a l. Mir alrededor en busca de un criado. Era esperar demasiado que en aquella brbara casa hubiese un criado a mano, por lo tanto, el propio senador escanci una copa de vino para el tribuno y se la ofreci con una leve reverencia. Diodoro quiso rechazarla, pero su boca estaba seca y spera de polvo y fiebre, por lo que cogi la copa y la vaci de un largo trago. Empezaba a sentirse embarazado por haber insultado a su husped, aunque ste fuese su cuado. Estaba sentado, con las piernas separadas y su poderoso y enjuto cuerpo inclinado hacia delante y la cabeza un poco cada. Contempl el interior de la copa vaca y dijo sombramente:

—Todo mi cuerpo es una pura y dolida irritacin.

Carvlio Ulpiano se preguntaba dnde estaran sus propios criados. La plebeya libertad y falta de costumbres de aquella casa sin duda les haba contagiado, y andaran criticando con los dems esclavos de la casa. Sin embargo, se sinti cmodo. Encontraba el aire de Siria tranquilo y la temperatura gratamente clida para un hombre poco sanguneo como l.

El senador comprendi que Diodoro se disculpaba ante l menos que por sentirse furioso, como por haber cometido una falta grave contra las buenas maneras, seria incluso para un soldado. Adopt una expresin aristocrtica, agradable y comprensiva, y sus pequeos ojos, plidos, de color indefinido, adoptaron el aire benigno que usaba cuando trataba con sus clientes, especialmente con aquellos propietarios de los que espera un favor particular o una tarifa respetable.

El tribuno se puso en pie y se quit la coraza, afloj el cinturn de cuero y se desprendi de la corta espada, dejndolo todo sobre una silla. Se mantuvo en pie, cubierto slo con la tnica de tejido casero color rojo tierra que la industriosa Aurelia haba hilado, tejido y cosido para l. Sus musculosas piernas, brazos y pecho, cubiertos de crespo vello negro, exhalaban tal fuerza, masculinidad y sudor que el senador cerr sus delicados ojos. ¶ Los soldados —reflexion— son inevitablemente violentos y estpidos, y Diodoro no es una excepcin.¶ Aunque Cornelia, aquella simple mujer, afirmaba que los libros que el senador estaba constantemente obligado a mandar a Antioqua eran para el uso personal de Diodoro, el senador no lo crea. Era un vndalo. ¶ l, su padre y todos sus ascendientes tenan en Roma reputacin de absoluta integridad, honor, virtud y cualidades militares. Esto, consideraba el senador, eran sus cualidades: faltos de imaginacin, groseros y poco inteligentes. A pesar de todo, aunque los augustales se rean de Diodoro e incluso el fro Csar Tiberio sonrea a la mencin de su nombre, tena influencia en Roma entre aquellos que eran igual que l, y nunca se poda desestimar el poder de los tribunos y los militares, pese a su falta de inteligencia.

Diodoro llen de nuevo la copa y un poco de vino cay sobre sus manos. La rojiza luz del sol se reflejaba sobre las blancas paredes de la casa y transformaba las columnas en sonrosados pilares. Un perfume dulce y clido proceda del jardn en la parte de atrs de la casa y las palmeras murmuraban. Todo estaba tranquilo y en paz, y aquella quietud era buena para los nervios de un caballero que acababa de llegar de Roma, donde el mismo aire que se respiraba estaba cargado de intrigas. Diodoro volvi a sentarse, y repiti en un tono menos agresivo, pero ms firme:

—Todo mi cuerpo es una pura y dolida irritacin.

El senador suspir y contempl sus enjoyadas manos pensativamente. No poda evitarlo, pero lo intent.

—Seguramente que no es —dijo— a causa de esta tranquilidad y del poder que tienes en toda la provincia. Csar est muy satisfecho de ti. Me dijo un poco antes de partir: ¶ Mis saludos a nuestro buen Diodoro y dile que no conozco otra provincia que est mejor gobernada.¶

—Quiere decir —respondi Diodoro con rudeza— que yo no soy un ladrn ni un embustero, que le envo las contribuciones puntualmente y que manejo los asuntos de la provincia con tanta justicia como es posible para evitarle dolores de cabeza.

El senador suspir de nuevo. Tena una cabeza estrecha y delgada, cubierta con escaso pelo oscuro. Su boca era demasiado afeminada y excesivamente roja para un hombre. Diodoro continu, y su voz tembl un poco:

—Recuerdo a mi antiguo camarada de armas, Cayo Octavio, a quien vuestros petimetres llamaban Augusto. Cuando me escribiste que haba muerto en Nola, el ancestral hogar de sus padres, y en brazos de su esposa, sent que mi corazn se rompa. No reconozco a su sucesor como a mi Csar, por lo menos en mi corazn, y a pesar de que vosotros hablis de l como una divinidad, ¿divinidad!

El senador mir a su alrededor con rpido gesto. Esperaba que nadie les estuviese espiando, alguien que pudiese repetir afirmaciones tan peligrosas. Tosi y murmur:

—Un hombre debe ser discreto. No te muestres tan airado, mi buen Diodoro. Si no recuerdo mal, en las cartas que me dirigas te quejabas de que tu ¶ viejo camarada de armas ¶ haba finalmente destruido la Repblica Y extinguido las libertades polticas. Quem aquellas cartas porque eran muy peligrosas.

—Absurdo —contest Diodoro, con ira y acento sombro—. Le escrib a l mismo en relacin con este asunto. Los viejos amigos, los antiguos compaeros de armas, son honrados unos con otros. Yo era como un hijo para l. Discutimos acerca de los honores que haba aceptado y mi padre discuti tambn con l por las mismas razones. S, la Repblica muri con l y no fue nicamente por su falta. Era un excelente soldado, mejor, en mi opinin, que el propio Julio Csar. Al buen soldado se le pueden perdonar muchas cosas, aunque

no, por supuesto, la usurpación de poder, y, por lo tanto, yo mismo le reprend muchas; veces y l me dijo, cuando ya era un viejo lleno de sabidura: † Los ciudadanos corrompidos incuban gobernantes corruptos y es la multitud la que, al fin de cuentas, decide cuando ha de morir la virtud. †

En contra de su voluntad, el senador se sinti sorprendido y por primera vez, empez a sentir respeto por Diodoro, capaz de reprender a un Cesar con impunidad y recibir de l una respuesta de excusa.

—Ese indeseable que ahora est coronado con hojas de laurel y que es un individuo de sangre fra, puede ser tcnicamente mi emperador, y yo le sirvo como soldado, como mi padre sirvi a Cayo Octavio, pero no tengo por qu pretender que le adoro y le considero como uno de los dioses. —Diodoro se movi inquieto en la silla—. Adems, deseo volver a mi granja cerca de Roma y olvidar vuestras malditas multitudes, toda vuestra poltica y depravacin, y quedarme con mi familia bajo mis rboles frutales.

— ¡Y olvidar tambn que eres un soldado, mi fiero Marte?

Diodoro vacil.

—Si Roma me necesita como soldado, deber responder: No soy necesario en Siria. Enviad aqu a uno de vuestros sinverganzas que ocupe mi plaza; l encajar en este condenado lugar mejor que yo. —Suspir profundamente—. Por lo menos, mi Csar era un hombre virtuoso y su esposa fue querida hasta su muerte durante ms de cincuenta aos. ¡ Es Tiberio un hombre as?

El senador fro su barbilla y su mirada recorri el prtico y la abierta puerta. Con mucho tacto respondi:

—Soy un hombre a quien no gustan las discusiones; mi tarea es la poltica y aunque veo con frecuencia al Csar, nunca discutimos cosas que puedan dar pie a controversias.

—En otras palabras: Tiberio no ha hecho caso de mis cartas y t no las has discutido con l. —Los vehementes ojos de Diodoro destellaron.

—Paciencia, paciencia —murmur el senador, mientras se preguntaba cuando serviran la cena. Empezaba tambn a sentir dolor de cabeza. Luego aadi, esperanzado:

— ¡ Habr invitados a la cena?

Unos invitados produciran un efecto tranquilizador sobre aquel intratable soldado.

— ¡ Invitados! —Exclam Diodoro—. No. ¡ Acaso vaya invitar en mi casa a mis inferiores? No conoces Antioqua te lo aseguro. Es aqu donde me irrito. Si no visitase una vez o dos al ao al procurador de Judea, me morira de aburrimiento e ira. ¡ No esperars un banquete como los que estis acostumbrados a celebrar en Roma con Tiberio?

† Oh, dioses ! †, pens el senador con desmayo. Pero dijo en voz alta, con acento razonable:

— ¡ Por qu ests en contra de Tiberio? Despus de todo, es un magnfico soldado: ha disminuido los impuestos tanto como ha podido en nombre de la economa; es, relativamente, un hombre honrado y un caballero honorable; es justo en el trato con las provincias y ha consolidado el Imperio. En cuanto a los banquetes, como soldado, Tiberio no disfruta de ellos. ¡ Te crees que es un Baco?

—Estuve con l en una campaa —dijo Diodoro sombramente y frondose su dolorida frente—. No puede compararse a Cayo Octavio —aadi en tono defensivo—. Es un espritu silencioso y un hombre fro. Tiene demasiadas deferencias con vosotros los senadores; consiente que demasiadas lenguas sueltas anden libres, y esto no es propio de un emperador. No impone disciplina

—Sin embargo, al contrario que tu querido Octavio, es un romano de tu propia clase. Cuando ascendí al trono haba menos de cien millones de sextercios en el tesoro. Ahora la cantidad aumenta da por da. Es muy frugal...

—Sin embargo —repiti Diodoro—, usa perversos espas e informadores, lo cual no hara ningn soldado. Cuando un hombre desconfa de sus propios compatriotas y teme el asesinato, habra que examinar a tal hombre. —De nuevo mir al senador con ira—. ¡ Por qu no contesta mis cartas?

—Porque ests administrando esta provincia a su completa satisfaccin. Si no lo hicieses te llamara abruptamente. Te lo aseguro: Tiberio y t sois de la misma clase.

—Esto no me enorgullece —dijo Diodoro. Se levant—. Si yo fuese el Csar os pondra a vosotros los senadores en el lugar que os corresponde.

—En otras palabras: seras un tirano —dijo el senador sonriendo.

—Impondra disciplina — respondi Diodoro ajustndose el cinturn de su tnica—. Apoyara a los hombres † nuevos †, las clases medias en Roma; a los hombres ilustres del campo, a los mercaderes, comerciantes, abogados, mdicos y constructores. Ya s que ellos no son patricios, pero tampoco lo soy yo. Muchos de ellos proceden de antiguas familias eturias. —Sus ojos brillaron—. En cuanto a lo que a m respecta, dara Italia a los etruscos y les dejara, a ellos, a los † nuevos † hombres romanos, que tratasen a la canalla romana, y no la adulasen como hacis vosotros, los senadores, para lograr sus indignos favores. Tampoco llenara mi palacio con gladiadores, sinverganzas y libertos, ni les llamara mis clientes. ¡ Canalla!

El senador se senta bastante divertido.

—Tiberio no es Catilina, y en cuanto a m se me alcanza, los hombres † nuevos † no han conseguido ningn nuevo Cicern.

Diodoro empez a alejarse, gruendo su desdn. Se detuvo un momento y dijo:

—Recordars, mi buen Carvlio, que cenamos cuando suena el gong. Entre tanto, voy a lavarme el polvo pegajoso de Antioqua de mis manos y cara.

El senador qued solo en la purpura y decadente luz del atardecer; se reclin hacia atrs en su silla y suspir con satisfaccin. Unos pocos das ms aliviaran por completo su nerviosismo. Aquella casa, aunque

brbara, con pocos muebles y carente de toda clase de lujos y distincin y en especial de marfiles, cristales valiosos, con pocas estatuas buenas ni an de los dioses, sin candelabros de bronce corintio, ni pinturas de mrito, y a pesar de que los dormitorios eran simples agujeros destinados al sueo primitivo y animal y no al placer, respiraba un reposo sencillo. Mejor an: nadie esperaba de l ningn favor y no haba necesidad de mantenerse en guardia. Los brbaros eran en ocasiones, dignos de ser admirados. Tambin consider que en Roma no le perjudicaba lo ms mnimo estar asociado por matrimonio a la respetada y antigua familia de Diodoro. Incluso Tiberio sonrea a Carvlio Ulpiano con ms frecuencia que a sus colegas, y aunque su sonrisa era invariablemente apenas perceptible y cida, por lo menos era una sonrisa. Adems preguntaba por Diodoro con cierta regularidad.

Las fuentes en el jardn de detrs de la casa, murmuraban un claro y musical sonido en el silencioso atardecer y los pjaros coreaban esta msica. Despereznndose de placer, el senador se levant y se dirigi hacia los jardines. Tena su propia finca fuera de las puertas de Roma, pero no poda recordar que fuese tan tranquila, como aquella, ni que las fuentes murmurasen tan armoniosamente ni reflejasen igual la dorada curva de la saliente luna. El oeste se haba transformado en una serie de pequenos lagos de fuego rodeados por un deslucido y difuminado tono verde, como un prado celestial. Las blancas columnas de la casa, sencillas y de estilo jnico, y las lisas columnatas, parecían nieve esculpida, salpicadas aqu y all, con los ltimos reflejos anaranjados del sol.

El senador lleg a los jardines. Todo el recinto reflejaba la luz del heliotropo, callada y secreta, pero el agua de las fuentes brillaba como la plata. El perfume del jazmn flotaba en las alas de la suave brisa del atardecer y las palmeras agitaban sus abanicos contra el cielo oscuro del color de la amatista. Mir a su alrededor con placer, gozando del silencio que slo rompa el sonido del agua y las lnguidas voces de las aves. De pronto qued sorprendido.

Nunca haba percibido aquella bella estatua de mujer, de tamao natural, que permaneca cerca del centro de la fuente con un nveo brazo extendido en tal forma que los dedos podan tocar las fantsticas aguas en la taza de mrmol. ¿Dnde haba conseguido Diodoro; que nunca apreciaba una obra de arte, creacin tan maravillosa? El senador se estremeci de envidia. Probablemente en Sicilia. Los sicilianos coloreaban sus estatuas y algunas veces lo hacan con delicadeza. La estatua tena el cabello dorado, iba vestida a la moda griega, y en encantador y curvado perfil color rosa estaba tan perfectamente logrado que casi se poda jurar era carne viviente. La tnica admirable de alabastro envolva un perfecto y bellissimo pecho, que casi pareca respirar en aquella tenue y misteriosa luz, y los pliegues de la tnica, sencillos y nobles, caan desde la cintura rectos como una vara y se adaptaban sobre las torneadas caderas. El senador nunca haba visto una cosa tan adorable. Plaxteles jams haba modelado una forma tan gloriosa y de tan exquisita perfeccin.

De pronto, para terror del supersticioso augustal que no crea en los dioses, pero los tema, la estatua se balance un poco y empez a moverse. Retrocedi un paso, mojndose los labios. No le hubiese sorprendido que la mvil estatua hubiese alzado su plateada frente y le hubiese dirigido una flecha contra su corazn por haber pretendido mirar a la propia Artemisa en su virginidad. Fue entonces cuando vio a Diodoro, de pie en medio de uno de los arcos de las columnas, sin ver a su husped entre las purpreas sombras cada vez ms oscuras. Diodoro estaba mirando a la escultural muchacha, que, con la cabeza baja, marchaba lentamente hacia la puerta del jardn.

La absoluta inmovilidad del tribuno llam la atencin despierta del senador. Contempl el rostro de Diodoro, y su oscura intensidad poda ser apreciada aun en la oscuridad del atardecer. Vio su perfil, contrado por algn dolor intenso y desesperada nostalgia. La muchacha, sin haber visto a los dos hombres, lleg a la puerta, la abri y desapareci en la oscuridad. ¿Vaya, por Jove! —Pens el senador, intrigado por la actitud y expresin de su cuado—. Despus de todo no es invulnerable. ¿sta no es la expresin de un esposo virtuoso ni de un soldado olvidadizo. Es la de un hombre enamorado Y no se lo reprocho. Esa esclava suscitara el xtasis del propio Jpiter. ¿tuviese.

Oy el corto suspiro de Diodoro, que son en el atardecer como un sonido terrible, Y percibi las velludas manos del tribuno apoyadas en sus lados. Ms intrigado que nunca, el senador tosi y luego se acerc a su cuado. Diodoro se sinti sorprendido Y mir a su husped inexpresivamente, mientras el dolor se iba borrando lentamente de sus fieros ojos. Pareci no ver al senador por un momento o dos.

—Bien —dijo Carvlio Ulpiano con una expresin de genial felicitacin—, es la ms bella esclava que he visto en mi vida. Por un momento pens que era una estatua y que podra comprrtela. En realidad, mi oferta sigue en pie.

Diodoro no respondi; pareca que hubiese perdido el habla temporalmente. Tan slo poda mirar al senador con aquella falta de expresin, como si hubiese sido profundamente turbado. Carvilio Ulpiano le palme afectuosamente en un hombro.

—Afrodita nunca estuvo vestida de semejante belleza —aadi—. ¿Qu mercader te vendi esa mercancía y dnde est ese ejemplar? ¿Tiene otras delicias semejantes? ¿Posees un establo de tales eurdices, de semejantes encantadoras formas y rostros olímpicos? —Chasque los labios delicadamente. Estaba sofocado por el deseo y la envidia. Luego continu:

—Aunque es posible que haya perdido su virginidad —y al decir esto tosi— estoy dispuesto, mi querido Diodoro, a hacerte una esplndida oferta por ella.

Se sinti anonadado por el gesto de Diodoro al volverse hacia l, una expresin de tan salvaje furor, sufrimiento Y afrenta que el senador retrocedi precipitadamente y se pregunt si no estara frente a un loco.

Pero cuando Diodoro habl lo hizo en voz baja y ronca, como si se estuviese ahogando: —Ests equivocado. Esa mujer no es esclava. Es mi liberta.

— ¿Que has dado la libertad a una criatura tan gloriosa? —pregunt el senador con un asombro que superaba a su anterior excitacin.

—Era como una hija para mi madre —dijo Diodoro, su voz, an contenida—. No es una muchacha. Es una mujer de casi treinta aos de edad, la esposa de mi contable, Eneas, un liberto. —Respir pesadamente—. Adems es la madre de mi protegido Lucano, a quien estoy educando para que sea mdico.

El senador, desilusionado y sofocado, movi la cabeza.

—Hubiese jurado que era una virgen joven. Es una calamidad que sea libre. Hubiese proporcionado una fortuna a su dueo. —Se rasc la barbilla descuidadamente con una cuidada ua—. ¿Te estaba esperando acaso, Diodoro, y he venido a molestarte?

—No —contest Diodoro, casi en un susurro—. No saba que estuviese aqu. Es evidente que se ha retrasado.

Sus ojos adquirieron un oscuro brillo de tristeza; se volvi y desapareci en el interior de la casa. En aquel momento son el gong y el senador, tratando de tragar heroicamente su disgusto ante la rudeza de su cuado, que le haba precedido sin una sola palabra, le sigui con elegantes movimientos.

CAP \ TULO VIII CAP \ TULO VIII

El vino servido durante l
Apicius,

a cena no poda ser del agrado del delicado paladar de Carvlio Ulpiano.

cuyo libro de cocina era usado incluso en las cocinas de Tiberio, haba descrito setenta y cinco maneras distintas para preparar alubias, todas ellas delicadas. Pero Aurelia y sus cocineras aparentemente slo conocan una, la ms grosera, propia tan slo para esclavos de galeras. El patricio senador mir su plato de alubias, bien sazonado con ajo, al cual haban aadido una carne de aspecto dudoso, de cabra o de las partes menos delicadas del cerdo. El pan estaba duro, las legumbres flicidas, y el nico plato que no produca nuseas al delicado Carvlio Ulpiano eran las pequeas y saladas aceitunas negras de Judea. Habia olvidado lo repugnantes que eran las comidas en aquella casa. Diodoro le miraba con irona bajo la dbil luz de las humeantes Imparas de estao, y no de plata. El tribuno toc la base de una de ellas y dijo:

—Pareces turbado, hermano. Siento que estas Imparas no sean de cristal de Alejandra. Si lo fuesen, podras ver tu comida ms claramente.

—Siempre que te visito dices las mismas palabras —contest el senador pacientemente. ¿Qu clase de grasa era la que haba sobre el pan? Tena un aspecto extrao, y el senador, que a pesar de todo era un hombre valeroso, sonri y se llev un pequeo trocito a la boca. Era tambin un hombre educado y hubiese murmurado algn cumplido sobre la cena si aquel pan no le hubiese producido una nusea repentina.

— ¿Por Hcate, Diodoro! —Exclam agitado—. ¿Es necesario vivir as? Eres tan rico como Creso. Podras cubrir tu mesa con cristales tallados y llenar tus Imparas con un aceite que no produjese arcadas. Podras tener copas brillantes de oro y piedras preciosas y msica de lades por las tardes. Y tambin podras tener una cocinera con algo de talento.

Diodoro, cuyo oscuro rostro estaba an lvido a causa de alguna emocin pasada, mir agriamente al senador.

—Tambin podra tener divanes sobre los cuales reclinar me durante las comidas, y muchachas chipriotas para bailar danzas abominables y ungir tus pies con blsamo. Yo, sin embargo, no soy ciudadano de la urbe. Soy un soldado sencillo y vivo como tal.

— ¿Qu actitudes ms odiosas! —Dijo el senador—. Julio Csar era tambin soldado y lo mismo tu querido Cayo Octavio. En campaa vivan con austeridad. Pero cuando estaban en Roma, vivan como romanos, no como pugilistas.

Diodoro empez a sonrer. Coma el pan con fruicin y un oscuro parpadeo brillaba bajo sus gruesas y negras pestaas.

—Quizs —dijo— es que prefiero ahorrar mi dinero —llev a la boca un gran bocado de alubias —a fin de dotar debidamente a mi hija, que est ya a punto para el matrimonio.

El senador, que no senta la menor aversin por el oro, y que tena cuatro hijos, perdi repentinamente su mal humor.

— ¿Ah! —dijo—. ¿ste es un asunto que me interesa. La pequea Rubria es de constitucin delicada, pero, sin embargo, parece haber ganado una salud considerable en este agradable clima. Tambin tiene una belleza vivaz, casi oriental.

—S —contest Diodoro pensativamente—. Estoy considerando la posibilidad de enviar a Roma a Aurelia y a la nia en un futuro prximo. No hay ninguna familia romana en Antioqua que tenga un hijo digno de ella ni de la edad apropiada.

—En tal caso —dijo el senador—, es posible que Tiberio, que es un hombre justo aunque tenga agua helada en sus venas, te reclame.

—S —respondi Diodoro. Los dos hombres estaban solos, sentados en el comedor y como al tribuno no le gustaba la molesta presencia de esclavos, tena una campanilla de bronce en la mano por medio de la cual poda llamarlos si era necesario. Acarici con un dedo el poco valioso relieve de la campanilla.

—Hoy he pensado mucho —lanz al senador una aguda mirada—, y tambien —aadi— he tenido dolor de cabeza. —Al senador este comentario le pareci totalmente inoportuno.

Carvlio Ulpiano senta an curiosidad por Iris, que era, pens, lo bastante hermosa para conmover al propio y fro Tiberio y crear en Roma una verdadera conmocin. Era liberta, y, sin embargo, no habra ningn augustal ni patricio que no se sintiese dispuesto a llevarla a su cama e inundarla con todo el oro de sus cofres. El senador pas la lengua por los labios mojndolos con un gesto elegante.

—Sin duda llevars contigo toda tu casa, si te mandan volver.

Diodoro no contest. Su dolor de cabeza no haba desaparecido y maldeca a Keptah en su fuero interno. El senador, impulsado por el deseo y el recuerdo de Iris continu:

—Incluido tu contable y su familia; l debe ser de un valor incalculable para ti. √ Dijiste que en un tiempo fue esclavo de tu padre Prisco y que se senta muy complacido con l?

—S —respondi Diodoro con voz sombra—. Sin embargo, Eneas es tan frugal como yo, y ha sabido ahorrar dinero. Ha comprado un pequeno huerto de olivos no lejos de Antioqua que cultiva medio de dos de mis esclavos. Ha aprendido a arreglar las aceitunas como lo hacen los judos y son bastante agradables. Adems, tiene un respetable rebaio de ovejas y vende su carne en los mercados de Antioqua y a m. Dudo de que quiera regresar a Roma conmigo.

La conversacin languideca. Cuando el senador coment que sin dudas Eneas se mantendra leal a su seor y aceptara sus deseos como los deseos de los dioses, Diodoro movi la cabeza con gesto negativo.

—No le impondr esa lealtad, si es que l la tiene —replic.

—Adems, la lealtad es una palabra con la que los griegos estn poco familiarizados.

Nunca ms vera a Iris. Pensaba en ella con terror. Cuando la haba visto en el jardn, tan cercana, tan prxima, como haca aos que no la haba visto, su corazn haba dado un vuelco. Se haba controlado a s mismo para evitar correr hacia ella y tomarla en sus brazos y hundir su rostro en su dorado cabello. Un grito mezclado de angustia y gozo haba sonado dentro de l. Sintió que la desolacin le abrumaba.

El senador contemplaba las pasiones y desnimos que reflejaba el vital y sencillo rostro del tribuno y sonri para s. Una pena esconda en la cara de la joven mujer griega, record. Venus nunca haba tenido unos devotos ms reacios. Diodoro era un imbcil. √ Por qu no se castraba y acababa de una vez? El tribuno mir involuntariamente hacia arriba y vio la sutil sonrisa brillando en el rostro mundano del senador y se sonroj. Llen de nuevo su sencilla copa y bebi el vino de un trago. Luego dijo:

—Puede que te sorprenda, Carvlio, saber que soy un esposo virtuoso.

—Desgraciadamente no es una sorpresa —dijo el senador. Se senta un tanto sorprendido ante la percepcin de Diodoro, Le vio bostezar y esto le sorprendi an ms. No era hora de retirarse. De pronto record que en aquella brbara casa todo el mundo se retiraba a dormir temprano. Reflexion tristemente que no sera confortado por una de sus bonitas esclavas en su dura cama. √ Cmo haba podido pensar que podra pasar varios das en tal lugar? Se marchara en cuanto fuese posible, despus de llegar a un acuerdo con Diodoro acerca de Rubria. Antes de acostarse, Diodoro pas por las habitaciones de su esposa. Aurelia, cuyas morenas y sonrosadas mejillas mostraban huellas de recientes lgrimas y cuyos amables ojos estaban enrojecidos en los bordes, permita que una esclava peinase su largo y oscuro cabello. Se hallaba sentada ante una mesa, vestida con un atuendo nocturno de blanco lino y, bajo el vestido, su voluptuosa figura tena un inconfundible aire maternal. Cuando vio a Diodoro torci en un gesto sus rojos labios y sus ojos se iluminaron. Se contuvo al instante y dio a su rostro un aire fro.

Diodoro hizo una muda indicacin a la esclava, pero Aurelia, por primera vez desde que estaban casados, dijo con un acento poco comn a causa de su agudeza.

—No te vayas, Callope. No has terminado de peinar mi cabello y adems hay otras cosas que hacer.

—S, seora —respondi Callope. Tena una voz tosca y desagradable que hera el odo, una voz demasiado fuerte para una chica tan pequea y bien formada.

Diodoro siempre estaba algo desorientado sobre los criados que haba en la casa, y rara vez se daba cuenta de su existencia. Pero, puesto que ahora tena algo en la mente, mir de cerca a Callope y dijo con su acostumbrada falta de tacto:

—Callope, ¿y con esa voz!

La muchacha se ruboriz e inclin la cabeza.

—S, seor.

Diodoro la estudi. Evidenciaba tener unos diecisiete o dieciocho aos, un rostro vivo e impertinente, no bello, pero tan animado que le proporcionaba cierto encanto; un aire arisco y competente y un cuerpo de considerables encantos, con largas trenzas brillantes que caan hasta sus caderas. Diodoro percibi un brillo, aunque plido, bajo las morenas pestaas. Mir a sus manos. Estaba acostumbrada al trabajo duro bajo la direccin de su seora. Evidentemente era muy apropiada para lo que el tribuno tena en la cabeza.

— √ Te gustara casarte? —le pregunt de pronto.

— ¿Oh, si seor! —Le mir imprudentemente con las pestaas entornadas.

—Bien. Tengo un excelente marido para ti —dijo, concluyendo aparentemente el asunto. De nuevo hizo un gesto para que se marchase y, esta vez, la sorprendida Aurelia no dio la contraorden de que se quedase.

Cuando la muchacha hubo salido y corrido la pesada cortina de lana azul que cubra la puerta, Aurelia dijo en un tono de ofendido pesar:

—Creo que es una prerrogativa de la seora arreglar bodas para sus esclavas y muchachas.

—S, s —respondi Diodoro con impaciencia—. Pero en este caso se trata de una ocasin especial.

Aurelia alz su espejo de plata y pretendi estar ocupada contemplando su rostro. Diodoro finalmente se dio cuenta de que su esposa estaba disgustada con l. Dijo:

— ¿Qu te he hecho?

Aurelia estudi su propio rostro y suspir.

—Debo ser muy malo — aadi Diodoro— pero no es sta ocasin de matronales enfados.

Aurelia estaba enfadada. Dej caer el espejo sobre la mesa y la Impara de bronce vacil. Sus dbiles rayos hacan brillar la austera cama, sin tallas ni adornos. Era de madera sencilla y las mantas que yacan sobre las sbanas eran de lana marrn.

— ¿Es que acaso soy una caprichosa? —pregunt—. ¿ Soy amiga de armar escndalos? ¿ Cundo te he molestado, Diodoro? ¿ Cundo merec el insulto que me hiciste esta noche delante del esposo de mi hermana?

— ¡Oh! —exclam Diodoro frunciendo el ceo. Se sent y contempl sus desnudas rodillas—. No saba que te hubiese insultado. Suplico tu perdn, Aurelia. Hoy he tenido un infernal dolor de cabeza. —Esper las acostumbradas palabras de Aurelia expresando preocupacin, pero ella tan slo gru⁽⁶⁰⁾ un poco y la frialdad de su rostro se hizo mayor.

—Debo haber hecho algo muy malo —repiti Diodoro.

Aurelia empez a cepillar su cabello y Diodoro intent contener su impaciencia. Se senta herido porque su esposa no le compadeciese y porque no abra su caja de ungento para frotar su frente ni le invitaba a su cama a fin de que pudiese sostenerle entre los brazos como sola en tales ocasiones acariciarle hasta que olvidase su dolor o ste desapareciese.

—Quiero decir —dijo el tribuno irascible— que es muy malo que una esposa no muestre solicitud por un esposo. —Aurelia suspir de nuevo. Las brillantes y largas trenzas de su cabello discurren por entre sus dedos—. Adems —dijo Diodoro en voz ms alta— juro por todos los dioses que no s en que te he ofendido ante ese elegante de la toga. ¿ Por qu no usa una toga sencilla en la casa?

—Es un caballero —inform Aurelia a su esposo intencionadamente. Diodoro la mir y ella le devolvi la mirada. Era tan distinta de la amable Aurelia que senta por todo el mundo un gran y difuso afecto, que Diodoro se sinti sorprendido.

—Entonces yo no soy un caballero —observ.

—Nunca lo has sido. —A pesar de s misma, un hoyuelo apareci en su morena mejilla. Luego desapareci—. ¿ Qu hay acerca de la boda de Callope? ¿ Y con quin?

—Lucano —dijo Diodoro y golpe sus rodillas como si el asunto estuviese terminado.

Los ojos de Aurelia se abrieron con asombro. Sus gordezuelas manos, cayeron desde el cabello sobre el regazo—. ¡Lucano! —Exclam—, ¿ el hijo de Iris?

— ¿ Quin otro? —pregunt Diodoro con excitacin.

— ¿ Ha pedido l la chica? —pregunt Aurelia con incredulidad.

—No, no he dicho eso. Lo he decidido yo por mi cuenta. Antes de que se case con ella la har libre y se la dar como regalo. ¿ Quin es l para negarse a cumplir mis rdenes?

La boca de Aurelia se abri incrduamente.

— ¿ Has olvidado que no puedes obligarle a que se case con una chica que t has escogido para l aunque seas un proconsul y un tribuno? Ha nacido libre. —Se senta ms y ms incrdu. Tena un gran cario por Lucano, que era el hijo de su amiga Iris y un hermoso joven, compaero de estudios y juegos de Rubria. Pero haba credo que Diodoro senta un excesivo entusias mo por el muchacho.

—Yo puedo darle rdenes —grit Diodoro con furor—. ¿ Quin es l, sino el hijo de un pobre perro que antes era esclavo, ese Eneas?

Aurelia mantuvo silencio. Despues, mirndole de cerca dijo:

—Tambin es el hijo de Iris.

Diodoro abri la boca para hablar, pero call de pronto. Aurelia continu:

—Y no me grites. Puede que te sorprenda, pero a veces yo tambn tengo mis propios dolores de cabeza, aunque t pareces no darte cuenta de los dolores de cabeza que afectan a los dems. Djame continuar. Lucano naci libre. Es orgulloso. No puedes ordenarle que se case con una esclava. No puedes azotarle o encarcelarle si te desobedece. Creo que mencionaste con aprobacin que el propio Tiberio ha proclamado edictos prohibiendo la violencia y las rdenes ilegítimas.

— ¡Tiberio! —Exclam Diodoro en un tono que pareca consignar al emperador al peor de los sitios—. Escchame: hablar con Eneas y le dir mi deseo. ¿ l, por lo menos, no se atrever a desobedecerme. Lo he dicho. Est hecho.

—Se levant con aire de haber terminado. Pero Aurelia no se dej impresionar.

— ¿ Has tenido en cuenta a Iris, a quien ests a punto de ofender profundamente? No puedo permitir este ultraje.

El rostro de Diodoro se llen de furor ante estas palabras.

— ¡Ultraje! —Exclam— Doy al chico una esclava para que le atienda mientras yo pago sus grandes gastos en Alejandra, privando a mi propia hija de su dote...

Aurelia se tap los odos con las manos. Cuando Diodoro par, indignado, los destap y habl con suavidad. —Sin duda te sientes movido por los ms elevados motivos. Sin embargo, regala Callope a Lucano cuando parta para Alejandra as lo deseas.

—Lo har —dijo Diodoro.

La curiosidad se apoder entonces de Aurelia.

—Pero, ¿por qu? —pregunt.

—Lo he dicho. ¿No es bastante?

—No —respondi Aurelia. Empez de nuevo a cepillar su cabello. Luego movi la cabeza—. No s lo que te traes entre manos. ¿Sabes que en ocasiones eres siniestro?

—Diodoro estaba a punto de estallar otra vez en furiosos gritos cuando una palabra llam su atencin: Siniestro. Nunca se haba considerado a s mismo as. Por alguna razn el pensamiento le intrig. Frot su frente humildemente y dijo en un tono ms suave:

—Lo he dicho muchas veces: soy un soldado sencillo. Mis motivos son tan puros como la leche de vaca.

Aurelia pareca saberlo bien y sto complaca ms a Diodoro. Ella dijo:

—Incluso si Callope fuese una perla de Cos, dotada por las mismsimas gracias, Lucano no la querra. Iris me dijo ayer con mucha tristeza, que ha hecho a los dioses un voto sagrado de no casarse nunca.

—¿No casarse nunca? —Exclam Diodoro—. ¿Qu tontera! ¿Qu le ha impelido a semejante tontera? ¿No le atraen las muchachas?

Aurelia se encogi de hombros.

—No considero a Lucano como un hijo, tal como con frecuencia haces t —dijo significativamente. Dej que esta indirecta penetrase en Diodoro durante un momento—. No tengo su confianza; es demasiado silencioso y reservado para ser tan joven. Sin embargo, un hombre no hace votos sagrados de no casarse si no se siente atrado por las jvenes.

Esto pareca razonable. Diodoro frunci su fiera frente. Ya no estaba enfadado. Murmur:

—¿Incomprensible!

Aurelia volvi a encogerse de hombros.

—T tienes algo en la cabeza —dijo—. Y siento gran curiosidad.

Un gran alivio inund a Diodoro; sonri y dijo:

—Si ha hecho ese voto entonces no lo violar, por lo tanto el asunto est terminado.

—Todava siento curiosidad —dijo Aurelia.

Diodoro saba que su esposa no era intelectual ni sutil. Pero era muy aguda. Senta por Aurelia un gran respeto.

—No soy hombre que satisfaga la curiosidad de una mujer —dijo con irona, puesto que su dolor de cabeza haba desaparecido milagrosamente—. Pens hacer a Lucano un beneficio, y sto es todo.

—¿Oh! —dijo Aurelia poco convencida. Bostez. Haba perdido inters en la conversacin y olvidado sus heridos sentimientos. Mir hacia la cama, luego sonri a su esposo inocentemente.

—Hoy has estado sometido a un exceso de trabajo, Diodoro. ¿Estuvieron muy pesados los magistrados, cobradores de impuestos, nobles y los jefes?

—Son unos perros —dijo Diodoro desahogndose. Haba percibido la mirada de su esposa hacia la cama. Sus manos empezaron a desatar el cinturn. Aurelia se levant, sacudi sus trenzas, luego se inclin y redujo la luz de la Impara.

Cuando estuvieron en la cama y abrazados, Diodoro dijo:

—He arreglado el matrimonio entre nuestra Rubria y tu sobrino favorito Piso. —Apoy la cabeza en el pecho de su esposa y sinti calidez y el latido de su corazn. Su frente sintis e aliviada. Se acogi casi con desesperacin en la fortaleza de ella y Aurelia le acarici las sienes con suavidad. Cerr los ojos y dese olvidar a Iris que haba desaparecido como la luna desaparece tras las nubes.

CAPITULO IX CAPITULO IX

Por la maana Diodoro se despert de un humor expansivo y una cierta impresin de arrepentimiento. Lucano era tan slo el hijo de un libertos; sin embargo, Diodoro, que ciertamente le amaba como un hijo, se senta avergonzado de s mismo. La culpa era de aquella maldita migraa, desde luego, que ejerca el mismo efecto sobre la razn de un hombre como Medusa sobre la carne. ¿Qu le haba hecho olvidar que ninguna doncella romana modesta poda casarse sin el consentimiento de su padre? † Era su joven corazn lo que yo probablemente tena en cuenta †, pens el tribuno. No deseaba que fuese torturado. Como l haba amado a Iris tambn poda ser que la gentil Rubria amase a Lucano. Este pensamiento hizo que Diodoro se afirmase ms que nunca en el propsito de enviar a la nia y a su madre a Roma. Entre tanto, durante el desayuno, concluy los detalles del matrimonio de Rubria con Carvlio Ulpiano. Regatearon acerca de la dote. El precavido tribuno deseaba asegurarse de que si Piso alguna vez se divorciaba de Rubria, o si ella decida abandonar su casa, la dote volvera a ella. El senador estaba de buen humor, aunque haba decidido a dejar aquel imposible y sencillo lugar a la maana siguiente.

Aquel sonrosado amanecer Keptah fue a la habitacin de Rubria para el examen matinal acostumbrado. Se sinti profundamente afligido. La mortal enfermedad de la muchacha haba sufrido un retroceso que haba durado ms tiempo que ningn caso de los recordados por Hipcrates o sus discpulos. Pero las seales de su vuelta estaban all. Las suaves mucosas y membranas de la boca y garganta mostraban los bultos fatales de la enfermedad blanca. Una de sus rodillas estaba hinchada y caliente, y de la noche a la maana haba perdido el color de las mejillas y su rostro estaba de nuevo amarillento. Se hallaba lnguida y enfebrecida pero en medio de todo haba una buena seal: su espritu an se mantena alegre. Poda producirse un nuevo retroceso si no aparecan hemorragias internas. El mdico examin su orina e hizo ciertas preguntas a la enfermera. En cuanto a las secreciones corporales no haba en ellas seales de sangre. Aconsej que permaneciese en cama durante algunos das.

Encontr a Diodoro en la escalera. El tribuno tena una expresin de satisfaccin y contento en su feroz rostro.

— ¿Por qu no est la muchacha con su madre? —pregunt.

—Se siente un poco cansada —dijo el mdico con voz suave.

Diodoro se detuvo en la escalera.

— ¿Est enferma? —pregunt, y el corazn le dio un vuelco.

El mdico vacil. ¿Cunto tiempo mantendra al tribuno ignorante de que su hija morira? Diodoro contemplaba su rostro con mucha atencin. Keptah sonri.

—Creo que ha estado jugando con exceso —dijo— y se ha torcido una rodilla. Debe permanecer en cama hasta que desaparezca la hinchazn. —Luego aadi—: Le he dado una medicina para que duerma a fin de que descanse la parte herida.

La tensa compresin alrededor de la garganta de Diodoro se afloj. Movi la cabeza.

—Es poco comprensible que una doncella de catorce aos se comporte como un juguete chiquillo de cuatro. Te estaba buscando, mi querido Keptah. Antes de que empiecen las lluvias la seora de la casa, Aurelia, mi hija y t, partiris para Roma. Acabo de arreglar el matrimonio de Rubria con mi sobrino Piso, hijo de Carvlio Ulpiano.

Keptah se sinti abrumado. Dobl sus delgadas y oscuras manos sobre la blanca tnica a fin de que Diodoro no pudiese apreciar su repentino temblor.

—Seor —dijo—, an no es tiempo. Rubria ha hecho algn progreso en este clima clido y agradable. Ha estado bien durante unos aos. Sin embargo, su constitucin es an delicada y exponerla tan pronto a la humedad y los duros inviernos de Roma ser peligroso.

—Tonteras —dijo Diodoro, pero se sinti alarmado—. He visto a chicas muy enfermas transformarse en fuertes y robustas mujeres despus del matrimonio y particularmente despus del nacimiento de hijos. Rubria ha estado demasiado mimada.

Keptah moj sus labios y mantuvo los ojos bajos a fin de que el tribuno no descubriese el temor que reflejaban. La muchacha tena menos de un ao de vida; incluso, poda morir dentro de un da o dos. Alejarla de su padre, de su querido compaero de juegos, del clido y perfumado ambiente de Siria, acelerara su muerte y la privara de su tranquilidad.

—Un ao, seis meses —rog Keptah—, tan slo tiene catorce aos.

—No —dijo Diodoro golpeando enfticamente con su mano sobre la blanca pared de la escalera—, dentro de un mes.

Keptah, olvidando su posicin alz la voz y exclam:

—En el nombre de Dios, Diodoro, no enves a la nia lejos de ti. Su corazn es tu corazn, te ama ms que a nadie en el mundo.

—Lo s —dijo Diodoro en un tono ms suave—. ¿Crees que ser fcil para m prescindir de ella? Pero si ella y su madre van a Roma, ese Csar de sangre helada puede que me reclame. Carvilio Ulpiano har cuanto pueda; Tiberio siempre escucha a los senadores y Carvlio tiene muchos amigos entre ellos. Quiero paz. Quiero retirarme a mi granja.

Keptah pens en el amor que exista entre Rubria y Lucano. Haba visto la creciente e inocente pasin entre la doncella y el hijo de Eneas. Últimamente no haba mencionado ante Lucano que la muchacha deba morir. Que ellos disfrutasen de su propio sueo de amor, el ms alegre y dulce de todos, hasta que llegase el momento inevitable. Era un amor puro; desgraciadamente iba transformndose poco a poco en el amor de una mujer por un hombre. Si Rubria no estuviese muriendo, Keptah hubiese suplicado al tribuno que alejase a su hija de una situacin que inevitablemente le produca tristeza.

Keptah se encontraba ante un doloroso dilema. No poda hacerse a la idea de decir al padre que aquella nia morira inevitablemente dentro de unos meses como mximo. Sin embargo, saba que ella no podra ir a Roma a morir, entre lgrimas derramadas por Lucano y su padre. Slo una cosa poda hacerse. Haciendo una silenciosa reverencia al tribuno, se dirigi hacia las habitaciones de las mujeres y pidi a una esclava que rogase a Aurelia le concediese un momento de consulta. Aurelia, hilaba industriosamente entre sus esclavas y le llam sin detener su trabajo. Keptah la estudi. Era una mujer de sentido comn y fortaleza, nunca histrica, nunca caprichosa, nunca deprimida e irracional. Sus mejillas aparecan aquella maana ms rosadas que de costumbre y sus grandes ojos marrones ms suaves, como si estuviese soando acerca de algn placer pasado de amor.

— ¿Puedo hablarte en privado, seora? —preguntó Keptah. Aurelia mandó a sus esclavas que se retirasen inmediatamente, pero sus manos continuaron moviéndose activamente.

— ¿Cómo está nuestra Rubria esta mañana? —preguntó—.

Keptah dijo:

—Hay algo que yo debo decirte, seora, y que no me atrevo a decir al noble tribuno.

Aurelia sostuvo el huso en su mano y su pie se detuvo sobre el pedal. Palideció un poco, pero sus ojos no se oscurecieron ni se agrandaron con alarma. Preguntó con tono tranquilo.

— ¿Está Rubria otra vez enferma?

—Sí, seora. Y no puede vivir. Morir antes del otoño.

Aurelia palideció bajo la morenez de su piel. Dejó el huso sin un simple temblor en sus manos. Luego dijo con voz apresurada:

—Cúntame.

Keptah nunca la había admirado tanto como la admiraba ahora. Su fuerza era la fuerza de un roble, azotado por una tempestad pero no derribado por ella. Como Ceres, que había perdido su hija Proserpina en manos del dios de la muerte, Plutón, así ella perdería su hija. En forma distinta a Ceres, Aurelia no maldeciría la tierra, ni andaría de arriba abajo gimiendo. Sus raíces eran profundas y bien afirmadas.

—La pequeña Rubria tiene la enfermedad blanca —dijo Keptah, y no pudo evitar que las lágrimas brotasen de sus enigmáticos ojos. Aurelia las vio y se sintió emocionada. Luego dijo:

—La enfermedad blanca. No hay cura para esto, ¿no? ¿Estás seguro, Keptah?

—Sí, seora; ha sufrido un retroceso durante un cierto número de años, mucho más allá de lo que yo esperaba. Pero ahora la enfermedad ha vuelto. Dios hizo un milagro una vez por causa de sus propios y misteriosos propósitos; esta vez ¡él no hará otro.

Aurelia cruzó sus firmes manos sobre las rodillas y se quedó contemplándolas.

—No le he dicho al tribuno que estoy esperando un niño. Quiera estar segura. ¿Debo decirselo a fin de aliviar el golpe que para él significa la próxima muerte de Rubria?

—Seora puedes hablarle del futuro hijo dentro de dos semanas. Entonces estaremos seguros. No le digas nada de Rubria. Su corazón está en las manos de su hija.

Aurelia asintió. Mantuvo silencio durante un largo tiempo, mientras Keptah permanecía en pie ante ella en aquella desnuda y brillante habitación. Empezó a llorar, pero en silencio. Aceptaba incluso la muerte con fortaleza.

—Dejémosle que tenga paz. Dejémosle que se alegre con su hija y con el hijo que ha de nacer —dijo Keptah honrando a su seora—. Te he dicho la verdad, seora, porque necesito tu ayuda. Rubria no puede ir a Roma. Puesto que ha de morir inevitablemente es mejor que muera junto a su padre.

—Comprendo —dijo— Aurelia. Mecánicamente hizo un gesto como para alzar el huso, pero luego lo abandonó—. Le diré a Diodoro que prefiero permanecer aquí hasta el otoño, y que el verano en Antioquia mejore más la salud de Rubria. Tenemos que partir dentro de catorce días.

Miró de nuevo a Keptah y su pecho tembló.

—Gracias —dijo— con profunda gratitud, y tomé de nuevo el huso.

Keptah interceptó a Lucano cuando el joven estaba a punto de entrar en la sala de clase donde Cusa preparaba sus lecciones.

—Ven conmigo —dijo Keptah.

Tomó del brazo al muchacho y le condujo a través del azul y dulce aire de aquella mañana primaveral. Permanecieron en el centro del jardín, donde nadie podía oírlos. Keptah miró al interior de los ojos del joven y le dijo con suave seriedad:

—Tengo muy malas noticias para ti, querido Lucano; la enfermedad blanca ha vuelto a Rubria y la niña morirá antes de que caigan las hojas.

Lucano se puso rígido. Sus mejillas emblanquecieron como el mármol. Durante los últimos dos o tres años había llegado a creer que Rubria viviría. Más aún, le parecía que su propio espíritu se había unido al de ella con la firmeza de los troncos injertados o las almas de marido y mujer que han recibido gracia de los dioses a causa de su gran amor. No había hablado con Keptah de Rubria. Le había dado gran temor hacerla. Cada día que ella florecía, él se alegraba; cada hora con ella, era como el oro recién extraído y prístino. Su risa era más clara y más fuerte, el color de sus mejillas, más brillante, sus miembros más ligeros y veloces de movimientos. Dios había obrado un milagro y aunque Keptah le había avisado al principio que aquello era sólo un retroceso, Lucano había llegado a creer en silencio, que el milagro era permanente.

—No lo creo —dijo Lucano con voz sofocada. Y trató de liberar su brazo de la mano de Keptah. Sus ojos adquirieron una transparencia viva y aterrada y miró a Keptah como a un mortal enemigo. Keptah apretó su mano.

—Yo no miento —dijo—. La chica está muriendo.

—Dios no puede permitir que una cosa tan terrible ocurra —dijo Lucano con odio en la voz. Miró hacia la trasluciente bóveda del cielo—. ¡Él no puede llevarse a Rubria, que no ha hecho mal a nadie, cuyo corazón es puro, que trae deleite y amor incluso en su propia sombra.

Keptah suspiró.

—Si Dios solamente se llevase a los malvados entonces este mundo sera ciertamente un paraso: Se dice que aquellos a quienes los dioses aman, mueren jvenes. Dios ama a esta nia. La llevar con /I para que descanse, esperndote en paz, por siempre.

Pero el joven corazn de Lucano se sublev violentamente. Su mente se llen de oscuridad y desesperacin. La suave brisa acariciando su carne le hizo estremecer. Odiaba a Dios, que poda privar al mundo de Rubria y desgarrar en pedazos su espritu. Todo cuanto haba sabido de Dios, todo el amor que le haba dado humildemente, con gozo y entusiasmo, muri de pronto en amargas cenizas que fueron dispersadas por un aire mortal. A menudo haba rogado: †No Rubria, Padre, sino yo. Salva a Rubria.‡ Y haba credo que Dios le oia y le concedera su peticin. Se dijo para s distraidamente: †No lo creo, no puedo creerlo. Si Dios se lleva a Rubria entonces es que es malo y no hay en el mundo otra cosa sino el mal. No hay Dios ‡.

Si Rubria hubiese muerto cuando ya una vez haba estado a las puertas de la muerte, Lucano lo hubiese aceptado con la simplicidad y tristeza de un nio inocente, y hubiese rogado por el alma de Rubria. /I la amaba ahora como un hombre, con poder e intensidad y con todo el deseo de su alma y su dedicacin. Como hombre como hombre crey repentinamente que si ella mora, /I la perdera completamente y para siempre.

Keptah, contemplndole, vio el odio fiero y la agona en los ojos del joven, la amarga rebelin, su resistencia frente a tan cruel destino. Con tono de alarma dijo:

— ¿Entonces, has olvidado cuanto sabas, mi Lucano? ¿Has olvidado la Estrella, el amor, la comprensin? ¿Has perdido tu devocin a Dios y el conocimiento que de /I tenas?

La respuesta surgi de entre los secos labios de Lucano.

—He olvidado. So, como un nio. Ahora vivo en un mundo de hombres.

—Entonces, como hombre, debes aceptarlo. Rechazar es propio de nios sin conocimiento.

Keptah suspir de nuevo. Puso su mano sobre el hombro rgido de Lucano. Record que los Magos haban predicho que el muchacho deba llegar a Dios a travs de un oscuro y solitario sendero. Sin embargo, dese que el muchacho no hiciese el camino solo.

— ¿Crees que slo t has conocido el dolor? —Pregunt Keptah—. El corazn rechaza el dolor y esto es natural. Pero t has experimentado ms cosas que el dolor. Has conocido a Dios. ¿Te es tan fcil olvidarlo?

Lucano permaneci silencioso.

—No rechazar el dolor instantneamente no es humano —continu Keptah con vehemencia—. Sintete feliz porque todos estos aos han sido tuyos; porque la tristeza no te ha tocado, porque has tenido el amor de tus padres y de Diodoro; porque tu vida ha sido serena y gozosa, porque has tenido el amor de Rubria. Dios ha sido tierno y amante contigo. Y sin embargo, en el mismo momento en que /I pide de ti que comprendas, que tengas fe, que en la desesperacin y la tormenta le aceptes con la misma sencillez que le aceptaste cuando brillaba el sol, la belleza, y la risa, te vuelves con odio y exclamas dentro de tu alma: No hay Dios.

Lucano suspir profundamente.

—Que /I realice otro milagro.

Keptah movi su cabeza con gesto negativo.

— ¿Eres t quien va a establecer las reglas de lo que /I debe hacer? —Luego agreg—: He sido tu maestro. Has estado conmigo por todos los lugares de esta gran casa. Has visto dolor, sufrimiento y muerte. Te has arrodillado al lado de los lechos de esclavos moribundos y les has consolado con palabras de paz, amor y fe y has dirigido sus pensamientos a Dios. Pero... Dios no puede tocarte a ti; /I no debe hacer vibrar tu propio corazn. T eres tan sacrosanto que no puedes consentir que te impongan el destino comn de todos los hombres. ¡Oh, egosta, hombre de poca fe!

Lucano no respondi. Sus ojos eran como azules piedras. Keptah continu:

—Una mujer es ms fuerte y ms sabia que un hombre. He dado la noticia a Aurelia, y ella le ha aceptado con valor y sumisin.

Aadi:

—No se lo he dicho a Diodoro. /I, como t, carece de fortaleza.

Lucano exclam:

— ¿Cmo puede existir la fortaleza cuando no hay respuesta al dolor y al sufrimiento? Keptah mir al cielo meditativamente.

—Hubo un hombre llamado Job que hizo esta misma pregunta. Y Dios le dijo: † ¿Dnde estabas t cuando puse los fundamentos de este mundo?‡ Y Job tuvo que callar.

—Esto es la respuesta de un sofista —dijo Lucano.

—Sin embargo, es una respuesta ms consoladora que cualquier otra.

Lucano apret las manos sobre sus ojos y Keptah le mir con compasin. Luego le dijo:

—Algrate con los dones pequeos. Era el deseo de Diodoro que Rubria te abandonase dentro de dos semanas para ir a Roma. Ahora la heroica duea, Aurelia, le disuadir porque sabe lo que ocurrir. No permitir que su hija muera tan lejos de su padre. Y tan lejos de ti. ¿No puedes t ser tan noble como una mujer?

Cusa sali al jardn.

—Ah, ¿ests aqu villano griego? —Dijo el tutor—. ¿Evitas tus lecciones, verdad? Date prisa, vagabundo.

Lucano le mir con ira. Pero Keptah sonri, y tocando su brazo dijo:

—Mi buen Cusa, tu discipulo est a punto. Acabo de completar una leccin.

Luego volvindose hacia Lucano aadi:

— ¿He completado la lección?

Pero Lucano le miró sombramente. Después se alejó de Keptah que le siguió con la mirada triste.

CAPÍTULO X CAPÍTULO X

Sin duda preferirías seguir a Keptah por entre los camastros de los esclavos llenos de fiebres infecciosas y estar sabiamente examinando sus orinales —dijo Cusa sarcásticamente—. Sin embargo, si has de llegar a Alejandra con algo más que una capa de sabiduría te aconsejo que te apliques a tus lecciones. Aunque —añadió sombramente— ello no haga mucho bien a uno de tu limitada inteligencia.

Esta era su manera de espolear a Lucano a esfuerzos extraordinarios. Normalmente Lucano contestaba con una de sus tranquilas y austeras sonrisas. Pocas veces conseguía Cusa excitar su ira, pero cuando lo conseguía se transformaba en un ser tan resistente como la piedra y un relmpago amargo y azul brillaba en el fondo de sus ojos.

Lucano estaba sentado hoy en silencio, su mano inmóvil sobre el estilo, los libros enrollados y la cabeza inclinada. Pero cuando Cusa le vituperó miró a su maestro y el helado fuego de sus ojos puso en guardia al tutor. Sin embargo Cusa añadió:

—No me mires tú, que eres hijo de un antiguo esclavo, como si fueses mi dueño y yo te hubiese insultado imperdonablemente. Es sólo la fortuna que te hizo libre. En una casa más sensible estarás fregando las piedras y vaciando los orinales en lugar de estar sentado en una mesa de mármol como un patricio.

—Djame en paz —dijo Lucano en tono sofocado.

Entonces Cusa vio que el joven estaba sometido a alguna terrible preocupación y que más insultos le incitaran a la violencia. El maestro hacía mucho tiempo que había dejado de pegarle durante las lecciones. En el fondo de su corazón amaba a su discípulo y casi había dejado de envidiarle por su belleza y los favores que Diodoro le dispensaba.

—Bien —dijo Cusa pensativamente y rascándose su barbilla de stirol.

Estudió a Lucano. Su mente iba de un lado a otro como si fuese una saltarina cabra. Miró a la silla vacía de Rubria. La doncella había estado más sofocada de lo corriente en los últimos días, y una o dos veces había cerrado los ojos como si fuese a desmayarse y sus labios y mejillas habían adquirido una palidez particularmente espectral. Cusa, cuya curiosidad era insondable había pasado muchos años estudiando los libros de medicina de Keptah y algo se deslizó en su gil mente. Era algo mortal. Reflexionó que Lucano no estaría sometido a una angustia tan grande si la enfermedad de Rubria fuese trivial. Cusa vio que el joven también miraba hacia la silla vacía de Rubria y que su boca se contraía rígidamente. Como Cusa temía, los dioses habían estado esperando en su luminoso silencio para golpear a la doncella en forma mortal y Lucano lo sabía. El maestro aclaró su garganta.

—Rubria no está aquí —dijo, contemplando a Lucano con atención—. Ah, ¿qué debilidad es ser mujer! Ella está presente mañana.

Pero Lucano sin orle, tan sólo miraba a la silla de Rubria y su garganta estaba tan rívida como el mármol. Cusa sintió una piedad poco corriente en él.

—Atención —dijo desenrollando un manuscrito. El libro crujió en el silencio—. Diodoro gasta mucho tiempo, esfuerzo y también dinero en tí. Seamos hombres, no niños.

Lucano no contestó. Sus dedos estrujaron el estilo como si estuviesen torturados. Cusa reflexionó. Luego dijo:

—Consideremos por un momento y al pasar a Anacrusio. Observa su filosofía: ¿Es en los momentos críticos, cuando un hombre demuestra lo que es. Por lo tanto, cuando la crisis te afecte recuerda que Dios, como un entrenador de luchadores, te ha enfrentado con un rudo y valeroso antagonista. ¿A qué fin? Preguntarse. A fin de que puedas salir victorioso en los grandes juegos.†

Una sonrisa sardónica y triste cruzó los labios de Lucano. Miró a su maestro.

—Siempre has declarado que Dios era una alegoría. Una imaginación de poetas.

Cusa movió su cabeza en tono de reproche.

—Así es. Pero ítimamente he estado pensando que es algo más: El elemento vital del universo, como dice Aristteles.

—Así pronto te veremos sacrificando en algún templo —dijo Lucano con fro desdén.

Cusa se encogió de hombros.

—Se ha dicho que los sacrificios no hacen daño a nadie. Si los dioses existen, los sacrificios les complacerán y esto es bueno. Si no existen, los vecinos comentarán acerca de tu piedad y esto es todavía mejor.

Le había herido el hecho de que su intento de aligerar el sombrío humor de Lucano no hubiese tenido éxito.

—Atención, Anaxgoras declaró que el hombre se hizo inteligente porque aprendió a usar sus manos.

Carecía de observación: los monos usan sus manos y sin embargo su inteligencia no es notable. Los conejos del campo alzan las zanahorias con sus patas delanteras y las devoran como lo harán los hombres, pero los conejos son tan sólo un poco menos estpidos que algunos estudiantes humanos que yo podría mencionar.

Aristteles sostuvo que el hombre aprendió a usar sus manos porque se había transformado en un ser inteligente. También mantuvo que el cerebro es sólo un rgano para enfriar la sangre. Los filósofos orientales

declaran que el cerebro, y no el corazón es el asiento del alma, el ego y la mente. Aristteles tuvo sus momentos de estupidez, y yo prefiero a los filosofos orientales en este asunto. Sin embargo no es ste el asunto en discusin. ¿ Qu filosofo te parece a ti ms acertado en este asunto? ¿ Anaxgoras o Aristteles? ¿ Y por qu?

El estilo de Lucano se mova perezosamente, pero con mayor velocidad a medida que su mente tomaba el problema en sus invisibles manos y le daba vueltas estudiandole y pensndole. Escriba limpia y concisamente en letras pequeas. Cusa le admiraba furtivamente. Alguna noticia odiosa haba impresionado al joven; sin embargo poda permitir que una idea se aduease de sus pensamientos. Slo un rstico se dejaba abrumar por sus emociones. ¿ Sin embargo, reflexion Cusa con un poco de melancola, los hombres rsticos gozan de una paz mental considerable, una paz desconocida al hombre educado. ¿ Acaso el precio de la inteligencia era siempre el dolor? ʘ

Cusa bostez; a medida que Lucano, an muy blanco y rgido, se aplicaba a sus lecciones. El da se haba hecho muy caluroso, silencioso y sofocante. El sol brillaba excesivamente, los pjaros estaban callados. De pronto, a pesar del sol, un cavernoso y atronador sonido llen todo, sacudiendo la casa, y, haciendo estremecer momentneamente a los rboles que se vean a travs de la abierta puerta. Luego sigui un amenazador silencio. Cusa sali a la puerta y mir hacia el jardn. La hierba y las flores, las mismas fuentes parecían haber sido apresadas por una luz absoluta, a la vez extraa y aterradora. Todos los colores haban intensificado sus tonalidades y absorbido vagamente una nota de terror.

Cusa se encontr respirando con dificultad; era como si la tapa de una caldera hubiese sido levantada de pronto. Contempl el cielo. La luz tena una curiosa tonalidad metlica, oscureciendo el azul. ¿ Aj, pens Cusa, vamos a tener mal tiempo ʘ. Conoca aquellas rpidas y semitropicales tormentas, violentas y destructivas. Sin embargo, pasaban rpidamente. Pero nunca haba visto una luz tan metlica. En un momento la tierra qued cubierta de color anaranjado. Las mismas palmeras estaban baadas en una luz ocre. Las hojas de los rboles adquirieron tonalidades amarillas. La hierba un color topacio. Los blancos lirios parecían amarillentos. Una inquietud amenazadora llenaba el aire y el calor aument insoportablemente a medida que el sol pareca agrandarse hasta transformarse en el dorado escudo de Zeus, vuelto hacia el mundo, no en nubes, sino en azafranada inmensidad.

¿ No me gusta eso ʘ, pens Cusa. Como en respuesta de una burla de los dioses, los cielos explotaron con llamarada amarina. La furia se apoder de los rboles, de las palmeras y de la hierba. Se retorcieron incontrolablemente. Los libros fueron arrojados de la mesa de mrmol en la sala de clase. Un terrible chirrido llenaba el aire, como si millones de loros se hubiesen vuelto locos. Todo color desapareci de los jardines envuelto en un brillo amarillento. ¿ El mundo entero se ha vuelto cetrino ʘ, pens el aterrorizado Cusa. Luch con la puerta, porque la tempestad le azotaba el cuerpo con violentos golpes. Llam a Lucano en su auxilio, pero su voz fue arrastrada por el viento. Sin embargo, el joven griego estaba junto a l. Fue necesaria la fuerza combinada de los dos para cerrar la puerta y una vez cerrada permanecieron mirndose uno al otro y jadeando. No haba posibilidad de hablar. El trueno, continuo y ensordecedor, les envolva, acompaado por un terrible y constante relampaguea de color de limn. El suelo retemblaba sin parar bajo sus pies. Mantenan sus bocas abiertas, luchando por respirar, ya que el calor era como la llamarada procedente de muchos hornos. Una o dos veces oyeron un ruido salvaje, como el de aguas atormentadas.

Despus lleg la lluvia; no caa continua, sino en cortinas de agua aplastante que proceda de los lados y tena color amarillo. Cusa y Lucano se dirigieron hacia la mesa de mrmol, que temblaba bajo sus sudorosas manos. Los labios de Cusa se movan en una frenética oracin. Lucano le contemplaba y su boca se contrajo con desagrado. Cusa, pausando un momento en sus rezos, qued sorprendido por la expresin del joven. Cusa continu en sus oraciones a toda prisa, porque el sonido de un trueno atron cual las ruedas de un poderossimo carro cruzando sobre la tierra. Pero continu rezando. El inflamado relampagueo iluminaba una y otra vez el rostro de Lucano con un reflejo amarillo y pareca como si se reflejase sobre el de una trgica estatua. Una y otra vez la tierra se estremeci.

El huracn golpeaba contra la puerta de bronce con puos de hierro. La cortina de la ventana, desplegada como una vela, bailaba sin cesar. Deslumbrado por los relmpagos, estremecido en el fondo de su corazón, Cusa se tapaba los ojos. No vio cmo el agua empez a penetrar bajo la puerta. Primero penetr en pequeas filtraciones vacilantes. Luego en un ancho y culebreante avance, discurriendo y murmurando, inund el enladrillado suelo. Cuando lleg a las sandalias de Cusa, ste dio un salto y abri los ojos. Pero Lucano no se movi. Su cabeza estaba inclinada y pareca como si meditase. ¿ Sin duda esto pasar pronto ʘ, pens el aterrorizado maestro. Pero la tempestad aument de intensidad. Pareca como si quisiese devorar la tierra en fuego. Un raro sonido subrayaba el rugido del trueno, susurrante e indescifrable. Cusa perdi la conciencia del tiempo. Si las columnas de la casa hubiesen cado, si las columnatas hubiesen sido sacudidas, l no se hubiese sorprendido. Nadie se acerc a la escuela por la puerta interior. Toda la casa estaba acobardada. De cuando en cuando el continuo estallido del trueno quedaba salpicado de otro sonido y una nueva llamarada, cuando un rbol era derribado. Las blancas paredes de la habitacin palpitaban en olas de brillante luz, que se oscureca momentneamente para luego quedar otra vez encendidas.

Cusa nunca haba visto una tormenta como aquella. Dese el consuelo humano y el valor. Lucano, sin embargo, no poda ofrecrselo. Aparentemente no perciba los asaltos sobre la tierra de los crujientes y atronadores cielos. Tena el codo apoyado sobre la mesa y soportaba su barbilla con el pulgar y el ndice de su mano izquierda. Pareca ms bien un estudiante que estuviese considerando un teorema.

De pronto, con la misma rapidez que haba empezado, todo acab. El relampagueo ces de blandir su llameante espada sobre la tierra; el trueno par tan abruptamente como una voz ahogada. Las llamas que haban golpeado las paredes de la habitacin desaparecieron. La cortina cay flcida sobre la ventana. Los odos de Cusa, sin embargo, continuaron vibrando por muchos minutos ms. Pas alg tiempo antes de que pudiese controlar sus temblorosas piernas, levantarse y pisar sobre las Impidas aguas que inundaban el suelo. Abri la puerta y nueva cantidad de agua penetr dentro.

Un sol inocente y claro, recin nacido y amplio, miraba sobre la tierra. Palmeras y rboles derribados yacan sobre el suelo como lea. Las fuentes derramaban el exceso de agua en cascadas de plateada luminiscencia. Pero las flores haban sido derribadas como frgiles y coloreados cuerpos. De pronto, el dulce olor de la rosa procedente del suelo y las rotas flores se mezcl con el de jazmn. Los pjaros iniciaron un tmido canto de agradecimiento por su preservacin. La voz del ro, demasiado cercana, continuaba su agitado dilogo con el cielo. Por todos los sitios brillaba un color plateado, a travs de las derribadas hierbas y los cados rboles y desde los troncos y las hojas.

De la casa empezaron a salir esclavos. Contemplaron la destruccin y empezaron a lamentarse. Cusa les grit:

— ¿Dnde habis estado escondidos, cobardes? Traed pan, vino y queso al instante. ¿Hemos de morirnos de hambre en medio de los libros?

Por primera vez Lucano mir hacia arriba y sonri ligeramente. Pero ya no era la sonrisa de la juventud; era la sonrisa de un hombre cansado. Un esclavo, an temblando, trajo una bandeja de pan duro, vino barato y un grueso trozo de seco y amarillento queso, junto con unos pepinillos en leche agria. Al llegar dijo:

— ¡Oh, hay mucho dao hecho! Dos de nuestros mejores cerezos han sido derribados, seis manzanos y todas las plantas de granadas destruidas. En cuanto a los olivos, uno se estremece al pensar en ellos. Mucho ganado ha sido carbonizado en los campos lejanos y las ovejas han desaparecido.

Cusa se acerc a la mesa con aire fanfarrn, hundi un dedo en el tazn de los pepinillos y leche agria y chup uno.

—No est bastante maduro —coment con tono crtico. Mir al esclavo.

— ¿Eres un nio para temer a la tempestad? Mientras duraba — ¿ha habido una tempestad?— nosotros considerbamos el Fedn. Lrgate.

El agua sala ahora por la puerta. Lucano dijo:

—Me pregunto quin sera el que se acurrucaba junto a m gritando a la vez imprecaciones y rezos.

—Atencin —dijo Cusa—. Vamos a considerar las categoras de Aristteles.

El ardiente sol sec el agua y el cielo qued brillante. Ahora todo el jardn, toda la tierra, estaba envuelta en una niebla radiante. El ro muga an, y Cusa, con cierto temor, se preguntaba si no invadira la tierra. Todo goteaba; mil pequeas voces musicales repiqueteaban por todas partes. Las estatuas en el jardn estaban inundadas por una luz aguada. El perfume del jazmn tena el olor de los blancos lirios que crecan en las orillas del Lete, imponindose por completo a los sentidos. Las voces de los esclavos desde fuera llegaban hasta la escuela, llenas de exclamaciones y asombro ante la destruccin de la tempestad.

Cusa comi con alivio, pero Lucano se limit a beber un poco de vino. Pareca absorbido en sus libros. Transcurri una hora. Luego otra y otra ms. El sol primaveral empez a descender hacia el oeste. Cusa no poda leer en el rostro tranquilo de Lucano, estaba poseo de una firmeza masiva. El estilo se mova produciendo un suave sonido.

La puerta interior se abri y Diodoro penetr en la clase mientras Lucano y Cusa se levantaban. El rostro del tribuno estaba blanco y tens o. Se acerc a la mesa de mrmol y mir de lleno a los ojos de Lucano. Intent hablar pero no pudo. Lucano exclam cogiendo uno de sus musculosos s brazos:

— ¡Rubria!... ¿Rubria?

—Ven conmigo —dijo el tribuno y extendi su brazo alrededor de los hombros del joven como un padre.

Iris estaba augusta en medio de su dolor. Aurelia lloraba junto a ella, pero Iris no lloraba. Lucano no poda acercarse a su madre porque a su alrededor haba tal majestad que rechazaba todo gesto de consuelo. Se hallaba en pie, en el centro del recibidor de la casa, envuelta en silencio con el rostro ciego y ausente y las manos unidas ante ella. Pareca or slo a Diodoro, quien le estaba contando cmo haba ocurrido la muerte de su esposo Eneas.

—Mientras otros huyeron como gallinas, I permaneci con sus cuentas en el pequeo cobertizo cerca del ro —deca Diodoro en voz baja—. Hay ocasiones en que el valor es una locura, pero ¿quin pondr en tela de juicio la lealtad y el valor? El no poda llevarse los libros y por lo tanto permaneci all. Pero el ro se desbord y arrastr a Eneas cuando se retir.

Senta profunda admiracin y reverencia hacia su liberto, que haba intentado guardar sus archivos an a costa de su vida. No saba que para Eneas, los archivos, la simple escritura de su mano eran ms valiosos, en momentos de desastre, que su propia vida. Haban simbolizado para Eneas la razn de su existencia; en ellos quedaba plasmada la evidencia de que I haba sido un hombre importante y en su limpieza una refutacin a su anterior esclavitud. Triunfalmente, al fin haba visto a Diodoro marchar hacia terrenos ms altos, incapaz de arrancarle del lado de sus tabletas, su mesa, sus estilos.

Slo Lucano, en virtud de una percepcin interna, comprenda y se senta sorprendido. Durante los ltimos aos I y su padre se haban distanciado ms y ms y la figura de Eneas se haba difuminado ante los ojos de su joven hijo. No haba escuchado debidamente cuando Eneas, por las tardes, le haba expuesto

pomposamente los filósofos griegos. Lucano sabía más sobre ellos, con más certidumbre y profundidad. A menudo le había irritado observar la superioridad de su padre. Tan sólo la presencia de Iris había evitado que Lucano expresase su impaciencia. Algunas veces había encontrado a su padre inflexible. Le habían enfurecido los corrosivos comentarios sobre la falta de cultura de Diodoro. Decía que el interés del tribuno por Lucano era un reconocimiento de la inferioridad del romano. ¿Es un tributo que la grosera con poca frecuencia ofrece al rey onomástico?, sólo decir. Lucano abrió la boca con un gesto impulsivo, pero el gesto de ternura de su madre y la azul mirada de aviso le hicieron desistir conteniéndose.

Para Lucano la muerte de su padre era una tragedia que iba más allá que la misma muerte. No podía llorar. Tan sólo podía permanecer sentado contemplando a su madre. Deseaba caer a sus pies, pidiendo perdón.

¿He vivido tan sólo en casa de Diodoro —pensó Lucano—. He vivido sólo para Rubria, Keptah y mis libros. Todo hombre desea. Aparecer como un dios ante los ojos de su hijo. He dejado que mi padre sintiese que era un pigmeo. Él se ha visto disminuido ante mí. ¡Oh, no podía dejarle creer que era importante, aunque traté de hablarle con acento de respeto! ¡En tal degradación he caído! ¿

—Cuando el rey entregue su cuerpo, haré que le hagan un funeral de héroe —dijo Diodoro, mirando a la bella Iris, que le devolvió la mirada con azul ceguedad—. Yo mismo encenderé la pira. Ordenaré que pongan banderas y trompetas y la presencia de soldados en uniforme de gala; e incienso, sonido de tambores y una túnica roja y blanca.

Aurelia, llorando, pensó en que hubiese sido de ella si Diodoro hubiese sido lo bastante estúpido como para intentar rescatar aquellos inútiles libros y archivos.

—Mañana empezará sacrificios en el templo de Hércules, el dios de todos los héroes —dijo Diodoro.

Si Aurelia, Lucano y Keptah no hubiesen estado presentes se hubiese arrodillado y besado el borde del vestido de Iris. Deseaba honrarla, a causa de su esposo muerto. El desprecio que sentía por Eneas había sido devorado por su admiración y por su amor a Iris. Su tranquilo y maravilloso rostro emocionó su corazón y deseó exclamar: ¿Iris, mi compañera de juegos, mi amada, mi vida es tuya con sólo que la pidas. ¿

Keptah había desaparecido tras una cortina que conducía a la cocina. Volvió a salir con un brebaje en una copa, e inclinándose ante Iris, como ante una diosa, puso en su mano la copa. Ella bebió, pero aún miraba a Diodoro con aquellos profundos ojos que, no veían.

—Elevar una estatua en su memoria —dijo Diodoro desconsoladamente—. Tendrá un nicho de honor cerca del altar de Hércules. En el nombre de Eneas te será pagada una cierta suma cada año, Iris. Es lo menos que puedo hacer.

Aurelia lloró de nuevo con mayores lágrimas. Los libros, después de todo, habían sido arrastrados con Eneas. Su gesto de trágico héroe había sido inútil. ¡Oh, la emocionante locura de los hombres, que creen que un gesto es más importante para sus familias que sus propias vidas! Los hombres eran héroes; pero las mujeres eran sensibles. Aurelia se sentía muy apenada por Iris, que tenía un héroe por esposo.

—No le amaba como a mi esposo, sino como una madre ama a un hijo —dijo Iris hablando por primera vez. Aurelia comprendió y asintió entre sollozos. No estaba sorprendida ante su honradez.

—Era para mí como mi hijo, digno de mi ternura y de mi protección —dijo Iris en tono débil y solemne—. Era un hombre trágico.

—Sí, sí —dijo Diodoro sin comprender nada—. Pero la tragedia es el destino de los héroes.

Estaba muy cansado y cubierto de barro. Había trabajado durante horas para salvar lo que pudo ser salvado. Tres barcos cargados con los mejores productos de Siria se habían hundido. Había nadado junto con sus oficiales buscando el cuerpo de Eneas en vano. Cuando vio que Eneas era arrastrado, se había lanzado con sus sandalias, espada, coraza y todo en las rugientes y amarillas olas. Su único pensamiento había sido Iris.

—Creo —dijo Keptah con voz muy suave— que será mejor que el ama Aurelia conduzca a Iris a su dormitorio. El brebaje está haciendo efecto.

Iris había empezado a vacilar irresistiblemente. Aurelia se puso en pie y colocando sus brazos alrededor de su amiga, la condujo. Al marchar dijo a su amiga a través de la cortina hacia el dormitorio. Al marchar dijo a su esposo:

—Permanecer aquí algún tiempo. Cuando vuelvas, Diodoro, envía aquí a mi esclava especial, Maia, para que guarde y vele a Iris durante la noche.

Los tres hombres quedaron solos. Diodoro miró a Lucano, quien en su dolor estaba sentado en presencia del tribuno. Diodoro puso su mano sobre el hombro del muchacho.

—Que la nobleza y el sentido del deber de tu padre sea una perdurable lección para ti —dijo en tono mesurado. Keptah dobló sus manos sobre su túnica y cerró los ojos.

—No he sido un buen hijo —respondió Lucano.

Diodoro palmeó sus hombros.

—Siempre nos reprochamos cuando aquellos que amamos nos son arrebatados —dijo—. Pero si meditamos podemos ver cómo ellos pueden inspirar nuestras vidas, hacer nuestros años más significativos, gracias a sus lecciones.

—Ruego tu perdón, señor, pero no comprendes —dijo Lucano, abatido a causa de su pena.

—Nunca entiendo; esto es lo que todo el mundo me dice —dijo Diodoro con un poco de irritación. Su cansancio le hacía débil. De nuevo palmeó los hombros de Lucano— Permanece con tu madre. Consúlala. Anima su espíritu, porque es la esposa de un héroe.

Lucano se levantó y acudió a la habitación de su madre. Iris yacía en su cama como una blanca estatua caída. Tenía los ojos cerrados. Se arrodilló al lado de ella mientras Aurelia colocaba las mantas sobre sus

helados pies. Lucano bes una flcida mano. Iris abri sus ojos y le mir y sus labios se movieron. Por primera vez llor y Lucano inclin su urea cabeza contra su pecho y la mantuvo all en un mudo y dolorido abrazo.

Su corazn era como una inmensa piedra. Dese rezar por el alma de su padre que estara vagabundeando en algn espiritual campo de Elseo, clamando dbilmente y solitario. Pero no poda pensar, incluso entonces, sino en Rubria, la brillante, tierna y adorable joven que pronto recorrera tambn aquel odioso sendero hacia las profundidades de la muerte y a quien l perdera para siempre.

CAP ^ TULO XI CAP ^ TULO XI

Rubria se recobr un poco, lo bastante para ser bajada al jardn, bajo un rbol en la clida luz de primavera. El plido aspecto de su rostro adquiri un color dbil. Keptah haba dicho a Diodoro que la joven frecuentemente tendra estas recadas de parcial invalidez. El devoto padre no saba que las largas mangas que la nia usaba, y los vestidos de lana a pesar del calor, eran para ocultarle las dolorosas hemorragias visibles bajo su delgada piel y para calentar aquel dbil cuerpo. Aurelia y l haban acordado que ella y Rubria no marcharan a Roma hasta el otoo. Entretanto, se cruzaban calurosas cartas entre l y el senador acerca de la dote.

Cusa permita tanto como poda y cuando Lucano le complaca particularmente que ste tuviese sus lecciones en el jardn, cerca de Rubria, a fin de que el joven pudiese estar con la doncella. Rubria ya no estudiaba; su vacilante fuerza, su delgadez y repentinas cadas en una gran debilidad, prohiban todo esfuerzo, pero sonrea con infinita dulzura cuando Lucano recitaba sus lecciones. Rea amablemente ante alguna de las salidas de Cusa. l siempre se haba credo a s mismo ingenioso. En favor de la muchacha, Cusa con frecuencia permaneca en vela toda la noche, inventando agudezas o historias alegres. El corazn del hbil griego se hacia de mantequilla en presencia de Rubria. l que crea que todos los hombres eran malos, incapaces de motivos verdaderamente desinteresados, de naturaleza de lobos, disolutos en sus pensamientos, se asombraba de s mismo. Ante aquella muchacha se senta inspirado tan slo por el amor.

En la casa haba esclavas ms bellas que aquella doncella. En comparacin con Iris, lo bastante mayor para ser su madre, ella era como una mortal comparada con una deslumbradora diosa. Y sin embargo, Cusa empez a creer que nunca haba nacido una criatura tan perfectamente amorosa. A medida que su moreno y grcil rostro adelgazaba, sus oscuros ojos se hicieron enormes, brillantes y llenos con una luz sobrenatural, hmedos de ensueos y de amor. Su boca, se deca Cusa a s mismo, era cual una flor. Su largo y negro cabello parecia tejido de cristal, cayendo en cascada sobre sus hombros y sus anidados pechos. Cuando se reclinaba hacia atrs en la silla con las piernas y pies cubiertos con mantas de lana, incluso en los das calurosos, los contornos de su cuerpo tomaban un aspecto impalpable, como los contornos de un espritu. Cuando dorma, parecia no respirar. Se despertaba tan repentinamente como haba cado en la modorra y miraba a su alrededor con ardiente tristeza y cario. A pesar de ser una doncella romana, de noble familia, trataba a los esclavos con la misma cortesa que si fuesen sus iguales. Abrazaba la vida con cario y reverencia. A medida que su vida mortal declinaba, su alma tomaba unas dimensiones ms all de la comprensin de los hombres.

Cuando se estaba con ella, parecia que toda la existencia era buena y estaba llena de poesa y significado. Sus pjaros favoritos acudan sobre sus hombros para comer el pan o la fruta que ella sostenia entre sus labios para ellos. Se colgaban en uno de sus delicados dedos y se inclinaban hacia ella con intensidad, como para aprender de ella algn inefable secreto. Incluso el sol parecia ser ms brillante cuando ella estaba presente, y brillar ms clidamente. Si sufra, nadie, excepto Keptah, lo saba. La tranquilidad y serenidad le rodeaban como un aura; no tena temor. Durante los ltimos meses, desde que la enfermedad se haba apoderado de ella de nuevo, se transform en una mujer y, segn la humilde creencia de Cusa, en una divinidad. El saba que ella estaba muriendo; todos lo saban excepto el apasionado y devoto padre. Cusa sospechaba que Rubria tambn lo saba. Su sublime paciencia, su ternura, la forma de mirar el jardn que se extendia a su alrededor y los rostros de aquellos que la rodeaban con tranquila intensidad y delicia, afirmaba en l la creencia de que ella comprenda que pronto abandonara todo esto, antes de que el invierno llegase. Y sin embargo, nunca se quejaba: tan slo sonrea como si poseyese algn divino secreto.

Y diariamente Lucano se hacia ms duro, ms fro, excepto cuando estaba con Rubria. La austeridad de su rostro parecia haber llegado hasta los mismos huesos. Estaba triste por su padre, y Rubria lo saba. Ella haba visto pocas veces a Eneas, pero sufra por Iris y Lucano. No hablaba del muerto, pero algunas veces suspiraba mirando a su viejo compaero de juegos. Era un requisito especfico impuesto por ella que Lucano comiese con frecuencia con ella y sus padres, cuando tena fuerza suficiente para bajar al comedor. A fin de ahorrar ansiedad al padre, descenda andando lenta y dbilmente hasta su lugar en la mesa. Cuando estaba all, toda su atencin era para Diodoro, que no dejaba de mirarla amorosamente. El crea que mejoraba. Keptah evitaba sus ms agudas preguntas con respuestas evasivas y suaves.

Diodoro, feliz porque Carvlio Ulpiano haba finalmente prestado su consentimiento a los trminos de la dote, se sinti inspirado en la creencia de que su hija mejoraba lenta y seguramente. Tambn le excitaba la perspectiva de que Aurelia le proporc ionase un hijo.

—Naturalmente —deca con orgullo a su esposa—, ser un chico. ¿Acaso no he sacrificado bastante a los dioses? Ayer mismo sacrificó una hecatombe. «Con los precios que cargan estos sirios, los muy ladrones! He dedicado el chico a Marte. Deber nacer en Roma, desde luego, no en esta malvada tierra.

Aurelia sonrea. Cuando algunas veces l descubra su llanto, ella le deca tristemente:

—Debes recordar que las mujeres tienen estas debilidades cuando esperan un hijo. Pon tu mano sobre mi vientre, querido; nota cómo el niño salta como un cordero. «Ah, es fuerte! Es casi digno de su padre.

Un día, al final del verano, Rubria y Lucano estaban solos bajo la sombra de un gran y susurrante árbol verde. Lucano estaba sentado junto a ella, que permanecía un poco amodorrada, estudiando sus lecciones y desarrollando los libros de referencia. De pronto una temerosa debilidad le envolvió y la sensación de una insufrible desesperación se apoderó de él. Dejó a un lado las tabletas y el estilo. Miró a Rubria a sus largas pestañas negras que sobresalían de sus plidas mejillas como sombras; sus manos dobladas tan transparentes como alabastro. Tenía el aspecto de la muerte, de una suprema rendición y su pecho apenas se movía. Entonces supo, con absoluta certidumbre, a pesar de su rebelión, a pesar de sus exclamaciones y algunas veces blasfemas oraciones, a pesar de su lucha contra la voluntad de Dios, que ella moriría y que moriría muy pronto. Los huesos de su rostro eran como marfil bajo la piel sin carne; su garganta era como un tallo. Lucano dejó caer la cabeza lentamente sobre sus rodillas, cerró los ojos y se abandonó a la tristeza.

«Cuando muera, me marcharé —pensó—. Me transformaré en un vagabundo sobre la faz de la tierra. Me iré en la noche y me iré a los últimos extremos del mundo donde nadie conozca mi nombre. No hay nada para mí sin la amada de mi corazón, nada de cuanto ciertamente yo he amado.»

Los pájaros cantaban y revoloteaban, pero no los oía. El sol danzaba sobre las hojas de cada flor, pero tan sólo la oscuridad se extendía ante sus ojos. Era joven y ardiente; pero se sintió viejo, y frío como la muerte. Todo deseo de vivir le había abandonado. Cuando la oscuridad de la tumba o la pira funeral devorase a aquella muchacha, también le devoraría a él. Una débil paralización corrió su carne y se sintió mortalmente enfermo, como si él también fuese a morir. Un débil gemido surgió de su garganta.

Una mano ligera como una hoja, tocó la cima de su dorada cabeza y le hizo mirar hacia arriba. Rubria le estaba sonriendo con la tierna sabiduría de una mujer. Sus ojos brillaron llenos de amor y de comprensión. Él tomó una de sus manos y la besó con una fuerza de desesperación. Podía percibir su fragilidad, su frialdad, su casi espiritual vaporosidad.

Entonces ella habló:

—No debes apenarte, querido Lucano —dijo en voz baja e infinitamente tierna.

El corazón de Lucano dio un vuelco. Entonces, la muchacha lo sabía. Era posible que lo hubiese sabido desde hacía mucho tiempo. No podía sufrir que un ser joven y bello hubiese conocido la verdad y la hubiese aceptado sin el temor natural, sin pena, tan sólo con un valor sublime. Maldijo a Dios en su interior y pensó: «Cuando ella muera, iré con ella, porque no hay nada para mí sin ella.» Una gran tranquilidad le inundó y le aquietó.

—No te apures —repitió, y su voz sonó con mayor suavidad—. Me siento feliz. No estar separada durante mucho tiempo de ti y mi padre. Los dioses son buenos; ellos no odian el amor entre los mortales.

«Pero Dios es malo», pensó Lucano. Puso de nuevo su cabeza sobre las rodillas de Rubria y la belleza del jardín que les rodeaba se transformó para él en algo fantasmal, lleno de formas agnósticas.

Rubria habló de nuevo débilmente.

—Siento en mi corazón lo que estás pensando, querido. No debes pensar así. Dios tiene un gran destino para ti. Él es nuestro Padre, y nosotros somos sus hijos. ¿Crees que Él nos inflige dolor y pena sin un propósito? Nos hubiese llevado con Él.

—No —dijo Lucano—. Si Él es como tú dices, Rubria, que te alce de esta silla, ponga sangre en tu rostro y fuerza en tus miembros.

Su garganta se cerró en un angustioso espasmo.

La doncella suspiró.

—Seguramente Él sabe lo que es mejor. Seguramente que la paz que siento es por Su gracia y Su bondad. Hoy no tengo ningún dolor. Anoche dormí como un niño y mis sueños fueron maravillosos, más allá de todo lo imaginable. Me sentí llena de gozo y el gozo está conmigo hoy. El mundo es hermoso, pero el lugar donde yo voy es más hermoso aún y allí no habrá separaciones.

Alzó su cabeza de la almohada y contempló el grave rostro de Lucano, su rígida boca, y el brillo amargo en sus azules ojos.

—Ah, tú has olvidado —dijo— cuando ramos más jóvenes eras tú quien me decías todo esto.

«Pero es mentira», pensó Lucano. No podía hablar; no podía privar a la joven de su último consuelo, aunque éste fuese falso.

Rubria le miró con gravedad.

—Es verdad —dijo—. Todo cuanto me dijiste cuando ramos niños, es verdad. Mi alma lo dice así, y no hay mentiras al borde de la sepultura. Voy a Dios. —Llevó la mano a su pecho y extrajo la cruz de oro que Keptah le había dado y la puso en la palma de la mano de Lucano. Luego miró al cielo—. Keptah es un hombre extraño y lleno de sabiduría, Lucano. Él me ha dicho que uno que muere sobre esta cruz está viviendo con nosotros en el mundo ahora, apenas más que un niño. Donde Él vive nadie lo sabe, y quin es Él sólo lo sabe Su madre. Su nacimiento fue profetizado por los sacerdotes de Babilonia hace miles de años, y Él ha venido. Él nos conducirá a la vida eterna, y allí no habrá más muerte, sino únicamente gozo.

Lucano repentinamente pens en la gran cruz blanca que haba visto en el templo secreto de los caldeos de Antioqua. Y se sinti ridculo, abrumado de ira, odio y disgusto. Los sacerdotes eran notorios farsantes, con sus orculos, sus profecas, sus conjuros, sus engaos, su lenguaje misterioso. Se rean en secreto ante la ingenuidad de aquellos que crean en ellos. Engordaban de los sacrificios. Cometan abominaciones. Llenaban sus cofres con el oro de los fatuos. Ante la presencia de la muerte sus grises rostros se difuminaban y sus voces quedaban silenciosas.

La cruz de oro brill en la mano de Lucano. Dese apasionadamente arrojarla lejos de l y maldecir por la falsedad que era. Pero Rubria, inclinndose en su silla, coloc gentilmente sus dedos alrededor de ella.

—Es mi regalo para ti.

El sol poniente se mantuvo en el cielo occidental, un mar de escarlata y oro, lleno con las verdes tonalidades de dispersas nubes. La brisa gentil desapareci; el olor de las flores y de la tierra frtil se elev como un incienso. Rubria dorma y Lucano estaba sentado junto a ella, con la cabeza sobre su regazo, y las manos de ella sobre su dorado cabello. No supo cuanto tiempo haban permanecido as. Los bordes de la cruz cortaban sus manos, pero no lo senta.

Por fin alz la cabeza, y la mano de la doncella cay de ella pesadamente. Una sonrisa iluminaba el rostro de Rubria, como si hubiese despertado a un gozo y serenidad completa. Sus mejillas y sus labios haban palidecido hasta alcanzar una absoluta blancura y su frente brillaba. Sus pestaas caan sobre sus mejillas proyectando una suavísima sombra.

Lucano se levant lentamente y el peso de la edad cay sobre l. Se inclin sobre Rubria y emiti un solo, vibrante y terrible gemido.

CAP \ TULO XII CAP \ TULO XII

Los cipreses an se alzan ante la puerta de la casa de Diodoro y de sta —dijo Iris a su hijo—. Un padre desesperado llora por su hijo y una madre con el corazn roto est inconsolable. Y yo..., yo, que soy tu madre, recuerdo a tu padre. Pero slo t sufres! No oyes ms gritos de lamento que los tuyos. Eres, sin embargo, un hombre Y debieras dejar las cosas de nio. ¿Creste que el mundo era un sueo de dulzura y felicidad? ¿ste es el sueo de los insensatos, de aquellos que sern siempre nios, de quienes temen la noche y quisieran tener siempre a su lado a los ruiseores, como Aedon, cantando eternamente para no or la voz de la tragedia. La felicidad! Quienes dicen que existe, que debiera existir, que los hombres tienen derecho a ella, simplemente por haber nacido, son como nios idiotas cuyos balbuceantes labios estn untados de miel.

Has cerrado la puerta a ese pobre esclavo, tu tutor, Cusa, y al mdico Keptah. Has cerrado tu puerta ante mi propia cara. Te vengas del mundo porque aquella a quien amabas te ha abandonado. Te vengas de los dioses. Te quieres marchar y todos se sentirn desolados, crees t. Pero te aseguro que Diodoro se sentir consolado cuando le nazca el hijo y se olvidar de ti, o pensar en ti con desprecio. Tu tutor tendr otro discpulo. Tan slo yo me acordar de ti, yo, tu madre, a quien t no has visto como una mujer sin esposo y sin hijo.

Tembl a causa de su ira. Fuera de las ventanas y puertas los vientos y lluvias de otoo murmuraban quejumbrosos. Iris haba entrado en el dormitorio de su hijo; la triste media luz le mostr sentado ante la mesa con la cabeza entre las manos, pero por primera vez desde hacia mucho tiempo, escuchaba. Finalmente alz su rostro, mir hacia su madre y la vio. Su macilento rostro se contrajo con dolor inexpresable.

—Oh —exclam Iris—, has sido tan favorecido! Has estado rodeado de amor. No eres esclavo. Eres un hombre libre, que ha nacido libre. ¿Qu sabes t de la terrible agona y dolor del mundo? Eres joven y has sido mimado. Pero no eres capaz de soportar tu dolor y llevarlo como un hombre. Igual que Orfeo has de llorar por siempre jams.

—He visto la muerte y el sufrimiento muchas veces —respondi

Lucano con la voz ronca de quien ha pasado muchos das sin hablar—. No me son desconocidos. —Sus hundidos ojos brillaron en la penumbra y contrajo los puos sobre la mesa—. ¿Acaso puedes saber lo que he pensado durante todas estas semanas? Dios es un torturador; el mundo un circo donde los hombres y las bestias son llevadas a la muerte salvajemente, sin razn y sin consuelo.

Iris se alegr de que su hijo mostrase al fin alguna emocin. Pero respondi con severidad:

—Es malo blasfemar contra los dioses.

Pero las palabras brotaban de Lucano como las aguas de una presa puestas en libertad.

— ¿Para qu nace el hombre? Nace tan slo para marchitarse en el tormento y luego morir tan ignominiosamente como ha vivido y en la misma oscuridad. Clama a Dios, pero no recibe respuesta. Apela a Dios, pero apela a un verdugo. Sus das son cortos y nunca estn libres de tormento ni dolor. Su boca se extingue con polvo y desciende a la tumba y el terrible enigma de su ser permanece. ¿Quin ha vuelto del sepulcro con un mensaje de consuelo? ¿Por qu no ha dicho Dios nunca ¿ levntate y aligerar tu carga y te conducir a la vida? No, no ha habido un tal Dios ni nunca le habr. ¿es nuestro enemigo.

Se qued contemplando sus puos, luego los abri y mir las palmas y dedos de las manos. Su rostro se endureci y ensombreci a causa de la ira.

—Aprender a derrotarle —murmur—, le arrancar Sus víctimas. Quitar Su dolor de sobre los desamparados. Cuando extienda Su mano para alcanzar a un niño, golpear esa mano para que se retire. Donde /I declare muerte yo declarar vida. /I sta ser mi venganza sobre /I.

Se levant. Estaba dbil a causa de los pocos alimentos tomados. Vacil y se sostuvo en el borde de la mesa. De pie mir a su hermosa madre y vio lgrimas en sus ojos. Empez a llorar tambn y cay sobre sus rodillas abrazando la cintura de su madre y reclinando la cabeza sobre su cuerpo. Ella puso las manos sobre su cabeza y silenciosamente le bendijo; luego se inclin sobre l y bes su frente.

—Hipcrates ha dicho que esta vil cosa algunas veces se cicatriza espontneamente —dijo Keptah—. Una vez afirm que era una seal de los dioses. Si as fuese, no seran mejor que los hombres. Recomienda infusiones y destilaciones de ciertas hierbas para aliviar el agudo tormento, y aconseja compresas empapadas en vino y pociones para aliviar a las mujeres que son afligidas por esa enfermedad, la cual devora las partes internas. Para los hombres aconseja cauterizaciones y castracin. Cree que es una enfermedad de las partes privadas, aunque vacila en algunos de sus asertos. / Es una sola enfermedad o varias? Un discpulo suyo pens que era parecida a la lepra, cuando ataca la piel. / Es la misma cosa cuando una mancha alarga su negrura y mata rpidamente? / Es tambn la enfermedad blanca? / La enfermedad que destruye la sangre y la hace pegajosa como una jalea? / Es esto lo que hace decaer los riones, pulmones, hgado e intestinos? Hipcrates no est seguro. Pero yo lo estoy. Es el mismo mal, en manifestaciones diferentes, y el peor de todos los males porque llega como un ladrn en la noche y al final hace que la vctima pida y ruegue la muerte cuando el cuchillo mueve y remueve sus entraas.

/I y Lucano se hallaban en el pequeno hospital establecido para los esclavos. Cinco camas estaban ocupadas por hombres y mujeres que geman y se removan. Tres esclavos les seguan con recipientes de bronce, aceites y vendas de blanco lienzo. Otro esclavo llevaba una bandeja de pequenas botellas llenas de lquidos. El mdico y Lucano habanse detenido junto a la cama de un hombre que se ahogaba en la ms completa agona. El lado izquierdo de su rostro estaba comido como por una monstruosa larva, la carne, ensangrentada y lacerada, el labio hinchado y supurando sangre. El esclavo mir al mdico que le contemplaba con lstima. Lucano permaneci de pie y le mir con la ms amarga desesperacin. Murmur a Keptah:

—Seguramente ser piadoso darle una pocin que le proporcione la paz y la muerte.

Keptah movi la cabeza con lentitud en forma negativa.

—Hipcrates ha declarado que est prohibido. / Quin sabe qu instante el alma reconocer a Dios?

/ Mataremos al sufriente esta noche, cuando el reconocimiento llegara a la maana siguiente? Adems, el hombre no puede dar la vida. Por lo tanto, no tiene autoridad para dar la muerte. Slo /I, que es desconocido para nuestras naturalezas y que se mueve en misterios, tiene derechos sobre ellas.

— Mtame! —gimi el esclavo, revolvindose en la cama. Tom el brazo del mdico en su mano esqueltica—. Dame la muerte! —Su voz qued ahogada por un vmito de sangre.

Keptah se volvi hacia Lucano, que miraba con horror al paciente. Toc su brazo y Lucano movi la cabeza y mirle con severidad como en un ruego.

— / Hubieses privado a Rubria de una hora de su vida? Y puedo asegurarte que ella sufri tanto como ste, o incluso ms.

Empap unas compresas en un lquido blanco que verti de un recipiente. Lucano rechin sus dientes con odio. / Qu haba hecho aquel pobre esclavo, un jardinero, contra los dioses para merecer aquello? Era un alma inocente y sencilla, que se gozaba en las flores, orgulloso de sus setos, que amaba sus lirios y velaba como un padre por sus rosas. Existan millones menos dignos de paz que aql. El mundo estaba lleno de monstruos que coman, beban y rean, y cuyos nios danzaban en los gratos jardines de sus hogares y que no conocan el dolor.

Keptah, con gran delicadeza, tom la mano desolada del esclavo y la sostuvo con firmeza.

—Escchame —dijo—, porque eres un hombre bueno y me comprenders. Hay otros que tienen esta enfermedad, pero en su espritu, y te aseguro que sufren ms que t. Cuando tu boca supura sangre sus almas supuran violencia y veneno. Donde tu carne es despedazada, ellos tienen sus corazones despedazados. Pero te juro; Niger, que t eres ms afortunado que ellos.

El esclavo dej de quejarse, y sus ojos se agrandaron y pacificaron. A travs de su sangre suspir:

—S, seor.

El violento escarnio era para Lucano como un cido. Mir a Keptah mientras colocaba el empapado lino en la horrible y desfigurada cara. El esclavo jade. Los otros esclavos, menos graves, contemplaban la escena desde sus lechos. Por fin apareci en los ojos del esclavo una niebla de alivio, un trmulo descanso. Una lgrima corri desde el extremo de su pestaa. Keptah tom una copa y puso su brazo bajo la cabeza del esclavo y le alz tan tiernamente como una madre alza a su hijo, puso la copa en los retorcidos labios y, lentamente, Niger bebi con emocionante obediencia. Despus Keptah volvi a colocar su cabeza sobre al almohada. Niger haba cado en un profundo sueo, quejndose suavemente. Keptah le contempl enigmticamente por largos momentos. Su oscuro rostro y penetrantes ojos eran ilegibles.

—Ha invadido ya la laringe —murmur—. No vivir mucho. —Se volvi hacia uno de los esclavos—: Dale esta pocin siempre que l no pueda ya soportarlo, pero nunca antes de cada tres horas, de acuerdo con el reloj de agua.

— ¿Y esto es todo lo que puedes hacer? —exclam Lucano.

—No. Si hubiese venido a m cuando la primera pequea, dura y blanca irritacin apareci en el interior de su mejilla, poda haberla quemado con un hierro al rojo. No acudi a m hasta que era muy difcil para l tragar y las partes interiores de su boca ya estaban supurando, corrompidas y desprendidas. Recuerda que tanto si se trata de una enfermedad del espritu como de una de la carne, es mejor buscar consuelo y ayuda desde el mismo principio. Despus todo est perdido.

Se trasladaron al lecho de una joven esclava que sufra casi tanto como Niger. Su cama heda a causa de las evacuaciones de su vagina. Keptah se volvi hacia un esclavo y exclam:

— ¿No te he dicho que mantuvieses los lienzos secos y limpios? Esto es el veneno que la deja. Informar al capataz, as que preprate para unos Cuantos azotes.

—Seor, tengo otros deberes —gimi el esclavo.

—No hay mayor deber que curar o aliviar el sufrimiento. Ciertamente, la medicina es un arte divino. Basta ya. Trabaja mejor y olvidar los azotes.

La esclava, a pesar de su inconsciencia y fiebre, era hermosa y llamativa. Keptah toc su frente, notando su calor. Dijo a Lucano:

—Intent abortar con un sucio y primitivo instrumento que usan los salvajes. Aqu tienes el resultado.

—No poda tener un hijo nacido en la esclavitud —gimi la muchacha. Keptah respondi sombrilmente:

—El pensamiento era virtuoso: la accin no. Debieras haberte mantenido virtuosa. ¿Tienes un dueo malo? Si le hubieses pedido un marido te hubiese dado uno. ¿sta es una casa virtuosa. Pero t te has divertido, y has seguido tus deseos y lujuria. No tienes excusa. Te enseñaron a leer y a escribir, a hilar y coser, a guisar y hacer otros servicios valiosos. No eres como las esclavas de Roma a quienes sus dueos obligan a acostarse con ellos a capricho. Bien. Veamos cmo ests.

Pero primero se lav las manos con agua y luego las frot con un aceite oloroso. Entonces examin a la llorosa muchacha y toc sus inflamadas y supurantes partes.

— ¿Voy a morir, seor? —exclam Julia aterrorizada.

Keptah no replic. Con un trozo de lienzo hizo un pequeo cono blanco y lo introdujo en uno de los recipientes. La muchacha palideci. Pero Keptah con firmeza separ sus piernas e introdujo el cono en su cuerpo. Ella gimi. El aire qued lleno de un olor aromtico.

—Que la compresa permanezca hasta la noche —instruy Keptah a su ayudante esclavo—. Luego qutala y destruyela. Est infectada y es peligrosa. Despus lava las partes con agua corriente y limpia, haz otra compresa y que la muchacha misma se la ponga. Para entonces ser menos doloroso.

Golpe suavemente las manos de la muchacha y le dio algo a beber. Luego le dijo:

—No morir, espero. Me temo que vivirs para pecar ms.

Mir a Lucano.

—Vistala al anochechar. Haz que mis rdenes se cumplan.

— ¿Por qu reprochas a esta pobre nia? —Pregunt Lucano con resentimiento—. ¿Es ella mayor que su naturaleza con la cual Dios la dot? ¿l le dio los instintos naturales.

—Cuando los instintos naturales pueden ser peligrosos, entonces deben ser controlados —dijo Keptah—. ¿Y qu es lo normal? ¿El mundo? Se debe disciplinar uno mismo para derrotar las pasiones del mundo, o un hombre no es ms que una bestia.

La muchacha, un tanto aliviada, sonri a Lucano, con coquetera. ¿l se volvi, avergonzado y asqueado.

Las ventanas estaban abiertas y el fro aire invernal de las brisas llenaba la habitacin.

—El aire y la luz son los enemigos de la enfermedad —deca Keptah, contra el consejo de los dems mdicos—. La limpieza es tambin un enemigo, sin mencionar el respeto propio y la estima por la carne que viste al espritu.

Se pararon junto a la cama de una joven y apuesta mujer que tena un vientre enormemente hinchado. Junto a ella se hallaba agachado un joven y hermoso esclavo, su esposo, cuyo rostro estaba mojado por las lgrimas. Se alz rpidamente y mir a Keptah con brillantes y suplicantes ojos.

— ¿Ah, seor! —Dijo—. ¿Sin duda est encinta y el nio est a punto de nacer?

—Keptah suspir.

—Te lo he dicho, Glauco. No es un nio sino un gran tumor. Hay que quitrselo o no vivir. Lo he dejado en tus manos, aunque pude haber operado antes. T has esperado, y as reduces sus posibilidades de vida. No puedo esperar por ms tiempo, decdete ahora.

—Seor, soy tan slo un esclavo. T tan slo debes mandar —dijo —Glauco llorosamente.

Keptah movi la cabeza con gesto negativo.

—Ningn hombre es esclavo, por muy atado y encadenado que est, hasta que admite que lo es. Eres un hombre. ¿Salvo a tu esposa ahora o esperas y la dejas morir? Ella morir sin la operacin; puede vivir si la realizo.

Se volvi hacia Lucano y dijo:

—Palpa el vientre.

Lucano senta profunda piedad por aquella joven y estoica mujer que no se quejaba y sonrea con valor.

Alz su ropa. El vientre estaba liso y se notaban las venas como las vetas de un mrmol, y brillaba a causa de la distendida tensin. Lo reconoci cuidadosamente cerrando los ojos para concentrar mejor toda su

atencin en la punta de sus delicados dedos. En el lado derecho palpaba un objeto duro como una piedra, pero estaba lleno de liquido y tena un tacto esponjoso, a medida que sus dedos se corran hacia el ombligo.

—Estoy seguro de que no es carcinoma —dijo a Keptah, que asinti con un gesto complacido.

—Es un tumor lipoide de suero —dijo el mdico—, muy comn. Debiera haber sido suprimido hace muchos meses, pero esta pareja deseaban un hijo y crean que el tumor lo era, despues de tres aos de matrimonio. Est cogido al ovario derecho y deber ser tambien suprimido.

— Y Entonces no tendremos ningn hijo —gimi Glauco—, ni siquiera una nia?

—No seas tonto —reprob —Keptah. Aristteles desech la antigua teora de que un ovario produce un nio o una nia y que un testculo produce slo un sexo. Tu esposa conservar su ovario izquierdo, y est en la misteriosa mano de Dios el que ella tenga despues un hijo o una hija.

Puso unas hojas frescas en un filtro, aadi un poco de vino y se lo dio a Hebra, que lo tom obedientemente. Keptah dijo a uno de los esclavos:

—Permanece con ella, dale una gran copa de vino y despues otra. Cuando duerma llmame.

Los ojos de Hebra empezaban a cerrarse mientras su esposo la contemplaba temerosamente. Lnguidamente levant su amable mano y acarici su rostro con un gesto de consuelo.

—Las mujeres, observa, tienen menos miedo a la muerte y a la vida que los hombres —dijo Keptah a Lucano mientras se dirigan a otra cama—. Y Es la fe o es que las mujeres, ms realistas que los hombres, aceptan la realidad con mejor espritu?

Lucano le mir sombramente. † Quiz —pens— todos estos comentarios van dirigidos a m en esta primera maana de mi vuelta a la casa de Diodoro y a sus lecciones. ‡ Y eran pequenos dardos de reproche que heran su sensibilidad, Se sinti enfadado y avergonzado.

El hombre que yaca en el lecho siguiente estaba muy grueso y tan blanco y flcido como la escarcha. Mir a Keptah con un silencioso resentimiento. Keptah contempl la pequena mesa que haba junto a l, en la que se hallaba una botella de agua y un vaso,

— Y Has bebido toda esta agua hoy, amigo?

El hombre murmur algo en su garganta. Un olor de manzanas, o heno, surga de su pesado aliento.

—Te aconsej hace muchos meses que limitases tu amor por los pasteles, los panecillos y las mieles —dijo Keptah con severidad—. Tienes la enfermedad dulce y si no prestas atencin hars que tus msculos y huesos salgan de ti en un ro de orina. Pero veo que no te has limitado a comidas ligeras de carnes suaves y vegetales, de los cuales hay abundancia en esta casa, en la que reina la creencia de que son suficiente comida para sus esclavos. Si no controlas tu apetito de cerdo morir pronto entre convulsiones. Es tuya la eleccin. Decide t.

Se volvi hacia Lucano y le dirigi un pequeno discurso sobre aquella enfermedad:

— Siempre es del hombre su propia enfermedad. Aquel que sufre la enfermedad dulce, en el cual hasta la misma orina es sacarina, a menudo resulta ser un hombre de temperamento tolerante consigo mismo, que tiene su origen en un egosta rechazado de complacer a otro que no sea a s mismo. De esta forma los dems no le aman y para satisfacer sus deseos de amor humano, se alimenta de las dulzuras de la tierra en vez de las dulzuras del espritu. Hay otras manifestaciones de esta enfermedad, especialmente entre los nios, que invariablemente mueren de ella. Sera interesante hablar con esos nios que, incluso en sus tiernos aos, posiblemente tienen una disposicin sibarita, cuidndose tan slo de s mismos. No podemos hacer nada, sino prescribir las comidas ms sobrias, los vegetales y frutas menos dulces y restringir u omitir los dulces y los alimentos compuestos de almidn. Sin embargo, poco se consigue aparte de la prolongacin de una vida restringida a menos que el paciente tenga un espritu despierto y sea capaz de amar ms all de s mismo.

Mir hurao al esclavo que le haba estado contemplando con unos ojos que parpadeaban rpidamente.

—Cuida de tu vida con amor —amonest—. No digas: † ella me pertenece y me servir... ‡ Di mejor a tu corazn: sta es mi esposa querida, y Y qu puedo hacer yo para que sea la ms feliz de las mujeres a fin de que diga que se ha casado con el ms noble de los hombres?

A medida que se alejaban, Lucano pregunt:

—Entonces, Y esto no es una enfermedad orgnica?

Keptah se detuvo y consider la pregunta. Por fin, respondi:

—No hay separacin entre la carne y el espritu, porque es por medio de la carne que el espritu se manifiesta. Te preguntars cmo es que algunas personas contraigan enfermedades durante las epidemias y otras no. Hipcrates habl de una inmunidad natural de quienes escapan. Uno de sus discipulos crea que aquellos que escapan poseen en s mismos alguna esencia que rechaza la enfermedad, pero, Y por qu? Y Puede ser que ciertos temperamentos resistan la infeccin, mientras otros no? Y Inmunidad? Si es as, entonces es la inmunidad del espritu, aunque otros mdicos no crean en esto. No estoy hablando del bien y del mal. Hablo simplemente del temperamento.

Llegaron a la ltima cama. Yaca all un joven con fiebre alta, su pierna derecha contrada en tal forma que los msculos sobresalan como cuerdas. Tena un rostro oscuro y agudo que reflejaba inteligencia poco corriente, ojos atrevidos y expresin de enfado. Keptah mir a uno de los esclavos auxiliares.

—He dicho que esta pierna debe estar constantemente envuelta en compresas calientes de lana, da y noche, y tan calientes como pueda soportarlas. No me deis excusas. —Enfadado, alz la mano y golpe el rostro del esclavo—. Y Tenemos aqu hombres y mujeres que buscan tan slo su placer y satisfaccin? Vete.

Mir al joven que reposaba sobre la cama y dijo a Lucano:

—Aquí tenemos a un joven de naturaleza altanera, orgulloso, inconsiderado, hinchado con su propia estimación y arrogancia. Desprecia la ignorancia y la vulgaridad. Posee una mente aguda y afilada como la hoja de un cuchillo. Desprecia sus primos, que raramente tienen su inteligencia. Carece de paciencia y de amabilidad. Le he enseñado a leer y escribir; tiene acceso a mi biblioteca, va y viene a voluntad. Nunca piensa con el corazón sino con el cerebro. Descubrirás que quienes son como yo están propensos a coger esta enfermedad paralizante. Descubrirás también que cuanto más estpidos y bovinos, más libres se ven de ella, incluso entre los niños.

Diomedes sonreía con una mezcla de orgullo y mal humor.

—Gracias, señor, por tus palabras acerca de mi intelecto —dijo.

Evidentemente sufre un gran dolor, pero su orgullo no le permita expresarlo.

—No te estoy adulando —dijo Keptah—. Era casi inevitable que sufrieres esta enfermedad, que, me temo, está destinada a dejarte cojo de una pierna.

—Me preocupo poco por mi cuerpo en tanto pueda alimentar mi mente —dijo Diomedes.

Keptah miró a Lucano.

—Observa las mismas señales —en gente afligida como ste. ¿Por qué debe un hombre despreciar su carne y la carne de los demás, cuando es una maravillosa invención de Dios y puede ser más bella que ninguna otra cosa viviente? Es por medio de la carne que nos comunicamos con otros. Los hombres como Diomedes no desean comunicación. Sólo desean adulación y obediencia a sus excelentes inteligencias. A los padres que tienen hijos como ste yo les digo: ¡Ensead a vuestros hijos a amar, a dar, y educarles en la obediencia de Dios.¡

Los labios de Lucano se curvaron, pero continuó callando. Keptah dirigió la palabra a Diomedes y le dijo:

—Har que te envíen algunos libros esta tarde. Veo que has terminado los que te mandé previamente.

Pero existe esa doncella, Leda, que a menudo escribe cartas para el ama Aurelia. Es una hermosa muchacha, inteligente, amable y que te adora. Toma su amor, pero devuélvelo con todo tu corazón. Sé que tal cosa será dura para ti, pero ¿puedes amar a otros si lo deseas. Nada es imposible con una mente despejada, determinada e inquisitiva. El ama Aurelia se siente tan atraída por esa muchacha que ella me ha dicho que cuando desee casarse recibir su libertad. ¿Le privarás de un don como se?

Diomedes empezó a gruñir. Luego su rostro se suavizó, y repentinamente lo escondió contra la almohada.

Sus hombros empezaron a agitarse. Keptah dijo suavemente:

—Se han salvado más almas por medio de lágrimas humildes que por todas las pociones que existen en el mundo.

Lucano dijo para sí mismo con tono de desafío: ¡Simplifica demasiado! Pero se sintió conmovido por los sollozos de Diomedes, que no podía controlarse pese a los esfuerzos que hacía con sus músculos. Keptah dijo:

—Date prisa y ponte bien, Diomedes. Te necesito como mi ayudante cuando seas capaz de sentir compasión y amor por los demás. —Diomedes apartó el rostro lleno de lágrimas de la almohada y el gozo brilló en sus ojos. Tomó la mano de Keptah.

—¿Me dejarás ayudarte, señor? —exclamó incrédulamente. Keptah respondió:

—Sérs un excelente ayudante, Diomedes: cuando ames, tengas compasión y sientas el dolor de los demás en tu propio cuerpo.

Volviéron a la cama de Hebra, que estaba dormida y respirando suavemente. Keptah ordenó que fuesen colocados unos biombo alrededor de la cama. Hizo salir a Glauco del recinto. Colocó una bandeja sobre una pequeña mesa, y sobre la que reposaban agujas, suturas y tres escalpelos, uno grande y dos pequeños. Dijo a Lucano:

—Es la hora de que veas la primera operación. Si vomitas, usa este cubo, por favor, pero no digas nada. Si te desmayas te dejar caer. Hay una vida que salvar. Necesito tu ayuda. Toma este paquete de lienzo y sumergelo en aceite oloroso. La infección llega hasta el mismísimo aire.

Lucano empezó a temblar. Pero obedeció silenciosamente las órdenes. Miró hacia la intoxicada muchacha, que tenía un aspecto dulce en su inconsciencia. Se sintió lleno de una apasionada conmiseración. ¿Por qué un dios cualquiera aflige a una criatura que sólo deseaba tener hijos, el amor de su esposa y una vida tranquila? ¡Oh, tú que haces este mal a los hombres, te desprecio!... ¿El hombre más bajo del mundo no era más compasivo?

Keptah dejó al descubierto el brillante e hinchado vientre de Hebra. Lo palpó con cuidado. Luego, con seguros trazos de su escalpelo, como si estuviese dibujando un cuidadoso diagrama, hizo correr el cuchillo sobre la blanca carne. Su camino quedaba trazado por una roja línea, que se ensanchaba y abría, como una boca hambrienta. Lucano se sintió enfermo, pero continuó mirando. Los brillantes y rojos músculos fueron expuestos, nervudos, trenzados con palpitantes venas. Keptah los apartó diestramente, con suavidad, y dijo:

—Ahora usaremos estos ganchos egipcios para ligar los vasos sanguíneos y mantener el campo de operación tan libre como sea posible a fin de evitar que se desangre. Observa estos vasos, y los pulsos del corazón que bombean en ellos. ¿No es todo perfecto? ¿Quién puede mirar esto y no sentir reverencia hacia Dios en su corazón? ¡Yo he diseñado al hombre en forma maravillosa, como ha creado los soles y los planetas. ¡Ah, ten cuidado! Usa tan sólo pequeños lienzos para mantener la herida abierta. No dejes que tus dedos toquen ninguna parte de la herida, porque hay veneno en tus dedos y en el aire. Los egipcios sabían esto hace muchos siglos, pero los griegos y los romanos lo han despreciado preguntando: ¿¿Dónde está el

veneno?‡, no podemos verlo. Hay millones de cosas en el universo que el hombre no puede ver; y sin embargo existen.

Hebra empez a gemir y a hablar incoherentemente.

—Es su carne violada la que habla —dijo Keptah—. El espíritu también protesta de la ignominiosa pasividad a que está sometido por efecto de la droga. Hay quienes dicen que las drogas someten al espíritu; no es así. ¿Siente ella el dolor? Sin duda. Pero cuando se despierte no recordará que ha sufrido. Dir: ‡Es como si hubiese dormido en medio de una tormenta.‡

Lucano, lleno de compasión hacia la muchacha, dijo en lo profundo de su alma dirigiéndose a ella: ‡Descansa, sírelo, ten valor. Te salvaremos, querida mía.‡

Dirigió toda la fuerza de su mente hacia ella para infundirle seguridad. Quiz fue tan sólo por efecto de las drogas que había tomado y del vino estupefaciente, pero de pronto respiró y pareció relajada. Los músculos se aflojaron y no volvió a tensarse.

Los brillantes intestinos, de un color rojo grisáceo, quedaron expuestos. Allí estaban, convulsos y deslizándose sobre la masa trasera. Palpitaban y se estremecían un poco y Lucano les habló suavemente en su mente y quedaron flácidos. Con el más exquisito cuidado Keptah los apartó y una enorme vejiga opalescente ascendió de debajo, como un mal que florece de pronto, apartándolos rudamente; una transparente brillante vejiga, supurando corrupción y rápidos ramalazos de sangre. Se agitó inquieta sobre los intestinos. Estaba unida por debajo con un tejido de color más oscuro.

—/ste es el momento vital —dijo Keptah, trabajando con manos seguras—. Ahora miraremos el ovario cuidadosamente. Al más ligero descuido explotará esta vejiga y llenará todo su vientre de muerte.

—Expuso el blanco y amarillento ovario—. Bien —dijo Keptah—, está sano. Después de todo, lo salvaremos. Está demasiado preocupado. Usa más lienzo, mantén la carne aparte con firmeza.

De pronto, toda la escena se difuminó y vaciló ante los ojos de Lucano. El olor de sangre casi le ahogaba. Sus piernas temblaron violentamente, y una arcada seca y poderosa llenó su estómago. Se dijo para sí: ‡Si yo fallo a esta muchacha, si me desmayo, ¿quién la ayudará?‡ Miró la malvada e inquieta vejiga y trató de calmar su natural y humana repugnancia. Intentó ver las capas de grasa sobre el peritoneo, amarillentas y hmedas como la grasa de oveja. Presionó los lienzos con más fuerza contra la abierta boca de la herida. Sus músculos se tensaron y tembló. Keptah estaba atando limpiamente los tejidos que sujetaban la vejiga en varios lugares, tensando el hilo de lienzo. La opalescente corrupción adquirió un color lechoso; las seales de sangre se oscurecieron; entonces, con un lento movimiento del escalpelo, Keptah cortó el cordón. La vejiga quedó quieta sobre los intestinos.

Con el máximo cuidado y lentitud, Keptah la alzó y la dejó caer sobre una bandeja. Los ojos de Lucano estaban llenos de agua y gotas de sudor caían sobre su rostro.

—Contempla cómo están estas capas ahora, con tanta limpieza como una modista —dijo el médico—. No debe cometerse ningún error en las suturas.

Empleaba un tipo de cosido en cruz, usando un hilo de color claro que, explicaba, estaba hecho de tendones.

—El cuerpo absorberá esto con el tiempo y los tejidos quedarán tan firmes como antes. Algunos médicos usan hilo de lienzo, que el cuerpo no absorbe y que, posteriormente, causa dificultades.

La vejiga, sobre la bandeja, era tan grande y estaba tan arrugada como un niño recién nacido. Con infinitos cuidados, el médico fue uniendo los diversos tejidos del vientre y cosiéndolos con firmeza.

—La grasa es difícil; algunas veces se separa del hilo o se rompe. Bien. Aquí la tenemos ahora. Y ahora vamos por la piel, que es muy fuerte. Ahora usaremos hilo de lienzo, que cortaremos dentro de una semana.

El vientre se había aplanado milagrosamente. La muchacha gimió una y otra vez, respirando con desesperadas boqueadas.

—Se está despertando —dijo Keptah. Al último y experto nudo. Sumergió una tela en agua caliente y la puso sobre el corazón de la muchacha; luego mojó otro pedazo de lienzo y lo colocó sobre sus pies y otro sobre sus muñecas. Se inclinó sobre el pecho de la muchacha y escuchó su corazón.

—Rápido, pero firme. No tendrá conmoción, cosa que hay que temer. Coloca el cubo cerca de su boca y sostén la cabeza.

Vendió el cuerpo con largas tiras de tela, con la misma firmeza que si la estuviese embalsamando. Después se puso en pie y miró a la muchacha con satisfacción. Estaba muy tranquila. Miró a Lucano, y vio que la tñica del muchacho estaba hmeda y goteaba. Se rió suavemente.

—Lo has sufrido muy bien. Te felicito. Bebe este vino tan rápido como puedas. Puedo incluso decir que me siento orgulloso de ti.

La muchacha abrió sus inexpresivos ojos. Keptah se inclinó sobre ella.

—Todo ha pasado ya, mía. Está bien.

Ella gimió y empezó a llorar. Keptah exprimió más hojas cidas e introdujo la pocina en su boca y luego le dio agua. Ella lo tragó febrilmente. Estaba tan blanca como la muerte.

—Duerme —le dijo—, el sueño cura más enfermedades que el arte de cualquier doctor.

Hizo un gesto hacia Lucano.

—Me he dado cuenta, con placer, que has llevado la cuenta de los lienzos usados para contener la sangre. Ahora puedes limpiar todo eso y la visitarás dentro de unas cuantas horas.

—Glaucó —murmur la muchacha. Keptah corrió el biombo y llamó al esposo, que se acercó con la rapidez del viento. Se arrodilló junto a su esposa y puso su mejilla junto a la de ella sollozando.

—Es mucho más duro para el esposo —observó Keptah.

Dejó a Lucano el sucio y repulsivo trabajo de limpiar todas las evidencias de la operación. Las manos de Lucano se movían con debilidad y temblores. Limpió los escalpelos y los volvió a colocar en la bandeja. El olor de la sangre y los efluvios del cuerpo violado le ponían enfermo. ¿Por qué no podía hacer un esclavo aquella labor? Se sentía irritado. Cuando salió de entre las cortinas encontró a Keptah conversando genialmente con los otros pacientes y dando órdenes. Keptah le dijo:

—No siempre tendrás un ayudante. Con demasiada frecuencia un cirujano debe permanecer solo y hacerlo todo él.

Miró a Lucano y rápidamente tomó un cubo, y Lucano vomitó tan violentamente que parecía que las propias entrañas, el estómago y el hígado iban a salir por su agitada boca. Keptah demostró paciencia.

—De nuevo te felicito, mi Lucano. Es mejor abandonarse a uno mismo después de una emergencia que durante ella. Vete y chate hasta que estés listo para ir con Cusa.

Lucano limpió su agria boca.

—Prefiero ir a casa.

—No —dijo Keptah—, pensarás demasiado en lo que ha ocurrido.

Contente a ti mismo; continúa con tu trabajo.

Los vientos de otoño gemían como las voces de una multitud de palomas cuando Lucano abandonó la escuela. Las lluvias grises caían sobre las palmeras y los árboles y goteaban sobre las columnas de la casa de Diodoro y repentinamente la voz de la brisa marina agitaba todas las hojas, todas las ramas y troncos, blanqueaba la hierba; un silencioso gemido surgía de la tierra, un sonido doloroso. Lucano se echó la capucha del manto sobre la cabeza y miró sombramente al blanqueado y marchito jardín. Las fuentes se quejaban con tristeza; las estatuas dejaban correr sobre ellas las aguas grises; las flores inclinaban sus cabezas en débil sufrimiento. Lucano era joven; olvidó que mañana todo estará de nuevo sonriente y cálido, las palmeras brillarán, los pájaros volverán a cantar y el cielo estará azul. Así como estaba ahora, estará siempre, siempre para él; roto con torturada angustia, replicando febrilmente al viento que ruga desde el mar, inclinándose infinita y desesperadamente como las hierbas de un fantasmal campo elseo.

¿Todo está muerto —se dijo Lucano—, todo vencido y gris; todo inundado, marchito, hundido y perdido. Lo que he amado se ha ido. ¿Lucano secó su mojado rostro con la punta de su manto y sintió la más aterradora desolación en sí mismo. Una angustia, una vaciedad, en la que no había ni un solo sueño ni una sola esperanza, le abrumó. Su carne joven pesaba sobre sus huesos como si fuese vieja, seca y unida a la tierra. Miró al vaporoso cielo, tan descolorido como la misma muerte, y deseó llorar, pero no había lágrimas en él, sólo aridez en la que nada crecía ni nada se movía.

Deseó estar en casa y, sin embargo, se sintió estremecer ante el pensamiento. Iris, su madre, estará allí con su bello rostro blanco y silencioso de dolor; le mirará interrogadora y él no tendrá respuestas que ofrecerle. Ella era vieja, tenía treinta y un años. Los viejos carecen de sabiduría, tan sólo tenían quejas; sólo la juventud tenía respuestas, podía responder cuando era feliz. ¿En verdad —se dijo Lucano a sí mismo—, no hay respuesta para la nada. Y nada es cuanto existe. ¿Luego se sintió lleno de una salvaje y tumultuosa ira y se levantó, sus puños cerrados, contra el cielo.

— ¡Yo te derrotaré! —exclamó—. ¡Te privaré de tus sacrificios!

La violenta galerna del mar golpeó su rostro y su cuerpo y sintió que era como una burla de desafío. Empezó a cruzar los jardines, temblando de furor, y llegó ante el abierto pórtico, frente a la casa. Las puertas miríndolas de bronce y le parecieron esculpidas estaban cerradas. Permaneció hacia ellas miríndolas y le parecieron impenetrables. Se dirigió hacia ellas sin pensar y las golpeó con su puño. Cuando se abrieron dijo al esclavo:

—Deseo hablar con tu dueño Diodoro.

El portero de la casa le contempló con descaro.

—El señor está en la biblioteca. No ha hablado durante muchos días. ¿Deseas importunarle, Lucano? No te veré. Ha rehusado ver a sus amigos romanos. ¿Ver al hijo de un libertino?

Lucano empujó la puerta y la abrió por completo; apartó al esclavo hacia un lado. La espectral y aguda luz del cielo cayó sobre el blanco y negro mármol del portal y Lucano avanzó por él haciendo que sus sandalias despertaran ecos, mientras su blanco manto flotaba a su alrededor con fantasmales pliegues. El frío y oscuro aire de la casa parecía el aire de una tumba, impresionante y muerto. Ningún movimiento ni voz rompió el silencio, excepto el ruido de los pasos de Lucano. El arco de entrada a la biblioteca estaba cerrado con una gruesa cortina y Lucano la apartó. Tan sólo cuando estuvo dentro de la biblioteca se preguntó repentinamente el por qué y para qué había ido y qué estaba haciendo allí.

Diodoro se hallaba sentado ante una mesa de mármol, con muchos libros enrollados a su alrededor, las manos sujetando su cabeza. Estaba tan quieto como una estatua esculpida en oscuro bronce, porque incluso su túnica era de color oscuro. Cuando oyó el ruido de la cortina dejó caer sus manos pesadamente y alzó su rostro sin luz y miró ciegamente a Lucano; Lucano, a quien no había visto desde la muerte de Rubria.

Lucano quedó anonadado por la apariencia de su señor, el color ceniciento de sus mejillas, la sequedad de su boca, las ojeras en las que sus oscuros ojos se hundían sin luz ni interés. La misma carne del tribuno parecía haberse marchitado. Sus hombros caían pesadamente y cuando se movía lo hacía como si le costase un gran esfuerzo. Lucano, de pronto, sintió su propia juventud, la fuerza de su cuerpo, la flexibilidad de sus

miembros, la vitalidad de su sangre, a pesar de su pena y de insondable furor. Aqu, como su madre haba dicho, estaba la desesperacin absoluta, ms all de toda consolacin.

— ¿Qu? —murmur Diodoro como si no reconociese al joven. Contempl como Lucano se acercaba a l y con un completo desinters vio como ste se arrodillaba junto a l, la cabeza inclinada sobre el pecho. Un sonido sofocado sali de Diodoro, un gastado e insondable sonido. Despus dej caer otra vez la cabeza entre sus manos y olvid a su visitante.

Las palabras surgieron en los labios de Lucano involuntariamente:

—Seor, hay una vieja historia que mi padre sola contarme. Un hombre anciano perdi a su nico hijo, y sus amigos llegaron hasta l y le dijeron: ¿Por qu lloras? Nada puede devolvete a tu hijo. Y el anciano respondi: Por eso lloro.

De una de las altas ventanas de la biblioteca proceda una insegura y crepuscular luz, sombra y vaga. El silencio llenaba la habitacin. El joven permaneca arrodillado junto al hombre y ambos estaban absolutamente inmviles. Despus, Diodoro, lentamente y con vacilaciones, puso su mano sobre el hombro de Lucano. Luego dijo con voz ronca:

—T tambin la amabas. Pero t no eras su padre.

—Perd a mi padre —dijo Lucano, volviendo su mejilla de manera que descansase sobre la mano de Diodoro. Sus palabras brotaron de l con ronca precipitacin.

—Mrame, noble tribuno. Soy un hijo que aunque no llegu a odiar a mi padre, le despreci un poco como a hombre de poco conocimiento y muchas pretensiones. Me hice arrogante e impaciente y condescendiente. Olvid todo lo que haba sufrido, todo cuanto haba conocido. No encontraba sus alardes emocionantes; los encontraba risibles. No perd a mi padre en aquellos aos, sino que mi padre perdi un hijo. Y ahora el hijo ha perdido a su padre; no puedo llegarme hasta l y pedirle su perdn por mi crueldad, impaciencia y el orgullo de mi juventud.

La mano de Diodoro descansaba an sobre el hombro de Lucano y por primera vez la vida y la comprensin volvieron a los ojos del tribuno. No poda ver el rostro de Lucano, escondido en la sombra y la oscuridad. Pero dijo suavemente:

—Seguramente los dioses no rechazan la contricin y sin duda las sombras en las regiones de los muertos se dan cuenta del arrepentimiento.

Pero Lucano movi su cabeza, incapaz de hablar.

—Yo honr a mi padre —dijo Diodoro compasivamente—. No soy un hombre sin comprensin. Puedo imaginar lo que debe ser recordar que uno ha despreciado a su padre. —Se detuvo un momento—. Eneas era un hombre bueno y honrado y yo confiaba en l sin reservas. Si l ansiaba la sabidura esta ansia no era despreciable. Tan slo cuando un hombre no desea superarse es cuando es menos que un buen perro. Honremos a aquellos que saben en sus corazones que no son grandes, porque ellos respetan y reverencian la grandeza.

—S —dijo Lucano—, pero esto no me absuelve.

Diodoro mantuvo silencio durante algunos momentos, luego habl como si pensase en voz alta:

—Es bueno vivir en tal forma que cuando uno de los que amamos muere, no sintamos arrepentimiento. Pero, ¿quin no siente arrepentimiento? ¿Quin no ha sido rudo, duro e insensible a veces? ¿Quin no ha sido humano, con todas las faltas? Por lo tanto, ¿por qu castigamos a nosotros mismos? y exclamar en voz alta: 𐀀. Si lo hubiese sabido, si slo hubiese tenido cuidado, entonces quiz podra haber detenido la negra muerte con mis manos desnudas antes de que hubiese sido demasiado tarde! 𐀀

Una luz dbil de asombro brill en su atormentado rostro. Luego continu:

—A menudo me he dicho a m mismo que he sido poco vigilante, que no vel por mi nia con demasiado cuidado; que si hubiese sido ms cuidadoso quizs ella no hubiese muerto. Pero ahora veo que los dioses tienen sus horas escogidas. No podemos hacer nada, sino rogar por las almas de los que nos han dejado; que ellos tengan paz y que sepan que nosotros les hemos amado y les continuamos amando.

Pero la sequedad interior de Lucano, se hizo ms rida an, y lo que Diodoro haba dicho son en l como un eco sin significado.

—S, s —exclam Diodoro—. ¿Por qu me he apartado de la vida? ¿Por qu he sido menos que un bruto, que se lamenta, pero despus vuelve a vivir? Sea como los dioses lo han querido. No necesitan respondemos, porque su naturaleza est ms all de nuestro entendimiento. —Movi su cabeza con vehemencia. Su mano apret el hombro de Lucano—. He dejado que mi pobre esposa lllore sola en su cama y ella es la madre de mi hija y adems espera un hijo! La he abandonado y cuando vino a consolarme me apart de ella. ¿Ha sufrido ella? Lucano, sin duda los dioses compasivos te han enviado hoy. Si hubiese continuado meditando por ms tiempo acaso me hubiese lanzado sobre mi propia espada.

𐀀 Yo la vengar —murmur Lucano para s mismo—. La vengar durante toda mi vida. 𐀀

Diodoro mir al arrodillado joven, cuyo rostro ptreo y blanco estaba escondido con la capucha, y al tribuno le pareci que era un mensajero del Olimpo. Puso sus vigorosos brazos de soldado alrededor de los hombros del joven, como un padre que abraza a su hijo.

—No debemos pedir por ms tiempo el ser absueltos de nuestros crmenes contra los muertos, sino de nuestros crmenes contra los vivos —dijo Diodoro—. Levantmonos, pues, como hombres, atendamos a nuestros negocios en la vida. Los vivos nos esperan.

Despus, como Ulises y su hijo, lloraron juntos, y mientras las lgrimas de Diodoro le curaban de su pena, las de Lucano eran como un cido que produca mayor irritacin.

Lucano se dirigi a casa a travs del hmedo bosque mientras deca para s incrduamente: ¿ Qu le he dicho? Qu mensaje le llev? En verdad no dije nada. Habl acerca de mi padre, por quien yo verdaderamente no me lamento, sino por quien siento solamente pesadumbre, pero cuando habl mis pensamientos estaban con Rubria y no con Eneas, mi padre. Y es a ella a quien yo vengar contra cualquier Dios que exista. ¶

Diodoro acudi a la habitacin de su esposa, donde ella yaca tristemente en su cama. Aurelia se levant cuando entr su esposo, y al ver su rostro se arrodill en su cama con un grito sollozante y extendi sus brazos hacia l, que la cogi entre los suyos mientras exclamaba:

—Perdname, querida —y sus lgrimas se mezclaron con las de ella.

Iris, de pie ante su puerta en la tenebrosa y nebulosa oscuridad del atardecer, vio acercarse a su hijo y le esper sin saludarle de lejos o darle la bienvenida. ¶ l entr en la casa y se quit la capa, y ella vio la palidez de sus labios, la dureza azul y ptrea de sus ojos; y le dijo:

— Qu Has visto a Diodoro? Haba rogado que fueses a verle, porque has recordado que l es para ti como un padre. Dime, Qu Est an quebrantado por la pena?

Los ojos de Lucano parpadearon:

—Hay algo que no comprendo y que quiz comprenda cuando era un nio no endurecido. Habl con Diodoro. Habl con l, pero no de Rubria, sino de mi padre. Y l se alz y pareci como un hombre renacido. No me preguntes lo que le dije porque no lo recuerdo.

Iris haba encendido una lmpara. Volvi su rostro hacia su hijo y a ste nunca le haba parecido tan bella, tan vestida de dorada luz, tan parecida a una estatua esculpida por Fidias. Ella se acerc a Lucano y coloc suavemente una mano sobre sus mejillas.

—Aquellos que reciben un mensaje de los dioses no siempre comprenden el mensaje —dijo; y por primera vez desde que Eneas haba muerto sonri—. Otros escuchan y sus corazones responden.

Lucano nunca haba respondido a su madre con rudeza, pero entonces lo hizo:

—Hablas neciamente —dijo—; hablas como una mujer, y las mujeres muchas veces hablan por nada. Ah! — Exclam, y su voz cambi de tono—. Lo siento; no llores, madre. Tienes un corazn muy tierno. Pero yo no siento nada si no odio y deseo de venganza. Y alcanzar a vengarme...

Se dirigi a su habitacin, no desorientado, sino con un propsito definido. Tom los rollos de libros de sus estanteras, encendi una lmpara y empez a estudiar.

CAPITULO XIII CAPITULO XIII

¶ ARQU \ MEDES —pensaba Cusa—, afirm que con una palanca apropiada podra moverse el mundo. Pero, Oh, diosa de Cipro, la ms poderosa de todos los inmortales, t puedes no slo mover el mundo, sino los mundos y a los dioses mismos; puedes alzar la vida de los mismos brazos de Plutn, dar a los hombres una estatura que pueda desafiar al Olimpo con un solo juramento que ser odo por la ms lejana estrella! ¶

Mir con oculta conmiseracin a Lucano, el cual ya no parecia dormir, sino que devoraba las lecciones como si tuviese todos los ojos de la Hidra. En cierta ocasin haba dicho a Lucano con una sonrisa, pero tambin con alarma:

—Virgilio ha dicho que la prerrogativa de dioses y hombres es la risa. T nunca res ahora. Qu Es que odias? Recuerda que el odio consigue victorias prricas.

Pero Lucano respondi con una breve mirada y desenroll otro libro e inclin su dorada cabeza sobre l, como si Cusa hubiese hecho el ms asnal de los comentarios.

Cusa con alguna irritacin:

—Virgilio tambin afirm que la humanidad haca rer a los dioses. Qu Sera porque los hombres son demasiado serios, especialmente cuando son jvenes? Por Atenea, pronto me dejars sin material que ensearte!

En otra ocasin dijo:

—Hay otras muchas cosas en el mundo aparte de la medicina. Espera que llegues a Alejandra. —Movi su cabeza con gesto de lstima—. Claudio Vesalio est all, una persona baja y cortante, te meter en razn con las matemticas, acerca de las cuales sabes tanto como un mono.

Caminando solitario a travs de los bosques, o a lo largo del ro, o en los jardines, o tendido en su lecho, bebiendo o comiendo austeramente, trabajando en sus lecciones, o ayudando a Keptah, Lucano slo tena una enorme pregunta: ¿ Dnde est Rubria? ¶ Toda la luz, color y maravillosas formas de flores, rboles y hierbas; de pjaros, animales, insectos, mariposas, abejas y estrellas, haban desaparecido de la vista de Lucano. Todo su trabajo era un medio para alcanzar un fin vengativo, y la bellez a haba desaparecido para sus observadores e inteligentes ojos. No responda a nada sino a los gritos de dolor. Cuando un esclavo mora se senta inconsolable durante das. Ninguna mano era ms amable o compasiva que la suya y ninguna mirada ms amarga cuando Keptah era incapaz de ayudar a un sufriente.

—Si esto es todo cuanto puedes hacer, entonces no puedes hacer nada —deca. Keptah responde suavemente, pero con cierta severidad:

— ¿Son los hombres inmortales?

Desconsolado, Lucano se preguntaba a sí mismo: ¿Si nosotros no somos inmortales entonces por qué hemos nacido? Si al menos pudiese creer que no hay Dios. Pero creo en Él y de Él he de arrancar sus víctimas o su respuesta! Él me persigue. Persigue a todos los hombres para satisfacer su odio. ¿

Antes el mundo le había parecido iluminado por alguna luz profunda que no proceda del sol, luna o estrellas, sino de una emanación que yace debajo y, sin embargo, rodeando su apariencia física y dentro de ella. Ahora el mundo, para él, estaba iluminado por un fiero brillo que hería sus ojos, llevando con él una incandescencia infernal. A medida que los días pasaban, su ira y angustia no decrecían. Era como un fuego alimentado continuamente; cada noche, cuando dormía, se sentía abrasado hasta las cenizas; por la mañana se alzaba en aquellas cenizas como un finix, herido de agonía. Keptah, al contemplarle con disimulo, pensaba: ¿Es como Jacob, inquieto, luchando con el ángel, pero mi pobre discípulo lucha sumido en odio y tormento. No tiene la visión de la escalera por la que los ángeles se elevaban hacia Dios. Su escalera tiene eslabones de fuego que conducen a regiones infernales. Como el rey de Nemi, camina entre las tumbas de ira con una espada desenvainada, esperando al destructor. ¿Y Keptah rogaba: ¿Oh!, T, el más santo, el más misericordioso, divino, compasivo, que caminas por esta tierra hoy, en un lugar desconocido y en la forma de un niño. Mira con compasión sobre uno que es un poco mayor en la carne que T.... Como Jacob gritó por tí, así grita en su corazón, y aún no ha oído Tu voz. ¿S misericordioso, Señor, ¿s misericordioso...! ¿

Cuando Lucano era un niño había preguntado las cosas más sencillas e inocentes: ¿Estás ahí, o allá? ¿Pero ahora que se daba cuenta de las cosas, todo lo que preguntaba era: ¿Dónde está Rubia? ¿El nico alivio de su dolor era cuando atendía a algún sufriente. Los esclavos le veían acercarse y Keptah se maravillaba del repentino brillo y esperanza reflejado en sus rostros, de cómo sus quejidos cesaban cuando Lucano les preguntaba amablemente y de cómo contestaban humildemente y con esperanza. Tan sólo tenía que poner su mano sobre una frente enfebrecida para que la fiebre desapareciera y diese lugar a que el pobre esclavo se durmiera. Sus ojos azules habían adquirido una profunda y penetrante suavidad y una apasionada ternura. Ayudaba a Keptah en los partos y sostenía a los pequeños en sus brazos como un padre, cerca de su pecho, como protegiéndolos. Los esclavos olvidaron que era el hijo de un anterior esclavo. Los mayores olvidaron que en un tiempo le habían ridiculizado por sus pretensiones y habían corrido tras él cuando era un niño y le habían azotado y envidiado, e incluso abofeteado. En pocas semanas se había transformado en un libertador, alguien santo que podía aliviarles, cuyos ojos podían hacer que los suyos se cerrasen con descanso, cuyas manos tenían una extraña cualidad de consuelo, cuya voz alejaba el terror o la conciencia de la culpa. ¿Apolo le ha tocado ¿, murmuraban entre ellos. Le consideraban con una expectación supersticiosa, con miedo y reverencia. Cuando un esposo, una esposa o un niño moría, los parientes cogían la mano de Lucano y le rogaban, desconsolados, que les consolase. Tan sólo tenía lágrimas que darles, pero veían aquellas lágrimas y pensaban de ellas lo que se piensa de las lágrimas misericordiosas de los dioses, y se sentían consolados. Keptah no se sentía sorprendido ante estas manifestaciones y el mágico poder de curación que Lucano poseía. Su nica preocupación era el propio Lucano. Cuando estaba alejado del pequeño hospital, la suave luz de su rostro juvenil desaparecía; adquiría un tono de dureza, austeridad y lejano.

Un día Keptah llamó a Lucano a sus habitaciones. El médico estaba sentado ante su mesa, con muchos libros desordenados a su alrededor y un rostro grave y sombrío.

— ¿Te das cuenta, por supuesto, Lucano, de que tienes un don de curación? ¿Te sientes sorprendido? No lo estás. Basta, no puedo discutir esto ahora. Estamos ante una grave dificultad. —Alz un frasco que contenía unos turbios orines—. Dime, ¿qué es lo que ves aquí? Lucano tumbó el frasco, olió su contenido, dejó que se resbalase sobre el interior del claro cristal. Luego dijo:

—Este hombre está muy enfermo; su orina está llena de veneno, condensado, malo y de color oscuro. Creo que veo la presencia de sangre. Sus riñones están peligrosamente comprometidos. —El rostro juvenil se animó—. Tenemos que ordenarle grandes cantidades de agua y prohibirle la sal y prescribir baños de vapor en seguida para que sude profundamente.

Keptah dijo:

—No es un hombre. Esta orina procede de una mujer que pronto dará a luz. Tiene una endematosi alrededor del vientre, el rostro y las ingles.

—Entonces debemos retirar el fluido —dijo Lucano en tono de pregunta. Examinó de nuevo el frasco y añadió—: Puede morir.

—S —dijo Keptah, y suspiró profundamente—. Faltan por lo menos seis semanas para que el niño esté a punto para nacer. Sin embargo, debo precipitar el nacimiento inmediatamente. El niño seguramente morirá por prematuro. Es una elección terrible la que debo hacer. La nica oportunidad para salvar a la madre ahora, que está siendo envenenada por su propio feto, es un rápido nacimiento. En verdad, no hay elección posible. La situación es desesperada.

— ¿Y el niño no puede vivir?

—Hay muy pocas posibilidades. —Keptah se cogió la cabeza entre las manos y suspiró casi con un quejido.

Lucano se sintió preocupado por él y por la pobre mujer y más aún por el niño inevitablemente condenado a morir tanto si nacía como si no. Luego se dijo a sí mismo: ¿Y, sin embargo, ¿es bueno vivir? ¿Dijo a Keptah:

—La mujer podrá tener otros hijos y puede perderlos. ¿Ha tenido hijos previamente?

Keptah le mir con una mirada extraada:

—S, uno. Y aquel nio muri. La mujer no es joven; ha esperado a este nio durante muchos aos y ahora se sentir inconsolable cuando ste muera tambn. Y el esposo se sentir mucho ms apenado, mucho ms, porque ha deseado durante largo tiempo un heredero.

Lucano se sent repentinamente y su rostro empalideci. Despues sus manos cogieron con fuerza la mesa.

—Aurelia —murmur. Keptah respondi:

—Todo ha ido muy bien hasta hace cinco das. Es una toxemia de embarazo, una cosa mortal. Lo tema cuando el ama Aurelia empez ltimamente a tener dolores de cabeza y algo de fiebre. Has observado su orina. Sabes lo que todo esto significa. Necesito tu ayuda. He enviado un esclavo a buscar a tu madre. Es una suerte que el noble tribuno no haya ido a Antioqua hoy.

Se levant y mir a Lucano con severidad.

—Aurelia ha tenido dos convulsiones esta maana. Le he dado un sedante, y sus enfermeras estn con ella, sin dejarla ni un momento. Pronto le har una sangra, y necesitar tu ayuda. —Se detuvo y la mirada hacia el joven adquiri mayor firmeza—. Y Cmo es esto? Y Te sientes como si la muerte se hubiese apoderado de ti? — Alz la mano con un gesto de prohibicin—. Hay un serio trabajo a realizar y si t me fallas aconsejar a Diodoro que est malgastando su tiempo y malgastar su dinero en tu educacin. ¡Vamos!

Keptah precedi en el camino desde sus habitaciones a travs de la casa, hacia la biblioteca donde Diodoro le estaba esperando con impaciencia. Sus fieros ojos estaban iluminados por el miedo.

—Bien —exclam—. ¡Ya era hora, por todos los dioses! Me enviaste un mensaje para que permaneciese en casa esta maana en relacin con Aurelia. Y Qu es lo que ocurre?

Lucano le mir con piedad y temor. No amaba exactamente a Diodoro, porque su natural temperamento austero y reservado rechazaba la fuerte violencia y las emociones expresadas con vehemencia, y era muy raro que l se manifestase airado o furioso. Para l, Diodoro era demasiado impulsivo en sus reacciones, demasiado feroz, amenazador, y con frecuencia alarmante, en sus tumultuosos cambios de humor.

Sospechaba que Diodoro era un ser inestable, aunque le honraba por su sabidura y por el amor que senta por la belleza de un poema escrito o prosa de alta calidad y por su vasta, y algunas veces para Lucano increíble, sabidura. Lucano saba que el proconsul le amaba, no como a un hijo, pero quiz como a un sobrino favorito y se senta agradecido de modo tranquilo e intentaba siempre devolver aquel afecto hacia l con respeto y simpata. Sin embargo, para tristeza suya, no poda devolver una medida correspondiente al afecto que Diodoro mostraba por l.

Se haba sentido menos impresionado ante el pensamiento del trabajoso laborar o posible muerte de Aurelia que a la repentina reaparicin de su dolor por Rubria en una casa que haba conocido la muerte haca poco tiempo. Para Lucano no era Aurelia en s la que estaba en peligro, sino la madre de Rubria.

Pero cuando miraba en silencio a Diodoro su corazn se estremeci y sinti el amor de un hijo por un padre y dese caer de rodillas, como si fuese su hijo, ante el proconsul y reclinar la cabeza contra su mano y cubrirla con sus lgrimas. Instantneamente supo que el romano de nariz aguileña y ojos fieros estaba otra vez a punto de sufrir la agona del dolor, sino por su esposa, de nuevo por un hijo; y hubiese dado su propia vida en aquel instante por evitar a Diodoro aquella inexpresable tortura.

Keptah dijo:

—Seor, tengo malas noticias para ti. Debo acudir inmediatamente junto al ama Aurelia, pero, sin embargo, debo prepararte. He de precipitar: el nacimiento del nio al instante, o tu esposa no vivir. —Se detuvo, y su oscuro rostro se puso lvido a causa de la emocin.

Diodoro cay pesadamente sobre una silla. Trat de mojar sus gruesos labios. Despues se hundi en un paroxismo de seca tos, como si se ahogase. No poda ni mirar al mdico, que permaneca junto a l como a una descarnada estatua de dolor vestido con una tnica de lienzo gris.

Keptah continu con rapidez:

—No tengo eleccin posible, seor. No puedo decirte: Salvar a la seora, o salvar al nio. A menos que nazca, ella morir y no podr llegar el nio a buen trmino porque morir en su cuerpo. Deseaba prepararte para el hecho de que el beb ser prematuro cuando nazca, y probablemente morir al instante. Y ahora debo partir.

Diodoro cogi un pliegue de la tnica de Keptah y la apret con mano trmula; en su rostro se reflejaba la ms profunda desesperacin.

— ¡Salva a Aurelia! —rog con una voz ahogada. Mir salvajemente, casi cegado, al mdico y se coloc sobre el borde de la silla mientras su poderoso cuerpo temblaba violentamente.

— Y Para qu quiero un hijo si mi esposa muere? Y Qu me son una docena de hijos?

Las venas de sus sienas adquirieron un tono prpura y se congestionaron, y sus poderosos pulsos se hincharon en su morena garganta.

— Y La salvars? ¡Debes salvarla!

Su voz quebrada dejaba traslucir un ruego y una creciente angustia.

Lucano se acerc a l rpidamente y puso su mano sobre el ancho, hombro. Luego dijo en una voz clara y firme:

—Has sido un padre para m, seor, y como un hijo djame que te consuele. Te doy mi fuerza. ¡Dara mi vida por ti!

Keptah, mientras se alejaba, miró por encima del hombro a Lucano y sonrió débil y extrañamente. Pero Diodoro, que acababa de soltar la nica, volvió la acongojada faz hacia Lucano aunque era muy evidente que no le vea ni le comprenda.

—Vamos —dijo Keptah—. Necesitar tu ayuda y no podemos detenernos ni un solo instante.

— ¿No puedo permanecer con l?

—No. ¿Crees que es una mujer? Es un hombre.

Keptah salió rápidamente de la habitación envuelto en su flotante túnica, sus pies calzados con sandalias deslizándose rápidamente sobre el suelo de mármol. Lucano vaciló. Gotas de sudor, como grandes y húmedas piedras, descendían pesadamente de la frente de Diodoro y quedaban intactas sobre el pecho de su túnica o rodaban hacia abajo. Lucano corrió hacia la mesa, llenó una copa de vino y la acercó a los resacas labios de Diodoro. Como si estuviese estupefacto, e incapaz de ofrecer resistencia, el tribuno bebió obedientemente, a tragos cortos y seguidos.

—Si al menos pudiese orar! —pensó Lucano, y un helado terror se apoderó de él, y se dio cuenta completa, por primera vez, de lo que la ayuda de Dios significaba para un hombre en sus horas supremas, y percibió su horrible soledad. Pero no se ruega en la aflicción a un dios que no se preocupa de trabajo humano sino que más bien lo ha ordenado.

Diodoro murmuraba sordamente:

—Si ella muere, yo no podré vivir, porque la he sido infiel en mi corazón, y ella es la más amable y tierna de las esposas, la más sacrificada, la más querida.

Lucano se dio cuenta de que el abatido tribuno apenas si percibía su presencia más que la que hubiese percibido de una sombra. No podía soportar aquel seco murmullo de un gemido, y dijo:

—Señor, permíteme: has sido el mejor de los esposos y los... dioses... no te abandonaré. Sin duda viviré.

Los ojos de Diodoro carecían de lágrimas; todo lo que podía dar procedía de su sudorosa frente. Pero Lucano lloró, inclinándose su cabeza sobre el tribuno en tal forma que su mejilla yacía sobre su rudo y erizado cabello. Diodoro oyó aquel sonido de lamento y se movió vaga e inquietamente y vio a Lucano por primera vez.

— ¡Ah!, eres tú —murmuró—. Me consolaste antes; me consuelas ahora, Lucano.

Lucano dejó la copa vacía, arrojó el brasero de ardientes brasas más cerca del tembloroso tribuno, tomó una túnica de lana de una silla y la colocó sobre aquellos arqueados hombros, porque era un día helado, de sol pálido y sin color. Diodoro permitió aquellos pequeños servicios de amor, y un débil asombro se filtró a través de su rostro para quedar reemplazado por una mirada vacía.

—He de ir a ayudar a Keptah —dijo Lucano, y sintió de nuevo su terrible soledad. Sin mirar hacia atrás corrió fuera de la habitación, con lágrimas aún en las mejillas.

Keptah había encontrado a Aurelia un poco adormecida a causa de la droga que le había administrado. Pero gemía en su cama, un terrible color azul cubría su rostro. Había alzado las piernas bajo las mantas, y tenía colocada una mano con fuerza contra su vientre dolorido. Sus músculos se retorcan por todo el cuerpo como si estuviesen poseídos de una vida independiente. Su hinchada lengua medio sala de entre sus labios congestionados y en los bordes tenía una espuma sanguinolenta. Su respirar estentoreo llenaba la habitación. Fijó sus ojos en Keptah con brillo vidrioso y fijo. Las enfermeras informaron al médico que hasta hacía unos pocos momentos la pobre señora había permanecido tranquila y aparentemente dormida.

Keptah tomó su pulso; inclinó su oído contra el pecho y escuchó su corazón. Se movió con rapidez y palpitaciones. Alzó la cabeza y Aurelia empezó a estremecerse contra los mullidos cojines que la rodeaban, que habían sido colocados allí para evitar que se arrojase de la cama durante una convulsión. Sin embargo, fue adquiriendo mayor conciencia a medida que su cuerpo se retorcía. Dijo a Keptah:

—Debes salvar al niño. Estoy muy enferma. Posiblemente moriré. Esto no importa. Salva al niño para mi querido esposo.

Medio se alzó en la cama, tomó su enjuto brazo y sus oscuras húmedas trenzas cayeron retorcidas sobre sus hombros y pecho.

Keptah cogió una bandeja que una enfermera le alargaba y vertió un dorado líquido, viscoso y brillante, en una pequeña copa. Con respiración entrecortada Aurelia le miraba ausente, con la cada vez mayor aprehensión de los que están casi moribundos.

— ¿Salvar al niño? —rogó con tono lastimero.

El médico la honraba demasiado para mentirle. Por lo tanto, dijo:

—Señora, ¿supone que es el deseo de Diodoro que tú vivas, y el niño muera?

Ella entreabrió sus congestionados labios y sonrió tristemente:

—El niño le consolará. Además, tendrá otro consuelo y yo bendigo ese consuelo; y, si me es permitido, cuando cruce la Stigia rogaré por su felicidad. Porque él ha sido para mí más que padre y madre, que hermano y hermana y que un hijo.

Keptah hizo una inclinación hacia ella, con la reverencia que se tiene a una diosa, sostuvo la copa en sus manos, y ella bebió su contenido de un trago doloroso, porque su garganta estaba inflamada. Entonces, por encima del hombro de Keptah vio a alguien y sus vidriosos ojos se llenaron de atención, con un profundo sentimiento de amor y ruego. Keptah siguió su larga mirada y vio que Iris había entrado en la habitación, envuelta en un blanco lienzo contra el frío, sus doradas trenzas caídas casi hasta sus rodillas.

La mujer griega acudió al instante junto a Aurelia y acarició el oscuro y húmedo cabello con una solicitud amorosa, mientras sus ojos azules estudiaban la azulada y congestionada cara de la enferma. Aurelia olvidó a

todos los demás en la habitación excepto a su amiga. Alz su temblorosa mano y tomó la de Iris, y las manos de las dos mujeres parecieron intercambiar un elocuente e inaudible mensaje.

Entonces Aurelia volvió a caer sobre sus almohadas y miró en derredura a Keptah:

—Se dice que Julio César fue cortado del vientre de su madre moribunda a fin de salvar su vida. ¿No puedes hacerme caso? ¿Qu es mi vida comparada con la felicidad de mi esposo?

—Lo que te he dado producir un efecto casi inmediato, señora —dijo el médico—. He visto sobrevivir a niños más prematuros.

Lucano entró en la habitación y permaneció junto al médico. Su rostro conservaba aún la evidencia de sus lágrimas.

¿I y su madre llenaron la habitación con la belleza y serenidad de estatuas. Incluso el alto y patricio Keptah quedó disminuido. El helado y último viento invernal alzó la cortina de la ventana. Recipientes de bronce, cerrados y llenos de calientes brasas envueltos en lana habían sido colocados alrededor del convulso cuerpo de Aurelia. Su mente se aclaraba a medida que la muerte se acercaba. Iris se arrodilló junto a ella, porque Aurelia no soltaba su mano. Dijo a la liberta con voz débil:

—Todo lo que tengo te lo dejo a ti. No llores. Has sido mi amiga, y las amigas son más que la sangre, son más que el nacimiento, más que el dinero, más que la posición social, incluso más que la propia Roma. Ruego de ti lo que en cualquier situación dars: devoción, amor y todo tu corazón.

Lucano, de pie, mirando a Keptah que esperaba, se sintió confusamente sorprendido. ¿Qu es lo que Aurelia decía a su madre? ¿Qu significaba aquella extraña y críptica conversación y por qu su madre tan sólo lloraba y no hacía preguntas? Después olvidó toda su apasionada preocupación por Aurelia porque un cambio se había apoderado en su rostro, una rigidez como si estuviese escuchando algo que sólo ella podía oír en su alma. El hinchado cuerpo quedó instantáneamente rígido, y ella alzó sus brazos y arqueó la espalda en una repentina convulsión. Su cuello se tensó, sus hombros se alzaron, y sonó en la habitación un vasto y subterráneo gemido que más bien parecía surgir de un lugar profundo de su carne, que proceder de su garganta. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, su lengua mojaba continuamente sus enrojecidos labios.

—Atención —dijo Keptah en voz baja a Lucano.

Separó las mantas de la cama y levantó el atuendo nocturno de Aurelia. El inflamado y azulado vientre, recorrido de venas como mármol, palpitaba con fuerza. Olas musculares le recorran. Después, del canal de nacimiento, surgió un continuo chorro de agua mezclado con sangre, y la habitación se llenó de su olor. Keptah introdujo sus largos y delgados dedos en el cuerpo de la pobre señora y ésta gimió de nuevo, e Iris tomó ambas manos estremecidas y las sostuvo con firmeza. Una de las enfermeras empezó a gemir y las otras dos cayeron sobre sus rodillas en una oración desesperanzada. Aurelia se abandonó a un continuo gemido hasta que éste pareció formar de la misma habitación y del aire invernal.

Lucano sabía lo que debía hacer. Presionó con ambas manos la parte alta del vientre y rítmicamente ayudó a los músculos en sus intentos de separar el niño de la carne de su madre. Pero los músculos estaban contrados a causa de las convulsiones de Aurelia y se resistían como acero en las manos de Lucano. Cerró sus ojos y dejó que sus sensitivos dedos y manos hicieran su oficio; cuando una ola muscular se debilitaba, él le prestaba su fuerza.

Las convulsiones causadas por la enfermedad de Aurelia impedían que el niño surgiese, pero Keptah vacilaba antes de la terrible cosa que él sabía ya que tenía que hacer. Tenía que tomar una terrible decisión. El niño posiblemente moriría al nacer o naciera muerto; sin embargo, existía forma viable para que naciese y una insignificante posibilidad de que el niño sobreviviera. A fin de que esto pudiese ocurrir, sin embargo, el convulso canal debía ser agrandado por el cuchillo y el niño ser extrado por fuerza. Aurelia entonces moriría de hemorragia, con sus partes dañadas. La cabeza del niño no podía ser alcanzada por fórceps en la presente condición, porque aún no había descendido a la boca del vientre a causa de su prematuridad y también debido a las convulsiones del cuerpo de Aurelia. Para mayor desgracia Keptah vio, después de un nuevo examen, que el niño se presentaba, además, de culo.

— ¡Oh, Dios mío! —murmuró en voz alta.

A una señal de Keptah, Lucano colocó su oído junto al agitado pecho de Aurelia. Miró con alarma al médico porque el corazón de la señora se percibía muy débil, aunque palpitaba como si estuviese aterrorizado. Más aún, la agona de Aurelia estaba transformándose en algo más de lo que podía soportar. Cuando Lucano vio la oscura y temblorosa mano de Keptah alargarse para tomar un corto y agudo cuchillo, movió sus labios con fuerza y se sintió lleno de una furiosa e impotente ira.

Entonces se inclinó sobre Aurelia y tomó su helado rostro entre las manos.

Por la fuerza de su voluntad hizo que los ojos de ella se volvieran hacia los suyos y empezó a murmurar hipnoticamente:

—T no sufres dolor, el dolor se ha ido. Eres somnolienta y cansada. El dolor se ha ido, eres somnolienta..., eres relajada..., el dolor se ha ido..., duermes ahora...

Aurelia vio sus ojos y oyó su voz. Sus ojos eran como brillantes lunas para ella, sumergidos en oscuridad. Llenaban todo el universo, iluminándolo instante por instante. Y todo giró alrededor de su voz; ella sentía que flotaba en un mar ligero pero infinitamente consolador y sin dolor. Una tranquila sensación se apoderó de ella. Una ligereza y libertad de la angustia. Todo estaba explicado, todo comprendido, todo era gozo y paz. No sintió el cortar del cuchillo en sus partes vitales, ni la catarata de su sangre. Estaba sin cuerpo. Sonrió y su sonrisa

pareca venir de algn lugar profundo que sala a su encuentro, una profundidad llena de amor, ternura y compasin.

—Mam —dijo dbilmente y con cario; luego se qued quieta.

Lucano alz su cabeza y mir a Keptah, y se sinti invadido por una corrosiva ola de amargura.

—Se ha ido —dijo.

Pero Keptah estaba sacando las delgadas piernas del nio del cuerpo de su madre, piernas dobladas grotescamente, pequeas como las de un mueco y azuladas. Despues apareci un diminuto vientre con mayor rapidez, luego su pequeno pecho y por fin la cabeza empapada de sangre, no mucho mayor que una

manzana. Su rostro pareca de cera, salpicado de sangre, igual que todo su cuerpo; los ojos de mueco estaban cerrados y no pareca respirar.

Cuando el nio qued echado entre las piernas muertas de su madre, tan inmvil como ella, en medio de un charco de su sangre, Iris puso su cabeza junto al inmvil pecho de Aurelia y sus sollozos llenaron la habitacin, donde el gemido haba cesado, como la continuacin de su lamentable sonido.

Todo haba acabado. No se haba salvado ninguna vida. Keptah se cubri el rostro con las manos y se arrodill al pie de la cama. Lucano se irgui rgido. Su mismo cuerpo pareca estallar con helada furia, despecho y coraje. Dos haban muerto sin ningn significado y por ningn propsito; dos, de nuevo, haban sido llevados salvajemente a la muerte por la mano de Dios.

— ¡No! —grit Lucano vehementemente—. ¡No!

Corri al pie de la cama y tom al nio que no respiraba en sus brazos. Por un instante su ligereza le sorprendi. Pesaba menos que aquella mueca que l haba dado a Rubria haca muchos aos Su carne estaba fra y plida, su rostro azul, su cabeza cada. Lucano forz los labios infantiles, los abri e introdujo un dedo en la garganta. Extrajo un coagulo de sangre y moco. Nadie le miraba cuando tom una manta caliente y envolvi al nio en ella. Abri de nuevo la increíblemente diminuta boca, alz al nio hacia su rostro y forz profundas aspiraciones en su garganta y pulmones. Concentr toda su atencin, toda su voluntad, en el beb. Iris continuaba quejndose; Keptah, arrodillado, lloraba por las dos almas que haban abandonado aquellos cuerpos; las enfermeras, lamentndose, estaban postradas en el suelo.

— ¡Vive! —mand Lucano al nio, mientras grandes gotas de sudor caan de su frente y mojaban sus vestidos.

Su fuerte respiracin entraba y sala por la garganta del infante como la misma vida, firme y llena de propsito, decidida a no ser rechazada. Sus dedos presionaban el pecho del nio con suavidad y firmeza, contrayndolo Y dilatndolo, sosteniendo al pequeito contra su corazn con la mano izquierda y respirando sin cesar en su garganta.

Iris cubri con una colcha el rostro tranquilo y yerto de Aurelia y sus gemidos murieron cuando vio la dbil y plcida sonrisa en los labios de su seora. El trozo de cielo gris, visible a travs de la ventana, se oscureci a causa de una tormenta que se acercaba hasta all llegaba el distante sonido del trueno, y luego el fulgor del rayo. Las esclavas continuaban llorando y gimiendo y rogando por los muertos. Keptah se sent sobre las piernas, su cabeza cada. El trueno y el sonido del viento se mezclaban con sus voces.

De pronto Keptah se alz con rapidez. Había un nuevo sonido En la habitacin, dbil e inseguro como el grito de un pajarillo. Se apagaba, luego sonaba con ms fuerza. Keptah corri hacia Lucano y exclam con asombro:

— ¡El nio vive! ¡No est muerto!

Pero Lucano no le vea ni le oa. Sus dedos se movan continuamente; proyectaba su respiracin y su voluntad y su vida sobre aquel infinitesimal cuerpo. El nio se estremeci contra su corazn; frgilmente, como un pjaro que luchaba. El ensangrentado rostro perdi palidez, se colore profundamente. Una mano, increíblemente diminuta, se crisp bajo la manta de lana.

— ¡Vive! —exclam Keptah inundado de gozo—. ¡Respira, es un milagro de Dios! Nadie sino Iris vio a Diodoro entrar en la habitacin, vacilando como un borracho. Ella se dirigi hacia l y cay sobre sus rodillas ante l, y tom sus brazos, sus piernas y llor en voz alta.

CAPITULO XIV CAPITULO XIV

LUCANO lea el sptimo libro de Herodoto, en el que deca que Jerjes haba llorado el da de su victoria. Entonces Artabano, to de Jerjes, se haba acercado a l y dicho: † Seor, primero felictate a ti mismo y luego llora †, a lo que Jerjes haba replicado: † Me sent invadido de piedad ante el pensamiento de la brevedad de la vida humana, al percibir que de todas estas multitudes, ni un solo individuo vivir dentro de cien aos. †

Artabano haba replicado: † En la vida tenemos otras experiencias menos lastimosas que sta. El tiempo de nuestra vida es ciertamente tan breve como dices y, sin embargo, no hay un solo individuo que sea tan completamente feliz como para que en el transcurso de su vida, breve como es, no desee, no una vez sino muchas, el estar muerto y no vivo. †

S, Lucano dej el libro e inclin la cabeza contra la mano contemplando sin ver el rayo amarillo y caluroso de un sol de verano que caa sobre sus pies vestidos de sandalias. En aquel tiempo estudiaba mucho en casa, huyendo de la clase tan pronto las lecciones acababan, para escapar de los esclavos, que persistan en

inclinarse ante I, o tocar sus vestidos, o caer de rodillas ante I implorando su intercesin ante los dioses. Le horripilaba Y repela que I, extrao y desesperanzado en cuanto a Dios, fuese rogado que actuase de intermediario entre los sufrientes y /I. Hua de los ojos que le adoraban y de las manos alzadas. Deseaba gritar: 𐤃 𐤌Os digo que /I os odia! Nos da la vida para que muramos en la oscuridad. Nos da la vida para que veamos la fealdad de la muerte. Nos da el amor a fin de que pueda destruimos; 𐤌Mejor adorar a Caronte que a /I!!𐤃

Pero no poda decir aquello aunque se estremeca desesperadamente en su corazn. Desde que haba salvado la vida del pequeo Prisco, los esclavos crean devotamente que haba sido tocado por la divinidad. Ya no poda ir al hospital, ni visitar esclavos enfermos en compaKa de Keptah. Las cosas estaban as desde haca seis meses. Pronto partira para Alejandra, donde sera uno entre los muchos animos y desconocidos estudiantes, el hijo de un antiguo esclavo, el protegido de un romano de buen corazn. Entretanto mantena su puerta cerrada contra aquellos que se acercaban humildemente a ella; se tapaba los odos con las manos para no or las inoportunas palabras que le dirigan a su madre y sus tristes y compasivas respuestas. Estudiaba dibujos de anatoma muerta con Keptah, pero no oa a los vivos. Cuando en una ocasin Keptah le haba reprochado, exclam frenticamente:

— 𐤃Debo decirles lo que creo, que Dios es su enemigo? Sin duda dir esto si me presionas a que hable con ellos Y 𐤃Para qu les servir? No soy un embustero.

—Eres como un arquero parto que, retirndose, lanza dardos envenenados hacia atrs —dijo Keptah—. Te digo que /I te persigue y no escapars a /I. Tus dardos no le herirn, pero /I persigue impulsado por amor, no por odio.

Sin embargo el mdico comprenda con la ms profunda piedad.

Una abeja entr zumbando a travs de la abierta ventana y se pos sobre un libro cerca de la esculida mano de Lucano. Sus doradas alas temblaban; atrevidamente explor el rollo. Sus patas delicadas se movan nerviosamente. De pronto se lanz y se pos sobre la parte de encima de los dedos de Lucano. /I vio sus enormes y brillantes ojos y suspir. Se levant gravemente y con lentitud se acerc a la ventana y dej que la pequea criatura volase desde all siguiendo su brillante vuelo hasta que desapareci. Un gran dolor le dominaba y tena los ojos secos. 𐤌Oh, los inocentes, que viven slo para poder morir! Lucano apoy la frente sobre el alfizar de la ventana y sinti una tremenda compasin y amor por todo lo que vive, es torturado, se machita y cae en el polvo, desde una abeja hasta un hombre, desde una hoja a un nio, desde un rbol a un buey; desde una estrella a una araa. Dese abrazar la vida con sus brazos, consolarla, murmurar amor y consuelo, y sostenindola as, retar a su Destructor.

Se dio agudamente cuenta de los sonidos de la casa. La risa de una nia. La nia era muy joven, la hija de la esclava que amamantaba al pequeo Prisco. Iris era ahora el guardin del hijo de Diodoro. Le haba llevado a su casa pocas horas despues de su nacimiento, junto con la nodriza y otra esclava. Era Iris quien mimaba a Prisco y le atenda, no dejndole ni un momento durante el precario mes de su vida. Fue Iris quien vio su primera desdentada sonrisa y oy su primer murmullo afectivo. Le meca sobre sus rodillas; dorma junto a su pequea cuna. El menor ruido haca que acudiese corriendo junto a I. Teji sus vestidos y los cosi. Meca su cuna cuando estaba inquieto, se inclinaba sobre I tranquilizndole. Lavaba su diminuto cuerpo. Nunca se separaba de I.

Lucano oy la voz de su madre, y la gutural respuesta del pequeo nio. Frente a la ventana de Lucano pas la aureolada cabeza; llevaba a Prisco en los brazos, cogido firmemente contra su pecho. El rostro del nio apareca por encima de los hombros de Iris y sus ojos se encontraron con los de Lucano. El joven se estremeci porque el pequeo rostro era como el de Rubria y no poda soportar su vista, Prisco gir sus ojos alegremente, porque era un alma feliz, lleno de afabilidad hacia todos. A su pesar Lucano sonri en respuesta. El nio ech hacia atrs su cabeza balbuceando feliz y toc el odo de Iris. Ella le llevaba al fresco y pequeo jardn en la parte de atrs de la casa. All se sentaba bajo un gran rbol, murmurando y cantando hasta que el nio se dorma. El sol descendia hacia el oriente. Un aire claro difuminado con oro, se llenaba de susurros de vida secreta. El aroma de la tierra, las flores y la hierba se mezclaba con suave luz y en algn lugar de la casa una esclava canturreaba mientras haca sus deberes. Las palmeras sonaban y se es estremecan y los pjaros saltaban de rbol en rbol, reflejando la luz del sol en sus alas como oro.

Lucano sali al jardn. Iris haba cogido una flor blanca y Prisco, sobre sus rodillas, estaba activamente examinndola. Era an muy pequeo para su edad, pero tena un cuerpo inquieto y atento, y sus ojos negros brillaban con el deleite de ver y existir. Estaba desnudo excepto un blanco paal; su pequeo pecho era ancho y moreno. Unos rizos negros se curvaban alrededor de sus orejas, cuello y frente. A pesar de ser tan pequeo tena una fuerza casi increble para un nio de tan corta edad y nacido prematuramente. Pareca un diminuto guerrero, aunque su sonrisa era la sonrisa de Rubria, ganadora y dulce, con un toque de malicia en la expresin de sus ojos, cariosos e inquisitivos como los de Rubria. Por esta razn, Lucano evitaba normalmente al nio. Prisco le vio antes que Iris y gru(60) de nuevo feliz y agit la flor como dndole la bienvenida.

Iris sonri a su hijo, ocultando su constante ansiedad por I.

—Mira —dijo—, 𐤃no es como un arquero, o un luchador, o un corredor? Sus msculos son verdaderas armaduras.

La boca del nio tena an las huellas de la leche que acababa de tomar y jugueteaba sobre las rodillas de Iris a fin de que sta riese y le sujetase. Lucano alz un dedo frente a Prisco y ste lo cogi, lo examin con

intensidad Y luego se lo llev a la boca. Lucano sonri. Senta hacia el nio afecto de padre. Despues frunci el ceo.

—Es extrao que Diodoro permanezca en Roma tanto tiempo. Da la impresin de que no piensa en su hijo. Luego exclam:

— ¡Ay, tiene dientes!

—Cuatro —dijo Iris orgullosamente—. ¡ No es maravilloso?

Su rostro era tan sonrosado y puro como el de una joven. Tras un momento aadi en forma abstraada:

— ¡ Diodoro? S, hace casi seis meses. Esta vez no volver hasta que consiga permiso para abandonar Antioqua. As me ha escrito. Me imagino —aadi con una dbil sonrisa— que estar mareando a Carvlio Ulpiano sin piedad y acosando al Palatino. Ya no puede soportar Siria por ms tiempo y est determinado a retirarse a sus posesiones. Creo que se ha transformado en la sombra de Csar porque es un hombre obstinado y tiene considerable influencia.

Acarici la gil cabeza del nio. Diodoro haba llevado las cenizas de su hija y su esposa a Roma para enterrarlas en el cementerio familiar. Iris saba que aqul haba sido un viaje doloroso y sin consuelo. Diodoro, despues de la muerte de Aurelia, se haba enmudecido, haba partido para Roma, y pasado muchas semanas antes de que escribiese brevemente para contarles acerca de sus planes y preguntar por su hijo. Su pregunta haba sido indiferente, slo haba visto a Prisco unas pocas veces y no haba manifestado ninguna emocin. Pero su ltima carta haba sido ms interesante. Estaba convencido de que Siria era malfico para su familia. Cuando volviese sera tan slo a fin de recoger su casa e instruir a su sucesor y luego abandonara aquella maligna tierra para siempre. Su hijo sera educado en la tierra de sus antepasados, frente a la vista de las siete colinas, bajo la proteccin de sus dioses.

Haba escrito slo una lnea respecto a Iris: † Confo que t, mi antigua compaera de juegos, mi hermana espiritual, consentirs en volver conmigo, para continuar el cuidado maternal de mi hijo ‡.

Iris suspir. Esperaba mucho ms que aquello. Su propio hijo estara lejos, en Alejandra; aquel hijo tan torturado, atormentado, tan posedo por un dolor sin remedio, tan sombro y desolado. † Ah, pens, pero es joven, y tiene mucho que estudiar y que aprender. ‡ Se dio cuenta de que Lucano era como ella tanto en naturaleza como en apariencia: Paciente, delicado, profundo y calmosamente amante, reservado en el habla y la accin, viviendo una oculta aunque profunda vida, disciplinado y un tanto rgido de temperamento. An no haba adquirido su presente flexibilidad, su gentil resignacin, y profunda fe en que Dios era bueno y no malvolo.

Siempre se haban comprendido ms que hablando por medio de elocuentes miradas, una ligera sonrisa, el ms pequeo gesto, la menor inclinacin de cabeza. Entre los dos, haba siempre existido la ms profunda comprensin hasta que Rubria muri. Desde entonces Lucano se haba retirado incluso de su madre y haba permanecido fro y alejado a distancia. Hasta aquel da haba rechazado interesarse por el nio que l haba salvado, aunque Iris sospechaba tiernamente que era menos frialdad que temor a verse envuelto una vez ms en un amor personal por algo, porque en el amor, crea l, exista un constante peligro y una amenaza de desastre.

Se sinti intensamente emocionada cuando Lucano repentinamente se inclin a fin de poner su rostro a nivel con el del nio. Prisco se sinti encantado. Alz la mano y cogi la nariz de Lucano.

—Tiene la mano de un gladiador —exclam el joven— y unos talones de guila.

Prisco balbuceaba de alegra. Solt la nariz de Lucano y cogi el rizado cabello que caa sobre la frente del joven y tir de l. Lucano se maravill de su fuerza. He aqu un nio que slo seis meses atrs haba yacido en sus brazos como una rota marioneta, sin respirar y azul, flcido y tan blando como la cera. De pronto Lucano se sinti lleno de orgullo y afecto. Extendi sus brazos hacia el muchacho, y Prisco rpidamente se ech en ellos. El clido, pequeo y firme cuerpo rompi el corazn de Lucano; bes los desnudos y morenos hombros, acarici los brazos y los codos. Bes los ojos, tan parecido a los de Rubria, y luego, muy tiernamente, la boca que era una pequea rplica de la de ella. Sus prpados se sintieron invadidos por las lgrimas y sinti que se le haca un nudo en la garganta. † ¡Oh, que pueda amar de nuevo! ‡, rog a una deidad sin rostro.

Volvi el nio, pese a sus protestas, a los brazos de Iris; se alz repentinamente y se alej. Iris le sigui con una larga y triste mirada; sin embargo se sinti consolada.

A la maana siguiente de llegar Diodoro a Antioqua, el tribuno orden que Keptah se presentase ante l. El mdico penetr en la biblioteca de su seor y sus penetrantes ojos apreciaron instantneamente el estado mental y fsico de aqul. El rostro de Diodoro estaba gastado y ms plido. Los aos parecían haberse acumulado sobre sus rasgos; aunque toda su persona pareca rodeada de una triste inquietud y pareca haber adquirido una madurez ms dura. Era ms romano que nunca, y menos sencillo que jams haba sido.

—Tengo buena salud —dijo abruptamente antes de que Keptah pudiera, ni siquiera saludarle—. No es necesario que tus mdicos ojos me examinen de arriba a abajo. Dentro de cuatro semanas partir para Roma con toda mi casa. Ya no eres un esclavo. Tengo entendido que has comprado vias y olivos en los alrededores y que has efectuado algunas inversiones en la propia Roma. No tengo tiempo que perder. No te puedo mandar puesto que eres un liberto. Slo puedo preguntarte: ¡ Volver con migo a Roma?

— ¡ Es necesario preguntarme esto?, seor.

Diodoro no respondi durante unos momentos. Luego dijo con una nueva quietud en su voz.

—He aprendido una sola cosa en todos estos meses pasados en Roma: Un hombre nunca puede fiarse de otro; si lo hace es a costa de su propia seguridad y quien niega esto es o un mentiroso o un estúpido. ¿Quin fue el filósofo que dijo: ¿S amigo de todos pero no tengas intimidad con ninguno? No es slo, como algunos me han dicho en Roma, que el hombre es intrínsecamente malo y no es el mismo hombre hora tras hora, de da en da. Mi pregunta no era un insulto para ti. Estaba simplemente interrogando. Keptah no respondi. Se senta lleno de compasin hacia aquel hombre ms delgado y menos vehemente, cuyos fieros ojos estaban an sumidos y llenos de dolor. La animacin haba desaparecido del tribuno y su vitalidad estaba en decadencia. Sin embargo, an quedaba ferocidad y sombra expresin en l.

—Pens, cuando part para Roma, que volvera a reunirme con mis viejos camaradas y que ellos me recordaran con afecto. No puedes imaginarte lo idiota que fui. Es cierto que me saludaron con afecto y mucho placer. Esto es debido a que se acordaron de que tengo mucha influencia incluso con ese Tiberio que por lo menos recuerda que soy un soldado excelente, aunque no parece que recuerde que soy un ser humano. Cre que encontrara algn alivio en Roma...

Hizo una pausa y una sombra oscura recorri su rostro. Se levant y llen una copa de vino, luego hizo un gesto a Keptah de que se sirviese.

—En resumen, seor —dijo Keptah, despus de haber bebido respetuosamente su copa de vino—, has descubierto que los hombres no son diferentes en Roma de lo que son en Siria, en Bretaa, en la Galia, en Judea, en Egipto o en Grecia.

Diodoro dej su copa lentamente y sin hacer el gesto violento que sola. Se notaba la ausencia de su anterior nfasis y violencia en sus maneras y voz. Respondi:

—Tienes toda la razn. Pero estaba ausente de Roma desde hace mucho tiempo y haba olvidado. Te hablar de esto ms tarde.

Empez a pasear abajo y arriba de la biblioteca con un pesado y arrastrado ruido.

— ¿Por qu son la inteligencia y el intelecto tan raros? ¿Por qu hay que buscar estas cualidades como si buscamos oro?

—Los dioses —dijo Keptah sombramente— an estn celosos de la sabidura. Es el fuego de Prometeo, que cuando arde en algn hombre los dioses le castigan, aunque sus prjimos le castiguen ms an. Se ha dicho tambin que no puedes ensear al hombre nada; slo puedes ayudarlo a que lo encuentre dentro de s mismo. Si carece de inteligencia entonces todas las exhortaciones, todas las lecciones, todo intento de mejorar sus medios, todo sacrificio y todo ideal no le arrancarn de su bestialidad. Porque si presumimos de que es inteligente porque tiene forma de hombre se volver y lo negar con sus actos. Encuentro en esto una retribucin justa.

Diodoro le mir con inters. Llen otra copa de vino y la bebi de un trago. Despus mir al fondo de la copa vaca y pareca dirigirse a ella al hablar, ms que a Keptah.

—Necesito una madre para mi hijo.

El rostro de Keptah adquiri un aspecto de alarma.

— ¿No has encontrado tal seora en Roma, seor?

Pens en Iris con tristeza. Pero Diodoro era romano de pies a cabeza.

—He cometido una vil accin —dijo Diodoro como si Keptah no hubiese hablado.

Volviase hacia el mdico y su rostro haba adquirido un tono de dureza

— ¿Por qu confo en ti, un hombre que puede traicionarme maana? ¿Tendr que sobornarte para asegurar tu lealtad y evitar que me critiques y difundas esto por todo Roma? ¿Puedo estar seguro de que no ser repetido en los odos de alguna prostituta Cuando hayas bebido, si es que alguna vez bebes ms de la cuenta? ¿Puedes garantizarme que no sers mi enemigo este ao o el que viene? Despus de todo creo que es mejor para ti que no vuelvas a Roma conmigo.

—Como t quieras, seor —respondi Keptah, y en su voz vibraba una nota de ira.

Diodoro dej la copa con algo de su antiguo fuego.

—Despus de todo —dijo—, ¿Quin aceptara la palabra de un antiguo esclavo contra la palabra de Diodoro?

Keptah cruz sus brazos sobre el pecho.

—Es verdad —dijo—, por lo tanto no necesitas confiarte en m, seor. No he pedido tu confianza. Para tu propia paz mental, prefiero que no me la des.

—Sin embargo, me sentir ms seguro contigo como mi mdico en Roma. ¿He odo tales historias!

Pueden, o no ser ciertas, pero se dice que Tiberio se ha librado de algunos hombres intransigentes e incluso de dos senadores, sobornando a sus mdicos. Probablemente es mentira; Tiberio puede que sea un hombre de cabeza muy fra, pero el veneno no es la forma en que un soldado trata con enemigos, incluso si emplea espas. Sin embargo, lo s por buenas fuentes, muchos ricos depravados, indeseables que ocupan altos cargos en Roma, han sobornado a los mdicos de hombres, con cuyas esposas haban adulterado o de quien haban conseguido posesiones o alguna ventaja poltica.

Dirigi a Keptah una mirada sombría.

Cuando el escndalo se filtr, no fueron los sobornadores quienes recibieron el castigo. Los mdicos fueron hallados en el Tiber un poco tiempo despus.

Keptah no pudo evitar el sonrer para sus adentros.

—El Tber no me atrae como el lugar de mi sepultura, seor.

Diodoro ri sin alegra.

— ¿Que las furias carguen contigo! No has comprendido an. Necesito un amigo. ¿Y debo acudir a mi liberto par tenerlo! ¿No es esto irnico?

— ¿Y t no has encontrado amigos entre tus camaradas de armas, y entre los de tu rango, seor? — pregunt Keptah.

—No —respondi Diodoro, se sent y contempl por entre sus piernas el suelo de mrmol.

—Veo que has respondido a mi pregunta. Sin embargo, para asegurar tu presencia con mi casa en Roma y mantenerte fiel, triplicar tu estipendio y te dar una casa propia en mis propias posesiones.

—No —dijo Keptah—. No estoy en venta, seor.

Su voz se alz con dura frialdad.

—Observo que Roma no te ha probado. Te ruego que recuerdes que confiaste en m implcitamente antes de volver all, que tu padre confi en m y estaba profundamente unido a m. Que el ama Aurelia me introdujo en su confianza y que nunca te he engaado, ni una sola vez en tu vida, excepto cuando cre, por razones de afecto que la verdad podra herirte. ¿ Puedo retirarme, seor?

—No —dijo Diodoro.

Continu mirando al suelo. No era propio de un romano excusarse ante uno de menor rango que l, pero, sin embargo, dijo:

—Lo siento.

Keptah se sinti conmovido y asombrado. Tom una de las manos de Diodoro y la bes y dijo:

—Seor, t sabes cun profundamente honro a Dios. Si puedo ayudarte a que confes en m, aunque prefiero que no lo hagas por tu propio bien, juro por su ms santo nombre que nunca te traicionar, que en el mismo instante en que me hagas tus confiancias las olvidar.

Diodoro le estudi sombramente.

—Entonces debo contarte la vil accin que he cometido, la mentira que he dicho en Roma, no slo porque eras mi amigo, sino porque estoy confuso y porque...

Se detuvo y respir profundamente.

—Hay un senador que es amigo de Carvlio Ulpiano y slo su riqueza y la despiadada reputacin de vengativo y cruel de que goza, mantiene su secreto desconocido para todos, excepto para Carvlio. Tuve que discutir un cierto asunto con mi cuado y durante la discusin me confi el secreto del senador. Sospecho, debo aadir, que el senador tiene alguna clase de poder sobre Carvlio que le arruinara si no guardase silencio. ¿ Te das cuenta de lo suspicaz que me he hecho?

Keptah se mantuvo esperando y en silencio. Diodoro se ruboriz lentamente.

—Hice lo que el senador haba hecho. ¿ l amaba a una esclava de su casa, una de las que tena en sus posesiones de Sicilia. La libert. Su mujer era estiril y por lo tanto se divorci de ella. Despus solicit que un genealogista inventase un buen rbol genealgico para su liberta y se cas con ella con todos los honores; hoy es una gran favorita en Roma y una matrona digna.

Keptah frunci el ceo.

—Comprendo, seor. T has solicitado los servicios del mismo genealogista y has inventado una descendencia griega distinguida para Iris.

Se sinti enormemente aliviado.

—S —dijo Diodoro sombramente.

Keptah recibi la primera alegra que haba sentido durante muchos meses. Luego su rostro se oscureci.

—Olvidas, seor, que toda tu casa sabe que Iris fue anteriormente una esclava. ¿ Cmo puedes asegurarte que no trascender?

—En ese rbol genealgico —dijo Diodoro ignorando el comentario—, he hecho escribir que Iris fue raptada de su distinguida familia en Cos por tratantes de esclavos, que se sintieron atrados por su infantil belleza, y que slo despus fue descubierto quin era ella realmente. Sus padres murieron de tristeza; despus de su muerte se descubri que haban dejado a su raptada hija una fortuna considerable.

Keptah consider estas palabras crticamente.

—Bien, seor —dijo al fin—. Entonces no necesitabas haberme confesado que el rbol genealgico ha sido inventado. ¿ Por qu lo has hecho?

Diodoro movi su cabeza lentamente.

—Ha habido slo un hombre a quin no he podido mentir o a quien no mentira. Extrao es que hayas tenido que ser t... Prefiero, por causa de alguna perversin, que sepas la verdad.

—Y mientras deseabas confiarte en m, me estabas amenazando.

Diodoro le mir con la irascibilidad que haba sido caracterstica de antao.

—Para ser un sabio, eres muy obtuso. —Se puso en pie y anduvo de arriba abajo—. Carvlio Ulpiano tambn sabe la verdad. Pero no la dir, ni siquiera a Comelia, la hermana de mi difunta esposa. Por muchas razones.

Diodoro detuvo sus paseos. Habl con la espalda vuelta a su mdico y en tono de voz muy bajo.

—

He amado a Iris desde que ramos nios y estbamos juntos. Ella puede an tener hijos. No puedo concebir el casarme con otra mujer, ni siquiera con una mujer de la mejor familia de Roma. T no conoces a las mujeres romanas. Han perdido toda su feminidad. Se han transformado en hombres fraudulentos y disolutos. Se

mueven por Roma en sus literas doradas sin compañía y pueden citarte los últimos precios de la banca con la facilidad de banqueros... Muchas de ellas prefieren no casarse, pero tienen muchos amantes. «A tal degeneración ha llegado Roma! No deseo manchar mi boca con la lista de sus abominables prácticas. — Coloca sus manos atrás —. He tenido muchos sueños extraños en los que Aurelia se acercaba a mí sonriente; no como una sombra, como nos ha enseñado, sino en plena y juvenil plenitud, con amor en sus ojos y consuelo en sus manos. Me ha instado a que me case con Iris, a quien ella llamaba su hermana. —Se volvió hacia Keptah y le retó con sus agresivos ojos —. ¿Crees que soy supersticioso? ¿Aseguras con las palabras oscuras que sueles usar, que los sueños son tan sólo el cumplimiento de secretos deseos?

—Creo, en este caso —dijo Keptah seriamente—, que no eres supersticioso, que no estás tratando de racionalizar un deseo profundo por el cual te atormentas con conciencia de haber pecado. Antes de que Aurelia muriese, Iris se acercó a ella...

Y contó a Diodoro lo que Aurelia le había dicho a su liberta con tanta prisa y tanta esperanza.

Mientras Keptah hablaba el rostro de Diodoro cambió y palideció. Cayó sobre una silla. Después inclinó su cabeza sobre sus manos y gimió. Keptah se sintió alarmado. Había esperado alegría y alivio, pero Diodoro parecía haber recibido una mortal impresión.

—De modo —dijo con voz quejumbrosa— que a fin de cuentas no engañó a mi pobre esposa. Ella supo siempre que en el fondo de mi corazón yo le era infiel. Pero ella no supo cuánto luchó contra ello; no supo cuánto la amó. «Lo que ella debe haber sufrido! «Qué soledad y tristeza! No fue bastante que su hija muriese. No fue bastante que ella tuviese que morir dándome un hijo. Yo debí quitarle lo que es más querido a una mujer. Y sufrí todo esto en silencio, con devoción y ternura.

—Estás equivocado —exclamó Keptah acercándose a él—. El ama Aurelia puede que no fuese una mujer instruida y sutil. Pero ella comprenda todo cuanto había que comprender. Era una mujer buena.

Deseo con excitación y piedad que Diodoro fuese menos complicado, menos inteligente y un hombre menos difícil, menos dado al hábito morbido de inspeccionarse a sí mismo críticamente. Inventaba culpabilidad para sí mismo cuando no existía la menor culpabilidad.

Diodoro dejó caer pesadamente las manos desde su rostro, que quedó marcado con seales rojizas dejadas por la presión de sus dedos y, aunque no había llorado, sus ojos estaban congestionados. Muy quedamente dijo:

—Todo está bien. Pero ahora veo que nunca podré casarme con Iris. Mi conciencia no me lo permitirá. No la llevaré a Roma conmigo. Todo ha acabado. La vida ha terminado.

CAPÍTULO XV CAPÍTULO XV

DIODORO llamó a Iris ante su presencia aquella misma tarde. En el camino, acompañada por una esclava y por el niño, se dirigió mentalmente a Aurelia desde lo más profundo de su alma: «Me ha llamado a tu presencia, señora; tú sabes cuánto nos hemos amado, y que nunca te fuimos desleales porque te amamos a ti. Puedo ir ahora a él y decirle: donde tú estás, Cayo, allí estoy yo, Caya. Querida amiga, te recordaremos con amor y con la más preciosa de las memorias. Si somos bendecidos con hijos, llamaremos a la primera niña como tú, la más amable de las amigas.»

Su gozo era tan exuberante que su hermoso rostro brillaba con luz. Se había recogido el dorado cabello con blancas cintas y su estola estaba cuidadosamente plegada, los bordes caídos sobre sus blancos pies. Estaba radiante y joven como una diosa y su cuello tenía un tinte rosado causado por la rapidez del pulso de su sangre. A causa de su excitación tenía que dominarse para no correr.

Entró sola en la biblioteca, y el azul éxtasis de sus ojos era como un resplandor del cielo. Diodoro, de pie ante su mesa, sintió una insoportable agonía y desesperación, pasión y amor al verla y pensó que Afrodita, surgiendo de entre las olas, no tendría un aspecto tan radiante, una belleza tan perfecta para asombrar al mundo. No había recordado por entero la maravilla de su cabello, la blancura de su carne, la moldeada nieve de sus brazos, la iridiscencia de su carne. Pero no era sólo su belleza lo que le producía asombro; ella emanaba algo, para él, algo divino envuelto en luz, incontaminado de infección humana. Mostraba su maravillosa belleza tan simple e inocentemente como un lirio y poseía la misma pureza.

Se mantuvo de pie frente a la mesa, vestido con su corta túnica militar y armadura; su espada, corta y ancha, ceñida al cinto. El casco reposaba junto a él sobre la mesa y era evidente que estaba a punto de partir para Antioquia. Le rodeaba un aire de prisa y rudeza, de frío militarismo, de lejania. Y fue este aire lo que detuvo a Iris repentinamente en el pórtico y la contuvo de caer sobre sus rodillas ante él y besar su mano. Un agudo sentimiento de calamidad se apoderó de ella y la luz desapareció de su rostro. Aquel hombre gastado y más delgado, aquel hombre formidable y amenazador, no era el Diodoro que ella conocía, era un extraño.

—Saludos, noble señor —murmuró y el sentimiento de calamidad se profundizó en ella—. Espero que hayas tenido un viaje agradable hasta aquí.

—Entra, Iris —respondió él, y volvió su rostro dejando su perfil claramente destacado ante ella e Iris pudo ver la fría voluntad de contenerse que le dominaba—. No te detendrás por mucho tiempo. He sido informado del tierno y maternal cuidado que has dado a mi hijo, por lo cual ningún oro bastará: Pero esto es todo cuanto tengo para ofrecerte.

Iris le mir con una sonrisa que experimentaba su desilusin.

—No me debes nada, seor —dijo desmayadamente—. Ha sido un gozo hacer de madre de tu hijo, que es como un joven Marte, lleno de alegra.

Se detuvo. Sintió que un dolor agudo se apoderaba de su pecho y garganta.

Mirando el rostro desesperanzado de I sintió una profunda opresin y ansiedad, olvidndose de s misma. ¿Estará enfermo? ¿Por qu aquella expresin de profunda angustia, aquella plida dureza en sus labios, aquella amarga arruga en su frente? Exclam con temor:

—Seor, no te encuentras bien... ¿Contrajiste las fiebres en Roma? Se acerc a I, con su corazn temblando de amor y temor, y sus ojos azules se fijaron intensamente en I, recorriendo los detalles de su perfil. ¿I no la miraba. Tena la mano apoyada sobre el casco y los tendones se contraan sobre I. ¿Pobre Diodoro!¿, exclam ella para s. ¿Alma de mi alma! ¿No sabes que dara mi vida gozosamente por ti? Dime, ¿qu es lo que te atormenta?¿

Diodoro an no se atreva a mirarla. Percibi la fragancia de su carne, clida y juvenil, dulce como una flor. Su mano se contrajo en un espasmo de aguda angustia. Habl como si ella no hubiese hablado.

—En mi ltima carta a ti, Iris, te preguntaba si volveras a Roma conmigo cuando me vaya para siempre de este maligno lugar a fin de que cuidases a mi hijo —se detuvo. La carne griscea que rodeaba sus ojos se distendi— pero ahora no puedo pedirte eso. Tu hijo parte dentro de tres semanas para Alejandra. Desears permanecer junto a I. Como un don, y como una seal de estima hacia ti, te doy a Cusa, que ayudar en la educacin de Lucano en Alejandra, y Calope, que es ahora su esposa, para que te ayude. Mas an; depositar cinco mil sextercios de oro para ti a fin de que puedas vivir confortablemente en alguna casa cerca de la universidad y todos los meses de diciembre la misma cantidad te ser entregada. Comprendo, desde luego, que todo esto es un pago pobre por lo que t y tu hijo habis hecho por m, pero es todo cuanto tengo.

El terror, el abandono y desmayo se apoderaron de Iris, Mir a Diodoro incrduamente.

—¿Me envas lejos de ti, seor?... ¿para siempre? —Ella exclam, y presion sus manos contra el pecho de I—, ¿para siempre, Diodoro? ¿Soy tan odiosa a tus ojos? —Las lgrimas empezaron a descender por sus blancas mejillas.

—Estoy intentando ser justo —dijo Diodoro en voz ronca—. Pens que preferiras estar cerca de tu hijo. Comprendo que ser duro separarte de Prisco, para quien has sido como una madre, como mi propia madre fue para ti. Pero la vida es una continua partida —haba percibido en su voz la tortura, su incrduo tormento e incredulidad—. No debes creerme ingrato.

Despus volvi su rostro rpidamente hacia ella y ste cambi.

—¿Crees que esto es fcil para m? —pregunt rudamente—. Sin embargo esta es mi voluntad porque no hay otra forma.

—Entonces, de alguna forma imperdonable, yo he debido disgustarte terriblemente —exclam Iris—. ¿I ya no me ama ¿, pens con profunda y abrumadora desesperacin y desmayo. ¿Ha encontrado alguna dama en Roma con quien casarse. Soy un inconveniente y un entorpecimiento para I. Olvidar incluso que he existido.¿

Se sintió dbil; dese echarse sobre el suelo y quedar inerte o morir. Una aridez, como el polvo en la boca de un hombre moribundo, sec sus labios y su lengua, y su corazn palpit con un aplastante dolor. ¿Djame ir como la ms humilde esclava en tu casa ¿, implor silenciosamente. ¿No me dejes ni siquiera aparecer ante tu vista. Pero no me alejes de ti, por el nombre de todos los dioses. Ser bastante bueno vivir bajo el mismo techo que t, contemplarte de lejos, or el eco de tu voz, ¿cmo puedo vivir de otra manera?¿

—Iris —dijo y de pronto se detuvo.

No poda cambiar de opinin. No se atreva a volver a ver nunca ms a aquella mujer. Pens en Aurelia y le pareci que ella le miraba con severidad pidiendo este tremendo sacrificio para limpiar su culpabilidad.

Coloc el casco sobre su cabeza. No poda volver a mirar a Iris porque sus brazos se sentan dbiles y vacos y saba que deba huir de aquella habitacin si deseaba salvarse a s mismo.

—Desears preparar tu viaje y el de tu hijo —dijo, mirando ciegamente al suelo—. Iris, no nos veremos nunca ms. He ordenado que mi hijo vuelva a esta casa maana por la maana con su aya. —Hizo una pausa—. Iris, te deseo todas las bendiciones de los dioses y toda felicidad. Ella cogi una silla y se sent, su cabeza cada sobre el pecho, sus brazos flcidos, luego empez a hablar en voz baja pero muy clara.

—Seor, no puedo aceptar nada de ti. Lo que he hecho, si es de alguna importancia, fue hecho por amor..., por amor a Aurelia y al nio... tomar el ms pequeo de los dones sera insultarles a ellos y a m.

Diodoro empez a caminar hacia la puerta. Luego, abrumado por una terrible desolacin, pena y deseo, se detuvo de espaldas a ella.

—Sin embargo —dijo suavemente—, soy romano y debo expresar mi gratitud de algn modo.

Iris alz su cabeza y le mir como a un igual que le haba ofendido imperdonablemente. ¿I not su fuerza e involuntariamente se volvi y la mir frente a frente. Pareca una noble estatura all sentada, cubierta con la blanca estola cada sobre su pecho y su perfecta cintura, reposando sobre los elevados arcos de sus pies. Estaba tan privada del color como el mismo mrmol. Estaba envuelta en dignidad y orgullo y sus plidos labios se curvaron con desprecio.

—Diodoro —dijo con voz firme y enojada—. Hay algo que debo decirte. Yo no soy una mera criada que pueda ser despedida o arrinconada. He guardado un secreto durante mucho tiempo por el deseo de tu madre, el ama Antonia, porque pens que te ofendera profundamente..., como romano que eres! Sin embargo me dio permiso para contarte este secreto cuando yo lo creyese necesario y ahora encuentro que es necesario.

Despus que tu padre muri ella me adopt legalmente, pero en secreto, como hija suya. El pretor as lo escribi en Roma, antes de que t volviesses de Jerusaln y en Roma hay mucho dinero depositado para m, que no he usado hasta ahora. Mi esposo nunca supo nada de esto. Me miras como si estuviese mintiendo... Slo tienes que hacer una visita al pretor en Roma.

Se levant lenta y graciosamente como la estatua de una diosa esculpida por Escopas. Llen la biblioteca de luz y quieto poder.

—No creas —dijo amargamente— que yo voy a decir esto a nadie nunca para humillarte. Nunca me cruzar contigo en Roma o en cualquier otro sitio pidiendo que me reconozcas como tu hermana. Nunca dir: † El noble tribuno Diodoro es mi hermano adoptivo †, porque conozco cun terriblemente orgulloso eres. Tu madre me amaba con tanto cario como a una hija. Aunque t no lo sabes, ella no dese que me casase con el pobre Eneas. Pero yo te conoca, Diodoro. Saba que entonces me amabas y que siempre me habas amado y que como romano nunca consideraras en casarte conmigo, una anterior esclava. Para terminar para siempre con tus deseos y luchas internas me cas con Eneas. Antes de la adopcin, hubiese consentido en ser tu amante, ser la mujer ms baja, llevar la lea para tu bao, pero despus ya era la hija de tu madre y no poda ofender su memoria.

Diodoro retrocedi hasta la mesa, quit su casco y se mantuvo mirndola. Se senta enfermo de vergenza. Abri los labios trat de hablar pero no pudo. Tosi secamente y se pas la mano por la frente.

—Djame hablar —dijo casi inaudiblemente— y despus separmonos.

Continu mirando a su yelmo.

— † Sabes lo que sufro? † Sabes cunto te amo y siempre te he amado? † Sabes que la nica cosa que me sostuvo cuando llev las cenizas de mi esposa y de mi hija a Roma eras t? † Sabes que mis noches ms oscuras fueron iluminadas por la visin de tu rostro? —Se detuvo y tosi de nuevo—. Pero he sabido que Aurelia conoca mi pasin por ti. Recuerdo lo que ella debi haber sufrido a causa de esto. Soy culpable ante ella. Debo hacer penitencia.

— † Oh! —Exclam Iris, y de nuevo se ech a llorar, pero su rostro era como el sol tras la lluvia—. † Oh, t, tonto romano, t querido, amado tonto! Claro que Aurelia lo saba. Lo supo en el mismo momento en que entr en tu casa. Te ambamos las dos, y ella era feliz porque era una dama sensata no un hombre de dura cabeza. † Ni una sola vez se sinti turbada! T eras su esposo y eras un hombre honorable. † Es tu alma tan pequea que se atreva a insultar a la gran y gentil alma de Aurelia, mi amiga? Mientras esperaba a tu hijo tuvo presentimientos de muerte y se confi a m. Y antes de morir me pidi que permaneciese contigo para siempre, te consolase y te hiciese feliz; sin embargo t la insultas.

De nuevo se sinti enfadada. Dio un paso o dos hacia la puerta. Diodoro dijo:

—Espera... amor mo... Tengo algo peor que decirte. Mientras estuve en Roma invent un rbol genealgico para ti a fin de que pudiese casarme contigo con honor.

Ella se detuvo y le mir con los ojos muy abiertos y luego, con ternura, despus con una sonrisa y por fin con un repentino y dulce gesto. Corri hacia la puerta y llam al ama de cra que esperaba afuera.

— † Trae al nio! —exclam. Y cuando el nio les fue entregado los sostuvo en sus brazos y lo acarici, mientras el nio jugueteaba con Iris.

— † Tu hijo! —Dijo a Diodoro—. El hijo que has descuidado y apenas visto porque creas que haba causado la muerte de su madre. El querido nio que es como t y Aurelia. † Mrale! No te conoce, fiero romano.

Luego coloc al nio en los brazos de su padre y echando su cabeza hacia atrs ri como una nia. Prisco gru(60) felizmente y tir del pelo de Diodoro. El tribuno mir a Iris y toda el alma liberada y su amor brillaron en sus ojos.

—No —dijo Iris y su sonrosada cara se ruboriz—. Primero debes besarle a l

SEGUNDA PARTE SEGUNDA PARTE

Si un hombre mira con amor compasivo a sus doloridos prjimos y a causa de su amargura pregunta a los dioses: ¿ Por qu afligs a mis hermanos?, sin duda ser mirado por Dios con ms ternura que el hombre que le felicita por su misericordia y prospera feliz y slo tiene palabras de adoracin que ofrecer. Porque el primero habla a causa del amor y la piedad, atributos divinos y cercanos al corazn de Dios, mientras que el segundo habla por causa de un satisfecho egosmo, un atributo bestial, que no tiene lugar en el ambiente luminoso que rodea el espritu de Dios.
HORACIO

CAP ^ TULO XVI CAP ^ TULO XVI

IRIS escribi a su hijo Lucano en los siguientes trminos : † Hace ya casi cuatro aos desde la ltima vez que nos vimos, mi amado y querido hijo, y t has inventado continuamente excusas para no venir a Roma que, lo confieso, no es tan hermosa como Siria. Sin embargo vivimos pacficamente en nuestras posesiones y gozamos de la paz de los atardeceres, y del brillante cristal de las maanas. Para m es bastante. Tu hermana, Aurelia, tendr pronto tres aos, y es la luz de nuestras almas, con su dorado cabello y sus ojos castaos suaves como el corazn de una margarita. No hay nada que pida, en su Infantil insistencia, a su padre, Diodoro, que no se lo consienta inmediatamente a pesar de mis protestas. Tu hermano Prisco, el mejor compaero de juego de Aurelia, es su tirano. Es un estado de cosas que perdura con el ms afable de los contentos. Tu nuevo hermano, Cayo Octavio, a quien hemos puesto el nombre del viejo compaero de armas de tu padre, tiene ya casi un ao, es un chico serio, con mis ojos azules y la sombra expresin de su padre. Re y prefiere arrastrarse sobre la hierba inspeccionando hoja tras hoja con inters. Es ciertamente un filsofo. Si tan slo mi hijo Lucano, estuviese con nosotros, seramos los ms felices de los mortales. No escapars de nosotros. Dentro de tres meses carecers de excusas, porque dejars Alejandra transformado en mdico.

† Durante el pasado ao, Diodoro se ha inquietado. Es un hombre de accin y a la vez un hombre de pensamiento. Durante mucho tiempo estaba contento con su biblioteca, sus olivares y palmeras; su jardn, sus campos y su familia. Nos visit Filn, el filsofo judo, que es muy admirado y estimado en Roma y los dos hablaron incesantemente hasta el amanecer. Desde entonces Diodoro ha empezado a preocuparse y a visitar Roma por lo menos cada siete das, de donde vuelve con el ms irascible de los genios y con un nuevo sentimiento de ofensa. No es posible, le digo, que un hombre solo pueda salvar al mundo o enderezarlo, pero esto slo sirve para hacerle ms irritable an. Con frecuencia le oigo maldecir en su biblioteca, y en cierta ocasin lanz unos cuantos libros contra la pared y pate pesadamente arriba y abajo en ella durante horas. Pero es amable como una paloma conmigo, su esposa, y con los tres nios. Quiz cuando nos visites, (y te ruego que te quedes con nosotros) podrs aligerar su sombra expresin y solazarte.†

La carta respiraba su tierno amor y contento y su solicitud por la familia. Lucano poda percibir estas cosas, movindose inquieto en el gran jardn, cerca de la columnata principal. El suelo de la columnata era de un mrmol amarillo oscuro, pero la doble hilera de columnatas brillaban como bruida nieve desde el suelo, de donde se alzaban hasta el blanco techo. Dos hombres paseaban arriba y abajo en aquel atardecer; uno era un respetuoso estudiante alto, el otro maestro de matemticas, bajo y de rostro afilado, Claudio Vesalio. La dorada luz les iluminaba mientras paseaban entre las columnas. Algunas veces Claudio Vesalio se detena para gesticular vehementemente y su aguda voz mujeril turbaba a los pacficos pjaros y, muy especialmente, turbaba a Lucano. Al maestro no le gustaba ninguno de sus estudiantes; en particular no le gustaba que Lucano, el joven mejor matemtico en la universidad, se empease insistentemente en hacerse mdico. Lucano sonrea pensando en esto. Cada uno de los maestros crea que su propio arte era el ms importante de todos y que los dems carecan de significado, con excepcin de Jos ben Gamliel que crea que slo Dios era la nica cosa importante, y todas las artes, ciencias y conocimientos, como las carreteras de la omnipresente Roma, slo servan para conducir a una mayor comprensin de Dios y a la Ciudad de Dios. Pero Jos ben Gamliel era judo.

La universidad ocupaba ocho acres de terreno; un gora de forma cuadrada alrededor de unos inmensos jardines tropicales, y sus cuatro costados eran columnatas como la que se alzaba frente a Lucano. Cada facultad tena su propia puerta de entrada, que daba a los jardines y a las columnatas. Haba facultades de democracia, filosofa, medicina, matemticas, arte, arquitectura, drama, ciencia, poesa, didctica y elegaca, gramtica, lenguas y filologa, leyes, historia y astronomía, y literatura. Haba tambin una facultad de gobierno para los jvenes romanos que aspiraban a los cargos pblicos, un museo guardado por vigilantes profesores

egipcios, la biblioteca ms famosa del mundo, un oden o sala de conciertos, y ms all del gora, un teatro para esperanzados jvenes dramticos y un panten. Cada profesor crea que su propia stoa albergaba el conocimiento ms profundo, y a los ms estpidos de los estudiantes indignos de ser enseados por tal maestro. Slo Jos ben Gamliel posea humildad, Y su stoa de religin oriental era el nico lugar pacfico, inviolado por voces estentreas e imprecaciones contra los estudiantes de cabezas de asno, que eran enviados regularmente al infierno y aconsejados para que estudiaran albailera o incluso oficios ms bajos. No tena importancia que un maestro dijese violentamente: † Mis estpidos estudiantes y yo nos parecemos a Laoconte y, † quin me librar de las serpientes?† Pero Jos ben Gamliel deca con amabilidad: † contemplemos a Dios juntos y tratemos de descubrir Sus ms santas intenciones.†

Pensando de nuevo en su maestro, Lucano se mova inquieto en el banco de mrmol del centro de los jardines. Tan slo l no encontraba paz en la stoa de Jos ben Gamliel. A menudo se preguntaba sombramente porque el profesor le buscaba con frecuencia para hablar con l en los jardines.

Los edificios de la escuela, tras la columnata, ocultaban el mar, pero Lucano poda or su eternamente quieta voz, hablando a la dorada luz de los cielos. † Por qu no se iba Claudio Vesalio, cuya aguda voz vibraba continuamente ante el silencioso estudiante, a fin de que los jardines pudiesen traer a Lucano la nica quietud que conoca? Los grandes jardines se extendan a su alrededor, llenos de sonidos musicales procedentes de las fuentes, con brillantes setos de flores, susurrando dulcemente con el ruido producido por las palmeras, invadidos por los murmullos del viento que proceda del mar, armoniosamente vivos con las llamadas, canciones y adormecedor gorjeo de los pjaros. Los esclavos negros que iban hacia las fuentes a coger agua, llevando cestos para recoger los dorados racimos de dtils de las palmeras, o los que trillaban los rojos senderos de arena entre las flores, no turbaban a Lucano. Eran parte natural de la flora y fauna. Sus oscuras pieles contrastaban bellamente con las muchas estatuas de los dioses, y diosas, eruditos y filsofos que se alzaban con blanca y poderosa gracia entre los setos y miraban sobre los jardines con dignidad y majestad. El perfume de las rosas, lirios y jazmines, y otros olores ms punzantes, se extendan como redes de fragancia invisible en el aire del cercano atardecer. De pronto un lorito empez a parlotear y un esclavo se ech a rer y alarg un dtil al pjaro, que descendió volando desde unos rboles para desplegar un aleteo de escarlata, verde y amarillo sobre el hombro del esclavo. Comi el dtil complacido y con un aire de tolerante elegancia.

—Golfo —dijo el esclavo en egipcio.

El pjaro dirigi al esclavo una mirada humorstica y sabia, con ojos alertas, cnicos y brillantes, en el dorado aire del atardecer. Lucano se sinti impulsado a rer. Como si el lorito sintiese la diversin, emiti un nico y ronco sonido que pareca un juramento. Volvi la cabeza y mir hacia el joven sentado en el banco de mrmol, despus se elev para practicar su juramento sobre la rama de un rbol.

El esclavo ri suavemente, y luego, burlona y disimuladamente, mir a Lucano que reposaba con sus cartas sobre las rodillas. Todos los profesores, estudiantes y esclavos se daban cuenta de la belleza y la aristocracia del joven griego y secretamente se maravillaban por ello. Su rubio rostro, que ni el fiero sol poda siquiera oscurecer, posea suaves y firmes rasgos como si estuviesen esculpidos en blanca piedra. Sus ojos azules, tan perfectamente cerleos, eran como joyas y posean la misma frialdad. Su rubio cabello caa hacia atrs de su nvea frente en ondas brillantes, y se rizaba tras sus odos. Su garganta era una columna, sus hombros, perfectos bajo su plida tnica. Sobresala en las carreras, en el lanzamiento del disco, en la lucha, boxeo, salto, lanzamiento de la jabalina, natacin y en todos los deportes requeridos a los estudiantes.

† Una mente sana no puede existir excepto en un cuerpo sano, y un cuerpo sano no puede existir excepto en una mente sana †, deca el director de la escuela.

Lucano tom la carta de Diodoro llegada aquella maana de Roma. Le gustaban las cartas del tribuno; podan ser fieras, picantes y llenas de airados juramentos, pero posean vitalidad y una saludable furia y elocuencia. Verta su ira ante su hijastro, comprendiendo que en l tena un oyente comprensivo.

† Saludos a mi hijo, Lucano †, empezaba la carta formalmente. Luego continuaba:

† Todo va bien en casa; tu madre reina entre sus hijos como Niobe y es un espectculo digno de ver. Diferente a como era Niobe, es infinitamente sabia y un constante consuelo para mi corazn, que frecuentemente se inflama despus de las visitas a la ciudad. Cada ao que pasa la encuentro ms digna de ser amada, como si la propia Venus la hubiese tocado con el don de la juventud y belleza inmortal. † Qu he hecho yo para merecer tal esposa y tan adorables criaturas? Siento que debo hacerme digno de tal felicidad. De aqu mis frecuentes visitas a Roma y mis furiosas discusiones con los senadores calzados de rojas sandalias, que contemplan complacidos como nuestro mundo desciende rpidamente al infierno. A causa de mis relaciones y por medio de los oficios de Carvlio Ulpiano, que cada da se hace ms gordo de cuerpo y ms flaco de cara, se me permite algunas veces hablar en el Senado. † Escuchan sin aburrirse, te lo aseguro!

† Prefieren la tranquilidad al pensamiento; largas, vacas disertaciones sobre sus intereses particulares a reflexiones serias sobre el estado de nuestra patria. Muchos de ellos son generales de silln, a quienes les gusta sentarse en sus terrazas por la tarde, con una copa de vino en sus manos, discutiendo con sus amigos las campaas de algn general, comentarlos con tono doctoral y desaprobndolos. Preparan diagramas de las campaas. † Qu saben ellos de la vida en el desierto, o de largas y calurosas marchas, o de batallas con los brbaros? Son legisladores segn afirman. † Que se queden con sus leyes y dejen a los soldados solos! Pero en cuanto hay la menor agitacin entre el populacho, los senadores son los primeros que hablan de pretorianos

y legiones con voces pusilnimes. Los prefectos de la policia de la ciudad no son bastante para estos golfos. «Necesitan la proteccion militar! Roma algunas veces parece un campamento en armas.»

«Entre tanto, mientras no estn dirigiendose a sus propios compaeros de senado sobre la necesidad de tener ms baos pblicos o ms circos, o ms casas para las indefinidas turbas de Roma, o ms comidas gratis para las masas que no gustan de trabajar, supervisan furtivamente negocios, tales como la confeccion de uniformes y armamento para los militares, fbricas de tejidos o de mantas, o ayudan a que parientes suyos metidos en estos negocios consigan subsidios, o inclinan contratos del gobierno en su direccin. No he visto ni un solo senador cuya mano no est manchada con sobornos, o que no ande tras ellos. El Senado se ha transformado en una cerrada organizacin de indeseables que saquea el tesoro en nombre del bien general y que tienen tras de s una multitud de estmagos hambrientos, ladrones y avariciosos que ellos llaman sus clientes y acerca de los cuales se expresan con la ms emocionante de las solicitudes. El destino de Roma, el destino de los desesperados contribuyentes, no significa nada para tales hombres... «Que la deuda pblica crezca! «Que las clases medias sean aplastadas hasta la muerte bajo los impuestos, extorsiones y explotacin! «Por qu crearon los dioses las clases medias para servir como bueyes tirando de los carros de los senadores seguidos por multitudes de hambrientos mendigos? Un hombre honesto, un hombre que trabaje y honre Roma y la constitucin de la Repblica, no slo es un idiota, sino que se sospecha de l. Hay que enviar al cobrador de impuestos para que consiga de l nuevos latrocinios... Probablemente no est pagando la parte justa de las tasas.»

«Los militares continuamente claman para conseguir apropiaciones para la defensa de Roma o contra el enemigo. Poner en tela de juicio esas apropiaciones es hacer que alcen el grito de denuncia. «Soy yo un traidor? «Soy indiferente respecto al poder de Roma? «Dejara yo que Roma se debilitase ante los brbaros que la rodean? «No comprendo que debemos mantener a nuestros aliados fuertes con dones del tesoro, armas y la presencia de nuestras legiones? Esto sin mencionar los consejos de nuestros expertos polticos y militares, cuyos largos y costosos viajes en sus capacidades de consejeros son financiados por el tesoro. Es curioso que Carvlio Ulpiano, que es un egiptlogo y un amante del arte egipcio, se las arreglase para convencer al Senado que era absolutamente necesario que se financiase un viaje suyo para estudiar las actuales defensas de Egipto y que su presencia era necesaria para ese asunto en El Cairo. Fue, por supuesto, acompaado por pretorianos y un gran squito de hermosas mujeres y esclavos, actores y gladiadores, todos ellos pagados de los fondos del tesoro. Volvi e inform al Senado dndole las tranquilizadoras nuevas de que Egipto era leal a la Pax Romana, aunque el proconsul en El Cairo poda haber enviado las mismas noticias pidindoselas simplemente y al coste de un slo mensajero en uno de los barcos regulares.»

Lucano sonri involuntariamente, pero la sonrisa tena un tono de cansada melancola. La carta en sus manos parecia vibrar con la airada pasin del tribuno. Lucano continu leyendo:

«Pero hace diez das estuve presente, como invitado, en el Senado. Un senador declar tristemente, pero con nobleza, que la direccin del mundo haba sido puesta sobre los firmes hombros de Roma. «No ha sido nuestra eleccin —dijo aquel embustero hipcrita, haciendo resonar su voz heroicamente—, sino la eleccin del destino, de los dioses o de las fuerzas misteriosas de la historia —dando la impresin de que la historia existe en alguna mstica forma por encima y aparte de la humanidad que hace la historia— «Vamos a rehusar el tomar sobre nosotros lo que ha sido decretado porque poseemos genio para el gobierno, genio para la invencin, genio para el trabajo productivo? «No, por Jpiter, no!... Aunque la carga sea pesada la aceptamos por el bien de la humanidad...»

«No pude contenerme. Me alc de mi asiento de hsped junto a Carvlio Ulpiano y permanec all con mis pulgares en la cintura, dejndoles ver mi armadura y mi espada. «Cmo aman estos afeminados el despliegue del militarismo! Inmediatamente pusieron una expresin seria, aunque me haban visto con bastante frecuencia, «Marte lo sabe! «Que hable el tribuno!», grit alguno de ellos, como si ellos hubiesen podido contener al hijo de Prisco.»

«Alc mi puo y lo bland amenazadoramente ante sus ruines rostros, «y quin —pregunt— ha declarado que a Roma se le ha dado la direccin del mundo? «Los civilizados griegos que nos detestan y se ren de nosotros y de nuestras sangrientas pretensiones? «Los egipcios que eran ya dinasta vieja cuando Rmulo y Remo eran amamantados por la loba? «Los judos que tenan su sabio cdigo de leyes cuando Roma no tena otra ley sino la espada? «Los brbaros de Bretaa, que derriban nuestras fortificaciones tan aprisa como nosotros las construimos? «Los galos, o los godos, o los antiguos etruscos, o los germanos, o los millones que no conocen nuestro nombre o que si lo conocen, lo escupen en cuanto lo oyen? «Quin nos dio la direccin del mundo sino nosotros mismos, por causa de nuestra fuerza, de nuestra habilidad y amenazas, nuestro deseo de desposeer y robar, nuestra ansia de poder? Somos como un joven, poco familiar pero corrompido por fantsticas fanfarronadas entre hombres mayores o entre nios que se hacen mayores para el futuro por medio de la leche de sus madres.»

Las rubias cejas de Lucano se fruncieron con repentina ansiedad. Su corazn palpit con un vago temor. Honraba a Diodoro por aquellas valerosas y sinceras palabras, aquellas palabras lanzadas ante los rostros embusteros de polticos y otros indeseables imanados por la ambicin. Sin embargo, se sinti atemorizado. Trat de consolarse con el pensamiento de que Tiberio Csar era tambin soldado y que respetaba a Diodoro y era, a su manera, un hombre honorable.

«Esper que me hiciesen bajar a gritos», continuaba la carta de Diodoro, «pero aquellos que estaban ms cerca de m permanecieron sentados en sus puestos y me miraron con sus ceos fruncidos. Uno o dos, ms

jvenes que los dems, se ruborizaron y se miraron las manos. Carvlio Ulpiano evit mis ojos y se removea en su asiento. Es posible que tenga un recto irritable, por lo tanto le perdono. Esper pero nadie me contest.

‡ Roma no es mi Roma, la Roma de mis antecesores. Los fundadores han sido olvidados o mencionados cuando algn poltico desea cometer ms infamias. Los das de fortaleza, fe y carcter han desaparecido para siempre y tambin los das de valor y disciplina. † Por qu, entonces, lucho yo? Porque es natural que un hombre libre luche contra la esclavitud y las mentiras. Si cae, ha cado en una buena lucha, aunque sea una lucha sin esperanza.‡

‡ Pero basta ya de tanto pesimismo. Volver a tu familia en un futuro prximo. Recibiremos a nuestro querido hijo con alegra y afecto. Que Dios te bendiga, hijo mo ‡.

Los ojos de Lucano parpadearon secamente a medida que enrollaba de nuevo la carta. Siempre era peligroso decir la verdad. En un mundo corrompido como aquel era fatal. Si Dios se preocupaba del mundo y de los hombres, pens Lucano amargamente, creara muchos Diodoros o los protegiera cuando ellos hablasen en voz alta y tonos claros.

‡ Olvidar mi familia, se jur a s mismo Lucano, con firmeza ‡. ‡ No debo amar —aunque ame— porque si quedo envuelto demasiado profundamente, las consecuencias sern, como de costumbre, trgicas; y he sufrido ya bastantes tragedias. Si pudiese rezar, sin embargo, pedira que los senadores cerrasen y atrancasen su Senado contra Diodoro, por su propio y vociferante bien, y por el bien de mi madre, mis hermanos y hermana ‡.

Record que ltimamente haba podido adquirir, aunque a considerable precio un rollo traducido de Catay que contena sabias palabras escritas siglos antes por un tal King Fu Ze o Confucio, como Jos ben Gamliel le haba llamado. El maestro judo se haba sentido reacio a separarse de l, pero Diodoro, reflexion Lucano, poda ser suavizado por aquellas tranquilas palabras, tan calmosas, resignadas, mesuradas y contemplativas. Seguramente afirmara vigorosamente al leer. ‡ Recordad esto, hijos, que un gobierno opresivo es ms fiero y ms temido que un tigre.‡

El pequeo Claudio Vesalio haba llegado a detenerse con su maltratado estudiante muy cerca de Lucano y alz la voz:

—Las matemticas son verdaderamente el arte apolneo —grit—. Quienes no gustan de l, o lo evitan, o lo consideran como una ciencia menor son monos que tienen la cabeza de metal. Lucano pens un tanto divertido que aquellas palabras iban dirigidas a l y pretendi estar sumido en la lectura de la carta. El pequeo y ratonil griego se sinti indignado. Continu dirigiendose a su estudiante, aunque en realidad hablaba para Lucano.

—Considero a Pitgoras superior a cualquier Aristteles, Hipcrates o Julio Csar —exclam—. O a cualquier Fidias o artista, o a lo que sea. Todas las ciencias y artes estn basadas en principios matemticos definidos. †Induccin! †Todo son matemticas! Digamos que deseamos probar que la suma de los primeros Nmeros impares es $N-2$ esto es, uno ms tres, ms cinco, ms —ms $2-N$ — uno igual a $N-2$. † No es cierto que N es igual a dos? †S! Porque uno ms tres es igual a cuatro igual a $2 \cdot 2$. Es tambin cierto que N es igual a K . En este caso nosotros debiramos...

Lucano, elaboradamente, bostez, y al ver esto, Claudio Vesalio, se estremeci. El joven griego se alz lentamente y se dirigi hacia la ms alejada puerta, al otro extremo del jardn. Los dientes de Claudio Vesalio rechinaron. All estaba aquel dotado con el arte de Apolo y que prefera manchar sus manos en cadveres, ensangrentar sus vestidos y oler viles olores en depsitos o enfermeras. †Ps! Odiaba a Lucano por aquel mal uso de talento. †Al infierno con l! †Que ayude a nacer a aquellos que nunca debieron nacer, que corte los riones para extraer las piedras de aquellos que no podan resistir sus apetitos en la mesa, digna vocacin de un tal personaje! Aquel pretencioso joven no recorra las casas pblicas de Alejandra como hacan los jvenes normales, y era excesivamente respetuoso con sus maestros. Sus actitudes eran presuntuosas. †Acaso favoreca con su presencia las tabernas, circos o teatros? No, por cierto. Era demasiado valioso para aquello. Siempre tena un extremado cuidado en proteger aquellas delicadas manos en las prcticas de los ms rudos deportes, por temor de estropear un dedo que pudiese sostener un escalpelo.

—Es un joven Hermes —dijo el vilipendiado estudiante con admiracin, siguiendo a Lucano con sus ojos. Claudio Vesalio gru(60) como un cerdo y le abofete con furor.

Lucano dej los jardines y la universidad. Ms all se extenda un vasto verdor, prados sobre los cuales las palmeras, cipreses; mirtos y sauces proyectaban una sombra esmeralda en medio de aquella brillante y dorada luz. Una dulce tranquilidad se extenda sobre la tierra; el mar, en su insondable misterio, se alargaba hacia el infinito. Lucano estaba solo. Todo permaneca en silencio excepto la incansable voz de las aguas que se proyectaban hasta el occidente.

Repentinamente el crepsculo descendió y la tierra y el mar cambiaron. El cielo por encima se transformó en un suave e inclinado arco de un azul verdoso. El mar se oscureci hasta alcanzar con rapidez un color de suave prpura, un rojo con el que el sol teña las olas. El ilimitado occidente arda con luz escarlata y anaranjada contra la que se proyectaban nubes negras en forma de galeones romanos, movindose en su desconocido viaje, sus velas hinchadas por un insensiblemente, ultraterreno viento. La inmensidad del cielo y el mar empequeecan la tierra, dominndola, rodendola, llenndola de expectacin, y sin embargo, sombra e impresionante para Lucano.

Involuntariamente record a Jos ben Gamliel, hablando en medio de un atardecer parecido con su suave y, sonora voz; haba dicho: ‡ Los cielos declaran su gloria...‡

Lucano se sent en la hierba. Sintió de nuevo el terrible alejamiento entre él y Dios. «Ah, pero no se debe permitir nunca que Dios entre en nuestro corazón! Porque con él trae, en su entrada, rdenes, exhortaciones, temores y tragedias. Una vez posesionado del alma de un hombre se hace el Rey, y no quedaba nadie aparte de él.

«Pero con sus rdenes y sus leyes trae también amor, deleite espiritual, paz para el alma y luz en las tinieblas», había dicho Jos ben Gamliel a Lucano un atardecer. «Sin él tan sólo se tiene el mundo, la desilusión, el hambre, el polvo y el dolor de una vaciedad que no puede ser llenada por el hombre. Se tiene la muerte, sin el Mesías Santo, bendito sea Su Nombre. Se tienen las lágrimas, que no pueden ser consoladas. Todo el oro del mundo es incapaz de comprar Su paz, que sobrepasa a todo entendimiento. Te he enseñado los salmos del rey David: "El Señor es misericordioso y lleno de compasión, lento para la ira y grande en misericordia. El Señor es justo en todos Sus caminos y santo en todas Sus obras... No estar para siempre ofendido, ni mantener Su ira para siempre porque como los cielos son más altos que la tierra, así es su misericordia para aquellos que le temen.»

«Querido Lucano, Le siento junto a ti. Siento Su presencia tan íntimamente como la respiración. Su mano está sobre ti. No temas, muchacho, vultete a él en tu pena y ansiedad porque él sabe que estás te devoran.»

«Él nos aflige —había replicado Lucano amargamente—. No deseo nada de él. ¿Qué explicación tienes, Rabb, para lo que yo diariamente veo en las enfermeras públicas y en las casas de cura? ¿Por qué debe sufrir un niño y un hombre ser afligido de la lepra? ¿Cómo han ofendido a Dios para que él les castigue así? El mundo es un inmenso gemido de agonía.»

Jos había vuelto sus grandes y luminosos ojos hacia su discípulo iluminados por la compasión.

«Job fue un hombre afligido y lloró por sí y por sus parientes, reprochando a Dios por lo que le había parecido la más insensata miseria de la tierra. y Dios le respondió en tono de reproche: «¿Has mandado tú a la mañana desde tus días y causado que los días naciesen para conocer su lugar?... ¿Has penetrado en las profundas fuentes del mar?... ¿Has visto las puertas y la sombra de la muerte? ¿Puedes tú traer a Mazzaroth en su poca? ¿Puedes guiar a Acturo con sus hijos? ¿Conoces las rdenes de los cielos? ¿Puedes tú establecer el dominio sobre la tierra?... ¿Puedes enviar el rayo y que vaya y que él te diga, aquí estoy? ¿Quién provee de comida a los cuervos cuando sus hijos claman a Dios?... ¿Aquel que contiene con el Todopoderoso tendrá que instruirle? Quien reproche a Dios, que responda a sí.»

Jos ben Gamliel había estado con él en aquel mismo sitio, alto y majestuoso en su delgada transparencia, vestido con ropas oscuras de marrón y rojo, la cabeza cubierta con una tela de algodón grana. Su rostro barbudo, cuya piel tenía un tono perlado, su delicada nariz aguilina y su cariosa boca, habían brillado en el atardecer como alabastro. Lucano le amaba y le honraba más que a ninguno de sus otros maestros, y, sin embargo, constantemente exacerbaba el corazón del joven. A pesar de esto, buscaba a Jos sin saber por qué excepto porque podía lanzarle frases y furiosas preguntas cuyas respuestas cariosas comentaba críticamente.

En la tarde que Lucano recordaba, había lanzado a su rostro reverente y amable, palabras como piedras. «Si alguna vez has sufrido, maestro, y alguna vez has experimentado la pérdida del ser más querido que tuvieses, más querido para ti que la propia vida, y si alguna vez has contemplado a uno de tus amados morir en aflicción y sin esperanza y visto como la vida dejaba su cuerpo como un invisible arroyo de agua, y si ella hubiese sido para ti la más dulce de las mujeres, entonces no hablaras así. Tú, como Job, hubieses derramado cenizas sobre tu cabeza y hubieses exclamado reproches contra tu Dios... ¿Hablaras entonces de Su misericordia?»

El rostro de Jos había sufrido un cambio, o quizá fue sólo que el crepúsculo había profundizado su oscuridad. Sin duda había sido el crepúsculo lo que había conferido al rostro del maestro un aspecto de tragedia y cansancio. Jos nunca hablaba excepto con tranquilidad, como quien ha comido bien y vive con comodidad, sin dificultades ni problemas.

«Sí, había sido el crepúsculo que había oscurecido repentinamente y contorsionado su rostro en un sólo instante. Luego había sonreído a Lucano y se había alejado en su forma tranquila, con sus ropas flotando colgantes alrededor. Era fácil para aquellos que no tenían heridas encontrar las heridas de los demás insignificantes y maravillarse ante las quejas que emitan por ellas.

Entonces, mientras Lucano permanecía en aquel nuevo atardecer y miraba al cada vez más oscuro mar y al lejano reflejo de la puesta de sol color naranja y roja, sintió de nuevo su tremenda soledad, su abandono, su eterno e incansable dolor, no sólo por Rubria a quien había perdido para siempre sino por todos los que sufrían y lloraban sin solaz. Su alma se endurecía con resistencia. Nunca más Dios le hablaría porque él había cerrado sus oídos. Lo incontestable no había recibido respuesta ni consuelo.

Un viento frío, salado e inmenso recorrió su carne. Retrocedí, desolado como siempre, para volver a su pequeña casa donde vivía con Cusa y la esposa de éste, Callope. Volví en busca de una lámpara encendida, una cena frugal y sus estudios. Era un soldado en campaña, preparándose para el día cercano, cuando, armado adecuadamente, saldría al encuentro del Dios del dolor y lo vencería.

—Bah —dijo Cusa a su esposa Calliope, que permanecía ante él con su gordezuela nina descansando sobre su cadera—. Eres sólo una mujer y es notorio que las mujeres no poseen inteligencia.

—Supe lo bastante para conseguirte como esposo, aunque verdaderamente no eres el hombre más hermoso que existe —replicó Callope con graciosa e impudica sonrisa en su rostro agraciado—. Fui yo quien te pedí a Aurelia y fui yo quien sugerí a aquella pobre y noble señora que deseábamos ser libres. Ella comunicó mis deseos a Diodoro y así, aquí estamos, libres aunque no hayamos nacido libres.

—Ests equivocada —dijo Cusa con mal humor, pero sonriendo a su hijita que le estaba haciendo gestos cariosos—. ¿Fue Aurelia quien nos libertó o el tribuno, aquel feroz descendiente de los Quinitas? No, cuando nos ofrecí a Lucano fue nuestro griego de ojos azules quien dijo que no nos aceptara a menos que fuésemos primero liberados, y como el romano le ama como a un hijo y le ha adoptado como tal, su petición fue concedida a fin de que Lucano no estuviese solo en Alejandra. ¿Pensó acaso el tribuno que sin nuestra vigilancia Lucano se volvería un sibarita o un frecuente visitante de las casas públicas, o un jugador? ¡Ya! ¡Tan sólo quisiera que apreciase algo tales cosas! Es una virgen vestal masculina. ¿Carece de sangre, partes, fuego o pasiones, excepto para aprender su maldita medicina?

—Observars —dijo Callope, sentándose y empezando a dar de mamar a la niña— que tú mismo estás lleno de dudas a pesar de tus comentarios sobre mi inteligencia. ¿Por qué se priva Lucano de todos los deleites de los jóvenes? ¿Por qué es tan abstemio? Gente menos caritativa le hubiese considerado o un devoto de Narciso o dedicado a indescriptibles prácticas con otros jóvenes. Pero no es ni una cosa ni la otra. Algo come la vitalidad de su espíritu, como una zorra espartana. Tiene poca paciencia con todo el mundo; sus palabras son frías y sombras. Permanece sentado en la terraza durante horas, con sus libros y con las manos juntas reposando sobre ellos. A veces, si se le molesta, es duro y cortante de palabras. ¿Le has visto sonreír con frecuencia? Sólo nuestra pequeña Mara puede divertirlo. Algunas veces le encuentro pesado. Creo que sobre él ha de pesar algún encantamiento. Ayer visité el templo de Serapis para rogar por él. No es que yo le ame; es imposible amar a un ser tan remoto que parece más una estatua que carne. Más bien pensaba en nosotros mismos.

—Olvidas que fue él quien insistió sobre nuestra libertad.

Calliope se encogió de hombros.

—La libertad es buena para el alma. Así dices tú con frecuencia, y ¿quién soy yo para no estar de acuerdo contigo? Sin embargo, en la casa de Diodoro reinaba la alegría en las habitaciones de los esclavos. Sin duda ahora es aún más alegre en Roma o en las fincas del tribuno. ¿Quién viene a esta casa sino pedantes filósofos y tutores y no precisamente porque Lucano les invite? ¿Tiene Lucano amigos entre los estudiantes? ¿Ómos aquí risas, o la inspirada charla de muchachas y fiestas? ¡No! No somos viejos pero esta casa parece habitada por viejos.

Cusa la miró con el ceño fruncido y un gesto formidable, pero ella acarició sus largas y morenas trenzas diciendo:

—Hum.

—Cuando volvamos a Roma dentro de pocas semanas, Callope, vérselas a tus amigas otra vez, y podréis dedicaros a vuestras críticas y vuestras alegrías. Diodoro ha conseguido ya una posición para Lucano como oficial médico en Roma, con un excelente salario. Cuidar también de algunos pacientes privados ricos y a la vez estar ocupado en el sanatorio. Podremos entonces celebrar pequeños banquetes con nuestros amigos. No es por culpa de Lucano que no veamos a nadie aquí: somos extranjeros.

Calliope sonrió.

—Con el generoso estipendio que el tribuno te envía y con tu avaricia podremos comprar nuestra pequeña finca y granja cerca de Roma. ¿Es necesario que tú seas parte de la casa de Diodoro y tutor de sus niños?

—Nunca has oído hablar de la gratitud —dijo Cusa con severidad.

Palmeó sus caderas y continuó: No, si Diodoro no nos quiere, podremos permanecer con Lucano en Roma y cuidar de su propia casa, porque estoy seguro que tomará esposa allí.

—Cala —dijo Calliope con un gesto significativo—. Te digo que nunca se casará. ¿Ha aceptado acaso invitaciones de las familias de los estudiantes de Alejandra? No. Vive solo, en ese terrible silencio marmóreo propio de él. Piensa sólo en Rubria; nunca la ha olvidado. Para él es una divinidad. En su nombre se priva de dinero, y esto es poco natural en un griego, para dar lo que puede a todos los mendigos que ve. ¿Acaso no visita las prisiones para curar y consolar a los criminales y a los esclavos? Es un escándalo. Soy una mujer con intuición. No ha dicho nada acerca de esa plaza de oficial médico en Roma y permanece silencioso cuando la mencionas. Me temo que rehusará...

—No seas idiota —exclamó Cusa con enfado—. Lucano puede que no sea abierto o cordial pero no es imbecil. ¿Para qué ha estado estudiando?

—Por alguna razón propia —dijo Calliope.

Satisfecha porque había conseguido despertar la ansiedad de Cusa, se retiró con su hija para la siesta de la tarde. Pero Cusa se sentía demasiado inquieto para descansar. Paseó de arriba a abajo en la alta terraza murmurando para sí.

La casa no era grande ni pequeña, construida de piedra blanca, con un agradable prtico exterior, y una sencilla línea de blancas columnas a través de las cuales podía verse el mar. Detrás de la casa se extendía la calurosa y vehemente ciudad de Alejandra, más polglota incluso que Antioquia, y mucho más corrupta. Maldeca, atronaba, gritaba y gema en innumerables lenguas; era una inquieta corriente de rostros negros, oscuros y blancos de personas de origen desconocido. Sus gastadas y retorcidas calles hervían con caravanas de camellos, caballos, carros y asnos. Los chatacos aullaban toda la noche en las afueras de la ciudad. El prefecto de la ciudad no podía estar seguro de cuantos de sus hombres volverían por la noche a sus puestos; el asesinato era frecuente. Incluso las legiones romanas estacionadas allí no podían mantener siempre el orden. Los cobradores de impuestos desaparecían cuando no iban acompañados de soldados; sus cuerpos eran encontrados con frecuencia sobre el río o cuando las mareas los volvan al amplio y multicolor puerto.

Esto no era, para Cusa, el nico aspecto agradable de la ciudad, que arda como si tuviese fuegos internos, da y noche, maana y tarde. Prostitutas de todas las razas y colores frecuentaban las estrechas y fieras calles a todas horas. Todas las casas de alguna importancia tenan sus propias fuerzas armadas a las puertas y, a pesar de esto, los robos eran tan comunes que pocos hablaban de ellos. Un polvo clido y amarillo caa sobre la ciudad en tales proporciones que hacia rojizos los suaves cielos nocturnos, bajo la luna y sobre las antorchas colocadas en rejillas a lo largo de las murallas. A media noche se producian choques entre grupos rivales que se maldecian y golpeaban unos a otros con palos y deslumbradores cuchillos. Cada madrugada los callejones aparecan llenos de cadveres evidencia tambien de otros conflictos entre otras razas. Aunque los romanos haban establecido un muy adecuado sistema sanitario de desages que desembocaban en el puerto, la gente usaba las calles como letrinas por la noche. Como consecuencia Alejandraapestaba incluso durante los das ms brillantes y secos. En comparacin, Antioqua era un limpio sanatorio. El olor de ajo parecia ser un perfume popular; las empedradas calles estaban cubiertas con el estircol de animales y hombres, a pesar de los ejrcitos de esclavos que eran conducidos a la tarea diaria de limpiarlas. Era una ciudad peligrosa y explosiva, una ciudad violenta y agitada, siempre llena de sonidos de persecucin y huda. Las epidemias se apoderaban de las casas; las prisiones estaban siempre llenas. Los carros atronaban sin cesar y nunca se senta uno lejos de su retumbar y de su ruido.

Pero la casa de Lucano estaba en un lugar ms o menos aislado, no lejos de la universidad. Estaba rodeada por unos jardines altos y una protectora pared elevada rematada por agudos picos de hierro. Cusa haba hecho correr por la ciudad que Lucano no posea dinero, y que la casa era espartana, sin que hubiese en ella plata, oro o nada digno de ser robado. En consecuencia, tan slo haban sufrido una docena de intentos de robo en aquellos ltimos cuatro aos.

Cusa maldeca la ciudad y su inquietud mientras permaneca en la columnata que se elevaba sobre el puerto. El mar posea el azul ms majestuoso, casi de un prpura imperial, reverberando bajo el ardiente cielo que parecia estar al rojo vivo. Cientos de barcos, pequenos y grandes, llenaban el puerto. Velas azules, rojas, blancas, escarlatas y amarillas colgaban de los mstiles flcidas porque no soplaban viento en el tranquilo y brillante atardecer. Ningn barco se mova; era la hora del sueo durante aquel intolerable calor. La ciudad estaba relativamente tranquila, para Alejandra, y el ruido ms dbil llegaba al odo de Cusa. Se enjug el sudor de su frente con el brazo desnudo y suspir. Aquella casi imperceptible brisa que llegaba del brillante mar era hmeda. Alejandra era tan slo tolerable cuando el aire seco proceda de los desiertos. Los barcos se balanceaban perezosamente sobre la lenta e incesante marea.

Las palmeras en el jardn estaban cubiertas de polvo amarillo brillante y lo mismo ocurra con la hierba y los lnguidos rboles. Era imposible combatir el calor de frica con agua, puesto que las fuentes estaban sucias. Cusa poda or su dbil quejido entre l y el mar. Las flores heran la vista con sus colores demasiado intensos, y ms hera an la luz del cielo y la purpura llamada del puerto. Sin embargo, Cusa se sent y se entreg a sus turbados pensamientos.

Lucano nunca haba sido un alma alegre, ni cuando era ms joven, excepto mientras estaba en compaa de la pequea Rubria o cabalgando locamente sobre el pequeno asno hacia Antioqua con Keptah. Siempre haba sido muy reservado, muy tranquilo; un muchacho demasiado contemplativo; y sus enfados, a pesar de ser poco frecuentes, haban sido tan fros y glaciales como el hielo. Si alguna clida brillantez o amor haba formado parte de su carcter, la haba gastado con la hija de Diodoro. Haba redo pocas veces y cuando esto haba sucedido, haba sido en presencia de ella.

Si Lucano haba sido bastante difcil en Antioqua despus de la muerte de Rubria, en aquellos ltimos cuatro aos haba sido insoportable para Cusa. Miraba a Cusa con una mirada sardnica cuando el tutor estaba en desacuerdo sobre las tareas tradas a casa de la Universidad. (Cusa pretendia ser igual a cualquiera de los maestros all, y se ofenda cuando Lucano prefera sus interpretaciones a las de l). Haca hablar a Cusa tomndole el pelo, no con ligereza, sino con una especie de amargo placer.

¿No eres Scrates? le deca Cusa, secretamente herido, ¿me fastidian estos interminables dilogos que no conducen a nada excepto a hacerme aparecer tonto. ¿Es sta tu intencin?¿

Lucano se disculpaba con genuino pesar, pero su rostro permaneca sombro. ¿Es como un hombre que muere constantemente con una muela inflamada? pensaba Cusa. ¿Cundo, por todos los dioses, olvidar a aquella doncella?¿

Cusa, sentado bajo la columnata, pensaba en Lucano. Movi su cabeza una y otra vez. A pesar de las quejas de Callope haba decidido no abandonarle, a menos que el joven griego le ordenase marchar.

CAP ^ TULO XVII CAP ^ TULO XVII

Es una pena, mi buen Lucano —dijo el maestro de arte, Rustrumjee—, que ests tan firmemente decidido a ser mdico, porque eres un artista de mrito formidable.

Rustrumjee era un hombre erudito procedente de la India; que cuidaba tambien del Museo de Arte en la Universidad de Alejandra, y sus gustos eran universales, exquisitos y sensibles. Era un hombre pequeno, gracioso y sinuoso, con una curiosa apariencia de deformidad: tena un rostro oscuro, unos ojos extraamente plidos y una sonrisa sutil. Para Rustrumjee un hombre que no poseyes e arte o no apreciase el arte, apenas si

era hombre. Como para la mayoría de los hindes, no consideraba el arte separado de la religión. Haba enseñado también a Lucano a escribir.

—Como brahmn perteneczo a la casta exclusiva de los sacerdotes y hemos hecho voto de preservar nuestro antiguo lenguaje.

Mir a Lucano con dignidad por un momento, después tomé dos pequeños rectángulos de madera en los que Lucano haba pintado retratos. Fruncí el ceo con delicadeza.

El maestro haba solicitado a Lucano que se quedase después que los otros estudiantes salieran. El joven respondió:

—Seor, soy mdico desde mi nacimiento. No puedo concebir otra cosa para mí que la medicina.

Rustringjee hizo un gesto con la cabeza y suspiró.

—Lo que ha sido ordenado durante el Karma debe ser realizado. Es probable que este sea otro aspecto de tu Karma, la trasmigración de tu alma, necesaria para completar las necesidades de tu espíritu. A menudo me gusta especular qu pecados has cometido contra tus prjimos durante un previo Karma y que ahora debes expiar para salvarlos del dolor y de la muerte.

Lucano sonrió involuntariamente; los rasgos austeros de su rostro perdieron su normal rigidez y apareció su aspecto juvenil. Luego volví de nuevo a quedar sombro. Nunca argüa con Rustringjee sobre la religión o se enzarzaba con él en discusiones sobre el asunto. Reservaba aquello para Jos ben Gamliel, que enseñando religión, era compasivo, contrariamente al hind, que careca de compasión porque crea que el destino terreno del hombre estaba ordenado antes de infinitas reencarnaciones y no deba ser rechazado. Sin embargo, Rustringjee nunca mataba ni la más insignificante mosca, u otro insecto, por temor de entrometerse con su Karma preestablecido. El hombre, el mosquito o la rata; todos eran uno y lo mismo para el hind, ascendiendo lentamente a través de dolorosas encarnaciones en el ser y desde allí hacia el Nirvana, y sin dejar ni recibir piedad humana durante el camino, porque lo que eran lo haban formado ellos mismos, sin la ayuda u ordenación de los dioses, a través de los eones del tiempo, a través de los eones de otras existencias. Lucano encontró las amplias consecuencias de la religión del brahmn, muy fascinadoras en algunos aspectos.

Pareca explicar mucho de la agona de la vida, sus misteriosas calamidades, su aparente anarquía. ¿Y si los desgraciados enfermos en las prisiones y en la enfermería, sufriendo aparentemente inmerecidas torturas, estuviesen sólo expiando anteriores crímenes y deformaciones espirituales? ¿Y si al expiarlas estuviesen alzándose a más elevadas condiciones de vida?

Haba discutido esto con Jos ben Gamliel. El judo le haba dicho:

—No. Tan sólo hay que considerar la ilimitada armonía de la naturaleza, que refleja a Dios; sus leyes precisas que nunca se desvan, su exactitud. Dios es la Ley, Y la Ley es perfecta e inmutable. Considera los diez mandamientos, la Ley. El hecho es que cuando el hombre rompe la ley sufre mucho o física o espiritualmente, algunas veces de las dos maneras; y cuando obedece la Ley disfruta de paz, amor y justicia y que si sufre un dolor mortal, su resistencia espiritual demuestra sin duda que la perfección no está fuera sino dentro de su alcance. ¿Por qu pues han de existir continuas reencarnaciones? No. La expiación se realiza en forma espiritual, en el reino de la obediencia donde el alma puede purificarse y limpiarse a sí misma.

Lucano no crea más a Jos ben Gamliel que a Rustringjee por la simple razón de que, aunque él no podía rechazar la existencia de Dios, no crea en la inmortalidad del hombre. Convencido de la muerte espiritual y corporal nunca se vea libre de una ira terrible y profunda contra Dios. Rustringjee dijo entonces:

—Estos retratos son rostros de hombres que has pintado en la enfermería o en la prisión; rostros moribundos. ¿Qu colores tan extraordinariamente apasionados! Casi demasiado vivos, casi demasiado impresionantes; parecen mirar desde la madera. Alguien diría que tales colores no son fieles a la realidad, sino que sólo expresan la emoción que procede de tu propia alma. Hay una cierta distorsión en los rasgos también, que no procede de la realidad del modelo sino, otra vez, de tu emoción personal. ¿Qu agona! ¿Qu enorme angustia! ¿Qu fantasmagoría de tormento! Estas retorcidas líneas sobresalen en tal forma, que parece como si se pudiesen tocar y surgen elevadas como un relieve. El sudor de las frentes y las mejillas posee una lindezh hmeda y uno espera que las gotas caigan rodando. Los ojos dilatados a causa de un pulso sufriente y sangriento; no me sorprendería si se volvieran hacia mí con desesperación y me rogasen alivio. Los otros maestros se sienten horrorizados ante tus dibujos, pero yo no, Lucano; perteneces a la India y siento que en algunas de tus Karmas viviste allí, porque sólo los hindes piensan así, y por lo tanto son una afrenta para los griegos moderados, que prefieren la belleza olímpica y la armonía a la realidad, el esculpir estatuas de sus dioses o el colorearlas en un color distinto del natural de los hombres. Sin embargo el Zenxis pintó un racimo de uvas tan realista que, según cuenta, un cierto número de pájaros acudieron al lugar de la exhibición para devorarlas. —Mir a Lucano intensamente—. ¿Ests seguro de que no sientes la vocación de artista más que de mdico?

—No, seor. Soy mdico.

Lucano fue a la enfermería aunque, habiendo pasado dos horas allí aquella mañana temprano, no estaba obligado a ir otra vez. Allí también, haba un mdico hind, pero era budista, luchando por aliviar la tortura a fin de que el alma pudiese alcanzar una pacífica contemplación. Haba también un mdico judo que posea las manos más delicadas y piadosas para aquellos que sufran. Asimismo se encontraban allí un mdico griego, otro egipcio e incluso un romano interesado en epidemiología, que era su especialidad. Lucano haba observado hace tiempo que en Alejandra los maestros no sentían arrogancia de raza, educación, credos o familias. Ni siquiera el romano haba declarado jamás orgullosamente: 𐤀 «Soy romano!» La unidad y

fraternidad, la prontitud en el intercambio de conocimientos entre los maestros; la aceptación mutua y la reverencia que sentan unos por otros fue al principio una revelación para el joven griego. Formaban una hermandad, dedicada a la verdad y al entendimiento. La verdad y su enseñanza era allí lo único que contaba.

Vieron entrar a Lucano y le saludaron con afectuosas sonrisas, sabiendo que para él la medicina era un arte divino, por encima de todas las demás artes, y conscientes de su completa dedicación a ella.

Pero sólo el judo podía comprender su fiera preocupación personal por el dolor y la muerte. Para los demás era un estudiante como ellos, interesado académicamente en los aspectos de la enfermedad y empeñado en la investigación por causa de la misma investigación. Para ellos la muerte era sólo uno de sus fallos, el fallo final, y la discutían con lejana frialdad e interminablemente. Experimentaban por el hecho mismo de experimentar.

La clara y limpia enfermera tenía diez camas. Allí eran llevados los enfermos sin esperanza, procedentes de las prisiones y los barrios bajos de Alejandra, los enfermos crónicos, los afligidos desesperadamente. Puesto que todos los pacientes eran o esclavos o destituidos, la experimentación sobre ellos era despiadada y con frecuencia los experimentos no tenían ninguna relación con la enfermedad misma. Esto, para Lucano, era intolerable y odioso y de nuevo sólo el maestro judo lo comprendía. Los otros se reían amablemente de Lucano.

— ¿No es justificado que un hombre muera a fin de que otros, acaso multitudes, puedan vivir? —le preguntaban. A lo que él respondió mientras el maestro escuchaba con un silencio interesado:

—No. Estoy seguro. Un sólo hombre es tan importante como una multitud. Y quizás incluso más.

Esta curiosa actitud no disminuía el aprecio y afecto de los médicos. Pero cuando Lucano se lamentaba de las enfermedades mortales y trabajaba hasta sudar para aliviar el dolor y salvar un paciente, todos, excepto el judo, se sentían sorprendidos. La verdad, el conocimiento, era el objeto de la medicina. La muerte era el destino de todos los hombres y también el dolor. ¿S, el hombre debe morir? —Lucano decía amargamente—. ¿¿ Pero no es nuestro deber el preocuparnos lo más que podemos del dolor, incluso cuando el dolor se da en un esclavo? ¿

No experimentaba por la experimentación misma. Trataba la enfermedad, porque para él, como para Keptah, la enfermedad era del hombre. Fuera de la enfermera estaba el depósito donde los cuerpos de los esclavos, los abandonados y los que moran en las prisiones eran diseccionados. Las leyes de Egipto, contrariamente a las leyes de Grecia o de Roma, permitían tal disección, porque los esclavos y los pobres eran considerados como seres sin alma, y Egipto no se sentía particularmente obsesionado por la carne, excepto cuando era real o aristocrática.

El doctor hindú y sus ayudantes habían enseñado a Lucano el arte de la vacuna contra la viruela. Se dejó vacunar una y otra vez y vacunaba a sus pacientes.

—Eres inconsistente —le dijo uno de sus profesores—. Por eso no debes experimentar sobre ti.

—No es inconsistente —dijo el judo—, tan sólo desea ayudar al paciente si puede recobrase de su actual enfermedad, para que evite la viruela en el futuro. Pero nunca operará el ojo de nuestra víctima, por ejemplo, cuando este ojo no estuviese enfermo, ni le inyectará al paciente con otra enfermedad, medicina o veneno, simplemente para observar el resultado, porque el paciente no lo puede resistir. Aliviar el dolor y dar todo tratamiento que crea que pueda contribuir a que una enfermedad particular se cure, pero no infligir dolor o enfermedad en nombre de la investigación.

El maestro egipcio y sus ayudantes eran especialistas. Trataban la vista, el corazón y varios órganos como parte de todo el cuerpo y Lucano se resistía a la idea de la especialización.

—Si el hgado est enfermo —protestaba—, entonces todo el hombre est enfermo, porque sus toxinas llegan a la sangre, a los ojos, al corazón, al estómago, intestinos y piel. Lo mismo ocurre con las lceras, las degeneraciones y todas las demás enfermedades. No es sólo el peritoneo lo que est inflamado. Todo el cuerpo est inflamado en consecuencia. El cncer es una enfermedad de todo el hombre, no solamente de la parte que ataca. Si el hombre padece artritis no la tiene tan sólo en los hombros, en las rodillas, el tobillo o los dedos de los pies o de las manos; sufre la enfermedad totalmente.

Los doctores egipcios se sentían divertidos excepto el médico judo que estaba de acuerdo. El judo había dicho en privado a Lucano:

—La enfermedad no está sólo en todo el hombre sino también en su alma. Un espíritu enfermo crea a un cuerpo enfermo, o una enfermedad del cuerpo causa una enfermedad del alma. No sólo debe tratarse la carne y su enfermedad, sino también la mente. Es muy posible, aunque no está demostrado, que todas las enfermedades, incluso las epidémicas se originen en alguna secreta habitación del alma.

Los pacientes no eran para Lucano esclavos, destituidos o criminales. Eran hombres, a quienes había que ayudar a derrotar el inexorable odio de Dios por el hombre. Sus sufrimientos le atormentaban personalmente. Tratar a un hombre con una enfermedad del corazón, era sentir los estremecimientos de dolor en su propio corazón. La artritis que retorca e i nutilizaba las articulaciones de un paciente, con frecuencia retorca sus

propios miembros. Siente en realidad el cáncer devorador en su propia carne sana cuando trataba a un paciente canceroso. Un tumor del cerebro en un esclavo le producía profundos dolores de cabeza. Era como si la enfermedad enviase hacia él desde el paciente, invisibles filamentos, que le ataban con sus síntomas y agonías.

El maestro egipcio y sus ayudantes a menudo usaban la magia en el tratamiento de sus pacientes en la enfermera. Esto provocaba una gran hilaridad entre los eruditos griegos y los maestros romanos que habían

perdido, hace mucho tiempo sus creencias nacionales en la validez de amuletos, ritos y encantos. Pero el maestro judo había dicho a Lucano:

—Puesto que el alma está enferma a la vez que el cuerpo puede ser curada, muy a menudo, por medio de los misterios; y puesto que la enfermedad del cuerpo puede tener su origen en la mente, ésta puede ser convencida por la taumaturgia de que está curada, y, por lo tanto, el cuerpo con frecuencia se cura también. — Luego añadió—: Estos egipcios no están tan equivocados como los otros creen. Te das cuenta de que cuando pones tus manos tiernamente y con amabilidad sobre la fiera resistencia de un paciente, los egipcios se interesan enormemente, aunque los otros se mofen de ti. Porque los egipcios han descubierto, por medio de la observación, que tienes un poder de curación misterioso. Los otros son racionalistas, tan sólo creen en las recetas y la cirugía. Los egipcios, sin embargo, habrán observado, no pertenecen a la escuela de Cnidos, que trataba tan sólo el órgano enfermo. También creen, como nosotros, que el hombre enfermo es parte de la totalidad.

En el momento presente Lucano estaba particularmente interesado en un hombre que sufra de una enfermedad del cerebro. Algunos de los cirujanos habían sugerido un tumor; no era frecuente tener la oportunidad de estudiar un cerebro vivo. Lucano sospechaba que en realidad, no creían que el hombre tuviese un tumor. Ahora que él había terminado sus estudios y era médico podía protestar, lo cual lo le hubiese sido permitido como estudiante. Además era un paciente del médico judo que después de haber escuchado a Lucano, no permitía que sus colegas interviniesen con sus deseosas sierras, escalpelos y trepanadoras.

El hombre era un esclavo, y su dueño le había enviado a la prisión por causa de un pequeño robo. Bajo la ley podía haberle hecho ejecutar y, en realidad, había sido condenado a muerte. El dueño había sido persuadido para que se le enviase a la prisión. Hace pocos días el maestro judo había comprado a la pobre criatura y se la había dado a Lucano como paciente.

—Si le curas, Lucano, es tuyo.

—Si le curo —había respondido Lucano—, entonces te lo compraré y le liberraré.

—Entonces, te lo daré como un regalo y le liberraré yo mismo. Porque recuerdo que los judos fuimos esclavos en Egipto.

Lucano se dirigió al instante a la cama del enfermo y los doctores egipcios se reunieron alrededor para observar. El esclavo se llamaba Odilio y era de oscuro origen racial, como muchos de los esclavos en Egipto. Posea un fino rostro aquilino, ojos profundos e inflamados, boca elocuente y sensitiva, cuerpo alto, con manos inquietas y elegantes y unos pies delicados y largos. Tendrá unos veinticinco años de edad. Miró a Lucano en silencio con un gesto implorante, y sus manos se alzaron como en una oración.

Lucano cogió un taburete, se sentó junto a la cama y contempló al esclavo con ansiosa piedad. Desenrolló un papiro y de nuevo leyó los síntomas del enfermo. No sentía un dolor continuo y opresivo como en el caso de tumor. Ninguna señal de parálisis aún. Ninguna impureza ni oscurecimiento del iris. No fallaba de ninguna de sus facultades o sentidos. Pero el hombre estaba en agona. Ejercía algún control sobre sí mismo, pero con frecuencia gema angustiado, apretando las manos sobre su cabeza. La presión de la sangre variaba; algunas veces su corazón saltaba y galopaba aunque no había en él nada enfermo orgánicamente. Otras, todo su cuerpo se movía con espasmos. Después de darle un sedante los espasmos desaparecían rápidamente y parecía como si un profundo alivio se apoderase de su sudoroso rostro, tomando un aspecto que emocionaba y conmovía a Lucano. No existían señales físicas de enfermedad en ninguno de sus órganos; su piel, aunque frecuentemente lúida e inflamada, estaba sana. Pero los dolores de cabeza, había dicho a Lucano quejumbrosamente, eran aplastantes, y le producían la sensación de que su cráneo iba a estallar, o a romperse en pedazos, o como si le acuchillasen o ardiese. Variaban de intensidad y modo, pero eran continuos en una forma u otra.

Los otros médicos profesores se acercaron a la cama y contemplaron como Lucano realizaba otro de sus meticulosos reconocimientos.

Vieron como acercaba una vela a los ojos del enfermo y de nuevo examinaba los iris. Observaron como ordenaba a Odilio que elevase sus manos, sus piernas, sus pies, su cabeza. Lucano buscaba reflejos exagerados o perdidos. Todo era prácticamente normal, pero el hombre continuaba retorciéndose en la cama y gimiendo. Era inteligente y podía leer y escribir tres lenguas, y había sido secretario de su dueño.

Lucano cruzó los brazos sobre el pecho y contempló al hombre por largos momentos.

— ¿Qué clase de dolor sufres hoy? —preguntó con tono ausente.

Cerca de su hombro el maestro judo se inclinó observando atentamente.

— ¡Oh, señor —gimió el esclavo—, ¡hoy mi calavera es demasiado pequeña para mi cerebro! Parece como si éste quisiera estallar fuera de su encierro.

—Tumor, evidentemente —dijo el profesor griego con avidez.

Lucano movió negativamente la cabeza sin perder de vista al esclavo.

—Ha estado aquí durante un mes y no muestra pérdida de ninguna de sus facultades o sentidos, ni epilepsia, ni el más ligero o el más insignificante signo de parálisis, ceguera o sordera. Los reflejos son hoy un poco exagerados. No, no es un tumor, que progresa continuamente en la producción de su daño. Dice que ha permanecido en esta situación durante una serie de años, aunque con menos agudeza. No tiene tumor, por lo tanto, ni maligno ni benigno.

Su hermoso rostro se inclinó sobre el quejumbroso esclavo lleno de conmiseración, ternura y simpatía. Tomó una de las manos del esclavo e inmediatamente cesaron los gemidos y Odilio contempló su rostro con una mirada de ruego. Lucano dijo:

—Le daré esencia de opio; no lo bastante para que quede idiotizado, pero sí para aliviar su dolor. Luego le someteré a un interrogatorio. Empiezo a sospechar algo... —se detuvo—, hoy la presión de su sangre es peligrosamente alta.

—Ataque inminente —sugirió uno de los jóvenes estudiantes.

—Es posible que sufra un ataque —asintió Lucano— pero no a causa de ningún tumor y posiblemente tampoco a causa de una enfermedad del cerebro, ni de cualquier enfermedad en alguno de los miembros de su cuerpo. ¿Podrá ser que los ataques tuviesen a veces otras causas que las orgánicas? —murmuró para sí.

Al esclavo le fue administrada una porción de opio, que tragó ansiosamente, sabiendo el alivio que le proporcionaría. Lucano esperó. Minuto tras minuto los gemidos disminuyeron. El agarrotamiento de los músculos fue desapareciendo visiblemente y las líneas de agona borrándose de su delgada y expresiva cara. Odilio sonrió con una sonrisa débil de gratitud y no apartó su vista del compasivo Lucano. Sus ojos empezaron a cerrarse y murmuró:

—Voy a dormir.

Pero Lucano estrechó con fuerza su mano y dijo:

—Vélate conmigo Odilio, a fin de que puedas ser curado.

Odilio respondió con un suspiro:

—Señor, no quiero ser curado, porque entonces ser devuelto a mi dueño para ser ejecutado.

Lucano abrió la boca para decirle algo consolador y anunciarle que su dueño ya no le posea. Pero se detuvo. La sospecha en su mente empezó a tomar forma.

—Antes de que fueses condenado, Odilio, y cuando tu dueño confiaba en ti y tú no habías sido robado, tenías estos terribles dolores. Por favor cierra tus ojos y respóndeme. ¿Es así?

Los semi-cerrados ojos se abrieron en tono de protesta.

—Es así, señor. ¡Ah, déjame dormir! Si al menos —murmuró— hubiese tenido el valor de matarme cuando era más joven...

—Ah —dijo Lucano excitado—. Dime, Odilio, ¿durante cuánto tiempo has sido esclavo?

—No lo sé, señor. Mi más remota memoria llega a cuando yo era un niño muy joven, y era conducido a Egipto por un tratante de esclavos persa para ser vendido aquí. No sé si nací esclavo o libre. Mi actual dueño me ha poseído desde que yo tenía tres o cuatro años y no recuerdo quienes eran o dónde pudiesen estar mis padres.

—¿Por qué robaste, Odilio? Tu dueño no era desusadamente duro para contigo y confiaba en ti.

Los ojos oscurecidos del esclavo adquirieron un sombrero fulgor.

—Robé de sus cofres (mi amo era un hombre muy rico y no siempre sabía la cantidad exacta que poseía) a fin de poderme escapar. Intenté coger un saco de oro. Pero él había enviado aquella mañana el dinero al Banco de Alejandra y tan sólo quedaba un pequeño saco de plata. Yo no lo sabía pero lo tomé. Una vez ante sus cofres no pude resistirme.

—¿Por qué? ¿Una cantidad tan pequeña!

—Sí, señor. —El esclavo se mantuvo silencioso durante unos momentos y sus expresivos ojos se velaron con algún profundo y doloroso pensamiento.

—Sin embargo —continuó— era el primer paso hacia la libertad.

Entonces rompió en sollozos y lágrimas con tal intensidad que su agitado cuerpo hizo temblar su catre.

—Incluso si hubiese podido robar oro no me hubiese salvado... —exclamó—; hubiese sido descubierto — cogí la mano de Lucano con sus dedos sudorosos—. Tú no puedes comprender, señor, tú eres un hombre libre. No sabes lo que es ser esclavo... Había muchos en aquella casa a quienes yo hablaba de libertad y me respondieron con extrañas e interrogadoras sonrisas. ¿Y no estamos cobijados, alimentados, vestidos adecuadamente, disfrutando algunos días de fiesta, y cuando complacemos especialmente a nuestro dueño nos da recreo o una moneda de plata? Nosotros estamos mejor que los pobres libres de la ciudad, que duermen en el arroyo o bajo los arcos y mendigan pan o mueren de hambre. ¿Por qué entonces una libertad pesada para morir como perros? ʘ

—Sí —dijo Lucano—. ¡Ah, sí!

El esclavo le miró con un gesto de ruego y vio sus ojos azules humedecidos. Se elevó sobre su codo olvidando a los demás presentes.

—Señor, ahora sé que deseaba robar porque yo sabía que sería cogido y ejecutado. ¿Prefera la muerte a la esclavitud! ¿Puedes comprender esto?

—Sí —dijo Lucano—, sí, sí.

El esclavo volvió a echarse sobre el lecho y empezó de nuevo a gemir.

—No me cures, señor. Déjame morir así. Así seré libre para siempre.

Sus manos se alzaron hasta su cabeza y sus ojos se hundieron en las cuencas de su cara a causa de un renovado tormento.

—Opio, señor. Bastante opio para que me mate al instante. Así caeré en un sueño profundo y nunca me despertaré; seré uno en la incontable compañía de los que para siempre son libres.

Lucano alz la voz para que el esclavo le oyese a pesar de su estupor. Mir a los otros mdicos que le contemplaban atentamente.

— ¿Hay en la universidad necesidad de un hombre de toda confianza capaz de desempeñar su tarea con habilidad? —pregunt.

El esclavo abri los ojos contemplndole con inmensa confusin. Los otros mdicos frunciaron el ceo tratando de comprender.

—Es un esclavo, Lucano —dijo un egipcio— y no nos pertenece a nosotros sino a su dueo.

Lucano se ech a rer con suavidad y movi la cabeza. Coloc su mano sobre la mejilla del esclavo como si fuese un hermano.

—No; pertenece a mi maestro Jacob, aqu presente, que lo adquiri de su anterior dueo, pero ahora me pertenece a m y maana visitar al pretor y le libertar.

El esclavo se sent repentinamente y emiti un gemido en el lecho. Tendi sus brazos alrededor del cuello de Lucano. Solt y le cogi las manos cubriéndolas de besos. Gema y sollozaba; estaba fuera de s mismo. Su rostro arda. Gritaba y se levant. Luego se ech sobre el suelo y abraz los pies de Lucano apretando alternativamente su frente contra ellos.

Lucano le alz con el mximo cario y le coloc de nuevo sobre su camastro, pero el hombre se apoder de su mano y no quera dejarla. Miraba a Lucano con adoracin...

—Mis queridos colegas —dijo Lucano— os repito mi oferta y la oferta de Idilio. ¿Le necesitis?

—Yo puedo usarle inmediatamente como mi propio oficinista —dijo Jacob— cuyos ojos estaban llenos de lgrimas.

Lucano pretendi dudar y agit su cabeza con gesto negativo.

—Ah, qu penoso es esto —murmur—el pobre Odilio est libre pero est enfermo y, ¿quin sabe si se recobrar?

El enfermo se levant otra vez y el ardor de su rostro era ms brillante que antes.

—Seor... ya no estoy enfermo el dolor ha abandonado mi cabeza Est clara, fra y suave ♦ Djame servirte a ti, te lo ruego...

—Puesto que sers liberado por la maana y prcticamente ya eres libre ahora y capaz de hacer planes sobre tu propio futuro, no debes decir † djame † —dijo Lucano con una severidad un tanto burlona.

Idilio cuyos ojos estaban encendidos le mir como quien mira a un ngel. Luego con una sonrisa, dijo:

-Seor, si el mdico Jacob desea mis servicios, ser mi delicia el servirle como hombre libre.

—Y con un sueldo que discutiremos —respondi el juvenil y barbudo judo.

—Ahora, duerme —dijo Lucano levantndose—. Cuando te despiertes, Idilio no tendr dolor y el dolor nunca ms volver a ti.

Los mdicos rieron un poco y se alejaron con Lucano entre ellos.

Un griego dijo con acento divertido:

—Ahora nos vemos privados de un cerebro vivo para estudiar.

—Pero habis visto a uno que mora, volver a la vida —Dijo Jacob—. Miradle como duerme, con la sonrisa de un gozoso nio en su rostro. La libertad es ms que la vida para los que son como l y hay tantos que forman una legin. Quiera Dios que pronto todos los hombres sean libres a fin de que no piensen en la muerte como nico escape.

—Odilio no sufra de una enfermedad del cuerpo o del cerebro respondi Lucano respetuosamente a los pragmticos griegos. Sufra de una enfermedad del alma y ahora est curado. En vuestro racionalismo habis olvidado a Hipcrates.

CAP ^ TULO XVIII CAP ^ TULO XVIII

Un crepsculo liliceo se difuminaba por el aire de Alejandra cuando Lucano, exhausto, dej la enfermera y el depsito. Aqu y all una salpicadura de sangre seca manchaba su tnica y su cabeza arda. Encontr a Jos ben Gamliel que aparentemente le haba estado esperando. Jos dijo:

—Saludos, Lucano. Deseo de ti un favor. Tengo un amigo querido que ha vivido en Alejandra durante dos meses, no por deseo suyo sino porque est muy enfermo y cercano a la muerte. Su nombre es Elazar ben Salomn, un comerciante rico que viaja por todo el mundo. Es un comerciante extremadamente rico y un hombre bueno. ¿Querris visitarlo?

Lucano respondi con frialdad:

—Lo siento, Jos, pero no deseo curar a ningn hombre rico en ninguna parte. He decidido viajar por todos los puertos y barcos para atender a los destituidos, a los esclavos de todas las ciudades y de las galeras, para quienes no hay sanatorios en ningn sitio excepto en Roma, en la que, por lo tanto, no me necesitan.

—Nosotros decimos en nuestras Escrituras que la sabidura con una rica herencia es muy buena —dijo Jos sonriendo—. No te sofoques as, querido Lucano. Simplemente estoy felicitndote por tener un padre adoptivo rico. De otra forma, ¿cmo podras vivir en tus viajes a esos puertos? No he odo —aadi Jos— que los ricos sufran menos en sus enfermedades que los pobres ni que Dios les haya concedido ninguna clase de inmunidad. Un cncer produce tanta agona a un Csar como al ms bajo de los esclavos.

—A pesar de todo, no deseo tratar a ningún hombre rico —repitió Lucano framente. Luego se sintió furioso—. An soy un novato. ¿No ha consultado tu amigo a ninguno de los médicos competentes que hay en Alejandra y que viven ansiosos de honorarios importantes? Podrá nombrarte una docena.

Jos le miró reflexivamente.

—Lucano, creo que podrás ayudar a Eleazar ben Salomn y creo que sólo tú puedes hacerlo. Estás muriendo, es posible que no puedas salvar tu vida. Tiene también el alma destrozada y tú podrás consolarle.

—¿Yo! —exclamó Lucano, y sonrió tristemente—. ¿Yo, el inconsolable, dar consuelo?

—Esto es lo que haces todo el tiempo —dijo Jos con gravedad—. Ven como un favor personal hecho a mí, porque amo a Eleazar ben Salomn. Cuando ambos niños vivamos juntos en Jerusalén, antes que yo viniese a Alejandra.

Su rostro cambió y adquirió un tono de sutil desolación.

—Mi litera está esperando fuera del jardín.

Lucano vaciló. Había algo misterioso en las maneras de Jos, pensó y a pesar de la repugnancia que el joven griego sentía hacia los ricos y privilegiados, su corazón de médico no podía negarse. Por esto dijo:

—Es posible que tenga una enfermedad en la que yo estoy interesado, por lo tanto iré.

Jos sonrió bajo su barba.

Llegaron a las puertas que fueron abiertas para ellos por esclavos armados. Jos no poseía esclavos ni los tenía su familia. Empleaban sólo hombres libres a quienes habían comprado como esclavos y luego liberados. Los portadores de su litera eran jóvenes y fuertes que se inclinaron respetuosamente ante su señor. Era un atardecer cálido y el cielo ardía cubierto de un color amatista. Jos y Lucano se sentaron juntos en la litera, descorriendo las cortinas de lana para aprovechar la menor brisa. De pronto, aquella tierra tropical, quedó cubierta por el manto de la noche que se extendió sobre Alejandra y la luna ocupó su lugar en el cielo.

La ciudad como de costumbre era un crisol de colores, impáras, voces clamorosas, animales, hombres y mujeres, porque tan sólo en el atardecer adquiría Alejandra toda su viveza. Antorchas ardientes crujían en sus soportes; mendigos gemían y pedían a pocos metros, gritaban, mujeres que reían; música que surgía detrás de blancas paredes sobre las que colgaban flores blancas, rojas y amarillas. La luz de la luna apareció con rapidez iluminándolo todo, haciendo brillar las blancas y bajas terrazas, tan llanas como la tierra. Era tan cálida como el agua al reflejarse sobre aquellas terrazas en las cuales los habitantes de las casas se iban reuniendo en busca del fresco. Sus oscuras formas y morenos rostros se movían de un lado para otro; hablaban, reían y palmeaban solicitando que los esclavos llevasen vino y sonaban voces en muchas lenguas extrañas. De cuando en cuando una arqueada puerta se abría en una pared y se podía contemplar a través de ella los jardines iluminados, dulcemente perfumados, llenos de fuentes y estatuas, sobre las que la luz de la luna resbalaba como un chorro de plata.

Jos no habló durante el corto viaje. Parecía hundido en una melancolía personal y Lucano no quiso turbarlo. Estaba enfadado consigo mismo; se preguntaba por qué le era siempre difícil negar a Jos ben Gamliel cualquier cosa que le pidiese. El murmullo y olor del mar se hizo más intenso por lo que Lucano comprendió que la casa a la que iba estaba cerca del agua y por lo tanto era un lugar agradable. La inmensa luna blanca miraba impecablemente la cálida y poblada ciudad, sin enviar ninguna frescura sobre ella. Llegaron a una suave y blanca pared, elevada e iluminada y uno de los libertos llamó a una puerta arqueada. Se abrió y tras ella apareció un jardín iluminado por la luz de la luna y dormido, lleno de flores, árboles, hierba y fuentes, pero sin estatuas. Un perfume de higos en flor y jazmín sala hasta la calle. La casa, a poca distancia era grande y blanca, con una amplia columnata y balcones a los lados de estilo oriental.

Pero incluso en aquella cálida frescura, el cálido y penetrante olor de oriente se mantenía insistente. No era desagradable, era un olor, a especie de incienso y a una tierra extraordinaria y fecunda.

—Es un lugar agradable —murmuró Lucano pensando en la enfermera de la universidad— Este hombre no ahorra dinero.

—¿Por qué ha de hacerlo? —preguntó Jos en voz suave—. ¿Puede el dinero ser guardado para siempre?

—Podrá ser usado muy bien en ayudar a los que carecen de ayuda, en construir sanatorios para los pobres y cobijo para los que no tienen hogar —dijo Lucano. Jos suspiró.

—Eleazar ben Salomn es conocido por sus muchas obras de caridad y su bondad, porque tiene un gran corazón. Redime a cuantos judíos esclavos encuentra. No descubras esclavos en su casa o en ninguna de las casas que tiene en muchas ciudades. Cuanto más da, más Dios le concede.

Las cortinas de las ventanas estaban corridas a fin de que pudiese entrar el fresco. En los Jardines todo estaba tranquilo y los dos hombres se acercaron a la casa. Los ruiseores cantaban a la luna con trinos penetrantes y agudos. Se oía el canto de los grillos y, en algún lugar, los loros parloteaban. Pero no se oían voces humanas. Las grandes puertas de bronce permanecían abiertas y el recibidor que se veía tras ellas estaba construido de nuevo mármol, lleno de altas columnas e iluminado por muchas lámparas de plata sostenidas sobre candelabros. Había flores por todos los lugares colocadas en jarrones griegos y egipcios instalados en el suelo.

La más hermosa mujer que Lucano había visto en su vida corrió hacia Jos, con las manos extendidas en un gesto de bienvenida amoroso. Era más hermosa que Iris, la madre de Lucano, a quien el joven había considerado insuperable hasta entonces incluso por la más hermosa de las estatuas. Parecía tener menos de veinte años y probablemente rondaba los dieciséis, tan ligera y bien formada bajo su azul vestido, que su estatura no era aparente a primera vista. Parecía una reina, y se movía en forma real, deslizándose sobre el

blanco mrmol. Su pequea y majestuosa cabeza flotaba con unas trenzas oscuras sueltas que brillaban como seda y su cabello era tan hermoso que parecia estar formado por un flotante vapor. Su rostro ovalado tena el color de las perlas traslucido y brillante como si poseyese una luz interna; sus labios eran de un rojo suave, su nariz delicada y finamente formada, sus ojos de un profundo y brillante color violeta. Llevaba un collar, pendientes y un brazalete de deslumbradoras piedras azules engarzadas en un elaborado trabajo de oro a la moda. Un delicioso perfume, como de rosas, parecia proceder de su nvea carne ms bien que de los vestidos o del cuello. Su vestido azul caa redondeado sobre sus pechos de doncella y su esbelta cintura estaba ceida por un cinturn de oro, cuajado de piedras azul oscuro. La seda descenda sobre su suave cintura y resaltaba sus exquisitas piernas. Calzaba sandalias de piel repujada en oro.

Se sinti gozosa ante la vista de Jos y su luminosa y blanca garganta palpit como si estuviese luchando por contenerse y romper en sollozos de alivio y gratitud por la presencia de Jos. Jos tom sus manos encendidas y las sostuvo con calor y mir a sus ojos con amor de padre.

—Mi querida Sara —dijo amablemente—. ¿Confo en que tu padre est mejor esta noche?

Sara no se dio cuenta de pronto de que Lucano la contemplaba desde el fondo, encantado por la visin de su virginal belleza henchida de primaveral pureza y adorables matices. La sonrisa abandon su rostro y sus labios cubrieron unos dientes que parecían de porcelana.

—No, no est mejor, Jos —dijo con voz llorosa y suave como la de una paloma—. Pero se sentir feliz al verte.

Ella como Jos, hablaba arameo. Sus largas y negras pestaas parpadearon, y sus oscuras cejas, sedosas y brillantes, resaltaban como flechas sobre la blancura de su frente. No necesitaba artificios, ni botes de pintura o kohl para sus ojos, ni tintes para teir la punta de sus rosadas uas. La naturaleza la haba dotado con los ms exquisitos colores, vivos como los de una flor. Jos se volvi hacia Lucano.

—Sara —dijo—, aqu est mi discipulo favorito, Lucano, de quien te he hablado con frecuencia. Es un maravilloso mdico; le he persuadido para que vea a tu padre.

Lucano estaba de tal modo sorprendido, excitado y asombrado por la vista de una joven de tan sobrenatural belleza, que transcurri un momento o dos antes de que pudiese inclinarse en saludo reverente. Su sangre griega palpit con adoracin hacia aquella belleza; pens en una estatua de la joven Hebe que haba visto una vez en un templo de Alejandra, porque Sara haba nacido para servir al amor y la devocin. Esto era evidente en su aire de ternura, su solicitud y gentil humildad.

—Antes de que veas a mi padre, Jos —dijo con sus ojos repentinamente fijos con fascinacin en Lucano—, los dos debis cenar y beber algo.

—Beberemos un poco de vino —dijo Jos siguiendo a la muchacha hacia una habitacin tras el recibidor, amueblada ricamente aunque con sencillez y llena de flores de muchos colores. Tampoco all haba estatuas. Las paredes estaban formadas de brillantes mosaicos representando flores en capullo, hojas entrelazadas y estilizadas formas orientales. Las columnas eran de mrmol amarillo, las Imparas de bronce de Corinto, el suelo de mrmol blanco y negro en cuadros cubierto con alfombras persas que parecían joyas tejidas —. Pero debemos volver a nuestros hogares para cenar. Si no lo hicisemos, nuestras familias estaran preocupadas por nosotros.

—Ah, s, as es —dijo Sara, incapaz de apartar los ojos de Lucano que permaneca de pie en el centro de aquella grande y fresca habitacin, un poco incmodo, como un alto y hermoso dios. Despues de un momento Sara parpade, se ruboriz y baj los ojos; su hermoso pecho se agit rpidamente y luego qued quieto. Dio unas palmadas y un criado entr con una bandeja de plata sobre la que descansaban unas copas, cuajadas de muchas piedras preciosas diferentes. La propia Sara sirvi un vino excelente, que desprenda el aroma de soleadas vias. Como abstraída dio a Lucano una copa antes que a Jos que era ms viejo. Lucano la tom y sus dedos se rozaron, y el muchacho, a pesar de s mismo, sinti un estremecimiento elctrico. Acostumbrado como estaba a las costumbres recatadas de Aurelia, de Iris y de las mujeres romanas de costumbres antiguas, se asombr un poco ante la libertad y ligereza de aquella joven.

Bebi el vino que tena un gusto y aroma oloroso y se sorprendi al darse cuenta de que disfrutaba de l. Jos bebiendo tambn pregunt en voz baja a la doncella por su padre, y ella contest con notas de preocupacin en su voz. Lucano se sinti encantado con los tonos de la voz de la muchacha, tan dulces, variados y elocuentes. De vez en cuando, a medida que hablaba, miraba tmidamente hacia Lucano y cuando sus ojos se encontraban se ruborizaba profundamente.

Finalmente los dos hombres siguieron a la muchacha a travs de una abierta columnata, cuyas columnas parecían hechas de brillante plata iluminadas por la luz de la luna. Ella corri una cortina de pesado tejido oriental y penetraron en un gran dormitorio, que brillaba suavemente alumbrado por Imparas de plata y estaba lleno de un perfume de flores y especies. Sobre una gran cama esculpida en marfil, plata y oro, yaca un hombre de mediana edad, reclinado sobre cojines de seda y cubierto con una manta de claros colores tendida sobre sus pies. Antes de que Lucano pudiese ver su rostro, pudo or la variable y desesperada respiracin del hombre y su instinto de mdico le hizo olvidar todo excepto su dedicacin profesional.

—Saludos, mi querido Eleazar —dijo Jos acercndose a la cama seguido de Lucano. Jos tom las manos de su amigo y se inclin sobre l sonriendo con tierna preocupacin, y Sara permaneci a los pies sonriendo ansiosamente a su padre.

Eleazar trat de hablar pero su voz, entrecortada por pesadas respiraciones, son apresurada y dbil. Tosa repetidamente.

—Descansa —dijo Jos—. He trado al joven mdico Lucano.

Se levant y mir al griego, haciendole una seal con sus ojos. Lucano se acerc con toda su mente alerta y atenta hacia el hombre enfermo. Inmediatamente, sin hablar, vio que Eleazar estaba in extremis. El comerciante y traficante judo era un hombre moreno, emancipado, esculido de complexin y que posea unos grandes y tristes ojos que brillaban an con vida, a pesar de su condicin de moribundo. Sus rasgos le recordaron a Diodoro, porque Eleazar tena el mismo perfil de guila, la misma agudeza y expresin y Lucano pens de nuevo en el extrao parecido que exista entre los judos y los romanos.

Eleazar trat de sonrer con cortesa a Lucano, pero estaba extremadamente inquieto a pesar de su postracin. Sus labios, los lbulos de sus odos y las puntas de sus dedos estaban amoratados. Un aspecto de profunda melancola invada su rostro. Su boca permaneci abierta mientras intentaba respirar y los espasmos de sus pulmones hacan su respiracin silbante y ronca. Lucano, sin hablar, levant la tnica del pecho del hombre, inclin su cabeza y coloc el odo en la regin del corazn. S, sonaban sstoles anormales y una fibrilacin auricular. Los sonidos del corazn eran sofocados, cortos y dbiles, espaciados, con ritmo variable y palpitante. La desplazada palpitacin estaba all, el corto y rpido pulso, el dbil pero bien definido primer sonido seguido de otro sofocado. El paciente sufra un grave fallo del corazn. Alzando su cabeza, Lucano estudi de nuevo silenciosamente su rostro, y el color mortecino de su carne, escuch la tos y vio el tinte sanguinolento en los extremos de sus labios moribundos y la agrandada hinchazn txica de la glndula de su garganta. El joven mdico tom un frasco de la dorada mesa de mrmol a la cabecera de la cama lo oliate y examin su contenido. Frunci el ceo; el estimulante cardaco era demasiado fuerte. Sin embargo se poda hacer poco ya por aquel sufriente e inmediatamente el alma de Lucano se sinti conmovida y olvid que Eleazar ben Salomn era un hombre rico. Era tan slo un hombre que estaba siendo atormentado. Lucano le dijo amablemente en arameo:

— ¿Has tenido los mejores mdicos? No hables; simplemente responde con gestos de tu cabeza. Calculo que caste enfermo hace unas pocas semanas. Has tenido indigestin, has vomitado, nuseas, y diarrea —hizo una pausa y dijo con mayor amabilidad— ¿comprendes tu condicin?

Eleazar yaca sobre las almohadas y estudi el rostro de Lucano con gran atencin, los bien dibujados, llenos pero ascticos labios, la larga y cincelada nariz griega, la inclinada frente, los elocuentes ojos azules llenos ahora de piedad, simpata y amabilidad. Un gran inters cruz el rostro del hombre moribundo, como reflejo de un esfuerzo en busca de sus ltimas energas. Su rgida mirada penetr en el alma de Lucano con la peculiar intensidad de los moribundos y sonri. Susurr ronc amente y con dificultad:

—S, lo comprendo, y no siento tristeza por mi excepto por la nia que debo dejar.

Dirigi hacia Sara una profunda y amante mirada y sta estall en lgrimas. Se arrodill ante el lecho y coloc su cabeza junto al hombro de su padre.

—Como mdico no puedo hacer nada por ti —dijo Lucano, porque comprendi que ante l tena un hombre heroico y no deba insultarlo con mentiras piadosas —, t ests ms all de la ayuda humana, Eleazar.

—Pero no ms all de la ayuda de Dios, bendito sea su nombre —respondi Eleazar.

— Bendito sea su nombre -aadi Jos con gran emocin.

Se volvi hacia Jos y dijo:

—No s porque he sido llamado. ¿Fue tan slo para repetir lo que otros y mejores mdicos han dicho ya de Eleazar ben Salomn?

—No —dijo Jos— ha sido para or su historia y hacerle una promesa de ayudarle. Porque yo creo que puedes dar esta ayuda, aunque no lo s. Nosotros los judos tenemos frecuentemente intuiciones espirituales misteriosas, ms all de la razn natural, ms all de toda explicacin.

Sus ojos se posaron sobre Lucano con gravedad y se acarici la barba.

—Levntame —rog el hombre enfermo y Sara y Jos le alzaron sobre las almohadas. Durante la operacin no apart su mirada suplicante de Lucano; pareca como si supiese que la ltima esperanza estaba all. Lucano dijo:

—Debiera descansar. No se le puede permitir hablar. —Se senta profundamente vejado por las palabras crticas de Jos; su lgica mente griega rechazaba el sonoro misticismo de los judos—. Sin embargo, si puedo ayudar a Eleazar lo har, aunque la forma como puedo ayudarle me es desconocida.

—Quizs no es desconocido para Dios —dijo Jos, y Lucano ignor el comentario. Mezcl un poco del elixir contenido en el frasco con un poco de vino y lo llev a los labios de Eleazar y el mercader lo trag dolorosamente. La enorme glndula de su garganta pareca a punto de romper su fuerte y curtida piel. Lucano poda sentir el dolor en su propia garganta y la dificultad en tragar y de pronto su cabeza empez a dolerle. Eleazar dijo:

—Debo hablar, porque tengo poco tiempo y he odo a Jos ben Gamliel de quien nunca he escuchado un comentario insensato. Hay algo en m tambin que me asegura, joven maestro, que t puedes ayudarme. Acrcate a m. —Se detuvo y luch de nuevo por respirar, y el rostro de Lucano se puso rgido Con tristeza ante aquel sonido angustioso.

—Hace dos aos —dijo Eleazar jadeando— mi querida esposa Rebeca dio a luz a nuestro primero y nico hijo, en esta misma casa. Ella muri en el parto. —Sus ojos se llenaron de lgrimas sangrientas—. Puse al nio Arieih, Len, por nombre, y l me consol, porque ciertamente pareca un joven len, fuerte y hermoso. Era el gozo de mi corazn, porque nunca en todo Israel hubo un nio tan encantador, y yo le dediqu a Dios.

Uni sus delgadas y lividas manos en un gesto convulsivo de agonizante tristeza.

—Mi tiempo se acorta —susurr—, Sara, no llores. Debo hablar. Joven maestro, no tengo esclavos, slo hombres y mujeres libres que son devotos a mi persona y familia. Un da dos ayas jugaban con Arieih, mi hijo, en el patio y jardn cerrado de la casa y yo desde mi biblioteca oa la risa del nio. De pronto me di cuenta de que las voces y ruidos haban cesado. Abandon la biblioteca para descubrir la razn de aquel silencio. Las muchachas yacan sobre las flores con sus cabezas aplastadas y ensangrentadas y mi hijo haba desaparecido.

Se detuvo y cerr los ojos, y la tortura de aquel recuerdo perl su rostro con grandes gotas de sudor. Hizo un gesto dbil y abri de nuevo os ojos.

—El prefecto de la ciudad tom el asunto por su cuenta. ¿Tena yo enemigos? ¿Quin sabe los enemigos que un hombre tiene entre sus amantes amigos? He tratado de ser un hombre justo, honorable en todos mis tratos, y me he hecho muy rico. ¿Acaso es to inspir a mis amigos la envidia y furor? Es posible. Un hombre puede guardarse de sus enemigos pero nunca de sus amigos, porque ellos estn dentro de su casa. El prefecto, contra mis protestas, arrest a algunos de mis hombres buenas gentes e incluso les tortur. ¿Cmo, pregunt, era posible que se hubiesen cometido dos asesinatos dentro de las guardadas paredes de los jardines y se hubiese secuestrado a un nio sin el conocimiento de los dems criados? Pero el encargado de la entrada no haba visto a ningn extranjero. Los guardianes de las puertas no haban admitido a nadie. ¿Haban sido sobornados? Era muy posible. Mi gente fue puesta en libertad a causa de mi insistencia. Me juraron que no haban estado complicados en el rapto.

Lucano se sinti lleno de ira, olvidando que Eleazar era un hombre rico y sintiendo su angustia en s mismo.

—Esto ocurri hace dos meses —dijo Eleazar—. Mi hijo, Arieih, tiene slo dos aos de edad. ¿Qu han hecho con el nio? ¿Est muerto, enterrado en algn lugar solitario del desierto? ¿Ha sido ahogado? No siento en mi corazn que esto haya ocurrido; s que est vivo y que su rapto fue una deliberada maldad inspirada por el odio. ¿Quin es el amigo que soborna a un criado para que matase y robase al pequeo? ¿Est algunas veces junto a mi casa murmurando palabras de consuelo y bebiendo mi vino o consolando a mi hija Sara y jurando venganzas contra mis enemigos? Es muy posible. Mis ojos han quedado ciegos observando todos los rostros. ¿Quin es el amigo? Est vestido de maldad y por lo tanto es invisible.

Eleazar alz su mano izquierda y se la mostr a Lucano. El dedo meique estaba graciosamente mal formado, doblado agudamente por la segunda falange, en tal forma que montaba sobre el siguiente.

—Este dedo es la marca de los varones de mi familia —dijo—. Mi hijo Arieih, la tiene. Esto le identificar.

Ces de hablar pero sus apenados ojos no abandonaron en ningn momento los ojos de Lucano.

—Te encontrars a mi hijo —y sonri dbilmente—. Mi corazn me dicta esto. Quiz no sea maana; ni dentro de diez o veinte aos. Pero lo encontrars. He ofrecido una gran recompensa en todas las capitales del mundo, pero an no hay ninguna respuesta, aunque miles y miles de informadores, ladrones, soldados, marineros, esclavos y hombres de mar andan buscndole movidos por su ansiosa avaricia. Las manos de pequeos nios, multitudes de nios pequeos en todos los sitios, son examinadas furtivamente, en cientos de ciudades y pueblos, poblaciones, calles, callejuelas, cuevas y en los hogares de los ricos y de los pobres. Tengo hombres libres por todo el mundo que investigan los rumores y corren cada vez que tienen alguna informacin, pero an as no hay ningn signo de mi hijo.

—Entonces lo ms probable es que est muerto —dijo Lucano con tristeza.

—No —respondi Eleazar. Coloc su mano sobre el pecho—. Mi corazn me dice que vive, quizs escondido, pero ciertamente vivo. Sabra si estuviese muerto. Por lo tanto, t le encontrars y t le llevars a Jerusaln para que herede lo que le dejo. Mi hijo, con su dedo torcido, mi hijo que parece un len.

Lucano permaneci silencioso, tanto a causa de su compasin como por la ira que senta contra Dios. Comprenda ahora que Eleazar muriese de dolor y agona.

—Encontrars a mi hijo —repiti Eleazar y sonri con un gozo tembloroso reflejado en su rostro—, t le devolvrs a su pueblo, a su hermana y a las puertas de Jerusaln.

Lucano pens que aquello era esperar mucho de l. Abri la boca para protestar, pero qued silencioso sin saber por qu. Finalment e dijo mientras Eleazar le contemplaba:

—Soy mdico y estar siempre entre los pobres, quienes no tienen amigos ni quien les consuele, ni pueden pagar honorarios. Buscar a tu hijo. Es todo cuanto puedo prometerte.

—Es bastante —dijo Eleazar y alz su trmula mano hacia Lucano que la tom sintiendo su fro sudor. El rostro de Eleazar, bajo el toque de los dedos de Lucano sufri un cambi extraordinario. Una mirada de maravillosa paz y libertad del dolor se apoder de l. Sus ojos se cerraron y la difcil respiracin se calm, haciendose ms lenta por momentos mientras Lucano sostenia sus manos. Y de pronto se fue, quedando slo la dbil y desconsolada sonrisa en el rostro firme.

Sara se puso en pie con un sollozo que rompa el corazn y permaneci junto al lecho. Las lgrimas corran por sus plidas mejillas. Crisp sus manos y se estremeci.

Jos ben Gamliel dijo en alta y reverente voz:

—El Seor da y el Seor quita. Bendito sea el nombre del Seor.

—Bendito sea el nombre del Seor —repiti Sara, en medio de sus lgrimas.

Lucano baj la mano del muerto con un gesto de amor, pero la ira y el dolor ruga de tal modo en su corazn que se sinti enfermo. Mir a Jos ben Gamliel con fieros y brillantes ojos. ¿Como era posible que un hombre serio y entendido alabase el nombre del enemigo mortal de todos los hombres? Pens que las palabras de Jos eran indignas y dbiles, las palabras de un esclavo servil bajo el ltigo. Se sinti disgustado; su cabeza

herva con un furioso y torturador dolor. Giró sobre sus talones, abandonó la habitación, atravesó rápidamente la columnata y dejó la casa.

CAPITULO XIX CAPITULO XIX

Era peligroso andar solo por las calles de Alejandra durante la noche y Lucano aflojó la daga que llevaba al cinto. No tenía miedo; era un atleta, alto y fuerte y no estaba lejos de su casa. Mantuvo la mano en el puño de la daga y anduvo rápidamente, lleno de furor y piedad. La capucha de su blanco manto cubría su cabeza, los vestidos flotaban a su alrededor. Caminaba por el centro de las tortuosas calles, evitando basuras, sin ver a nadie que se cruzase con él, percibiendo el mal olor, los mezclados y aromáticos perfumes de la ciudad; su corazón y su mente consumidos por sus pensamientos. Antorchas colocadas en cestas de hierro instaladas sobre las paredes iluminaban su figura con una moribunda y apagada luz roja. Una gran luna ardiente y blanca corra sobre él lanzando rayos de fuego plateado y su aspecto era tan poderoso y formidable, que rostros furtivos, que miraban desde los arcos y las puertas, retrocedían rápidamente como ante la vista de una aparición andante.

Lucano no se daba cuenta de los gritos o exclamaciones lejanos, de la música y de las risas, ni del tumultuoso palpitante y sonidos de aquella trrida ciudad. Tan sólo se daba cuenta de sus turbulentos pensamientos, su pena por Eleazar y la hermosa joven Sara; su ira contra Dios que incansablemente traicionaba y perseguía con espíritu vengativo y constante al hombre. Pensó en el niño Ariele. Estaba convencido de que estaba muerto, asesinado a causa de la malicia y el odio y, por primera vez, Lucano se volvió contra el mal en el hombre, contra su crueldad y falta de piedad, contra su avaricia y envidia, contra su sed de sangre e incontrolada dureza de corazón y contra los crímenes cometidos contra el príncipe. Había otro enemigo además de Dios; el hombre mismo. En aquellos tremendos momentos Lucano odió por igual al hombre y a Dios y se sintió cansado de su propia vida, su propia presencia en el mundo de la humanidad. El universo era malo hasta las entrañas; las mismas estrellas estaban todas con un tinte de vida. Todo aparecía engrandecido, torcido y deformado ante los ardientes ojos del joven griego. Estaba borracho de ira. Cuando un hombre al cruzarse con él rozó su mano, apretó la daga y por primera vez en su existencia emitió un violento juramento, ante el cual el hombre se apartó de él aterrorizado viendo la daga desenfundada y sintiendo, más que viendo, una ira sobrehumana, percibiendo la airada mirada, incluso bajo la capucha y percatándose de que era un furor que sobrepasaba el de cualquier hombre.

Las sandalias de Lucano repiqueteaban sobre las piedras como la marcha de un dios. Sin pensar nada concretamente, excepto que buscaba el camino más corto a través de una calleja hacia su casa, torció por una calle estrecha y oscura, iluminada por el resplandor de una sola antorcha en la entrada y el brillo de la luna. Altas paredes oscuras cerraban la calle y repentinamente todo quedó allí silencioso, con una tranquilidad siniestra. El único sonido cercano era el murmullo del agua sucia discurriendo por la cuneta; un olor insoportable llenaba el callejón. Lucano continuó descendiendo por la calle, luego se detuvo. Había llegado frente a una pared alta: la calle carecía de salida. Miró a su alrededor, las impresionantes paredes parecían haberle atrapado. Estaba sólo allí; no podía ver nada, sino las oscuras formas de los pisos finales y sin luz de las casas más allá de las paredes. Nadie hablaba o gritaba; aquí era un lugar muerto.

Jadeando vio que estaba momentáneamente perdido. Tenía que volver sobre sus pasos al final de la calle y mirar a su alrededor. De nuevo emitió un juramento bajo y violento. Quizás había una puerta en la pared que se alzaba ante él, que le permitiera entrar en el patio y desde allí pasar a una calle menos peligrosa. Con la ayuda de la luz de la luna y sus sensitivos dedos exploró la pared y sólo encontró una piedra ruda y spera. Continuó explorando y, por fin, al final de la pared, donde ésta se juntaba con la de la calle, su mano percibió una aldaba. La alzó y se abrió una puerta pequeña y estrecha; contempló un patio empedrado rodeado por las sombras de viviendas que albergaban a los más pobres de la ciudad; pero todas las ventanas estaban a oscuras y cerradas, y las puertas atrancadas. En el centro del patio había un pozo común redondo, construido de piedra oscura. Allí no se veían flores. No existía el perfume de la rosa, el jazmín o el lirio, sino tan sólo el agrio olor de pobreza, el miedo y la muerte. Por medio de la luz de la luna Lucano pudo ver que las oscurecidas casas circundaban el patio y que no había entrada alguna hacia otra calle o calleja. Cerró la puerta, dejó caer la aldaba y volvió a retroceder hacia el extremo de la opresora calleja. Percibió el murmullo del agua, en silencio, las amenazadoras paredes y mantuvo su mano apretada firmemente sobre la daga. La distante antorcha parpadeaba roja y débilmente en un extremo.

Estaba cerca de la esquina cuando oyó el rápido pisar de unos invisibles pies acercándose a él. Se detuvo abruptamente. El sonido de la huda despertó todos sus instintos guerreros. Consideró que la gente que huía podían ser ladrones escapando de la persecución. De pronto un hombre y una mujer doblaron la esquina y corrieron hacia él, impulsados por un horror palpable, volviendo sus cabezas hacia atrás. Lucano podía oír sus rápidas respiraciones en el intenso silencio, y los tropezones de la mujer sobre las piedras.

Casi se echaron encima de Lucano antes de verle y se detuvieron en la mitad de su huda mirándole con ojos asombrados, brillantes como los de animales atemorizados en medio de la luz de la luna. Si él hubiese surgido del suelo para enfrentarse a ellos no se hubiesen sentido más aterrorizados. La capucha de su manto había caído sobre sus hombros y la luz de la luna reveló el dorado fuego de su cabeza y los firmes rasgos de su

rostro, semejantes los rasgos del rostro de una estatua. El hombre y la mujer retrocedieron, porque haba algo en la alta figura de Lucano que atenazaba la respiracin en sus gargantas, y forzaron su mirada sobre l.

Lucano vio que eran muy jvenes e inmediatamente supo que no eran criminales, aunque el hombre iba vestido con harapos, sus pies estaban desnudos y careca de manto o de armas. El vestido de la mujer era bueno, modesto y respetable, de un suave color prpura; llevaba un cinturn de plata y pendientes del mismo metal con piedras sencillas en sus orejas; en sus brazos tintineaban pulseras de plata y sus pies estaban calzados.

— ¿Qu ocurre? —pregunt Lucano rpidamente en griego. No contestaron por lo que Lucano repiti la pregunta en egipcio. La mujer estall en sollozos, luego se ech a los pies de Lucano, cogiendo sus vestidos.

—¡Aydanos, seor! —exclam y empez a gemir febrilmente.

El joven permaneci aparte sin poder apartar sus ojos de Lucano. Pero se encoga hacia atrs y trataba de cubrir su cuerpo con sus harapos.

Entonces Lucano oy ruido de muchos pies de perseguidores acercndose por la calle y vio rojas sombras de antorchas que se aproximaban. La joven gimie e instintivamente presion su frente contra Lucano como si de nuevo le rogase que les ayudase. Pero el joven dijo en una voz curiosamente ronca:

—Asah, vete con ese hombre y te ayudar a escapar y dejadme. ¡Asah vuelve con tus hijos!

La muchacha volvi a gemir.

—No, permanecer contigo para siempre —solloz—morir contigo.

El sonido de los perseguidores que se acercaban despert a Lucano. Alz a la muchacha de sus pies y dijo al hombre:

— ¡Venid conmigo! De prisa!

Cogi la mano de la muchacha y corri con ella hacia la pared de atrs, seguido por el hombre. Encontr la puerta, la abri e hizo que los dos entrasen diciendo suavemente:

—Permaneced aqu. Yo les distraer.

Permanecieron temblando los dos por un momento y le miraron y de nuevo se sintieron sorprendidos por lo que vieron. Luego la puerta se cerr y quedaron solos.

—Es como Osiris —susurr la muchacha, uni sus manos y cay sobre el brocal del pozo. El hombre no se acerc sino que se acurruc junto al lado de las casas que circundaban el patio y cerr los ojos.

— ¿Viste su rostro? —sigui la muchacha e inclin la cabeza.

—Silencio, querida —respondi el hombre y se mantuvo lejos de ella.

Lucano volvi a recorrer la calle rpidamente cuando una multitud de hombres aparecieron en la entrada, vacilaron y alzaron las antorchas en alto maldiciendo; el griego redujo su velocidad y se acerc a ellos con calma. Miraron al callejn. Le vieron acercarse y se detuvieron. ¡l continu andando con digna seguridad, como andan los nobles, su daga en la mano. Vio a los sudorosos soldados armados y habl en la lengua autoritaria de Roma.

— ¿A quin andis buscando? —pregunt dirigiendose slo al centurin—, soy Lucano, hijo de Diodoro Cirino, de Roma, y mdico.

La luz de las antorchas iluminaban las oscuras caras de la muchedumbre que rodeaba a los soldados y Lucano pudo ver los salvajes ojos y las indignas bocas, as como los palos alzados movindose alumbrados por una luz rojiza. Un agudo silencio cay sobre los perseguidores. Despus el centurin dio un paso hacia adelante, alz su mano respetuosamente y habl con una mirada un tanto asombrada.

—Seor, buscamos a un hombre y una mujer; un hombre y su esposa. Corran delante de nosotros. ¿ Los has visto?

Lucano hizo una pausa. Las mentiras le eran extraas por lo que respondi:

—Ved que estoy solo y que nadie est conmigo. Adems, esta calle no tiene salida. Observa la pared de atrs. Volva a mi casa y me he perdido. Me sentira muy agradecido si me dieses de escolta a uno de tus soldados porque esta ciudad es peligrosa.

Su nico pensamiento era alejar a la multitud y a los soldados de aquella calle a fin de que el hombre y la mujer pudiesen despus escapar. El centurin le salud.

—Seor, uno de mis hombres te acompaar. Entretanto debemos buscar a esa gente hasta que los encontremos.

— ¿ Son ladrones? —pregunt Lucano. Contuvo su respiracin para evitar el penetrante olor de sudor y violencia que rodeaba a los perseguidores.

—No, seor. El hombre est leproso.

— ¿ Un leproso? —Lucano les mir.

—S, seor, un tal Sira. Fue echado de la ciudad al desierto hace unos meses. Sabes que es obligatorio matar a los leprosos que vuelven una vez han sido expulsados a las cuevas, donde viven. Sin embargo, algunos de sus vecinos le vieron mirando a travs de la ventana de su casa, a unas cuantas calles de aqu, y mirando a su esposa y a sus hijos.

—La esposa, Asah, vive con sus padres, y su padre es un tendero de alguna importancia. Los vecinos despertaron a la guardia. Como mdico, seor, comprenders que un leproso en la ciudad no slo es una amenaza, sino que debe morir, porque ha violado la ley y podra infectar a otros.

—S, comprendo —Lucano hizo una pausa posedo por agitados pensamientos. Se estremeci. Luego se encogi de hombros. Y sin embargo su corazn se sinti lleno de una clida compasin y tristeza al pensar en

el deseo de Sira que slo quiera ver a su esposa y sus nios de nuevo antes del exilio eterno y de la muerte. Dijo:

— ¿Cmo supo la mujer la presencia de su esposo en la ventana?

El centurin respondi pacientemente:

—Oy los gritos de los vecinos que pedan la presencia de la guardia y sali corriendo de la casa y al ver que su esposo empezaba a huir corri con l, sabiendo que l debe morir al instante —el centurin movi su cabeza—. Las mujeres no tienen inteligencia, seor.

‡ No, slo amor †, pens Lucano.

Enfund su daga. No saba que hacer pero deba hacer algo. Pens que Sira slo haba deseado ver a su familia. Era evidente que no haba tenido intencin de permanecer en la ciudad ni de permitir que su esposa supiese su presencia. Esto quiera decir que si los vecinos no le hubiesen visto hubiese vuelto a partir de nuevo tan silenciosamente y mudo como haba vuelto, a aquella muerte evidente y al sufrimiento en el desierto. Era digno de aquella oportunidad aunque la muerte era mejor que la vida del leproso. Ms an, haba que tener en cuenta a su esposa. Deba evitar que viese como una vil muchedumbre caa sobre su esposo y le destrozaba ante sus propios ojos. Lucano volva a percibir el ansia de sangre entre los perseguidores, el deseo de matar, de aplastar, de destruir, de destrozarse y fue aquel ansia lo que le decidi. Por lo tanto dijo:

—La situacin es muy seria, mi buen centurin. Por lo tanto no te privar ni de un slo hombre en esta bsqueda. Como mdico comprendo la gravedad del asunto. No vivo muy lejos de aqu. Entretanto el desgraciado est escapando. Vete al instante en su busca.

El centurin vacil. El hijo de Diodoro Cirino era un hombre importante, honorable y adems mdico. Deba ser guiado. Pero Lucano se alzaba ante l, alto, joven y fuerte y estaba armado. El centurin sonri y salud y hombres y soldados volvieron hacia atrs, iluminados por sus rojizas antorchas, y desaparecieron como un crujiendo alud.

Lucano esper hasta que la calle estuvo de nuevo silenciosa. Ni una sola luz haba aparecido en las oscuras ventanas de las paredes, ni un slo extrao haba salido, ni una sola puerta escondida se haba abierto, a pesar del ruido. Aquel era un lugar negro y siniestro y los habitantes se haban mantenido quietos discretamente dentro de casas, ventanas y paredes. Lucano volvi cautelosamente la puerta; mir de nuevo arriba y abajo de la calle, levant la aldaba y entr rpidamente en el patio circular.

Asah estaba sentada en el bajo brocal del pozo, llorando y gimiendo, Sira permaneca de pie a alguna distancia, escondindose de la luz de la luna y contemplando con ansiedad a su esposa, a quien trataba de consolar en voz baja y evitar sus lgrimas. Ninguno de los dos se dio cuenta de la presencia de Lucano, que permaneci en las densas sombras de la puerta cerrada.

—Ah, querido mo —gema la joven—, ¿Si como mdico no hubieses intentado curar a los leprosos! Pero t tan caritativo, tan tierno y amable, debas atenderles y debiste sacrificar por ellos en los templos. Les escondiste de las autoridades en tu desesperada compasin. ‡ ¿Acaso no son humanos, carne de mi carne, mis hermanos, la palpacin de mi corazn? † Esto es lo que t decas querido mo, pero los dioses y los hombres son crueles y sin justicia, y la terrible enfermedad se apoder de ti contagiada por aquellos que se sentan afligidos por ella. ¿Tuviste en cuenta a tu esposa y tus pequeos nios? No, me dijiste que como mdico estabas dedicado a uno mayor que nosotros, que ha profesado el juramento sagrado de aliviar a la humanidad y suprimir sus sufrimientos. En venganza, los dioses te han afligido con este horror monstruoso y te han separado de los brazos de tu esposa y los besos de tus hijos .

Sira gimi.

—No traicion mi juramento. Si los dioses me han traicionado, el crimen es suyo.

La joven alz su plido rostro a la luz de la luna y su oscuro cabello cay en desorden sobre sus hombros y sus lgrimas relucieron como brillante plata.

—Ah, s —murmur— es cierto que los hombres son a veces mejores que sus dioses. ¿Hubiese yo conseguido separarte de los afligidos? No lo creo. ¿Qu ms puede hacer un hombre sino cumplir con su deber? —se levant y se dirigi hacia su esposo con los brazos extendidos tristemente.

Pero l exclam:

— ¿Impuro, impuro!

—No para m, no para m, Sira. Soy tu esposa. Donde t vayas yo ir. Donde vivas, all vivir yo. ¿Qu son los hijos y los padres para una esposa que ama a su esposo? Ellos son como nada para m; no son ni sombras cuando oigo la voz de mi esposo. ¿Morars en una cueva? Entonces all morar yo. ¿Comers el pan de caridad? Tambin lo comer yo. Si duermes con las zorras y los cuervos, tambn yo dormir y tu cama ser mi cama. Porque no hay nada en el mundo para m sino t, y ningn mar, muerte, sangrienta mano del hombre, ni ningn odio de los dioses nos separar.

Sira extendi sus palmas desesperadamente para mantenerle lejos.

—Te ruego, amor mo, que no te acerques a m. ¿En el nombre de los dioses, mantente lejos de m! No, no irs conmigo a morir como leprosa, a llamar a las puertas para suplicar la compasin de los dems, a corromperte, sangrar y transformarte en intil, ciega y llena de heridas. He amado tu dulzura y tu belleza. ¿Morir recordando lo que podras llegar a ser por mi culpa?

— ¿Morir yo, Sira, recordando que te he abandonado, a ti, a quien jur nunca abandonar?

Sus manos se extendieron hacia l, pero l se refugi contra la pared, como un reptil, y, se desliz a lo largo de ella, produciendo un sonido spero.

— ¿Me torturas, Asah, con la vista de tu amado rostro leproso? Vete te ruego. Vete y olv dame. Soy uno entre los muertos. He de morir. La corrompida cosa que t ves ante ti no es tu esposo. Eres joven; csate otra vez y ten ms hijos, y llora por m, pero no te acuerdes de m.

—En mi corazn siempre habr un recuerdo. No me separes de ti, Sira. Djame abrazarte. Djame volver a besar de nuevo tus labios.

Asah lloraba, y el dbil sonido de su llanto llenaba el patio con ecos ms descorazonadores. Sigui tras l lentamente. Una persecucin impulsada por el amor y la devocin.

— ¡No! —Exclam Lucano, y surgi de entre las sombras— ¡Tu esposo tiene razn, y no debes tocarle!

Sira y Asah se sorprendieron ante el sonido de su voz y permanecieron mudos, mirndole. Su cabeza surga de entre sus anchos hombros como la cabeza de un dios, con una belleza hermosa y terrible. Asah puso sus manos sobre sus labios y permaneci inmvil mientras el viento nocturno levantaba su cabello como una bandera. Sira le mir desde las sombras y sus ojos se abrieron. Lucano se acerc a l, le tom de un hombro y le sac a la luz de la luna y luego le examin cuidadosamente.

—Soy mdico— dijo Sira con voz rota— tengo la lepra.

No haba ninguna duda. El aspecto leonino de la enfermedad haba ya engrosado los rasgos de Sira. Costras de un color azul rojizo y amarillento marrn manchaban su rostro; aqu y all, sobre su frente y garganta se abran lesiones ulceradas que supuraban pus y suero. Su voz ronca traicionaba la invasin de su laringe por la enfermedad. Incluso sus manos revelaban el horror de la enfermedad, y dos o tres de sus dedos estaban gangrenados.

—Que impos son los dioses —dijo Asah mientras sus brazos temblaban extendidos hacia su esposo—. Mi Sira es el ms amable de los hombres, el ms delicado, y sin embargo ahora debe morir y no puede escapar de la ciudad sin ser visto. Pero si l debe morir, yo morir con l, buen seor.

—Seor, llvatela de m —implor Sira—, condcela a nuestro hogar, porque est perdida si permanece aqu por ms tiempo.

Lucano se sinti poseido de un xtasis de furor, desesperacin y piedad. Cogi con fuerza los hombros de Sira en sus firmes manos y cerr los ojos, dirigiéndose a Dios en silencio pero con furor:

‡ Oh, T que has atormentado as a ste hombre, que tan slo deseaba salvar a Tus vctimas de Tu odio... ¿Golpeas siempre a aquellos que ayudan a los afligidos, que son inocentes, que carecen de maldad y de malicia? ¿Debes siempre reservar Tus sonrisas para los viles, y Tus bendiciones deben ser derramadas sobre los injustos? ¿Por qu no nos destruyes y nos dejas tener paz para siempre en la infinita tumba, cubiertos por la piadosa noche, lejos de Tus vengativos ojos? ¿Qu hemos hecho para merecer Tu odio, T que no tienes ojos, ni miembros, ni sangre de hombre, ni posees su carne? ¿Sangras T como sangra el hombre? ¿Tiembla Tu corazn como tiembla el corazn del hombre? ¿Has sufrido dolor, oh, T, que afliges con dolor? ¿Has amado como ama el hombre? ¿Has tenido un hijo a fin de que puedas saber lo que es gemir por l?‡

Sira y su esposa permanecan tan quietos como piedras, forzando sus odos; no oan voz alguna pero dbilmente se percataban de que algo terrible sonaba en aquel lugar iluminado por la luz de la luna, en aquel lugar silencioso y ftido. Vieron el rostro contrado de Lucano, sus ojos cerrados, sus labios separados entre los que brillaban sus dientes como mrmol.

De nuevo se dirigi a Dios con una salvaje amargura en su corazn.

‡ ¡Oh, murmur, si fueses misericordioso en Tu ilimitado poder podras curar a este miserable hombre y devolverle a su esposa y a sus hijos! Si poseyeses tan slo un pice de piedad humana quitaras esta enfermedad de l y le dejaras limpio. ¿Soy yo mayor que T; ms misericordioso que T? Te juro por todo lo que me es querido que si yo pudiese tomar sobre m estas lesiones y huir para siempre al desierto, recordando que haba salvado a un hombre, este hombre volvera con su esposa y con sus nios.‡

Sira not las manos de Lucano sobre sus delgados hombros y le pareci que una extraa y asombrosa fuerza emanaba de los dedos de Lucano como un fro y poderoso fuego. La fuerza penetr, agitndose a travs de sus huesos, estremeciendo su carne, y haciendo que su espalda se arquease y sus pelos se pusiesen de punta. Era como si un rayo hubiese cado sobre l. No poda respirar ni moverse; se apoyaba contra las manos de Lucano y su corazn palpitaba en sus odos como con un sonido de tambores ultraterrenos. Pens para s: ‡ ¡Estoy muriendo!‡ Y la luz de la luna desapareci de sus ojos y todo qued cubierto por una profunda oscuridad.

‡ ¡Yo no soy Dios!‡, exclam Lucano en su corazn. ‡ Soy slo un hombre. Por eso tengo compasin. ¡Oh, s misericordioso! ¡S misericordioso!‡

Abraz a Sira contra su pecho y le mantuvo contra l con firmeza, mientras las lgrimas caan de sus mejillas y corran por la frente del otro hombre. Y Asah comprendiendo vagamente que algo haba ocurrido ms all de la comprensin humana, cay de rodillas a los pies de Lucano y apoy su cabeza contra ellos.

Despus Lucano sinti que una tremenda virtud le haba abandonado, como sangre que hubiese escapado de sus venas y una misteriosa debilidad hizo temblar su cuerpo.

Amablemente, con manos temblorosas, apart a Sira de l suspirando.

—Torna mi manto y capucha —dijo— esconde tu rostro en l. Aqu estn mis sandalias —e inclinndose sac sus sandalias y las coloc cerca de los pies del leproso—, aqu est mi bolsa y mi daga. Nadie te reconocer. Vete de la ciudad y no vuelvas. Y si hay Dios vete con Su paz.

Coloc su manto sobre los hombros de Sira y puso la daga y la bolsa en sus manos y permaneci de pie ante el esposo y la esposa descalzo y vestido tan slo con su tnica amarilla. Ellos le miraron incapaces de hablar a causa de su excitacin y gratitud y les pareca como si aquel joven fuese el mismisimo hijo de Isis.

Lucano se volvi, abri la puerta y sali a la oscura calle, mientras las piedras cortaban sus pies sin que sintiese el dolor. Cegado por las lgrimas se alej vacilando, hundido en tristeza y pesadumbre.

Durante largo tiempo Sira y Asah no se movieron ni hablaron. Permanecieron all, a la luz de la luna, como estatuas esculpidas, mudos de asombro. Despus Asah, se acerc a su esposo otra vez y extendi sus brazos, pero l los apart de s. —Impuro— murmur y dej que ella viese claramente su rostro y sus brazos a la luz.

Asah emiti un alto y desgarrador grito, despus cay sin sentido sobre las piedras, como si hubiesen descargado sobre ella un golpe. Sira mir sus brazos y vio que estaban completamente limpios y sin postillas. Asombrado les dio vueltas y los examin y descubri que no haba en ellos ni la ms pequea mancha. Se llev las manos a las mejillas y frente y sinti que estaban tan suaves como la carne de un nio, clidas y llenas de sensibilidad.

Mir a la puerta cerrada a travs de la cual Lucano haba desaparecido, cay de rodillas junto a su desmayada esposa y alz sus manos en oracin.

—*Oh, t muy bendito; oh, t que nos has visitado!...*カ**

CAPITULO XX CAPITULO XX

Cusa mir a Lucano con consternacin.

—No es posible, seor —exclam, sosteniendo su cabeza entre las manos. Su impo rostro y nariz impdica, de stiro haban palidecido con horror.

—Lo siento —dijo Lucano pacientemente—, he tratado de explicarlo. No hay necesidad de otro oficial mdico pblico en Roma, que est lleno de modernos sanatorios. S, comprendo que la Asamblea Pblica me ha designado muy amablemente bajo la recomendacin de Diodoro y con un estipendio considerable. *カ* Pero acaso un mdico no ha de ir all donde es ms necesario? Hipcrates lo ha dicho as y yo he prestado su juramento. Mi trabajo ser entre los pobres, oprimidos y abandonados, los moribundos y los que estn desesperadamente enfermos, para quienes no hay ningn cuidado en las ciudades que bordean el Gran Mar. Ministrar a los esclavos y a aquellos que viven en desesperanzada pobreza, y no les cobrar nada, excepto al rico dueo de esclavos. Ir entre los que estn en las prisiones y en las galeras, en las minas y en los barrios bajos, en los puertos y en las enfermeras para indigentes. All est mi trabajo y no puedo renunciar a l.

—Pero, *カ* por qu? —exclam Cusa incrduamente. Lucano estaba sentado sobre su cama, en una austera y blanca habitacin donde dorma, estudiaba, y contemplaba sus largas y plidas manos.

—Te lo he dicho; debo ir donde se me necesita.

Cusa movi la cabeza entre las manos. *カ* Estara Lucano loco? *カ* Habran desordenado las furias su mente? *カ* Le habra visitado Hcate en secreto durante la noche? *カ* Por todos los dioses, aquello no poda ser ni comprendido ni soportado! Cusa habl con voz que quiso ser convincente y tranquila, como se habla a un hombre que sufre locura.

—Seor, tu familia te necesita; tu padre adoptivo se siente orgulloso de ti y es el ms orgulloso de los romanos. Tu madre no te ha visto durante aos, tu hermano y hermana ni siquiera te conocen. *カ* Qu se dir de Diodoro, que ha adoptado como hijo suyo a un vagabundo, que cuida de la escoria de la tierra en ciudades brbaras y ardientes, en los caminos y callejuelas? Esto est bien para un mdico esclavo, pero no para el hijo de Diodoro Cirino. *カ* Qu dirs a Diodoro y a tu madre? Se sentirn avergonzados ante todo Roma.

Lucano movi la cabeza con gesto cansado.

—No tengo palabras que lleguen hasta ti Cusa, o que disipen la niebla de tu excitacin. Basta. T y tu familia partiris maana conmigo para Roma y las posesiones de mis padres. All os sentiris felices. —Sonri con afecto a su antiguo maestro.

—Mi falta de comprensin es suave comparada con la falta de comprensin que Diodoro mostrar.

—Lo s.

Lucano frunci su ceo, luego sonri recordando al belicoso romano —pero debo hacer lo que debo hacer.

—No sabes lo que es la pobreza, seor. Cuando seas un mdico mendigo, que vague de puerto en puerto — porque ciertamente Diodoro no te sostendr con su bien guardado dinero bajo tales circunstancias —, descubrirs lo que es pasar hambre, estar sucio, sin hogar y en harapos. No te deleitars en ello, Lucano, porque tu carne ha sido cuidadosamente criada, mimada, vestida con lino del mejor y la mejor lana. Lucano explicame, *カ* qu es esta locura? *カ* Qu es un esclavo, un pobre, un criminal? Menos que humanos. *カ* Mejor sera para ti tratar a los perros y otros animales de los ricos patrimonios de Roma! Traera menos vergenza y tristeza a Diodoro si hicieses esto.

Lucano reflexion. *カ* Cmo poda decir a Cusa: *カ* Debo liberar a los torturados por su enemigo?*カ* Cusa quedara entonces completamente convencido de que estaba loco.

Cusa le contemplaba con inters. Luego estall:

— *カ* Es ese maldito Jos ben Gamliel! Le he escuchado hablar contigo en los jardines. Seor, los judos son incomprensibles y su misericordioso Dios, sus mandamientos y sus leyes cosas ridculas referente al trato del

hombre con el hombre. Todo es una superstición deplorable y añade tristeza a la vida. ¿Has visto que algún judío tenga el rostro feliz? ¿Has oído la risa de las fiestas romanas y el abandono y baile propio entre los romanos en la casa de un judío? «No, esto queda sólo para los bárbaros romanos! No es que yo —añadió Cusa— considere a un romano mucho más que un bárbaro. Pero por lo menos es un hombre de nervio y sangre y siente el respeto debido por las artes de Grecia, aunque sea un hijo de loba. El romano es realista. Los judíos tratan con supersticiones transcendentales. Hablan de libertad, lo cual es imposible; esperan lo imposible de su Dios y cualquiera con un poco de sentido comprende que los dioses nunca tratan con imposibles o esperan una gran virtud de ellos.

Lucano respondió con furor:

— «No creo que Dios sea misericordioso ni bueno! No creo lo que Jos ben Gamliel me dice de /I. Ahorra tu aliento, Cusa. Debo dejarte ahora para ir a despedirme de mis profesores.

Cusa, excitado, herido y completamente confundido, comprendió que había sido despedido y se fue en busca de su esposa. Callope le escuchó mientras daba de mamar a su hija y se mordió los labios repetidamente. Luego encogióse de hombros dijo:

—Siempre he creído que Lucano era extraordinario.

Lucano no sentía pena por abandonar Alejandra. Desde que Rubria había muerto, no había sentido atracción por ningún lugar del mundo, ni deseos de visitarlo o de viajar como un joven rico. Para él el mundo era una enfermera, lleno de gemidos, ninguna belleza o arquitectura, ninguna música tenía poder para aligerar su infinita tristeza. Pero la noche anterior había soñado con Sara bas Eleazar; Sara cuyo padre había sido enterrado ayer. Había tenido un sueño confuso. Ella había acudido corriendo hacia él a través de un campo de flores, riendo dulcemente, y cuando llegó junto a él su rostro era el rostro de Rubria, brillante como si estuviera iluminado por un sol de primavera. Su oscuro cabello caía hacia atrás de su blanca frente y Lucano se había sentido transportado en un éxtasis y completamente transido de gozo. Después había visto el color violeta de sus ojos y el dolor se había apoderado de él. En su sueño, sin saber por qué, le había respondido interrogadoramente: ¿¿Rubria?¿¿ y ella había respondido con su dulce voz: ¿¿Amor¿¿. Él había negado con la cabeza: ¿¿No hay lugar en mi vida para el amor. Nunca más tomaré el amor, porque el amor es como una serpiente en el pecho, llena de veneno y agona.¿¿ Entonces ella se había apartado de él, con un aspecto lloroso que se extendió por todo su rostro, inquisitiva y triste y las flores se habían elevado y la habían ocultado de él. De nuevo volvió a sentir su antigua tristeza, y lloró. En aquel momento se despertó.

Recordaba este sueño mientras empaquetaba en su gran cartera de médico sus valiosos instrumentos quirúrgicos: fórceps, escalpelo, sierras para amputar, probetas, jeringuillas y taladros. Cada instrumento de acero cuidadosamente forjado, tenía que ser envuelto en un paño de lana impregnado con aceite de oliva para resguardarlo del oxígeno. Poseía también instrumentos más antiguos, de cobre y bronce, menos agudos. Aquellos eran también guardados en su cartera, envueltos con sumo cuidado. Añadió sus valiosos libros de medicina, una serie de ligaduras en una caja de seda y algunos frascos especiales de medicina orientales. Cusa cuidaba de sus efectos personales, de los cuales él tenía pocos. Lucano los examinó para ver lo que podía dar a los pobres y a los desheredados en la enfermería y en la escuela de medicina. Un pequeño saco cayó desde algún vestido al suelo, produciendo un sonido fuerte, y cuando lo levantó y lo abrió, vio que la cruz de Keptah, que Rubria le había dado, estaba en su mano, con su cadena de oro reluciendo. Lucano sintió un repentino hervor y desesperación en sí mismo y deseó arrojar la cruz lejos de su vista. Pero Rubria la había colocado sobre su mano en el momento de morir. No recordaba cómo la había llevado allí. Lo había olvidado. Luego alentó sobre el oro y lo frotó contra su manga hasta que volvió a brillar con intensidad y, recordando a Rubria, con un nuevo acceso de dolor, besó el signo de la infamia, lo volvió a su bolsa y la colocó en su cartera de médico. De nuevo pensó en Sara, la hermosa y joven Sara, gentil figura que florecía hacia la plena feminidad, su blanco cuello y amables ojos inocentes. Abandonó la habitación apresada, como huyendo, y se dirigió hacia la Universidad.

Sus maestros le saludaron con afecto y todos le dieron amuletos, incluso los curiosos médicos griegos y todos expresaron su pena por su partida y le bendijeron.

—Recuerda, mi querido Lucano —dijo uno de los griegos— que la medicina ha estado siempre asociada con el sacerdocio, porque no hay que cuidar sólo el cuerpo y un médico debe también tratar las almas, de sus pacientes, y en último extremo, debe depender para la curación del Divino Médico.

Lucano se sintió sorprendido ante aquella afirmación de uno de los griegos de mente más lúcida, pero el hombre le miraba seriamente; después le besó en ambas mejillas.

—No temo por ti —dijo.

Tan sólo a uno de sus maestros deseaba evitar Lucano. Pero encontró a Jos ben Gamliel esperándole y el maestro le introdujo en la biblioteca que tenía en la stoa. La biblioteca era pequeña, fresca y austera, los muebles sencillos.

—No nos encontraremos de nuevo —dijo el maestro judío tristemente, contemplando a Lucano con sus grandes y luminosos ojos—. Nunca nos volveremos a ver. Este es un adiós definitivo para nosotros.

—No lo sabes —dijo Lucano.

—Ah, lo sé.

Jos ben Gamliel permaneció silencioso por un momento. Apartó su barbudo rostro de Lucano y la fría luz blanca que brillaba a través de la pequeña ventana iluminó aquel perfil, dándole un misterioso fulgor, moldeándole y cambiándole.

—Debo contarte una historia —dijo Jos.
Lucano sonri con impaciencia.

—He descubierto que los judos siempre tienen una historia que contar —dijo—. Todo está poetizado, o es una metáfora o hipotético, u oscuro, o dicho en la forma de una pregunta implícita. La vida es corta. ¿Por qué han tratado los eruditos judos el tiempo como si no existiese y como si hubiese una eternidad para discutir?

—Por una razón —dijo Jos—. Porque el tiempo no existe y hay una eternidad para la discusión. ¿Crees así, mi pobre Lucano, que el espíritu del hombre está encadenado por el tiempo o los acontecimientos?

Se volvió hacia Lucano y de nuevo su rostro cambió y adquirió un tinte extraño de infinita tristeza, y Lucano pensó en los antiguos profetas, acerca de los cuales había oído relatos de los judos en Antioquia y de Jos en Alejandra.

—Recordar la esperanza de los judos en un Mesías que vendrá, de la cual te he hablado —dijo Jos—. ¿¿ Librar a su pueblo, Israel, en conformidad con la promesa de Dios. Fue Abraham, el padre de los judos, un babilónico de la antigua ciudad de Ur, quien nos trajo estas buenas nuevas. Has leído las profecías de Isaías en relación con ¿¿. ¿¿ ser llamado el Príncipe de Dolor, según este profeta y su Madre aplastar la cabeza de la serpiente con su talón y el hombre ser librado del dolor, y la muerte no existirá más. Por sus heridas nosotros seremos curados.

—Sí —dijo Lucano con una creciente impaciencia. Jos le miró—. Conozco las Escrituras judías. Conozco las profecías en relación con vuestro Mesías. ¿Pero en qué me concierne esto? ¿Todos los pueblos tienen sus ritos y sus dioses y que representa un Dios judío con respecto a los otros?

—No hay más que un Dios —dijo Jos—. ¿¿ es el Padre de todos los hombres. ¿Crees que el Mesías vendrá sólo para los judos? Ellos son el pueblo de la profecía, por lo tanto es comprensible que la profecía se les diese a ellos. La Ley fue entregada por manos de Moisés. Por la Ley un hombre vive o muere. Los gentiles deben aprender por medio de la elevación de sus imperios, su sangriento declinar y el vasto y cambiante polvo de los siglos. Lucano, recordar que la profecía del Mesías se ha introducido en todas las religiones del mundo y no sólo en las Escrituras de los judos. Dios dotó a todos los hombres y en todos los lugares, con un plácido conocimiento de su venida entre los hombres. El alma tiene su modo de conocer por encima de los estériles razonamientos de la mente. Tiene sus instintos, como el cuerpo tiene los suyos.

Lucano no contestó. Su impaciencia estaba haciéndose incontrolable. Jugó con la cadena de oro que colgaba de su cuello y recordó que en el último momento había quitado la cruz de Keftah de su cartera y la había colgado de su cuello. La cruz quedó sobre su túnica, Jos la vio y una gran emoción cruzó su rostro. Pero continuó hablando suavemente:

—Hace trece años, Lucano, yo era profesor de Ley Santa en Jerusalén. Mi esposa dio a luz a un hijo una noche fría de invierno. Era una noche muy extraña, porque una gran estrella, que había aparecido en los cielos, permaneció fija durante unas pocas horas y después se dirigió hacia el Oriente. Nuestros astrónomos se excitaban mucho. La llamaron Nova y profetizaron que su aparición anunciaba portentosos y tremendos acontecimientos. Recuerdo aquella noche muy bien. Nuestro rey era Herodes, un hombre malo. Se extendió por toda la ciudad de Jerusalén el rumor de que en la pequeña ciudad de Betlelem había nacido el Rey de los judos. Llegó a Jerusalén acompañado por hombres humildes y sencillos, entre ellos unos pastores que relataban la más asombrosa historia. Hablaron de una Compañía Celestial que se les había aparecido mientras guardaban sus rebaños en las montañas y les había dado nuevas de gran gozo. Puesto que los reyes son desconfiados, tienen miles de oídos, y así aquella historia llegó a oídos de Herodes, la historia de unos desconocidos e ignorantes pastores. Inmediatamente, temiendo por su poder, ordenó que todos los niños nacidos recientemente fuesen atravesados por la espada.

Jos hizo una pausa. Lucano escuchó con involuntaria fascinación. Entonces, de pronto, recordó la gran estrella que había visto de niño en Antioquia y su corazón palpitó de temor.

Jos añadió sencillamente:

—Mi hijo estaba entre aquellos asesinados por Herodes y el corazón de mi esposa no pudo resistirlo y murió.

Lucano se sintió inmediatamente lleno de compasión y avergonzado por su impaciencia, y más avergonzado aún por los vehementes y enfadados comentarios que había dirigido a Jos en el pasado. Jos había conocido la muerte, el dolor y la amarga pena, y él, Lucano, le había acusado de no saberlo. Miró a Jos con piedad. Luego dijo:

—¿Cuánto has debido odiar no sólo a Herodes, sino a Dios por aquellas muertes insensatas! Jos movió su cabeza con signo negativo y sonrió débilmente.

—No. ¿Cómo puede un hombre inteligente odiar a Dios? Estas son pasiones infantiles.

Luego mantuvo silencio por tan largo rato que Lucano creyó que le había olvidado. Después, Jos, mirando a través de la estancia hacia la lejana, continuó con acento más suave:

—En la última Pascua, visité mi antiguo hogar en Jerusalén. La ciudad estaba invadida por peregrinos de Galilea, Samaria y Judea. En un patio interior estuve hablando con mis amigos eruditos y comentaristas. Era un día de hermosa primavera, lleno con los perfumes de las flores y los ricos olores de especias e incienso. El cielo parecía una brillante perla y la ciudad estaba inundada de luz, de sonidos y canciones de gozo. Nunca había visto yo un día tan hermoso y lleno de calma y el corazón del pueblo estaba contento y olvidaron a César y a Herodes porque Dios les había sacado de nuevo de la tierra de Egipto. El sonido de los címbalos y trompetas se oía por doquier. La ciudad brillaba llena de coloreadas banderas y el templo se alzaba contra el

cielo como una joya de oro. Aunque era viudo, con tan slo una hija casada en Alejandra, sent mi primer gozo en trece aos y mi corazn se sinti inundado por una ola de expectacin.

Hizo una pausa. Sus patticas manos se unieron y su rostro se alz sonriendo ensoador.

—Los soldados romanos llenaban las calles. Ellos tambn haban sentido el raro deleite de la primavera. Tan slo tenan una forma de expresarlo, porque eran extranjeros en una tierra extraa que les odiaba. Los pobres muchachos! Deseaban participar en el gozo general, pero los judos les ignoraban en su fiesta. Los soldados se emborrachaban e iban por las calles cantando. Es triste que un hombre sea despreciado por sus hermanos y yo senta compasin por los romanos. Tenemos guardia en el templo, que protega los patios interiores de toda intrusin. ¿Dnde estaba la guardia aqul da? No lo s. Pero de pronto las cortinas se separaron y un joven muchacho entr en el patio. Un joven muchacho alto y muy hermoso, vestido con la ropa ruda de la gente comn. Sus pies estaban bronceados por el sol e iba descalzo. Su blanca piel estaba tambn tostada por el sol y unos rubios rizos caan sobre sus hombros. Sus ojos eran tan azules como los cielos de verano y posea un aire majestuoso y comedido. No sonri, no como un muchacho que acaba de alcanzar la edad de Bar Mitzvah y, por lo tanto, se siente tmido en un mundo de adultos. Su sonrisa era la sonrisa de un hombre y se senta libre, como un hombre entre sus iguales, como un erudito y hombre sabio entre eruditos y hombres sabios. Nos sentimos muy sorprendidos. Algunos de nosotros fruncimos el ceo. ¿Qu haga aquel muchacho en nuestro recludo patio dedicado slo a la sabidura y a la discusin? ¿Dnde estaba la guardia? El muchacho era evidentemente un campesino. Despus nos preguntamos porqu no le habamos ordenado inmediatamente que se fuese, pero yo, al verle, pens en mi hijo que, si no hubiese sido asesinado, hubiese tenido su edad. As es que le dije: ¿Nio, ¿qu haces aqu? ¿Dnde estn tus padres? Me respondi con una sonrisa seria y el acento inculto y tosco de los pobres de Galilea: He venido a preguntaros y a contestaros, seor.

La cabeza y rostro de Lucano empezaron a picarle. De pronto dese marcharse y se puso de pie. Pero Jos aparent no haberle visto y continu en su voz lejana y soadora:

—Tena el aire de un rey, aquel joven campesino de Galilea, con sus manos gastadas por el trabajo, sus pies desnudos y su elevada cabeza. Creo que fue su aspecto lo que evit que los doctores y eruditos le mandasen salir con enfado. No consideramos a la gente de Galilea con mucho respeto. Son pastores y trabajadores y su hablar es iletrado, puesto que son gente muy humilde. Pero aquel muchacho pareca un rey. Se sent entre nosotros y habl con nosotros y pronto nos sentimos sorprendidos por sus preguntas y sus respuestas, porque, a pesar de su acento galileo, hablaba como quien tiene autoridad y con un profundo conocimiento. Nos sumergimos con l en una conversacin. Le preguntamos las ms difciles y oscuras preguntas y las contest con sencillez. Era como si la luz penetrase en una oscura habitacin llena de libros eruditos y polvorientos. Y l apenas haba salido de la niez, aquel joven campesino de las ridas y clidas montaas de Galilea, donde no hay doctores ni hombres sabios. Yo le dije: ¿Muchacho, ¿quin es tu maestro? y l con una sonrisa dirigida a m, una sonrisa como el sol, no me respondi. Fue entonces cuando la cortina se abri rpidamente y un hombre rudo y barbudo junto con una hermosa mujer joven, vestidos con ropas de campesinos, penetraron en el patio.

De nuevo Jos hizo una pausa, sonri con sonrisa infinitamente dulce y remota.

Lucano, lentamente, volvi a sentarse. Dijo para s mismo: No debo escuchar... esto es un oscuro absurdo. Pero escuch y espera que Jos continuase.

—Nunca olvidar a aquella mujer, porque tena un rostro como el rostro de un ngel, radiante ms all de toda descripcin. Recuerdo que me sent instantneamente sorprendido ante aquel rostro, alzado sobre un cuello y hombros vestidos con baratos y vulgares vestidos. Un manto azul colgaba de su cabeza y vi su brillante cabello y su pura frente. ¿Cmo podra describirla? No hay palabras en ningn lenguaje. Tendra unos veintisiete aos de edad. No mucha edad ni siquiera para una mujer. Pero daba la impresin de ser tan vieja como Eva y tan joven como la primavera al mismo tiempo. La historia y el futuro estaban unidos en uno; careca de tiempo y de aos. Supe al instante que era la madre del muchacho, porque posea un aspecto de reina. El barbudo campesino no dijo nada, aunque era aparente que estaba preocupado. Permaneci junto a la cortina; pero la mujer avanz hacia el muchacho que volvi la cabeza y la mir y entonces ella le dijo: ¿Hijo mo. ¿Por qu nos has abandonado, de tal forma que te hemos echado de menos, cuando ya bamos de camino hacia casa y nadie te haba visto? Te hemos buscado por toda la ciudad. El muchacho no contest por un momento y luego dijo con mucha amabilidad: ¿Por qu me habis buscado?, ¿no sabis que en los negocios de mi Padre me conviene estar?, y sus ojos brillaron con un amor tierno hacia ella.

Jos qued silencioso y Lucano espero. Pero Jos no habl de nuevo y Lucano dijo impacientemente:

— ¿Es eso todo?

—Eso es todo.

Lucano se mordi los labios.

—No me has explicado nada, Jos ben Gamliel. ¿Quin era aquel muchacho?

Jos se levant y Lucano se levant tambn. Jos puso sus manos sobre los hombros de Lucano y le mir con profundos y penetrantes ojos.

—Eso debes descubrirlo por tu cuenta, Lucano. Luego sonri a Lucano con repentina tristeza.

—Dicen nuestras Escrituras que Dios no siempre lucha contra los espritus de los hombres. —Vacil un momento—. Cuando Dios lucha con el espritu de un hombre es con un propsito santo y misterioso y este propsito a veces permanece oscuro para el hombre hasta el da de la muerte. En tu caso, Lucano, no creo que

permanezca siempre escondido de ti —Alz sus manos con un gesto de bendicin—. Vete en paz, discipulo mo, t muy querido y amado mdico.

CAP \ TULO XXI CAP \ TULO XXI

Fue slo cuando estuvo sobre la cubierta del barco en el puerto de Alejandra y mir a la chillona y vociferante ciudad, llena de multitudes y cubierta por un ardiente cielo azul, que Lucano empez a sentir la garra de la nostalgia. Dej que sus ojos vagasen por la ciudad y de pronto se pregunt dnde haban ido los aos, porque nunca haba sentido ningn lazo que le atase a sus compaeros y profesores y porqu el tiempo haba sido como un sueo para l. Haba ofrecido excelentes regalos de despedida a sus profesores pero se daba cuenta entonces de que haban sido ofrecidos sin ningn sentimiento y se sinti avergonzado de s mismo. Era demasiado tarde para volver a sus maestros y decirles lo que senta en su corazn: † Os amo y os reverencio, porque los maestros sois hombres nobles que trabajis por poco, y slo con el afn de sentir vuestras almas desinteresadas satisfechas. En vuestro nombre y en vuestra memoria har lo mejor que pueda y siempre os recordar. †

El gran galen anclado cabeceaba perezosamente. Barcos ms pequeos, con velas de color rojo, verde, blanco, amarillo, y escarlata, hormigueaban como si hiciesen diabluras alrededor del gran casco, igual que liblulas, reflejando sus colores lvidamente sobre las quietas y purpreas aguas. Iban llenos de pescadores medio desnudos; sus morenos cuerpos brillaban en el ardiente sol, sus rojas bocas se abran para emitir maldiciones, gritos, risas y canciones. Cuando pasaban junto al galen romano miraban hacia Lucano y le saludaban, hacan algn comentario obsceno con sus voces speras o pedan limosna. Sonriendo como no haba sonredo en muchos aos, el joven abra su cartera y les lanzaba monedas que recogan; el sol brillaba como oro y plata. Los hombres alcanzaban las piezas diestramente y como eran alegres sinvergenzas besaban las monedas, hacan una reverencia irnica y algn comentario malicioso, luego se alejaban de nuevo. El agua lama plcidamente el barco. Estaban cargndole an en el muelle. Esclavos negros, rubrios o escitas, hacan rodar los pesados barriles de aceite, miel y vino por la rampa o acarreaban fardos de tejidos o cestos de olivas o de cacahuetes. Otros suban sacos y cajas de madera cargadas con especias y variados productos de Oriente. De pronto un quejumbroso sonido surgi del concurrido muelle, procedente de un grupo de esclavos encadenados, hombres y mujeres, negros del desierto que eran azotados para que ascendiesen por la rampa y Lucano, contemplndoles, dej de sonrer. Se volvi y mir los desesperados y llorosos ojos y surgi en l un apasionado furor. Algunas de las mujeres llevaban nios; aqu y all algn pequeo corra tras un padre o una madre llorando. Los esclavos fueron amontonados abajo, donde las lamentaciones quedaron ms cont enidas, aunque ms insistentes.

Dos centuriones romanos, que haban recibido el encargo de guardarles durante el viaje, aparecieron a su lado y Lucano mir con desprecio sus juveniles rostros tostados por el sol.

—Seor —dijo uno de ellos —, estamos a tu servicio.

Se sentan encantados de volver al hogar, aunque fuese atendiendo a un griego, misin que crean poco importante, por lo tanto estaban agradecidos a Lucano.

—No necesito nada —respondi framente—. Uno de ellos se despoj del yelmo y dijo:

—Uf —y enjug su sudoroso rostro—. Una ciudad corrompida —exclam sealando hacia Alejandra—. Me encuentro bajo mi armadura como la carne bajo la llama.

— † Por qu no te la quitas? —pregunt Lucano.

Los dos jvenes soldados se sintieron sorprendidos por esta impropiedad y se alejaron a distancia. Lucano sonri dbilmente. No era culpa de aquellos muchachos que los esclavos hubiesen sido llevados al barco y haba sido poco lgico, al demostrar su disgusto. Mir a los soldados que permanecan de pie y contemplaban el puerto y los almacenes de carga, sus pulgares metidos en sus cinturones de cuero y sus espaldas ms rectas que de costumbre, como si le reprochasen a l. Mir alrededor buscando a Cusa que estaba supervisando activamente un toldo rojo sobre una seccin de la parte de atrs del barco, que estaba reservada para Lucano. Llam a Cusa:

— † Atencin!

Cusa le mir con irritacin, despus, expresando renovados consejos y amenazas a los vigorosos marineros que estaban luchando con las cuerdas y con la instalacin se dirigi, dndose importancia hacia Lucano, vestido con una rica tnica de algodn egipcio, brillantemente roja y con intrincados bordados de seda amarilla. Se haba ungido su escasa barba con aceite perfumado y tambin su cabello, llevaba una delgada daga alejandrina en una funda de plata en su cinturn.

—Hueles —dijo Lucano— como una ramera.

—Ah —replic Cusa con un gesto lascivo—, † cmo sabes t eso?

—No te importe —respondi Lucano. Indic a los ofendidos jvenes soldados con una inclinacin de cabeza—. Sube un jarrn de nuestro mejor vino, si es que tenemos el mejor vino.

— † Para ellos? —pregunt Cusa con incredulidad.

—Para ellos.

—Pero seor, el vino del pas es bastante bueno. Y No dicen los romanos alardeando que, como cosmopolitas, lo que el pas produce es bueno para ellos, sea lo que sea?

—Digo —remarc Lucano con severidad, pero con un guio en sus ojos que no haba aparecido desde que era muy joven— el mejor vino que tengamos.

Cusa consider la orden. Luego mir a Lucano con un candor abierto que no enga⁽⁶⁰⁾ al joven.

—Seor, t sabes que no hemos tenido ninguna clase del mejor vino. Sin falta de respeto hacia ti, debo admitir que careces de paladar.

—Ladrn —respondi Lucano—, t siempre te preocupas de que lo mejor est en tu propia mesa. Y Acaso no vi hace poco tiempo como subas a bordo varias botellas precintadas y envueltas, acunadas en tus brazos como un hijo querido? Treme una y tres copas. Yo mismo siento curiosidad por probar tal nctar.

Cusa parpade.

—Seor Lucano, compr aquellas botellas de mi propio bolsillo, del generoso estipendio que me paga Diodoro.

—Muy bien —dijo Lucano—. Te comprar una botella.

Cusa hizo una reverencia elaborada.

—Permteme, oh Baal, ofrecerte una botella con mis saludos.

—Habl con sarcasmo. Luego vacil y mir a Lucano con un gesto implorante—. Es un crimen contra los dioses permitir a esos brbaros romanos lavar sus bocas de cuero con semejante vino. Tenemos un vino bueno y fuerte de Alejandra, muy a propsito para su gusto.

—El mejor vino —dijo Lucano— y no me engaes. Examinar los sellos cuidadosamente.

—Y Supongo —respondi Cusa— que no me ser permitido que suba una cuarta copa y permanezca burlonamente a una prudente distancia de estos patricios romanos y beba un poco de mi propio vino?

—Puedes beber un poco, muy poco, del vino que te compro —dijo Lucano con gravedad.

—Te lo regalo —respondi Cusa con suavidad y baj abajo.

Mientras esperaba, Lucano contempl de nuevo la ciudad. Los colores violentos le hacan parpadear. El sol brillaba fieramente sobre las purpurinas aguas y suscitaba olores de caliente madera, de aceite y brea del barco, de pescado muerto, de sal y sudor. Su fogosa luz danzaba sobre los barcos menores, que se deslizaban por debajo, cuyas velas parecían arder. Las armaduras de los soldados despedían fulgores. Los esclavos que cargaban la nave empezaron a cantar quejumbrosamente y los capataces les gritaban y hacan chasquear sus litigos. Ms y ms carros cargados de mercancías llenaban el muelle.

Cusa, con gran dignidad, apareci con una bandeja de plata en la que haba cuatro copas, una de ellas de plata incrustada con turquesas para Lucano. Coloc la bandeja sobre un rollo de aceitada cuerda que haba cerca con un gesto que pareca indicar que estaba ms acostumbrado a mesas de mrmoles. Los centuriones inclinaron sus cabezas y le contemplaron con inters, y al ver el sonrosado vino se lamieron los labios furtivamente. Luego, con gran asombro, oyeron que Lucano les llamaba.

—Y Me concederis el placer de uniros a m en una copa de este vino excelente que, segn mi maestro asegura, es el mejor del mundo?

Se acercaron a l con una sonriente velocidad, perdonndole al instante. Lucano apart a Cusa y les escanci el vino personalmente. El sol se reflej en l prestndole tonalidades de destilados rubes. Lucano dio una copa a cada uno y se sirvi a s mismo. Verti unas cuantas gotas como libacin y ellos siguieron su gesto. Sabore un poco y dijo:

—Excelente, excelente. Mi maestro es el paladar ms delicado de los tres mundos.

—Y Y cmo sabes eso? —murmur Cusa, sin sentirse apaciguado.

Se sirvi una copa llena con la reverencia de un sacerdote que oficia ante el altar, lenta y reverentemente. Por lo menos uno de los cuatro apreciara aquella delicia. Permaneci separado del grupo compuesto por Lucano y los soldados y palade su vino. Aquel vino proceda de una via maravillosa. El mejor de todas las posibles cosechas. Pareca haber atesorado rayos de sol en sus lquidas entraas, lleno de un clido y dulce fuego, quedaba en la boca, perfumado, delicioso e intoxicado. Cusa mir a Lucano y a los soldados y se sinti deprimido. Los soldados, era evidente, slo eran capaces de percibir que el vino era de calidad y en cuanto a Lucano, era imposible concebir que pudiese jams apreciar su exquisitez. Hablaba, para sorpresa de Cusa, con ms animacin de la que haba mostrado antes y con un amable inters. †Y Qu le habr ocurrido?‡, pens Cusa. †Puedo casi creer que tiene, despus de todo, carne palpitante y no mrmol. Por Baco, lo que haba dicho era realmente un chiste y no precisamente de los ms delicados...!‡ †Lo habra aprendido inconscientemente de alguno de aquellos impdicos estudiantes. Me pregunto si sabe lo que realmente significa... Ja, ja, es muy bueno, muy bueno y bellamente verde.‡ Cusa se sinti muy alegre. Si Lucano mantena aquel humor, el viaje no sera tan gris como haba pensado. El profesor sintise ligeramente animado, no parpade ni siquiera, cuando Lucano llen de nuevo su copa y la de los soldados. †Si se emborracha, pens Cusa, me alegrar extremadamente.‡

El capitn del barco se acerc a Lucano, pero antes de que pudiese hablar, Lucano exclam:

—Mi buen Galo, nete a nosotros. Cusa, trae otra copa!

Maldiciendo al capitn, de quien sospechaba que tena un agudo olfato para las botellas, Cusa obedeci y trajo otra copa. El capitn era un hombre fornido de mediana edad, con un rostro burdo, pero inteligente. Empez a contar historias poco delicadas a lo que los centuriones hacan rechifla con alboroto y Lucano sonrea. Cusa deca para sus adentros agriamente que por lo menos aquellas historias obscenas estaban por

encima de la comprensión de Lucano, ya que una mirada interrogante había aparecido en el rostro del joven griego, indicación clara de que encontraba la conversación aburrida o desagradable. Era evidente que Galo había aprendido los chistes en casas públicas no distinguidas e incluso Cusa los encontraba un poco fuertes para su gusto. En tono expansivo Galo dijo:

—Es un honor tenerte a bordo, Lucano. Eres el nico pasajero de alguna importancia. Esto, como sabes, es un barco de carga, pero es rápido y no cabecea como los barcos de placer. A pesar de que tocaremos una serie de puertos en la ruta, llegaremos rápidamente a Italia.

—Estoy ansioso por llegar a casa —dijo Lucano—. En algunos de los puertos de parada, sin duda habrá cartas para mí.

El capitán miró a las enormes velas blancas que empezaban a ser desplegadas contra el cielo como las alas de gigantes pjaros y gritó algunas admoniciones a los marineros que gateaban por los mástiles. Lucano sirvió vino, pero no para él.

—Tenemos un buen viento —dijo el capitán bajando la voz al tono normal— y en cuanto la marea baje, partiremos. Esto ocurrir en menos de una hora.

Lucano miró a la ciudad y por alguna razón que no quiso examinar se sintió asaltado por una poderosa nostalgia y tristeza. Le dolía su corazón con un deseo anímico y se sintió solitario y perdido. Le asaltó un deseo casi irresistible de dejar el barco. Olvidó al capitán y a los soldados. Luchó con sus oscuras emociones sin rostro ni voz.

—¿Qué pasa? —preguntaba Galo a uno de sus oficiales jóvenes, que se acercó hacia él saludándole. El oficial murmuró algo a su oído y el capitán miró rápidamente a Lucano y sus turbios ojos de gata, tan joviales y agudos, se iluminaron y en su rostro tostado por el sol se formaron arrugas sonrientes. Se volvió hacia Lucano y palmándole cordialmente en un hombro y haciendo guiños, exclamó:

—Una litera llevada por bien vestidos esclavos de Bitinia, acaba de llegar al muelle, Lucano —e hizo un guiño a los centuriones también—. No soy un oráculo difícil, pero apostaría tres sextercios de que es una señora noble. ¡Ah, lo que es ser joven! ¿Mencioné que los esclavos indicaron que la señora desea tener unas palabras contigo antes de que partas?

Lucano abrió los ojos. Miró hacia el muelle y vio que ciertamente esperaba allí una litera con las cortinas cerradas debidamente y llevada por seis vigorosos bitinios, cuyos fuertes brazos estaban adornados por anchas pulseras de plata. La sangre acudió con fuerza al rostro de Lucano y empezó a temblar.

—No conozco a nadie —murmuró—. ¿Estás seguro de que es una señora? —Miró a la adornada litera.

—Estoy dispuesto a apostar contigo —respondió el capitán.

Cusa al oír la conversación se acercó más y también contempló a la distante litera, haciendo sombra a sus ojos para ver mejor. ¿Una mujer? Aquello era imposible en el caso de aquel virgen vestal masculino. Cusa movió la cabeza dubitativamente. Pero Lucano descendió la rampa lentamente, su cabeza brillante al sol; y los alegres soldados, el capitán y Cusa se apoyaron sobre la barandilla del barco y concentraron en la litera toda su atención. Cuando Lucano estuvo junto a ella dijo:

—¿Quién desea hablarme?

La cortina de la litera se abrió y vio el rostro pálido de Sara ben Eleazar mirándole. Iba vestida de negro oscuro y Lucano vio que su vestido estaba rasgado de aquí y allá, siguiendo la forma de vestir de duelo de los judos y que sus hermosos ojos violeta estaban empañados de tristeza.

—¡Sara! —exclamó Lucano, y un gran nudo se formó en su garganta. Ella extendió su diminuta mano blanca hacia él y él la tomó.

—No debiera haber venido, Lucano —murmuró—, porque estoy de duelo por mi padre.

Su negro cabello tenía huellas de cenizas. Trató de sonreír pero tan sólo consiguió sollozar sin lágrimas.

Su mano estaba fría entre las de él. A su alrededor reinaba la actividad del muelle, las carreras de los esclavos, los gritos y exclamaciones. Lucano, sin embargo, no veía a nadie sino sólo a aquella joven muchacha y mientras la contemplaba pensó: ¿Es como Rubia?†

—Sara —dijo otra vez, percatándose de que sus emociones tenían un rostro y una voz.

—¡Jos ben Gamliel me dijo que partas hoy —dijo ella.

Su voz sonó ligeramente ronca a causa de pasados llantos.

—He venido hasta aquí, aunque estoy mal y sea escandaloso, para agradecerte, querido Lucano, la tranquilidad que llevaste a mi padre y la promesa que le hiciste.

—Fue una promesa hecha con la certeza de que probablemente será imposible de cumplir —dijo Lucano con tono ausente. Pensó que la mañana de primavera estaba en los ojos de la muchacha; una fragancia de rosa surgía de su vestido. Incluso de luto estaba más bella que ninguna mujer que él hubiese visto antes; su frente más pura y más blanca, su cuerpo virginal más dulce y más suave. El sol se reflejó sobre su rostro, penetrando a través de las separadas cortinas y las mejillas mostraron las huellas de las lágrimas.

—Encontré a mi hermano, Lucano —dijo ella con voz dulce—. Yo estar esperando en Alejandra o en Jerusalén, o —añadió con voz temblorosa— en cualquier otro sitio. Siempre me podré encontrar, Lucano.

Permanecieron en silencio mirándose uno al otro. El rostro de Lucano estaba tan pálido como el de ella. Después el joven dijo:

—Sara, donde voy yo, nadie más podrá ir. Ni hermano, ni hermana, ni madre, ni esposa. Tengo mucho que hacer y ser un sin hogar y un vagabundo. No hay lugar en mi vida para un amor personal, porque el amor

para mí significa pérdida. De pronto, recordó a Asah en el patio y sus palabras junto al pozo y movió la cabeza en una negativa desesperada. Pero no soltó la mano de Sara. Sara respondió:

—Yo puedo siempre encontrarte, Lucano.

Y sus ojos se llenaron de deseo. De nuevo movió la cabeza con gesto negativo. Alzó la mano de ella y la besó y luego, volviéndose abruptamente se alejó rampa arriba. No miró hacia atrás ni siquiera cuando ella exclamó tras él:

— ¡Adiós, que Dios vaya contigo!

Lucano no usaba el espacio cubierto con el todo propiamente sobre el puente que le había sido destinado. Por lo tanto Cusa se aprovechó de esto y se tendió sobre cojines como un rey y se dedicó a meditar. ¿Y por qué, se preguntaba a sí mismo, aquel incomprensible tonto de Lucano permanecía abajo durante aquellos hermosos días otoñales, saliendo al exterior del barco sólo a la hora del crepúsculo? Permanecía abajo todo el día, con sus libros, pero hacia el crepúsculo salía sobre la crujiente cubierta de madera, indicando que no deseaba conversar. Se apoyaba en la barandilla y contemplaba las violentas puestas de sol y el oscuro mar cruzado por reflejos de fuego, sin darse cuenta de la presencia de los marineros, los centuriones, el capitán y los demás pasajeros. Su rostro tenía la cerrada y quieta expresión de la piedra; sus ojos estaban rodeados de profundas ojeras. Parecía estar perdido en algún oscuro sueño del cual nada ni nadie podía despertarlo.

Al atardecer la voz del mar, pacífica y susurrante todo el día, empezó a clamar fuertemente. Las blancas velas tendidas contra el cielo y la lechosa estela del barco, adquirieron las tonalidades sangrientas del sol poniente, silencioso pero amenazador. Hubo un momento en que los cielos estallaron en una corta pero turbulenta tempestad; negras nubes con brillantes crestas iluminadas por los relámpagos huían por encima de los elevados y oscilantes muelles; el trueno despertaba ecos de su voz gigantesca sobre las encrespadas y amenazadoras aguas. Pero Lucano parecía no darse cuenta de aquello y continuaba apoyado pesadamente sobre la barandilla, sin sentir la lluvia caía y constante que caía sobre él empapándolo. Miraba hacia Oriente, como si tratase de cruzar con sus ojos la distancia cada vez mayor. Estaba enfermo de una enorme vaciedad y nostalgia. Por encima y debajo del trueno y de la tumultuosa galerna, oía la voz de Sara.

El barco se detuvo durante el día en varios puertos brillantemente coloreados, pero Lucano no subió a cubierta para verlos. Parecía como si la vida se hubiese transformado en una cosa terrible e hiriente para él y como si sus heridas hubiesen vuelto a supurar a causa de una nueva infección. Sus luchas internas habían alcanzado un grado insufrible. — ¡No puedo amar de nuevo! — exclamaba para sí mismo — El amor son grillos y cadenas; el amor es la muerte; el amor es lo que ata a un hogar y el fuego del hogar destruye la paz del hombre.

Grecia no le deslumbró; continuó abajo en su caluroso camarote pequeño, con los ojos vacos y las manos cruzadas sobre las rodillas.

—Por lo menos debieras dar un vistazo a la tierra de tus antepasados —le sugirió Cusa con impaciencia y preocupación mezcladas.

Pero Lucano tan sólo negó con su cabeza.

—Si me dijeras lo que atormenta a tu alma... —empezó Cusa de nuevo. Pero Lucano hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No comes —dijo Cusa—. Te he traído mi vino, mi valioso vino y apenas si lo bebes.

Pero Lucano permanecía silencioso.

Un día el mar y el aire estaban tan quietos que las velas cayeron y quedaron flácidas; el sol era una verdadera furia. El barco continuó avanzando lentamente, puesto que los esclavos de las galeras eran el único medio de propulsión. Al atardecer el barco parecía una mariposa vagabunda sobre la lisa y heliográfica superficie del mar. La estela que dejaba tras de sí, apenas despertaba un sonido audible. Fue entonces cuando Lucano, que estaba sobre el puente, oyó el profundo y doloroso canto de los esclavos y le pareció que era una prolongación de su propia miseria. — Deben cantar así todo el tiempo — pensó —. No lo he oído antes... He estado pensando con egotismo en mi propio dolor. Mientras así pensaba se volvió y vio que algunos hombres subían las escaleras de los puentes inferiores llevando pesadamente el cuerpo desnudo de un hombre negro. Arrojaron el cuerpo por encima de la barandilla y cayó sobre la superficie del mar con un débil chasquido.

Los esclavos contemplaron como desaparecía, luego llevaron los amuletos que colgaban de sus cuellos a sus labios y se escurrieron abajo. La muerte llegaba a los barcos igual que a las ciudades. Recordó que había oído vagamente aquel sombrero sonido de un cuerpo echado al mar durante otros atardeceres. Frunció el ceño. Después fue en busca del capitán, que estaba sentado en su propio camarote de abajo, con algunos de sus subordinados. Miró a Lucano cuando éste entró y Lucano vio que la ancha faz estaba ansiosa y enfadada. Pero el capitán se levantó y sonrió. Luego dijo cordialmente:

—Pensé que te había ofendido, Lucano. No me has hablado ni dos veces desde que partimos de Alejandra. ¿Quieres cenar conmigo?

—Gracias, pero ya he cenado, Galo —Lucano vaciló observando el rostro del hombre—. He visto arrojar un cuerpo al mar hace un momento. ¿Estoy equivocado en creer que típicamente he oído esta clase de entierros repetirse varias veces?

El capitán hizo una pausa. Miró furtivamente a sus oficiales, luego sonrió ampliamente.

—Ah, estas son las muertes normales en un viaje largo como éste —contestó—. Traed vino —ordenó imperiosamente a sus oficiales —, no un vino tan excelente como el tuyo, Lucano —añadió dirigiéndose al joven griego— pero adecuado, confío.

Sonri a Lucano y le ofreci una cmoda silla cerca de la ventana. La habitacin del capitn estaba caliente y sofocante; las paredes estaban recubiertas de mapas; sobre una mesa de madera reposaba un sextante y el diagrama de las estrellas. Lucano se sent. Notaba un curioso olor seco en aquel aire cerrado y repentinamente lo reconoc como una especie de incienso y hierbas medicinales. Entonces se dio cuenta de que ardan en una pequea Impara que haba sobre la mesa. Una gran linterna colgaba del techo, balancendose, humeando. Uno de los oficiales trajo un jarro de vino y algunas copas y el capitn, sus hombres y Lucano bebieron lentamente. Por alguna razn, sobre el camarote se extendi un sorprendente e intenso silencio y el alma del mdico empez a estremecerse. Estudi los rostros de Galo y de los otros; permanecan realmente cerrados y secretos. El barco apenas si se mova, pareca deslizarse sobre una gruesa capa de aceite; el canto de los esclavos llegaba hasta ellos ms agudo y cercano. Entonces Lucano dijo suavemente:

—Cuntame, Galo.

El capitn le mir con complacida sorpresa.

— ¿Y qu es lo que quieres que te cuente, Lucano?

Lucano le mir fijamente por unos momentos.

—Has olvidado, Galo, que yo soy mdico.

Mir a la Impara humeante significativamente, pero no perdi el rpido intercambio de miradas entre el capitn y sus oficiales.

—Ah, s que lo eres —respondi Galo alegremente— y yo no lo he olvidado.

Hizo un gesto a los oficiales y stos abandonaron el camarote, pero cuando se hubieron ido Galo no tuvo prisa en hablar. Contempl su copa, luego la volvi a llenar, cerr los ojos, y pretendi quedar dormido paladeando aquel vino de clase inferior. Luego dijo:

—Me complace que ests esperando, Lucano, y que no te hayas mezclado con los otros pasajeros. Despus de todo t eres nuestra carga ms importante.

—Se me ocurre, Galo, que no he visto a ninguno de los otros pasajeros, aunque confieso que no he buscado su compaa.

—Permanecen abajo, siguiendo mi consejo.

Galo coloc su copa sobre la mesa y se inclin sobre un diagrama extendido sobre ella.

— ¿Peste? —pregunt Lucano suavemente.

Pareci como si no hubiese hablado durante un minuto o dos Despus Galo apart el diagrama y apoy la barbilla sobre la palma

—Te habrs dado cuenta que no hemos tocado en algunos puerto de escala.

Despus cruz sus manos sobre la mesa y dej de sonrer.

—Deba habrtelo dicho antes por tu propia proteccin, pero como nunca estabas entre los dems... S, es la peste. Hemos izado la bandera amarilla, que posiblemente no habrs percibido. No nos dejarn entrar en los puertos cuando vean esa bandera. Pero tan slo ha habido unos pocos casos y stos entre los esclavos de los remos —suspir—, el maldito Oriente! Todas las dificultades de Roma proceden de all. Cuando lleguemos a casa no nos permitirn desembarcar por lo menos hasta una semana despus de que nos veamos libre de la peste. Esta es la ley.

—Soy mdico —repiti Lucano.

—Llevamos un doctor a bordo —dijo Galo anonadado—, t eres un pasajero. No ests a mi servicio. Eres el hijo de Diodoro Cirino. ¿Qu nos ocurrira si te expones al peligro y cogieses la plaga y murieses?

—Sus ojos preocupados brillaron sombramente—. Te lo he dicho: slo los esclavos estn contagiados y les mantenemos cerrados bajo los puentes. La pasada noche no tuvimos ninguna muerte. Es una pena que hayas visto el entierro en el mar esta noche, Lucano; son tan slo esclavos, perros y criminales —adi con tono convincente.

Lucano pens en los annimos desgraciados que estaban en la bodega, encerrados juntos, estremecndose, enfermos y muriendo.

Dijo abruptamente:

—Ordena a tu mdico que se presente inmediatamente.

El mdico era un hombre cansado, de mediana edad. Un gallo con atrevidos ojos oscuros y tambin esclavo.

—Este es mi mdico Pramo, Lucano —dijo Galo.

Pramo mir a Lucano e hizo una reverencia.

— ¿Hay peste a bordo? —pregunt Lucano.

—Slo entre los esclavos de los remos —dijo Galo impacientemente—. Pero ahora que lo sabes, Lucano, y yo tema hacrtelo saber, orden que una de estas Imparas humeantes sea enviada a tu propio camarote. T y Cusa ya lo sabis. El tiene a su esposa e hija encerradas en su propio camarote, excepto cuando te sirve. Le orden, como capitn y absoluta autoridad en este barco, que no divulgase que tenemos plaga a bordo, a fin de evitar inquietudes.

—Los esclavos son hombres —dijo Lucano con voz dura.

Galo le mir con sorpresa. El rostro de Pramo adquiri un gesto extrao y tambin mir a Lucano.

— ¿Qu es un esclavo? —Galo se sinti abatido. No poda creer a sus odos. Saba que Lucano era raro y distinto de los dems jvenes, pero aquello era increble—. Lucano, esas criaturas son felones, asesinos, ladrones, condenados a las galeras para toda su vida.

—A pesar de todo, son hombres —repiti Lucano. En su plido rostro aparecieron seales de furor viendo sus pmulos de rojo y sus azules ojos brillaron enfurecidos, bajo las rubias cejas. Galo qued convencido de que estaba loco. «Un esclavo de galeras un hombre! Se sinti alarmado y dijo con solicitud:

—Tienes aspecto de no estar bien, Lucano. El clima de Alejandra es duro, lo s. Si se lo permites, Pramo te recomendar un ligero sedante...

—No me comprendes —dijo Lucano tratando de mantener su voz pacfica—. Para m, como mdico, un esclavo es un hombre, un ser humano, capaz de sufrir tan fieramente como un Csar. Un criminal, un feln, un asesino son tambien hombres. Su condicin humana no les hace ajenos a nos otros.

Los ojos de Galo se endurecieron. Hara intoxicar con vino a Lucano. † Dioses, pens, no soy responsable de su desvo, y pero que dir a las autoridades cuando llegue a la patria? y Que el hijo adoptivo de Diodoro Cirino ha sido confinado por loco? El pensamiento le hizo estremecer. Dijo, con un acento fraternal, tratando de calmar a Lucano:

—S, s, ciertamente. Pramo te conducir a tu camarote. Permanecer contigo durante algn tiempo. Ha sido graduado en Tarso y sin duda encontrars en l mucho conocimiento mdico que podris discutir juntos — medio se levant de su asiento. Pero Lucano se inclin hacia adelante y dijo con tono contenido:

—An no comprendes. Eres romano y crees y piensas como romano, Galo. Un esclavo para ti es menos que un chacal. Para m es un hermano.

Galo se sinti desesperado. Tena ya bastantes dificultades y ahora resultaba que tena a bordo de su propio y valioso barco un loco... Mir a Pramo, que miraba a Lucano como si estuviese hipnotizado y con una lgrima brillando en sus ojos. Galo mir a su mdico. y Estaba el sinvergenza bebido? Dijo con enfado:

—Pramo, conduce al noble Lucano a sus habitaciones y prepara un sedante para l al instante...

Evidentemente est enfermo. Pero Lucano se volvi hacia Pramo y dijo:

—Mis maestros hundes me ensearon que las ratas y las pulgas esparcen esa enfermedad. y Has odo?

Pramo era incapaz de hablar. Movi su cabeza con mucho gesto afirmativo.

—Es cierto —dijo Lucano con el tono de un mdico hablando a otro. Seal a las oscuras y delgadas piernas de Pramo. Debieras usar vendajes de lienzo sobre ellas para protegerte de las pulgas cuando ests entre los esclavos.

Galo perdi el control de s mismo y grit:

— y Crees que iba a permitir a mi mdico, por quien pagu mil sextercios de oro, que bajase a las galeras? Est aqu para proteger a mis pasajeros, no a los esclavos. Y ninguno de los pasajeros ha sido contagiado. En el momento en que me inform de que la peste haba contagiado a los esclavos de galeras les prohib incluso acercarse a su atrancada puerta. «Soy el capitn! «Mis rdenes son de vida y muerte en este barco y no me justificar ni incluso ante ti, Lucano, al recordarte esto!

—Sugiero que todas las ratas de este barco que puedan ser encontradas sean exterminadas al instante — respondi Lucano con tranquilidad— que todas las habitaciones sean fumigadas contra las pulgas, que hasta el ltimo centmetro de la madera de este barco sea lavado con desinfectante.

Galo haba vuelto a dominarse. Lucano hablaba razonablemente, pero los locos tambien tienen sus momentos razonables.

—Dar estas rdenes al instante. Y ahora... —Lucano se levant, —y ahora voy a ir abajo a las galeras y ver lo que puedo hacer, despus de envolver mis propias piernas y brazos con lienzos contra las pulgas.

Galo se puso en pie, y dijo con tono amenazador:

—Debo recordarte otra vez que soy el capitn y que incluso si Csar fuese un pasajero mo tendra que obedecer las leyes martimas. Mientras estemos en este barco, mi barco, soy la autoridad suprema. Volver a tu camarote, Lucano, y mi mdico ir contigo para calmarte.

—No —respondi Lucano— a menos que me arrastres de aqu. Soy mdico y tengo tambien mis deberes y mis leyes.

Haba que confinarle y vigilarle estrechamente, pens el desafortunado capitn. En cualquier momento puede volverse violento, y slo los dioses saben lo que ocurrira. y Cmo era posible que incluso un loco llegase a semejantes grados de locura?

—Ir a las galeras...

Galo vacil. Llamara a sus oficiales y atara las piernas y brazos de Lucano con una cadena ligera. Pero la descorazonante perspectiva de entregar al fin del viaje al hijo adoptivo de Diodoro Cirino el descendiente de uno de los quintas, el anterior proconsul de Siria, atado como un criminal se abri ante l. Los arranques de furia de Diodoro eran conocidos por todo el mundo. El propio capitn tendra que responder por su seria ofensa contra la persona de Lucano, incluso aunque estuviese obviamente loco. Galo consider el problema. El dilema era odioso. Pero ten a la ley de su lado y era por causa de la proteccin de Lucano que deba actuar.

— y No tienes piedad, Galo? —pregunt Lucano desesperadamente.

—S que un esclavo, particularmente un esclavo de galeras, es menos que un animal para ti. Los esclavos de galeras pueden ser asesinados con impunidad. Pero considera lo que te digo. Deja que tu corazn escuche y se conmueva por un momento. Los esclavos sangran como t sangras; mueren como t mueres. Y donde vaya tu espritu all irn tambien sus almas. y Te preocupas mi propia salud y seguridad? S, si yo fuese contagiado, o muriese, entonces temeras a Diodoro, mi padre adoptivo. Lo comprendo —su voz se suaviz—. Tan slo has de dejar la puerta de las galeras abierta. Tengo mis medicinas, y te juro que har todo cuanto

pueda para protegerme y te absolver de todo reproche respecto a m. Nadie necesita saber sino nosotros de que estoy cuidando a los esclavos. Ir y vendr sin que nadie me vea, excepto ellos.

—Estoy muy cansado, Lucano —dijo el capitn—. Djame y vete a tus habitaciones al instante o yo tendr... tendr... tendr que llevarte all a la fuerza.

—Al menos que detenga la enfermedad, Galo, se extender a todos los pasajeros. Puede que llevemos a puerto un barco lleno tan slo de hombres muertos.

Galo se volvi de espaldas. —Vete a tus habitaciones— repiti. Entretanto har que se den rdenes para que se haga como has sugerido.

CAP ^ TULO XXII CAP ^ TULO XXII

Debo llegar a esas galeras —dijo Lucano despus de haber llamado a Cusa a medianoche. Haba odo durante horas a esclavos y marineros cazando y destruyendo ratas y lavando el barco de arriba abajo con desinfectante. Cusa dijo:

—Ests loco, desde luego. Calentar algo de vino para ti y lo mezclar con alguna especie.

Lucano le mir pensativamente.

—T eres un hombre inteligente, querido Cusa. ¿ Con cunta rapidez podras forzar la cerradura de las galeras?

Cusa rehus tomarle en serio, o ms bien rehus mostrar que tomaba a Lucano en serio.

— ¿ Forzar una cerradura, Lucano? —se ech a rer alegremente. Despus bostez terriblemente—. ¿ Por qu me has despertado a estas horas? ¿ Para qu intercambiamos agudezas? —Griego marrullero —respondi Lucano— no hay duda de que eres un experto forzador de cerraduras. No haba ningn cofre, armario o bal seguro contra tu curiosidad en Antioqua. Llamas a Callope curiosa. ¿ T eres el peor curioso de cuantos existen! Sola vigilarte con admiracin, lo confieso, y a distancia cuando era nio. Recuerdo tus talentos muy bien. No aparentes sentirte tan herido.

Escuch durante un momento. Los ruidos .Y gritos de las ratas perseguidas haban cesado; el barco cruja, gema y se balanceaba silenciosamente. Tan slo el grito de la guardia se oa de cuando en cuando. Lucano empez a murmurar en voz alta:

—El barco duerme, excepto los esclavos de las galeras, la guardia y los oficiales sobre el puente. A causa de pasadas observaciones, Cusa, juzgo que unos pocos momentos sern para ti suficientes para abrir aquella puerta en las entraas de la nave y dejarme entrar con mis medicinas.

Cusa empez a sentirse alarmado.

—Seor, ten en cuenta que puedes contagiarte. Ah, si, me has dicho ya que lo has considerado. ¿ Tendr que entregar a Diodoro un cuerpo muerto? Tu rostro est firme como el acero. Consideremos entonces aspectos ms prcticos de la situacin. Galo te ha negado la entrada a las galeras y me disculpo ante l porque le haba considerado una persona grosera a quien ofrecer buen vino era una blasfemia. Tiene el mando supremo de este barco. Si la guardia me descubriese manejando la cerradura, el capitn me cargara de grillos, y esto tan slo sera lo que me mereciese. T y l, por lo tanto, mantendrais un helado silencio mientras yo languideciese, esperando el da en que fuese desembarcado a fin de ser encerrado en una prisin. S, s —y alz una delicada palma—, comprendo que t tomaras sobre ti toda la culpa, pero Galo no pondra a Lucano, el hijo de Diodoro, en grilletes. Puede obligarte a permanecer en tus camarotes, lo cual debiera haber hecho a partir del momento en que partimos . Tengo una esposa y un hijo. La perspectiva de la prisin por haber violado las leyes martimas no me es muy invitadora. Ten en cuenta la esposa y la nia, Lucano.

Lucano se impacient.

—He tenido en cuenta todo —dijo—; ir contigo hasta la puerta, y si nos cogen le dir al capitn que t hacas lo que yo te haba ordenado bajo las ms feroces amenazas, entonces puedes pedir al capitn que te proteja contra mi locura. Si los grilletes son, a pesar de todo, el resultado, Diodoro har que te liberen en un abrir y cerrar de ojos.

—Lo dudo —exclam Cusa—; t sabes que estricto es con respecto a la ley.

El rostro de Lucano se anim y chasque los dedos.

—Envame a Escipin, el ms joven de los dos centuriones.

— ¿ A esta hora?

—A esta hora. Y date prisa, Cusa. Tus argumentos me aburren.

Moviendo la cabeza dolorosamente, Cusa abandon el humeante camarote y pronto volvi con Escipin que, aunque con el rostro enrojecido por el sueo y un ojo hinchado y vidrioso, se haba puesto primero la armadura, el casco y la espada, como corresponde a un soldado. Alz el brazo derecho saludando a Lucano, y ste le devolvi el saludo.

—Sintate junto a m, mi excelente Escipin —dijo—, deseo hablar contigo.

Cusa permaneci junto a la puerta escuchando, lleno de ansiedad. Lucano dijo:

—Escipin, como soldado, no tienes muy buena opinin de los marineros, ¿ verdad?

—Seor, como soldado los desprecio. Slo valen para colocar los barcos de guerra en buenas posiciones a fin de que los soldados puedan atacar.

Los ojos oscuros de Escipin empezaron a brillar con inters, puesto que, como militar, no preguntaba porqu haba sido llamado a media noche. Lucano, para l, era hijo de aquel poderoso soldado, Diodoro, cuyo nombre era reverenciado por todos los soldados de Roma.

—Los marineros son muy arrogantes —dijo Lucano suspirando—, y sabes que Galo me ha amenazado esta noche, me ha amenazado con encadenarme en mis camarotes porque he tenido una diferencia de opinin con l? Me grit que era el rey de este barco.

Escipin se sint i ultrajado.

— y Te ha hablado as a ti, seor, al hijo de Diodoro Cirino? No podra creer una cosa tan monstruosa.

Lucano suspir de nuevo.

—Lo ha hecho y en la presencia de su esclavo.

—En la presencia de un esclavo! —el rostro joven de Escipin se oscureci y puso su mano en la empuadura de su espada e hizo intencin de levantarse.

—Pero —gru⁽⁶⁰⁾ Cusa, alzando sus manos a la cabeza—, y quin es el griego marrullero ahora?

Lucano no le hizo caso.

—Soy mdico, Escipin, y sin duda que un mdico es ms inteligente que un simple capitn de un buque de carga, y ciertamente vale ms. A bordo tenemos peste.

Al or esto Escipin palideci y se sent lentamente.

—A menos de que pueda contenerla en las galeras, todo el barco quedar infectado y quiz todos muramos. y Has visto casos de peste, Escipin? Ah, es la cosa ms terrible. Tus glndulas se distienden, se llenan de supurante pus; tu cuerpo se corrompe; vomitas sangre, toses sangre. Te revuelves en delirio y caes en las ms peligrosas situaciones. Esto es lo que nos espera a todos, la muerte. Hay pocas posibilidades de salvacin cuando se contrae la peste. Pero este capitn de cabeza de mueco me impide tratar de detener la enfermedad. y No es esto incomprendible?

— y Pero qu puede esperarse de un miserable marinero, seor? —empezaba a excitarse.

— y Puedo hablar? —pregunt Cusa.

—No puedes —replic Lucano.

y Escipin mir a Cusa con desprecio.

—Naturalmente como mdico y hombre de la nobleza y de familia, no hars caso de las rdenes de este cretino capitn —dijo Escipin, hirviendo de ira.

—Escipin, eres un joven de la ms astuta comprensin —respondi Lucano con admiracin.

—Ay, ay —gru⁽⁶⁰⁾ Cusa—, he sido acusado de tener naturaleza de reptil, pero he aqu a uno que avergenza a las mismsimas serpientes de Isis...

Lucano continu ignorndole. Escipin dijo con voz temblorosa por la ira:

— y Cmo se atreve a dar rdenes al hijo de Diodoro Cirino?

Lucano asinti tristemente.

—Me grit en la cara su autoridad; golpe con el puo sobre la mesa. Me amenaz con..., y cmo llamaste eso, Cusa? Ah, s, con el y grillete.

Escipin salt sobre sus pies.

—Alguien pagar esto caro! —exclam.

—Y todo cuanto yo deseaba era protegernos a todos nosotros de la peste. Llevamos izada la bandera amarilla, Escipin. No nos ser permitido desembarcar en Italia. Quiz estemos obligados incluso a volver a Alejandra o a flotar en el mar hasta que todos estemos muertos. T sabes lo rigurosos que son los doctores de Roma. y Cunto tiempo hace desde que no has visto a tu novia, Escipin, a tus padres, a Roma, donde los romanos son romanos y no guardias de todo un mundo desagradecido?

Las lgrimas llenaron los ojos de Escipin; poda haber ahogado a Galo en aquellos momentos.

Cusa mir boquiabierto a Lucano, con asombrada admiracin. El valeroso idiota era tan sutil como un oriental.

—Necesito tu ayuda, Escipin. Puede que haya guardia y la puerta que conduce a las galeras est cerrada bajo candado. O la guardia patrullando y por lo tanto puede llegar hasta all antes de que este maravilloso Cusa descerraje la cerradura.

Descerrarar cerraduras era algo repreensible. Por un momento el rostro de Escipin mostr cierta duda. Despus se aclar. y Qu significaba descerrarar cerraduras para un griego?

—Por lo tanto —dijo Lucano haciendo un gesto con la mano—, todo lo que espero de ti, Escipin, es que aparezcas como si padecieses insomnio, o como si yo hubiese ordenado que me guardes esta noche porque soy un hombre nervioso y a veces sufro pesadillas. Por lo tanto, pasate discretamente por el barco. Te acercas a la puerta de las galeras, descubres para m si la puerta est guardada. Si lo est, no tendr dificultades en distraer a la guardia que est all. Despus distraers a la patrulla de vigilancia mientras Cusa descerraja la cerradura. Tan slo necesito una o dos horas. Cusa te avisar cuando yo salga de las galeras. Naturalmente, como es un hombre pusilnime, no se atrever a entrar.

—El ser pusilnime no tiene nada que ver con esto —dijo Cusa—, es una cuestin de Ley.

—Nos otros somos la ley —dijo Escipin dirigiendo a Cusa una, cortante mirada—. y Crees que la orden de un marinero es ms importante que nosotros?

Pero Cusa slo le mir con piedad, porque era la vctima de una maquinacin que l crea no slo peligrosa sino nefasta.

—Te ordeno que te calles —dijo Lucano.

—A callar —dijo Escipin—, ¿No has odo hablar a tu dueo?

—Bien, s. Pero l no te ha dicho.

Lucano le interrumpi.

—Todo est muy tranquilo ahora, Escipin. Acepta mi gratitud y ve. ¿Deseas llegar a casa bien y pronto?

—Y encadenado —aadi Cusa desesperadamente.

—Vete tambn, Cusa, y trete aquella pequea cartera de piel negra tuya en la que tienes las delicadas herramientas de descerrarajar cerraduras y que posiblemente compraste a algn ladrn —dijo Lucano sonriendo—, y, Cusa, no te creo capaz de intentar contagiar tus cobardes miedos a un soldado de Roma cuando ests lejos de mi vista.

—Seor —dijo el joven centurin orgullosamente—, un romano est sordo para la conversacin de un liberto.

Cusa volvi solo con su negra cartera. Lucano estaba activamente ocupado en examinar el contenido de su propia cartera de mdico.

—Naturalmente —dijo Cusa con amargura— enviars algo de mi excelente vino a Escipin para consolarle cuando el capitn le encierre encadenado. Y olvidars el enviarme el mismo vino a m.

—Te preocupas demasiado —dijo Lucano. Se senta alerta y fresco como si acabase de levantarse. Sus mejillas sonrosadas y sus ojos brillaban con satisfaccin.

—Nunca pens que un discipulo mo condescendiese a degradarse mintiendo.

Lucano comprob sus escalpelos.

—Nunca dije la menor mentira.

—No, no, desde luego que no. Eres un sofista. Exhalas virtud. Eso te hace tambn estoico. Eres un hombre de muchos aspectos, Lucano, y confieso que he desestimado la veta de villana que existe en ti y, por lo tanto, como maestro tuyo, admito que estaba completamente engaaado, lo cual ha sido, por mi parte, muy tonto.

—Muy tonto —afirm Lucano con un guio juvenil.

Escipin volvi lleno de satisfaccin.

—La puerta de las galeras no est guardada, seor. Evidentemente no se ha credo que fuera necesario. En cuanto a la patrulla, he descubierto que es un agradable compaero mo, a quien yo he estado instruyendo en procedimientos militares. Creo —aadi Escipin con guio de conspirador— que un pequeno jarro de vino, bebido en mi compaía, en el puente superior, agudizar su inters por las campaas militares.

—Un jarro de vino —dijo Lucano a Cusa, quien, gimiendo como si sufriese en el ms terrible de los dolores, fue a prepararlo.

Escipin descubri con agrado que era un jarro lleno, y parti para su trabajo de distraer la vigilancia y mantenerla quieta.

—El capitn colgar al vigilante del mstil o de la quilla o como se llame la maldita cosa —dijo Cusa—, eso, naturalmente, no te preocupar. Has olvidado al oficial de guardia en el puente superior.

—Escipin es un inteligente joven oficial —dijo Lucano sin preocuparse por aquello—. Como t, ama el criticar y conoce a todos los oficiales a bordo, y, por lo tanto, habr una feliz conversacin entre los tres. Qu solitario debe ser permanecer de guardia en un mar tan tranquilo! Vamos, marchemos. Dentro de tres horas amanecer. Ah, espera un momento, necesito dos cubos para agua. No te muevas como un viejo, Cusa; no ests a punto de ser ejecutado.

—Esto es lo que dudo —dijo Cusa con tono miserable.

Tom la linterna del camarote y sali al estrecho corredor de fuera. Lucano se sinti entristecido por el temor de Cusa, por la creencia del maestro en la autoridad absoluta y su indiscutible aceptacin de la misma. Mientras que el capitn tena el derecho de vida o muerte sobre aquellos que estaban en el barco por amor de otros ante una situacin imprevista y caprichosa en la que radicaba un gran peligro, haba una ley moral ms importante, que ningn hombre tena el derecho de violar. El capitn tena sus leyes; pero dejaban de ser leyes y se transformaban en opresiones cuando negaban a aquellos pobres esclavos cualquier clase de socorro, alivio o derecho a la vida.

Lucano record muchas historias autnticas de barcos como aquel. Cuando los esclavos de galeras enfermaban de una enfermedad fatal y violenta, eran encerrados abajo sin ninguna clase de ayuda. Aquellos pasajeros y esclavos que no haban contrado la infeccin podan desembarcar despues de un examen por las autoridades de salud pblica y luego el barco era remolcado al mar con su carga de prisioneros, moribundos y desesperanzados esclavos enfermos y prendido fuego. Se estremeci ante el recuerdo. Este era el destino en perspectiva para los pobres desgraciados de las bodegas.

El joven griego haba cubierto sus piernas con apretadas fajas de lienzo y tambn sus brazos y manos. Estaba envuelto en su manto, con la capucha echada sobre la cabeza. Cusa mantena la humeante linterna en alto. Los estrechos corredores de madera estaban absolutamente silenciosos y oscuros, cuando los dos hombres se deslizaban por ellos silenciosos. Escipin haba realizado su trabajo bien; no encontraron a ningn guardia.

A medida que se deslizaban frente a las puertas cerradas, conteniendo su respiracin y caminando tan ligeramente como les era posible volvan a or el lejano y rtmico golpeteo de los remos en las profundidades del barco, el crujido de los troncos y distantes ronquidos. Todo el barco exhalaba olor a desinfectante, brea y los correspondientes olores de la carga, humanidad, aceite y salitre.

Los pasillos por donde se deslizaban como espíritus y las escaleras por donde descendían cada vez más hacia las profundidades del barco estaban tan silenciosas como la tierra. El barco se deslizaba sobre la superficie del mar con movimiento apenas perceptible.

Descendieron más profundamente y los rancios olores empezaron a ser casi insoportables. Un nuevo olor se unió a ellos; el olor de la muerte y la enfermedad. El techo del último corredor era tan bajo que Lucano tuvo que inclinar su alta cabeza. Vio que hasta allí se filtraba un líquido nauseabundo en pequeños regueros infinitamente malolientes. Como esfuerzo para detener la infección habían quemado allí abajo, especias y sustancias olorosas añadiendo al asfixiante calor y malos olores del aire una densa humareda. La linterna proyectaba las sombras de los dos hombres que se deslizaban sobre el empapado suelo, en medio de podridas paredes de madera y techo goteante.

Lucano empezó a percibir un sonido parecido a un viento incesante, salvaje y sin embargo mudo, sonoro y melancólico. Era la voz de los esclavos en las galerías, voz desesperanzada, infrahumana y sin embargo llena de la agonía de la humanidad. Cusa se detuvo aterrizado.

—Son los esclavos —susurró Lucano con acento de confianza. Pero Cusa estaba temblando. Lucano le empujó suavemente hacia adelante. La linterna vacilaba en la mano de Cusa. Cusa murmuró:

—¿Cómo podremos evitar que esto llegase a oídos del capitán? Aquí hay muchos esclavos y un capataz y la noticia se filtrará hasta él.

—Probablemente —respondió Lucano—, pero un hecho cumplido es un hecho consumado y sólo yo seré visto; sin embargo si tengo éxito y creo que lo tendré, el capitán será el primero en ser felicitado por las autoridades y ten por seguro que él no mencionará la parte que yo he tenido en el asunto.

El corredor era allí tan estrecho que tenían que andar uno tras otro, pero era muy corto. Al final del mismo había una gruesa puerta de madera, remachada y cerrada con candado. Lucano hizo un gesto a Cusa que se deslizó hacia ella abriendo su saco de pequeñas y hábiles herramientas.

—No te arrodilles —susurró Lucano—. El agua está contaminada.

Cusa se inclinó hacia la cerradura y empezó a trabajar en ella. Sus hmedas y giles manos temblaban. El sudor le cegaba. Lucano mantuvo la linterna cerca y miraba sin cesar hacia atrás. Las lamentaciones de los esclavos detrás de la puerta parecían formar parte del aire y las paredes y techo del corredor vibraban con ellos. Había esclavos en un corredor adyacente, porque su deber era llevar comida y agua a los esclavos de los remos y reemplazar a aquellos que morían. La mayoría de ellos eran los que Lucano había visto llegar a bordo el día de su partida. Habían sido condenados a muerte, sin causa, por el capitán y ellos lo sabían. Lucano volvió a oír los ahogados sollozos de las mujeres, los gritos de los niños a través de las paredes.

A medida que Cusa trabajaba Lucano vació paquetes de desinfectante en los dos cubos de agua que habían traído hasta allí con tanta dificultad. Uno era para que bebiesen los enfermos y esclavos moribundos; el otro era para su propio uso. Mantendría las manos hmedas mientras estuviese curando. El olor del desinfectante se unió a otros intolerables olores y Cusa estornudó roncamente, secando su nariz en la manga a medida que sus manos trabajaban. Poco después se oyó un agudo clic y la cerradura quedó abierta.

—Vete a distancia —le susurró Lucano— y yo no abriré la puerta hasta que estés lejos de aquí. Permanece en mi camarote. Si alguien acude, díles que estoy durmiendo.

Por un largo momento el pequeño maestro se quedó quieto mirando a Lucano extrañamente a la luz de la linterna y sus ojos altivos habían adquirido una sorprendente quietud y fijeza. Estaba pensando que si hubiese tenido un dueño menos justo que Diodoro, él también podría estar en una galería muriendo, sin ayuda y sin esperanza, y si no hubiese sido por Lucano aún sería un esclavo. Luego murmuró:

—Señor, no te dejes.

Lucano frunció el ceño y Cusa repitió:

—Donde vayas, allí iré yo también.

Lucano sonrió y a Cusa le pareció ver que una repentina luz había rodeado su rostro por un momento.

—Ven conmigo —dijo el joven griego.

Unas pocas ratas que habían sobrevivido a la matanza general de aquella noche, pasaron corriendo junto a ellos, gruendo y arañando y Cusa creyó que se mantenían junto a las paredes del corredor como si algo ultraterreno, sólo visto por ellas, les hubiese dado una orden inaudita. Ante esto, Cusa se animó. Sintió un repentino sentimiento de exaltación. Nada podría herir nunca a Lucano, ni a aquellos que le servían.

Fue necesaria la fuerza combinada de los dos para abrir la puerta que cedió por medio de un gran esfuerzo; habían colocado la linterna, los cubos y las carteras en el suelo, en el sitio más seco, y de este modo la luz de la linterna cayó sobre el suelo de las galerías. El resto continuaba en una negrura absoluta. Una bocanada de malos olores y calor surgió de las galerías, tan intensa que Cusa sintió como si se hubiesen descargado poderosos golpes contra su cuerpo y su rostro y retrocedió cubriéndose la cara con una manga. Los gemidos y lamentos de los esclavos llenaron todo el corredor con un eco repetido.

—Rápido —susurró Lucano.

Alzó la linterna y su cartera y Cusa recobrándose un poco, pero con arcadas, cogió los dos cubos de agua desinfectante. Lucano proyectó el débil rayo de luz de la linterna sobre las galerías y Cusa le siguió. La puerta giró sobre sí y se cerró tras ellos a causa de un movimiento repentino del mar.

Lucano estaba preparado para contemplar una escena aterradora, pero aquello que veía a la débil luz de la linterna estaba por encima de su imaginación. Tan sólo unos agujeros altos y pequeños, descubiertos, dejaban pasar un poco de luz procedente de un estrellado cielo sin luna y un mar fosforescente. Apenas si era luz; era

ms bien una sombra de luz, como el reflejo de las alas de la mariposa. Y con aquella escasa iluminacin, ayudada por la plida luminiscencia de los remos que salan de los agujeros y por los oscilantes rayos de la linterna, Lucano pudo ver hombres desnudos y barbudos sentados en los bancos, encadenados y atados, blancos, negros, amarillos y morenos, sus cabezas inclinadas, los ojos cerrados a causa del dolor, los pechos agitados, sus caderas y huesos visibles bajo las descoloridas pieles. Sus brazos se movan con un ritmo mecnico mientras sus bocas murmuraban un vasto gemido, acompaado por el tintineo y brillo de cadenas y grillos como el tono acompasado que se una a sus lamentos. A lo largo de las paredes, junto a la puerta yacan los muertos y moribundos, apilados juntos, los que an vivan, con aquellos que hacia poco haban muerto, o con los que haban muerto hacia horas, con sus rostros semejantes a desnudas calaveras bajo aquella luz incierta. El capataz, un esclavo tambin y un criminal, andaba de arriba a abajo entre filas de trabajadores, con sus ojos abiertos por el terror chasqueando el ltigo. Se detuvo cuando vio a Lucano y a Cusa y permaneci mudo, mojndose los labios.

Lucano pens que aquella era una escena infernal, llena de espectros torturados, invadida de olores que slo una fila de cadveres poda desprender. Una pecina negra y deslizante como serpientes, se mova arriba y abajo por el suelo siguiendo el movimiento del barco: Sangre vomitada, heces sangrientas, expelidas sobre el suelo y orina sanguinolenta.

El capataz se recobr de su primera sorpresa ante la llegada de los dos intrusos. Pens que eran espíritus vestidos de blanco. Luego se acerc a ellos temerosamente. Lucano dijo al instante con calma:

—Soy mdico y necesito tu ayuda, y ste es mi auxiliar. No tenemos nombres. Debemos trabajar rpidamente.

El hombre permaneci frente a ellos mirando, desnudo como los dems esclavos. Lucano se dirigi hacia l con impaciencia.

—Debemos trabajar —repiti— o todos moriris. De prisa, toma este cubo y da un trago a cada uno de los hombres.

Su voz son con autoridad y el capataz cogi el cubo, recobrndose de su asombro, pero primero bebi l. Lucano y Cusa entretanto echaban el contenido del otro cubo sobre sus rostros y manos y Cusa tambin humedeci sus piernas. Mientras el capataz le obedeca, Lucano examin a los enfermos que yacan junto a los muertos. Aquellos que parecían no estar in extremis, los separ de los muertos y los coloc junto a la pared opuesta, haciendoles sentar contra ella. A los que estaban ms all de toda ayuda, les dej con sus compaeros muertos.

Era, sin duda alguna, la peste mortal. Los brazos de los enfermos estaban enormemente hinchados, sus labios, gruesos y cubiertos de una capa blanca, sus pieles, irritadas. Tenan granos palpitantes tumefactos de pus y sangre en las ingles. Las piernas de los hombres estaban sucias de sangre procedente del recto; algunos babeaban sangre por la boca. Algunos de los granos haban reventado; su contenido supuraba y cubra los cuerpos de los enfermos.

A Lucano se le subi el corazn a la garganta, palpitando de piedad. Ningn tratamiento poda ser efectivo para los que ya haban cogido el contacto. Tan slo poda aliviar algo sus sufrimientos. Abri rpidamente su cartera y sac pequenos saquitos que contenan pastillas de fuertes sedantes. En cada boca congestionada derram un poco de liquido. Los hombres le miraban, mudos como animales atormentados. Lucano les sonrea amablemente; la linterna proyectaba chispas de dorado fuego en aquel aire sobrecargado; sus ojos azules brillaban hacia ellos con la ms profunda y tierna de las compasiones. Los hinchados labios de los hombres se movan silenciosamente, uno o dos extendieron sus manos, sin voluntad, para tocar sus vestidos, porque perciban su dolor y el amor que senta hacia ellos. El capataz volvi con el cubo vaco y mir a Lucano con ojos agudos y distendidos. Cusa volvi a llenar el cubo de un barril que haba cerca y a un gesto de Lucano, verti en l una nueva cantidad de medicina. Lucano dijo al capataz:

—Da a los hombres un trago de este cubo cada hora. Maana cubos como estos, para aquellos que no estn contaminados, sern colocados fuera de la puerta. Ordena al esclavo que est all que los entre. Habr tambin cubos de agua con una seal roja que contendrn desinfectante. Debes echar agua sobre sus cuerpos con frecuencia. Y busca todas las ratas que encuentres y mtalas inmediatamente, arrojando sus cuerpos por las ventanas.

—S, seor —susurr el capataz y mir a Lucano con asombro—. Luego, sonri trmulamente—. Seor, es como si un dios hubiese entrado aqu. He bebido tu medicina y una nueva vida ha venido a m y a los esclavos de las galeras.

Fue Cusa quien se dio cuenta de que aquellos hombres ya no se lamentaban. A la luz de la linterna pudo ver cientos de ojos dirigidos hacia Lucano, que ministraba a los enfermos, ojos de hombres que repentinamente haban recibido esperanza en aquel podrido agujero lleno de malos olores. Alguno de ellos empez a cantar una cancin desconocida, y pronto todos se unieron a l. Era un canto de agradecimiento y gratitud, que se mezclaba con el siseo y crujido de los remos. Incluso los moribundos lo oyeron, movieron sus cabezas y cesaron de lamentarse. El rostro agudo de Cusa se ilumin con una brillante expresin mientras ayudaba a Lucano. En aquel hmedo pozo no haba esclavos: eran hombres.

—Bien —dijo Lucano con tono ausente. Permaneci de pie entre la fila de los enfermos moribundos y muertos, y para Cusa tena el aspecto de un dios conquistador. Haba colgado la linterna de un gancho que penda del techo hmedo. Sus vestiduras estaban salpicadas de sangre y porquera, pero su rostro estaba radiante. Luego se dirigi al capataz.

—Sobre el puente, dos pisos ms arriba, hay anchos agujeros o ventanas. Toma dos de estos remeros y elimina a los muertos de entre vosotros arrojndoles suavemente al mar. Esto no puede esperar hasta maana. Los muertos son vuestro peligro.

El capataz se estremeci.

—Seor, me est prohibido a m y a los remeros dejar estas galeras.

—Si esto no se hace y ahora, todos moriris —dijo Lucano con severidad—. Moveos con tanto silencio como sea posible. No seris odos. Hay que hacerlo. ¿Te lo ordeno!

El capataz vacil. Luego viendo el brillo autoritario en los ojos de Lucano no pudo vacilar ms, pues le pareca la orden de un dios. Llam a tres de los ms fuertes y solt sus grilletes. Se alzaron rgida y dbilmente de sus toscos bancos y avanzaron hacia adelante. Empezaron a cargar a los muertos sobre sus cuerpos cubiertos de sudor y desinfectante. Uno o dos, reconociendo los rostros de amigos, sollozaron en voz alta.

La puerta fue abierta, con un crujido y los esclavos con sus cargas fiebres se deslizaron fuera. Uno tras otro, a medida que Lucano continuaba administrando a los enfermos, los muertos fueron sacados de all silenciosamente. El barco se balanceaba y geman todos sus madermenes. Cuando el jadeante capataz apareci de nuevo al lado de Lucano, el mdico dijo:

—Debis empapar tambin las paredes y techo con este desinfectante. Recuerda mis rdenes: es vuestra nica oportunidad de vivir.

El capataz contest con voz ronca:

—Seor, he estado pensando. Aquellos que lanzamos al mar son ms afortunados que nosotros.

—S, —dijo Lucano y sus rubias cejas pestaearon—. Sin embargo, algunos de vosotros seris liberados en alguna ocasin, despus de que hayis cumplido vuestra sentencia. En cuanto a los dems, mientras hay vida hay esperanza —luego aadi apasionadamente—, ¿me crees ms afortunado que t? Te aseguro que todo lo que vive est condenado.

Los enfermos y moribundos se durmieron repentinamente, apilados juntos; los rostros de algunos enfermos haban adquirido un gesto de gran alivio, y la paz se reflejaba en sus sucias y barbudas caras. Cusa permaneci de pie y les mir con temor.

—No hay esperanza para ellos —dijo Lucano tristemente— no tenemos un tratamiento efectivo, pues, incluso bajo las mejores circunstancias, la peste es casi siempre fatal.

Su sombra se proyect elevada sobre las paredes y pareca como si tuviese alas.

Dio al capataz el resto de los frascos que an no haba abierto. S misericordioso, porque eres un hombre; haz que todos los enfermos y moribundos beban a fin de que puedan morir en paz y sin dolor. —Hizo una pausa y luego dijo involuntariamente:

—Que Dios quede con vosotros.

Y no fue l quien realmente habl sino Sara a travs de l; repiti sus palabras mecnicamente, viendo su rostro ante s. Contuvo su respiracin con un sonido ronco e indic a Cusa que deban partir, y tornando de nuevo la linterna y su cartera, salieron. Tena mucho trabajo que hacer. Deba destilar ms desinfectante y medicinas, solo en su camarote, a fin de que los esclavos pudiesen tener suministros. Escipin y Cusa, de alguna manera, dejaron los cubos a la puerta por las maanas. Cusa y l empujaron la puerta abierta. Las voces de los esclavos se alzaron tras ellos en una extica ola de gozo trmulo y fue seguidos de aquella ola, que cerraron de nuevo la puerta y volvieron a poner la cerradura. Fue entonces cuando Cusa se inclin, alz el borde de la tnica de Lucano y la bes silenciosamente.

Tres das despus el capitn mand llamar a Lucano a su camarote y Lucano obedeci despus de haber calmado con sus palabras al aterrizado Cusa.

—La culpa es ma. Nadie estaba conmigo —dijo con tono seguro.

El rostro de Galo estaba distendido en una ancha sonrisa.

—Sintate, honorable Lucano —exclam para asombro del joven griego, porque haba ido preparado para cualquier suceso calamitoso. ¿Vino? S, vino... Hoy soy un hombre feliz, m querido amigo... ¿Un hombre muy feliz!

Lucano bebi el vino que el capitn le dio con una inclinacin de encantada ceremonia y mir aquel rostro bondadoso en cuyos ojos brillaba una luz de triunfo. El capitn se sent enfrente de l, con las manos cruzadas sobre las rodillas y mir a Lucano con burla. Alz su dedo como un curioso pero reprobador gesto fraternal hacia el joven mdico.

—Todas vuestras sombras profecas —exclam—. ¿Ah! si no fueses el hijo de Diodoro Cirino me reira de ti. Pero eres joven y falto de experiencia, las desgracias y el tiempo te curarn.

Estaba exuberante y Lucano se sinti sorprendido.

— ¿Tienes buenas noticias —aventur— del puerto que tocamos brevemente anoche?

—No tocamos ningn puerto —dijo el capitn—. Un pequeno barco sali hasta nosotros trayndonos cartas. Una es para ti. Est aqu, sobre esta mesa. No nos fue permitido tocar el puerto llevando la bandera amarilla pero la bandera ser arriada hoy exclam con alegra y golpe su cadera mientras hacia un travieso guio a Lucano. Luego hizo un gesto de tolerancia—. ¿Vos otros los mdicos! Incluso mi Pramo estaba equivocado, no haba peste a bordo. Sabes que todos mueren cuando estn infeccionados. Pero incluso aquellos esclavos de galeras que estaban enfermos se han recobrado y durante tres das no hemos tenido ningn caso de enfermedad sobre ellos. ¿Me oyes, joven maestro? Incluso los contagiados se han recobrado y esto es imposible cuando se trata de peste. De hora en hora se levantaron del suelo de la galera y ocuparon sus

puestos en los remos. —Volvi a golpear sus caderas y ri feliz y con alivio—. «Ni uno sola, muerte en tres das! No era la peste, en absoluto.

Lucano se senta incrduo.

— «No es posible! —exclam casi traicionndose a s mismo. Luego aadi—: Tu Pramo es un excelente mdico, no poda estar equivocado; ha visto la plaga en otras ocasiones.

Se sinti estremecido por su propia confianza. ¿Era posible que tanto l como Pramo hubiesen cometido un error? Evoc los rostros de los muertos y moribundos ante l; vio de nuevo los granos; oli los vmitos rojos; sinti el penetrante fuego de las fiebres y movi la cabeza con gesto negativo, sumido en una completa excitacin. Los enfermos y moribundos estaban ms all de toda esperanza; sin embargo haban vivido y se haban recobrado rpidamente; haban recobrado

La salud. Algo imposible haba ocurrido.

No haban sido las medicinas que haba dejado para aquellos que estaban fuera de toda esperanza. Slo contenan sedantes corrientes para aliviar la agona de los moribundos. El desinfectante poda haber cont ribuido a evitar nuevas infecciones de la peste, pero incluso aquello era poco eficaz ante una virulencia como la que haba visto. Pero los enfermos y moribundos se haban recobrado y vivan. Lucano movi nuevamente su cabeza, anonadado, y pens: ¿ Qu clase

de mdico soy? La nica explicacin a esto es que estaba equivocado, pero los bubones y las hemorragias del rostro..., ¿ podra ser que existiese otra enfermedad hasta ahora desconocida, parecida a la peste?

—Horas tras hora, los que aparentemente es taban enfermos y moribundos se levantaron del suelo y vivieron y estuvieron bien —dijo el capitn jubilosamente. Alz su mano y palme los hombros de Lucano. GruKa satisfecho y sin parar.

—He hablado con el capataz; ya sabes lo supersticiosos que son esos animales. Me ha jurado que Apolo y uno de sus ayudantes, brillando como la luz, penetraron a travs de la puerta, cerrada. «La puerta cerrada! y curaron a los moribundos y stos se han recobrado. —El capitn movi la cabeza divertido—. Ah, bien, que los pobres desgraciados disfruten de sus sueos; es todo lo que les queda.

—S —dijo Lucano levantndose— es todo lo que todos nosotros tenemos.

Tom la carta de encima de la mesa del capitn y seguido por la risa de ste abandon el camarote y se dirigi al suyo con pasos pesados y mente confundida. ¿ Que esto te sirva de aviso ¿, se dijo a s mismo. ¿ No juzgues demasiado rpidamente. ¿ Encontr a Cusa en su camarote. Cusa, que estaba temblando ante la perspectiva de ser aprisionado y aherrojado. Lucano le sonri dbilmente.

—No tengas miedo —dijo— todo va bien.

Y cont a Cusa la conversacin tenida con el capitn. Cusa escuch y su lvido rostro adquiri un tono grave y quieto. Mir a Lucano con la ms extraa de las expresiones.

—Es como haba sospechado —murmur, y antes de que Lucano pudiese detenerle, cay sobre sus rodillas y apoy su cabeza sobre los pies del asombrado joven.

—No, no —dijo— no les cur yo, mi buen Cusa. Despus de todo no era la peste.

Pero Cusa bes sus pies y no dijo nada.

Lucano le alz del suelo tratando de rer.

—Seamos razonables —dijo, y tomando la carta de Roma la ley. Iris le haba escrito.

De pronto Lucano emiti un gran grito de tristeza y desesperacin y cuando Cusa acudi a l se arroj en los brazos de su maestro y llor incontrolablemente.

CAPITULO XXIII CAPITULO XXIII

Dos semanas antes de que Lucano hubiese abandonado Alejandra haba escrito a Keptah y aquella maana, un mes despus, Keptah desenroll la carta que haba llegado aquel mismo da por medio de los servicios de un barco rpido y correos especiales. El mdico ley la carta, luego se qued pensativo y melanclico, mirando hacia el jardn en el que estaba sentado. Ms all del prtico abierto, los rboles se mecan arrullados por el viento otoal; la tierra exhalaba una fresca dulzura que llegaba con agudeza al corazn. El deslumbrante sol brillaba sobre las toscas fuentes y sobre las grandes y burdas estatuas, porque Diodoro prefera formas y movimientos que se pareciesen a la tierra en sus contornos fuertes y sencillos. De aqu los brillantes colores de los ladrillos que formaban el suelo del prtico, la firme vulgaridad de las columnas que le rodeaban, los vitales macizos de flores, los frondosos y firmes rboles.

Ms all del jardn, a lo lejos, se alzaban las montaas coloreadas como un mosaico por las maduras uvas de los viedos, propiedad de la finca. Su perfume llenaba el viento como una rica promesa. Los olivares se extendan sobre otras montaas y entre la casa y aquellas, se extendan pastos de un verde esmeralda llenos con las plcidas formas del ganado, las ovejas y los caballos. La pequea corriente que serpenteaba a travs de los claros tena un tono verde muy brillante, muy tranquilo, habiendo olvidado la turbulencia de la primavera. Un aire de paz, casi palpable, se extenda sobre la tierra, mezclado con la blandura del clido y dorado sol.

Keptah se haba hecho un poquito ms viejo durante aquellos ltimos aos; a su alrededor pareca existir la eternidad de oriente y su secreta sabidura, pero aquella maana sus profundos ojos estaban intranquilos. Keptah pens en Diodoro. ¿ Deba decirle a su seor la decisin que Lucano haba tomado respecto a su

futuro? ¿O, teniendo en cuenta la condición física del tribuno, era mejor dejar la noticia en manos del propio Lucano? Keptah volvió a leer la carta especialmente la última parte. .

—Tengo oscuros y temerosos presentimientos acerca de mi padre Diodoro; me ha escrito y mi madre también, de sus frecuentes apariciones en el Senado como huésped de Carvilio Ulpiano. No conozco a este senador, que es un pariente de mi padre, pero un estremecimiento de intranquilidad se apodera de mí cuando pienso en él. ¿Quién puede conocer a Diodoro y no honrarle, amarle y respetarle? Seguramente tan sólo los hombres malos.†

—Comprendo que Diodoro, que es un hombre de acción, a la vez que un hombre inteligente, y que ama patrióticamente a su país, sienta que debe hacer lo posible por salvar a Roma. Pero yo he llegado a la conclusión de que Roma no es digna de ser salvada, tan baja ha caído en los últimos cien años, tan corrompida y monstruosa está. ¿Por qué, por lo tanto, debe mi padre luchar tan desesperadamente? Más aún: el destino del hombre está en las manos de Dios, y Dios no es notable, de acuerdo con mis observaciones, por mostrar su bondad o su amor por sus profetas. Ayer mismo un maestro me reprochaba este convencimiento. Me dijo: —Estás demasiado preocupado por el hombre. El sufrimiento y la muerte es el destino común de todos los hombres, por lo tanto, ¿por qué viven en tan amarga rebelión? ¿Qué es lo que quieres, que todos los hombres fuesen inmortales y nunca sintiesen el dolor?† Vi que me había comprendido mal, pero le dije: Cuando Dios hizo al mundo y al hombre, ¿por qué los hizo tan imperfectos, tan llenos de agonia, de tormento y de maldad? Y él me respondió: —Eres demasiado joven. Te he hablado de nuestros profetas y héroes, de nuestra antigua religión y nuestras historias. Dios dio al hombre libre voluntad, de otra manera el hombre hubiese sido tan inocente como los animales del campo. Puesto que el hombre es un alma inmortal, a la vez que un cuerpo físico, se le ha concedido el honor de escoger su propio destino, porque el espíritu no forma parte de los rebaños y las bestias. Si el hombre escoge el mal, y sus consecuencias, dolor, sufrimiento y muerte, sólo el hombre tiene la culpa y no Dios.†

—Parece pues que Roma ha escogido el dolor, el sufrimiento y la muerte con su insaciable sed de sangre, sus crímenes contra la humanidad, su libertismo y opresión. ¿Tiene que luchar mi padre contra estas cosas en vano? Por otra parte tendrá que tener en cuenta a mi madre, mis hermanos y hermana. Si tú aún crees en el poder de la oración a un Dios que no ama al hombre, ruego que mi padre vuelva a la paz de sus posesiones, de la cual hablaba constantemente en Antioquia. Porque tengo miedo por él.†

—Y yo también,† pensó Keptah.

El esclavo encargado de la entrada se acercó a él con rapidez cruzando los senderos cubiertos de grava del jardín.

—Mi señor desea verte, señor. Tiene uno de sus dolores de cabeza.

Frunciendo el ceño, Keptah se levantó y con su aire majestuoso entró en la casa, grande y sencilla, y acudió a la habitación de Diodoro. Diodoro yacía en la cama, agitándose y maldiciendo, apretándose las sienes con las manos. Al ver a Keptah se sentó y le miró airadamente.

—Tengo otra vez migraña! —Exclamó en tono de acusación—. Pero ésta es la peor de todas y hoy he de ser el huésped de Carvilio Ulpiano en el Senado y debo dirigirme a aquellos sinvergüenzas, en un último esfuerzo de conmover sus almas rapaces. Vosotros los médicos no podéis ni siquiera curar un simple dolor de cabeza, o un resfriado de nariz o una irritación en la garganta, mientras habláis eruditamente de oscuras enfermedades y de su tratamiento. —Bah!

Gru(60) y volvió a caer sobre la cama maldiciendo y blasfemando. Era evidente que se encontraba muy enfermo. La parte baja de su frente estaba coloreada de un rojo brillante; sus amplias mejillas tenían un tinte grisáceo y los bulbos de sus oídos y los labios mostraban un acusado tono azul pálido. Sus ojos reflejaban su agonia bajo las negras y feroces cejas y gotas de sudor corrían por su frente. Los pulsos palpitaban amenazadoramente y visiblemente en su obstinada garganta, y parecía tener dificultades para respirar.

Keptah se sentó con tranquilidad junto al lecho. Luego habló:

—Señor, te he dicho que este último año lo que te aflige no son las migrañas corrientes. La presión de tu sangre es excesivamente alta; te he hecho sangrar en numerosas ocasiones. Tu corazón hace ruidos alarmantes algunas veces. Te he rogado que luches por conseguir mayor tranquilidad y calma. Un hombre no es víctima de sus emociones a menos que se deje arrastrar por ellas. Te ruego que esperes a que llegue aquella raza de la India, ya que tengo entendido que los médicos de allí la han estado usando durante miles de años con efectos maravillosos en el tratamiento de la presión alta de la sangre, la mente preocupada y la locura. El maestro indio de Lucano ha prometido enviarme esta raza, y estar aquí dentro de cuatro semanas.

Diodoro se volvió a sentar en el lecho repentinamente enfurecido, apretó sus sienes entre las manos, y mirando furiosamente a Keptah exclamó rugiendo:

—¿Locuras? ... ¡esclavo infernal!

Keptah respondió con una sonrisa afectuosa.

—No soy esclavo, señor, gracias a ti. Y como médico, y hombre libre, bajo las leyes de Julio César soy también un ciudadano de Roma. No, señor, no te considero loco. Te considero un espíritu noble de completa rectitud y lleno de pasión por la justicia y la verdad. Debemos la actitud que ha seguido tu mente y tu alma a nuestros poetas y a nuestros héroes, a nuestros artistas, nuestros eruditos y patriotas, y aquellos que, como Pigmalión, tratan de transformar la dura piedra en brillante carne. Y, ¿quién sabe? Quizás dentro de miles de años sus palabras de exhortación belleza, y fortaleza, y sus divinos reproches despertarán un eco con poderosas fuerzas en los corazones y el mal dejará de existir.

Diodoro escuchó con gesto airado, tumbado en su lecho y sosteniendo su cabeza. Luego gruó:

—Todo esto son palabras muy bonitas... ¿Pero no habrá otra voz sino la mía que se alce en favor de Roma? ¿Y si sólo existe mi voz, ¿voy a retirarme? No tengo interés ninguno por las naciones que aún no han nacido. Estoy interesado en mi propio país. ¿Cómo podrá vivir conmigo mismo de otra forma?

Keptah suspiró y mantuvo silencio. Diodoro se sentía dolorosamente y su voz parecía estar más aquietada, casi rogando.

—Eres un hombre sabio, mi buen Keptah, pero eres un filósofo que esperas que el polvo del desierto se transforme en gobiernos en el futuro lejano. ¿Supón que tomamos las palabras de los filósofos seriamente y dejamos que el mal presente se salga con la suya en forma absoluta? El mal se hará universal y no habrá entonces ni presente rejuvenecido, ni tampoco un futuro... Keptah, yo estoy en este mundo ahora, y en el presente. El futuro pertenece a mis hijos. ¿Voy a luchar por un mundo de ley, orden y justicia para ellos, cuando sea cenizas con mis padres? ¿He de limitarme a considerar como tú, las grandes generaciones futuras y dejar que mis hijos hereden inmediatamente la degeneración, la ilegalidad y el crimen? Escúchame Keptah: El principal deber de un hombre es para con Dios y su patria. Las naciones son la expresión de los reinos de Dios espirituales. Cuando las naciones se abandonan y degeneran, se dan al orgullo sangriento, al saqueo, a la guerra y a la tiranía, entonces han traicionado a los reinos de la tierra y la pena de su traición es la muerte. Roma morirá inevitablemente a menos que hablen muchos como yo. ¿Dónde están las voces que luchan en su favor?, ¿quién gritar a los romanos: habéis destruido lo que Dios ha construido y debéis volver a la libertad, la pureza, y la virtud al instante, si no queréis perecer?

Alzó la mano para evitar que el médico hablase. Su frente estaba casi roja como la sangre, sus venas púrpuras se marcaban en sus sienes y jadeaba.

—Déjame terminar. Dios y la patria. Ellos son la ley. Me hablaste de mi familia, como me has hecho en otras ocasiones, poniéndome en guardia por temor frente a un peligro mortal. Pero mi primera responsabilidad es para mi Dios, y mi patria y la memoria de mis padres que murieron por algo. Si muero, entonces dejaré el destino de mi familia en manos de Dios. Si ellos muriesen por causa mía entonces no tendrán que soportar el horror de vivir en un mundo depravado, sin bondad, sin misericordia. Yo preferiría que muriesen porque, ¿qué hombre escogerá la vida y la esclavitud?

Alzó su puño crispado con solemnidad.

—Mejor morir que vivir en un mundo como el presente y mi desesperado deber es tratar de cambiar este mundo, incluso aunque fracase.

Keptah se levantó e hizo una profunda reverencia ante él.

—Sí, señor, comprendo. Perdóname por haber puesto mi amor por ti antes que la poderosa y justa pasión que te llena. Te prepararé una poción que te libre temporalmente del sufrimiento y te permita ir a Roma esta mañana.

Empezó a dirigirse fuera de la habitación cuando Diodoro, en un tono de voz entrañablemente amable le pidió que volviese. El tribuno alzó su mano, un poco avergonzado, y tomó la mano del médico.

—Mi buen Keptah, amado tanto por mi padre como por mí y por toda mi casa, tú, oscuro pillastre... Sí que nunca abandonaré a mi familia.

Keptah no podía hablar a causa de la emoción. Tan sólo pudo alzar la mano de Diodoro y llevarla hasta sus labios.

—¿Que hable el noble tribuno! —gritaban los senadores y aquí y allí en el Senado, el coro de voces era burlón.

Diodoro se puso en pie; una oscura y aguilera figura vestida con la túnica militar, cubierto con casco emplumado y armadura, ancha espada pendiente del cinturón. Alzó su mano enguantada y los senadores, algunos despectivos, otros sombríos, otros sonrientes; algunos viejos, otros jóvenes; algunos patricios, otros desconocidos libertos sin honor quedaron en silencio y miraron al tribuno. La luz del sol se deslizaba sobre sus túnicas blancas y aquí y allí un rostro noble aparecía surcado por una sombra de luz, o un labio estaba iluminado o un ojo chispeaba o se difundía, o un esculpido perfil resaltaba como los trazos inseguros del dibujo de un niño. El suelo de mármol y las paredes deslumbraban, las columnas brillaban; los soldados con sus espadas desenvainadas permanecían de pie ante las abiertas puertas de bronce.

Diodoro les miró a todos y un extraño y formidable sentimiento se apoderó de él. La ira creciente de su corazón aumentó la intensidad de su disgusto y la sensación de que todos los músculos de su cuerpo se tensaban con la pasión abrasadora de su alma. Se dirigió a la tribuna de los oradores, y en el silencio, el eco de sus sandalias metálicas sonó de pared a pared, de columna a columna, mientras la luz del sol hacía que su yelmo y su armadura se iluminasen con una repentina llamarada. Parecía un Marte, dispuesto y a punto para la batalla, armado de luz y rodeado de un aire de altiva grandeza.

Apoyó las manos sobre el púlpito y miró a los senadores. Luego sonrió con una sonrisa desagradable y furiosa.

—Vosotros, romanos, amigos y compatriotas, me habéis oído antes. Hoy hablo en el nombre de Roma por última vez. Después permaneceré en silencio.

Respiró profundamente y su pecho se inundó de pasión y fuerza.

—He venido a honrar a Roma, pero no a enterrarla.

Una voz gritó:

— ¡Traición!

Diodoro sonrió de nuevo e inclinó la cabeza.

— Siempre es traición decir la verdad — alzó su cabeza y paralizó a los senadores con el poderoso fulgor de sus ojos.

— En este mismo Senado, no hace muchos años, un senador murió porque habló la verdad. No fue asesinado por espada, cuchillo o lanza, ni por piedras arrojadas contra él por manos honestas en su ira. Ninguna mano honorable le golpeó, porque no había ninguna mano honorable aquí. Habló de Roma, dijo que Roma ya no era una República y que se había transformado en un imperio sediento de sangre, gobernado, no por hombres de sabiduría y por la ley, sino por César y sus legiones, sus generales, sus rapaces libertos, sus políticos de palacio. Aquel senador permaneció de pie en este mismo lugar y lloró por la República. Lloró porque los emperadores no eran elegidos por el pueblo sino por infames legiones, y por las perezosas y ansiosas multitudes que tan sólo deseaban devorar los frutos de los graneros y de los tesoros y ser divertidos por charlatanes sinvergüenzas, actores, cantantes, gladiadores y pugilistas a expensas del estado.

— Aquel senador era un hombre joven de ojos brillantes y corazón de toro sagrado, encendido de amor por su patria. Un hombre violento que no usaba frases pulidas y carecía de elegancia. Tan sólo tenía amor por su patria. Un joven apasionado que cree que la verdad era invulnerable y las mentiras tan frágiles como la tela de araña. Pero ya veis vosotros, sólo amaba a su patria y sólo los tontos aman a su patria.

Los senadores cayeron en un duro pero atento silencio, aunque algunos de los más viejos inclinaron sus cabezas, recordando su vergüenza y sintiéndose enfurecidos contra el tribuno que se lo recordaba. Los soldados andaban lentamente arriba y abajo, ante las puertas, y escuchaban, volviendo sus rostros hacia Diodoro y algunos de ellos, que eran jóvenes patriotas, sintieron que sus corazones empezaban a latir más rápidamente. El tribuno golpeó con su desmayada mano el plpito que sonó como el estallido de un trueno en aquel brillante silencio marmreo.

— Por avaricia, os gritó aquel joven senador, las multitudes de esta ciudad sostienen a cesares malvados, que sólo ansían el poder, porque aquellos cesares les habían prometido saquear los tesoros públicos. Senadores venales apoyaron a aquellos cesares por provecho propio y poder personal. Los cesares embusteros hablaron a las multitudes y les dijeron que nuestro país no podrá defenderse contra los bárbaros sin alianzas, que debían ser adulados y consentidos sin fin. Y aquellos traidores cesares conspiraron contra su nación, locos con el ansia de ser cubiertos de oro, de ser tratados como dioses por el mundo entero, de ser aclamados por millones de ladrones, mendigos, libertos, sinvergüenzas y por los pusilánimes que nunca sintieron una palpación de patriotismo en sus corazones de buitres...

— ¡Traición! — gritaron varias voces, y algunos rostros se volvieron unos a otros con furia y alarma.

Diodoro permaneció de pie ante el plpito y colocó sus índices en su cinturón y les miró con odio y desprecio.

— Estas palabras no son más, aunque las he dicho otras veces ante vosotros. Son las palabras del senador que murió en este mismo lugar.

Abrió la túnica de su pecho y la armadura tintineó sobre el suelo.

— ¡Mirad mis cicatrices y la evidencia de mis heridas! Vosotros senadores, vosotros sinvergüenzas, vosotros perfumados embusteros, mirad mis heridas... Vosotros escurridizos villanos que dormís entre sedas al sonido de liras y de los murmullos de prostitutas y mujeres disolutas, que compráis concubinas, ¡Mirad mis heridas! ¿Tienen estas huellas vuestras delicadas carnes? ¿Hay heridas parecidas en vuestros corazones, vosotros que traicionáis a Roma con cada respiración y la conducís al infierno con cada ley que promulgáis?

Volvió lentamente su pecho desnudo, lleno de cicatrices a fin de que todos lo pudiesen ver. Era una vista terrible y algunos de los senadores más viejos, se cubrieron los ojos con las manos.

La voz de Diodoro se alzó, en tono más profundo, grave y poderoso.

— Semejantes heridas estaban en la carne del senador que murió aquí aquel día. No con espada honesta, no por poderosa cuchillada, sino con mentiras y condenaciones, con ostracismo y silencio. Porque se atrevió a amar a este país y se atrevió a intentar salvarle de manos de los traidores, asesinos, ambiciosos y embusteros. Su corazón se rompió y no hubo consuelo para él.

¿Podráis vosotros haberle consolado? ¿Vosotros, que habéis traicionado a vuestra patria y habéis entronizado a vuestros cesares traidores? ¿Os hubieseis atrevido a consolarle, vosotros, cuyas lenguas envenenaron su misma sangre y le condujeron a la muerte, a él, que sólo amaba a su patria e inocentemente cree que vosotros también amabais a vuestro país?

Diodoro volvió a golpear sobre el plpito y para algunos de los senadores más ancianos, aquel sonido parecía producirla el propio Marte en persona.

— ¡Dejadme conmover vuestros corazones — exclamó — ¡no es tarde! El curso del imperio conduce tan sólo a la muerte. ¡Senadores, miradme! ¡Escuchad con vuestros corazones y no con vuestras envilecidas mentes! ¡Volved a la libertad, a la frugalidad, a la moralidad, a la paz, a Roma! No penséis por más tiempo en aquellos que os designan, aquellos cuyos vientres piden ser satisfechos a costa de la propia sangre de Roma, de la propia carne de Roma, del oro duramente ganado por Roma. ¡No os inclinéis ante cesares falsos, quienes, desafiando nuestra constitución, pronuncian mandatos contra el bienestar de Roma y se colocan a sí mismos por encima de la ley que nuestros padres formularon y por la que lucharon con sus vidas, sus fortunas y su sagrado honor!

Roma fue concebida en fe, justicia y culto a Dios, y en el nombre de la virilidad del hombre. Volved a nuestro país al gobierno de la ley y estableced las leyes para el hombre. Restaurad los tesoros, retirad vuestras

legiones de las tierras extranjeras que nos odian y nos destruirn en el momento en que convenga a sus intereses. Reducid las tasas que aplastan a aquellos que trabajan dura e industriosamente. Decid a vuestras multitudes que deben trabajar o morir de hambre. «Arrojad del Palatino a las masas de petimetres, egostas y ladrones! «Arrojad del Palatino a los libertos que dicen, s, s, al Csar, y se inclinan ante l como si fuese un dios y no un hombre de carne humana! «Limpiad esta cmara de sinvergenzas y embusteros, demagogos que declaman en frases sonoras, que el bienestar del pueblo es deseado por sus corazones, pero que en realidad lo que quieren decir es que harn la voluntad de la multitud a cambio de viles venganzas, poder y soborno!

Alz sus manos hacia ellos en actitud suplicante y sus fieros ojos se llenaron de lgrimas mientras contemplaba a los inmviles senadores.

— «Romanos! «En el nombre de Dios, en el nombre de Cincinato, el padre de este pas, en el nombre del herosmo, la paz, la honra, la libertad y la justicia, os ruego que os transformis de nuevo en los guardianes de Roma, que quitis los poderes del usurpador que, en justicia, os pertenecen a vosotros, que persigis y castiguis a aquellos que se apoderan de estos poderes, a fin de evitar el cumplimiento de las leyes de vuestros padres! «Que vuestros corazones romanos, os hablen y vuestros espíritus romanos griten contra los oportunistas, la corrupcin, contra la vanagloria y los traidores, contra los csares que se erigen as mismos como dioses y mantienen una corte para los depravados, los ambiciosos y aquellos que disipan la fuerza de nuestro pueblo, nuestra constitucin y nuestras tradiciones! Si os desentendis de vuestra patria, ella morir. Miles y miles de legiones no podrn salvarla, y mil sangrientos csares gritarn vanamente a los cuatro vientos.

Sus ojos contemplaron los rostros de los senadores con desesperacin. Despus dej caer la cabeza sobre el pecho, descendió del plpito y se alej lentamente hacia la puerta, en medio de un cobarde silencio, sin mirar hacia atrs. Los jvenes soldados le miraron con brillantes rostros mientras permanecan firmes y saludaban, l volvi sus ciegos y llorosos ojos hacia ellos y sonri como un padre con el corazn roto.

Despus, enderezndose, y como un general herido, que fallece por su pas, les devolvi el saludo.

Carvlio Ulpiano fue llevado rpidamente al Palatino en su litera. Su capataz azotaba a los esclavos nubios para que marchasen con furiosa velocidad y su trompetero corra ante la litera haciendo sonar el cuerno y gritando:

— «Haced paso para el muy noble senador Carvlio Ulpiano!

La hirviente multitud se apartaba en la Va Apia; pero algunos se paraban para gritar y escupir en la direccin de la encortinada litera.

Descendiendo ante el Palatino, Carvlio subi por la larga escalera de mrmol como un joven, sosteniendo en alto su toga senatorial, por encima de sus delgadas piernas que contrastaban con su hinchado vientre. Su rostro expresaba terror y abyecta aprensión. Los lacayos y soldados se apartaban ante su rpido paso. Los encargados de las antesalas se sintieron impresionados por su excitacin y prometieron informar a Tiberio Csar de que el senador deseaba verle al instante, a causa de la ms urgente de las necesidades.

Fue admitido en la biblioteca del Csar. Tiberio lea partes militares con languidez. Alz su fro rostro cuando Carvlio Ulpiano apareci y sus plidos labios se curvaron. Luego dijo:

—Saludos, Carvlio. Te felicito por llegar tan rpido tras los talones de mis informadores. Has debido de volar desde la sala del Senado. ¿Te prest Mercurio sus alas?

Alz su copa de vino basta sus labios y bebi un poco, y por encima del enjoyado oro de la copa sus ojos eran una helada negra, llena de maliciosa diversin.

Carvlio sufri un sobresalto. Cay sobre sus temblorosas rodillas ante Tiberio y bes la plida mano que aquel extendi ante l.

—Seor —dijo con voz temblorosa—, has sido ya informado, por lo tanto no es necesario que te hable de la maldad y traicin de mi familiar Diodoro Cirino. Te juro, divino Csar, que si yo hubiese sabido que iba a hablar as, nunca le hubiese invitado. En sus visitas anteriores a la Cmara como husped mo, sirvi tan slo para divertir a los senadores y yo pens que ste sera el caso de hoy. Bien poco poda yo imaginar que mis odos y los de mis colegas seran atormentados con manifestaciones traidoras contra tu divina persona y que l gritara en contra de ti y de todos tus decretos.

Uní sus manos ante l en un implorante ruego y su rostro sudaba con temor.

—Es un pariente, pero yo le denuncio.

—Eres un hombre discreto y de nuevo te felicito —dijo Tiberio secamente.

No dio prisa al senador para que se levantase de sus rodillas ni le invit a tomar vino. Los pretorianos ante las grandes puertas doradas miraban a Carvlio Ulpiano y sus rostros parecían esculpidos en bronce y carentes de emoción. Tiberio contemplaba su copa. Estaba sentado sobre una silla tallada en mrmol y vesta su blanca toga bordada de pprura imperial; un hombre alto y delgado, con expresin fra, atenta e inescrutable. Despus habl en tono duro y melanclico como para s mismo.

—Soy soldado. Estoy rodeado por sicofantes y embusteros y en esto Diodoro tiene razn. ¿Qu es el ansia y la alabanza incomprensiva dada con afn de beneficio personal o por temor? ¿Qu es la adulacin si los labios que hablan slo temen o si adulan en busca de provecho? Un odo esclavo es criado de una lengua ms esclava. Como soldado prefiero a los hombres de verdad sencilla y sin complejidades que hablen con honor y patriotismo. Tambin prefiero la condenacin inteligente a los aplausos de la plebe. ¿Pero dnde estn los hombres en la Roma de hoy?

Carvlio Ulpiano oa esto incrduamente, mojnose los labios, que repentinamente se haban transformado en pergamino. Se sinti aterrorizado.

—Divino Csar —gimi Carvlio Ulpiano—, no comprendo.

—No —dijo Tiberio—, no puedes comprender.

Y volvi a contemplar de nuevo su copa.

—Como soldado puedo honrar a Diodoro Cirino. Le conozco bien. No es un embustero, ni nunca le he odo decir ni una sola mentira. Ama a su patria. —El emperador se ech a rer con una risa corta y amarga—. «Por esto slo merece la muerte! ¶ Quin ama ahora a Roma? ¶ T, Carvlio Ulpiano? ¶ Yo, Csar?

El senador se apoy sobre sus talones y se estremeci.

—Djame decirte esto —aadi Tiberio suavemente—: los csares venales, los csares locos por el poder, nunca se apoderan del poder, nunca destruyen la ley, ni la patria. El poder lo consiguen los hombres malos y despreciables, por un pueblo ansioso, un pueblo estpido y codicioso, un pueblo egosta y pusilnime. ¶ Dnde estn los guardianes de la libertad del pueblo? Vosotros callis, sois esclavos en espritu, sois ladrones y cobardes. Pero un pueblo merece lo que sus legisladores son. —Alz la mano y seal rudamente a Carvlio Ulpiano—. Ellos te merecen a ti —dijo.

¶ «Dioses ayudadme!¶, pens el senador mientras su mente se llenaba de confusin. Se mordi los labios; se asust, todo su cuerpo se agitaba. Tiberio sonri sombramente.

—Lo que te acabo de decir no deber ser repetido por ti, mi querido senador, mi querido y devoto amigo.

—Divino Csar —dijo el senador a travs de sus labios temblorosos —, no he odo.

—Bien. Es muy triste que incluso los csares deseen a veces decir la verdad. Te doy las gracias por tu inters en mi felicidad, Carvlio.

Dej la copa sobre una mesa de dorado mrmol que haba junto a l y aunque no era un hombre violento sus modales eran ms terribles que los gestos ms vehementes.

—«Roma! —exclam—. No reconozco esta Roma de esclavos polglotas, de escitas, britones, galos, brbaros, griegos, asirios, egipcios, y la escoria del mundo entero. ¶ Dnde estn los romanos? Han perdido su identidad. Han perdido su lengua, sus mentes, sus almas, su dignidad. ¶ Qu tengo que ver yo con tal Roma? No soy un hombre honrado, soy lo que el pueblo ha hecho de m, soy su cautivo, no su emperador. No hay escape de un pueblo vil o malvado —sus manos se crisparon sobre los brazos del silln— estoy aqu tan slo para ser el ruin deseo de una nacin obstinadamente determinada a suicidarse. Si rompo la ley y la Constitucin en favor de su avaricia, ellos me aplauden. Si abandono mi esperanza de restaurar el tesoro, me aplauden por considerar que pongo su bienestar en primer lugar. «Su bienestar! «Perros y chacales!

Mir al asombrado senador que se inclinaba ante l. Un silencio absoluto y tembloroso rein en la gran biblioteca. Los soldados permanecan firmes como ciegas estatuas. Despus Tiberio habl de nuevo:

—Sin embargo es demasiado tarde para la verdad y aquellos que hablan la verdad ya no tienen derecho a vivir en Roma. Por lo tanto Diodoro Cirino debe morir. «Cmo se atreve a decir la verdad a una nacin as! Hizo un gesto al capitn de la guardia que se acerc a l al instante saludando.

—Irs al instante, capitn, a las posesiones del tribuno Diodoro Cirino y le dirs que su emperador, su general, no necesita ya de sus servicios y que ante esta situacin debe obedecer.

A pesar de s mismo y de su traicin, Carvlio Ulpiano se estremeci. Saba lo que aquella orden significaba. Se ordenaba a Diodoro que se arrojase sobre su espada.

El capitn salud. Dio media vuelta sobre sus talones, hizo un gesto a dos de sus soldados para que le acompaasen, y abandon la biblioteca. Carvlio permaneci sobre sus rodillas, con la cabeza agachada. Tiberio le sonri maliciosamente.

—Ya est hecho —dijo— y de nuevo te felicito, Carvlio Ulpiano; mis informadores eran hombres inferiores, que espiaban en el Senado, y yo, como el dios que vosotros habis hecho, apenas puedo creer sus palabras. Diodoro mereca ser condenado por uno de sus iguales, y t me has hecho este servicio.

El senador alz la cabeza y Tiberio asinti.

—S, comprendo —dijo el emperador—, es la costumbre confiscar las propiedades de aquellos que denuncian a Csar y hablan traicioneramente, pero me siento inclinado a ser misericordioso. Decretar que las riquezas de Diodoro permanezcan con su viuda y con sus hijos. Apludeme por mi compasin, Carvlio Ulpiano.

El senador se sinti invadido por el desmayo. Los helados ojos de Tiberio contemplaron al senador, y Csar asinti de nuevo.

—Pensaste, verdad, que como amigo mo, devoto adorador y denunciante de un traidor que ha hablado contra m, te premiara con las posesiones de Diodoro Cirino. «Ah, Carvlio!, eres un hombre rico y te recompensar a su debido tiempo en mi forma personal. Pero no con la riqueza de Diodoro, ni en tal extensin.

El senador se sinti enfermo de desesperacin, desilusin y por un sentimiento de degradacin. No era un hombre malvado por completo. Hubiese preferido, de haber podido, una vida de paz y agradables lujos. Ni por un instante crey que Diodoro que haba hecho ya bastante atacando a los senadores, hubiese podido escapar con seguridad. Despus de todo, Diodoro era apreciado por Tiberio personalmente y el senador haba disfrutado oyndole atacar a los dems senadores, de muchos de los cuales, l no tena una buena opinin. Incluso haba aplaudido a Diodoro delante de ellos, sabiendo que ellos tambin saban que el emperador le admiraba. Pero cuando Diodoro haba hablado contra los ¶ falsos csares ¶ en tal tono y haba implorado al

Senado que recuperase sus antiguas leyes y prerrogativas, Carvlio supo que l tambien corra un peligro mortal.

Pero por el camino haba pensado que Tiberio le premiara con las posesiones de Diodoro. No haba olvidado a Iris, y cada vez que la vea, desde que su familia haba vuelto a Roma, su lujurioso deseo hacia ella, se haba transformado en un hambre desesperada.

Hizo una nueva reverencia ante Tiberio. Luego dijo con cierta vacilacin:

—Es ciertamente muy compasivo por parte del divino Csar que los hijos de Diodoro no tengan que mendigar, porque l es noble y tribuno. Pero la esposa de Diodoro es una liberta. Fue en algn tiempo esclava de sus padres, viuda de un anterior liberto.

Tiberio frunci el ceo.

— ¿Es cierto esto?

Carvlio le mir con ansiedad y un poco de saliva manch el extremo de sus labios lascivos.

—S, Csar. Diodoro invent una genealoga falsa para ella, a fin de no ofender a sus amigos de Roma y a ti.

El fruncimiento en el rostro de Tiberio se hizo formidable. Golpe con sus dedos la mesa y pareci pensar. Despus involuntariamente sus ojos se fijaron en el senador que temblaba en el suelo con excitacin y deseo.

—Ah —dijo el emperador—, ¿es esa liberta una mujer hermosa?

—La ms hermosa, seor...

Tiberio sonri.

— ¿Y t seras el guardin de los nios de Diodoro y especialmente de sus cofres! ¿Y quieres que revoque la libertad de la hermosa esposa de Diodoro y que te la de como prueba de gratitud?

—La he deseado, durante aos, seor, desde que la vi por primera vez en Antioqua. Es la misma Afrodita.

Tiberio escrut su rostro impasiblemente. Luego dijo:

—Maana promulgar un decreto para que la esposa de Diodoro sea guardiana de sus hijos y de la riqueza de su padre, y para que su nombre y falsa genealoga sea inscrita en los libros pblicos de Roma.

Carvlio le mir boquiabierto, con los ojos desorbitados y los brazos cados a ambos lados. Se sinti lleno de terror y vergenza.

Entonces Tiberio cogi la copa de sobre la mesa y arroj el contenido al rostro del senador.

—Aqu tienes —dijo— tu justo premio, mi noble senador.

CAP \ TULO XXIV CAP \ TULO XXIV

Keptah, abrumado de cansancio y pena, estaba sentado en el jardn a la puesta del' sol. Sus manos yacan flcidas sobre las rodillas y sus ojos cansados permanecan entornados. Vio el enrojecido cielo sobre las montaas y se estremeci, y, a pesar de que el aire era an caliente, sinti fro. Los mirlos, robles, pinos y sauces, estaban baados de una luz rosada y el cenit de los cielos brillaba como un palo de delicados colores. La campana de una vaca sonaba dulcemente mientras que el ganado se diriga lentamente hacia los establos, y el balido de una cabra son en el silencio. Los gansos protestaban contra sus pastores, y las ovejas yacan pacficamente bajo los olivos en las laderas de las lejanas montaas. Una pequea luna creciente temblaba en el rojizo cielo occidental. Keptah haba perdido la tranquilidad y su moreno rostro estaba plido y preocupado. Como por la maana, el encargado de la puerta se acerc a l con excitacin, pero el rostro del hombre estaba ahora lleno de terror.

—Seor —exclam— acaban de llegar tres pretorianos, uno de ellos es un oficial. Han solicitado ver al tribuno en seguida, les he dicho...

Keptah palideci. Se puso en pie.

—Les ver inmediatamente. ¿Les has ofrecido vino?

—S, seor, pero lo han rehusado.

Keptah se detuvo en el mismo momento de echar a andar y cerr los ojos espasmdicamente. Despus entr en la casa y se dirigi al gran recibidor, cuyo suelo estaba hecho de mosaico tosco, azul, amarillo, rojo y blanco, rodeado de esculidas columnas y amueblado con sencillos muebles. Los rojos rayos del sol penetraban en el recibidor, y en medio de aquella dbil luz el mdico vio a los pretorianos, sus armaduras teidas de un rojo sangre, los yelmos de sus cabezas altos y enhiestos.

A medida que Keptah se acercaba, examinaba sus rostros con una inquieta desesperacin y vio que los ojos del oficial estaban bordeados de rojo y que su joven rostro cubierto de polvo, expresaba la completa miseria que senta.

—Soy mdico, ciudadano de Roma, y tengo a mi cuidado esta casa —dijo Keptah al oficial haciendo una reverencia—. Tengo entendido que deseas ver al noble tribuno Diodoro.

El oficial le mir un momento y dijo:

—S. Vengo directamente del divino Augusto con un mensaje de gran importancia.

Keptah le estudi mientras reflexionaba, viendo ms claramente los irritados bordes de los ojos del joven oficial.

— ¿Es posible que conozcas a Diodoro? —pregunt Keptah.

La cabeza del oficial se alz y sus fieros ojos romanos se apartaron rpidamente de Keptah. Luego dijo truculentamente:

—Era mi general cuando yo era joven y nuevo en el campo de batalla y era el amigo de mi padre. Mi nombre es Plotio Lisantias. El tribuno me conoce bien, fue el padrino de mi hijo pequeo que naci hace un ao a quien puse el nombre de Diodoro en su honor.

Su garganta se sinti repentinamente convulsa y alz la cabeza hacia arriba con mayor firmeza.

—Debo ver al tribuno al instante.

Keptah dijo muy suavemente:

—Sin duda te entristecer saber que Diodoro est muriendo. Volvi hoy de Roma y tuvo un colapso en este mismo recibidor y en mis propios brazos. Ha estado muriendo durante dos aos. Hoy ha recibido el ltimo golpe y expirar antes de que la luna se alce por completo. Su esposa y sus nios estn con l.

El oficial le mir incrduamente durante unos pocos momentos. Luego sus juveniles ojos se llenaron de lgrimas. Mir a sus soldados y dijo:

—Dejadme slo con el mdico.

Cuando estuvieron solos, Keptah le dijo:

— ¿Y cul ser tu mensaje, noble seor, a un heroico romano que muere como mueren los soldados, lleno de heridas?

Plotio permaneci en silencio, despus enfund su desenvainada espada y mir orgullosamente a Keptah.

—Como joven oficial del tribuno s como dirigirme a mi general. —Vacil un momento—. Mi to, cuyo nombre yo recib, fue el valeroso joven senador Plotio, que muri en el Senado, y no por la espada de los soldados ni protegido por un escudo de soldado. Muri ignominiosamente, a causa del veneno de las mentes de los hombres.

—No muri ignominiosamente —respondi Keptah con tristeza—, ningn hroe muere ciertamente as. Viven para siempre en los corazones de sus compatriotas y son el centro brillante de la historia.

Le indic el camino hacia la habitacin de Diodoro. El tribuno yaca en la cama, iluminada por el rojizo sol poniente, y estaba muy tranquilo. Pero conservaba todas sus facultades, rodeado por su esposa y por sus hijos. Plotio, pese a sentirse profundamente emocionado, vio que la esposa de Diodoro era tan bella y majestuosa como Venus, sentada en la cama sosteniendo la mano de su esposo y que su rostro brillaba con amor, devocin y fortaleza espiritual. Los nios permanecan junto a la cama de su padre, llorando tristemente, y el tribuno trataba de consolarles.

—Ah, mi Prisco —deca al mayor de los nios con voz dbil pero amante—, no debes entristecerte. Eres mi hijo, y sers soldado y los soldados no lloran; debes cuidar de tu madre, tu hermano y tu hermana y debes recordar siempre que la muerte es preferible al deshonor.

Repentinamente jade y trat de respirar. Iris se inclin sobre l y bes su plida frente, por la que la muerte avanzaba en forma de mortal sudor, y luego sus labios. Su dorado cabello cay sobre l como un velo. Diodoro alz su dbil y temblorosa mano y acarici aquel cabello. Iris alz la cabeza y la apoy sobre su poderoso pecho y permaneci muy quieta.

—Mi querida, mi muy querida esposa —murmur—, la madre de mis hijos. Me voy, pero no para siempre. Esperar fuera de estos portales a que vengas y cuando el da llegue, estar all para tomarte de la mano y marchar contigo a un lugar de eterna paz y brillantez.

Keptah y Plotio se acercaron a la cama y entonces Diodoro se dio cuenta de su presencia. Sus ojos moribundos y lvidos adquirieron viveza.

—Ah, Plotio dijo con dbil asombro—. ¿Has odo que he recibido rdenes de presentarme ante Plutn? Gracias por haber venido, porque siempre has sido como un hijo para m.

El arrogante pretoriano se arrodill al otro lado de la cama y mir al tribuno y sus ojos de soldado quedaron llenos de lgrimas. Luego dijo:

—Noble tribuno, tengo un mensaje para ti de Csar, que debo darte personalmente.

El rostro gris de Diodoro cambi. Trat de alzar su cabeza, mir a Iris despus de un momento, luego a sus nios, y su rostro se oscureci en una agona final que cruz sus facciones como una lvida marea.

El soldado alz la voz y dijo claramente:

—Csar llorar esta noche. Porque el mensaje que te he trado, mi general, es que acudas a su presencia a fin de discutir ciertos reemplazamientos de un general cuyos servicios en campaa son poco satisfactorios. Desea hacer este reemplazamiento en tu propia persona.

Una ola de gozo envolvi el rostro de Diodoro. Mir a su esposa con arrobo.

— ¿Has odo esto, querida? Habl contra Tiberio hoy, insinuando que era falso, corrompido y un Csar sediento de sangre; pero al fin ha recordado que era soldado y que yo soy soldado, y desea concederme el honor del soldado. Ah, entonces s que no es tan venal como pens y que an hay salvacin para Roma, mi amada patria.

Su vacilante mano busc la mano de Plotio y el joven oficial inclin la cabeza y bes aquella mano, notando la mortal frialdad en sus labios.

Diodoro habl despus con voz ms alta.

—Dile al Csar que Diodoro Cirino no puede responder a su llamada, porque uno ms grande que l le ha ordenado que acuda a su presencia en sus manos yo debo encomendar mi espritu.

Trat de levantar a Plotio pero el soldado permaneci sobre sus rodillas y llor. Entonces Iris emiti un ronco grito y cay sobre el cuerpo de su esposo como una blanca rama de rbol, derribada por el rayo.

Keptah y Plotio volvieron a la entrada y oyeron el sonido de los gemidos en toda la casa. Plotio permaneci en silencio, su cabeza inclinada y sus labios apretados firmemente. Finalmente mir al mdico y dijo:

—Fue Carvlio Ulpiano quien habl al Csar, pero en cualquier caso el resultado hubiese sido el mismo. No tengas ansiedad por la esposa e hijos del tribuno. Con mis propios odos o decir a Tiberio que no seran molestados y que la esposa de Diodoro ser nombrada guardin de sus nios y que su genealogia ser inscrita en los libros pblicos de Roma, certificando su ascendencia patricia.

—Dios es misericordioso —dijo Keptah—. Incluso del mal puede traer bien. Bendito sea su nombre.

Los senadores, al or la muerte repentina de Diodoro, decidieron furtivamente entre ellos mismos que no se atreveran a asistir a su funeral por temor a la ira del Csar. Se sintieron inundados y abrumados de asombro cuando Csar orden que todos estuviesen presentes, con todos los honores y togas senatoriales. No quisieron creerlo cuando supieron que la propia guardia pretoriana de Tiberio escoltara el cuerpo hacia la pira en gala militar completa y que un destacamento de veteranos miembros de la anterior legin de Diodoro, iba a llevar el cuerpo envuelto en las banderas del imperio. La ltima noticia que les dej estupefactos fue que el propio Tiberio pronunciara el discurso fnebre, vestido de uniforme militar y de pie sobre su propio carro militar. Diez trompeteros iban a estar all tambn y diez tambores.

Antes de que el cuerpo fuese colocado sobre la pira, Tiberio dijo:

—Era un soldado de Roma, sencillo en su hablar, tierno de corazn, rpido de ira justiciera, y pronto para la misericordia. Es un soldado de Roma que ayud a forjar el imperio con su valerosa espada, de quien nunca se supo que mintiese, engaase, o traicionase ni a su patria ni a sus compatriotas. Nosotros, los que aqu estamos, no podemos honrarle, porque el honor le fue concedido en el nacimiento. Permaneci con l en el campo de batalla y yace con l en su muerte. Nosotros le entregamos a las cenizas de sus padres y a las manos de sus dioses, l nunca les abandon.

Unos pocos das despues Carvlio Ulpiano fue misteriosamente envenenado. Cuando Keptah fue informado de esto dijo:

—Que tenga paz, como tiene Diodoro paz.

CAP ^ TULO XXV CAP ^ TULO XXV

Aquel fue uno de los inviernos ms terribles. Las siete colinas parecian siete desnudas sepulturas, quietas como la muerte, cubiertas de nieve durante largos y amargos das. La Campania qued primero cubierta de hielo, y despues transformada en negra y esponjosa marisma. La nieve impulsada por el viento, golpeaba los rostros de la gente, los caminos brillaban como espejos, serpenteaban brillantes a medio da y brillaban de nuevo bajo la luz de una luna acerada. Los blancos palacios resaltaban como suspendidos huesos contra la blancura que les rodeaba, sus columnas cubiertas con agua congelada, sus comisas adornadas con carmbanos. El Tber se deslizaba perezosamente reflejando un plido cielo gris y un sol no menos plido, y algunas veces su corriente circulaba como la negra corriente de la Estigia. El humo sala del centro de los templos y de los hogares de los ricos. Pero sobre el Transtber reinaba una quietud parecida a la que impona la peste y el pueblo pobre, desolado y hambriento, se amontonaba en pequeas e infectas habitaciones buscando el calor. A veces una galerna invernal soplab a travs de la gran ciudad helada con un furor divino y la gente declaraba que gema con desoladas voces ultraterrenas. Poca gente sala fuera, ni siquiera las seoras enfundadas en sus ricos abrigos de pieles y en las clidas habitaciones de sus hogares, arrimadas a braseros llenos de rojas brasas. Algunas veces las multitudes se reunan en el Panten, en el centro del cual, y sobre el suelo de mrmol protegido por una plancha de hierro se encenda un gran fuego. Las estatuas de los dioses en sus dorados nichos parecian animarse con movimiento bajo las vacilantes sombras rojas. El humo de madera quemada e incienso pareca esconderles, volverles a revelar y nuevamente esconderles entre nubes. El enorme agujero en el techo dejaba escapar el humo, y cuando el viento cambiaba, caprichosamente, el hueco quedaba tapado y el humo era empujado hacia la parte baja del templo donde casi asfixiaba a sus temblorosos habitantes. Las estatuas lentamente se tomaron grises y los blancos pies se oscurecieron.

Los viejos de grises barbas decan pomposamente a los jvenes: † Este no es el peor invierno. Recuerdo cuando el Tber permaneci durante semanas helado, y sus puentes parecian mrmol y brillaban tan cegadoramente los das de sol que los que pasaban a travs de ellos quedaban deslumbrados. Los jvenes de hoy son dbiles y suaves †.

Las palomas se unan en hordas bajo los aleros, algunas se helaban y sus cuerpos caan sobre el pavimento. Sus arrullos haban cesado.

Su Majestad, Augusto Tiberio, la Corte, todo el Senado, todos los caballeros y augustales de su casa y esclavos favoritos, libertos, concubinas, esposas, nios, gladiadores, danzantes, cantantes, luchadores, pugilistas y conductores de cudrigas, abandonaron Roma en un vasto xodo, dirigiendose hacia las clidas islas de la baha de Npoles, a Pompeya o a Herculano. All en el clido verde y oro de un clima ms amable,

se ponan morenos y navegaban sobre las brillantes aguas azules y daban o asistan a banquetes. Correos montados en veloces caballos iban y venan de la ciudad a Npoles y a sus islas, llevando las ltimas crticas y noticias, estado de la Bolsa e informes sobre el tiempo. Los graneros, informaron, estaban vacindose rpidamente; el pueblo se desesperaba y se senta vengativo. Pero la Corte y sus aclitos se encogan de hombros. Era agradable contemplar el mar color de ciruela durante las puestas de sol deslumbrando con los reflejos rojos de un sol ardiente, comer en terrazas y jardines cerrados, llenos con el canto de los pjaros inquietos y de las fuentes; visitar a Tiberio, juzgar y beber, rer y divertirse con las suaves diversiones que les haban seguido como cuervos. Tiberio haba construido un gran bao en la isla de Capri y multicolores botes iban a ellos regularmente, llenos de risas y seoras de bronceados rostros.

De pronto casi de la noche a la maana, el viento sur empez a soplar sobre la tierra del norte, lleno de perfume de vida, fragancia de lejanos campos de flores y promesa del verano. En Roma todo empez a gotear y a tintinear en un repentino deshielo; las columnas relumbraban con la luz; las comisas se iluminaban como cataratas; las siete colinas y sus palacios y foro brillaban bajo un sol vivo. Las calles quedaron inundadas con agua de malos olores, pero el pueblo se senta feliz. Las tiendas se abrieron y los mercados volvieron a estar llenos de vida, de movimiento, de hombres y de animales, de color, de mercancas. Se abrieron las cantinas. Un perfume de pasteles y carne asada flotaba en la clida atmsfera. Corrientes de viajeros apresurados inundaron las carreteras que conducen a la ciudad. Los campos se cubrieron de un manto de pequeas flores rojas como sangre viviente. La Campania, como de costumbre, qued infecta y llena de mosquitos. Esto no preocupaba a la gente; eran los heraldos que anunciaban que la primavera llegaba de nuevo. El invierno y sus frreas miserias fueron olvidados. El Tber volvi a discurrir, verdoso, bajo el sol y los puentes se vieron concurridos y Tiberio y su Corte volvieron a la ciudad.

—Es una pena que el Senado vuelva tambin —decan algunos escpticos agriamente—, por lo menos durante el invierno no tenemos que sufrir a los senadores con su corrupcin.

Tiberio no era popular; su naturaleza fra y plido rostro rgido no le hacan querido del voluble populacho romano que prefera viveza e histrionismo en sus csares. Cayo Octavio, un simple soldado, no haba encajado con su temperamento, y Tiberio encajaba menos an. Algunos de los viejos hablaban de Julio Csar, de la viveza de sus amigos. Movan la cabeza con un gesto de duda cuando sus hijos y nietos les recordaban que Julio haba sido un dictador en potencia y que habla despreciado al Senado, que Cayo Octavio y Tiberio se sometieron al Senado de acuerdo con la ley.

— Y Llamis a esto leyes? —Preguntaban los viejos con soberbio desprecio—. El Senado puede aparentar que tiene el poder, pero ste, en realidad, es de Tiberio. Han abdicado sus prerrogativas frente a l, a fin de conseguir ms poder personal. Y No es esto una paradoja?

Las multitudes marcharon a la puerta de Ostia para contemplar la vuelta de Tiberio y su squito, antes incluso de que el sol en su dorado esplendor surgiese entre las casas, palacios y montaaas orientales. Csar se haba detenido en Ancio para visitar su villa, entretener su parsimoniosa marcha y sacrificar a Ceres y Proserpina ahora que la ltima haba vuelto a su madre desde las moradas crepusculares de la muerte. Incluso su propia cara tranquila y desprovista de color pareca adquirir un cierto aire de vida, y el tono de su voz al hablar con los senadores era menos despectivo. Cuando vio las vastas multitudes esperndole en la puerta Ostia, rodeado por sus pretorianos que llevaban las guilas de Roma, incluso salud con su aire mordaz. Despectivo hacia una canalla domada, era lo bas tante humano para sentirse emocionado por la atronadora ovacin con que le recibieron. Permaneci de pie en su dorado carro como un corredor y alz su brazo derecho con un digno saludo militar. Un polvo amarillo, iluminado por el sol, brillaba a su alrededor y esto tambin, despus del hmedo y helado invierno, alegr al pueblo. Aunque silbaron a las seoras, gritaron, se rieron e impresionaron a los senadores, hicieron comentarios sardnicos sobre el propio Tiberio y se burlaron de las augustales y patricios, se sintieron felices.

El gris y oscuro invierno, con una nieve que azotaba como mordiente arena, haba sido tambin olvidado en las propiedades del difunto Diodoro. Casi de la noche a la maana pareci como si las montaaas hubiesen estallado cubiertas de verdura, los olivares brillaron con nueva plata, el riachuelo adquiri un tono casi de azul celeste, el cielo se suaviz hasta alcanzar un delicado tono azul, los campos se cubrieron de flores, los negros y puntiagudos cipreses, destacndose contra el cielo, perdieron su rigidez. Los capullos se abrieron y aparecieron sobre los rboles; los cactus florecieron y se tornaron esmeralda, los nuevos corderitos saltaban tras sus madres, los caballos tomaron a adquirir su eterno desprecio por las mulas, el ganado empez a discurrir de aqu para all o permaneca sumido, en sus aparentes reflexiones junto a los bordes azules del estrecho ro. Pequeas hojas aparecieron sobre los matorrales de rosas en el jardn, y las fuentes empezaron de nuevo a murmurar. Palomas de plumaje prpura se arrullaban entre los prticos, arcos y columnatas; los pjaros gritaban vehemente y se preparaban para construir nidos durante las puestas de sol, el aire brillaba con un amplio y clido oro y la estrella del atardecer pareca recién nacida; una luna de cobre se alzaba alta sobre el horizonte envuelta en las ltimas llamaradas escarlatas del atardecer. Lo ms dulce de todo, lo ms excitante, era el apasionado y penetrante olor de la tierra, a la vez santo y carnal, a la vez pacificador y perturbador.

Lucano no haba experimentado hasta entonces una primavera romana. El turbulento Oriente haba, simplemente, tomado una ms suntuosa forma en aquella poca del ao. Aquel suave y primaveral verdor, aquel dulce clamor colmado de murmullos, aquel amable contraste de tonos, le encantaron pese a su dolor y a su crnica inestabilidad espiritual. Incluso cuando estaba en el pequeo sanatorio para los esclavos, sumido en

el examen de algún caso grave, no podía evitar alzar su cabeza y escuchar las voces de la tierra, el olor divino y el insistente perfume y sentir la cálida y suave brisa acariciar sus mejillas. Algunas veces sonreía y se sentía de nuevo joven.

—Incluso el hombre más endurecido debe sentir una promesa en la primavera —dijo Keptah a Cusa un bello atardecer, mientras permanecían sentados en el pórtico exterior y contemplaban el cielo—. Es la profunda promesa de Dios y ningún hombre puede resistirla aunque su corazón esté tan roto como un barco vacío.

—Lucano lo resiste con más o menos éxito —dijo Cusa.

—Piensa demasiado en Diodoro —dijo Keptah tristemente—. En ciertas ocasiones me reprochó el haber permitido al tribuno ir a la ciudad en aquel día fatal. Yo debía haberle drogado, exclamó ante mí. El hecho de que el destino del tribuno era inevitable por ser hombre de carácter, integridad y honor, no ha servido de nada para calmar el enfado del joven contra mí. Como toda juventud es inconsistente. Está determinado seguir su camino a lo largo del gran mar, entre pestilentes barcos, malolientes puertos, ciudades y poblaciones, porque cree que este es su deber. Le digo que Diodoro sentía hacia su propio deber una pasión tan inmensa como la que yo tengo por el mío.

—¿Y qué dice a esto? —preguntó Cusa con avidez.

—Dice que Roma ya está perdida, pero que el hombre no está perdido: un sofisma que no pude evitar el señalarle. El hombre es su propio verdugo; se cuelga a sí mismo en su propia cruz; es su propia enfermedad, su propio destino, su propia muerte. Las civilizaciones son expresiones del hombre. Pero nuestro joven médico no siente el menor cuidado por las civilizaciones; piensa sólo en los oprimidos, despreciados y rechazados, que están así porque su nación está corrompida y porque ellos la han hecho así. Sin embargo, está obsesionado por su estrecha idea como una mosca metida en un bote. Los hombres sufren de los hombres, le digo, pero me responde algo amorfo, como que la sociedad es la torturada del hombre; sólo Dios, cree yo, y los poderosos que yo he creado, son los opresores.

Keptah se volvió hacia Cusa, que pensaba sobre todo aquello. Le había hecho la misma pregunta muchas veces antes de entonces.

—¿Estás seguro de que había peste en aquel barco?

—Maestro Keptah, estoy completamente seguro de que lo era. Te he descrito los síntomas una y otra vez, el aspecto de los muertos, los bubones y los vómitos sangrientos.

Keptah asintió.

—Incluso sabiendo mucho, no sé que decirte, mi buen Cusa, y estoy todavía sorprendido por lo que me has contado.

Cusa miró a Keptah curiosamente en aquella cálida y dorada puesta de sol escarlata.

—Eres muy misterioso: Yo creo, por mi parte, que yo he sido tocado por la divinidad. Es un protegido de Quirón, no hay duda acerca de esto. Trato de recordar esto cuando más me exaspera.

Keptah permaneció silencioso durante algún tiempo y luego dijo:

—Hay algo más que le devora, además de la tristeza por la muerte de Diodoro.

Cusa se sintió interesado porque le gustaban tanto los comentarios como a su esposa Calliope. Por primera vez contó a Keptah lo de la oculta dama que había acudido en litera a decirle adiós a Lucano en el puerto de Alejandra.

Vi su blanca mano —dijo con alivio—, aunque no su rostro, pero la mano era extraordinariamente pequeña y hermosa. Nunca he visto una mujer fea con una mano como aquella, ni a una mujer verdaderamente bella que tenga una mano fea. Y Lucano volvió al barco con un rostro tan quieto como la muerte, los ojos hundidos por la tristeza y la desesperación. A propósito, yo besé aquella mano.

Keptah se enderezó y se golpeó la barbilla, una mirada de excitación apareció en su rostro.

—¿Una dama! Las mujeres no acuden a los puertos llenos de esclavos y multitudes para decir adiós, a menos que amen y sean amadas. Ah, todo de una pieza. Ha renunciado a esa mujer y a todas las mujeres a causa de su obsesión. Sin embargo, me alegro. Continuemos esperando. Si esa mujer enamorada y con dinero es tan inquieta y audaz, tan imposible de abatir, como un tigre. ¡Yo la veré otra vez!

—Tendré que ser muy aguda de verdad —dijo Cusa agriamente—. Pero de nuevo es posible que tengas razón. Pasé muchas noches vagabundeando como una sombra, sin hablar. Le oí también gritar durante su sueño, con gemidos de quien llora a un ser desaparecido.

Lucano estaba sentado con su madre, hermanos y hermana, un atardecer. Se sentía más tranquilo que de costumbre. Miraba el sombreado verde de los valles y las colinas iluminadas por el sol poniente; el aire brillaba como si estuviese lleno de joyas en polvo y en los más oscuros lugares de los jardines los insectos luminosos empezaron a brillar silenciosamente. La carne de Iris había perdido su sonrosado color y adquirido un pálido brillo, como la madreperla, y el azul de sus ojos se había intensificado con la serenidad silenciosa de su pena resignada. Lucano se sintió lleno de orgullo y piedad; no sólo veía en ella a su madre, sino también a la esposa y la mujer, y a menudo se preguntaba cuáles serían sus pensamientos y sus deseos; con frecuencia se sentía tímido ante ella. Otras veces ella le sorprendía por la forma con que había aceptado los acontecimientos y la muerte de su amado esposo. ¡Yo hubiese preferido la rebelión y el furor contra el destino. En ciertas ocasiones ella le había dicho.

—Sé que Diodoro vive y que algún día me unirá a mí con alegría y gozo, porque Dios es bueno y yo no defrauda a sus criaturas.

Algunas veces ella era un misterio impenetrable para Lucano.

Amaba a los hijos tenidos con Diodoro, la pequeña Aurelia y Cayo Octavio, pero parecía amar al hijo de Diodoro y a Aurelia, incluso más. El alegre Prisco era cariñoso y devoto, y adoraba a su madrastra y pese a su alegre naturaleza posea un profundo sentimiento de responsabilidad, aunque apenas si tenía cinco años de edad. Era como un padre para su pequeña hermana, cuyo cabello se parecía al de la madre y cuyos suaves ojos castaños brillaban con dulzura, y para el hermano pequeño, que aún no tenía dos años, y que se movía con gravedad entre las hierbas e inspeccionaba las flores con gesto de filósofo. El pequeño Cayo se parecía a su padre de una forma: sorprendente y algunas veces esto divertía a Lucano. Pero Prisco: hacía estremecer su corazón de dolor, porque su rostro era el rostro de su hermana muerta, Rubria, y tenía la misma vivacidad y alegría que ella.

Cayo deseaba inspeccionar los insectos luminosos, pero Iris le cogió justamente cuando se caía y lo colocó sobre sus rodillas, besándole. Su dorado cabello quedó brevemente iluminado por última vez por un rayo de sol antes de que el astro se ocultase tras las oscuras colinas de doradas crestas. Cayo inspeccionó el rostro de su madre seriamente, luego apoyó la cabeza sobre el pecho de ella e Iris se inclinó sobre él.

—Aunque apenas habla aún —dijo Iris— tiene pensamientos muy serios y hace las más profundas preguntas del mundo. —Miró hacia Lucano— como su querido y amado hermano —añadió suavemente.

Lucano no dijo nada; había intentado durante todos aquellos meses mantenerse alejado de su familia por terror a amarles demasiado. Se había sentido lleno de una excitada e inquietante ansiedad. Debía abandonar tan pronto como fuese posible a aquellos niños y a su madre, porque si no se apoderaban de su corazón y lo romperían con dolor entre sus manos. Contempló la brillante luna que entonces se alzaba sobre una colina. Para él, la luna era como una vieja calavera marchita de tristeza y tragedia. Su belleza, por lo tanto, no le emocionaba, porque era la belleza de la muerte, la misma belleza amenazadora que había en el amor.

Iris le contemplaba con las pestañas entornadas. Vio el plido brillo de su rostro, la rigidez de su expresión y sus contenidos ojos. Suspiró y luego dijo:

—Nunca fui una mujer de temperamento ardiente que pudiese expresar mis emociones con libertad. Pero debes comprender, querido hijo, lo que significa para mí tener mi familia conmigo, y a ti, en casa después de todos estos años. ¿No es maravilloso que hayas sido nombrado por gracia del César, principal médico oficial en Roma? Tendrás que permanecer en la ciudad sólo tres días a la semana, y después volver aquí, donde la casa te necesita. Y tu madre más que nadie —añadió en voz baja.

Los labios de Lucano se separaron, después permaneció silencioso otra vez. Miró el hermoso anillo que Diodoro había encargado para él; el tribuno había querido ofrecer el anillo a la vuelta de su hijo adoptivo. Estaba hermoso y exquisitamente trabajado: un ancho aro de oro de intrincado trabajo en el que estaba engarzada una gran esmeralda verde. Sobre esta esmeralda había sido grabado un caduceo de oro, el signo de los médicos, el báculo alrededor del cual se enrollaban dos serpientes con las alas de Mercurio en un extremo formadas por nubes. A Prisco le había dejado el noble anillo de su padre, que no era tan valioso y rico como aquel, ni, para Lucano, tan significativo. Diodoro no había olvidado a Lucano en la cuestión del dinero. Le había nombrado heredero de una gran cantidad y designado, en la posibilidad de la muerte de su madre, tutor de sus hijos. Pero Lucano se dijo a sí mismo que aunque su madre era vieja, tenía casi treinta y ocho años de edad, gozaba de buena salud y podía esperarse que viviera aún un número considerable de años.

Se dio cuenta de que debía hablar entonces, aunque había evitado hablar durante seis meses, temiendo turbar a su madre y aumentar su dolor. Contestó con tanta suavidad como le fue posible.

—Debo hablarte, madre. No puedo aceptar el cargo que me ofrece Tiberio. No puedo permanecer aquí.

Iris esperó. Lucano miró a su madre, esperando lágrimas de protesta e incredulidad. Pero Iris esperaba tranquilamente. Luego dijo:

—Cúntame hijo mío.

Y Lucano contó a su madre, que escuchó con la cabeza inclinada, mientras sus manos acariciaban distraídas al pequeño Cayo que se había quedado dormido. Prisco y Aurelia perseguían vivamente a los insectos luminosos y sus charlas y risas se mezclaban con los sonidos y canciones de los pájaros del atardecer. La luna se elevó más y el poderoso olor de la tierra los cipreses y los nuevos árboles en flor, se hizo más insistente. De pronto las copas de los cipreses quedaron plateadas.

Iris había quedado tan silenciosa después que Lucano terminó de hablar, que éste, por fin dijo:

—¿Comprendes?

—Sí —respondió Iris—, comprendo. Eres muy parecido a Diodoro, querido hijo, y esto me hace feliz. Tienes la misma firmeza y disciplina de carácter, la misma dedicación al deber, cosas raras en este mundo perverso. ¿Te das cuenta, sin embargo, de que el sendero que has elegido está lleno de tristeza y soledad, lleno de agudas piedras, y no está alumbrado por ningún sol?

—Sí —dijo—, pero esto no me importa. Desde hace mucho tiempo sé que el mundo no me ofrece ninguna promesa de gozo ni de felicidad.

—Yo he rogado —dijo Iris— que te casases y trajeses a tu esposa a esta casa y que tuviésemos nietos para que alegrasen mi vejez.

Lucano movió la cabeza con gesto negativo.

—No has olvidado a Rubria —dijo Iris y suspiró de nuevo.

—Nunca la olvidaré —Lucano vaciló, luego habló con brusquedad.

—Madre, amo a una mujer que a m me parece Rubria renacida. Es en su naturaleza donde encuentro el parecido; la misma amabilidad, la misma suave animacin, la misma pureza de carcter, la misma firmeza femenina. Se llama Sara bas Eleazar. Esto es todo lo que puedo decirte. Ella se mezcla en mi mente con Rubria, de modo que son una y la misma a la vez. Sin embargo, como Rubria desapareci, as ella debe desaparecer de mi vida.

Al or esto los ojos de Iris se llenaron de lgrimas porque consideraba aquello una gran calamidad.

—El amor entre un hombre y una mujer es una cosa santa, hijo mo, y est bendecido.

—Para m, no lo est —respondi Lucano con firmeza y su madre contempl su rostro. Despus de un rato l continu:

—Hoy he escrito al Csar agradecindole su ofrecimiento, pero rehusndolo. Roma no tiene necesidad de m, como ya te he dicho. La ciudad est llena de excelentes sanatorios y buenos mdicos. Hay incluso un buen sanatorio en una isla en el Tber para los ms abandonados esclavos y criminales. Pero en las ciudades, pueblos y lugares perdidos a lo largo de las costas del Gran Mar, hay muy pocos lugares para los enfermos y los pobres.

Aunque Iris comprenda, se senta abrumada. Un hombre tan dotado, joven y hermoso, tan rico, y miembro de familia tan distinguida al que Csar conceda sus gracias... Sin embargo iba a abandonar todas aquellas cosas para elegir las multitudes animadas en ciudades sin nombre y desconocidas para ella.

—Deseo estar libre —dijo Lucano—, y cuantas mayores necesidades tiene un hombre, menos libertad. No deseo nada para m.

Sus manos permanecan apoyadas sobre las rodillas y tenan el aspecto de piedra tallada a la luz de la creciente luna, mientras el maravilloso anillo colocado en su dedo brillaba dbilmente. Iba vestido con una tnica sencilla y barata. Su guardarropa era tan pobre y limitado como el del ms humilde liberto. Sin embargo, pens su madre, tiene una majestad superior a la de Csar y una nobleza parecida a la de los dioses. Su corazn se sinti de pronto aligerado y misteriosamente consolada, y mir hacia el cielo, que se oscureca, como si oyese una voz procedente de all.

Las ayas salieron de la casa, que se alzaba tras ellos, para buscar a los nios e Iris se levant. Cuando las ayas se llevaron a los nios ella les sigui con sus ojos azules tiernamente humedecidos. Luego coloc su mano sobre el hombro de su hijo.

—Que Dios est siempre contigo, mi querido Lucano —dijo, y le dej.

Keptah encontr solo a Lucano bajo los susurrantes mirtos iluminados por la suave luz de la luna. Los cipreses destacaban sombros y una gran tranquilidad envolva los jardines. Keptah se sent en la silla que antes haba ocupado Iris y mir a su antiguo discpulo.

— ¿Se lo has dicho a tu madre? —pregunt. Lucano se movi con inquietud.

—Se lo he dicho. Y ella comprende.

—Tienes las ms sorprendentes ideas sobre la vida —dijo Keptah—, y puesto que yo no tengo tus puntos de vista, aunque honre los tuyos, no puedo por menos que estar sorprendido. Sin embargo, por supuesto, as ha sido establecido.

— ¿Por quin? —Pregunt Lucano con desprecio—. Yo he ordenado mi propia vida.

Keptah hizo un gesto negativo con su cabeza.

—No —se detuvo un momento—, tambin ests en un error acerca de otras cosas y este error deber ser corregido o no tratars sinceramente de encontrar tu camino. Tu naturaleza es catca, barrida por los vientos de la anarquía, insensata, inspirada slo por la violencia; una vida clamorosa pero, esencialmente, sin ningn propsito. La civilizacin para ti es el pttico esfuerzo del hombre por poner orden en la naturaleza, regulada de alguna forma que tenga significado. Tu naturaleza, en su siembra, crecimiento y muerte, es una suma sin la ecuacin correspondiente, un crculo que no conduce a nada, un rbol que florece, da fruto y muere en un desierto gris. Tales pensamientos son mortales; estn amenazados de muerte.

— ¿Qu ms? —respondi Lucano con impaciencia. Pens que Keptah se estaba haciendo tan tedioso como Jos ben Gamliel. De nuevo Keptah movi su cabeza con gesto negativo.

—Ests equivocado. La naturaleza es un orden absoluto, gobernado por leyes inmutables y absolutas, establecidas al principio del universo por Dios. Las civilizaciones, en tanto que estn de acuerdo con la naturaleza y sus leyes, tales como la creacin, libertad de crecimiento, dignidad de todo lo que vive, belleza de forma, reverencia por el Ser de Dios y el ser del hombre, sobrevive. En cuanto se vuelven a la rigidez y al anonimato del estado, regula las grandes formas a un nivel infecundo, a la degradacin de los mejores por masas de hombres infecundos, al rechazo de la libertad para todos, entonces la naturaleza debe destruirlos, por medio de guerras o pestes o una rpida decadencia. T ests, vives en medio, en esta poca, del trabajo y de la ley.

—Estamos tan slo continuando las conversaciones sin fin, sobre el mismo asunto, que hemos tenido durante todos estos meses —dijo Lucano con tono cansado.

—No lo discutir de nuevo —respondi Keptah—, slo quiero recordarte que ests equivocado. El hombre no es la pobre, silenciosa y sufriente criatura que t crees que es. Es una furia, nacido de Hcate y slo uno puede salvarle del destino que ha elegido.

Esper que el testarudo Lucano hablase, pero ste no lo hizo. Luego Keptah hablo de nuevo.

— ¿Eres de carne y sangre o de piedra? Tu preocupacin por el hombre es impersonal, nunca compasiva. Me temo que es incluso vengativa. Eres joven todava. El mundo est lleno de mujeres amables y dignas de ser amadas. Debieras tomar esposa.

Lucano se ruboriz y se volvi a l con enfado.

— ¿Quin eres t para hablar as? T nunca te has casado.

Keptah le mir con una mirada extraa.

—Eneas y Diodoro no fueron los nicos hombres que amaron a tu madre. He conocido a Iris desde que era una nia. ¿Me creers un presuntuoso, yo, que antes fui un, esclavo?

—No creo que ningn hombre sea esclavo —dijo Lucano. Mir a Keptah y su rgida y juvenil cara se suaviz por un momento.

—Todos los hombres son esclavos. Ellos lo han querido as. Slo Dios puede liberarles. ¿l que les dio la libertad en el nacimiento, aunque ellos hayan renunciado siempre a ella y siempre renunciem.

Keptah se levant. Despus, sin hablar de nuevo, se alej de Lucano.

Lucano mir hacia el cielo, que se haba cuajado de ardientes estrellas. Pens de pronto en la Estrella que haba visto cuando era un nio. Los astrnomos egipcios le haban hablado de aquella Estrella. Era tan slo una Nova. Al principio haban credo que era un meteoro, pero se haba movido demasiado lentamente, haba brincado excesivamente, demasiado segura en su paso. Se haba desvanecido a la noche siguiente. Lucano record la profunda emocin de su corazn cuando vio la Estrella, la apasionada e inefable seguridad que se haba apoderado de l, el intenso gozo. De pronto se sinti sobrecogido por una sensacin de honda pena y tristeza y se cubri el rostro con las manos.

CAP \ TULO XXVI CAP \ TULO XXVI

El da siguiente, Plotio, el capitn de los pretorianos de Csar, lleg a la casa de Diodoro en su cuadriga oficial, rodeado por un destacamento elegido de la guardia. Dado que haba visitado aquella casa a menudo desde la muerte de Diodoro y se haba hecho gran amigo de Keptah, a quien honraba como a un hombre sabio, su visita no despert ninguna consternacin. Keptah le invit a tomar un refresco, pero Plotio dijo:

—Hoy no he venido para una fructfera charla contigo, mi buen Keptah. He venido con rdenes expresas de Csar. Desea ver al hijo de Diodoro, Lucano, al instante.

Cuando Keptah demostr cierta alarma, Plotio sonri.

—Recordars que el propio Csar hizo el discurso fnebre. Ha mencionado repetidas veces en mi presencia su profunda consideracin por Diodoro y su determinacin de honrar su memoria. Creo que Lucano le envi ayer un mensaje y desea discutir su contenido.

—Creo que s lo que es —dijo Keptah—. Lucano ha rechazado el nombramiento de oficial jefe de mdicos en Roma.

— ¿Est el mdico loco? —exclam Plotio maravillndose y gesticulando.

—En cierta manera, s —dijo Keptah.

Plotio, cubierto con su armadura y armado con las ms fuertes leyes de Roma acompa⁽⁶⁰⁾ a Keptah hasta los brillantes jardines donde Lucano estaba jugando como un nio con sus hermanos y hermana. La pequea Aurelia cabalgaba sobre su espalda; Lucano pretendia ser un caballo sin domar, para delicia de los nios, y estaba haciendo ruidos feroces y agitando su dorada cabeza. Plotio pens que era aquella una bella escena. Se sinti tambin sorprendido ante la belleza de Lucano. Pero cuando el joven mdico vio a los visitantes quit a Aurelia de su espalda e hizo alejar a los desilusionados nios que corrieron para jugar en el extremo ms alejado de los jardines. Prisco volvi despus de un momento, fascinado, como siempre, por la armadura del soldado que con frecuencia llevaba caramelos y declaraba que era como el propio Diodoro de joven.

— ¿Me buscis? —pregunt Lucano que nunca haba visto a Plotio aunque haba odo hablar de l en las cartas de Keptah.

—Saludos —dijo Plotio alzando su brazo derecho con rgido saludo militar—. ¿Eres t Lucano, el hijo de Diodoro Cirino? Yo soy Plotio, capitn de los pretorianos de la casa de Csar. Has de venir conmigo para una audiencia con Csar.

Lucano mir a Keptah. Keptah dijo:

—Cuando Csar ordena; Csar debe ser obedecido.

—Muy bien —respondi Lucano. Sacudi las briznas de hierba de su tnica. Luego vacil—. No tengo mucha apariencia. Debo ir como estoy.

—No debes insultar al Csar apareciendo como un rudo pastor —dijo Keptah con una sonrisa dirigida a Plotio—. Vamos, mi buen amigo; es un joven de considerable riqueza, que aparenta sin embargo ser un pobre campesino. Ven, Lucano, tengo una excelente toga, que he hec ho para m mismo, y para el arreglo de los pliegues de la cual, he educado a una muchacha muy inteligente.

Tom a Lucano por el brazo. El joven se haba ruborizado con modestia ante el irnico tono de Keptah. Plotio les vio entrar en la casa. Prisco, como de costumbre, estaba insistentemente tocando el mango de la corta y ancha espada.

—Ah —dijo Plotio— sers un soldado tan bueno como tu padre. Desenfund la espada y se la dio al muchacho que la cogi con sus firmes y morenas manos. Sus curtidas mejillas brillaban y sus ojos estaban iluminados. Bien —dijo Plotio— avnzala as moviendo la mueca de esta forma.

—Servir al Csar —dijo el nio blandiendo la espada y amenazando a Plotio—, ser un gran soldado.

Los dems nios volvieron para mirarle y Prisco orgullosamente, ignor su presencia, aunque les miraba de reojo. Aurelia palmote y grit con admiracin cuando Prisco afirmaba los pies como un esgrimidor y manejaba la pesada espada con fuerza. El cabello de la nia pareca una dorada luna alrededor de su hermoso rostro.

Keptah volvi con Lucano, que iba vestido entonces con una majestuosa toga. El muchacho del establo llev hacia la puerta uno de los mejores caballos de la casa, un pura sangre idumeo. Cuando Lucano mont sobre l y le domin con experta maestra, Plotio pens en Febo, porque el caballo y el caballero resaltaban contra el azul fuerte del cielo como estatuas que repentinamente hubiesen sido investidas de vida.

Lucano cabalg silenciosamente junto a la cuadriga de Plotio hacia la ciudad, y los otros pretorianos cabalgaban tras ellos. † Es muy extrao †, pens el capitn. Luego, tras un rato, dijo a Lucano:

—Roma est hoy de fiesta. El pueblo honra a Cibeles, y su templo est completamente lleno.

—No s nada de Roma —dijo Lucano con cierta frialdad—, pas tan slo por fuera de sus murallas de camino hacia casa.

Plotio se encogi de hombros y la conversacin muri. Pero Plotio continu admirando la ecuestre habilidad de Lucano y la forma de sentarse sobre el pura sangre. Era, ciertamente, igual que un dios. Las damas de Roma se volveran locas por l.

Mucho antes de que entrasen en la ciudad por la puerta Asihara, Lucano pudo contemplar Roma, blanca, bronceada y dorada, sobre las Siete Colinas, resaltando contra el cerleo cielo. All estaba, enorme, hinchada no slo con romanos, sino con hombres de muchas naciones y lenguas; una ciudad fiera y depravada, la querida de toda la ley, la amada del mundo, gloriosa en potencia, y color; nudo de sus mltiples carreteras, alimentada por grandes acueductos que llevaban agua fresca y dulce a lo largo de innumerables kilmetros desde distantes corrientes y ros, y por barcos que venan de todos los rincones de la tierra. All estaba Roma, la devoradora, ms terrible que sus guilas, antes cuyas fauces, incontables millones de germanos, rabes, galos, bretones, egipcios, armenios, judos, espaoles, sicambros, indios, griegos, nubios y miles de otros pueblos se inclinaban con terror. El sol brillaba sobre sus distantes muros y sobre sus deslumbradoras columnas; doraba los lejanos templos con un brillo cegador. Toda la riqueza del mundo estaba all, y todas las bellezas, artes, filosofas as como todas las intrigas y conspiraciones. No es de admirar, pens Lucano, que Diodoro hubiese amado y odiado a aquella ciudad.

La carretera de piedra, orgullo de Roma, estaba llena de caballos, carros, carretas, coches cargados con mercancas y productos. Un acueducto se extenda a lo largo de ella, sus elevadas aguas discurrn bajo la clida luz del sol primaveral. Campos de amapolas y amarillas margaritas crecan a ambos lados. El aire ola a fermento de la tierra, sudor y efluvi de las caravanas. Plotio orden a algunos de sus subordinados que le resguardasen a l y a Lucano y que les abriesen camino. Lucano, a pesar de s mismo, fue ganado por la curiosidad y la fascinacin. Contempl los curtidos rostros de sus compaeros de viaje, percibi el olor de especias y ajos; el aire atronaba con el ruido de los pies y los cascos de animales, los crujidos y chasquidos de innumerables vehculos. Un sol ardiente hera las pupilas con su intensidad.

—El trfico —dijo Plotio con disgusto—, se hace cada da peor. Todas las carreteras que conducen a Roma estn terriblemente llenas. Sin embargo Roma nunca queda repleta, es como una enorme boca eternamente abierta y tragando eternamente. Es como Cronos, que devora a sus hijos.

Nubes de ruidosas golondrinas trinaban y volaban sobre sus cabezas y contribuaban al furioso ruido de hombres, vehculos y caballos, que parecían hacer temblar la carretera. Los campos cultivados a ambos lados, brillaban sobre la roja y fecunda tierra. En algunos lugares, mirtos, robles y cipreses proyectaban una sombra ocasional sobre las ardientes piedras, y aqu y all, junto a una azul y sombreada corriente, se alzaban grupos de grandes sauces, dejando caer su frgil cabello verde hacia abajo sobre sus plidos y blancos troncos que se reflejaban en el agua. La tumultuosa carretera, daba vueltas pasando ante blancas villas, rodeadas de jardines, pastos llenos de tranquilo ganado, y grupos de encadenados esclavos levantando nuevas paredes o reparando las antiguas.

El polvo amarillo se espes y se transform en una brillante nube suspendida sobre los viajeros y una capa dorada se extendi sobre los pliegues de la valiosa toga de Keptah que tan artsticamente cubra la tnica azul claro de Lucano. Lucano intent sacudirlo, pero se mantuvo pegado al tejido. Su pura sangre relinch y resopl. Plotio pens que era ridculo que un hombre vestido de toga cabalgase a caballo. Haba ofrecido a Lucano volverle a casa en su carro, pero ste haba rehusado framente su ofrecimiento.

A medida que se acercaban a la ciudad, la excitacin de Lucano aumentaba, junto con una curiosidad muy humana. Roma contaba setecientos aos de antigedad y era ya vieja con antiguos pecados. Pareca simblico que hubiese sido fundada sobre un fratricida. Sin embargo, su decadencia haba empezado el da en que la repblica fue transformada en un imperio absoluto. Sus banderas desplegadas sobre todo el mundo se agitaban con viento de tempestad; su podero era mantenido por cientos de legiones, espas, informadores, y asesinos en multitud. La intriga asfixiaba lo que haba sido honrado aire de la Repblica. Pero aquel era el curso inevitable del imperio, el curso de su poder y de la † direccin del mundo †. El poema de Lucrecio, De Rerum Natura, que Lucano haba ledo, tena un doble sentido; uno para las letrinas de Roma y otro para las

letrinas del espíritu romano. En las letrinas físicas las madres abandonaban con frecuencia a los niños que nacían contra su voluntad; en las letrinas espirituales los hombres habían abandonado su fe y su carácter.

¿Qué importaba que Cayo Octavio y Augusto, el César, hubiesen alardeado de haber encontrado una ciudad de ladrillo que habían convertido en una ciudad de mármol que brillaba y relucía al sol? Mejor, pensó Lucano, una ciudad humilde con justicia que un sepulcro de mármol para las virtudes trascendentales. Pero a pesar de todo se sentía excitado. La cabalgata se detuvo a la puerta y los recién llegados fueron examinados por los soldados de guardia, con las espadas desenvainadas. La cima de la puerta estaba adornada con las banderas de Roma y las terribles guilas que miraban desde arriba con furia hacia la carretera, a la inquieta multitud de hombres y de vehículos. Plotio y su escolta fueron admitidos con saludos y cabalgaron a través de la puerta, dejando tras ellos un ensordecedor rugido de importancia, y entonces se encontraron en la enorme ciudad, rodeados y devorados por ella.

Si Lucano se había sentido asombrado por los ruidos y gemidos de la carretera se sintió completamente anonadado por la ciudad. El período de descanso que seguía a la comida del mediodía había terminado, y a medida que avanzaban a lo largo de la vía Asinaria tuvieron que reducir su marcha a un trote corto a causa de una multitud de tenderos, oficinistas y banqueros que marchaban al trabajo. Aunque Cayo Octavio había declarado que todos los ciudadanos romanos debían usar la toga, la mayoría de los hombres apresurados usaban una túnica corta de muchos colores, azules, escarlatas, amarillas, blancas, marrones, rojas y verdes, y de multitud de tonalidades. Muchos iban a pie, unos pocos de los más influyentes eran llevados en literas; carros y hombres a caballo trataban de forzar el paso sobre las planas o redondas piedras. El tráfico se congestionaba donde grupos de ruidosos ciudadanos insistían en detenerse en medio de las calles para discutir sus negocios o intercambiar críticas. Cuando eran forzados a separarse por la fuerza del tráfico, se refugiaban en las puertas de las tiendas y tabernas, para continuar gritando, gesticulando, jurando o riendo, o concluir un trato. La carretera estaba flanqueada por altas casas, algunas veces tan altas que llegaban a los ocho pisos, donde las mujeres se inclinaban sobre las barandillas de las ventanas para gritar a los niños que habían escapado a los patios de la parte de atrás o para añadir sus gritos al ruido general. Allí la mayoría de los edificios estaban contruidos por grandes ladrillos rojos y planos, de una época anterior. Había hombres que tiraban de carros sobre los que descansaban humeantes braseros encima de los cuales se cocían salchichas y pequeños pasteles. Otros carros, empujados por sus propios propietarios, estaban llenos de mercancías baratas que ofrecían a las mujeres asomadas a sus ventanas que gritaban a los vendedores, despreciaban a sus mercancías o asentaban ante una pieza de lana, lienzo o algodón teido de violeta, o ante otras ofertas interesantes. A Lucano, la ciudad le parecía peor que Alejandra o Antioquia, a pesar de sus infinitas leyes sanitarias, pues era un horno gigantesco y casi abrumador. Su nariz quedó invadida por olores nauseabundos, por los efervores perfumes de guisados, alimentos, aceites, estiércol animal, la penetrante miasma de millones de letrinas, el asfixiante polvo y el olor de las piedras y ladrillos recalentados al sol. Allí la fresca primavera del campo se había perdido en un inmenso y agobiante calor de pleno verano. Olas de aire caluroso flotaban desde otras calles como si procediesen de hornos, y por todos los sitios, clamor, carreras, deslices, exclamaciones, ruido de ruedas y cascos, y ruidosas nubes de palomas y golondrinas. Cuando los portadores de insignias de los pretorianos rompían una multitud particularmente grande de mercaderes, que mostraban su desacuerdo a gritos en el centro de la calle, Lucano percibió infinitas miradas de ojos negros e indignados que se volvían hacia él y su escolta y, a causa del ruido, pudo sólo percibir las maldiciones que emitían torcidas bocas. Los ciudadanos no temían a nadie, ni siquiera al César.

Lo que más impresionó y sorprendió a Lucano fue la grandeza de la ciudad, los altos edificios, los alzados departamentos, apilados y amontonados uno contra otro, contrastando sus colores rojos, amarillos, verdes y grisáceos, sus arcos llenos de bulliciosa gente. La ciudad, contenida por las murallas y puertas, tenía tan sólo un lugar de expansión hacia arriba. En consecuencia todas las calles hervían cual torrentes y los ciudadanos se veían forzados a abrirse paso por entre la multitud a fuerza de codos y hombros lo que, comprensiblemente les irritaba y con frecuencia les hacía andar a golpes o abiertas discusiones con quienes impedían sus movimientos. A medida que Lucano se acercaba a los edificios más ricos, la confusión y el ruido quedaban encerrados entre paredes, edificios más altos, circos, teatros, casas particulares y establecimientos del gobierno, contruidos de mármoles de muchos colores, no tan sólo blancos, sino dorados y marrones, rojos y, ocasionalmente, de brillante color negro. Roma había absorbido todos los dioses de las naciones que había conquistado, en un impresionante panteón y los templos surgían por doquier y a través de sus puertas de

bronce entraban y salían infinidad de grupos devotos, algunos llevando sacrificios, otros ofreciendo incienso; muchos esperaban amigos y permanecían en los porticos, gesticulando, escupiendo o discutiendo. De pronto aparecieron enhiestas columnas sobre las cuales descansaban estatuas blancas de mármol, hierro o bronce, de dioses y diosas, o de ecuestres héroes, brillando como gigantescos picos por encima de las sudorosas multitudes, concurridos templos y edificios; algunas flanqueando ambos lados de anchas escaleras que conducían a edificios públicos y lugares de culto, rodeadas por pequeños círculos de tierra llenos de flores de brillantes colores, en medio de fuentes, o deslumbrantes mosaicos. Y sobre todo ello —el estremecedor clamor de millones de voces, hordas de vehículos y caballos, todo el poder de la Roma imperial sobre sus colinas cubiertas de mármol—, se alzaba el efervor cielo azul como una bóveda sofocante tendida por encima de una humeante y colosal cazuela.

El caballo de Lucano tropezó más de una vez en los baches de la carretera. Sudaba profusamente y puesto que era imposible hacerse oír, Plotio alzó su mano y con un gesto mudo señaló el Palatino sobre el que se

alzaba el palacio de los Csares, construido por Cayo Octavio. El palacio y lo que le rodeaba parecia pequeno y alejado en la distancia, pero Lucano, a pesar de la gran cantidad de polvo que llenaba de forma palpable y ardiente el aire, pudo ver el palacio imperial rodeado por un bosque de blancas columnas, ascendiendo piso a piso en niveles cada vez ms reducidos de columnas menores y arcos ascendentes. Templos, verdes jardines colgantes, terrazas y hermosas villas descendan desde el palacio a lo largo de toda la majestuosa colina rodeada por profusin de arcos, prticos, foros, teatros y una inmensidad de poblados monumentos. Pens que en aquel gran palacio viva el propio Zeus rodeado por sus hijos en palacios menores, que se extendan alrededor, fros y aislados en medio de floridos patios y perfumadas fuentes. Todo ello resaltaba bajo el sol, brillando como fuego blanco, una poblada y aislada ciudad pequena, de poder real y belleza.

Por primera vez Lucano, que haba quedado absorto por todo lo que haba visto aquel da empez a pensar en su prxima entrevista con Tiberio Csar. Trat de recordar lo que Diodoro haba dicho de aquel hombre, sus fros caprichos, la desconfianza que senta hacia todos los romanos, hasta tal punto que haba establecido guarniciones de soldados fuera de las murallas de Roma, soldados que slo le rendan cuentas a l. Antao haba sido un hombre alegre y feliz, cuando estaba casado con su amada Vipsania, pero haba cedido a las demandas de su madre y su emperador y se haba divorciado de su encantadora esposa para casarse con una mujer que despues le haba traicionado. Desde entonces se haba transformado en un hombre sombro, y vengativo, pese a todas las declaraciones que haca de que todos los romanos deban disfrutar de libertad de palabra y pensamiento, incluido el Senado, con quien externamente tena deferencias e internamente despreciaba. Pero al menos tena genio delegar el poder, y sus magistrados, proconsules y procuradores tenan libertad de accin y de juicio. Si mostraba seales amenazadoras de hacerse tirnico e intolerante, y si absorbiera cada vez ms el poder que perteneca al Senado, al pueblo y a las Cortes de Justicia y mostraba signos de un absoluto despotismo, nadie se le opona. Esto, haba escrito Diodoro con disgusto a Lucano, era ms falta del Senado y de las Cortes de Justicia que de Tiberio. Sin embargo, en aquella poca era un administrador hbil y justo, soldado de corazn, pese a que con frecuencia era blanco de los chistes groseros, de la plebe romana, que escriba comentarios obscenos sobre l y su infiel esposa Julia incluso dentro de las murallas de Roma. Algunas veces, manos atrevidas, escriban con letras rojas: ¿Y Dnde est nuestra Repblica? ¿Que vivan para siempre los hombres libres (igenui)! ¿Abajo con el tirano!ª

Pero la Repblica haba muerto y ningn Csar la haba condenado a muerte.

La ciudad, como Plotio haba dicho, estaba de fiesta aquel da. Pero los romanos estaban siempre de fiesta, siempre honrando a un dios nativo o extranjero. Cualquier excusa era una disculpa para una fiesta, para sacrificios, para celebraciones, en circos y teatros, o en los innumerables baos pblicos. Tres circos anunciaban carreras de cuadrigas y combates entre gladiadores, y multitud de esclavos pasaban por entre el populacho pregonando la noticia, incluyendo la informacin de que algunos de los mejores y ms atrevidas

obras de teatro griego, estaban a punto de ser representadas en ciertos teatros. Multitudes se abrían paso insistentemente en direccin de aquellos espectculos pblicos, maldiciendo a los perezosos que les impedan el paso y gritando imprecaciones en todas las lenguas.

El joven mdico y su escolta empezaron a ascender hacia el Palatino y a medida que ascendan, el aire se haca ms fresco. Lucano se sinti encantado por la belleza que le rodeaba y momentneamente olvid a Tiberio. All haba menos gente, y aquellos que pasaban iban en literas, carros o cuadrigas y eran hombres y mujeres de importancia, que iban a los templos y teatros que rodeaban al palacio, a sus villas o en busca de audiencia ante el emperador. Lucano mir el rostro aguileo de los hombres y los pintados rostros de bellas mujeres que le sonrean repentinamente y con placer. A pesar de su belleza le parecían extraas y gastadas y, de alguna forma, depravadas. Vio a travs de puertas de villas abiertas para admitir a aquellos que volvan a sus casas, vislumbres de deslumbrantes jardines, fuentes inquietas y plateadas, de blancos arcos y prticos llenos de hros montados y dioses. Nunca en ningn lugar del mundo haba sido la divinidad tan bella y elegantemente adornada ni nunca en el mundo, pens el joven, haba existido tan poca fe. Los dioses adornaban la ciudad imperial, pero no la gobernaban.

Alcanzaron un nivel elevado y Lucano mir hacia abajo, a la tremenda y voraz ciudad llena de las ruidosas y multicolores corrientes de humanidad, a sus deslumbrantes monumentos y asfixiantes edificios, disminuidos en las doradas distancias. De nuevo se sinti sobrecogido por el peso y la potencia de Roma, por su increble grandeza, su fuerza dinmica, sus millones de sobrecargados, grises y excitables pueblos, su fiera aunque prodigiosa y vulgar grandeza, sus multitudes laboriosas, su furioso rugir, sus tormentas banderas y, desde aquella altura, su rara e incandescente belleza. Vio el verde y perezoso Tber y sus esculpidos puentes, los edificios que se extendan sobre ambas orillas y los blancos y sonrosados techos que brillaban vivamente bajo el sol. Aqu y all arda alguna cpula entre puntiagudas cornisas, como una luminaria menor. Sus ojos se agrandaron, su espritu se sinti casi abrumado, y de nuevo se sinti vagamente aterrorizado. Pequeas gotas de sudor empezaron a perlar su frente.

Las puertas del palacio guardadas por rgidos pretorianos, se abrieron por completo para l y su escolta. ¿Qu ocurrira si hubiese ofendido a Tiberio? ¿Y si el emperador, a quien Diodoro haba desdeado con rudo lenguaje, hiciese que aquella ofensa cayese sobre l y los nios? El prefecto de los pretorianos fue a su encuentro en un enorme vestibulo del palacio. Era un hombre enorme y formidable de mirada suspicaz bajo su yelmo. Brillaba como una estatua de bronce y mrmol moreno bajo el gran techo de cristal que remataba el vestibulo y admita el sol, y sus pasos eran mesurados y firmes. Plotio salud con el brazo derecho Y present a Lucano, quien no supo como saludar a aquel imponente hombre que le miraba con curiosidad.

—Saludos —dijo con brevedad. ¿De modo que aquel era el griego hijo adoptivo de Diodoro Cirino, el mdico?

—Saludos —respondi Lucano con cierta rigidez porque le disgustaba el escrutinio. El prefecto sonri; tena unos agudos dientes caninos.

—Csar te ha ordenado venir —coment, dando a entender por el tono de su voz que Csar era una persona inescrutable Y dado a los ms extraordinarios caprichos. Lucano se ruboriz, luego dijo framente:

—Es esto lo que he entendido. ¿Crees que estara aqu si no fuese as?

Plotio ocult una sonrisa con dificultad, porque el prefecto se sinti a la vez sorprendido y disgustado por las palabras de Lucano. Sin embargo, despues de un momento, se sinti impresionado por los modales orgullosos del joven mdico, el vigor de su firme mandbula y la obvia ausencia de temor obsequioso. Como muchos hombres brutales y militares senta una secreta pasin por los muchachos y hombres jvenes. Decidi que le gustaba el hermoso Lucano y puso su mano sobre el erguido hombro del joven.

Se senta ms libre hablando latn vulgar, pero habl en griego, para complacer a Lucano, a quien evidentemente produca disgusto.

—Has sido muy honrado —dijo.

Y not con placer los grandes hombros del joven, el cuello firme como una columna y los bellos rasgos de su rostro y sus grandes ojos azules. Lucano no se movi. De repente record al tratante de esclavos, Linus, y una ola clida de asco se apoder de l. Sin embargo, no se movi, dominando su odio repentino. Contest en latn:

—Csar es muy amable.

Luego mir a Plotio que estaba mirando con el ceo un poco fruncido. Habl al joven capitn desdeando escapar de la presionante mano morena que reposaba en su hombro.

— ¿Cmo debo saludar al Csar?

Plotio tuvo que luchar de nuevo con una sonrisa porque Lucano le haba hablado en griego, el lenguaje de los patricios y de los educados, luego respondi con gravedad:

—Entras en su augusta presencia y cuando se d cuenta de ti, que puede no ser inmediatamente, debes caer sobre tus rodillas y tocar con tu frente el suelo.

Lucano dijo:

—Pero esta postura es slo para honrar a los dioses; los judos se postran ante Jehov, pero no ante ningn hombre.

El prefecto hundi con ms fuerza sus dedos en el hombro de Lucano con un gesto paternal.

—Mi querido muchacho —dijo—. ¿No has odo? Csar es un dios, y debes darle los honores de una divinidad.

Lucano vio que Plotio mova la cabeza con ansiedad, por lo tanto no dijo nada. El prefecto, sonriendo con afecto aadi:

—Yo mismo te conducir ante el divino Augusto.

Despidi a Plotio con un gesto breve de su cabeza, y Plotio lleno de aprehensiones, salud y se alej. Tras un gesto afectuoso del prefecto, Lucano le sigui.

El joven mdico no haba estado nunca en un lugar como aquel, y jams se haba imaginado tal esplendor e inmensidad. Incluso olvid al prefecto en su asombro e intento de verlo todo. Pasaron desde el enorme portal a una tambn enorme habitacin y a infinidad de patios y salas, los suelos de las cuales eran de mrmol policromos, blancos como la nieve entrelazados con brillantes piedras rojas, azules o mosaicos, todo reflejando la luz como si poseyesen un fulgor interno. Bosques de suaves columnas se abran por doquier, de nix, mrmol blanco, dorados metales o alabastros. Estatuas de dioses y diosas se alzaban en medio de arcos; bustos de Csar y de sus predecesores descansaban sobre pequeas columnas. Las paredes relumbraban con mosaicos representando victorias y episodios de las vidas de los dioses, tan hbilmente trabajadas que parecan los ms delicados y heroicas pinturas. Divanes y sillas se alineaban junto a las paredes, de marfil y bano, decoradas con oro y cubiert as con cojines mullidos, de rojas, azules, blancas y amarillas sedas. Mesas de mrmol exquisito y de maderas delicadas estaban colocadas cerca de ellas con lmparas de oro y plata an no encendidas, jarrones pequeos de cristal de Alejandra llenos de flores, bandejas de plata y oro cubiertas de brillantes y coloreadas granadas, uvas, higos y aceitunas blancas y negras. Enormes techos parecan flotar sobre las columnas de cristal o mrmol, algunos de ellos pintados de blanco y adornados con delicados dibujos de oro. Por todos los sitios, en todos los rincones, existan jarros llenos de flores, jarrones importados de Catay, Persia y la India, brillantes con innumerables y sutiles tonalidades. Fuentes perfumadas prestaban al aire sus perfumes.

No haba ningn vestibulo o habitacin que no estuviese llena de activos esclavos, correos, pretorianos, militares de alta graduacin, senadores que esperaban audiencia, patricios y augustales que estaban all con el mismo propsito. Algunos de los ltimos estaban sentados, entregados a chistes, crticas o comentarios, o negligentemente sirvindose de las delicadezas que haba sobre las mesas. Cuando vean al prefecto le sonrean encantadoramente, conociendo su poder, e intercambiando alguna palabra con l. Viendo su apariencia, los caballeros se hacan guios unos a otros, se cubran las bocas con las manos y susurraban obscenos comentarios.

El prefecto y su acompaante pasaron a travs de abiertas columnatas, despues a otra profusin de habitaciones, hasta que Lucano se sinti mareado. A veces vislumbraba jardines a travs de una ventana o de

una puerta guardada; los rboles verdes y la hierba, las flores de vivos colores contrastaban con la fra blanca del interior. A veces crea ver amplias pinturas sobre las paredes , tan lvida e inesperadamente aparecen los jardines ante l sobre las anchas terrazas. Sus odos perciban voces, msica y risas distantes, y desde fuera llegaban hasta l los cnticos de los pjaros y el murmullo de gigantescas fuentes.

Ocasionalmente una dama de palacio pasaba junto a l y su escolta, su hermoso rostro cubierto con cosmtico, su negro, dorado o rubio cabello, sujeto en doradas redes, su vestido de un frgil color blanco; invariablemente todas las damas miraban a Lucano y le sonrean. Las joyas brillaban deslumbradoras sobre los blancos cuellos, pechos, brazos, muecas, y dedos.

Llegaron ante unas puertas de bronce de tales proporciones que Lucano se sinti asombrado. Estaban guardadas por pretorianos. A un gesto, cuatro de ellos abrieron las puertas y Lucano vio ante l una gran biblioteca amueblada con austeridad. Sentado ante una mesa, con el ceo fruncido y leyendo, estaba un hombre de aspecto vulgar, vestido con una tnica purprea y toga blanca, que lentamente alz sus ojos oscuros y resentidos.

—Salve, divino Csar —dijo el prefecto saludando—. He trado...

—Ya lo veo —interrumpi Tiberio con una voz acre—, puedes dejarme, mi buen prefecto. Llivate a los pretorianos contigo, cierra la puerta y espera fuera.

Aquello era increble. Slo los ms altos potentados tenan audiencias privadas con Csar y esto en las ms raras ocasiones. El prefecto mir boquiabierto.

—Vete —dijo Tiberio en tono fro y cortante. El prefecto confundido, salud de nuevo, hizo un gesto a sus pretorianos, sali y la puerta fue cerrada tras ellos.

Tiberio se reclin hacia atrs, en su silla y mir a Lucano sin hablar. Lucano le mir a su vez con una cndida curiosidad. All estaba el Csar, el mismo corazn y centro del poder y potencia romana y resultaba ser un hombre sencillo y ordinario, alto, delgado, con una cabeza calva, aspecto amargado y un rostro plido con manchas de eczema sobre sus mejillas, que brillaban a causa de un ungento aceitado.

Lucano no senta temor ante aquel hombre impresionante. Tan slo senta curiosidad. Tambin, con su mente de mdico comenz automticamente a considerar que aquella piel spera haba sido tratada en forma equivocada. Ms an, su mente percibi que Tiberio sufra alguna clase de oscura anemia para cuyo tratamiento los sacerdotes mdicos egipcios haban recomendado mucho un rgimen alimenticio a base de hgado.

Tiberio, tras un largo silencio, se dio cuenta del agudo estudio de Lucano y sonri. Para Lucano era una sonrisa desagradable; sin embargo, si otros la hubiesen visto, se hubiesen sentido sorprendidos ante su rara benignidad.

—Saludos, Lucano, hijo de Diodoro Cirino —dijo Csar.

Lucano vacil y record lo que Plotio le haba dicho. Pero no poda arrodillarse ante ningn hombre. Por lo tanto su sonora y juvenil voz respondi:

—Saludos, Csar.

La sonrisa de Tiberio se ensanch divertida; sus labios delgados se separaron y mostraron unos dientes pequeos y amarillentos. Indic una silla cerca de su mesa.

—Sintate, por favor —dijo.

Aquellos que le esperaban y que haban estado esperando durante horas hubiesen contenido la respiracin a causa de la sorpresa porque nadie se sentaba en presencia de Csar, excepto durante las comidas. Pero Lucano, aparentemente, no saba esto y por lo tanto con sencillez hizo una reverencia corts con su cabeza, se sent y esper.

—Un da agradable —dijo Tiberio.

—S —respondi Lucano, y esper de nuevo.

CAPITULO XXVII CAPITULO XXVII

Lucano no poda saber que se le haba concedido un gran honor al permitirle ver al Csar solo, sin nadie presente, ni siquiera un soldado de la guardia. No poda saber que el astuto Tiberio haba visto al instante que se hallaba ante un joven en quien se poda confiar absolutamente. Lucano, por su parte, trataba rpidamente de clasificar al Csar. Un hombre rudo y resentido, ¿de qu estaba resentido? ¿Su esposa infiel; sus amigos, sus cargas, Roma? Lucano sinti una repentina compasin. En algn lugar de los jardines cercanos a la biblioteca los pavos reales gritaron; el distante sonido de una msica alegre lleg hasta all. Pero en la biblioteca los dos hombres, un poderoso Csar y un sencillo mdico, se miraron uno a otro con franqueza.

Lucano percibi un dbil y desagradable olor procedente de ungentos que Csar tena esparcidos por la cara.

Dese hablar, pero record que Csar deba ser siempre el primero, Tiberio, a su vez, vio que Lucano no senta el menor temor ante l. Por un momento se sinti asombrado, preguntndose si el joven sera tonto. Sin embargo, le impresion la apariencia de Lucano. Tiberio dijo, contemplando de nuevo a Lucano con atencin:

— ¿ Puedo expresarte mi condolencia, mi buen Lucano, por la muerte de tu padre? Un hombre justo, heroico y sencillo. El ltimo de los grandes romanos.

Su voz, aunque aguda y contenida, tena una nota de sinceridad. Lucano sonri con gratitud. No era probablemente un secreto para Tiberio que Diodoro haba desdeado sus cualidades militares, y sin embargo Csar poda hablar con la mxima amabilidad de l, y Lucano, aunque su tristeza volvi a renovarse, pens que Tiberio era, a su vez un hombre justo. Tiberio se reclin hacia atrs en su silla y mir a travs de la abierta ventana iluminada por el sol.

—He ordenado que se eleve una estatua suya en el prtico del Senado —dijo.

Perezosamente se rasc un lugar irritado de su rostro. Lucano sonri ante la irona. Los senadores tendran el dudoso placer de ver siempre en su propio prtico la estatua de uno que les haba denunciado, armado con marmrea espada.

—Seor, eres muy sutil —dijo.

Tiberio alz sus negras cejas. Por lo visto el joven no era tonto. Luego dijo:

—Si hubiese tenido diez mil hombres como Diodoro Cirino en Roma, hubiese dormido alguna noche bien. Pero basta. Me preocupa, Lucano, el hacer todo lo que pueda para aliviar el dolor de la familia y honrar al tribuno. Pero no comprendo tu carta. Te he nombrado oficial mdico en Roma, con disgusto de los mdicos ms antiguos, y me has pedido que retire el nombramiento. Siento curiosidad por saber por qu.

Lucano se ruboriz. No se haba dado cuenta de que no slo era increíble, sino peligroso rechazar lo que Csar ofreca. Era como si una mariposa hubiese desafiado a un guila. Luego respondi suavemente:

—Roma no me necesita. Esto es lo que te escrib, seor. Pero los pobres y esclavizados necesitan mis servicios en las provincias.

Tiberio permaneci silencioso, sus ojos se estrecharon y se fijaron con inters en el hermoso rostro del joven. Pareci reflexionar profundamente. Estaba considerando algo que no poda comprender y que le pareca una locura. Pens en los antiguos filsofos que haban mandado que el hombre tratase a sus prjimos con amabilidad. Tambin en los sacerdotes de los templos de Roma que exhortaban en nombre de los dioses a la gente para que fuesen amables de corazn y justos y misericordiosos. Sin embargo todo aquello era pura palabrería. Ningn hombre en sus cabales lo crea, considerando lo que el mundo era y haba siempre sido. En la boca de Tiberio juguete una sonrisa.

—Eres mdico ciudadano de Roma, el hijo adoptivo de un hombre grande y honorable, poseedor de riquezas —dijo—. Las puertas de los patricios y augustales estn abiertas ante ti. Lo que yo te he ofrecido es slo el prtico y sin embargo abandonas todo por el propsito de atender a indignos pobres, mendigos y esclavos.

¿Pertenece Lucano a alguna extraa y oscura secta de estoicos, o se haba dedicado a algn peculiar dios extranjero?

Lucano respondi:

—S, porque todo lo dems, para m, no significa nada.

—¿Por qu?

Lucano volvi a ruborizarse.

—Porque de otra manera mi vida no tendra significado.

Tiberio volvi a fruncir el ceo. ¿Qu otro significado tendra la vida sino el poder, la riqueza, y la posicin social? Reflexion sobre su propia vida y sus delgados rasgos revelaron un dolor involuntario. ¿Qu significado tendra su propia vida? Se pregunt en una sbita clarividencia. Haba hecho todo lo que haba podido; haba sido un cuidadoso administrador, intentando despertar el orgullo de un Senado vulgar al que hubiese deseado devolver sus poderes. No l e gustaba Tcito, pero estaba de acuerdo en que expresaba slidas opiniones. ¿l,

que era soldado, tan slo deseaba la paz en todas las fronteras. No haba aadido impuestos extraordinarios, a pesar de las voraces demandas de la plebe romana, que peda nuevos beneficios. Cuando los cortesanos se quejaban de injusticias personales les aconsejaba framente que llevasen sus asuntos a las Cortes de Justicia y l no interfera las tareas y atributos de aquellas.

Estaba tratando, en aquellos momentos, de salvar a Roma, de restaurar algunas de las cualidades que la haban hecho grande. Pero el pueblo depravado no aceptaba su dignidad ni su anterior disciplina ni carcter. Tena el terrible presentimiento de que la infeccin terminara por infectarle a l y que enfurecido volvera el golpe contra aquellos que insistan en corromperlo. Pens en su esposa, en aquellos que ansiaban el trono; pens en su nico hijo, Druso, un joven de violentas pasiones pero mente limitada, ocupado en aquellos das en alzar a las tribus germanas una contra otra en el Iliricum, creyendo con simpleza que la paz slo poda ser obtenida por medio de la sangre.

Tiberio poda sentir que las fuerzas inexorables, que le rodeaban, que destruan en l la justicia, le degradaran hasta el nivel de un perro romano por medio de su avaricia, su poltica barata, sus exigencias, su lujuria y su propio deseo de poder. Ellos haban hecho de su vida una nulidad, pens con terrible claridad, entre todos ellos, su esposa, su hijo, sus generales y el Senado. Pero ms que ningn otro las despreciables multitudes de Roma, la insaciable, polglota plebe que miraba a su Csar como una deidad enmarcada en una cornucopia de innumerables beneficios destinados a los perezosos, los dbiles, los indignos, los irresponsables, los incansables estmagos que se alimentaban a expensas de prjimos industriales. «Bestias desalmadas! De pronto Tiberio odi a Roma.

Mir a Lucano, que le haba hablado como un chico de escuela acerca del significado de la vida.

—¿Ha de tener la vida significado? —pregunt—. Ni siquiera los dioses han dado sentido a la existencia del hombre.

—S, seor, es cierto —el rostro de Lucano se tens—, pero nosotros podemos dar algn sentido a la vida por nuestra cuenta. El significado que yo he dado a la ma es aliviar el dolor y el sufrimiento, salvar a los moribundos, evitar el dominio absoluto de la muerte.

— ¿Con qu propsito? —Pregunt Tiberio—. La muerte es el destino comn y tambin el dolor, ya sea del cuerpo o de la mente. Y por otra parte, ¿de qu valor son los pobres y los esclavos?

—Son hombres —dijo Lucano—. Es cierto que el dolor y la muerte son inevitables, pero con frecuencia el dolor puede ser evitado, la muerte transformada en algo ms cmodo; detenida. ¿Quin puede contemplar el mundo de los hombres sin sentir piedad o deseos de consolarle?

Tiberio pens en Roma y sonri sombaramente. Ante l, sin duda, tena un muchacho de escuela, un filsofo aficionado. Conoca todo acerca de Lucano: haba vivido una vida protegida; nunca haba participado en una campaa militar, haba pasado sus aos en un hogar virtuoso y pacfico y en la escuela. Compadeci al joven. Hablaba de las malolientes muchedumbres llamndoles † hombres ‡, de los esclavos como † hombres ‡. Sin duda que incluso considerara a un venal senador † un hombre ‡. Tiberio arrug la nariz.

— ¿Te has dedicado a algn dios oscuro que an no ha debutado en Roma? —pregunt a Lucano con dbil y burlona sonrisa.

Qued sorprendido cuando Lucano respondi con extraordinaria vehemencia.

—No estoy dedicado a ningn dios.

— ¿No crees en los dioses? —pregunt Tiberio.

Lucano mantuvo silencio durante un momento, contemplando la mesa de mrmol ante l; luego dijo:

—Creo en Dios, Es nuestro enemigo. Nos aflige sin causa. Incluso el verdugo lee a su vctima los crmenes de que se le acusa y por los que ha de morir. Pero ¿l nos sentencia a la muerte por ser lo que somos, ¿l, que nos ha hecho lo que somos.

—As que consolars a los que estn privados de consuelo —dijo Tiberio.

Se senta muy divertido. De nuevo pens que Lucano era algo ms que un hombre de mente sencilla.

—Has estudiado en Alejandra —aadi—. Sin duda tuviste ocasin de conocer all maestros judos. Cuando yo estaba en Jerusaln o a la gente hablar de un Mesas, es decir, un Consolador, Redentor, que librara a los judos de Roma y les colocara a ellos en tronos elevados para gobernar el mundo. ¿No es esto un pensamiento tonto? Pero vers que todos los hombres son lo mismo, todos desean poder.

Desenroll la carta de Lucano y la mir musitando. Luego dijo sin mirar al joven:

—Cuando yo era ms joven, durante una de mis campaas, qued sorprendido por la aparicin de una gran estrella en el cielo una noche. Era la poca de los Saturnales. Se movi hacia Oriente y luego desapareci. Los astrnomos me dijeron que la estrella fue vista en todo el mundo y que era una Nova y los astrlogos hablaron de la gran ruina que vendra sobre el mundo. Pero he odo del Este que la estrella se dirigi al lugar de nacimiento de un dios. Esto ocurri hace catorce aos o ms. Si un dios hubiese nacido entonces, seguramente que sabramos algo de l ahora. Comprenderis lo supersticiosos que son los hombres.

Lucano se sinti invadido por una gran emocin. Record a Jos ben Gamliel y la historia del muchacho campesino que haba estado entre los eruditos doctores e investigadores en el templo. Movi su cabeza con gesto negativo.

Tiberio dej la carta de Lucano. Luego alarg la mano y cogi un gran objeto plano envuelto en seda amarilla. Quit cuidadosamente la seda y mostr el objeto. Estaba hecho de oro grueso y tena la forma de un escudo. Lucano se inclin hacia adelante para verlo mejor. Vio el rostro, de perfil, de Diodoro grabado en el dorado escudo y debajo una mano empuando una corta espada desenvainada. Debajo de ella haba una cita en griego tomada de Homero.

*Sin un gesto, el hombre valeroso desenvaina su espada,
y no invoca ms omen que las leyes de su patria.*

Mas abajo haba otra cita, en latn, tomada de Horacio.

Non omnis moriar (No morir del todo).

Los ojos de Lucano se llenaron de lgrimas. Tiberio dijo, con un guio de satisfaccin:

—He ordenado que hiciesen esto para colocarlo detrs del plpito del Senado.

Sus ojos se encontraron en completa comprensin.

Tiberio dej deslizar sus dedos, suavemente, sobre el escudo. Luego dijo:

— ¿Has considerado lo que Diodoro hubiese deseado que hicieses?

Hubiese querido que sirvieses a Roma como l la sirvi.

—Era un gran hombre y crea en la libertad personal —respondi Lucano—. Aunque no hubiese estado de acuerdo conmigo, hubiese consentido en que hiciese lo que me pareciese justo.

—Sin embargo —dijo Tiberio—, debes honrar su memoria lo bastante para pasar algn tiempo en Roma, sirviendo a su pueblo. Dices en tu carta que deseas abandonar Roma en seguida. En justicia hacia Diodoro no puedo concederte esto. Te ordeno que permanezcas aqu durante seis meses. Si, despus de este periodo, sigues convencido de que tu deber est en otro sitio, tendr mi autorizacin.

El obstinado Lucano estaba a punto de manifestar su disconformidad cuando sintió la fuerza de los imperiales ojos sobre él y se percató con claridad, por primera vez, que aquel hombre era el César y que ante sus decretos estaba desarmado por completo. Tiberio no sonreía ya. Después de un largo momento Lucano inclinó su cabeza.

—Que sea así —murmuró— en nombre de Diodoro.

—Deseo tenerte en mi casa durante este período —dijo Tiberio con una sonrisa tensa—. Puede que incluso te consulte personalmente sobre una serie de cosas.

El pensamiento de quedar virtualmente apresado en aquel inmenso palacio abrumó a Lucano, pero comprendió que no podía protestar.

—Los médicos encargados de la salud pública se están haciendo indolentes —dijo el César—. Me gustaría que inspeccionases su trabajo y sugirieses mejoras. Además mi casa está llena de esclavos, libertos y pretorianos. Tus servicios a ellos serán apreciados. No estoy completamente satisfecho de mis médicos.

Lucano se animó un poco. Luego dijo:

—Si me lo permites, señor, ¿podrá sugerirme que el tratamiento de tu eczema es equivocado?

Las cejas de Tiberio se alzaron.

—¿De veras? ¿Qué sugerirías tú?

De nuevo se sentía divertido.

—Los ungüentos aceitosos aumentan e infectan las grasas naturales de los granos —dijo Lucano, y de nuevo era el médico quien hablaba—. Prefiero una pasta de agua mezclada con polvos de azufre después de un buen lavado con jabón fuerte, dos veces por día. Esto ejerce un efecto desinfectante y secante —vaciló un momento y luego añadió—. Creo también que el César padece algo de la sangre. Si me permites...

Intrigado, Tiberio hizo un gesto de asentimiento y Lucano se levantó y se acercó a él. Olvidó otra vez que aquel hombre era el formidable e irresistible poder de un grandioso y terrible imperio. Para Lucano era tan sólo un hombre que no gozaba de buena salud. Con firmes y amables dedos volvió los ropados de Tiberio, le abrió la boca y examinó las plidas membranas. Sin pedir permiso se volvió a sentar.

—¿Sientes, señor, una constante desgana y cansancio, una especie de laxitud? ¿Te cansa más de lo normal el trabajo? ¿Respiras entrecortadamente al menor esfuerzo y a menudo sientes desmayos y vértigos?

Puesto que la discusión de la propia salud deleita incluso a un César, Tiberio asintió:

—Lo has explicado exactamente, mi buen Lucano.

—Entonces es que padeces anemia —dijo el joven médico—. No en proporción seria aún, aunque puede transformarse en una cosa de cuidado. ¿Cuál es tu dieta?

—Vivo sobriamente —respondió Tiberio—. Soy soldado. No suelo acudir a los banquetes ni a orgas. Sigo un régimen de soldado, frugal: queso, leche de cabra, pan, vino sencillo rojo, frutas y legumbres y, muy de cuando en cuando, algo de carne o algún ave.

—Esta dieta es mala para un hombre en su sexta década —dijo Lucano con gesto de reprobación—. Te sugiero carne fresca de buey tres veces al día, vino bueno de grado, algunas legumbres y fruta, sólo una vez por día. El pescado no es bueno para la anemia, ni las aves. Lo mejor de todo será un gran filete de hgado de buey por lo menos una vez al día.

Tiberio hizo un gesto de desagrado.

—Mis cocineros consiguen verdaderas delicadezas con el hgado de cerdos engordados con grandes cantidades de higos maduros. Yo lo detesto. Sin embargo, puesto que ahora eres mi médico, tomar hgado de buey para cenar.

Reclinó su dura barbilla sobre el dorso de su mano derecha y contempló a Lucano.

—Eres joven —dijo— y posees una extraordinaria belleza. También eres rico, estimado y médico. Sin embargo no eres feliz. Si yo tuviese tu edad y estuviese dotado de tus dones y no fuese el César sería el más feliz de los hombres. Veo tu preocupación. ¿Por qué existe?

Lucano no pudo hablar durante algunos momentos. Luego replicó en voz baja:

—Una de las tristezas de la vida es la fugacidad de todas las alegrías.

Tiberio se encogió de hombros.

—Cualquier niño de escuela sabe esto. ¿Nos hemos de privar del placer y la alegría presente porque sean tan huidizas?

Lucano le miró directamente y se dio cuenta al instante que estaba ante un hombre profundamente turbado, cónico y desesperanzado. Y se sintió invadido por una gran desesperación, porque carecía de palabras para consolar a aquel hombre poderoso, e incapaz de darle ninguna esperanza. Como él había perdido a Rubria, así Tiberio había perdido su amor, y los dos participaban en una desolación común. Tiberio le miró a los ojos y vio en ellos el velado deseo de ayudarlo, la profunda miseria e impotencia del joven y se sintió conmovido y asombrado de que hubiese alguien capaz de conmovérle otra vez. Respondió a su propia pregunta con rapidez.

—Lo que los dioses nos han concedido no debe ser rechazado, sea bueno o malo, porque, ¿qué posibilidades tenemos de elegir? Ni siquiera yo puedo convencerme temporalmente que el mundo es un lugar tolerable para un hombre que piense.

Hizo sonar la campanilla que tenía sobre su mesa y las enormes puertas de bronce se abrieron majestuosamente, y Plotio con cuatro pretorianos entró al instante. Plotio miró preocupado a Lucano mientras

saludaba al emperador y se sinti asombrado al ver que Lucano estaba reclinado comodamente en su silla con el aire de un igual aceptado por el Csar.

—Mi buen Plotio —dijo Tiberio—, conducirs a Lucano a las mejores habitaciones donde permanecer por algn tiempo como mi honrado husped. Y enva a su madre un mensaje anunciando que su hijo permanecer conmigo.

Despus que Lucano hubo salido con Plotio el emperador permaneci slo durante algn tiempo con la cabeza cogida entre las manos. Senadores, augustales y patricios esperaban para verle, as como magistrados, pero no les llam. Pens en la falta de afeccin de Lucano, su noble simplicidad y aquella frrea cualidad que no poda ser abatida, as como en sus manifiestas virtudes. No poda decidir entre creer a Lucano un tonto o un hombre muy sabio a pesar de su juventud. Despus ri roncamente para s. Lucano estaba ahora en el palacio imperial. Pronto se correra la voz de que era husped de Csar, y la corrupcin se filtrara hacia l lenta e insidiosamente, como un agua mezclada con negro aceite. ¿Sera envuelto por ella? Sin duda, porque los hombres tienden hacia los vicios por naturaleza y el aire infecto es su elemento natural.

—Veremos —exclam para s en voz alta, y volvi a rer con amargura.

CAP ^ TULO XXVIII CAP ^ TULO XXVIII

Mientras Plotio conduca a Lucano a travs de otra selva de blancas columnas y estatuas, pregunt:

—Es slo por curiosidad, pero ¿qu dijiste al Csar?

— ¿Que qu le dije? —Lucano le mir con sorpresa—, pues hablamos de varios asuntos en los que se mostr muy comprensivo. Tambin le he prescrito un tratamiento. Plotio hizo un gesto de extraeza. Tiberio tena fama de caprichoso.

— ¿Insistes en rechazar su oferta? —pregunt el joven pretoriano.

—Ciertamente —respondi Lucano un tanto irritado—. Te he dicho que el Csar se mostr muy comprensivo. Sin embargo he accedido a permanecer en Roma, en esta casa, durante seis meses, para honrar la memoria de Diodoro. Despus de este periodo, partir.

Plotio crey que no haba odo bien y volvi la cabeza contemplando al mdico boquiabierto. Un hombre, un griego, haba rehusado la oferta del Csar y no slo haba abandonado su presencia con libertad, sino que haba sido tratado como una persona de la mxima importancia. Continuaron caminando en silencio, Lucano interesado en todo lo que le rodeaba y Plotio lleno de confusin. Si las estatuas hubiesen adquirido repentinamente vida no se hubiese sentido ms incrduo ni asombrado.

Entraron en un amplio corredor particular, guardado por dos pretorianos que saludaron y miraron a Lucano con curiosidad. Lucano vio que las blancas paredes estaban exquisitamente pintadas con escenas de la mxima depravacin y licencia, representando centauros y stiros, ninfas y dioses, hombres y mujeres, en actividades vergonzosas. Pero la elegante perversin no produjo repulsin ni asco a Lucano, que como mdico no encontraba nada obsceno en la intrincada y maravillosa belleza y funciones del cuerpo humano. Para l aquellas pinturas eran tan slo imaginaciones de nios impdicos y perversos, que encontraban placer en las diversiones ms bestiales. Habia visto cosas mucho peores pintadas toscamente en las paredes y posadas de Alejandra y Antioqua; aquellas por lo menos, haban sido realizadas por un artista insuperable. Una escena era tan paramente divertida que se detuvo por un momento y sonri. Luego dijo a Plotio:

—Este hombre tena una excelente educacin en anatoma y un gran sentido del humor.

Los dos jvenes estudiaron la obra de arte y luego se miraron uno a otro y rompieron a rer.

Los pretorianos estaban en todos los sitios, rgidos y saludando incluso en el vestibulo que conduca a un departamento maravilloso, con grandes puertas abiertas y ventanales que daban a una amplia terraza cubierta de csped y flores.

Lucano nunca haba visto tanto lujo ni siquiera imaginado que existiese. La amplia y espaciosa habitacin tena paredes de mrmol de cuatro colores diferentes, en los que contrastaban el blanco pursimo, el negro brillante, dorado y rosa, y un suelo multicolor reflejaba la luz del cielo y los reflejos del jardn. En el centro de la habitacin haba una gran cama de madera dorada en forma de un delfn, incrustada con deslumbradoras joyas, madreperlas, marfil y plata; estaba cubierta con una colcha de seda ricamente bordada con infinidad de flores entrelazadas. Air9sos pedestales de mrmol blanco y negro estaban colocados por la habitacin, sobre los cuales se alzaban estatuillas de bronce de mujeres desnudas que sostenan graciosamente en alto, Imparas de plata y oro u objetos de arte ms exquisito. Mesas de mrmol, y maderas preciosas estaban cubiertas con valiossimos vasos de cristal llenos de flores, en tal forma que las suaves brisas primaverales que entraban por las ventanas y puertas llenaban todo de fragancia. Divanes voluptuosos estaban colocados frente a las mesas, cubiertos de brillantes sedas, y cerca de las paredes se alineaban infinidad de sillas talladas cuidadosamente, con doradas patas. Un maravilloso armario de hierro forjado, con gemas rojas incrustadas se alzaba ante las ventanas, cubiertas con delicadas cortinas tejidas a mano. Sobre el armario colgaba un gran espejo de plata. Ms all de aquel lujoso y cmodo cuarto, haba otro, de mrmol rosado en su totalidad. El bao, empotrado en l, era de doce pies de largo y seis de ancho, lleno de agua caliente y perfumada, sobre cuyo fondo se vea una escena lasciva construida con los ms brillantes mosaicos.

—Esto son habitaciones de mujer —dijo Lucano, acostumbrado a la austeridad de los hogares de Diodoro.

Dos esclavos entraron, hicieron una reverencia ante I y le miraron con admiración. Eran un joven y una mujer, altos y esbeltos, de una negrura tan increíblemente deslumbradora que parecían más bien mármol pulido que carne. Las curvas y ondulaciones de sus cuerpos tenían un cálido brillo, como si estuviesen espolvoreados con plata, y sus hermosas facciones, delicadamente nobles, parecían haber sido creadas por el más exquisito artista. El negro cabello de la muchacha caía en suaves y rizadas ondas sobre su delicada espalda; sus pechos eran firmes, puntiagudos y brillantes con reflejos mates. Ninguno de los jóvenes llevaba puesta otra cosa que pesados collares de oro alrededor de sus cuellos y pendientes del mismo metal en sus orejas, que se reflejaba sobre sus brillantes pieles.

—Estos son tus criados —dijo Plotio.

A Lucano le parecía ridículo que aquellas fuesen sus habitaciones con esclavos para que le sirviesen a I. Intentó protestar, pero Plotio con un guiño, le saludó y le dejó solo. Miró al muchacho y a la muchacha y no supo qué decir, y ellos le miraron a I con sus grandes ojos negros y amplias sonrisas blancas. Esperaban que I hablase, por lo que preguntó con nerviosismo:

— ¿Cómo os llaman?

El muchacho replicó haciendo una nueva reverencia:

—Mi nombre es Nemo, señor y esta es mi hermana gemela, Nema. Mándanos. Estamos a tu servicio.

La muchacha se dirigió con gestos graciosos a una mesa y llenó de vino una copa cuajada de gemas que ofreció a Lucano. Él la tomó de su mano delicada trasido por la increíble belleza y perfección de su rostro y cuerpo. Llevó la copa a sus labios y bebió un poco. Nunca había bebido semejante vino sonrosado, perfumado y endulzado con miel. El muchacho le acercó una bandeja de higos maduros rellenos de nueces y otros dulces. Lucano comió uno o dos. Luego frunció el ceño.

—No necesito criados —dijo.

El muchacho y la muchacha sonrieron con un gesto vago y permanecieron allí; como estatuas, sin moverse, como si él hubiese hablado en una lengua extraña. Si él se sentía sorprendido ante ellos, ellos lo estaban igualmente ante él, porque nunca habían visto a una persona tan rubia, con un cabello tan dorado y tan hermoso. Los tres jóvenes permanecieron de pie y se admiraron mutuamente con descaro.

Otro criado penetró, hizo una profunda reverencia, e informó a Lucano que la augusta Julia había ordenado que se presentase al banquete que daba aquella tarde a las ocho de la noche. Se retiró dejando a los tres solos otra vez en su mutua contemplación. Luego Lucano exclamó con un tono juvenil:

—Supongo que no puedo rechazar la invitación, pero no tengo nada que ponerme aparte de lo que llevo encima.

Miró a la valiosa toga de Keptah que estaba sucia del viaje y a sus sencillas sandalias de cuero. Nemo se acercó al armario de bronce; lo abrió y sacó una túnica de excelente lienzo, con flecos bordados en oro, una toga tan blanca como la nieve, también bordada de oro, un par de sandalias de oro y un cinturón del mismo metal intrincadamente trabajado y cuajado de gemas, y brazaletes que hacían juego con él. Como un mercader mostrando reverentemente mercancías divinas, colocó sobre uno de sus brazos los vestidos y mantuvo el cinturón y los brazaletes en la otra mano.

—Bien —dijo Lucano—. Consideraba aquel guardarropa afeminado; sin embargo extendí mi mano para palpar el tejido y examinar las joyas —me sentí como un actor—, comentó.

Nemo indicó que él lo esperaba y que él y su hermana le enjabonaran, ungieran con aceites perfumados y daban un masaje a su cuerpo. Pero Lucano sintió repugnancia ante esto. Los dos esclavos le miraron con sorpresa y se miraron uno al otro con un gesto mudo,

—Me he bañado solo desde que tenía tres años —explicó Lucano.

Los esclavos simplemente le miraron incrédulamente. Alzó la voz,

—Deseo estar solo —dijo.

Sorprendidos hicieron una reverencia ante él y le dejaron, cerrando las puertas tras ellos. Ocuparon sus puestos fuera y empezaron a tocar una música suave para distraerle con una flauta y una lira. Por encima del sonido de la débil armonía Lucano podía oír el firme paso del pretoriano de guardia destinado a protegerle. Moviéndola la cabeza con gesto de duda, probó un diván y se sintió alarmado al ver que casi le tragaba su enorme suavidad. Se levantó y fue pasando de una obra de arte a otra. Nunca había visto tanto arte; las pequeñas estatuillas habían sido ejecutadas tan bellamente que revelaban hasta las más diminutas venas de las manos, garganta y pies. Hizo deslizar sus dedos sobre ellas y le pareció que estaban vivas.

El sonido de voces masculinas fuera de la terraza que se veía a través de la puerta abierta despertó sus instintos y salió fuera a ver de quien procedían. Dos jóvenes, de su misma edad, o más jóvenes, completamente desnudos luchaban sobre la hierba. Sus cuerpos amarillos resaltaban a causa de los bien modelados músculos disciplinados, y tras unos momentos su carne quedó cubierta de brillante sudor. Evidentemente eran dos atletas consumados, entrenándose más bien que jugando, y sus hermosos rostros estaban tensos, atentos y serios. Gruñían, se excitaban y gritaban, sin darse cuenta que Lucano les contemplaba con profundo interés. Algunas veces maldecían obscenamente. El joven médico se preguntó si serían esclavos. Observó sus cadenas, sus presas, la tensión de sus músculos, su destreza y fuerza. A través de las puertas, le vieron y saltaron aparte frunciendo el ceño.

—Saludos —dijo Lucano dándose cuenta de pronto de su hostilidad y reserva.

Le miraron con insolencia y deliberadamente examinaron sus vestidos sucios del viaje y sus vulgares sandalias. Como si hubiesen hablado sintió su despectivo comentario acerca de su falta de joyas, su

convencimiento de que era un hombre sin ninguna importancia y su asombro por saber que hara un hombre como I en aquel palacio. Creyeron que era un liberto intruso, un hombre que haba vagado por aquellas habitaciones tan cercanas a las de Augusta. Pero I no supo que tambien haba despertado su enemistad a causa de su apariencia, porque aunque eran jvenes hermosos no podan compararse a I. Despues uno de ellos hizo un gesto sombro de sorpresa. ¿Sera aquel extranjero el nuevo favorito de la caprichosa e insaciable Julia?

—Saludos —dijo agriamente e hizo un guio de ostentoso ridiculo a su compaero que tosi fuertemente.

—Soy Lucano, mdico e hijo de Diodoro Cirino —respondi Lucano y sinti el rojo de sus mejillas.

—Oh —dijo uno de los luchadores con voz fuerte, mostrando que no se senta impresionado—. Un mdico. Sin duda era un anterior esclavo. Ninguno de los dos jvenes haba odo hablar nunca de Diodoro. El otro luc hador pregunt:

— ¿Ests aqu para cuidamos?

—Estoy aqu como invitado del Csar —dijo Lucano framente.

Despus sus azules ojos brillaron ante los evidentes insultos que se le haban dirigido. Luego dijo, mientras ellos se recobraban de su indirecta referencia al Csar:

—Sois dos buenos luchadores, pero vulgares. Vuestros entrenadores carecan de arte. No podrais competir por ms de un momento con un buen atleta. Sois aficionados. Sin duda, sin embargo, un mejor entrenamiento os transformara en luchadores mediocres, suponiendo que trabajaseis con la debida intensidad.

Los luchadores permanecan silenciosos, respirando rpidamente. No podan creer que Lucano, vestido como un campesino, fuese en realidad un invitado de Tiberio Csar. Y le odiaban por su crtica.

—Sin duda —dijo uno—, t eres un luchador mejor.

—Lo soy —respondi Lucano apoyndose contra uno de los lados de la puerta. Se entretuvo comiendo un dulce que tena en la mano y pretendi estar engolfado en paladearle. Luego aadi, mientras los ojos de ellos le miraban con furor.

—Era mucho mejor incluso antes de que fuese educado en Alejandra. —Continu mientras ellos permanecan en silencio—, poda luchar mejor que vosotros cuando tema diez aos de edad —y les sonri con el rostro iluminado.

Uno de ellos se levant. Sus ojos chispeaban con furor.

—Mi nombre es Jacinto —dijo—, y tengo diez sextercios dispuestos para apostar que puedo echarte al suelo en tres segundos.

El otro repiti, hacindole eco:

—Mi nombre es Oris —dijo—, y tengo doce sextercios dispuestos para apostar que puedo arrojarte al suelo en dos segundos.

Lucano se apoy con un gesto gracioso contra uno de los lados de la puerta y lami sus pegajosos dedos. Despues tocando la bolsa en su cinto dijo:

—Yo tengo catorce sextercios que me acaban de susurrar que puedo luchar con cada uno de vosotros, uno tras otro, y echaros al suelo en un segundo.

Se pregunt, slo por un momento, si deba informarle que haba aprendido una forma peculiar de combatir en Alejandra, de un profesor de Catay. No, decidi; eran demasiado insolentes, insultantes y excesivamente confiados; adems le producan disgusto. Se estir repentinamente, apart la toga de Keptah, y luego sujet la tnica azul a su cuerpo. Permaneci ante ellos como una columna de mrmol blanco, y ellos retrocedieron con cierta desconfianza. Pero su cuerpo, despues de unos momentos, les pareci demasiado suave y elegante. Se echaron a rer y uno de ellos, medio agachado, se adelant hacia I con las piernas arqueadas. Era Jacinto.

Lucano esper con tranquilidad. Simplemente alz su brazo y lo extendi. El gesto era lnguido, casi inofensivo y ni siquiera inclin el cuerpo. Oris lanz una sola carcajada. Los dientes de Jacinto resonaron entre sus gruesos labios. Despues, como serpientes atacando, sus brazos salieron disparados hacia Lucano, y su curvada mano cogi a Lucano por un hombro. Oris parpade, porque algo haba pasado ante I. Abrumado vio a Jacinto tumbado sobre la hierba, cado sobre sus espaldas, los ojos desorbitados por el asombro y fijos por la sorpresa. Lucano bostez: ¿ Bien —dijo a Oris ignorando al otro joven, esto ocurri en un segundo—. ¿ Ahora t?)

Oris se humedeci los labios. Jacinto gruŕa desde la hierba, cado como una estatua derribada. Despues Oris, que posea un gran valor salt hacia Lucano. Fue como si un deslumbrador rayo le hubiese tocado. Se sinti culebreando hacia el espacio y se uni a Jacinto cayendo de hombros limpiamente sobre la hierba.

Lucano se puso la tnica sonriendo.

—Me debis veintids sextercios —dijo—. Acordaos de pagrmelos.

Los dos jvenes se levantaron y quedaron sentados sobre el suelo, examinndose cuidadosamente. Movieron sus cabezas a fin de aclarar sus confundidas mentes.

—No estis heridos, ni siquiera descalabrados —dijo Lucano sosteniendo la toga de Keptah—, desde luego, si tuvieseis inteligencia, lo cual dudo, la tendrais ahora un tanto confundida; sin embargo, se aclarar.

— ¿ Qu hiciste? —Exclam Jacinto dbilmente ponindose de pie—. No te vi ni siquiera moverte. No sent nada. Sin embargo, un segundo despues, estaba volando a travs del aire. Es algo de magia.

—S, magia —exclam Oris como un eco—. ¿ Quin puede resistirse a la magia?

Frotndose a s mismos contemplaron a Lucano, que alz sus cejas dirigiendose a ellos.

— ¿Magia?, no seis insensatos —replic—, lo que pasa es que slo sois simples aficionados. ¿Acaso no os lo dije?

—Yo gan una bolsa de oro en los grandes juegos —grit Jacinto ruborizndose violentamente.

—Y yo gan una segunda bolsa —repiti como un eco Oris rechinando los dientes.

Lucano se ech a rer ante ellos.

—Entonces yo hubiese ganado dos bolsas —dijo—. Vamos, ¿qu ms sabis hacer?

Se senta excitado y su fuerte cuerpo joven, ansioso de ms ejercicio.

— ¿Lanzis el disco?, ¿o la jabalina?, ¿boxeo?, ¿hacis carreras?, ¿saltos de longitud o esgrima?, sin duda que no sois capaces de hacer otra cosa que esas infantiles caricias que os dedicis uno a otro.

Dio dos pasos hacia atrs y salt hacia delante doblando las piernas y se lanz a travs del aire.

Incrdulamente dos pares de ojos le siguieron. Sus pies se alzaron limpiamente por encima de sus cabezas. Luego cay hacia detrs sobre la tierra como un gato.

—Superad esto —dijo sin respirar apresuradamente—, y no me deberis nada.

Tras ellos, en la puerta, son un aplauso entusiasta, y cuando se volvieron, vieron a Plotio all riendo.

Entonces Jacinto y Oris se sintieron aterrorizados. Conocan muy bien a Plotio, y la alta estima que Tiberio senta por l, su valor, discrecin y cualidades militares. Plotio se adelant hacia la hierba y puso la mano sobre el hombro de Lucano.

—Vaya exhibicin —exclam—, mi querido Lucano, podas competir en todos los juegos del circo y tener a Roma a tus pies. Para mi instruccin, te ruego que me empieces a dar lecciones de esgrima maana. —Mir a los dos jvenes luchadores —. ¿Quines son estos nios? —pregunt.

Pero Jacinto y Oris, bajando las cabezas se haban retirado hacia el final de la terraza. Plotio aadi:

—Necesitaban una leccin, esos consentidos favoritos de la divina Augusta. Ten cuidado no sea que intenten envenenarte en el banquete que Augusta da esta noche en honor de Cibeles; es muy devota de la diosa viuda. Sin duda que le gustara ser viuda tambn. A propsito, no pude seguir tus movi mientos cuando luchaste con esos chicos. No hiciste ms que extender el brazo y cuando ellos cogan tu hombro te inclinaste hacia atrs y salieron volando. Como ^caro y con el mismo resultado.

—Me aprovech de ellos —dijo Lucano haciendo un guio feliz.

Volvieron juntos a la habitacin donde Plotio pregunt por qu los esclavos estaban fuera tocando msica en el corredor exterior.

—Deseaban jabonarme y untarme con aceites perfumados —dijo Lucano.

Se quit la tnica y salt dentro del bao, donde nad un poco, revolviendo su hmedo y dorado cabello y levantando una burbujeante espuma de agua. Plotio se coloc sobre el borde del bao y le contempl con intensa admiracin.

—Nunca he visto un cuerpo as —dijo.

Lucano se deslizaba por el agua como blanco alabastro y con la misma suavidad.

—Ah, las damas te amarn —aadi Plotio moviendo su encasquetada cabeza.

Ninguno de los dos jvenes haba visto a una dama en el extremo ms distante de la terraza, que haba salido de sus habitaciones al ruido de sus voces, haba permanecido all, contemplando, su hermoso rostro carente de expresin. Cuando apareci Plotio, se retir a sus habitaciones sonriendo. Se dirigi a su espejo y se estudi a s misma, intensamente entonando una cancin en voz baja.

CAP ^ TULO XXI CAP ^ TULO XXIX

X

Temo asegur a Lucano que estaba tan ʒ radiante como un sol ʒ, despus del bao y del ungimiento, del cual Nema haba sido excluida, y tras haberse puesto los blancos y dorados vestidos. Lucano haba rechazado el collar, aunque no sin una rpida mirada al espejo. Se senta posedo por una curiosa excitacin. No quera reconocerlo, pero el mundo de los hombres y de extraas experiencias nuevas, invariablemente le emocionaban como si fuese un recin nacido. Estaba a punto de ser iniciado en una atmsfera de la cual Diodoro haba hablado con furioso desprecio. Lo que Lucano haba visto hasta entonces, aunque contra su voluntad, haba despertado su admiracin, porque sus ojos de griego no eran insensibles a la belleza y su alma no era tan rgida como para sentirse a disgusto ante la vista de la grandeza y de la elegancia.

Lucano permaneca de pie en aquellas horas vespertinas, mirando hacia abajo, a la ciudad imperial, desde la altura de los jardines que se extendan fuera de las habitaciones. La ciudad se extenda ante l como un sueo, purprea, dorada, violeta y blanca, flotando en una niebla sonrosada a travs de la cual ocasionalmente apareca una estatua alada sobre un alto pedestal, una incandescente bveda, una nevada pared sobre la que se reflejaba la luz de los ltimos rayos del sol, un esculpido y poderoso arco, el enorme abanico de piedra de los peldaos de unas escaleras olmpicas. Todo lo que no poda ser visto en la ciudad quedaba escondido por aquella niebla rosada que empezaba a fluir, no slo en los cielos, sino sobre toda la ciudad, en tal forma que pareca como si se difundiesen millones de rosas derretidas en una vasta cortina a travs de la cual emergan formas fantasmales. El tortuoso Tber se curvaba como una vena de brillante fuego escarlata, palpitante a travs de la suave niebla sonrosada, con sus frgiles puentes que parecan compuestos de plata y marfil. Incluso las distantes colinas brillaban vacilantemente y parecían perder su materialidad. Las columnas del

palacio alrededor de Lucano destacaban con suave y brillante color perla, con sus lados occidentales enrojecidos. Hasta l llegaba el sonido de las cercanas fuentes como una frgil msica. Las voces de los pjaros murmuraban puras tonadas. El perfume de flores, jazmines, y lilas, se esparca en aquel dulce, coloreado y etreo aire. Las hojas de los mirtos brillaban como metal, La hierba tena un tono de color amatista.

Excitado y apresado por el milagro que era la colosal ciudad, Lucano se reclin contra una columna, escuch y mir. Luego percibi la voz de Roma, por debajo y sin embargo por encima de las voces de los pjaros cercanos a l, como el ruido de una gigantesca rueda que giraba, sofocado, trueno titnico, constante e inacabado. Lentamente Lucano se sinti impresionado por una percepcin sorprendente. Pese a la omnipotencia de la voz de la ciudad, careca de firmeza, de ardor, de cierta intensidad y masculinidad, Lucano record entonces lo que Diodoro le haba dicho en cierta ocasin.

‡ Es una ciudad incapaz de enfadarse. Una ciudad sin masculinidad ni herosmo †

Diodoro, aquel hombre capaz de enfadarse mucho, heroico y masculino, haba hablado bien. El susurrante rugido de Roma era un rugido contenido. Su esplendor imperial y poder pareca de contorno. Poda ser monstruoso y cruel en sus muchos aspectos. Pero era una monstruosidad y crueldad de un hombre anciano que se haba consentido demasiado y haba olvidado la fuerza de las extremidades y la dureza del corazn. Yaca en el centro del mundo como un hinchado, aunque poderoso, stiro, reclinado en un divn de seda roja y oro, con una mano apretando la espada, la otra mano alzando dbilmente una copa de vino hasta su boca, una guirnalda deslizndose de su cabeza, sus pesadas mejillas descansando sobre un pecho blando como el de una mujer.

Incapaz de enfadarse. Poco masculina. Aqul poda ser el epitafio de Roma. Haba cado, pero no en batalla. Las haba ganado todas. Era lo mismo. El triunfo se transformaba en muerte no menos que la derrota. Si un hombre mora valientemente con las armas en la mano, en algn campo de batalla, por algn principio, patriotismo, o por la proteccin de lo que haba considerado ms sagrado, no haba vivido en vano. Pero aquellos que ganaban batallas por el poder, vivan sin gloria y moran sin gloria, quedaban como objeto de stiras posteriores y de avisos para las edades. Era extrao que los imperios nunca aprendiesen aquella leccin, pens Lucano. Era extrao que los hombres nunca aprendiesen nada en absoluto. De pronto, mirando hacia abajo a la envuelta y sonrosada ciudad, Lucano se sinti lleno de una extraa intranquilidad y de una amenazadora inseguridad. Sintió que estaba ante un abismo de algo que no poda an discernir; era como si algo hubiese cambiado y acelerado desde una inmensa eternidad.

La sonrosada niebla sobre la ciudad fue disminuyendo. Una oscuridad lilicea como un vasto remanso se extendi sobre Roma, e inund los jardines donde Lucano permaneca. La luna se alz lentamente sobre la bveda del cielo. Los pjaros empezaron a quedar silenciosos, las fuentes a clarear, Nemo toc el brazo de Lucano y el joven griego se volvi con sorpresa mirando al esclavo.

—Son las ocho, seor —dijo Nemo. Lucano mir una vez ms hacia la ciudad que se extenda debajo. Luego murmur:

—No, es la hora once.

Un reflejo de rojas antorchas brillaba entre la oscuridad violeta abajo, miles y miles de antorchas como inquietas lenguas. A Lucano le pareci el principio de una conflagracin.

Pocos momentos despus formaba parte de una multitud de hombres y mujeres que se movan a travs de los vestibulos y amplias habitaciones, que estaban entonces iluminados por cientos de lmparas. Las mujeres andaban con dura seguridad entre sus hombres, porque Roma, como haba dicho amargamente Diodoro, era una ciudad de mujeres, con mujeres arrogantes dirigiendo a sus hombres con agresivas e insolentes voces. Era un encubierto matriarcado, corrompido, egosta, de pecho abrasado, insistente y avaricioso. Era por las mujeres romanas por lo que las legiones romanas luchaban. Era por las mujeres romanas y sus ociosos cuerpos, que los galeones zarpaban de todos los puertos con sus cargas de lujo, comidas, sedas y joyas. Era por las mujeres de Roma que las banderas ondeaban sobre las ciudades y pueblos y las trompetas sonaban. No podan invadir el Senado, pero estaban all en las personas de sus esposos, hijos o amantes. Las bolsas y mercados, febriles con el cambio de oro y el furor de las inversiones podan sonar con las voces de hombres. Pero los estridentes ecos eran las voces de las mujeres. Posean la riqueza de Roma. Su suave vitalidad sonaba con el tintinear de las cadenas de millones de esclavos.

A medida que Lucano se adelantaba entre la multitud hacia la corte de Julia se dio cuenta de que aquellos que se apresuraban hacia la fiesta se hacan cada vez ms numerosos. Era como si las estatuas de dioses y diosas en togas y estolas abandonasen sus prticos y nichos y se uniesen a las mujeres, y como si aquellos que permanecan en sus lugares mirasen hacia abajo con el desprecio de una celestial indiferencia dirigida a los desertores. ‡ He conocido las cosas del mundo de odas †, se deca Lucano a s mismo maravillado. Contempl los bellos, aunque depravados rostros de las mujeres, sobrecargados de cosmticos; mir sus joyas, sus cabellos negros, morenos, dorados o bronceados recogidos por redes enjovados o sujetos con cintas a la manera griega. Una nube de perfumes flotaba procedente de sus cuerpos y vestidos. Sus blancos o morenos cuellos relumbraban con gemas, sus bruidos brazos estaban cargados de adornos de oro y sus dedos relumbraban. Entre ellas haba famosas cortesanas, esclavas liberadas por dueos caprichosos, y mujeres de importancia. Era imposible decir quienes eran y en qu se distinguían de las grandes seoras, de las grandes casas y grandes nombres. Las mujeres casadas podan ser reconocidas de las solteras slo por sus estolas, cuyos vestidos tenan una falsa simplicidad, y cuyos rostros eran tan mundanos y desilusionados como el de las matronas y el de las mujeres infames. Entre ellas no haba ni un solo ojo inocente, o una

asombrada sonrisa joven o una tierna mirada, slo atrevimiento, avaricia y miradas a su alrededor para ver si eran admiradas. Un elevado murmullo de conversaciones incoherentes flotaba a su alrededor.

Los hombres no eran menos ambiguos. Los senadores podan ser reconocidos por sus rojas sandalias, pero los augustales no eran distinguibles de los gladiadores, los libertos de los patricios, los mercaderes de los hombres de nombre brillante. Lucano se pregunt si aquellos que tenan los aires ms arrogantes no seran los ms bajos y si aquellos que aparecan ms elegantes no haban surgido a la fortuna de algn sumidero. Diodoro haba dicho con frecuencia que Augusto Cayo Octavio nunca hubiese permitido a uno de bajo nacimiento entrar en su palacio, sin importarle su riqueza actual o posicin. Pero su degradada hija, Julia, esposa de Tiberio, con frecuencia proclamaba su democracia. Para ella, un gladiador de fama era tan distinguido como un senador. Tan slo peda que sus invitadas fuesen divertidas y alardeaba de que entre concubinas y cortesanas haba encontrado frecuentemente ms inteligencia que entre las esposas e hijas de las casas nobles.

Su propio padre la haba exilado en cierta ocasin por su descarado comportamiento. Por qu la haba empujado hacia Tiberio era un enigma, porque Augusto haba sentido afecto y admiracin por el actual Csar. Era posible que Augusto hubiese credo que Tiberio, fro, justo y notorio por su falta de susceptibilidad respecto a las mujeres y su virtud privada, pudiese ejercer un efecto apaciguador sobre Julia.

El sonido de prisas se elev sobre los sanes de una msica distante. Lucano pudo ver reflejos de pies cubiertos de plata y oro o enojados calzados y materiales cubiertos de brocados. Los hombres rean y murmuraban mirando a su alrededor con insolencia. El blanco ro ascendi una baja y amplia escalera y atraves largos patios. Algunas de las seoras en particular miraban a Lucano con curiosidad a travs de sus pestaas pesadamente pintadas con khol o le sonrean con un gesto invitador. Una vez vio un par de ojos violetas como los de Sara bas Eleazar y se sinti repentinamente sorprendido. Otra vez un perfil le record el de Rubria y de nuevo se sinti impresionado. Le enfureca que una de aquellas mujeres pudiese parecerse a alguna de las que haba amado y a quienes amaba todava. Inclina su cabeza a fin de no verlas ms. Los hombres lanzaban miradas sospechosas hacia l y se preguntaban quien poda ser. Las Imparas vertan su brillante luz sobre la concurrencia; las joyas parecían danzar en aquella luz en la que brillaban miradas codiciosas.

Lucano iba pensando: Ciertamente se haba lamentado de que aunque las formas de la Repblica todava se conservaban, la Repblica ya no exista. Entre aquellos hombres y mujeres no exista ningn amor a la patria, ninguna aclamacin por la libertad, ningn honor por los poderosos muertos que haban fundado su nacin y sus instituciones. Sus bocas exhalaban perfume a causa de los desodorantes que haban absorbido. Para Lucano exhalaban corrupcin. De pronto se sinti profundamente deprimido. Pens en su hogar con nostalgia. Tena la impresin de que estaba desnudo en medio de la gente y que todas las partes de su cuerpo eran vulnerables.

Una dulce brisa lleg hasta su rostro; mir hacia arriba y vio que estaba siendo llevado a lo largo de un vasto prtico abierto, donde, puesto que el tiempo era tan suave y fresco, el banquete iba a ser celebrado. El prtico se abra sobre un gran jardn, decorado con mezclas de brillantes luces que se reflejaban a s mismas sobre el roco de oscuras hierbas. Las estatuas estaban iluminadas por varios colores y parecían sumidas en aguas coloreadas como figuras de plido fuego. El suelo haba sido cubierto con flores y colocadas en altos jarrones, a fin de que el clido aire palpitase con su perfume. El prtico, tambin iluminado, brillaba como nieve esculpida contra el oscuro cielo, y a su alrededor haban sido construidas grutas artificiales de musgos y flores en las que se alzaban las ms exquisitas estatuas, vacilando tmidamente y brillando en medio de la luz de la luna. Msicos invisibles tocaban flautas, arpas y lades. Las mesas extendidas en el prtico estaban cubiertas con manteles rojos, llenas de oro y bordados elaborados, tejidos con brillantes hilos, y los divanes a su alrededor estaban decorados en la misma forma y como esperando. A lo lejos yaca la vociferante ciudad, temblando con Imparas, las rojas antorchas parpadeando, y de ella llegaba un rugiente sonido como de un bosque de fieras.

Los huéspedes haban empezado a instalarse en medio de muchas risas y Lucano permaneci de pie, con incertidumbre, cerca de un deslumbrador pilar. Contempl los rboles que circundaban los jardines, como si estuviese esperando a alguien. Las ramas oscilaban con Imparas de extraas y fantsticas formas y la luz atravesaba sus teidos cristales. Esclavos, masculinos y femeninos, hermosos como jvenes dioses y sirenas y desnudos como estatuas, permanecan esperando que los invitados ocupasen sus lugares, las mujeres en sillas de marfil y bano incrustadas con metales preciosos, y los hombres sobre divanes. Lucano no saba que hacer, porque todos parecían conocer su sitio. Las voces de los invitados se hicieron vehementes a causa de la excitacin. En tal forma que los jardines y el prtico reproducan el eco que pareca ser de loros, o lujuriosos monos. La msica haba quedado amortiguada; slo ocasionalmente, como en un armonioso ruego, era oda; luego el clamor desapareca momentneamente. Los rostros de los esclavos permanecan impasibles y complacientes. Un grupo de pequeas muchachas apareci entonces, para ungir los pies de los invitados con blsamo. Su absoluta desnudez pareca estar inspirada en la inocencia. Aparecieron camareros, llevando grandes recipientes de plata llenos de nieve en las que haban sido colocados botellas de vino, que fue vertido en enojadas copas coronadas con verde laurel. El perfume del dorado o rub lquido se mezcl con el de las flores y de la hierba. Los invitados tomaban el vino despus de hacer una libacin y Lucano record la ofrenda al Dios Desconocido y le pareci que todo su cuerpo se estremeca con excitacin y soledad. Permaneca todava junto al pilar. Aunque los camareros haban servido el vino no haba nada todava encima de las mesas

cubiertas de seda sino flores y copas. Los invitados estaban esperando; hablaban de los últimos negocios, las últimas inversiones, de las carreras y juegos, y contemplaban a los vestidos gladiadores haciendo comentarios. Su vivaz charla, tan trivial y tan maliciosa, era extraña para los oídos de Lucano como la charla de multitud de pájaros parlantes. Oy mencionar nombres antiguos y famosos, mezclados con escándalos de la más abyecta clase. Una gran señora, se afirmaba con mucha risa, acababa de tomar su décimo amante, pero este era una esclava. Una muchacha afirmaba vehementemente que Cupido la había visitado una noche y describa la visita con detalles lascivos. Un senador empezó a discutir con otro senador acerca de sus inversiones en la tierra de Israel. Declaró que sus hombres habían descubierto las Minas de Salomón. El segundo senador le afirmó que había sido engañado y que debía hacer volver a los descubridores encadenados. Un gladiador, tragando el excelente vino, declaró que podía luchar con un león con sus manos desnudas. Apuestas fueron hechas inmediatamente para los próximos juegos.

El aire se hizo opresivo; los jardines tenían un aspecto secreto y blanquecino a la luz de la luna. Los invitados bebían más y más y empezaron a inquietarse y sus voces se alzaron en tonos más altos. Unas pocas señoras cerca de Lucano le contemplaron con repentino interés. Todas las mujeres habían descartado la clásica estola; permanecían sentadas envueltas en las más delgadas y costosas sedas de colores, lienzos y brocados que, aunque cubran sus pechos, revelaban todos los detalles de curva y pezones. Sus suaves hombros brillaban a la luz de las lámparas. Sus frentes estaban húmedas, sus labios más y más llenos y rojos. Algunas se inclinaban en sus sillas y recostaban sus cuerpos contra los hombres, invitando a besos sobre sus gargantas, hombros y boca. Los esclavos habían colocado guirnalda de rosas sobre todas las cabezas y el perfume del jardín, la hierba y los bálsamos llenaron todo el pórtico. El resplandor de las joyas hirió los ojos de Lucano; las lámparas parecían adquirir mayor fulgor e intensidad. Tenía hambre, y se sentía violento en su aislamiento cerca de la columna. La música se mezclaba con el fragante rumor de las fuentes, cuando podía ser oído por encima de las voces. Se dio cuenta de que la cabeza de la mesa en forma de U se extendía un gran diván cubierto con púrpura imperial y lleno de cojines sirios. Por lo tanto los invitados estaban esperando a la augusta, Julia. No sabía que era su costumbre permitir que sus invitados se emborrachasen antes de aparecer a fin de que el hecho de que ya no era joven se difuminase entre la multitud. Los jarrones alejandrinos que sostenían las flores de las mesas empezaron a chispear con un excesivo color para Lucano. Se sentía muy aburrido. Diodoro había hablado de orgasmos y desbordamiento. Al joven griego aquello le parecía excesivamente gris. Las roncas voces de los hombres le molestaban. El agudo e insistente tono de las mujeres eran como si le metiesen una cuña en sus oídos.

Una mano deferente tocó su brazo. Uno de los encargados del lugar, que criticaba a los camareros por cualquier falta, permaneció tras él.

—Señor, ¿no has encontrado tu lugar? —murmuró.

—No —dijo Lucano con cortedad—. No sé si tengo lugar.

Luego vaciló.

—Soy Lucano, hijo de Diodoro Cirino y no he estado aquí antes.

El encargado le miró con horror. Hizo una profunda reverencia hasta que su cabeza llegó al nivel de las rodillas de Lucano, luego dijo con voz trémula:

— ¡Pero Señor!... has de sentarte en el diván de la augusta. Su voz se hizo terrible y miró hacia los otros encargados que acudieron a toda prisa, luego dijo:

— ¡Aquí está el huésped honrado y ninguno le ha conducido a su lugar!..., ¡mañana habrá latigazos!

Los invitados cercanos detuvieron su conversación para mirar. Lucano, enrojeciendo, retrocedió y sus pies se enredaron con una de las alfombras persas con las que se cubren los mármoles y blancos suelos del pórtico.

—No, es culpa mía, y de nadie más.

— ¿Y no fuiste escoltado hasta aquí, señor? —preguntó el primer encargado mientras los otros se reunían a su alrededor para su mayor violencia. Luego Lucano recordó que Plotio había quedado en llevarle él mismo, pero Lucano había olvidado esperar. Luego añadió con prisa:

—Tengo un gua, Plotio, de los pretorianos, pero no le esperes.

El encargado gruñó. Sus compañeros le hicieron eco. Luego se inclinaron a la vez en una profunda reverencia. Más y más invitados empezaron a interesarse. Los encargados rodearon a Lucano como si fuese una guardia y ceremoniosamente le llevaron al diván de púrpura. Un profundo silencio cayó sobre los invitados cuando Lucano se sentó y todos los ojos quedaron fijos en él. Fue colocada una guirnalda sobre su cabeza. Un niño quitó sus sandalias y ungió sus pies. Después le fue escanciado vino. Su rostro estaba rojo y sudaba. No sabía dónde mirar, pero finalmente miró al final del pórtico. Plotio estaba allí, tratando de fruncir el ceño pero consiguiendo tan sólo aparecer enormemente divertido. Lucano tomó un largo trago de vino. El silencio del pórtico, el intento de verle, era enervador. De pronto la música se alzó exuberante acompañada por muchas voces dulces y las fuentes empezaron a cantar a la luna.

Las posaderas de Lucano fueron tragadas en la suavidad del diván. No podía hacerse a la idea de reclinarse como los otros hombres estaban reclinados. Apoyó un codo en un cojín e interiormente maldijo a Plotio, los invitados, a sí mismo, a Julia y luego a Tiberio. Se vio a sí mismo como un novato en aquella reunión, un nuevo recién llegado. Y de nuevo se sintió enfurecido.

Un murmullo recorrió todos los invitados murmurando su nombre, como un viento turbulento que agitate filas de flores porque innumerables joyas, ricos colores, oscuros y nuevos rostros, alegres técnicas, brillantes miradas y lustrosos cabellos se mezclaban en grupos de confusa exhuberancia y excitación bajo los destellos de las

prismáticas Imparas. Los hombres se alzaban sobre los cojines; las mujeres alzaban sus cuellos, sus blancos dientes deslumbrando en medio de rojos labios mientras sonrean descaradamente a Lucano. El griego crisp su mano sobre la ropa cuajada de gemas y bebi de nuevo.

— «Lucano! —Murmuraban todos con exclamaciones —. «Lucano, el hijo de Diodoro!

Despus todos estallaron en una carcajada, cordial, y alzaron sus copas en honor del joven; los hombres inclinaron sus cabezas en gesto de saludo y las mujeres dirigieron sus manos cuajadas de joyas a sus complicados peinados.

— «Bienvenido! «Saludos! —Exclamaron los invitados —. «Bienvenido, noble Lucano!

El joven trat de sonrer; se senta a disgusto y completamente embarazado. Vio que Plotio le haga tambn una reverencia con mucha irona e involuntariamente rompi a rer. Una ramera apareci de nuevo junto a l y llen su copa otra vez. El vino estaba endulzado y era fuerte. La luna iluminaba la escena a travs del aire claro; las estrellas brillaban en el cielo parpadeando sobre el jardn y las Imparas oscilaban mientras las fuentes iluminadas reflejaban su luz sobre las estatuas que se alzaban en ellas.

De repente son una trompeta; una sola y, los invitados se levantaron con un rpido murmullo, esperando. Lucano se levant tambn con dificultad, porque el divn era demasiado suave y profundo y adem s empezaba a sentir los efectos del vino. Julia, acompaada por Jacinto y Oris, los atletas, haba aparecido en el prtico.

Lucano vio con gran disgusto que iba vestida segn la antigua moda cretense. No era ni muy alta ni muy baja y su figura era voluptuosa, su carne muy blanca. Su ajustado vestido, copiado de los modelos usados por las mujeres cretenses, haba sido tejido de oro y cubra todo su cuerpo, incluso los brazos, con excepcin de sus pechos, que aparecan desnudos y con los pezones pintados de color escarlata; el vestido caa de sus caderas formando pliegues bordados con joyas y pintado, con plumas de pavo real. Estaba orgullosa de sus pechos, mostrados con tanta evidencia, porque eran blanquosimos, con un lustre delicado, de curva impecable y firmes. Sus cabellos, de un tono dorado de vino viejo, haban sido peinados en alto y con sumo cuidado y, siguiendo su vestidura cretense, llevaba un diminuto sombrero parecido a una multicolor mariposa,

ulgurante de gemas sobre la cima de sus rizos. El tejido de oro de su vestido modelaba sus caderas como si estuviese pegado a las curvas de su carne y la coquetera de su sombrero y el brillo de sus joyas parecían asociarse para dejar deslumbrados a quienes la contemplaban, para aplastarles con magnificencia. Todos sus movimientos eran sensuales, calculados y, por lo menos para Lucano, carnales y vulgares, acentuados por el metlico vestido.

Los invitados de aquella mujer radiante. Ella se detuvo a poca distancia para reconocer el recibimiento, y Lucano pudo ver su rostro primero de perfil, luego de frente. De perfil tena un cierto aire de fra lejana, que le recordaba una estatua de Palas Atenea, pero cuando se volvi de frente vio su aspecto ancho, imperioso y duro y grosero, en un grado ms que lo corriente. Su cutis era excelente y las ligeras arrugas que tena haban sido disimuladas hbilmente bajo una capa de pintura y polvos sonrosados; sus extraos ojos parecían de lapisluzuli entre rgidas pestaas negras espolvoreadas con polvo de oro; tena una boca sensual con el labio inferior grueso, deslumbrante de pintura roja. Posea una nariz corta y algo gruesa con las fosas nasales ampliamente abiertas. Produca una impresin a la vez cruel y sentimental, orgullosa y presumida, arrogante y sin embargo familiar. Para Lucano tena un aire de cierta fiera barbarie, y pens en el fro y orgulloso Tiberio que era su esposo y en el viejo soldado Augusto Csar Cayo Octavio, que haba sido su padre. Intent no mirar a la descarada exhibicin de sus pechos que le producan embarazo.

Jacinto y Oris, tocando familiarmente sus codos, la condujeron hacia el divn imperial y por primera vez ella mir a Lucano. Sus labios se entreabrieron en una sonrisa encantadora, clida y de bienvenida, seductora como la de una muchacha. El joven se inclin ante ella en saludo y mantuvo su cabeza inclinada mientras ella se sentaba con un gesto gracioso y metlicos murmullos y Lucano se sinti casi abrumado por su sensual perfume. Luego se sinti atemorizado al ver que era su voluntad que Jacinto y Oris, que hicieron un gesto sntico al reconocerle, se sentasen juntos a su mano derecha y Lucano a su izquierda.

—Saludos, noble Lucano —dijo Julia al joven.

Tena una voz masculina y sensual, como la de una mujer de bajo nacimiento, pese a descender de una gran familia.

—Saludos, Augusta —murmur como respuesta, y se dej tragar de nuevo por el divn con un sentimiento de desesperanza.

Los invitados se sentaron produciendo un sonido de suave brisa y la msica aument de tono y ritmo mientras los cantores iniciaban un canto de adulacin a una diosa. Julia estaba de buen humor. Con frecuencia estaba peligrosamente aburrada y descontenta, pero aquella noche estaba excitada. Jacinto y Oris, vestidos con tnicas color de rosa y ceidos con cinturones de oro, miraban ariscos a Lucano, lo cual divertía a la emperatriz. Los invitados creyendo que el joven griego era un nuevo favorito, como en realidad era, aunque l no lo supiese, le miraban con miradas de adulacin y expectacin. Pero Julia, hasta entonces, salvo sus palabras de bienvenida, ignor su presencia. Julia se dedicaba a atormentar a Jacinto y Oris con sonrisas especiales, caricias en las mejillas y cuellos con sus enjoyadas manos y murmullos significativos.

Una horda de criados entro en el prtico portadores de deslumbrantes platos y bandejas, llenos de uvas, higos, aceitunas y otros manjares. Platos de oro fueron colocados ante los invitados, las copas fueron llenadas de nuevo. Junto a cada plato fueron colocados cuchillos de oro, tenedores, cucharas de variadas formas, mondadientes, bordadas servilletas y pequeos recipientes de agua caliente y perfumada. La curiosidad se impuso a la intranquilidad de Lucano. Estudi el primer plato, momentneamente sordo al clamor cada vez

mayor, a la música y a Julia. Era una enorme fuente con bordes ondulados, llena de pequeñas ardillas, guisadas con aceite y miel y cubiertas de semillas de amapolas. Otras fuentes contenían huevos especiales, riones inmersos en aceite, pequeños pescados ahumados, hígados de pato sobre los que había sido vertida una salsa de olor penetrante y cabezas de ternera hervidas. Los criados pululaban alrededor de los invitados, ofreciendo servilletas limpias después que los dedos habían sido sumergidos en los recipientes de agua para limpiarlos de las salsas y aceite, rellenando las copas con vino caliente y ofreciendo panecillos de curiosas formas y recién sacados del horno.

Lucano no había visto nunca tanta profusión de alimentos. Ingenuamente creyó que aquello componía el banquete. Rechazó las ardillas, comió un poco de hígado y un trozo de queso. El vino estaba empezando a producirle efecto dándole una visión torcida de la mesa, demasiado brillante, llena de colores e intensa luz. Su inquietud por estar tan cerca de Julia, cuyos pechos empezaban a estar excesivamente próximos, aumentó. En sus oídos vibraban las voces, risas y música y su cabeza empezó a darle vueltas. Para refrescar su enfebrecida boca, comió una granada, unos cuantos dátiles y un puñado de uvas. No apagaron su fiebre y se encontraron bebiendo de nuevo el helado vino.

Se hizo una pausa en el banquete. Los criados retiraron los untados platos y las vajillas, y volvieron a colocar servilletas nuevas. Hasta entonces nadie había dirigido la palabra a Lucano. Los invitados esperaban a que Julia le hablase primero y percibir en el tono de su voz la importancia del favorito, su estado en la consideración de Julia y cómo tendrían que dirigirse a él y tratarle. Pero Julia estaba medio reclinada contra el cuerpo de Jacinto. Las demás mujeres también habían abandonado sus sillas, que habían sido retiradas por los criados con maestra, y se habían recostado sobre divanes cercanos apretando sus cuerpos deseosos contra la carne de los hombres. Los rostros empezaron a enrojecer; las guirnaldas empezaron a caerse de las cabezas de algunos; las risas adquirieron un tono elevado y agudo. Aquí y allí los hombres empezaron a desnudar las tnicas de pechos y hombros de algunas mujeres jóvenes y a besarlos ardientemente. Lucano, pese a su condición de médico, se sintió cada vez más inquieto y molesto. De modo que aquello era a lo que la emancipación de las mujeres romanas les había conducido, a aquel despliegue de deseos inmodesto y vulgar; a aquellos diálogos torpes, a aquellas discusiones medio embriagadas, a aquella charla intrascendente sobre negocios, chismes y política; a aquella insistencia torpe y ordinaria. Pensó en Aurelia y en su madre Iris, hábiles en los deberes caseros, la amabilidad, el cuidado de los niños y el cariño hacia los esposos. Ellas no habían conocido mucho a Virgilio u Homero, ni podían discutir campañas militares o pleitos legales prominentes en las Cortes de Justicia, como habían hecho aquellas mujeres hacía poco, pero podían llevar paz, alegría y honor a sus hogares, sus hijos y esposos las reverenciaban y el divorcio y adulterio era desconocido entre ellas. Lucano reflexionó. ¿Declinaba y decaía una nación cuando las mujeres ganaban el dominio y cuando ninguna puerta de la ley, los negocios, la política estaba cerrada para ellas, o indicaba el dominio de las mujeres que una nación estaba en trance de decadencia?

Lucano pensó en la dulce Rubria y en la tímida y encantadora Sara ben Elazar. Repentinamente le pareció imposible que hubiesen existido en una época como aquella. Se sintió de pronto lleno de deseo y desesperada pasión por Sara e incluso olvidó sus votos. Sus manos se crisparon sobre sus rodillas mientras escuchaba la conversación de las mujeres en la sala a la izquierda de la mesa. Aunque el prtico era abierto y los iluminados jardines se mezclaban

con él, el aire dentro del recinto de columnas estaba cargado de perfumes y olores a clido sudor. Repentinamente las sinuosas caderas de Julia empezaron a moverse hacia él, aunque ella aparentaba estar sumida en la conversación con los demás.

Lucano quedó rígido con un nuevo acceso de intenso disgusto, desprecio y vergenza. Aquella mujer era la augusta, Julia, emperatriz del mundo, esposa de Tiberio, pero su voz, gestos y movimientos provocativos bajo el dorado y ajustado vestido eran característicos de una ramera, una mujer disoluta de la calle. Las caderas se apretaron más contra él; sus voluptuosos pechos palpitaron, los escarlata pezones se alzaron erectos, el tejido metlico de su vestido recortaba todas las curvas y detalles de su cuerpo, incluso el ombligo. El perfume sensual de la mujer tenía para el joven un tono de carroa.

El sonido de los cmbalos anunció otro plato del festín y los esclavos entraron triunfalmente llevando en alto una enorme bandeja de plata sobre la que yaca un pez vivo, iridiscente con el brillo de sus escamas, coleteando desesperadamente en sus agonías finales. Lucano, horrorizado, pudo ver sus desorbitados latigazos de su cola de arco-iris.

El pez fue llevado triunfalmente alrededor de los invitados que aplaudían y examinaban a la pobre criatura con exclamaciones de ebrios. Entretanto los criados colocaron una humeante caldera de cobre llena de agua aromática en el centro de las mesas colocadas en forma de U y el cocinero principal apareció con una pequeña mesa de servicio cubierta con un tejido blanco de muselina bordada. Los portadores del pez llevaron el animal, que se movía espasmodicamente, hasta donde estaba el cocinero y éste lo cogió con sus grandes manos y lo introdujo en la caldera. Inmediatamente el agua empezó a agitarse y el olor de especias y hierbas se mezcló con nubes de vapor.

El cocinero, con la ayuda de dos criados que actuaban ceremoniosamente, extrajo luego el pez y lo extendió sobre un tronco de madera donde le preparó para la mesa. Su fragancia se mezcló entonces con los demás olores; su carne era sonrosada y jugosa. Fue servido en medio de una salsa hecha con vino, ajos y jugo de limones. Lucano contempló su porción incapaz de comerla. Se sintió de pronto presa de náuseas. Comió otro trozo de queso, lechuga, zanahoria, pepinillos, unas cuantas aceitunas, uvas, un trozo de pan y bebió otra copa de vino.

Julia, a fin de disfrutar del pescado, se levantó sobre sus codos y reclinó su cuerpo atravesándolo sobre el diván. Esto apartó las caderas de Lucano. Por primera vez se dirigió al joven entablando conversación con él, y con otra de sus encantadoras sonrisas preguntó:

— ¿No te gusta el pescado, Lucano?

Y por alguna razón desconocida el joven griego, cuya cabeza empezaba a vacilar curiosamente, no encontró su voz tan desagradable como antes.

Su pecho quedó reclinado contra sus hombros y Lucano no podía evitar su roce mientras pensaba que aunque no es joven, posee considerable belleza, aunque no tenga vergenza. Entonces luego murmuró:

— Procedo de una familia austera y los lujos me son desconocidos.

Ella sonrió y un profundo hoyuelo apareció en el extremo de su roja boca. Alzó sus rizadas y pintadas pestañas con gesto curioso y respondió:

— Hemos de remediar esa austeridad.

Luego acarició suavemente las mejillas del joven con el dorso de su suave mano y le pellizcó cariñosamente. Una gran excitación recorrió la sala, incluso entre los comensales borrachos. Julia había dado a conocer sus favores. A partir de aquel momento el joven griego será un poder formidable en el palacio y algunos senadores, menos borrachos que otros, meditaron sobre esto. Jacinto y Oris se ruborizaron e intercambiaron miradas dirigiendo a Lucano una mirada de odio profundo que éste ignoró. Los dos atletas se quedaron tramando algo.

Quizá la música y los cantores se habían acercado del fondo a las mesas, porque Lucano podía oírles con repentina y fuerte claridad. Una mujer de voz rica y elocuente empezó a cantar:

*Me preguntas por qué lloro, doncella mía.
Escúchame ahora, mientras te digo por qué.
Lloro por un cadáver que yace desnudo
y por los labios que amé y ya no amo.
Por eso lloro y suspiro.*

*Mejor es amar en vano
y ansiar una dicha desconocida,
estar sumido en dolor interminable,
que bostezar con los deseos satisfechos,
y huir de un beso ofrecido.*

Los labios de Julia estaban apoyados en la oreja de Lucano y éste no se apartaba de ella, en parte por un sentimiento de aviso instintivo y porque no podía insultar ni siquiera a aquella indigna mujer. Ella murmuró en su oído:

— Y ansiar una dicha desconocida.

Fue entonces cuando Lucano comprendió a lo que ella intentaba inducirle y la miró con ojos dilatados y extraños viendo sus labios humedecidos y la agitación de su pecho. Se sintió abrumado y su disgusto le produjo una fuerte náusea que atenazaba su garganta. Las caricias de Julia no habían sido nuevas coquetadas de una mujer sin recato concedidas a cualquier hombre. Eran una invitación y una orden. Una ira repentina se apoderó de él, a la vez que un sentimiento de degradación personal. Julia ofreció su propia copa llevándola a los labios de él y Lucano se vio obligado a beber el vino. Aunque se sentía inundado de tempestuosas emociones, se sentía también mareado. Las mesas y sus ocupantes oscilaban suavemente ante sus ojos como si fueran en un barco. Lucano, incapaz de apartarse de la mano que se apoyaba en su cuello acariciándole, se dijo a sí mismo: que no sólo estoy disgustado y asustado, estoy también borracho y en celo. Entonces los dedos de Julia exploraban su cuello suave y delicadamente y su tacto era tan experto, tan conocedor, que el joven sintió un súbito deseo de responder. Repentinamente su carne empezó a estremecerse con deseos y ansias; su sentimiento de vergenza aumentó. Bebió más vino.

Julia se echó a reír con suavidad, comprendiendo. Apartó su mano, porque los criados traían en aquel momento una fuente aún más grande sobre la que reposaban una rueda de lechoncitos de leche, dorados y jugosos e inmersos en una salsa picante, naranjas asadas y corazones de alcachofas. A éste, siguieron otros platos de ternera asada y otros manjares delicados. De nuevo los criados limpiaron los dedos de los invitados y les ofrecieron servilletas limpias.

El ruido del prtico adquirió proporciones formidables. Estallidos de risa incontrolable surgían de entre las mujeres y gritos roncós de hombres. El ruido de los besos y palmadas contra la carne suave resonaban por encima de la música. Imitando a Julia, las mujeres se habían desnudado hasta la cintura y pechos sonrosados, ambarinos y blancos relumbraban a la luz de las lámparas. Lucano miraba con avidez; ya no era el médico objetivo; ya no pensaba que aquella turbulencia de pechos desnudos era un despliegue de simples órganos mamarios. Las sinuosas caderas de las mujeres le fascinaban y le estremecían. Olvidó abstenerse del vino y a medida que su copa era llenada de nuevo, bebía sediento. Toda la escena bacanal se mezclaba con un grandioso despliegue de deslumbrantes colores, desnudos, olores sensuales y relmpagos de luces de múltiples tonalidades. Le parecía que las columnas del prtico tenían un brillo de luz de luna propio y estaban

iluminadas por dentro y que las estatuas de las grutas y hornacinas estaban vivas y le hacan gestos obscenos y libertinos.

Se estremeca. Julia le besaba la garganta y sus manos le acariciaban. Un deseo poderoso se apodera de l. Le pareci la mujer ms hermosa y deseable. Se sinti estremecer con un repentino placer. Los ojos de ella parecían rerse de l, hizo un gesto como si estuviese satisfecha y se apart de l humedeciendo su boca palpitante. Luego, caprichosa y burlona, se dedic a sus anteriores favoritos, que haban permanecido tramando la muerte de Lucano. Pero las huellas que sus dedos haban dejado en Lucano ardan como fuego.

Lucano perdi la nocin del tiempo y qued sumido en encontradas sensaciones, de calor, de mareo, deseos persistentes, confusin, oscuridades momentneas, silencios llenos con arco-iris deslizantes y un continuo clamor. Intent aclarar su vista parpadeando para librarse de una niebla sonrosada, azul, plateada y escarlata; sus odos estaban ensordecidos con el ruido de las voces y la msica. Se pregunt a s mismo, creyendo que se haga la pregunta ms seria e importante del mundo: ¿Quin soy yo? Su boca estaba llena de deliciosos sabores; el vino era enloquecedor. Se apoy contra la mesa, se aferr al borde del divn por temor a caerse porque le pareca que se balanceaba bajo l. Estaba seguro de que sus pensamientos contenan la sabidura de los siglos, que penetraba en tremendos secretos que acudan a l desde la eternidad. La mano izquierda de Julia apoyada sobre su cadera le pareca la ms deliciosa presin. Me he perdido tantas cosas, pens solemnemente, y sus ojos se llenaron de lgrimas nacidas de la piedad que senta hacia s mismo. Aquella compaía era deliciosa y todos los invitados perfectos como dioses y diosas, encantadores, maravillosos en su amistad, inteligentes y amables. La luna era el escudo de Artemis; la estudi con la esperanza de que la diosa virgen radiante saldra de detrs de ella, vestida de argentina belleza. Las estatuas brillaban frencticamente en sus grutas. La corona de rosas se desliz de la cabeza de Lucano y el joven, con gesto meticuloso y cuidadoso, volvi a colocarla en la posicin debida. Por alguna razn aquello le pareca absolutamente necesario. No hay duda de que no estoy borracho, se dijo a s mismo con severidad. Sencillamente, es que nunca he sabido lo que era vivir. De nuevo sus ojos se humedecieron con lgrimas y solloz por su anterior personalidad sacrificada. Sus manos y pies estaban pesados, pero el resto de su cuerpo palpitaba. No pens en Sara ni en Rubria, pero las imgenes difusas de ambas, como fantasmas sin rostro, permanecan en l, aumentando su marcada exaltacin. Sus miembros se aflojaron.

Multitud de sonos atravesaron su mente haciendole estremecer de placer en placer, inundndole de pensamientos, de susurros. Lucano volva en s durante breves intervalos y descubra que estaba conversando amigablemente y con feliz intensidad con la seora sentada junto a l y, aparentemente, haba estado conversando durante bastante tiempo. Pero lo que haba dicho para mantener tan pendiente a l su profunda mirada negra no lo saba. Agit su cabeza, como sorprendido, y ella le murmur al odo:

—Hablas con arrebató. Contina.

Lucano movi de nuevo su cabeza y se sinti sumido en otra serie de brillantes imgenes. Sin embargo, todos sus sentidos estaban iluminados, elevados. Se retir dentro de s mismo durante un rato para reflexionar con gozo sobre todo aquello. Estaba completamente borracho.

Los esclavos aparecieron llevando una amplia plataforma de madera que instalaron en la hierba cerca del prtico. Arrojaron cestos de rosas sobre los invitados y perfumaron el clido aire con perfume. La luna pareci acercarse ms hasta el extremo que pareca estar al alcance de la mano y una suave brisa se alz en el jardn mientras que las copas de los cipreses parecían coronadas con puntas de fuego plateado. Aparecieron danzantes, luchadores, cantantes y actores, pero sus actuaciones pasaron casi desapercibidas porque la mayora de los invitados estaban roncando ruidosamente, entretenidos con sus vecinos o parpadeando estpidamente. Pero Lucano contempl a los atletas, tratando de verlos a travs de la niebla sonrosada que impeda su visin. Dirigiéndose a la dama que mantena encantada, manifest:

—Ofrecen un pobre espectáculo.

Oris estaba dormido, pero Jacinto oy las palabras de Lucano y exclam:

—Ellos no usan magia!

Sus ojos brillaron con ira y celos.

Lucano afirm con gran solemnidad:

—Podra vencerlos a todos. —Bebi ms vino, asinti con un gesto de su cabeza y repiti con pesado nfasis—: Podra vencerlos a todos.

Julia se volvi hacia l, bes uno de sus hombros y murmur:

—S, lo s, mi divino Apolo.

Son un agudo toque de trompetas y las lmparas de colores brillaron ms intensamente sobre la plataforma. Los esclavos arrojaron ptalos de rosas sobre ella. Cinco jvenes, con las piernas cubiertas para imitar las patas cabrunas y los cascos de Pan, con los lomos adornados con guirnaldas de amapolas rojas, saltaron sobre la plataforma con gritos agudos y delirantes. Llevaban flautas en los labios y acompaados por otros msicos llenaron el aire con agudos y enloquecedores sonos de sus flautas. Sus excitados y vivarachos ojos miraban a todos lados como si fuesen aladas liblulas, mientras danzaban, saltaban y se agitaban en el aire. Las flautas ensordecían los odos e incluso aquellos que roncaban o cabeceaban se despertaron y prestaron atencin. Los oscuros jardines prestaban un fondo perfecto a aquellos danzarines; sus enfundados pies resonaban y repiqueteaban sobre el tablado de madera; los rostros quedaron pronto cubiertos de sudor; jadeaban, se movan en crculos, se encabritaban mientras las guirnaldas de sus cinturas se agitaban. Sus

movimientos eran sensuales e incitantes, los salvajes gestos de sus rostros excitaban pasiones. La música y el sonido de las flautas se hicieron más rápidos, más alocados, más exigentes.

Un grupo de muchachas, vestidas como ninfas en flotantes y transparentes vestidos y coronadas con lirios, saltaron sobre la plataforma con los brazos extendidos, sosteniendo velos sutiles ante sus hermosos rostros. Bailaron recatadamente, con miradas tímidas y aparentemente ignorantes de los stiros que danzaban a su alrededor. Eludan ansiosos abrazos, cantando suavemente para sí mismas. Los stiros empezaron a exaltarse hasta enloquecer; sus lenguas rojas emergieron lamiendo el aire. Los sonrosados cuerpos de las muchachas se transparentaban a través de sus delicados vestidos; sus jóvenes senos temblaban, sus cinturas se cimbreaban. Sus ojos brillaban tras los velos y sus largas cabelleras caían a su alrededor. Los stiros saltaron más y más, frenticos y lujuriosos, persiguiendo a las ninfas mientras éstas danzaban y giraban en la plataforma cantando.

Lucano no supo exactamente en qué momento quedó framente sobrio, aunque no de cuerpo, sí de mente. Miró a los danzantes con repentino disgusto y repugnancia. Deseó levantarse y marchar mientras sentía que sus sienas palpitaban de dolor. Le parecía que algún terrible peligro le amenazaba. Pero su carne no obedecía sus órdenes; quedó flaccidamente medio tendido en el diván. Percibía el cálido aliento de Julia en sus mejillas, su mano acariciando sus brazos, su voz susurrante confiriéndole vergonzosas palabras. Se sintió enfermo y se despreció a sí mismo. Deseó saltar dentro del agua fría y limpiar no sólo su cuerpo, sino también su espesa boca y su mente. Miró a los demás invitados y sus bocas entreabiertas en las que silbaba el aliento, oliendo a vino; miró a las mujeres con sus pechos desnudos y se sintió apoderado por una especie de horror y desprecio hacia ellas y hacia sí mismo. Sus ojos le ardían secos y su estómago se sintió invadido por náuseas.

Las ninfas gemían con entremezclado terror y simulado placer, porque los stiros las habían aprisionado entre sus nervudos brazos. Los stiros, entonces, rasgaron los velos y vestidos de las ninfas y acariciaron sus desnudos cuerpos, enroscando sus peludas patas alrededor de ellas. Luego, alzaron a las ninfas en sus brazos, las elevaron sobre sus cabezas como si fueran estatuas vivientes y las transportaron hacia la oscuridad, con ruidos animales de triunfo y placer.

Como si hubiese sido una señal, todas las luces del pórtico y los jardines fueron extinguidas inmediatamente y sólo la luz de la luna iluminó la hierba, los árboles y las revueltas y desordenadas mesas. Los invitados permanecieron sentados sumidos en silencio y estupor. Luego, pareja tras pareja, abrazados juntos, se pusieron en pie y se alejaron hacia las grutas que ofrecían su oscuro cobijo, hacia los distantes jardines donde sólo se filtraba la luz de la luna. Lucano contempló como se alejaban y el asco poderoso volvió a adueñarse de él.

Después se encontró sólo con Julia y los dos atletas. Oris roncaba, sumido en la inconsciencia, mientras que Jacinto tenía el rostro enrojecido por la lujuria. Cuando la emperatriz se levantó reflejando en su vestido la luz de la luna, Jacinto se levantó con ella, pero ella se apartó de él. Sonrió a Lucano, le tomó de la mano y susurró:

—Ven —haciendo que el joven se pusiese de pie.

El cuerpo de Lucano estaba anormalmente paralizado y torpe a causa del vino; las rodillas le temblaban. Pero el sentimiento de terrible amenaza se hizo más fuerte que él. Pudo entonces pensar en Tiberio, el poderoso César. Contempló a Julia con odio y sus ojos azules despidieron destellos iluminados por la luz plateada. Ella creyó que Lucano vaciló bajo el impacto de su cuerpo, porque no era una mujer de peso gracioso y demás él estaba débil.

Jacinto, borracho e inflamado por los celos, empezó a dar vueltas alrededor de Lucano y Julia, y luego cogió al joven griego por un hombro lanzando obscenidades y amenazas. Lucano apartó a la emperatriz de sí y la fuerza volvió a su cuerpo. Agarró a Jacinto, le obligó a dar media vuelta y lo lanzó con violencia a los brazos de Julia. Ambos cayeron sobre el diván en un revuelo montón de cuerpos y piernas.

Luego Lucano corrió. Atravesó el pórtico a toda velocidad derribando mesas y sillas. Se deslizó veloz por sobre el silencioso y pulido suelo deslumbrante bajo la luz de esparcidas lámparas. Oyó que alguien corra tras él, acercándose cada vez más, dio media vuelta alzando los puños cerrados. Pero era Plotio.

— ¡Rápido —exclamó el joven pretoriano—, por todas las furias, rápido!

Arrastró a Lucano hacia un corredor de mármol, largo y estrecho, que recorrieron con la velocidad de dos jóvenes Mercurios.

— ¡Estás loco —exclamó Plotio jadeando.

— ¡Y creas que me iba a acostar con ella? —gritó Lucano enfurecido.

—No, pero hay medios menos violentos para rechazar a una dama —respondió Plotio. Luego gimió—. Y pensar que César me nombró tu guardia personal.

Detuvo repentinamente a Lucano y sus ojos recorrieron el corredor. Dos pretorianos paseaban arriba y abajo al final del mismo con las espadas desenvainadas. Plotio se dirigió a él con un murmullo.

—Corres un peligro mortal. La Augusta no olvidará esto. Conseguir tu vida si puede, porque la has humillado más allá de lo que puede soportar.

Gimió suavemente, se quitó el yelmo y enjugó el sudor que cubra su frente con su vigoroso y moreno brazo.

—Escúchame. Hay una puerta de bronce a ocho pasos a la izquierda de la que sólo los oficiales tenemos llave, porque conduce a las habitaciones de abajo. Seguir hasta allí y simular que examino la cerradura. Luego distraer más allá a mis hombres con una conversación. En el momento propicio corre hasta la puerta que yo habré abierto, psalá rápidamente, entra en el corredor que hay detrás y esprame allí.

Su voz sonó con gran urgencia.

Mir hacia atrs al camino por donde haban venido. Luego, con una mirada formidable dirigida a Lucano, que se senta violentamente enfermo, dej al joven mdico. Se adelant con rapidez en forma marcial hacia el saln que se abra ante ellos, se detuvo ante la puerta y simul examinarla. Luego continu hasta encontrarse con sus hombres, que se detuvieron y le saludaron.

Conteniendo sus nuseas, tratando de contener los eructos que acudan hasta su garganta, Lucano mir por detrs de la columna con sumo cuidado. Esper hasta que Plotio hubo colocado a los pretorianos en forma que le diesen la espalda. Oy sus rudas carcajadas mientras Plotio les explicaba alg chiste. Luego corri hacia la puerta de bronce, la abri tan silenciosamente como le fue posible y deslizse en el oscuro y fro pasaje que se abra tras ella, cerrando la puerta a sus espaldas. Se apoy contra la hmeda pared de piedra, cruz sus brazos con fuerza sobre su estmago, y cerr los ojos intentando vencer el atronador dolor de su cabeza.

CAPITULO XXX CAPITULO XXX

El pasadizo era estrecho y hmedo; pequenos regueros de agua corran entre las sombras piedras y un techo arqueado parecia presionar hacia abajo. Al final del mismo haba una lmpara colgada de un gancho, dbil y amarillenta y ms all de ella se abra otro pasadizo que se prolongaba formando ngulo recto. Reinaba all un profundo y pesado silencio roto, slo por el dbil tintineo del agua.

Despus que pudo controlar sus nuseas, Lucano mir a su alrededor y empez a pensar... Pareca que haba mucho tiempo que estaba esperando a Plotio. Frunci el ceo. Nunc a en su vida haba tenido sospechas de nadie ni enemistad. Pens que su vida haba discurrido demasiado protegida, excesivamente restringida, limitada al hogar y a los estudios. Haba sido prevenido de la escena de aquella noche y de sus recientes experiencias que le haban abrumado. Haba odo hablar de aquellas orgas; haba visto una o dos versiones pequeas de las mismas en Alejandra, las cuales le haban dejado indiferente porque no haba tomado parte en ellas. ¿ Si ahora me siento tan violento frente a estas cosas, ¿ qu me ocurrir cuando me lance de lleno a este rudo mundo? ¿ Estara otra vez como un nio? ¿

Le disgustaba pensar que haba considerado a Tiberio Csar simplemente como un hombre poderoso, omnipotente, pero un hombre al fin. Pero era un terror, el dueo del mundo, marido de una arpa, seor de legiones, amo absoluto de todos los hombres. ¿ Vengara l a Julia? Adems estaba Plotio, que era fiel al Csar. ¿ Poda confiar en l? ¿ Le habra conducido hasta aquel estrecho pasadizo a fin de matarle? ¿ No estara en aquel momento con Tiberio, aunque era casi la madrugada, considerando juntos aquel asunto? El hijo de Diodoro Cirinio no poda ser ejecutado pblicamente, como un criminal. Su muerte no tena que presenciarse nadie, nadie tena que enterarse, y aquel lugar y hora, eran perfectos. Su cuerpo poda luego ser arrojado al Tber y se publicara despus que haba muerto misteriosamente mientras permaneca bajo el cuidado personal del propio Csar.

Lucano no deseaba morir. Pens en su madre, sus hermanos y hermana. Pens en todo el trabajo que tena que hacer. Se prepar para defenderse. Maldito fuese el vino que haba bebido! Se separ de la pared y flexion sus msculos. Pens de nuevo en Plotio, armado con su espada corta, que pronto aparecera en el pasadizo. Slo l y Jacinto haban visto como Lucano rechazaba a Julia con violencia. Era incluso posible que Plotio no estuviese en aquel momento con Csar; tambn era leal a Julia y poda ser que estuviese consultando con ella como deshacerse del hijo de unos esclavos en la forma ms rpida posible.

¿ Es grande y fuerte ¿, pens Lucano, ¿ pero soy mayor que l y ms fuerte. Si no tuviese la espada podra estrangularle, o por lo menos vencerle. Sin embargo, exista aquella espada. Lucano reflexion con todos sus sentidos alerta. ¿ Tendr que arreglarme para vencer a Plotio ¿, se dijo a s mismo. ¿ Luego como pueda, encontrar la salida de este lugar abominable, no para volver junto a mi familia, a quienes pondra en peligro, sino para salir de Roma. Dio unos pasos hacia la linterna. ¿ Por qu esperar a que Plotio volviese? Huira ahora. Oy el rechinar de la llave en la cerradura y se dio cuenta que era demasiado tarde.

Corri hacia la puerta y se coloc contra la pared en forma tal que la puerta se abriese contra l y tuviese ocasin de saltar sobre Plotio antes de que el joven capitn se pusiese en guardia contra l. Si Plotio entraba con la espada desenvainada, tendra que morir. Lucano vacil. ¿ Pero es mi vida, la vida de mi familia y mi trabajo lo que he de proteger ¿, pens con la velocidad de la luz. Record el mandamiento que Jos ben Gamliel le haba enseado: ¿ No matars ¿. Pero no se haba mandado que un hombre no se defendiese a s mismo.

La puerta se abri rpidamente, el perfil de Plotio apareci y Lucano vio que no llevaba la espada desenvainada. Plotio, al no ver a Lucano tras de la puerta, maldijo con voz contenida y le llam con ansiedad. Entr en el pasadizo y cerr la puerta tras l, la atranc y luego dio media vuelta hacia el corredor. Entonces vio a Lucano, la palidez de su rostro y la tensin que le dominaba y comprendi. Le hizo un amplio guio y dijo:

— ¿ De modo que estabas preparado mi querido Hrcules? No me preguntes nada. He hablado con el Csar. Hablaba con tono divertido.

— ¿ Qu dijo el Csar? —pregunt Lucano, no confiando del todo en l.

—Ah, vas aprendiendo —respondi Plotio, moviendo su cabeza con admiracin—. Slo dije al Csar que careces de experiencia y que habas ofendido a la Augusta tontamente, la cual es notable por su falta de

paciencia para sufrir ofensas. Te lo he dicho, no me preguntes nada. Tu vida corre el ms mortal peligro. Sgueme.

Pero Lucano vacil. Retrocedi con gesto belicoso ante Plotio.

— ¡No estoy bajo la proteccin del Csar como invitado en su palacio? Tan slo ha de dar la orden y ni siquiera la Augusta se atrever a levantar su mano contra m.

Plotio suspir con impaciencia.

—Que poco sabes, mi buen inocente. Julia no podra ordenar tu muerte abiertamente, teniendo en cuenta las circunstancias de tu presencia aqu. No, tu muerte ocurrira ms disimuladamente y el Csar no podra impedirlo. Existe el veneno, lo has de comprender, o un accidente y luego tu cuerpo sera enviado con pesar a tu familia con una carta manuscrita del Csar. Julia tiene muchos espas y devotos en el Palatino, ms que el propio Csar. Por lo tanto hay que protegerte. Maana, disfrazado, abandonar la ciudad en un buque que te estar esperando en el puerto. Bajo ninguna circunstancia debes volver a tu casa o llevarte all la muerte no solo para ti sino tambin para los que amas. Una vez a salvo se har creer a Julia con habilidad que Csar se enfad contigo y te ha desterrado.

Hizo una pausa y mir a Lucano que le estaba an vigilando.

—Fue una suerte para m que Julia no supiese que yo estaba escondido al final del prtico —aadi luego—. Pero Jacinto no tuvo tanta suerte y ha sido el nico testigo de su humillacin. Sin duda estar muerto antes de la puesta del sol, cayndose por unas escaleras, por ejemplo.

— ¿Qu Csar, qu Augusta y qu ciudad! —exclam Lucano.

Plotio le mir boquiabierto, luego movi la cabeza.

— ¿Y qu inocente! —respondi.

—No me fo de nadie —dijo Lucano.

—Excelente, mi buen amigo. Seguir hasta mis habitaciones y t vendrs tras de mi. Me vi obligado a dejarte aqu por algn tiempo a fin de asegurarme de que mis colegas oficiales estn durmiendo o de guardia. Pero dentro de pocos momentos habr relevo de guardia y hemos de damos prisa.

Lucano vacil an. Despus de todo no conoca mucho a Plotio. Luego dijo:

—Te seguir, pero djame primero que te quite la espada.

Plotio le mir a los ojos y Lucano le desarm. Luego el soldado inici una rpida marcha por el pasadizo y volvi hacia la derecha, seguido de Lucano que empuaba la espada y miraba con precaucin a su alrededor. En el pasadizo ms alejado existan una serie de puertas de roble y dbiles ronquidos sonaban tras ellas. El lugar era ms seco, se perciban un olor a hierba procedente de algn desconocido y llegaba el murmullo distinto del viento exterior. Plotio se detuvo ante una puerta, abri con una llave y entr haciendo un gesto a Lucano para que le siguiese. Cuando Lucano estuvo dentro, Plotio cerr con rapidez la puerta y la atranc. Luego habl en voz baja.

—Debemos hablar en voz baja. Nadie debe saber que ests aqu porque yo, como t, no me fo de nadie.

Su pequeo dormitorio, iluminado por una sola y silbante Impara era sobrio y austero. Contena solo una cama tosca, una silla y una mesa sobre la que estaba la Impara. De las encaladas paredes colgaban espadas y dos escudos, y en ellas se abran varios nichos en los que haban cabezas de dioses que parecían de juguete. En una de las hornacinas, un poco mayor que las otras, estaba un busto de Diodoro, hbilmente esculpido en mrmol sobre el que penda el estandarte de Roma y Lucano lo vio inmediatamente. Pese a estar an bajo los efectos del vino sinti que sus ojos se llenaban de lgrimas. Puso la espada sobre la mesa, mir a Plotio frente a frente y dijo:

—S que puedo confiar en ti —y seal el busto—, t amabas a mi padre.

—Si —dijo Plotio. Se acerc al pequeo busto y lo toc con reverencia—, como mi padre le amaba y mi to, el senador que muri a causa de sus colegas, porque amaba a su patria y era un hombre honrado.

Hizo una pausa.

—As le am Tiberio tambin.

Lucano se sent sobre el borde de la cama. Su dolor de cabeza se haca cada vez ms insoportable y se sinti lleno de tristeza porque no podra ver otra vez a su familia; quiz nunca ms. Sostuvo la cabeza entre las manos y gimi:

—Me gustara un poco de agua, agua muy fra.

Plotio riendo suavemente, alz un jarro del suelo y lo acerc a los labios de Lucano. El joven bebi con insaciable sed. Inmediatamente se sinti invadido por las nuseas y Plotio corri con rapidez una oscura cortina y le empuj hacia la letrina que haba detrs. All se retorci y vomit el vino agrio hasta que qued completamente exhausto. Pero su dolor de cabeza persisti. Cuando acab de devolver volvi al dormitorio, donde Plotio esperaba an armado y con el yelmo puesto. Se haba puesto una capa sobre el uniforme y bostezaba como si aquello fuese la cosa ms corriente del mundo.

—No te dejar ni un momento —dijo—. Se quit el casco y lo puso sobre la mesa—. Ocupars mi cama y yo dormir acostado en el umbral, envuelto en mi capa. No protestes. Tu carne es ms delicada que la ma; soy militar y estoy acostumbrado a dormir en el suelo: He atrancado la puerta pero es posible, aunque no probable, que alguien nos viese cuando huimos del banquete de Julia.

— ¿Y pensar que ni el propio Csar puede protegerme —dijo Lucano con desprecio— de una mujer indeseable!

—Durante ciertos momentos no parecía que la considerases indeseable —dijo Plotio mostrando su poderosa dentadura al sonrer con un gesto feliz—, recuerdo momentos en los que le devolviste sus besos con ardor e incluso, en una ocasin, recuerdo que la quitaste su sombrero cretense y te lo pusiste gravemente, en la cabeza con gran admiracin de los invitados.

— ¡Imposible! —exclam Lucano horrorizado.

—Fue as, sin duda alguna.

Plotio se divierta a costa de Lucano. Alz su mano con gesto de juramento y aadi:

—Te lo juro. Tambin ofreciste a Julia en ms de una ocasin hacerle una demostracin de tus facultades de atleta, slo que ni Jacinto ni Oris lo deseaban. Entonces declaraste que con ocasin de los Juegos Griegos, dentro de una semana, retaras a cualquier atleta a cualquier clase de ejercicio. Los invitados manifestaron su gran inters y Julia se sinti muy orgullosa.

Lucano record las brillantes y clidas visiones que atravesaron su mente durante el banquete. Mientras Plotio hablaba record repentinamente y con vergenza el aplauso de los invitados y dbilmente, como en un sueo, se vio a s mismo de pie y haciendo una reverencia. Gimi y apret sus sienes entre las manos.

—Alardeaste —continu Plotio cada vez ms divertido—, acerca de un tal Bruno, que era semejante a un oso, que te haba enseado a luchar en Alejandra y a quien finalmente derrotaste. Aseguraste tambn que poseas una copa de oro, testimonio de que en cuestiones atlticas eras el mejor.

Lucano gimi con ms fuerza. Era cierto. Plotio no poda saber aquellas cosas, si l mismo no las hubiese dicho.

—Y en cuanto al baile, aseguraste que eras un verdadero experto. Si Julia no te lo hubiese impedido, hubieses dado una esplndida exhibicin all mismo. —Plotio suspir—. Personalmente hubiese disfrutado con la exhibicin. Era evidente, sin embargo, que la Augusta deseaba, ver tus habilidades en privado. —Suspir nuevo—. Pero si hubieses decidido mostrar tus poderes en ese terreno, hubieses herido al Csar ms all de toda medida, no porque te hubieses acostado con su esposa —porque ella se ha acostado ya con tantos — sino porque cree que eres un hombre bueno.

Frunci un poco los labios reflexionando.

—Ha comprendido todo, cuando le habl hace un rato.

Lucano se frot las sienes con las manos estremecindose.

— ¿Por qu no se divorcia o la exila? ¿Es tonto ese hombre?

—Julia es la hija del viejo Augusto, y el pueblo amaba al padre, pero no ama a Tiberio.

Lucano se estremeci de nuevo. Sufra nuseas an y senta como si mil pequeos demonios golpeasen en su crneo. Se senta tambn profundamente avergonzado. Mir a Plotio y de repente los dos jvenes rompieron a rer. Plotio apoyado contra la pared incapaz de contenerse y Lucano reclinado sobre el lecho. Su paroxismo era tanto ms violento cuanto se vean obligados a ahogar sus risas entre sus brazos y manos. Cuando Plotio pudo contenerse aadi ronco a causa de su alborozo:

—Juraste que si Julia besaba tu guirnalda te comeras las rosas con espinas y todo. Pero ella susurr algo en tu odo que aparentemente te hizo cambiar de opinin. Me encantara saber que te dijo.

— ¡A m no! —exclam Lucano. Entonc es se dio cuenta que iba cubierto nicamente con su suave tnica azul porque en algn lugar haba dejado su toga. ¡Esperemos que me crea impotente y que no quise mostrarle mi impotencia!

Volvieron a rer. Lucano bebi un poco ms de agua con todo cuidado. Plotio no le permiti apagar la Impara. Se tendi ante la puerta sobre el suelo de piedra envuelto en su capa y qued inmediatamente dormido. Pero cuando Lucano qued solo consigo mismo fue incapaz de conciliar el sueo. Pronto estara lejos de aquellos a quien amaba, exilado. ¿Pero acaso no haba deseado aquello? Dio vueltas en la cama inquieto. Haca rato que haba amanecido y oy los pies apresurados de muchos oficiales que pasaban por el corredor antes de quedar dormido en una febril modorra.

Tuvo un sueo extrao y terrible. Vio a Roma en llamas; oy el atronador sonido de cientos de miles de columnas que caan abatidas sobre el suelo. Escuch los alborotados lamentos de la multitud. Los cielos negros se enrojecan sobre las cabezas y un inmenso olor de corrupcin, como carroa quemada, se extendi sobre la ciudad. Vio Csares inflamados de maldad, con rostros corruptos o estpidos, coronados con hojas de laurel o roble. Los prticos caan envueltos en llamas, los templos se derribaban como si fuesen de papel y desaparecan. Los circos rugan llenos de fieras y los leones escapaban de sus jaulas y caan sobre el populacho que hua. Desde algn lugar se oy una voz profunda y poderosa: 𐄂 ¡Ay, ay de ti Roma! 𐄃 y su atronador sonido llen todo el universo mientras las estatuas enrojecidas de los dioses explotaban en fragmentos rojizos, caan con las columnas, las blancas paredes se inflamaban como velmenes y se hundan, las Siete Colinas humeaban cual hogueras y el Tber discurra como un ro de sangre.

Cuando Lucano se despert vio que la Impara haba sido llenada de nuevo y arda con luz amarillenta. No tena modo de saber qu hora era, pero sinti que era muy tarde. La habitacin careca de ventanas. Entr en el retrete; al final de la ptrea pared rec ordaba haber visto unos pequeos agujeros para la ventilacin; se puso sobre la letrina y mir por los agujeros. Vio un bloque de verdura, vislumbra cipreses de los que proceda una brisa soleada y purpurada. Dedujo que haba pasado el medioda. Volvi al dormitorio y por primera vez vio que le haban dejado una comida compuesta de queso fresco, pan moreno, vino de soldado y un cesto de fruta. Con un apetito que le sorprendi, comi y bebi. Aquella era la comida que l conoca.

Comprendi que tendra que esperar. Su seguridad dependa de fuentes poco dignas de confianza y muy astutas. Prob la puerta y comprob que estaba cerrada por fuera. Corri el cerrojo interior como medida de precaucin. Luego pase inquieto de un lado a otro en la pequea habitacin, mientras pensaba. Si no fuese por su familia le alegrara abandonar Roma y sus alrededores al instante.

Por fin una llave rechin en la cerradura. Luego oy la voz contenida de Plotio.

—Soy yo.

Quit el cerrojo y se retir hacia dentro rpidamente. Plotio entr, con sonrisa de comprensin. Traa un gran paquete en sus brazos que deposit sobre la cama.

—Mientras t dormas como un nio, mi querido Lucano yo he estado muy ocupado. Primero por orden del Csar, el prefecto de los pretorianos coloc noticias visibles por el palacio diciendo que habas sido desterrado a primera hora de la maana. Esto era para calmar la ira de la Augusta —su rostro cambi de expresin—. No me equivoqu. Jacinto fue encontrado muerto en su cama hace unas horas. Envenenado. Su amigo, Gris, est ahora en el Marmetino, acusado de haberle asesinado.

— Pero l no ha asesinado a Jacinto!

Plotio se pellizc los labios y mir al techo.

—Tengo entendido que confes... bajo tortura. Si Oris no hubiese estado borracho o dormido hubiese sido envenenado tambin. Ah, bien; todos los hombres han de morir.

— ¿Qu ocurrir a Oris?

—No puedes hacer nada, amigo mo. Te he dicho que he estado muy ocupado. He visitado tu hogar y ah, en ese gran paquete, est tu instrumental mdico, algunos vestidos, algunos regalos de tu madre y Keptah y tus libros de medicina. ¿Qu! ¿Vas a llorar ahora? Tu madre y Keptah comprenden. Ah tienes cartas de los dos.

Luego aadi:

—A pesar del edicto de destierro es posible que la Augusta tenga espas merodeando, no slo en el palacio, sino en las puertas de la ciudad, dispuestos a caer sobre ti y matarte. Por lo tanto hace falta el disfraz.

Abri el paquete y sac de l unos toscos vestidos marrones, usados generalmente por los esclavos y capataces rurales y una peluca muy bien imitada de gruesos bucles negros. Tambin un par de sandalias de suela de madera y un cinturn de cuerdas trenzadas.

—Irs a la puerta Esquilina donde te espera una humilde cabalgadura. Pero hasta la puerta tendrs que ir andando. Es un viaje largo.

Hurg en el paquete otra vez y extrajo dos sacos de dinero. Verti una dorada y tintineante corriente sobre la cama.

—El ms pequeo es de tu madre. El mayor del Csar, que te lo enva con sus saludos. Y aqu hay otro regalo de Tiberio que, ciertamente, debe amarte.

Plotio desenvolvi con reverencia un anillo de increble magnificencia. Era muy grande y representaba la frente y escudo de Artemis con brillantes diamantes, insertos en el centro de una turquesa y todo engarzado en oro.

—Observars —dijo Plotio—, que es un anillo virginal.

—No soy virgen, aunque esto pueda sorprenderte —respondi Lucano con una risa ligera.

Se puso el anillo en un dedo y luego le dio vuelta a fin de que su riqueza quedase oculta en la palma de la mano. Extendi la mano para recoger las cartas de su madre y Keptah y se sent para leerlas rpidamente. Eran breves, llenas de amor y confianza y no expresaban dolor ni temor. Su madre le explicaba que de cuando en cuando le enviara dinero del legado de Diodoro; tena slo que escribir y ella le enviara el dinero a cualquier ciudad.

Haba tambin otra carta, escrita por una mano extraa y delicada y Lucano la abri. Era de Sara bas Elazar, breve tambin, pero ardiente y tierna.

‡ Te amar y querr siempre, querido Lucano. Quisiera, como Ruth, seguirte doquiera fueses y estar eternamente contigo. No te sorprendas cuando me veas porque sabr donde ests. Para m no existe otro hombre y mis oraciones te acompaan. S que siempre buscars a mi hermano Arieah y que algn da lo encontrars para m y en nombre de mi padre, a quien t consolaste. Dios te bendiga y te guarde, cuide de tus idas y venidas, sea tu mano derecha, te proteja siempre y que su vara y cayado te consuelen. †

— ¿Qu! — Exclam Plotio— ¿Ests llorando? Debe ser una carta muy emocionante. De una dama, sin duda.

— ¿Tranquilidad! —respondi Lucano secando sus lgrimas.

Se puso en pie, para examinar sus instrumentos mdicos y al abrir la cartera un objeto dorado pendiente de una cadena cay al suelo. Era la cruz de Keptah. Vacil un momento y luego la cogi de su cuello. Los decididos ojos de Plotio se abrieron, luego se estrecharon.

— ¿Una cruz de oro! —Exclam—, ¿qu es eso?

—No lo s —respondi Lucano—, pero Keptah me dijo que es un antiguo smbolo, de Caldea, llamada Babilonia por los judos, aquel gran imperio desaparecido. Es un smbolo que usaron tambin los egipcios, recibido de los caldeos y lo pusieron en sus pirmides. Uno de sus faraones, que declar que slo existe un Dios y con ello se granje la ira de los sacerdotes, llevaba un smbolo como este colgado del cuello y sus

seguidores también. El nombre del farán es Aton, según creo, pero la cosa ocurrió hace mucho tiempo. Uso este símbolo porque me lo dio una muchacha quien yo amo...

—Bien, seca tus lágrimas —respondió el práctico Plotio—. A la puesta del sol dejars esta habitación y te dirigijs a las habitaciones de los esclavos con una escoba que encontrars fuera. As pasars desapercibido. Entretanto debemos disimular la blancura de tu cutis con este aceite oscuro. S discreto. No hables a nadie; murmura palabras constantemente para ti a fin de que te tomen por tonto: Luego te deslizars fuera del Palatino y te diriges a la Puerta Esquilina tan rápidamente como puedas.

Dio a Lucano una daga corta y afilada que ste deba llevar escondida bajo sus vestidos.

—Nunca se sabe lo que puede ocurrir —manifestó.

Esparcí el aceite oscuro sobre el rostro y cuello de Lucano, ajusté la negra peluca y le ayudé a vestirse sus ropajes rurales.

—Y bien —exclamé retrocediendo para contemplar mejor su obra—, ¿ni siquiera Julia, te mirará!

Vací un momento y luego abrazé a Lucano como si fuese un hermano y besé sus mejillas. Luego dijo:

—Que los dioses te acompañen. No te digo adiós porque creo que nos encontraremos de nuevo.

TERCERA PARTE TERCERA PARTE

La vida pertenece a Dios; la actividad de la mente es vida y /! es esta actividad. La pura actividad de la razn es la ms bendita y duradera vida divina. Decimos que Dios vive, eterno y perfecto; y que esa vida continua y duradera es de Dios, porque Dios es vida eterna.
ARIST ƒ TELES

CAPITULO XXXI CAPITULO XXXI

SARA bas Eleazar a Lucano, hijo de Diodoro Cirino: ƒ Saludos, mi muy querido amigo, mi bien amado. El da de arrepentimiento ha pasado, y yo moro en la paz de Dios, sabiendo que me ha perdonado y que mi nombre ha sido inscrito en el Libro de la Vida. Una bella tranquilidad reposa sobre Jerusaln. Desde mi ventana puedo ver el Templo, brillante como un escudo de oro a la luz de la luna llena, y la ciudad que chispea inquieta, como un campo lleno de insectos luminosos. Las montaas parecen de cobre; la brisa est cargada de perfumes de viedos, soplando suavemente; las hojas amarillas caen de los rboles como pequeas llamas. Las mujeres estn en el patio, sac ando agua, sus voces se elevan tranquilas, y desde las ventanas y puertas de la posada sale un fuerte olor a cordero asado, pan, especias y el brillo inquieto de las Imparas. Puesto que Dios ha perdonado de nuevo al hombre, reina un gozo tranquilo entre todos aquellos que conocen su amor y su promesa eterna. ƒ

ƒ .Ah, si tan slo estuvieses junto a m, sosteniendo mi mano y descansando en esta paz! .Si al menos vinieses una vez a Jerusaln! Sin embargo, siempre que te hablo de esto evitas mis ojos, como si temieses algn terror en esta ciudad. No comprendo esto, porque recuerdo las ltimas palabras de nuestro querido amigo Jos ben Gamliel, poco antes de su muerte, hace dos aos, ante la vista del templo: ƒ Algn da Lucano vendr aqu y encontrar a aquel a quien ha estado buscando durante todos los das de su vida. ƒ

ƒ Hoy he rogado que tu alma se sienta inundada por el gozo, que ests sano y tengas felicidad. Ruego as todos los aos, todos estos largos siete aos desde que nos encontramos por primera vez. Me has pedido repetidas veces que me case y que te olvide; no hay ni una sola de tus cartas que no contengan este consejo y ruego. ƒ Pero cmo puede una mujer que ama olvidar a aquel a quien ama? ƒ Cmo puede un pozo dar agua si sus fuentes se secan? ƒ De dnde saldr el vino si la via perece? Pedirme que me acueste en la cama de otro hombre es pedir que degrade mi espritu, que me entregue como una mujer infame, aunque pasase primero bajo el arco nupcial y tomase la mano de un extrao. Mi alma est unida a la y tuya. ƒ

ƒ Mi querido y muy amado, la ltima vez que nos vimos fue en Tebas, y aunque tus palabras eran de renuncia y tristeza vi la luz en tu rostro cuando me viste. Conversamos tranquilamente en la sombra de tu jardn, pero lo que hablamos en nuestros corazones, no fueron las palabras de nuestras almas y de nuestra comprensin. ƒ Por qu no puedes olvidar tu amargura contra Dios? Te he dicho a menudo, como lo hacla Jos ben Gamliel, que Dios creo al hombre perfecto en su totalidad, sin las amenazas de la enfermedad y la muerte. Pero el hombre ha desobedecido a Dios y trado estas cosas al mundo a causa de su desobediencia. Es el hombre quien se ha exilado a s mismo del gozo, quien ha trado sobre s el espritu del mal, quien ha causado que una maldicin pese sobre la tierra. ƒ

ƒ A cualquier sitio donde voy, a travs de todas las ciudades y puertos, oigo hablar de tu reputacin de gran mdico. S que esto no te preocupa y que slo deseas aliviar el dolor, llevar consuelo y retrasar la muerte. Sin embargo me siento feliz al orte aclamado por los pobres y los abandonados, los esclavos y los oprimidos. Hablan de ti hasta en los mercados. ƒ

ƒ Aunque nunca le conoc, sino a travs de sus palabras, me uno a tu pesadumbre por la muerte de tu viejo amigo y maestro el mdico Keptah. He rogado por su alma hoy, porque Dios ha dicho que es bueno rogar por las almas de los muertos que duermen en el polvo. Su recuerdo nos es una bendicin. ƒ

ƒ Algunas veces, cuando estoy ms triste, recuerdo tus historias de Roma y me pongo a rer alegremente. Comprendo que hay poca cosa en el mundo de hoy que excite nuestra hilaridad, porque la Pax Romana, en forma de paz mundial, ha impuesto la opresin, el sufrimiento, la esclavitud y la explotacin sobre todos los pueblos del mundo. El poder y la corrupcin y lo que es propio de la naturaleza del hombre, injuriar lo que domina, y el ansia de dominar vive en todos nosotros como una oscura enfermedad. ƒ

ƒ Me alegro de que no hayas sufrido ningn dao, querido mo, cuando has visitado Roma una o dos veces durante todos estos aos. .Cmo me gustara ver a tu hermosa madre, tu encantadora hermana, tus hermanos, todos nuestros amigos! Me ro durante horas cuando leo de tu viejo tutor Cusa, ese inteligente sinvergenza. ƒ

ƒ He tenido una seria experiencia, aunque cuando te la cuente puede que no encuentres nada extrao en ella, excepto los sentimentales pensamientos de una mujer de veinticuatro aos que debe llenar su soledad con portentos e imaginables fantasas. ƒ

‡ Jerusaln, como sabes, est llena de peregrinos de toda la tierra de Israel durante las fiestas. Los ricos pueden encontrar acomodo en las pensiones y tabernas o en los hogares de amigos donde pueden celebrar el ao nuevo en agradable compaa, agradables mesas y agradables conversaciones. Pero los pobres buscan las grietas que pueden en esta poblada ciudad, o acampan fuera de las grandes murallas en tiendas o cuevas. A menudo paseo entre los apiados miles de peregrinos fuera de las puertas, observo sus toscos vestidos, sus desnudos pies, sus erizadas barbas, sus llorosos nios, sus rebaos de cabras, y escucho sus voces que tienen acentos de los dialectos de Galilea, Samaria, Moab, Perea y Decpolis. Celebran las fiestas del ao nuevo, y sus morenos rostros devotos miran hacia el templo con apasionado amor, y observan las ms pequeas leyes con mucha gravedad. Duermen oyendo el agudo ladrido de los chacales y su comida es pobre y su vino malo. Y sin embargo, son felices: la alegra y las oraciones, en las polvorientas laderas de las montaaas bajo las murallas, tienen un muy profundo significado, ms resonancia que las que oigo en las grandes casas rodeadas de jardines dentro de la ciudad. Una vez t observaste amargamente que los pobres rezan ms apasionadamente porque carecen de placeres y slo tienen a Dios. En esto ciertamente son benditos, porque si un hombre carece de Dios no tiene nada, y si tiene a Dios entonces tiene a todo lo dems en su corazn.‡

‡ A la puesta del sol en el da de ao nuevo los peregrinos se amontonan en las estrechas y tortuosas calles de Jerusaln, llevando a sus nios en los brazos o detrs de ellos, como un clido y multicolor ro, movindose bajo una plateada nube de polvo. Me baj de mi litera, siguiendo un impulso y les acompa ms all de las murallas, donde sus pobres comidas estaban puestas en telas sobre el suelo y la luna se elev sobre ellos iluminando sus fuegos. Recib muchas invitaciones para que me uniese a una familia para tomar vino, pan o una pequea comida, puesto que, como iba vestida humildemente, creyeron que era una joven sin familia o que me haba perdido entre las concurridas caravanas. O sus canciones, sus risas, las voces de sus nios juguetones y hambrientos, los gritos de sus animales, sus oraciones. De pronto me sent oprimida por la soledad y el deseo. Permanec aparte, cerca de un retorcido rbol y mir a los fuegos que salpicaban la ladera de la montaa y sus reflejos sobre sus sencillos rostros. Fue entonces cuando un joven se acerc a m, vestido con un ropaje azul tosco, calzado con sandalias atadas con cuerdas.‡

‡ Aquel joven no poda tener ms de dieciocho o diecinueve aos, y se mantuvo de pie cerca de m, con una expresin tranquila en su noble rostro, me sonri e instantneamente pareci como si quedsemos solos, e infinitamente solitarios. Fue como si un crculo de silencio nos hubiese rodeado, las voces y los gritos se perdieron como en un sueo. Una profunda sabidura y amabilidad llenaba su rostro y una gran ternura, como si hubiese comprendido que yo no tena a nadie y me compadeca de m misma. Tena un jarro de barro en su mano, lleno de vino, y me lo ofreci y yo lo tom y beb de l, con la misma sencillez que l haba usado al ofrecermelo. De pronto, mis ojos se llenaron de lgrimas y los sollozos me ahogaron, y dese contarle toda mi tristeza, exilio y pesadumbre. Tom mi jarrn vaco de mi mano mientras trataba de consolarme. Esper hasta que me sent ms duea de m misma y luego dije con la ms firme y dulce de las voces: ‡ Sara bas Eleazar, ten buen nimo y seca tus lgrimas, porque Dios est contigo y no ests sola.‡

‡ Me sent asombrada y muda. ‡ Cmo haba sabido mi nombre y la tristeza de mi espritu? Me sonri profundamente y al brillo de un fuego cercano vi sus grandes ojos azules llenos de infinitas estrellas. En aquel momento dese caer a sus pies y abrazarlos. Senta que l saba, no slo acerca de m, sino acerca de todo el mundo y que haba en l una paz ms all de cualquier imaginacin, amor y esperanza. ‡

‡ Las lgrimas me cegaron y cuando las sequ, mi corazn haba dejado de temblar y el joven haba desaparecido. Casi estuve a punto de creer que lo haba soado, pero el gusto del vino todava estaba en mis labios. Una repentina sensacin de prdida se apoder de m, y le busqu entre los peregrinos, pero no le volv a ver. Aquella noche no pude dormir, porque cada vez que lloraba me senta consolada con un consuelo que no proceda del hombre. ‡

‡ Basta. Incluso su memoria me hace soar y me inunda de un sentimiento de gozo. ‡ Era un ngel vestido humildemente como los ngeles que Abraham recibí en su tienda? Deseo creerlo as, casi lo creo as. Me acojo a la memoria de su rostro.‡

‡ Te dirijo esta carta a Atenas, a tu casa, donde has de permanecer unas cuantas semanas ms. Te saludo, querido Lucano, con todo el amor de mi corazn y mi espritu, y me quedo planeando nuestro encuentro prximo. Uno de estos das, en tus bsquedas por mi hermano Arieih, lo encontrars. Tiene ahora nueve aos de edad y algo dentro de m me asegura que vive, que algn da t le restaurars a los brazos de su hermana y de su pueblo. Dios sea contigo.‡

Lucano haba credo al principio que en la tierra de sus antepasados, Grecia, encontrara su hogar. Pero tras algn tiempo se dio cuenta con amarga consciencia de que all tambin era un extranjero, y que l, realmente no tena hogar en ningn sitio. Haba nacido en Antioqua y Antioqua no haba sido su hogar. Haba vivido cerca de Roma, y haba visto la ciudad ocasionalmente, pero tambin era un extrao. Haba visitado todos los puertos y ciudades a lo largo del Gran Mar, y haba tenido pequeas casas en muchos de ellos cuando dejaba los bancos, sin embargo, en ningn sitio posea un hogar, o gozaba de la compaa de amigos, o tena paz. Los desgraciados humildes, los pobres, los olvidados y abandonados, los esclavos, los miserables, pequeos mercaderes de los bazares y tiendas bendecan su nombre y besaban sus manos y pies. Pero l era un extranjero, para siempre un extrao en una tierra extraa, y aunque saba muchas lenguas era como si un extranjero las hablase. Su nico deleite era consolar y curar, y leer las cartas que reciba de su familia y de

Sara bas Eleazar. Una terrible inquietud y una quejumbrosa ansiedad y vaciedad le llenaba siempre. Era como un hombre que busca agua en un desierto.

Haca tres aos que haba comprado una pequea casa en las afueras de Atenas. Cuando volva a su casa en Atenas, como cuando volva a todas sus casas, no era como el volver a un lugar familiar, voces y jardines familiares, sino como un cansado viajante que descansaba slo durante una noche.

Aquella era la tierra de sus padres, pero no su tierra, aunque el esteta que viva en l gozaba de la aguda e iluminada belleza, las pedregosas llanuras, las montaas salpicadas de plata, las brillantes rocas, los fieros mares azules, los sonrosados o morenos tejados, en la historia escrita sobre mrmol, en los blancos templos, los polvorientos laureles, olivos y mirtos, en las terrazas de viedos bajo un sol brillante, en el glorioso Partenn elevado noblemente sobre la Acrpolis como una corona de graciosas piedras. Aquella era la tierra de Helios, de los Oemos, de Pericles, Homero, Fidias, Scrates y Platn, de todo el arte, la ciencia, la gracia y la poesa, de la mismsima alma del hombre civilizado, de las tranquilas frentes de los dioses, del Olimpo. All la ley y la justicia haban puesto sus poderosos pies sobre el mrmol y desde aquel aire reseco y transparente haban desplegado sus alas las divinidades y filosofas, emergiendo como sombras de brillante luz, de la mismsima luz. All haban hablado los orculos, y las flotas de Jasn estuvieron en todos los puertos; all, en aquella tierra, el herosmo haba surgido con un escudo como la luna y una espada como el rayo, y all las montaas miraban a Maratn, a las Termopilas que an vibraban con la memoria de aquellos pocos que haban derrotado a las hordas del Persa. La gloria yaca sobre la frente de Grecia, para que todas las pocas la contemplasen y nunca fuese apagada.

Aquella Grecia moderna no era la Grecia de Pericles, aunque viva en un pacfico sueo, eterno y no para ser imitado. Y all, como siempre, Lucano era un extranjero, preparando sus pociones, solitario, desconocido excepto para los pobres y los perdidos, cuidando su jardn en el que crecan flores y hierbas, bebiendo solitario su vino, preparando sus austeras comidas con sus propias manos, leyendo, meditando, escribiendo cartas, y contemplando las estrellas como danzaban en el oscuro arco de los cielos.

Con frecuencia, al amanecer, cuando el sol plido apenas si lanzaba sus frgiles rayos sobre Atenas y la ciudad estaba empezando a estremecerse ligeramente, Lucano pasaba ante el templo de Teseo y ascenda las largas escaleras blancas hasta la cima de la Acrpolis y al Partenn. All, slo, vagaba a travs de las columnatas donde Scrates haba enseado, y acariciaba suavemente las columnas dricas que parecían de plata a la primera luz del da. Contemplaba reverentemente a las estatuas aladas que parecían a punto de saltar a travs del espacio, y permaneca de pie en el pedimento occidental del templo de Zeus, o atravesaba la cella, y admiraba la enorme estatua de Atenas, con su yelmo y su gran y noble rostro. Se diriga despus al pedimento oriental para maravillarse ante el grupo de reclinadas Fortunas, con delicadas vestimentas de mrmol que parecían moverse bajo la seca y luminosa brisa. Como mdico se maravillaba del genio del escultor que haba esculpido la recostada figura del Illiso, en el lado occidental y que haba dado al alabastro, el aspecto de carne viviente. All la sabidura temblaba en la piedra y la belleza haba puesto su mano en las brillantes sombras de los bajos relieves o en el argentino cuerpo, grave rostro, casto pecho, majestuoso perfil o immaculados miembros. All reinaba el silencio pero podan ser detectadas presencias inmortales ms all de los lmites de los ojos, como un coro luciente, y toda aquella multitud poderosa esculpida en mrmol esperaba tan slo que una misteriosa orden mandase que tomase forma de vida divina, para llenar los odos con inmortales canciones y sonoras voces. Por fin el fro cielo de turquesa se abra entre las blancas columnas, vacilante y claro, y las tnicas de las caritides adquirían tonalidades de oro.

Lucano se senta all menos solo que entre los hombres. De pie entre las estatuas, vestido de blanco, era uno entre ellas; movindose entre ellas pareca como si hubiese sido el primero en despertar. En medio de la belleza solemne, herosmo y congelada grandeza, poda de nuevo es perar, puesto que, el hombre haba creado aquello, tena una lejana posibilidad de volver a ser hombre una vez ms, hablar con majestad y poesa y revelar secretos a la eternidad. Sus pisadas sonaban y eran devueltas por el eco entre las columnas y a lo largo de las columnatas; algunas veces se detena, medio creyendo que haba odo pisadas ms fuertes que las suyas tras l, hechas por pies heroicos que haban descendido de los pedestales sobre el blanco y relumbrante suelo.

El sol envolva la ciudad de oro brillante y sta se estremeca visiblemente, sus rojos y amarillos tejados parecían moverse hacia la luz, y voces, inquietas e imperativas, ascendían hasta la Acrpolis como los gritos de agitados pjaros. Entonces volva a su soledad, y se alejaba del Partenn.

¿ Por qu no era posible que cuando el hombre alcanzaba la ltima gloria no pudiera mantenerla sino que deba caer desde los cielos? ¿ Era porque incluso en aquellas alturas deba cometer tonteras y crmenes que inexorablemente conducían a la destruccin? Tucdides haba escrito: † La clase de acontecimientos que ocurren una vez, por causa de la naturaleza humana volvern a repetirse. ‡ All estaba la tragedia.

Lucano saba a causa de su creciente inquietud, que l deba volver a emprender la marcha muy pronto. Dentro de dos semanas deba aceptar el ofrecimiento para ser doctor en un barco que navegaba entre Creta y Alejandra y haba consentido a ocupar aquel cargo por tres meses. Tena muchas ofertas, no slo por causa de sus poderes de curacin, sino porque sus tarifas eran bajas. Adems distribua sus pagas entre la tripulacin cuando parta.

Una maana, al descender del Partenn, sinti una fuerte aversin ante la idea de volver a su solitaria casa al final del camino de la Va Panatenea y se mezcl con la muchedumbre en el † gora y anduvo por la Stoa de Atalo, donde hombres enfebrecidos y ruidosos comerciaban en las tiendas. Los pequeos griegos oscuros

eran ms activos y efervescentes que los romanos y mucho ms agudos, mucho ms alegres y charlatanes: robaban de una forma alegre en las veintiuna pequeas tiendas tras los paseos de columnatas. Sus mercancas eran ms variadas y multicolores porque all no rega la rgida ley romana de valores; sin embargo sus almacenes posean un gran encanto. Como siempre, incluso aquella hora temprana cuando las tiendas acababan de abrirse y los mercaderes estaban ruidosamente abriendo sus cerradas puertas y limpiando sus mercancas, un ferviente orador estaba ya sobre una plataforma arengando a las indiferentes multitudes. Era un hombre viejo, haraposo y con una barba gris, que llevaba un cayado en la mano. Lucano se detuvo para or sus palabras incoherentes. Estaba gritando, agitando el cayado y haciendo oscilar su barba.

— «Arrepentos, arrepentos! «El reino de Dios se ha acercado!

Aquel hombre deba ser judo; los judos usaban de continuo aquellas palabras a las que nadie escuchaba. Lucano mir a la impresionante biblioteca pblica y record que deba devolver algunos libros antes de emprender su viaje; hombres y mujeres empezaron a ascender las escaleras hacia las puertas abiertas. Jvenes muchachas vestidas de brillante escarlata, amarillo, o azul, se haban reunido ante la fuente para llenar sus jarros; parloteaban como loritos mientras intercambiaban crticas, rean o discutan para asegurarse una posicin en la doble lnea que esperaba. All estaba tambin la Casa de Justicia, muy digna y declarando por medio de sus anchas columnas y arcos, que el dominio de la leyera el camino de la humanidad civilizada, y no el dominio de los hombres. Lucano sonri cnicamente. Mir con frialdad a los dos legionarios romanos que permanecan de pie ante las puertas de bronce. Donde el desnudo poder exista no haba otra ley sino la ley de la fuerza. Poda or a los ms icos ensayando en el Oden, los conciertos y recitales del da. Se detuvo un momento para mirar a la casa redonda donde los burcratas dictaban e imponan sus onerosas leyes, segn la costumbre inmemorial de todo hombre opresivo y malo. Una gran procesin de devotos empezaba a marchar hacia la Acrpolis para honrar a Palas Atenea, y llevaban palomas que se agitaban en sus brazos; Lucano se apart un poco para dejar que la procesin pasase y a medida que contemplaba los turbados ojos de los adoradores sinti de nuevo su antigua y crnica tristeza.

La ciudad estaba ya llena de vida y de ensordecedora vivacidad. Sobre ella se extendia un duro cielo azul, brillante de sol y sin ninguna nube. El calor surga de las calles y de las pobladas columnatas. ¿Qu significado tena toda aquella actividad, aquella vehemencia, aquel rpido ir y venir, aquellos ligeros y decididos pies, el comercio, aquellas alegres muchachas, aquellos vociferantes mercaderes? Un grupo de abogados, vestidos de blanco y con rostros solemnes, ascendan las escaleras de la Casa de la Justicia, hablando en voz baja como si sus preocupaciones conciernen la vida y la muerte. Era maravilloso creer que el propio ser de uno tena significado, lo cual realmente no tena. Pero, ¿qu ocurrira al mundo si los hombres dejasen de creer que su existencia careca de importancia? ¿Son ellos ms sabios que yo?, pens Lucano con inquietud. Pas ante el templo de Hefaiсто, con su rojo tejado de tejas relumbrantes como enormes y cortados rubes, bajo la intensa luz del sol. Haba recorrido un largo camino y se sinti cansado y hambriento y deseoso de estar en su tranquilo hogar, su pequeno jardn con su estanque lleno de sonrosados lirios de agua, y ante la leche de cabra, queso, pan moreno y miel que encontrara para su desayuno. All estaba tambin el mercado de esclavos; los mercaderes arreglaban sus humanas mercancas para obtener los mximos de los beneficios. Lucano evit sus ojos, sintindose enfermar como siempre; normalmente evitaba pasar a travs de aquella plataforma de madera alta y mirar a los esclavos, porque no poda soportar su agona.

Por alguna extraa razn sinti entonces una pesadez en sus pies y un gran abandono y se detuvo directamente ante la plataforma. Los mercaderes amenazaban y chasqueaban los ltigos. Una mujer sollozaba, un nio lloraba y una nia gema pidiendo misericordia. All estaban expuestos a la venta aquellos que tenan deudas, los que carecan de hogar y se haban ofrecido a s mismos para la venta; aquellos que haban transgredido alguna pequea ley, algunos que eran criminales. Tres hermosas muchachas jvenes, de rostros morenos, grandes ojos negros y vestidas bellamente, estaban expuestas formando un grupo coquetn sobre cojines de seda escarlata. No se sentan turbadas en absoluto, se pasaban una a otra un recipiente de dulces y contemplaban a los posibles compradores con inters. En tanto que su belleza durase, podan estar seguras de buenos hogares, mimos y caprichos. Echaban hacia atrs sus largos cabellos negros y estiraban sus cuellos mientras murmuraban entre ellas en una lengua extraa y rean sus propios y agudos comentarios. Estaban sentadas sobre la plataforma ajustando sus tnicas a su alrededor para mostrar con la mejor de las ventajas todas las curvas de sus piernas, caderas y pechos, bajo el material transparente.

Los mercaderes no tenan mucho que vender an en aquella hora temprana de la maana. Unas pocas mujeres gordas, evidentemente excelentes cocineras, a juzgar por los cacharros arreglados a sus pies, unos cuantos nios en los brazos de excitadas y llorosas muchachas; algunos jvenes sin ninguna gracia o fuerza particular; uno o dos ancianos; un grupo de hundidos prisioneros; Lucano continu avanzando, pero permaneca sordo mientras estaba all. Atrajo la atencin de las tres hermosas muchachas y sus voces se alzaron ansiosamente cotorreando, mientras el mercader acuda hasta l y le coga por el brazo.

—Seor —exclam—, contempla estas doncellas, vrgenes de Arabia, hermanas. ¿No alegraran con sus gracias tu casa? Pueden, las tres, tocar las ctaras y otros instrumentos y entretener tus horas. Las tres danzan como ninfas.

Lucano solt su brazo con un movimiento violento. Las muchachas le contemplaron extasiadas y palmearon sus manos. Se sentan extasiadas por su apariencia.

—Apolo —exclam el mercader—, «Estas son tus Gracias!... y el precio es ridculamente bajo por las tres.

—No me interesan —dijo Lucano.

El mercader se inclin hasta l ms cerca y susurr con acento de profundo conocimiento a su odo:

—Seor, tengo tres hermosos muchachos de diez aos, tambn de Arabia que han sido castrados...

Lucano se volvi hacia l lleno de un poderoso deseo de derribarle de un golpe. En aquel momento oy el repiqueteo de cadenas, un grito y un golpe; otro mercader hizo subir un hombre sobre la plataforma y Lucano se volvi para mirar, mientras su rostro sudaba de furor. El esclavo estaba materialmente cubierto de cadenas, que caan y repiqueteaban de sus engrilladas muecas y terminaban en grandes anillas de hierro alrededor de sus tobillos. Nadie sino un peligroso criminal era encadenado en aquella forma. El ltigo del mercader restallaba sobre su cuerpo, extremidades y hombros, pero l se mova con dignidad, como si no sintiese dolor, ni se diese cuenta de estar en un lugar como aquel.

All permaneci, las cadenas brillando bajo la clida luz. Iba completamente desnudo; no usaba ni siquiera un taparrabos; era como un esplndido animal de piel marrn oscura brillante y lustrosa como la seda. Real, majestuoso y muy alto, con un pecho como dos placas de una armadura de bronce, con msculos perfectamente formados y maravillosas piernas y brazos, miraba hacia el cielo con una lejana e indiferente expresin. Sus rasgos, aunque negroides eran majestuosos. Su negro y crespo cabello estaba atado en dos trenzas unidas; un anillo de oro atravesaba el tabique de su nariz. Sus negros ojos brillaban al sol como dos estanques.

Lucano se acerc a la plataforma fascinado. Supo, con un conocimiento instintivo, que a pesar de los rasgos y del color, aquel hombre no era una criatura de la selva. Era un hombre real, ignoraba todo lo que le rodeaba, pero no con la ciega ignorancia de una bestia. Sus grandes y oscuros ojos estaban velados por la tristeza, pero era una tristeza quieta, resignada e inteligente. Cuando vio a Lucano los dos jvenes se miraron uno a otro silenciosamente. Uno desde lo alto de la plataforma y el otro desde el ardiente polvo.

El mercader, al ver esto, grit de nuevo a Lucano:

—Seor, muy barato. Absolutamente barato. Un esclavo fuerte, que si es guardado cuidadosamente encadenado, ganar ms de lo que puede gastar. Mira sus msculos, mira sus manos, sus piernas. Seor, me siento avergonzado de decirte el precio.

El esclavo mir hacia abajo a Lucano con una misteriosa agitacin, una repentina expectacin que brill en sus ojos, y dio un paso hacia delante. Sus cadenas tintinear. Apareci una pasin instintiva en el rostro del esclavo, un ruego y una esperanza.

—Su nombre —dijo el mercader, frotando sus codiciosas manos— es Ramus.

— Y Qu ha hecho? —murmur Lucano mirando a los apasionados e inquisitivos ojos del esclavo.

El mercader tosi y se rasc su barbuda barbilla.

— Y Qu? Pues, nada seor.

Luego aadi confidencialmente:

—Para decirte la verdad, Apolo, es mudo. No puede hablar. Lleg a Atenas hace algn tiempo, anduvo por las calles y mir los rostros de la gente. Fue encontrado, este pagano, en el propio Partenn, movindose entre las estatuas, invadiendo los templos; el guardia le vio por la noche, caminando a la luz de las antorchas y llevando algunas veces una linterna. Se dice que tiene brazaletes de oro y anillos pero creo que es mentira, porque lo nico que tiene es el anillo de oro en la nariz. Fue llevado ante la Justicia, interrogado por intrpretes de la justicia, y siempre respondi con un gesto negativo de su cabeza. Le fue dado un estilo y una tableta para que escribiese, pero movi su cabeza; naturalmente es un brbaro de una selva alejada o del desierto.

— Y Cmo sabes entonces que su nombre es Ramus? —Pregunt —Lucano. Se acerc un poco ms a la plataforma; su corazn palpitaba con una fuerte compasin.

El mercader se encogi de hombros.

—Es el nombre que la gente de Atenas le ha dado, porque fue una curiosidad en la calle durante muc hos meses, multitud de ruidosos nios le seguan.

—Entonces —dijo Lucano al ver que el mercader se haba detenido abruptamente.

—Bien, seor, t sabes cuan supersticiosas son las multitudes. Se empez a rumorear que produca el mal del ojo. Te dars cuenta de que extraos y luminosos son sus ojos; las mujeres empezaron a quejarse de que su mirada les produca abortos. Cuando atravesaba un campo cierta noche, un campesino le vio y jur despus que todas sus cosechas haban muerto y todos sus olivos se hab an marchitado. Los rumores siguieron creciendo: los nios caan en las calles temblorosos despus de su paso, las muchachas se quejaban de que eran perseguidas por demonios durante la noche, despus de haberle visto. —El mercader se ech a rer e hizo un guio—. Nosotros los mercaderes somos gente prctica. Sabemos que el nico mal que existe es no tener dinero.

—No es un esclavo —dijo Lucano amargamente—, y tena algo de dinero?

El mercader consider la pregunta, sus agudos ojos fijos sobre el joven griego. Luego se rasc su crespa barba.

—Posea monedas de oro con inscripciones raras pero de poco peso. Los eruditos las examinaron: no pudieron declarar su origen. Sin embargo, compraba comida con ellas, aunque nadie sabe donde viva. El asunto se hizo serio cuando compr varios panes y los dio a un grupo de encadenados esclavos que trabajaban en la carretera. Es cierto que tales esclavos no estn bien alimentados. Aquella noche los esclavos se escaparon. Se rumore que su mal de ojo haba disuelto el acero... Debemos recordar qu supersticiosos e ignorantes son...

— Y Cmo lleg a ser esclavo? —pregunt Lucano en voz alta y ronca.

—Seor, la Casa de Justicia no poda por ms tiempo ignorar a esta criatura y los enfurecidos cargos contra l. Como te he dicho, fue interrogado y no pudo hablar, no pudo defenderse a s mismo. Se asegur que era un peligroso criminal. Fue arrojado a la prisin. Ciertamente que los jueces no son supersticiosos, pero son criaturas del pueblo. Recordars a Scrates: se le acus de pervertir a la juventud y ridiculizar a los dioses. Los jueces no crean aquello realmente, pero haba que tener en cuenta a la multitud que tiene los votos. De aqu que le diesen la copa de cicuta. Nosotros le hemos comprado hoy del carcelero y por eso est aqu.

— ¿Por ningn crimen, sino tan slo por buscar? —dijo Lucano.

—S, porqu, ¿qu es lo que busca, seor? —El mercader contempl a Lucano—. T eres un hombre sabio, ¿Oh, Apolo! Y tan joven como los dioses, ¿qu es lo que buscaba mientras vagabundeaba por las calles da y noche y contemplaba todos los rostros?

Lucano dijo con sequedad:

—Voy a comprarlo. Pero debes quitarle al instante las cadenas.

Se quit el encapuchado manto de sus hombros y lo ofreci a Ramus, que, mientras tintineaban sus encadenadas muecas, se agach con dignidad y tomndolo cubri su desnudo cuerpo. Despus, para tristeza de Lucano, los ojos del esclavo se llenaron de lgrimas y le dirigi una trmula sonrisa mientras un gran gozo ilumin sus oscuros rasgos.

El mercader salt sobre la plataforma lamindose los labios, rumiaba el precio mientras desataba las cadenas. Luego frunciendo el ceo mir a Lucano y mencion una gran suma. Lucano, despectivamente, arroj una bolsa sobre la plataforma y el mercader se apoder de ella con avaricia y empez a contar el dinero, mientras sus labios se curvaban. Luego exclam con deleite:

—Seor, has hecho una gran compra. No te arrepentirs.

—Vamos —dijo Lucano al esclavo, que salt limpiamente de la plataforma y se coloc a su lado. Una delgada cadena colgaba de su mueca, Lucano comprendi que era para que tomase un extremo y se llevase su compra de all. Tom la cadena y la parti entre sus fuertes manos y la arroj de all como si fuese un objeto infecto.

—Eres libre —dijo Lucano—. Sgueme a mi casa. A nuestra casa.

CAPITULO XXXII CAPITULO XXXII

La pequea casa estaba pintada de color azul claro y tena un rosado tejado, instalada dentro de un pequeno patio rodeado de paredes. Un estanque sobre el que flotaban sonrosados lirios de agua y grandes hojas anchas verdes, y lleno de dorados peces, se abran en el centro del jardn. Una gran higuera proporcionaba fresca sombra sobre un banco de piedra y unos pocos rboles frutales, naranjos, manzanos, y una gran palmera datilera se elevaba por encima de las paredes. Lucano adems cultivaba en el jardn hierbas, y en l tambin crecan rosas, que le recordaban a Rubria; el jazmn rodeaba su austera casa. Poda ver, desde el jardn, las plateadas montaaas de Grecia, salpicadas aqu y all con la austeridad de oscuros cipreses, olivos y otros rboles y el puro azul de los cielos.

El interior de la casa, que slo tena tres habitaciones, haba sido pintado de blanco, contra lo que un mobiliario austero reflejaba sus agudas sombras negras en el deslumbrador brillo del sol de la maana.

Las cortinas de las ventanas eran de material grueso y azul y el mismo material pesado cubra las puertas. El suelo de rojas baldosas estaba desnudo. Lucano condujo a su nueva adquisicin dentro de la casa y Ramus mir a su alrededor mudo e indiferente. Como siempre sus deslumbradores ojos se volvieron hacia el rostro de Lucano con intensidad y expectacin.

Lucano se dirigi al manantial del jardn —la fuente del estanque— y trajo un gran jarro de leche fresca de oveja, cubierta de nata. Lo coloc sobre la desnuda mesa de madera. Cort pan moreno, lo coloc tambin sobre la mesa junto a un queso barato y aadi un recipiente de fruta y un plato de miel. Ramus le contempl en silencio, de pie en el centro de la habitacin, luego Lucano dijo amablemente:

—Esta es nuestra comida, sintate conmigo y comeremos.

Ramus le mir como si no le oyese. Lucano mirndole, repiti las mismas palabras en latn, luego en algunos dialectos mediterrneos. No hubo respuesta. Lucano intent hacerse comprender en egipcio; despus en una mezcla de babilonia, hebreo, arameo y africano. Finalmente Lucano se dio cuenta que Ramus haba comprendido todas aquellas lenguas distintas y que algn terror oscuro en l le impeda reconocer aquello. Por lo tanto, Lucano se encogi de hombros y dijo en griego:

—Hay alguna razn por la cual t rechazas admitir que me comprendes. Si yo conociese esta razn, comprendera. Hasta que confes en m puedes hacer lo que te parezca. —Mir a Ramus con inters y continu—: En el lenguaje griego la palabra δ esclavo τ también significa δ cosa τ . Para m t eres un hombre, por lo tanto no eres ni esclavo ni cosa.

La negroide y majestuosa cara de Ramus no cambi de expresin, pero una lgrima se desliz de sus ojos y sus labios temblaron, Lucano mir hacia otro lado al instante, luego volvi a mirar al hombre de color. Despus aadi, muy suavemente:

—Veo que me oyes. ¿No eres también sordo?

Por un minuto o dos Ramus no respondi, luego casi imperceptiblemente movi la cabeza con gesto negativo. Lucano sonri y le condujo a uno de los dos bancos que haba junto a la mesa. Pero Ramus alz las manos sobre su cabeza, uni las palmas, las dej caer sobre su pecho y luego se arrodill y toc el suelo con su frente en una oracin silenciosa.

El rostro de Lucano se oscureci tristemente, pero esper con un gesto comprensivo. Ramus se levant y se sent a la mesa; el manto de Lucano colgaba alrededor de sus hombros y el gran anillo de oro en su nariz brillaba en el sol. Lucano parti el pan y dio la mitad a Ramus. Empezaron a comer. La luz se filtraba en la pequena y sobria habitacin y parecia cubrir con un halo la cabeza de Lucano y Ramus continuaba contemplndole a medida que coma y beba.

—Puedo llevarte al pretor maana y hacer que te den la libertad —dijo Lucano suavemente—, pero esto no servira. Las autoridades volveran a apresarte, a arrojarte a la prisin y volverte a los tratantes de esclavos otra vez. Dentro de dos semanas abandonaremos Grecia, porque soy mdico, doctor de un barco, con unos cuantos hogares aqu y all donde descansar. En el primer puerto que encontremos buscaremos al pretor romano y te dar la libertad y luego puedes dejarme y volver a tu propio pas.

Mir a Ramus. Luego, para su sorpresa, Ramus sonri con gesto feliz y movi la cabeza. Alz su grande y oscura mano. Seal hacia s mismo, luego a Lucano, e hizo una reverencia.

—Yo no tengo esclavos —dijo Lucano con severidad—, el propietario de esclavos est ms degradado a mis ojos que los propios esclavos. —Estudi los ojos de Ramus—. Ah, comprendo! Y Me indicas que donde yo vaya t deseas tambien ir?

Ramus asinti con una sonrisa ms amplia.

—Y Por qu? —pregunt Lucano.

Ramus hizo gestos de escribir y Lucano, levantndose, le trajo una tableta y un estilo. Ramus empez a escribir lenta y cuidadosamente, en griego, y dio luego la tableta a Lucano. ¶ Llame Ramus, seor, porque tal es el nombre que los griegos me han dado y mi propio nombre no significar nada para ti. Djame ser tu debo, tanto si me liberas como si no, porque mi corazn me dijo, al verte esta maana, que donde t vayas yo debo ir, porque t me conducirs a J l. ¶

Ramus haba escrito con precisin, pero con el estilo de un erudito, amplio y pomposo. Lucano alz sus rubias cejas y mordisque el estilo.

—No comprendo —dijo—. Y A quin debo yo conducirte?

Ramus sonri brillantemente. Volvi a tomar el estilo y la tableta y escribi: ¶ Aquel que librar mi pueblo de la maldicin de Cam, mi antepasado, y es J l a quien busco. Y a travs de ti le encontrar y slo a travs de ti, porque J l te ha sealado. ¶

Lucano mir la tableta por largo rato. Finalmente agit la cabeza.

—Comprendo la religin juda. Fue No quien maldijo a sus hijos por encontrarle desnudo en su borrachera. Particularmente maldijo a su hijo Cam, de aspecto negro. Es cierto que el hombre negro ha sido sin duda maldito, pero no por una deidad, sino slo por el hombre. Si hay Dios, yo s que hay Dios, J l no ha maldecido a ninguna de sus criaturas. No ha dado a ningn hombre el mandamiento de maldecir a otros hombres, sino de hacerles bien.

Habl contra su voluntad; su ira contra Dios le hizo sofocarse. Luego aadi medio para s mismo:

—Tengo un pleito con Dios, cuya existencia no puedo negar. Empiezo a comprender que t crees que en algn sitio del mundo existe alguien que pueda quitar la maldicin del hombre contra los hijos de Cam y cambiar su odio hacia ellos. Y Crees que slo los hijos de Cam son castigados por la ira y el odio de los hombres? No. Nosotros nos castigamos todos, unos a otros. —Habl con alguna impaciencia—. Y Y cmo es posible para m, que estoy enfurecido contra Dios, conducirte a nadie que pueda ayudarte y ayudar a tu pueblo?

Ramus no contest. Despus de un rato se levant con dignidad. Tom la mano de Lucano y la presion contra su frente. Se sent de nuevo y estudi minuciosamente al griego con un suave brillo de contento en sus grandes y gruesos labios y con una ternura brillando en sus ojos. Lucano se levant, encontr su cartera de mdico y dijo:

—Djame examinarte la garganta para ver si hay alguna razn fsica que te impida hablar.

Ramus movi la cabeza con gesto negativo, pero abri la boca obediente, Lucano le hizo volver la cabeza hacia el sol y presion hacia abajo su lengua con una hoja de plata. La garganta estaba completamente limpia y sana. La laringe no mostraba ninguna herida, la caja de sonoridad estaba en orden perfecto y las cuerdas vocales claras. Lucano se sent y apoy la barbilla contra la palma de la mano.

—Puedes hablar —dijo—, si lo deseas. Y Es cierto que no quieres hablar?

Ramus lo neg con vehemente gesto de su cabeza.

—Y Has hablado alguna vez?

Ramus indic que s. Alz los diez dedos de sus manos para indicar aos.

—Y Entonces qu es lo que te ha hecho mudo?

Ramus volvi a coger la tableta y el estilo y llen la primera ir con escritura diminuta y apretada.

¶ Seor, soy rey de una pequena y secreta nacin de ¶ frica, una tierra que t no conoces. Est cerca de una de las antiguas minas y tesoros de Salomn que nosotros hemos ocultado de los hombres a causa de su avaricia. Cuando yo era joven, mi padre me envi a El Cairo, donde aprend varias lenguas de la humanidad, porque mi padre deseaba salvar a su pueblo de la oscuridad y conducirlo a la luz. Era un hombre justo y

bueno. Como el corazn de mi padre, el mo tambin sufra por los hijos oscuros de Cam, quienes han sufrido, sin saber por qu sufran, en manos de otros que les han esclavizado y les han matado. Fue en El Cairo donde me enter de la maldicin de No. Pero una noche, cuando haga tan slo un ao que yo era rey, tuve un sueo, o una visin; vi a un hombre con un rostro como la luz, y con unas grandes alas blancas. Me orden marchar por el mundo, buscando a quien nos librara y hara que los hombres no nos despreciasen ni nos esclavizasen ms. Por lo tanto, part slo, con suficientes monedas de oro tomadas del tesoro de Salomn y busqu al extranjero.†

Ramus tom otra tableta vaca para continuar escribiendo:

† A travs de todo el mundo, por donde he vagabundado buscando, slo he visto terror, desesperacin, odio muerte y opresin entre todos los hombres. He visto que todos los hombres se vuelven contra sus hermanos; no he odo bendiciones sino maldiciones. Esto me ha afligido. Cuando qued seco de lgrimas, pero no de tristeza, descubri que ya no poda hablar. Cuando encuentre a aquel a quien busco, no slo la maldicin contra mi pueblo ser quitada, sino que hablar una vez ms de alegra.†

Lucano permaneci sentado durante mucho tiempo leyendo las tabletas una y otra vez. Se senta enfermo de compasin. «Qu bsqueda ms desesperada la de aquel pobre hombre! coment para s. Pens en la carta de Sara. Vacil. Luego se encogió de hombros. Se acercó a un cofre de madera barata donde guardaba sus cartas y sacó un rollo. Por lo menos la carta de Sara podía consolar a Ramus, quien era supersticioso y susceptible. Como mdico Lucano comprenda que la fe frecuentemente podía ayudar donde la medicina fracasaba. Colocó el rollo cerca de la mano de Ramus y dijo con voz ronca y sin emoción:

—Esto me fue escrito por una mujer a la que amo. Es juda. Si te consuela, entonces no sentir pena por haber violado su confianza.

Ramus desenrolló el rollo y empezó a leer. De pronto empezaron a caer lgrimas de sus ojos; sonrió extasiado. Pareca como alguien que hubiera percibido la noticia de que no moriría y asintió una y otra vez mientras su pecho se agitaba con deleite. Cuando terminó de leer, se cubrió el rostro con las manos y se movió lentamente sobre su silla. Lucano dijo con sequedad:

—Has de comprender que esto ha sido escrito por una joven inmersa en su fe, con la promesa de un Mesas sonando continuamente en sus odos; pero yo no lo creo. Soy mdico y científico y cada día me enfrento con la dura realidad de la vida y la muerte, y no hay en ellas significado ni para los hombres ni para mí. ¿Qu es el hijo del hombre, para que Dios le visite o el hombre para que Dios se acuerde de él? He estudiado también astronomía; hay galaxias y constelaciones de tal magnitud que la mente se asombra ante su mera contemplación. ¿Qu es este pequeño mundo para cualquier Dios? Mi nica queja que es diminuta, es que su mano no debiera haberse hecho para que suframos y murmuramos.

Se volvió un poco hacia Ramus mostrando su rostro plido y rígido.

—Nuestra nica esperanza es que nos abramos caminos solos. Terminar con la opresión del hombre sobre el hombre, aliviar su dolor. Si tú crees que en la tierra de Israel vive realmente uno que pueda ayudarte, vete en paz.

Ramus le mostró su rostro, brillante con lgrimas de alegría. Escribió sobre una tableta: † T me llevarás a J.†

—No —dijo Lucano—. Nunca ir a Israel, por muchas razones. Puedes marcharte mañana. Te dar dinero.

Ramus escribió: † No, donde tú vayas yo iré; no me pidas que te deje. Mi corazón me dice que debo permanecer contigo y que todo irá bien.†

Lucano se mostró emocionado a pesar de su severidad. Dijo:

—He estado por mucho tiempo solo. Por lo tanto, si lo deseas, permanece conmigo y sé mi amigo.

En los siguientes días encontró un gran y misterioso consuelo con la presencia de Ramus, que cuidaba sus jardines, guisaba sus sencillas comidas y que le ayudaba en el cuidado de corrientes interminables de miserables que llegaban hasta su puerta para ser curados. Era para él una paz extraña, cuando en los atardeceres podía sentarse con Ramus, después de la humilde comida, y hablar a aquel hombre mudo de sí mismo, de su familia y sus amigos.

—No soy muy sabio —le dijo en cierta ocasión—, el hombre más sabio que he conocido fue mi antiguo maestro Keptah que ahora está muerto. Tenía una lengua elocuente; si viviese aún, te enviaría a él porque yo no tengo ningún consuelo real que ofrecerte ninguna esperanza verdadera.

Se sintió profundamente interesado al descubrir que Ramus podía mezclar hierbas en formas extrañas y agradecerlo por la comprensión que Ramus tenía para los enfermos que llegaban a su casa y sus diestros y amables cuidados con ellos.

Aunque hacía tan sólo diez días que conocía al hombre negro, parecía como si hubiese estado con él siempre y se preguntaba cómo había podido vivir sin aquella augusta y silenciosa presencia. Se sentaban juntos a la puesta del sol, contemplando las variables colinas, escuchando los pájaros y viendo como la negra ala de la noche iba cubriendo lentamente la tierra. Lean los libros de Lucano juntos, Lucano los comentaba y Ramus escribía sus propios comentarios sobre la tableta. Permanecían contentos, Ramus vestido con vestidos baratos que Lucano había comprado para él, con su brillante anillo en la nariz. Cuando Lucano cerró su casa y partió hacia el barco, Ramus le acompañó⁽⁶⁰⁾. De acuerdo con su promesa, cuando el barco atracó en Antioquia, Lucano llevó a Ramus al pretor romano y le hizo un sueldo. Pasó un año y luego otro y Lucano había rebasado ya los treinta años cuando volvieron a la casa en los suburbios de Atenas, donde permanecían por unos cuatro meses. Parecía como si hubiesen partido de allí tan sólo unos cuantos días antes. El encargado de la casa; un

granjero local, haba realizado su trabajo bien y todo estaba limpio y en orden, los rboles cargados de frutas y las flores abriendo sus capullos. Los nicos cambiados eran ellos mismos. El sufrimiento, dolor y muerte que haban encontrado pesaba sobre Lucano ms que nunca, pero Ramus haba adquirido mayor severidad, paz y habilidad, y pareca rodeado de un aire de expectacin.

CAPITULO XXXIII CAPITULO XXXIII

Lucano cont a Ramus su bsqueda del muchacho Arieah que, si an viva, tendra doce aos.

—Nunca he visto a un muchacho de esa edad sin que le mirase su dedo meique —dijo—, tanto en la calle, en el gora de Atenas, los templos, entre mis pacientes e incluso en las callejuelas y caminos del mundo que conozco. Pero sin duda est muerto; quin le rob estaba lleno de maldad y malicia contra Eleazar ben Salomn que nunca haba herido a ningn hombre y que haba hecho su fortuna con justicia —permaneci un rato pensativo—, y por qu debe el hombre odiar a su prjimo por envidia o porqu no son de su raza o de su color? Esta pregunta ha sido hecha durante miles de aos; se petrifica y ensombrece de tanto preguntarla. Es la tragedia del hombre.

Hablaba a Ramus como nunca haba hablado a otro hombre, ni siquiera a Keptah, Cusa o Jos ben Gamliel. Los primeros le haban enseado y aconsejado y l haba sentido una especie de rebelin; el segundo le haba enseado con amor, le haba considerado un poco tonto. El ltimo haba intentado conducirle apasionadamente a Dios cuando su corazn senta mayor amargura. Pero Ramus le sonrea y cruzaba sus manos.

Explic a Ramus que no cuidara de los ricos y hombres de posicin porque podan permitirse tener sus mdicos y podan pagarles grandes sumas. Pero el tiempo le haba enseado alguna agudeza: haba descubierto que con mucha frecuencia, campesinos prsperos, no deseosos de pagar cuotas altas, acudan a l para que les curase por caridad. Lucano dijo:

—Cuando descubro quienes son, y he adquirido un sentido oculto que me sirve muchas veces para hacer este descubrimiento, les hago pagar, aunque el precio sea pequeo. y Por qu me privan del tiempo cuando pueden permitirse llamar a otros mdicos y otros necesitan mi ayuda? Trato a los ricos slo cuando acuden a m desesperados, cuando han sido desahuciados por sus propios mdicos.

Ramus, el da que Lucano dijo esto, cogi una tableta y escribi: † Pero todos los hombres sufren y es bueno ayudarles. ‡ Lucano le mir con un sombro gesto de asombro; ante l tena a uno que haba sido atormentado por los hombres y sin embargo les compadeca.

Un da, cuando ya se acercaba el momento en que Lucano deba volver a embarcarse, una magnfica litera llevada por seis hermosos esclavos negros, se detuvo ante su puerta y el que diriga el grupo, que hablaba un griego elocuente, le rog que visitase a su dueo, que estaba a las puertas de la muerte y haba sido abandonado por otros mdicos. Lucano dese rehusar; estaba muy cansado aquellos das; las colas de desgraciados se formaban ante su casa al amanecer y permanecan all hasta la puesta del sol; luego dijo:

—Si los mdicos de tu dueo le han abandonado, yo, que trato las peores enfermedades en los barcos y en las ciudades, no puedo ayudarle. —Despus su curiosidad de mdico se agudiz en l y pregunt—: y Qu es lo que aqueja a tu dueo?

—Se muere por todas partes; sus hijos estn desesperados, han odo hablar de ti, y desean pagarte una enorme suma por tu ayuda.

Lucano consider aquellas palabras. Haba gastado mucho de la herencia que le haba dejado Diodoro en obras de caridad; en aquel momento tena muy poco dinero. Empez a mover su cabeza. Por lo menos una docena de hombres, mujeres y nios sufrientes esperaban en su jardn; algunos tumbados sobre el suelo, otros echados sobre el banco o postrados ante su misma puerta. Pero Ramus toc su brazo e hizo un gesto un tanto malicioso. Lucano mir a sus pacientes; muchos de ellos sufran enfermedades crnicas; Ramus, que haba aprendido mucho con Lucano y que tambin tena un misterioso poder de curacin, poda examinar y tratar algunos de aquellos pobres desgraciados.

—Espero que no me ocupe ms de una hora —dijo Lucano un tanto contrariado.

Entr en la litera y se alej de all. Pero a pesar de todo, su curiosidad se senta agudizada. La litera se desliz rpidamente a travs de las iluminadas calles de Atenas, luego se apart de la seccin ms poblada hacia unos agradables viedos, jardines y blancas paredes sobre las que asomaban sonrosados ramos de flores. Se detuvo ante una puerta de hierro muy bien trabajada que representaba a Apolo y sus enigmas, y un esclavo abri y dio paso a Lucano a un jardn, desde donde pudo contemplar una casa maravillosa.

Lucano contempl la casa con admiracin, porque era una villa de escala reducida pero magnfica y exquisita. Los mosaicos del patio eran de color rosa; los pequeos parterres de flores estaban rodeados con azulejos azules, con un halo azul. Haba slo una fuente: una pequea tapa de mrmol, llena de agua burbujeante, lirios rosados y una figura de delfn en el centro alzado sobre su cola. De su abierta boca surga un chorro iridiscente. La propia casa brillaba de blancura bajo el sol, con pequeas, aunque perfectas columnas de estilo jnico.

Tan impresionado qued Lucano ante aquella deliciosa visin que no se dio cuenta, al principio, que tres hombres de edad mediana que descansaban juntos en un banco de mrmol curvado al otro lado de la fuente,

cubiertos por un grupo de mirtos. Iban vestidos con elegancia, con togas blancas, y ofrecan un agudo contraste, porque aunque altos, sus rostros no tenan un aire aristocrático, sino que eran vulgares. Su vista de mdico percibi las grandes manos curtidas por el trabajo, los hundidos ojos, el cutis pecoso, graso y moreno, el tosco y encanecido cabello. Observ también que todos llevaban anillos de considerable valor, que sus sandalias eran de piel de la mejor clase. Parecan ricos libertos. Se parecan notablemente uno al otro y comprendi al instante que eran hermanos. El primero, que evidentemente era el ms viejo, dijo:

—Saludos.

Luego aadi rpidamente, con voz insegura y montona corriente entre los hombres de las clases bajas.

—Bienvenido a la casa de mi padre Flegn; me llamo Turbo y estos son mis hermanos, Sergio y Meles.

Lucano devolvi la reverencia de los dos hombres con un murmullo cortés, sin demostrar que para l la voz de Turbo careca del elegante acento de un ateniense culto.

Sergio y Meles parecan encantados con que su hermano hablase por ellos. Su pasividad era propia de aquellos acostumbrados a obedecer. Sin embargo, a medida que Turbo continuaba hablando, Lucano comprendi que aquellos hombres posean una tosca fortaleza y orgullo defensivo. Empez a sentir simpata por ellos. Turbo aadi:

—Es nuestro padre Flegn, quien est enfermo. Ha permanecido en su lecho casi durante un mes y hemos hecho venir a los mejores mdicos. Pero —y se detuvo un momento—, les echa, declarando que son tontos o sinvergenzas.

Lucano mir el jardn a su alrededor con admiracin y al ver su mirada, los tres hermanos cruzaron miradas y tmidas sonrisas que aparecieron en sus rostros un tanto doloridos.

—Puede apreciarse que no se ha escatimado nada. ¿Cules son los sntomas de la enfermedad de vuestro padre?

Los hermanos ms jvenes miraron a Turbo que dijo:

—Declara que est muy dbil; mi padre ha sido siempre un hombre que ha dicho la verdad y no ha exagerado. Se queja de todas partes. Su espina dorsal est rgida. No hay ninguna noche, nos jura, que duerma sin dolor, y no puede comer.

Los sntomas sugeran artritis, aventur Lucano. Pero Turbo movi negativamente la cabeza.

—No. Todos los mdicos nos han dicho que no es artritis, no tiene hinchazn, deformidad en las articulaciones, ni tampoco rigidez —sus pequeos ojos se achicaron a causa del abatimiento—. No se puede creer a los esclavos y hay cinco en esta casa. Les he interrogado rgidamente. Juran que mi padre come como un joven, con un gusto secreto. No come en su presencia, tienen que retirarse. Dice que da los alimentos a su gran perro que nunca le abandona y que l tan slo bebe un poco de vino. ¿Hemos de creer a nuestro honrado padre o hemos de creer las palabras de los esclavos?

Lucano se mantuvo silencioso pero inclin la cabeza con tacto, Luego pregunt la edad de Flegn y le dijeron que tena setenta y tres aos.

—Una buena edad —coment—, hemos de recordar que los viejos son con frecuencia un poco raros.

Turbo se sinti ofendido.

—La mente de mi padre es tan vigorosa como la de un joven, Lucano, y tan vital como la de un rbol recién plantado. Hasta hace un mes andaba como un hombre en su edad madura, su voz poda ser oda en todas partes y su mano era pesada.

Mir de reojo a sus hermanos.

—Y ahora —dijo, Lucano—, su carne se ha marchitado repentinamente; no puede andar sin ayuda, su color se ha tomado ceniciento y su voz es trmula y dbil.

Turbo se rasc una oreja y mir hacia sus pies y los hermanos le imitaron con tanta exactitud que Lucano tuvo que luchar por evitar una sonrisa. En el silencio que sigui poda or el cntico de las fuentes. Finalmente Turbo, sin mirarle directamente dijo:

—No, no es as. Su color es excelente. Su voz ms fuerte que nunca y su carne tiene buen aspecto. Pero ocurre que se queja y asegura que sufre agnicamente. Siempre ha sido un hombre dominador y

— ¿Y? —dijo Lucano, cuando se detuvo.

—An es dominante, lo cual nos anima —la tosca voz hab a cambiado, excitndose—, permanece en su cama, no pasea, y su humor...

Lucano esper, pero Turbo no se senta inclinado a discutir el humor de su padre.

—Tememos de que est a punto de morir, hemos consultado a los sacerdotes en nuestra desesperacin. ¿l llama a los sacerdotes imbciles y a nosotros tontos supersticiosos.

El retrato de un imponente e irascible anciano estaba empezando a emerger en la mente de Lucano. Se sinti curioso por ver al paciente y as lo manifest. Turbo hizo un gesto con su dedo y llam al esclavo que estaba en la puerta.

—Deseo ver a vuestro padre solo —dijo Lucano.

El esclavo le condujo al interior de la casa que era tan exquisitamente bella en el interior como en el exterior, y haba sido construida, proyectada y amueblada por un maestro. De nuevo all exista el lujo y la belleza en pequea escala. Lucano pens que habra sido la villa favorita de algn caballero romano o pompeyano. Record la grosera de los tres hermanos y se dijo que su madre posiblemente haba sido una mujer de origen bajo, casada con un caballero de Atenas. El mdico movi la cabeza y mir las pequeas habitaciones llenas

de luz, los murales en las paredes, la blancura de los techos, el excelente mrmol de las columnas, los colores del suelo, el mobiliario de buena calidad.

Fue conducido a un dormitorio inundado por la luz del sol. El suelo pulido cubierto con alfombras persas y lleno de flores. Un anciano corpulento yaca en una cama de marfil tallado, con incrustaciones de oro, y hojas y flores esmaltadas. Junto a l haba una mesa de patas de marfil sobre la que descansaba un recipiente de plata lleno de frutas. Pepitas de aceitunas, huesos de ciruelas y corazones de manzanas cubran una alfombra que un Csar hubiese admirado. Un gran perro marrn muy feo y feroz se levant gruendo cuando Lucano entr y el anciano se sent repentinamente sobre su cama y mir al mdico.

— ¿Quin eres t? —pregunt con tono furioso.

Lucano vio inmediatamente que no era un hombre ateniense culto, ni rico, ni aristocrtico. Cuanto haba en los rostros de los hijos apareca en el rostro del barbudo padre y ms. Sin embargo, el anciano pareca poseer gran vitalidad; sus hombros y msculos del pecho, sus tensos brazos eran propios de un trabajador fuerte que no hubiese conocido otra cosa que el ms arduo trabajo durante toda su vida y no hubiese sufrido a causa de l.

Lucano se acerc a la cama, se sent sobre una silla, colocando su cartera junto a l. Sonri ante los impetuosos ojos, ms brillantes que los ojos de sus hijos y sin que nada velase su viveza, ni mostrase su edad.

—Soy t mdico —dijo con calma—, llamado por tus hijos.

— ¿Otro! —Rugi el anciano emitiendo obscenidades—, ¿no habrn terminado an de gastar mi dinero? ¿Lrgate, sinvergenza!

Lucano pos las manos sobre las rodillas con flacidez. Si el anciano estaba enfermo no daba seales de ello. Tampoco se poda creer que tuviese alguna enfermedad mental, porque no se mostraba incertidumbre, violencia incontrolable ni agudeza en su voz. Tena un temperamento fiero, pero su boca denotaba un espritu calculador. Una fuerza animal en su bulbosa nariz y boca, un temperamento profundamente suspicaz que delataba al campesino iletrado.

—Debes tener consideracin de la ansiedad que padecen tus hijos —dijo Lucano—, por eso estoy aqu. Si no puedo ayudarte no exigir ninguna clase de pago.

Las blancas cejas de Flegn feroces y despectivas se elevaron sobre sus ojos.

— ¿Ja! —exclam, y volvi a echarse sobre sus bordados almohadones

Alarg la mano para coger una manzana, luego la mordi con los dientes ms blancos y fuertes que Lucano haba visto nunca. Flegn mastic salvajemente, despus arroj la manzana lejos. El perro olfate a Lucano y empez a dar vuelta a su alrededor, como un lobo que esperase el momento de atacar.

— ¿Mis hijos! —Exclam Flegn con voz rugiente, llena de vida y disgusto—, slo esperan que me muera para poder apoderarse de mi dinero; djame que te diga, mdico suave, blanco y mentiroso —y al decir esto agit un gran dedo moreno hacia la inconmovible faz de Lucano—, que no conseguirs que te pague nada.

El perro estaba empezando a poner nervioso a Lucano, por lo tanto, frunci el ceo y murmur una palabra. El animal qued quieto como una piedra. Lucano murmur otra vez y el perro repentinamente cay sobre su vientre y permaneci all, con la pasiva cabeza entre las patas delanteras y los ojos cerrados. Al ver esto, Flegn dijo:

— ¿Un mago..., un hacedor de encantamientos! Has venido a envenenarme.

—No soy mago —respondi Lucano—, tan slo se trata de algo que mi primer maestro me ense⁽⁶⁰⁾, el cual tambin era mdico. Cre que haba visto alarma genuina en tus hijos, sin embargo hablas de que esperan que mueras y casi les has acusado de que me hayan pedido que te envenene.

El anciano permaneci sobre sus almohadones, jade y luego mir a su perro. Se senta aterrorizado.

—Librale de tu encantamiento —pidi—, y entonces te hablar.

—Ciertamente —dijo Lucano—, pero me distrae el tenerle rondando junto a m y gruendo amenazas. Llmale junto a tu cama y mndale que se eche cerca de ti y permanezca alejado de m.

Sacudi sus dedos y el perro salt sobre sus patas volviendo de nuevo a gruir y acercndose a Lucano.

Flegn le llam con su voz viciosa y las orejas del perro se agacharon, se acerc hasta l, se coloc junto al lecho y se ech a su lado. Su dueo mir a Lucano con un cauteloso respeto y un continuo temor.

—Te hablar —dijo—, pero no servir de nada. Es muy posible que me estn envenenando lentamente por mandato de mis hijos. Les dije esto a los otros mdicos, cuyos sueldos hubiesen permitido comprar un valioso esclavo. Pero no me quisieron creer. Te lo digo de nuevo a ti. Mis hijos estn esperando que muera y planean mi muerte.

—No tienes ms que ordenarles que no entren en tu casa —dijo Lucano.

— ¿Ja!, han sobornado a mis esclavos.

Algo sutil se reflej sobre su rostro, como un astuto secreto. Se senta, sin embargo, deseoso de hablar a causa de su ira y porque Lucano permaneca muy atento. El vigor llen de nuevo a Flegn.

—Djame que te cuente acerca de mis hijos, mis preciosos hijos. Turbo para empezar es un ladrn. Naci ladrn, ha vivido como ladrn y morir como ladrn.

Alarg la mano para coger un racimo de uvas y empez a comerlas con placer, escupiendo las pepitas. No haba ofrecido a Lucano ni vino ni frutas. Cerr los ojos disfrutando de lo que estaba comiendo y haciendo chasquear sus labios. Luego dijo con voz profunda y complacida:

—De mis propias vias, lo mejor que produce el sol. —Abri los ojos y mir a Lucano.

—Turbo me rob de mis mismos cofres, en esta casa, un palo de gran valor, por el que yo haba pagado una fortuna; lo usa descaradamente, como malvado que es, en el dedo de su mano derecha y puedes verlo all. Sergio, mi hijo segundo, tiene la inteligencia de un carnero y el alma del mismo animal. Sin embargo, es el ms vil de los conspiradores contra m y un mentiroso incurable. En cuanto a Meles, es prdigo con mi dinero. Gasta todas las noches en los burdeles ms caros de Atenas y prodiga mi fortuna con mujeres infames.

Lucano record los rostros de sus hijos. Torci un poco los labios y pregunt:

— ¿Estn tus hijos casados, Flegn?

El anciano empez a lanzar las ms blasfemas obscenidades.

—Si. Y con mujeres ms despreciables que ellos, que juntan su villana bajo rostros lechosos y palabras suaves. Ninguna de ellas ha trado dote de sus padres, les he prohibido venir a mi casa y tambin a mis hijos.

Adopt una expresin de agona y de indefensa ancianidad abandonada en la soledad, traicionada y descuidada. Una lgrima se desliz por sus mejillas.

—Sin embargo —dijo Lucano—, les has dado casa propia, segn creo.

Flegn volvi a ponerse belicoso.

— ¿Te han dicho ellos esto?

—No. Lo he deducido, simplemente. Hubiese sido el acto propio de un padre carioso.

Flegn suspir profundamente y permiti que lucano viese la lgrima que haba apartado de sus ojos con la punta de su dedo.

—S —dijo.

—Y tambin les has dado mucho de tu dinero libremente.

—S. Veo, mi joven mdico, que eres un hombre comprensivo. —Volvi a agitarse—. A pesar de todo lo que hice por ellos, de cuanto les he dado, no me han devuelto otra cosa sino odio, robos, conspiraciones, mentiras y engaos. Estoy aqu, abandonado para morir, temiendo por mi vida, sin otra compaía que la de los esclavos.

Su excitacin creci. Lucano volvi a pellizcarse los labios. Vea un clculo deliberado en aquella excitacin.

Lucano alarg su mano hacia su cartera y extrajo un tubo de pastillas blancas y luego llen una copa de vino.

—No —dijo Flegn hundindose en sus almohadones con un gesto exagerado de rechazo—, no puedo confiar en ti.

—Muy bien —dijo Lucano y dej a un lado la copa y la pastilla—, no necesitas tomarlo. Tan slo intent aliviar los dolores de los que me hablaron tus hijos.

Despus de un momento devolvi la pastilla a su tubo. Flegn pareci reflexionar.

— ¿Qu me hara esa medicina?

—Te lo he dicho: aliviar tus dolores.

Flegn se moj los labios con la punta de la lengua.

—Dmela —dijo rudamente.

Con una ligera sonrisa Lucano obedeci. El anciano bebi el vino ansiosamente.

—Bien —dijo Lucano—, debes ahora decirme que te duele y yo debo examinarte.

Con una nueva y sorprendente docilidad, e incluso con deseos, Flegn respondi a las preguntas y se dej examinar por Lucano que lo hizo cuidadoso y exhaustivamente. Era lo que sospechaba. Flegn posea una salud poderosa y excelente; tena un cuerpo y una constitucin fsica de un hombre de por lo menos veinte aos ms joven. Sus msculos parecían de acero, sus articulaciones esplndidas. Lucano comprendi. Se sent y mir gravemente a Flegn.

—Tu caso no puede ser tratado con delicadeza —dijo con seriedad.

Por un momento Flegn se sinti halagado. Luego pregunt con acento temeroso:

— ¿No ser fatal?

Y el vigoroso color de sus mejillas palideci.

Lucano movi la cabeza con gesto negativo, pero mantuvo su gravedad.

—No es fatal. Sin embargo, tu caso debe ser estudiado profundamente.

Flegn se sinti de nuevo halagado.

—Eres el nico mdico inteligente que me ha visitado. «Lo juro por Mitra! Todos los dems se atrevieron a decir que mi salud era perfecta y que estaba tan sano como una manzana. «Los mentirosos! «Los muy ignorantes!

—Tan slo pensaron en sus honorarios —dijo Lucano con simpata.

—S, s —coloc la mano sobre el pecho y puso los ojos en blanco.

—El dolor ha desaparecido de mi corazn. Est tranquilizndose y no me palpita. No puedo dormir en toda la noche a causa de las palpitations que siento en mi garganta y sienes.

Lucano no dudaba de que el anciano ciertamente sufriese aquellas cosas.

Su pulso era demasiado fuerte, demasiado rpido, la presin excesivamente alta a pesar de los buenos sntomas de su corazn. Lucano se levant y dijo:

—Deseo consultar con tus hijos.

Flegn le mir con astucia.

— ¿Y qu les vas a decir?

—Que tu... tu enfermedad... merece toda clase de consideraciones y que debe ser tratada al instante.

Flegn se agit, volvi de nuevo a sentarse sobre los cojines.

— ¿Que sufran sus corazones, que no puedan dormir sabiendo lo que me han hecho a causa de su avaricia y odio! ¿Que teman la ira de los dioses que han mandado a los hombres honrar a sus padres!

Lucano dej el dormitorio y atraves lentamente la casa que tena a sus ojos cada vez ms el aspecto de una preciosa joya. Sali al jardn. Los tres hijos se levantaron del banco en el que estaban sentados y se acercaron a l al instante agitados.

— ¿Qu es lo que tiene mi padre? —pregunt Turbo mientras su ronca voz temblaba.

Lucano contempl a los tres. Mir a la mano derecha de Turbo y vio un palo maravilloso en el anillo del dedo meique. Brillaba con reflejos rosas, azules y dorados. Mir a Sergio, y vio que su saludable y preocupado rostro, tena una expresin ingenua. Mir a Meles, que pareca menos aficionado a visitar burdeles que el perro de Flegn. Lucano frunci el ceo. Despus pareci volver en s y dijo con cierta sorpresa:

—Debes perdonarme, pero soy un gran admirador de palos y me he dado cuenta, Turbo, de ese tan bello que llevas en la mano.

Turbo se sinti por un momento sorprendido; era evidente que su pesada mente no se movia con gran agilidad. Luego sus ojos pequenos brillaron con orgullo y alz la mano para que Lucano examinase la joya.

—Es muy vieja y tiene una gran tradicin —dijo—, mi esposa es descendiente de una familia en la que ha habido muchos y prestigiosos eruditos. Sus antecesores recibieron el cario del propio Pericles —luego suspir—, yo no soy un hombre educado. Apenas si puedo leer. Honro este anillo con todo mi corazn y se lo dar a mi hijo cuando muera. No deseaba aceptarlo de mi esposa pero nos amamos tiernamente y ella lo coloc a la fuerza en mi dedo.

Sergio habl por primera vez. Su voz ronca testificaba que era hombre de pocas palabras. Dijo afectuosamente a Turbo.

—Fue en el dcimo aniversario de vuestra boda cuando tu esposa te dio este anillo, hermano mo. Lo llevas con honra, aunque no eres un erudito, pero tu hijo honrar tu nombre. —Turbo suspir.

—Sin embargo, mi padre lo desea. A menudo me pregunto si no ser un hijo desobediente por no regalrselo.

—Es tuyo y de tu hijo —dijo Meles hablando tambn por primera vez —, heriras a tu esposa si se lo dieses a mi padre. Hay que tener en cuenta las mujeres.

Lucano se sent entonces en el banco, sumido en profundos pensamientos. Turbo, de pronto, se ruboriz profundamente. Dio unas palmadas.

—Debes perdonarme, Lucano —dijo—, debiera haber ordenado que te trajesen vino pero tan slo pensaba en mi padre.

Un esclavo apareci y la orden de que trajesen vino fue dada.

—Mi padre se sentir enfadado —dijo Meles —, has elegido los vinos ms escogidos.

Turbo contest con mucha dignidad.

—Su bodega puede ser pequea, pero no lo hay mejor en Atenas y yo la mantengo bien provista. Puede dispensar un poco para Lucano. Pero no me has dicho, Lucano, qu terrible enfermedad aflige a mi padre.

Lucano respondi:

—Se sabe que la enfermedad de un hombre no puede separarse de cuanto es y de lo que le rodea. Debo primero hacerte unas cuantas preguntas y deseo que me contestes con sinceridad.

—Pregunta —dijeron los hermanos a coro, y ante sus expresiones no le qued duda de que la ansiedad de sus rostros era genuina y su afecto por su padre profundo y sincero. Su rostro se ensombreci un tanto.

Un esclavo trajo una bandeja de plata con cuatro copas y Turbo sirvi el vino y ansiosamente mir para ver si Lucano lo aprobaba. Era delicioso y Lucano expres su placer con sinceridad. Los tres hermanos permanecieron a su alrededor y bebieron con un gesto que para ellos aparentemente, era el ms aristocrtico, y con afectacin contenida.

—Vuestro padre —dijo Lucano despus de una serie de sinceras felicitaciones — debe haber heredado muchas riquezas —e indic el jardn de la casa.

Los hermanos se miraron uno a otro y vacilaron. Luego Turbo alz la cabeza.

—Hay algunos que desprecian a la gente humilde —murmur—, es su privilegio, aunque estn equivocados. Nosotros somos gente humilde, pero nos ha ido bien y hemos hecho fortuna. Mi padre era muy pobre, aunque libre. Tena una pequea granja seca y de suelo infecundo. Mis hermanos y yo no podemos recordar ninguna poca en nuestra niez y temprana juventud en la que nuestros estmagos estuviesen satisfechos, aunque todos trabajamos con nuestro padre. Nuestra madre muri cuando ramos nios.

Turbo se ruboriz y tosi.

—Nos has pedido que seamos sinceros. Mis hermanos y yo regalamos esta casa a nuestro padre hace cinco aos. Nunca haba vivido en una casa que fuese humilde y llena de pobreza. Contratamos al mejor de los arquitectos. Desebamos honrar a nuestro padre en su ancianidad; recordando sus anteriores sufrimientos, las goteras de los techos de su casa y el suelo sucio. Desebamos darle los deleites y lujos que se mereca.

—No haba nada bastante bueno para l —continu Meles, mientras sus rostros sencillos se animaban—. Enviamos a buscar tesoros de todas las partes de la tierra para colocar en esta casa. Nunca en su vida haba posado la dignidad e independencian de una casa que no estuviese llena de nios y animales. Tan solo tena que mencionar lo que deseaba y se lo dbamos al instante, porque es nuestro padre y ha sufrido mucho.

—Los muebles —dijo Sergio—, me costaron a m la renta de dos aos. Me senta orgulloso de dar a mi padre este placer.

—Comprendo —dijo Lucano con compasin—. ¿No hubiese vuestro padre vivido con uno de vosotros?
—No. Es un hombre orgulloso y no le gustan los nios y nosotros tenemos muchos. Deseaba tener un hogar propio.

Turbo sonri con comprensin.

— ¿Y vosotros habis hecho fortuna? —Lucano se senta intensamente interesado.

—S, honradamente —respondi Turbo con rapidez —, los dioses han sido buenos para con nosotros. Sacrificamos en su honor con regularidad. La cosa ocurri de esta manera: Cuando yo era joven trabajaba en la granja, saba que nos amenazaba el peligro constante del hambre e incluso de la desesperacin. Senta gran admiracin por las buenas porcelanas que haba visto en las tiendas. Por lo tanto me coloqu de aprendiz con un alfarero que es famoso por los hermosos jarros, estatuillas, platos, camafeos azules, rojos y amarillos. Despues de algunos aos expres su afecto por m declarando que yo tena mano segura y un sentimiento artistico natural por la belleza —mir desafiadoramente a Lucano—. ¿No crees esto?

Lucano alarg la mano y tom la de Turbo y examin delicadamente sus dedos.

Aunque estaban curtidos por interminables aos de trabajo los dedos tenan la forma de esptula de un verdadero artista.

—S —dijo con reverencia—, te creo.

—Gracias —respondi Turbo con una humildad que era en s misma un orgullo inocente—, estaban adems mis hermanos. Convenc al alfarero para que los emplease. Sergio revel una sorprendente habilidad para producir invariablemente formas perfectas con casi ninguna prdida. Incluso ahora maneja el torno, porque no lo confa a nadie ms. Y Meles invent un tipo de vidriado que es nuestro secreto. El alfarero, que no tena hijos, nos leg su fbrica. Todos nuestros productos son buscados por todo el mundo, incluso en la propia Roma. Tenemos una flota de barcos propios y empleamos a mucha gente y esclavos; si pudisemos producir el doble venderamos cuantos jarrones, platos y objetos de arte hacemos, pero esto significara sacrificar nuestras mejores cosas. Preferimos mantener nuestra fbrica tan pequea como es posible, a fin de que ninguno de nuestros productos salga sin nuestra inspeccin personal porque todos llevan nuestros nombres y nadie, en ningn sitio, debe sentirse desilusionado.

Pareci elevarse con estas palabras.

—El palacio de Csar est lleno de nuestras obras y los jarros tienen el precio de joyas e incluso los grandes patricios de Roma compran nuestras urnas funerales.

—Desgraciadamente —dijo Meles con tristeza—, nuestro padre desprecia nuestro trabajo y no permite que ni siquiera el busto de un dios aparezca en su casa si es hecho por nosotros; pero los egipcios declaran que slo sus antiguos artistas pueden ser comparados con nosotros —dijo Sergio con sus pequenos ojos llenos de luz —, nos han enviado preciosos objetos que hemos copiado para ellos. Nuestras pequenas figuras de Apis y cabezas de Isis son las ms esplndidas que hay en sus templos. Pero es Turbo quien las proyecta, quien dibuja el pergamino para que yo lo copie y Meles lo cristalice.

—Sin la cristalizacin y tu maestra en comprender lo que dibujo, yo no tendra ningn valor —dijo Turbo. Luego suspir.

—Nuestro padre nos considera tontos carentes de valor —dijo—, aunque las grandes seoras en Roma, Egipto y Atenas usen nuestros pequenos medallones alrededor de sus cuellos, colgando de enjoyadas cadenas, y los hacen insertar en brazaletes valiossimos. Cierta senador famoso, compra nuestros jarrones y jura que los prefiere a las ms bellas esclavas. Debes perdonarme si parece que alardeo, Lucano.

Lucano mantuvo silencio.

—Quiz —dijo Turbo tmidamente— me permitieras enviarte un regalo de alguno de nuestros jarrones.

El joven griego se sinti emocionado.

—Me sentir agradecido —dijo. Luego alz la cabeza.

—Debo haceros una pregunta difcil y os ruego que me contestis.

— ¿Por qu amis a vuestro padre?

Le miraron boquiabiertos, con un asombro sincero, durante algunos momentos. Luego Turbo manifest:

— ¿Por qu amamos a nuestro padre? ¿Qu pregunta ms extraa! ¿No nos dio la vida e hizo posible que nosotros tengamos lo que tenemos, nuestras agradables esposas y nuestros encantadores nios? ¿No est ordenado que el hombre ame a sus padres?

Lucano record el mandamiento de los judos: †Honra a tu padre y a tu madre...‡ Y sin embargo, haba padres que no merecan ningn honor. Turbo habl de nuevo, con ms calor.

— ¿No ha sufrido mi padre mucho tambn? Es poco que podamos aligerar y hacer ms brillante su ancianidad, porque nunca pudo satisfacer su estmago cuando ramos jvenes y nunca us otra cosa sino harapos.

Lucano pens cuan extrao e inocente era el amor, y como puede ser explotado por la grosera. Se levant.

—Debo cambiar unas palabras con vuestro padre otra vez. Le he dado una medicina pero puedo decir esto: Cuando haya hablado con l y le haya aconsejado, su salud quedar restaurada para muchos aos, porque es hombre fuerte.

Invocaron gozosas bendiciones tras l cuando dej el jardn. Se dirigi al dormitorio de Flegn. El anciano estaba considerablemente abatido y permaneca echado y tranquilo sobre los almohadones. Cuando vio a Lucano apenas si levant la cabeza y dirigi al mdico una sonrisa casi agradable.

—Ha desaparecido el dolor —dijo. Despues su rostro cambi, apareciendo de nuevo cerrado y reservado.

— ¿Has hablado con mis hijos?

Lucano se sent con gesto deliberado, tom todo este tiempo, mantuvo sus brillantes ojos azules fijos en Flegn. Despues de unos pocos segundos el rostro de Flegn se oscureci y endureci.

—Te han mentido —dijo con cierta vacilacin en su fuerte voz.

—No lo creo —respondi Lucano—, he sido mdico durante muchos aos y los mdicos adquieren un sexto sentido que les permite detectar mentiras.

Y sus ojos brillaron con dureza y profundo significado. Sin embargo, tambn senta compasin por Flegn, porque comprenda que envidiaba a sus hijos, se dola de sus xitos, posicin y fama, porque l haba sido slo un pobre e ignorante campesino. Sin embargo, era evidente que saba que sus hijos le amaban y por lo tanto les atormentaba.

—Vete —dijo Flegn abruptamente, y volvi la cabeza contra las almohadas, mientras sus poderosos hombros se estremecan—. Soy un hombre viejo y dbil, abandonado, engaaado, solitario. Djame con mis dioses, porque por lo menos son ellos los nicos consoladores del hombre.

—Cierto —dijo Lucano—, pero dudo de que creas en los dioses. Antes de marcharme de esta casa voy a dar a tus hijos unos cuantos consejos sanos. Voy a decirles lo que t realmente eres y lo que piensas de ellos. Vaya sugerirles que te devuelvan a tu pequea granja y nunca ms te visiten, porque creo que lo mejor para ellos es que tengan paz mental. Hay veces cuando los hijos abandonan a los padres por amor a s mismos.

Flegn dio media vuelta sobre sus cojines, sus dientes aparecieron brillantes por entre sus labios, y sus ojos brillaron con el ms salvaje odio y temor.

—Me vas a destruir —grit, y maldijo a Lucano con un lenguaje tan vivo que Lucano se sinti admirado ante tanta imaginacin. Esper pacientemente hasta que Flegn qued exhausto y rompi a llorar con lgrimas sinceras. Luego dijo amablemente:

—No har lo que he dicho. No desilusionar a tus hijos acerca de ti, si me obedeces al instante y continas obedecindome.

—Maldito seas —gru⁽⁶⁰⁾ Flegn—, que los cuervos desgarran tu hgado.

Se detuvo cuando Lucano aparent no sentirse impresionado sino un poco aburrido. Luego gimote:

—Dime lo que debo hacer. Pero, buen mdico, ten compasin de un hombre viejo. ¿Me enviars a aquel maldito trozo de tierra que est lleno de piedras y espinas para terminar mis das de nuevo en la miseria?

—Sin duda lo har —dijo Lucano—, a menos que me obedezcas. Lo primero que has de hacer es salir de esa cama inmediatamente. Vestirte con tu mejor vestido y colgar un collar alrededor de tu cuello. Luego irs al jardn conmigo y saludars a tus hijos como un padre amante, abrazndoles y despues me jurars con juramento secreto, que nunca volvers a mentir a tus hijos, ni calumniarlos con falsedades, ni pretender que ests enfermo a fin de desgarrar sus corazones —se detuvo y aadi severamente—: El juramento que voy a pedir de ti es muy misterioso, porque aunque no creas en los dioses hay magia en el juramento y si le violas una monstruosa afliccin caer sobre ti.

Flegn le mir posedo por completo de terror y Lucano sonri para s, aunque mantuvo sus labios firmes para evitar una carcajada.

Flegn ech a un lado las mantas y colchas que le cubran y se puso de pie, plido y tembloroso, desnudo y grande como un anciano Hrcules; sus morenos msculos tersos como seda. Con manos temblorosas se visti una tnica larga de excelente lienzo, ajust un cinturn de oro alrededor de su delgada cintura, se coloc brazaletes de oro en los brazos y colg un collar alrededor de su cuello. Luego se pein los largos y grises rizos de su barba. Estaba magnfico.

Lucano le hizo jurar con una frmula que invent en el momento, invocando a los dioses para que escuchasen, mientras Flegn permaneci de rodillas ante l. Lucano, finalmente, salpic al anciano con unas gotas de vino, y le amonest severamente otra vez. Hubiese ayudado al anciano a levantarse, pero Flegn salt sobre sus pies como una flecha y coloc sus grandes puos sobre su pecho.

— ¿Acaso soy un debilucho? —rugí—. Soy lo bastante viejo para ser tu abuelo, t, sutil mdico, pero podra romperte la espalda con mis propias manos.

—Lo creo —dijo Lucano—, ten cuidado, pues a partir de ahora, de no romper el corazn de tus hijos porque el desastre caer sobre ti inmediatamente.

Dio el frasco que contena las pastillas blancas a Flegn.

—Estas te calmarn durante algunas noches, en el transcurso de las cuales —dijo Lucano virtuosamente— podrs reflexionar sobre tus pecados con serenidad.

Flegn atraves la casa a grandes zancadas seguido por Lucano. El anciano se detena aqu y all para llamar la atencin del mdico con orgullo, sobre algunos objetos valiossimos que Lucano admiraba debidamente.

—Observars —dijo Flegn hinchando el pecho— que mis hijos no pueden ser despreciados.

Su rostro brill y se sinti repentinamente libre de la envidia y resentimiento, Y Lucano pens qu felices pueden ser los hombres cuando se liberan de los malos pens instintos, el odio y la malicia.

Entraron en el jardn y los hijos quedaron asombrados y sobrecogidos al ver a su vigoroso padre corriendo hacia ellos; sus ojos se llenaron de lgrimas y fueron incapaces de hablar. Cayeron a sus pies humildemente y l les levant con grandes gestos, como si les perdonase, pero en realidad era l quien se perdonaba s mismo y Lucano lo comprendi as. Abraz a cada uno de ellos, uno tras otro, revelando en sus brazos quin perdonaba a quin.

— ¿Qu clase de mdico ste! —Exclam Flegn con sus brazos rodeando a sus hijos —, ¿qu don podemos darle por haberme restituido la salud inmediatamente?

Antes de que Turbo pudiese contestar, Lucano con rostro fro dijo:

—Es una bendicin cuando aqul que ha sido curado por su mdico le da un don l mismo. Flegn, guiando los ojos alegremente reflexion. Pero era an un campesino, con la cerrazn de un campesino. Luego, como si llamase a todos a que presenciasen un acto de supremo sacrificio, solt un brazaete del brazo, profusamente incrustado de gemas y lo ech a las manos de Lucano. Sus ojos quedaron cegados por las lgrimas.

—Que los dioses te bendigan —dijo con voz ronca y gran sinceridad.

Soy lo bastante viejo para

CAP ^ TULO XXXIV CAP ^ TULO XXXIV

LUCANO fue devuelto a su casa en la litera de Turbo y descubri que estaba contento y sonriente. Se preguntaba cuntos de sus enfermos, pacientes permanecieran en su hogar esperando sus cuidados. Ramus habra trabajado bien; senta una tierna compasin, posea manos hbiles y era amado a pesar de su color, que los griegos despreciaban. Lucano pens en los griegos modernos. Vivan de las glorias pasadas de su pas y las exaltaban, aunque careciesen grandes hombres de importancia. ¿A qu obedeca aquello? El poeta Esquilo haba escrito: †El oro nunca es fortaleza. Ninguna defensa existe para aquellos que desprecian el gran altar de la justicia de Dios.†

Se sinti sorprendido cuando despidi la litera al percibir el silencio que reinaba alrededor de su casa. La puerta del jardn estaba abierta, crujiendo a causa de un seco viento rpido, y su sonido resonaba como un eco con incomprendible desolacin cerca de la casa. El jardn estaba vaco y no haba pacientes esperando. El lugar apareca lleno de un silencio extrao, ausente. De pronto Lucano sinti que su corazn palpitaba rpidamente y entr corriendo en el jardn llamando a Ramus. Luego vio que algn mal haba destrozado su pequeno y hermoso jardn. La diminuta estatua de Eros, que haba adornado graciosamente el pequeno estanque lleno de lirios, haba sido derribada sobre el agua y aplastada. Los setos de flores haban sido brutalmente pisoteados; las ramas de los rboles frutales haban sido arrancadas y la fruta aplastada. Las matas del jardn haban sido golpeadas y rotas y vio grandes seales negras sobre las paredes de su casa, como si el fuego las hubiese prendido y se hubiese apagado pronto. Entr corriendo en la casa, mientras en su cabeza ruga un ruido interior. All tambin estaba todo destruido; su escaso mobiliario, las sillas, mesa, su cama y la de Ramus estaban tiradas y rotas. Los cuadros que l mismo haba pintado, y que colgaban de las blancas paredes, haban sido arrancados y pisoteados, la madera destrozada, sus jarrones y botes vaciados, la habitacin donde guardaba los instrumentos quirrgicos mayores abierta, y en ella no quedaba ningn instrumento; sus cuidados frascos rotos, sus paquetes de hierbas abiertos y stas esparcidas, Todo apareca abandonado y desolado.

Asombrado, Lucano se llev las manos a la cabeza y permaneci quieto y atontado. Mir a su alrededor con incredulidad, parpadeando. ¿Por qu aquel destrozo? Y, ¿dnde estaba Ramus, su amigo, su ayudante? Empez a andar por la casa gritando, mientras sus piernas vacilaban bajo l. Tena una idea confusa de que los doctores de Atenas que durante haca mucho tiempo le envidiaban y despreciaban. Haban hecho aquello, pero su pensamientos estaban dispersos a causa de un enfurecido desespero. Ramus no estaba en la casa. De nuevo sali de prisa al jardn, luego fue hasta las paredes; todo estaba destrozado. Fue all amontonado y sangrante, donde finalmente encontr a Ramus en estado inconsciente. Se arrodill junto a Ramus llorando en alta voz porque vio que no slo haba sido golpeado salvajemente sino que, con algn instrumento afilado le haban dado un tajo en la parte alta de su rostro y que la sangre brotaba de sus ojos destrozados. Carente de visin y ensangrentados se volvieron hacia el iluminado cielo.

De momento Lucano crey que estaba muriendo. Le alz contra su pecho y con urgencia le examin y le tom el pulso. Palpitaba dbil y vacilante, pero Ramus estaba vivo. Lucano, con la cabeza dndole vueltas como en una pesadilla, alz suavemente a su amigo, y le meti suavemente en la casa, tom su cartera de mdico y volvi con ella. Administr algunos estimulantes a Ramus y coloc una botella que contena un liquido de olor fuerte cerca de su nariz, e introdujo un estimulante por entre sus rotos labios. Trabaj fervientemente, sin pensar en otra cosa que salvar a su amigo. Una y otra vez, murmuraba para s mismo:

†Esto es un sueo, esto no ha ocurrido; nadie puede haber injuriado as a un alma tan amable, nadie ha podido hacer esto en mi casa.†

No percibi el sonido de pasos que se acercaban. Y se enderez violentamente cuando una voz tosca y aterrorizada habl tras l.

—Seor, hu cuando hicieron esto... Tuve miedo... Estaban tan furiosos... Perdn amo, ¿eh! ¿Qu han hecho a este pobre hombre...?

Lucano mir hacia arriba y sus ojos azules y dilatados brillaban enfurecidos. Vio que su visitante era un pobre campesino a cuya esposa haba curado con xito.

— ¿Sitn! —dijo roncamente—. ¿Qu es esto? ¿Quin ha hecho esto?

Sitn se acurruc junto a l; las lgrimas corran por su rostro tostado por el sol, pero mientras contestaba, miraba temerosamente a su alrededor.

—Seor, si supiesen que he vuelto a decrtelo me mataran a m tambn. Te estn buscando... Te hubiesen asesinado. Fue la mujer Gata, quien dijo que Ramus produca el mal de ojo; ello lo haba odo hace tiempo en la ciudad; tuvo un aborto y su esposo levant al pueblo contra ti.

Lucano comprendi entonces, sintiendo que un nudo le atenzaba la garganta. El marido de Gata era un campesino prspero, dueo de muchos viedos productivos, hombre malvado, embustero y engaador, que siempre se quejaba de que los ricos y poderosos de Atenas le ofendan y no le pagaban el precio justo de sus cosechas de uva. Sin embargo, l era el labrador ms rico de cuantos vivan a muchas leguas a la redonda. Era famoso por su avaricia. /l, su esposa y sus hijos vivan en una casa que los cerdos hubiesen despreciado, aunque sus cuentas de oro en los Bancos de la ciudad eran la envidia de abogados, doctores, gobernantes y escribas. Dos semanas antes haba acudido a Lucano en compaãa de su astuta esposa, para rogarle, pretendiendo una pobreza absoluta e incapacidad de pagar los gastos que el nacimiento de su quinto hijo ocasionara, para que el mdico les atendiese. Crea que viviendo tan lejos del griego ste desconocera su riqueza, pero un paciente haba murmurado al odo de Lucano lo que era, y ste haba dicho al labrador con frialdad que tendra que pagar una suma modesta, o acudir al mdico regular, cuya tarifa sera diez veces mayor que la suya. Marido y mujer haban partido gruendo y alzando los puos amenazadoramente y llamando a Lucano ladrn y opresor.

—Hoy vino aqu, durante tu ausencia, seor —gimi Sitn volviendo a mirar a su alrededor con temor—; ya sabes que tiene a los campesinos bajo su puo; le deben mucho dinero, porque slo sus viedos produjeron buena cosecha el ao pasado y las de los dems fueron muy pobres. Parece que esperaba la ocasin de que no estuvieses aqu. Lleg nada ms partir t y declar a la gente que esperaba tu regreso, que les usabas para realizar experimentos malvados, que eras un brujo, un hombre muy rico que deseabas la muerte de los pobres. Ya sabes que los doctores de Atenas recomiendan el control de los nacimientos entre los pobres de solemnidad. Conoces qu inflamables son los ignorantes y estpidos, cun prestos estn a creer el mal y la malicie, aunque t les hayas ayudado durante estos tres aos ltimos y les hayas curado sus enfermedades. El marido de Gata dijo que haba oro en tu casa y que con justicia perteneca al pueblo...

Sitn mir a Ramus, que empezaba a gemir con agona. El campesino estornud, se limpi la nariz y los ojos con el dorso de la mano mientras Lucano se arrodillaba completamente estupefacto.

—Estaba aqu, seor, a causa de mis granos, los que ests haciendo desaparecer. ¿Qu poda hacer yo frente a aquella multitud amenazadora, que pedan tu muerte o tu destierro? Atacaron a Ramus y le dejaron por muerto... Seor, debes abandonar este lugar al instante..., volvern para matarte.

Lucano respir profundamente.

—Aydame a meter a Ramus en la casa y a preparar su cama. He de pensar.

—Seor, debes partir al instante.

—Aydame, y cuando tenga a Ramus en la cama corre inmediatamente, si sientes hacia m algn agradecimiento o gratitud, vete a casa de Turbo, el alfarero, y dile que el mdico Lucano le ruega enve una litera para mi amigo y nos d cobijo en su casa.

En medio del rugiente tumulto y angustia que senta, un fro pensamiento se adue(60) de su mente. No tena amigos entre los desgraciados a quienes haba socorrido; no mantena relaciones con los ricos, educados e inteligentes de Atenas. Turbo era su nica esperanza. Sitn vacil. Se levant y alz las manos. Luego gimi:

—Seor, si te ayudo, se vengarn de m.

Lucano se levant a su vez. Su elevada estatura se alzaba sobre el pobre campesino y sus ojos brillaban con ira y disgusto.

— ¿Te aseguro que si no me ayudas ahora, Sitn, caer sobre ti un gran mal!

Sitn le mir, medio encogido ante l; vio el terrible brillar del rostro del mdico y no dud ni un solo momento. Sollozando ayud a Lucano a levantar a Ramus y meterle dentro de la casa. Luego huy. Lucano se ci(60) un afilado pual al cinturn, crisp los puos y se sinti invadido por el odio. Luego volvi su atenc in hacia Ramus que permaneca echado sobre la cama. El negro gema sin parar y temblaba dbilmente. Lucano examin sus ojos y llor de nuevo. La crnea haba quedado desgarrada y sangrante. Las pupilas estaban destrozadas, arruinadas. Ramus, a partir de aquel momento, seria ciego y mudo. El corazn de Lucano qued sobrecogido y palpitante, pero sus fras manos de mdico atendieron los destrozados ojos y los vendaron. Le volvi a dar un estimulante, aunque pens, sera mejor que muriese, que despertar al conocimiento de que los hombres son animales que slo merecen la muerte. El rico, privilegiado y poderoso no es ms perverso que el oprimido, esclavizado y sin hogar. He sido un nio.

Se sinti desconsolado, vaco y seco como el polvo. El odio ruga en su pecho como un ardiente fuego ansioso de devorar la maldad del hombre y terminar con ella para siempre. Se sent junto a Ramus y sostuvo la fra mano del negro entre las suyas mientras lloraba sin consuelo. Sara le haba escrito con alegra que su nombre era bendecido en todos los puertos y que los pobres le adoraban. Lucano ri amargamente.

La mano de Ramus fue calentndose entre las suyas y los mudos labios se estremecieron bajo los blancos vendajes que cubran su frente. Lucano se inclin sobre l y le dijo con voz cariosa:

— ¿Me oyes, querido amigo?

El negro movi la cabeza con un gesto de respuesta. Sus roncos gemidos continuaron y Lucano se dio cuenta, por primera vez, que Ramus poda emitir algn sonido, aunque slo fuese un gemido.

—Pronto nos llegar ayuda. Tranquilzate. Nos llevarn a un lugar seguro.

Cogi su cartera y sac un frasco que contena jalea de opio. Ramus deba dormir; no deba pensar en lo que le haba ocurrido, en lo que la gente haba hecho con l. Acerc el frasco a los labios del negro y dijo:

—Bebe un poco.

Se pregunt por qu no le dijo: ꞑ Bbelo todo ꞑ. Pero la preparacin que haba recibido como mdico le aconsejaba, incluso cuando su espritu estaba sumido en la amargura hasta lo inconcebible, que aunque la muerte fuese misericordiosa no poda administrarla. Ramus se adormeci despus de beber, pero Lucano se mantuvo sentado a su lado sosteniendo su mano y por fin el negro se durmi por completo con una dbil sonrisa de paz en sus gruesos labios.

A Lucano le pareci que haba transcurrido mucho tiempo. ꞑ Habra tenido miedo el cobarde y dbil Sitn para obedecerle? No lo dudara mucho, pens Lucano. Son unos perros, animales bovinos, repugnantes chacales por naturaleza. No tendr jams misericordia con ellos. Me volver de ellos para siempre. Mi vida ha terminado. Lo que me resta lo dar a mi pobre y querido amigo, ser para l ojos y voz. ꞑ Empu(60) la daga y dese usarla como otro pual haba sido usado sobre Ramus.

Un enorme y brillante silencio envolv la casa. Lucano pas sus dedos con suavidad sobre los vendajes y murmur:

—Te he despreciado y odiado, porque T afliges a los hombres, no sientes misericordia con ellos y nos dejas en las tinieblas. Pero ahora s que eres rgidamente justo y que no merecemos ms que lo que tenemos e incluso menos que esto. Si has rechazado al hombre es porque no es digno de ser aceptado. Dame sabidura. Hazme conocer por qu creaste este mundo, porque t que eres omnisciente y conoces todo lo que este mundo iba a ser, cun detestable lo has creado. ꞑ Cmo podrs T, T que creaste las radiantes constelaciones en medio de la oscuridad, perdonar mis desdenes contra Ti? ꞑ Ilumname! ꞑ Ten misericordia por este buen y querido amigo que te ha estado buscando y llorando por Ti hasta quedar mudo! ꞑ Ten misericordia, misericordia!

Los dedos que reposaban sobre los vendados ojos empezaron a vibrar misteriosamente. Dese apartar los dedos de las vendas, pero se senta paralizado. Sus suaves manos, temblorosas, permanecieron sobre las vendas. Finalmente, despus de un momento, pudo retirarlas. Entonces sinti que una extraa debilidad se apoderaba de l y que su cuerpo se estremeca con rara pesadez, como si la sangre estuviese abandonndole.

De pronto, son en el jardn una repentina conmocin. Oy el ruido de pasos apresurados y se puso en pie desenvainando el pual. La destrozada cortina se abri y Turbo apareci en la puerta. Estaba emocionado, con el rostro cubierto de lgrimas, y tras el permaneca un grupo de soldados armados. Lucano, al verle, empez a sollozar. Extendi sus brazos y abraz al alfarero y Turbo le apret contra su pecho.

—No te preocupes, querido seor —dijo el alfarero—; estoy aqu para llevarte a mi casa y tambn a tu criado. Me siento muy honrado.

CAP ^ TULO XXXV CAP ^ TULO XXXV

El proconsul romano de Atenas era un joven ambicioso y expeditivo. Nunca haba sido soldado. Perteneca a una gran familia romana y haba cometido algunas indiscreciones que hicieron necesario, para la familia, usar su dinero e influencia a fin de alejarlo de Roma por algn tiempo. Habia estudiado leyes y era muy inteligente.

Lucano, durante toda aquella semana, haba usado continuamente el nombre de su padre adoptivo ante el proconsul, reclamando justicia. El proconsul, aunque admirara el aspecto de Lucano, su inteligencia y fortaleza, empez a considerar al griego un pesado. No haba duda de que Lucano era un caballero, y el proconsul, como caballero tambn, se senta inclinado a prestarle atencin y escuchar con gravedad. Pero el asunto era poco importante. El proconsul apoy su elegante codo sobre la mesa y mir a Lucano con amabilidad. Tras l, en su oficina, las banderas de Roma colgaban majestuosas, y los soldados hacan guardia sosteniendo las faces coronadas por las guilas imperiales.

—Mi querido Lucano —dijo el proconsul con la ms suave de las voces —, comprendo, como te he dicho antes, tu vejacin. El rico campesino en cuestin se siente arrepentido. Est dispuesto a pagar las reparaciones de tu casa. ꞑ Qu ms puedes pedir? Est ansioso por conseguir tu perdn y dispuesto a pedirlo en pblico. Admite que su esposa intent abortar por su cuenta. Se arrodillar a tus pies. Seamos razonables.

Lucano le mir con toda la poderosa concentracin de sus curiosos ojos azules.

—Deseo que sea castigado. Quiero que se le condene a un largo periodo de prisin. ꞑ Para qu sirve su penitencia a mi amigo Ramus, que ha quedado ciego? ꞑ Acaso sus lgrimas le devolvirn la vista y curarn sus heridas y descalabros?

—Eres un testarudo —suspir el proconsul. Y ofreci a Lucano una copa de vino que el griego rechaz con un gesto de desprecio—. Consideremos el asunto, Lucano. Tu criado, un negro, un esclavo...

—Te he dicho mil veces que no es mi esclavo —exclam Lucano—. Es cierto que fue maliciosamente acusado de algunas necedades y encerrado en la prisin y que yo le compr despus. Pero ya te he enseado los papeles que atestiguan la libertad que le conced. ꞑ Cmo puedes pedirme que acepte el arrepentimiento del campesino en su favor? Si hubiese injuriado mi persona puede que hubiese llegado a perdonarle. Pero no tengo derecho a ofrecer semejante perdn en nombre de mi amigo, que no solamente es mudo, sino que ahora ha quedado ciego. ꞑ Dnde est la justicia romana? —continu amargamente—. He odo hablar de la ley

romana toda mi vida. Mi padre adoptivo la reverenciaba: igualdad de justicia para todos los hombres. ¿Qu irona, qu mentira!

El proconsul volvi a suspirar.

—Tu criado no slo es negro, sino un brbaro. El campesino es un ciudadano de Grecia, aunque privadamente yo creo que todos los griegos son unos indeseables. Hablo de los griegos actuales que viven de la reputacin de sus grandes hombres antiguos, devorando su gloria como los que quiebran y devoran sus caudales. Permteme que te lea una regla de Gobierno.

Y cogi un rollo de papel del que ley:

‡ Un ciudadano de Roma o un ciudadano de cualquier pas bajo la jurisdiccin de la Pax Romana, tiene derecho a la dignidad, recurso a la ley y justicia por sus iguales †.

—Pero tu brbaro criado es un hombre de origen poco claro, no es ni siquiera egipcio. Carece de antecedentes. Es un hombre de color, no un hombre blanco. ¿Y me pides que castigue a un rico ciudadano de Grecia que enva regularmente sus impuestos a Roma y que es amigo de los polticos griegos, envindole a la prisin? Hay que ver estas cosas dentro de un marco de referencia, sin perjuicios y con sentido comn. ¿Has considerado lo que pensarán los ciudadanos de Atenas de una sentencia de prisin impuesta a este sencillo campesino que crea sinceramente que Ramus produzca el mal de ojo?

— ¿Malditas sean tus reglas y regulaciones! —Grit Lucano dando un puetazo sobre la mesa—. ¿Qu es la ley si se opone a la justicia? Abogados y jueces son asnos nefastos a quienes habra que considerar sospechosos. Pido justicia para Ramus: es un hombre y ha sido herido casi mortalmente por otro hombre. Si yo no hubiese llegado a tiempo habra muerto. ¿No tiene derechos como hombre, cualquiera que sea su origen? ¿Ha de ser ultrajada su humanidad?

Respir profunda y furiosamente.

— ¿Qu importa Atenas! Nunca volver aqu, donde la misericordia se paga con el odio.

El proconsul sonri con sonrisa tolerante.

—Tu marcha no disgustar a los doctores atenienses, que se sienten muy dolidos contra ti. Dicen que les has privado de sus pacientes que les pagaban una cuota. Consideran que les has perjudicado ofreciendo tus cuidados gratis. Los pacientes esperan siempre tu regreso.

—Slo he ayudado a aquellos que no podan pagar...

El proconsul se encogi de hombros.

— ¿Quin se preocupa por un ganado tan irresponsable? Adems —y empez a toser—, tengo informes de que algunas veces has aceptado a pacientes ricos, casos desahuciados que podan pagarte valiosos honorarios.

Lucano volvi a golpear sobre la mesa. Estaba sofocado y colrico.

El proconsul volvi a toser.

—No he querido llamarte la atencin sobre el asunto, pero los doctores me han estado diciendo que practicas la magia y la bruera y esto constituye una ofensa seria.

Lucano qued anonadado.

— ¿Pretendes afirmar que los mdicos de Grecia, esos mdicos modernos, dan crdito a tales supersticiones brbaras?

—Oh, debes saber que van a los orculos de Delfos y adems todos los hombres son supersticiosos, Lucano, incluso los mdicos.

Una de las quejas, en particular, habla de un rico mercader que padeca cncer y a quien haban pronosticado que le quedaba menos de un mes de vida. T le has curado.

—Conozco al mercader. Se llama Calas. El caso ocurri hace dos aos. Le dije que sus mdicos tenan razn, pero le di una medicina para disminuir sus dolores. Est muerto, estoy completamente seguro.

—No est muerto. Vive, est sano y se ha retirado a sus posesiones en Cos.

Lucano no poda creer aquello.

—Entonces no es que los doctores estuviesen equivocados, sino que yo tambin lo estaba. Vino a m con todo el cuerpo llagado. Es posible que sufriese alguna enfermedad de la piel parecida al cncer y que todos nosotros nos equivocsemos.

El proconsul movi la cabeza con gesto de duda.

—No. Los doctores tenan razn; t tambin tenas razn. Le curaste por medio de la magia y los magos despiertan desconfianza y sospechas, porque se cree que mantienen alguna clase de alianza con las negras fuerzas del mal.

—He odo muchas veces cosas ridculas antes de ahora, pero sta es la peor. Lo que ocurre es que los doctores estn resentidos contra m. ¿Qu hay acerca de esos que no pueden pagar las tarifas que ellos imponen? ¿Han de morir por falta de cuidados?

—Honro tu compasin, Lucano, aunque la deploro. Debo decirte que el campesino arreglar el mal que ha hecho, pero debes olvidar el dao realizado a tu criado. Castigar al campesino significara para m poner toda Atenas en contra ma, y la poltica de Roma, la poltica de Tiberio Csar, nuestro divino Emperador, es mantener la paz en las provincias a toda costa.

— ¿Has pensado alguna vez que un acto de justicia romana inspirara respeto en Grecia, el lugar donde ha sido inventada la democracia? ¿Has odo a la gente despreciar a Roma como lo he odo yo? No es que ellos

practiquen la democracia, pero como todos los hipcritas pretenden reverenciarla. Decláralos que todos los hombres tienen los mismos derechos de la ley...

— ¡Incluso un esclavo, un negro, un criado, que fue estupidamente herido por un griego? ¡Qu es tu criado? Lucano rechinó los dientes. La discusión había sido igual durante días y siempre terminaba de la misma manera. Contempló distraídamente sus manos. Llevaba siempre el anillo de Diodoro y el que Tiberio le había dado. Nunca había pensado en ellos. Pero en aquel momento su rostro enrojeció y se sintió excitado. Se quitó el anillo de Tiberio y le hizo rodar por encima de la mesa.

—Mira este anillo —exclamó—. Te juro por todos los dioses que el propio Tiberio, que honraba a mi padre y a mí, me lo dio para que lo usase siempre que fuese necesario. ¡Lo dudas? Escribe a Plotio, el capitán predilecto de los pretorianos en el palacio imperial; es amigo mío y puedes preguntarle, Tiberio le ama como a un hijo y confía en mí más que en ningún otro hombre. Para mí es casi un hermano.

El magnífico anillo quedó sobre la mesa, brillante y desprendiendo fulgores y el procónsul, que sentía gran afecto por los anillos, supo al instante el enorme valor de la joya y quedó boquiabierto. Se sintió aterrorizado. Cogió con reverencia el anillo y lo examinó con asombro.

—Si no haces justicia con ese campesino —dijo Lucano, que despreciaba a aquellos que usaban nombres e influencias—, entonces le enviaré este anillo al César y le pediré que aplique su propia justicia, porque él no permitirá que sea humillado y mis peticiones rechazadas sin consideración.

El procónsul mantuvo el anillo en su mano como quien sostiene algo santo, y luego dijo con voz temblorosa:

— ¡Por qué no me dijiste esto antes, noble Lucano?

—No pienses en ello. No piense que un oficial romano necesitase el nombre del César para cumplir con su deber.

El rostro de Lucano reflejaba desprecio.

—Mi padre adoptivo era un hombre noble y un tribuno justo, pero los de su clase ya no existen. No hubiese necesitado la influencia del César para moverse.

El procónsul se humedeció los labios con la lengua. Se levantó manteniendo en el anillo en su mano, hizo una reverencia a Lucano y le pidió perdón. Luego volvió a colocar el anillo en el dedo del griego. Luego, volviéndose hacia los soldados dijo con voz furiosa:

—Arrestad a ese canalla inmediatamente, metedlo en una prisión y que espere allí mi benevolencia. ¡Ha de pensar un romano para cumplir con su deber? ¡Vamos, moveos! ¡El noble Lucano ha sido insultado imperdonablemente por un simple campesino y yo le vengaré!

—No quedárs sin venganza —dijo Lucano a Ramus mientras se preparaba a retirar los vendajes de sus ciegos ojos—; he oído ayer cómo el procónsul romano ordenaba la detención del esposo de Gata, que ser entregado a la justicia. Empezó a quitar las vendas con suavidad, pero Ramus apartó la cabeza y sus gruesos labios se fruncieron. Lucano retrocedió y se sintió abrumado cuando vio que una lágrima se deslizaba por debajo de los vendajes.

— ¡Qu pasa? —preguntó consternado. Ramus cogió su mano moviendo la boca silenciosamente, pero con desesperación—. No llores —dijo Lucano asustado—, no estropees lo que pueda haber quedado de tus ojos.

La elegante habitación que Turbo había destinado a sus huéspedes relumbraba con la luz del sol. Lucano hizo un gesto con la cabeza porque no comprendía en aquel momento. Corrió las cortinas de las ventanas. Luego recordó, con un nuevo estremecimiento de su corazón, que Ramus no veía más la luz del sol. Se volvió hacia su criado y le vio secarse las lágrimas. Colocó una mano sobre la cabeza del negro y repitió con voz débil:

—No llores. —Luego, en voz más alta, continuó—: ¡Crees que encuentro placer en saber que ese campesino que ha destrozado tus ojos debe sufrir? ¡No comprendes que tan sólo deseo que aprenda que no puede hacer cosas a los inocentes, que no puede avasallar con impunidad el hogar de un hombre y herir a aquellos que no le han hecho nada? Ser mejor después de algunos latigazos y algún tiempo tras las rejas. La ley es la ley.

Volvió de nuevo hacia Ramus que cogió su mano otra vez. Turbo entró en aquel momento en la habitación con expresión de sencilla alegría.

—Ah, las vendas se han quitado hoy —dijo, y palmeó las espaldas de Ramus al pasar. Miró significativamente a Lucano e hizo una reverencia. Parecía abrumado.

—Señor —murmuró en voz baja—, el procónsul romano en persona espera para cambiar unas palabras contigo.

—Condcele aquí —dijo Lucano—; quiero que vea por sí mismo lo que puede ser hecho bajo su jurisdicción y lo que no puede ser arreglado con demandas insistentes.

Su tono de autoridad hizo que Turbo volviese a inclinarse ante él.

—Le serviré mi mejor vino —exclamó expectante—, y vino para sus centuriones en el patio. —Vaciló un momento—. ¡Crees que el noble procónsul honrará esta casa?

—El procónsul romano —respondió Lucano secamente— apreciará cualquier cosa de valor.

Lucano olvidó al procónsul. Con un tacto ligero como una pluma empezó a retirar las gruesas vendas de aquellos ojos maltratados. Trató de no ver las lágrimas que se deslizaban por debajo de los vendajes. Esperaba que se hubiese cicatrizado la herida, que no hubiese infección, pero suspiró sabiendo que la luz de la penumbra revelaría unos ojos hundidos, los párpados marchitos, las pupilas destruidas para siempre.

— ¡Ah! —murmur—. Si pudiese darte uno de mis ojos, mi querido Ramus. Yo mismo me lo sacara de su cuenca y te lo dara. Tan slo ruego que desde ahora en adelante no sufras ningn dolor y que puedas resignarte.

—La resignacin con fortuna, aunque sea sin ojos, puede ser una recompensa —dijo una voz agradable a espaldas de Lucano y al volverse, el mdico vio al proconsul que sonrea gratamente—. Saludos, noble Lucano. Te traigo excelentes noticias.

—Bien —respondi el mdico frunciendo el ceo y volviendo a su trabajo—; vers que esto es muy delicado. Espero que los ojos de Ramus se hayan curado y que no exista infeccin.

El proconsul adopta una postura cmoda y se pellizca los labios mientras contemplaba al negro. Todo aquel furor por causa de un miserable aptrida que apenas si era algo ms que un esclavo. Pareca imposible comprender a aquellos griegos. Naturalmente que se poda recordar a Tucdides, Jenofonte y Esquilo, que consideraban a todos los hombres valiosos y a Dios amante y misericordioso para con sus hijos. Pero aquello era slo filosofa. Los hombres tenan que tratar con la ruda materia de la vida. Tan slo en momentos de abandono, con un vino como aquel, uno poda expresar nobles palabras de alabanza a la virtud y felicitarse despus de la propia sensibilidad.

—Ah, s —dijo—, he entregado al campesino a la justicia, mi querido Lucano. Los magistrados me han informado hoy de que cuando sea presentado ante ellos ordenarn su ejecucin. Ms an, si esto complace a tu criado sus tierras y dinero sern confiscados y entregados a la vctima como compensacin.

Lucano se enderez violentamente y Ramus, que yaca en la cama, se sent al instante sobre ella agitando las manos.

— ¡Ejecutarlo! —Exclam Lucano—, te he pedido justicia, pero no asesinato.

El proconsul, que no estaba acostumbrado a que le hablasen de aquella forma y mucho menos un griego, frunci el ceo con una mirada formidable dirigida a Lucano.

—No me hables de esta forma, hijo adoptivo de Diodoro Cirino —dijo con tono helado—, puede que t seas mdico y ciudadano de Roma y el heredero de una fortuna romana, segn me informaron ayer, pero yo... ¡yo soy romano!

— ¡Y yo soy hombre! —Exclam Lucano con el rostro enfurecido—, ¡qu es un romano, despus de todo, sino tambin un hombre? Tendr que presentarme ante los magistrados. Dir lo que debo decir: que la justicia debe ser temperada por la misericordia.

El proconsul sonri, y de nuevo volvi a beber vino de su copa.

—Fuiste t, mi querido Lucano, quien me persigui como una sombra y quien pidi castigo para el campesino. Ahora te retiras.

Lucano se retorci las manos; mir a los ojos burlones del proconsul y se sinti poseo por la angustia.

—S —dijo—, he pedido justicia, creyendo que consistira en unos cuantos latigazos y unas semanas en prisin, pero esto es monstruoso.

El proconsul alz las cejas bajo la visera de su bien forjado yelmo.

—Atiende a tu criado —dijo—. ¡No te das cuenta que est tirando de tu brazo? Sin duda que un hombre tan valioso no debe ser descuidado.

Se inclin contra una columna de nice; sus ojos brillaban con irona. Lucano le mir durante un momento y luego prest atencin a Ramus, a quien oblig a echarse de nuevo sobre el lecho.

—Ten calma —dijo con severidad—, no debes luchar. Esto puede ser doloroso, pero el dolor durar poco.

Mir hacia atrs al proconsul.

—Te ruego que esperes hasta que haya terminado esto. Tengo a veinte griegos insistentes esperando —dijo el proconsul—. Esto no importa, desde luego. Es una casa encantadora. He estado investigndola. ¡Ah, qu tiempos estos en los que los esclavos, campesinos y hombres de manos toscas pueden adquirir tales delicadezas!

Lucano no contest. El ltimo vendaje empapado en sangre estaba ahora bajo sus delicados dedos. El proconsul, repentinamente interesado, alarg el cuello. Lucano respir profundamente, luego retir la ltima tela. Por un momento cerr los ojos a fin de no ver la terrible ruina. El silencio le rode y su frente qued perlada de sudor. Nadie se movi, y luego el proconsul exclam:

— ¡Pardiez! Nada hay estropeado en los ojos del esclavo. ¡Qu clase de broma es esta?

Los ojos del mdico se abrieron por completo. Mir a Ramus que le sonrea radiante. Unos grandes y impidos ojos negros brillaban ante l carente de todo mal. Lucano, temblando, se inclin sobre el negro y limpi las pequeas manchas de sangre. No poda creerlo. Era increble. Cogi a Ramus por la barbilla con sus sudorosos dedos y le movi la cabeza de un lado a otro. Luego corri hacia la ventana y separ de un tirn los cortinajes. Le temblaban las rodillas. Volvi a la cama y contempl incrduo los ojos que se elevaban hacia l.

La habilidad mdica no poda haber conseguido aquello. De nuevo se haba equivocado. Record la peste, el cncer de Calas, los otros casos extraos que haba curado y aquel que tena ante si. Grit a Ramus:

— ¡Puedes verme? ¡En el nombre de Dios!, ¡puedes verme, amigo mo?

Ramus asinti. Alarg la mano y toc la de Lucano y una luz pura parece brillar en su rostro. Luego alz el borde de la tnica de Lucano y lo bes, como quien besa la tnica de un dios, apoyando su cabeza sobre la cintura del mdico, como si l fuese un nio.

—Te aseguro —dijo Lucano con los labios reseca — que lo vi con mis propios ojos. Soy mdico, estaban des trozados, rotos, sangrantes. La pupila haba quedado reducida a nada, el fluido vital se haba derramado. Estaba ciego!

El proconsul dej de sonrer. Se retir unos pasos hacia atrs y contempl a Lucano con miedo. El mdico se sinti frentico.

— Estaba ciego! S lo que es la ceguera cuando la veo! Esto no puede haber ocurrido!

— Brujera! —murmur el romano retrocediendo ms.

Tosi. Mir el anillo de Tiberio en la mano del mdico y se detuvo. Luego dijo:

—Mi querido Lucano, sabes lo sensitivos que son los griegos para la bruera. Te aconsejo que abandones Atenas tan silenciosamente como te sea posible. Como romano estoy por encima de las supersticiones, pero debo administrar esta tierra y no quiero tener problemas.

La cabeza de Lucano era un torbellino confuso, lleno de ruidos y rayos de luz. Fue hacia el proconsul y alarg sus brazos hacia l, pero el romano, aterrorizado retrocedi.

—El campesino —dijo Lucano—. Qu le pasar al campesino... despus de haber cometido yo esta terrible equivocacin?

—Aconsejar su libertad despus de un mes de prisin por asaltar a la persona del criado de Lucano, injuriar su casa e incitar a la rebelin —dijo el proconsul.

Y huy. El ruido de sus veloces pasos despert ecos en la casa. Turbo entr despus atemorizado.

—Seor —dijo con humildad—, el noble proconsul sali corriendo de esta casa como si las furias fuesen tras l. Qu le has ofendido en algo?

—No —dijo Lucano distrao. Seal a Ramus —, es que no est ciego, Turbo. Me he equivocado terriblemente. No soy un buen mdico, cometo demasiados errores, pero me siento muy feliz.

Turbo se acerc a Ramus y contempl sus ojos sonrientes. Luego mir a Lucano. Ramus se levant del lecho, junt las manos sobre su cabeza, las llev luego hacia el pecho y se postr a los pies de Lucano.

—Mi pobre amigo —dijo Lucano emocionado—, te he causado muchos das de sufrimientos porque te dije que estabas ciego. Te ruego que me perdones.

CAP ^ TULO XXXVI CAP ^ TULO XXXVI

EN aos posteriores, Lucano pens con frecuencia en la poca que sigui a su rpida huida de Atenas, donde haba vuelto discretamente muchas veces despus, como un perodo en su vida lleno de sequedad. Haba ido de un lugar a otro a travs del ruidoso e inquieto imperio, sordo a lo que pasaba a su alrededor pese a que su habilidad y ternura como mdico haban aumentado. Nunca fue voluble pero se volva cada vez ms silencioso. Su vida personal se estrech. Era como una semilla en estado de vida latente, esperando brotar y la llegada de las aguas de la primavera para transformarse en un gran rbol. La semilla de su personalidad no germin durante aquellos aos, no produjo brotes, sino que permaneci reseca, sin emociones ni pensamientos. Se comunicaba cada vez menos con los dems. Slo cuando Sara apareca de improviso en algn puerto, su rostro rgido se alegraba y sus azules ojos brillaban. Pero vea a Sara una o dos veces al ao. Ramus no le poda hablar. Haba llegado a establecer un cdigo de signos elocuentes que les serva mejor que el lenguaje. Iban de un lado a otro como benevolentes y tranquilos espíritus, atravesando malolientes puertos. Se instalaban silenciosos en las pequeas casas y jardines de Lucano, o permanecan apoyados sobre las barandillas de los barcos contemplando las estrellas y la luna, los amaneceres y puestas de sol. Lucano prefera llegar a sus casas por la noche, por temor a la multitud que le sala a recibir, como haba ocurrido en algunas ocasiones. Cuando visitaba Atenas, tena que buscar excusas para evitar la hospitalidad de Turbo. Miles de personas le amaban; miles de hombres le consideraban un dios. Se ocultaba de ellos, excepto cuando acudan a l angustiados y doloridos. Su desinters creca; reinaba a su alrededor una especie de gris abandono. Esperaba ansiosamente las cartas de su hogar y le deleitaban muy en especial las que le escriban Prisco y Aurelia, pero sus propias cartas de respuesta eran breves. Pareca un hombre hambriento que, por raro contraste, sintiese gran aversin por la comida. Iba a Roma una vez al ao, y cada vez decida permanecer all por ms tiempo. Pero invariablemente, despus de algn tiempo, se apoderaba de l una enfermiza inquietud y tena que volver a marchar entre exclamaciones de tristeza y reproches de amor.

En cierta ocasin haba dicho a su madre:

—No me preguntes qu es lo que me pasa, porque no lo s. Cuando me pongo a reflexionar no encuentro otra cosa sino polvo; sin embargo, esta polvareda me produce dolor. Tengo miedo de penetrar ms a fondo en la cuestin.

Algunas veces relea los muchos escritos que Keptah le haba dejado. Uno de ellos en particular, que lea una y otra vez frunciendo el ceo y asombrado, pero sintiendo un estremecimiento de dolor sofocado.

¶ Aquel que mira hacia el hombre para encontrar a la vida algn significado, mira a una ilusin, porque el hombre no es nada sino tiene alguna relacin con Dios. No centres tu corazn en la humanidad; porque es una quimera, una ilusin. Algunos han glorificado al hombre, han elevado a la humanidad a un absoluto en s. Declaran vehemente, que el hombre es slo valioso en sus manifestaciones externas. Esta enseanza ha sido aceptada por casi todos los pases civilizados, para su desgracia, porque la ley y la justicia, la sencilla

compasión y misericordia, no están arraigadas en el hombre sino en Dios, y sin Él no pueden realmente existir, sin la base de aquel que las hizo. El hombre es tan sólo el receptáculo de la gracia, no es la gracia en sí misma.

Cuando Lucano lea aquello le parecía que dentro de sí mismo oía el rechinar de viejas y oxidadas puertas que crujían deseosas de ser abiertas. Pero se volvía de espaldas a tales sentimientos. Ya no sentía el apasionado furor contra Dios porque, en aquella época, pensaba en Dios muy poco. Si Dios se introducía en su mente le rechazaba con calma. Porque Dios era entonces para él un terrible cansancio que no podía comprender, ni sobre el cual quería preocuparse, o frente a lo que quisiera presentar batalla. No podía pensar en ello ni siquiera como se piensa en un teorema filosófico. Algunas veces pensaba en las edades pasadas y trataba de imaginar lo que serán los siglos futuros envueltos en sombras, y un inmenso cansancio se apoderaba de sus sentidos. Miraba a las estrellas y recordaba las conjeturas de los astrónomos egipcios, que se preguntaban si aquellas poderosas constelaciones no serán infinitos soles moviéndose alrededor de otros soles y si nuevas constelaciones, llenas de mundos nuevos y otros soles, no serán creadas de continuo. El pensamiento intensificaba el cansancio espiritual de Lucano y su sensación de futilidad.

En cierta ocasión, en Corinto, un viejo sacerdote muy pobre, humilde y amable, le había dicho:

—Cuando estoy echado en mi camastro por la noche y despierto, una seguridad extraña y grande se apodera de mí, como si recibiese un mensaje. Dios no está nunca ausente de los asuntos del hombre, aunque con frecuencia no nos damos cuenta de su presencia. Yo sé que se aproxima una tremenda revelación pero desconozco en qué forma ocurrirá. Dios se manifiesta a sus criaturas con poder una vez más, como lo ha hecho en edades pasadas, y hasta la tierra se estremece expectante. Lo presiento, lo sé. Puesto que el mundo ha perdido la visión de su rostro, Él se revelará de nuevo, quizá con furor pero, sin duda, también con amor.

—¿Por qué a esta brizna de hierba en el conjunto de un bosque infinito? —Preguntó Lucano con cinismo—, ¿por qué a este grano de arena en una playa sin límites?, ¿por qué a esta mota de polvo en un huracán polvoriento? Esto es mentira.

Estaban sentados en el polvoriento jardín del anciano sacerdote en el cual las gallinas picoteaban alegremente. El sacerdote sonrió y señaló a una gallina rodeada de polluelos. La seguían, escondiéndose algunas veces bajo sus alas, otras alejándose a cierta distancia.

—Conocen su voz —dijo el sacerdote—, hay muchas gallinas y polluelos aquí. Pero conocen a su madre. Esta pobre gallina no puede contar; sus polluelos son incapaces de apreciar los números y además son muchos, pero si se pierde uno, el más pequeño, sucio y débil, ella le busca y le encuentra. Quizá alguno de ellos, débil e insignificante, se preguntará por qué la madre se preocupa por él, él que es desvalido y bajo entre las aves, ¿cómo puede ella —acaso se pregunte a sí mismo— saber donde estoy yo, ella que tiene tantos hijos? ¿Qué le importa a ella que tenga mi parte de comida, que reciba su afecto y protección? Te digo, mi querido Lucano, que no amar nada es indigno; nada es demasiado, nada excesivo, nada demasiado pequeño para el amor. El amor nunca abandona. Para Dios esta mota de polvo sobre la que vivimos es algo querido como la más valiosa corona de estrellas del espacio que se extiende por encima de nuestra humana comprensión.

Luego añadió:

—Piensas con la mente, el esclavo ciego de tus cinco e inciertos sentidos. El mayor de los filósofos, que adoraba la razón, tuvo que volver finalmente al misterio, a lo desconocido, y siempre contra su voluntad, porque está más allá de la razón el débil y vacilante brillo de la oscura e inexplorada caverna. Dios sólo puede ser comprendido por el espíritu.

Pero Lucano se cansaba de aquellas razones, por lo que se levantó y se marchó. No quería una revelación. Algunas veces incluso deseaba la muerte.

Cuando recibía carta de su hermana Aurelia pensaba en ella imaginando que aún era una niña. Al volver a Roma, en una de sus raras visitas, se sintió turbado al verla transformada en mujer. Iba a casarse, y tendría que estar presente en la boda, con Clodio Flamnio, el hijo de una antigua y aristocrática familia. Tenía diecinueve años de edad, una edad excesiva para los matrimonios normales, lo cual había preocupado mucho a su madre Iris. Había tenido muchos pretendientes, porque la hija de Diodoro Cirino, con su excelente dote, era muy deseada. Además, Aurelia era extremadamente bella. Pero la muchacha no había tenido prisa en casarse a los catorce, ni a los dieciséis ni incluso a los diecisiete años. Se había limitado a sonreír ante la ansiedad de su madre y no se sintió turbada cuando Iris le había dicho:

—Las muchachas de tu edad ya son esposas y madres desde hace años. ¿Estás pensando en hacerte virgen vestal?

Pero Lucano sabía que su hermana no tenía una devoción particular por los dioses, aunque los aceptaba con serenidad. Sospechaba también que no era demasiado inteligente, porque había oído los viejos lamentos de Cusa sobre su placentero disgusto hacia los libros.

—No es una mujer digna de un Pericles —había dicho en cierta ocasión a Lucano—, la filósofa está más allá de su comprensión. No le interesa la política, los valores o la ley como a las demás mujeres de Roma. Ni siquiera conoce la existencia de la bolsa, las casas de seguros en el lado norte del Foro, como otras mujeres de su edad conocen. Cuando sus amigas, jóvenes matronas, se sientan con ella y hablan de sus inversiones o discuten un caso sensacional en las cortes de justicia, o comentan por su cuenta las cuentas corrientes que sus esposos tienen en los bancos, o se anticipan a los acontecimientos sociales y a los viajes durante el invierno al sur del país, o las más recientes modas o los juegos y gladiadores, ella se queda sentada, con una sonrisa agradable pero bostezando.

En cierta ocasin, Iris, cuyo maravilloso cabello parecia una cascada de plata, dijo:

—Parece que no desea nada. Pero, ¿por cunto tiempo puede una mujer permanecer contenta junto al hogar sin ningn deseo?

En otra ocasin Lucano, persuadido por su madre, habl con Aurelia cuando tena dieciocho aos y era ya una solterona. Lo hizo muy a disgusto. Crea que nadie deba meterse en la vida de los dems.

— ¿Por qu esa actitud, hermana ma? No te preocupas por tu futuro. Nuestra madre es ya muy mayor y ha vivido mucho ms de lo que era razonable esperar. Tiene cincuenta y cuatro aos. ¿Cmo puede esperarse que viva muchos ms para protegerte? Tu hermano, Prisco es soldado con las legiones de Druso y padre de familia. Nuestro hermano ms joven est inmerso en sus libros, desea ser maestro; y probablemente nunca se casar. Esperas pasar tus das en esta tierra, la hermana vieja y soltera de Prisco, a quien nadie ha pedido en matrimonio despues de que nuestra madre muera y Prisco traiga a su esposa y familia a esta casa, usando de su derecho de heredero.

Pero Aurelia le haba respondido con una lenta y profunda sonrisa y haba llamado su atencin sobre un grupo de mariposas amarillas que revoloteaban por encima de las rosas. Fue intil, Sin embargo iba a casarse para gran alivio de Iris y su esposo tena la misma edad que ella. Lucano deba volver de nuevo a Roma para la boda. Mientras Lucano permaneca apoyado en la barandilla de un rpido, aunque pequeno galen romano, que le haba recogido en un oscuro puerto africano, se dedic a pensar en Aurelia. Iris que conoca tan bien las cosas del amor, no haba arreglado el matrimonio de su hija. De manera distinta a como hacan otras madres, crea en el gozoso consentimiento de la novia a su matrimonio. Su amiga, la esposa de Plotio, aunque mucho ms joven que ella, haba arreglado una entrevista entre la familia de Clodio Flamneo e Iris, y Clodio y Aurelia, a primera vista, se haban enamorado profundamente uno de otro. Aunque el joven poda haber escogido mejor una novia ms a propsito, una joven de catorce a quince aos en lugar de una mujer de diecinueve, haba preferido a Aurelia. En aquel asunto Lucano haba percibido una nota crptica en las cartas de Iris. Aquello haba sorprendido a Lucano y no haba conseguido explicrselo. Iris, sin duda, haba demostrado sentirse muy feliz y aliviada ante la perspectiva de la boda entre un miembro de una familia patricia distinguida y su hija. Aunque el inquieto Lucano volva siempre que era necesario ocuparse de aquellos que le amaban y en sus asuntos personales, se sinti forzado por un desacostumbrado inters.

Despues, una serie de escenas y recuerdos pasaron por su ment e relacionados con la vida de su hermana, su niez y madurez. Vio sus tranquilos ojos morenos llenos de luz; oy su risa suave. Vio su prisa en recoger a un pjaro cado y colocarlo junto a su pecho; record a los perros de la casa siguiendola con ojos de vaca adoracin; incluso los toros se amansaban cuando ella se acercaba a ellos. Los caballos la adoraban, los criados estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por ella. Contemplando el clido y abigarrado puerto, lleno de multitudes vehementes agitndose sobre los muelles, oyendo los interminables ruidos de oriente, oliendo sus ftidos y aromticos olores, Lucano se preguntaba por todas aquellas cosas. Exista un problema que estimulaba su inters.

Ramus permaneca junto a l y contemplaba como cargaban el barco. Su majestuoso rostro africano, como de costumbre, reflejaba un gran inters en todo lo que le rodeaba, pero con una nota de confiada espera. Su negro cabello, de crespos rizos, estaba surcado por hebras de gris oscuro, pero su cuerpo no mostraba seales de la edad. Conservaba su fuerza muscular y su tersura. Sus grandes ojos inspeccionaban cuantos rostros se le acercaban. Por instinto, durante todos aquellos aos, saba cuando Lucano se volva hacia l y empezaba a pensar en l. Mir a Lucano con amor y sonriendo, luego continu su escrutinio de la multitud que bulla en el puerto.

El barco parti deslizndose suavemente sobre la lisa superficie sedosa de un mar azul y tranquilo sin apenas moverse. La costa comenz a retirarse como si se alejase. El sol miraba hacia abajo desde un clido cielo y las velas apenas si recogan aire. La siguiente escala era un puerto en el continente, en el que una carga de especies esperaba y al que llegaran en doce horas. Lucano se sent bajo el toldo rojo con rayas blancas en el puente. Llevaban pocos pasajeros porque era un barco de carga. El griego empez a pensar en su vida. Todo su temperamento, desde haca tiempo, intentaba ser objetivo. Se haba esforzado en que fuese as, porque tema la subjetividad, ya que saba que si toleraba una introspeccin le conducira a la desesperacin. Record su vida como quien de pie sobre una montaa mira hacia abajo a los llanos y las ciudades, los lejanos, el distante mar, los campos y las aldeas. Sin embargo, cuando consideraba su vida, todo lo vea oscuro, desolado, estiril y sin color. Olvid a los incontables miles a quienes haba curado y consolado, a quienes haba ayudado con misericordia a llegar a una muerte inevitable y pacfica. Nunca haba pensado en s mismo como pensaba en aquella ocasin y esto le turb aunque su falta de races obedeca a una eleccin propia y haba sido l quien haba hecho su propia vida. Se enfrentaba a s mismo y se vea como uno que no haba dado ni recibido nada. Alguien de quien nadie se acordara ni nunca echaran en falta. Su melancola le produjo un pesado gusto metlico en la boca y sinti sobre su pecho como una pesada piedra. Ramus le mir desde la barandilla y pens para s: † Mi seor est triste; busca sin saber qu o a quin busca. †

Antes de que el sol se pusiese, el barco atrac en el puerto siguiente, y un centurin con tres soldados subieron a bordo. El centurin llevaba su familia con l. Era un hombre moreno y aguileo, como la mayora de los soldados romanos, pero tena una expresin amable y paciente y esto atrajo el distrado inters de Lucano. Era poco comn que un oficial romano hablase tan amablemente a sus soldados y demostraba tanta solicitud, en pblico, por su familia e hiciese alarde de una comprensin tolerante. Cuando habl a los esclavos que llevan las cosas de su casa —era patente que volva a su casa en Roma, porque no era joven—, su fuerte voz

sonaba con una rara profundidad y compasin y sonrea a los esclavos y les animaba. Sin embargo, su actitud tena cierta arrogancia, su ancho y fuerte cuerpo reflejaba fortaleza a pesar de la edad; su rostro quemado por el sol tena un aspecto tan rudo, con huellas de pasada intolerancia. Andaba con firmeza y miraba a su alrededor con el atrevido escrutinio de un romano. Cuando sus ojos se posaron en Ramus que estaba apoyado en la barandilla, Ramus, vestido con el atuendo poco elegante de un esclavo, o de un pobre liberto, no se apartaron de l, aunque por un instante vacil. Luego sonri a Ramus, como quien sonre a un hermano, y Ramus sonri a su vez.

Dej a su familia, con la ayuda de los soldados y esclavos, en el puente inferior y volvi solo al puente superior. Mir el mar, luego al cielo y sonri contento. Abri sus fuertes piernas morenas y se balance siguiendo las oscilaciones del barco; meti los pulgares en su ancho cinturn de piel, del que colgaba un corta espada. Se quit el yelmo y se enjug el rostro sudoroso. Adopt una expresin agradable mientras miraba a Lucano. Era evidente que deseaba compaía y Lucano se puso en pie con un gesto elegante e invit al soldado a tomar una copa de vino en su compaía. Ramus fue abajo y subi vino, tres copas sirvi del rojo liquido. Lucano esperaba ver un gesto de sorpresa y ofensa en el rostro del romano por la presencia confiada del negro y ante el hecho de que pudiese participar del vino de Lucano. Pero el centurin acept el vino de Ramus y le dirigi una amable sonrisa; luego se sent junto a Lucano, que se haba presentado a s mismo mientras esperaba los servicios de Ramus.

—He dejado Judea hace tres semanas —dijo el centurin— para reunirme a mi familia, mi esposa y mis dos hijas que han estado disfrutando de la sequedad del aire del desierto. Mi familia no est muy bien —y suspir, pero inmediatamente un aspecto de paz volvi a su rostro—, me han licenciado: tengo una pequea posesin cerca de Npoles y quiero terminar mi vida all, sin tristeza ni ambiciones. Me llamo Antonio —continu—. Hubo un tiempo cuando no concebía otra vida para m, sino la del soldado siervo y criado de Roma. En aquel tiempo yo era el ms orgulloso de los hombres y, me avergenzo en confesarlo, el ms impaciente.

Lucano se sinti interesado. El orgullo y la inspiracin no eran reprecensibles entre los romanos sino ms bien como parte de un carcter nacional.

El centurin le dirigi una tmida y vacilante mirada y Lucano se sinti muy intrigado. La mirada pareca algo aniada y posea un cierto candor. Ramus, que permaneca de pie cerca, se arrim ms.

—Pero esto debe tener poco inters para ti, Lucano —dijo el soldado como excusndose—. Debes perdonar los delirios de un anciano. Sorbi su vino y mir soadoramente hacia el mar.

—Sin embargo me siento impelido a hablar con cualquiera que quiera escucharme.

Alz la copa hacia los labios, mirando an al mar agitado y un aspecto de exhalacin y asombro brill en sus fieros ojos negros.

—Tienes mucho inters para m —respondi Lucano.

Hizo una seal a Ramus para que sirviese ms vino. Antonio dio las gracias a Ramus, y Lucano se sinti ms asombrado an.

Antonio retir la mirada del mar y mir al fondo de la copa que sostenía en sus manos morenas. Luego dijo:

—Por mucho tiempo he vivido en Capernam. All estaba destinado hasta que en respuesta a mi solicitud, fui llamado a Roma. Debes comprender, Lucano, que los judos son muy parecidos a los romanos. Tienen el mismo orgullo, son tan obstinados como nosotros y aman a su pas; son tambien muy agudos a la vez que muy religiosos.

Comercian y rezan, son excelentes tratantes y dan limosnas a los pobres.

—S —dijo Lucano con una sonrisa tolerante—, te comprendo. Mi padre adoptivo era tambien as; deca a menudo que los romanos y los judos son muy parecidos.

Antonio asinti. Estaba muy serio, como si fuera joven.

—Los judos me detestaban y detestaban a todos los romanos pero, ¿acaso los hermanos no se detestan unos a otros? Sin embargo, a lo largo de los aos nos hemos hecho excelentes amigos. No solamente aprend el arameo vulgar, sino el hebreo de los sabios y algunas veces me visitaban, aunque no con mucha frecuencia, y me hablaban de muchas cosas. Ayud hace unos cuantos aos a construir una sinagoga, puesto que los que viven en Capernaun son muy pobres y las sinagogas eran muy necesarias. No soy pobre; puse mi propio dinero en la construccion de la sinagoga. S, ramos amigos, nos ambamos unos a otros, los judos y yo. Mi hija mayor se ha casado con un joven erudito judo y vive con l en Jerusaln y tienen tres nios. Son preciosos —aadi y sus ojos se humedecieron.

Lucano le escuchaba con cortesa, pero empezaba a estar un poco aburrido. El centurin tena un aire pesado y Lucano record que los soldados viejos estn cansados y son dados a cuentos fantsticos que encuentran, mirando hacia atrs, muy portentosos.

—He dejado a mi criado con mi hija y su familia —dijo Antonio contemplando an hacia la copa—, pero debo decirte algo acerca de mi criado porque es importante. Era el amigo de mi infancia, era esclavo; nos queremos como hermanos. Cuando me enrol en el ejrcito mi padre me regal el esclavo y yo le libert, porque le amaba entraablemente. Se llama Chetico, tiene cincuenta aos, dos aos ms joven que yo, nunca fue un esclavo para m, Lucano —y el centurin alz los ojos como si desafiara al griego.

—Ningn hombre es realmente esclavo —dijo Lucano.

El sol se pona rpidamente; el mar haba adquirido el color de la prpura y el cielo pareca arder.

Antonio fij sus ojos penetrantes en el griego.

—Recordars que los griegos tienen una tradicin. Ofrecen una libacin al Dios Desconocido antes de beber.

—S —dijo Lucano, y su corazon se estremeci lleno de un amorfo e impaciente dolor—. As lo haga mi padre.

Antonio alz la copa hacia Ramus solicitando ms vino, pero cuando le fue servido no lo toc con sus labios. Mir ante l, hacia el espacio, hacia el cielo vivamente escarlata, y luego dijo con voz muy suave:

—Yo he visto al Dios Desconocido.

Lucano frunci el ceo. El hombre empezaba a fastidiarle. Saba algo acerca de aquellos romanos supersticiosos, que pretendan ser realistas. No haba ningn santuario, en ninguna parte del mundo, dedicado al ms oscuro dios oriental, griego o africano, que ellos no visitasen, afectando despreciarles. Pero siempre estaban all, dejaban su dinero en los santuarios y cubriendose a s mismo de amuletos.

—S —dijo Antonio, y su voz tembl—, he visto al Dios Desconocido.

Pero ahora ya no es desconocido. Mis ojos le han visto a distancia. Y esto ocurri hace pocos meses. Debes creerme —dijo con tono implorante, viendo el rostro contrariado de Lucano.

—Sin duda te creo —dijo Lucano volviendo su rostro hacia el centurin.

Su dorado cabello que blanqueaba en las sienes, prestaba un halo a su noble cabeza. El sol poniente parecia quedar apresado en sus helados ojos azules.

—Yo lo creo! —Exclam el centurin con voz poderosa—, y debes escucharme, no debes dudar. Es un imperativo que me creas, que todos los hombres crean.

Lucano murmur algo con disgusto. Pero su dolor se hacia cada vez ms profundo en su corazon floreciendo como una enorme flor roja sin que l supiese por qu. Dese disculpase y marchar, no era emotivo salvo cuando estaba furioso; se senta molesto ante aquellas impetuosidades, ante aquella ansiosa insistencia poco seria. Se movi inquieto en la silla, pero no poda marcharse sin ser incorrecto. Mir a Ramus y vio el rostro del negro que brillaba como si estuviese en xtasis. El griego dijo:

—Cuntame acerca de... ese hombre...

El centurin extendi la mano y cogi el brazo de Lucano; sus ojos brillaban como un fuego oscuro.

—Esto es lo que yo o decir a todos los hombres, que he visto a Dios, que he estado en su presencia, aun que no me atrev a acercarme a l demasiado.

—Lo comprendo —dijo Lucano con cansancio—, yo he estado en el Patio de .los Gentiles en varias sinagogas. Pero nunca he sido admitido al patio interior, donde se guardan los rollos y donde estn los altares. ¿Te han admitido tus amigos judos a ese lugar aunque est prohibido a los gentiles?

La mano le apret fuertemente el brazo y el centurin se inclin sobre l, ms cerca y temblando. La luz granate brillaba en todos los rasgos de su rostro moreno, en las concavidades de sus ojos, sobre el perfil de su nariz aguilea,

—Debes escucharme. No, no he sido admitido hasta el altar, ni hasta los rollos, pero he visto a Dios y esto ocurri hace pocos meses. —Alz las manos en un gesto de solemne juramento—. Te juro que lo he visto con estos ojos, y he odo su voz.

Este hombre est loco, pens Lucano.

El centurin toc sus ojos con los dedos.

—Con estos ojos —exclam, y repentinamente una lgrima brill en sus mejillas.

Ramus permaneca junto a l y la respiracin del negro se hizo rpida mientras sus propios ojos empezaron a brillar.

—Lucano —dijo el centurin con tono de gran urgencia en su voz —, sin duda recordars que los judos han esperado durante muchos siglos que el Mesas naciese entre ellos como rey. Pues bien, ha nacido y est en la tierra de Israel, ahora. Yo haba odo hablar de l antes de que viniese a Capernaum; es joven en la carne, sin embargo, quiz no sea tan joven. Corren muchos rumores, ha realizado muchos milagros. —La boca de Lucano se cerr con fuerza y el color desapareci de su rostro. De repente se le ocurri una idea, Dijo framente:

—Creo y comprendo. Tengo una amiga, una mujer, que me ha hablado de esos judos hacedores de milagros, de esos msticos. Mucho antes de que los mdicos griegos comprendiesen, que a menudo una mente enferma infecta el cuerpo, los judos se haban dado cuenta de ello. Por lo tanto los hacedores de milagros, liberando y sanando las mentes enfermas, pueden restaurar la salud al cuerpo. Esto no es nuevo, Antonio, no es ni siquiera un milagro, aunque no sabemos, actualmente, lo que es la mente, ni podemos expresar sus misterios con escalpelos o la sonda.

Se sinti invadido por un extrao terror. No dese or ms. Pero Antonio aferr de nuevo su brazo y el rostro del soldado estaba trmulo a causa de una profunda emoci3n.

—Lucano, s todo acerca de las tradiciones y creencias de los judos. He vivido en Judea por largo tiempo y mis amigos han confiado en m. Este hombre no es un simple hacedor de milagros. Es el Mesas, es Dios. ¿Crees que yo creo esto solo?, no, multitudes de judos creen en ello, puesto que su primera aparicin ha tenido lugar entre su pueblo para exhortarlo.

—Los judos son un pueblo muy excitable —murmur Lucano.

Poda or el latido de su corazon en los odos. Cuntos recuerdos se agolparon ante sus ojos y cerr los ojos para no verlos. Aadi desesperadamente:

—Cuando la mente queda bajo el poder de la histeria, el cuerpo enferma, todos los mdicos comprenden esto.

El centurin sonri con sonrisa infinitamente dulce.

—No es un mdico. Sus seguidores lo llaman Rabb, es decir, Maestro. He conocido a muchos de estos rabes, hombres devotos, que pueden curar por medio de la oracin y que han pasado sus vidas enseando al pueblo y consolndole.

El enorme sol rojo se hundi en el mar y los marineros aparecieron con linternas que empezaron a colocar en diversos lugares de la cubierta. Una brisa fresca se levant, las velas se hincharon y el barco empez a deslizarse sobre el purpuro mar.

—Pero este Rabb no es como los que le han precedido —dijo Antonio con voz conmovida— es el Dios Desconocido de los griegos, de los egipcios, antes que ellos, de los babilonios y caldeos, antes que los egipcios; es el Mesas. ¿Que cmo lo s? Cuando o hablar de l a los amigos que me visitaban procedentes de Jerusaln y Cesrea, supe inmediatamente quien era. ¿Debes creerme!

— ¿Cmo lo supiste? —pregunt Lucano con tono ausente.

El centurin golpe su pecho con el puo cerrado.

— ¿Cmo conoce un hombre la verdad, excepto experimentndola? Lo sabe en lo ntimo de su corazn.

Dej caer el puo sobre su rodilla y suspir.

—Te he hablado de Chetico, mi amigo, mi liberto. Se puso enfermo, no de la mente, sino del cuerpo. Lo envi a los mejores mdicos para que lo curasen, no escatim dinero, ni esfuerzos. Permanec sentado junto a su cama durante muchos das y l no me conoci; vomitaba sangre; sus excreciones eran sanguinolentas, la sangre cubra toda su piel. Sus ojos estaban congestionados con ella, tena los labios resecaos con sangre. Y su carne se marchitaba da a da hasta que se qued como una sombra.

Lucano se estremeci, ¿la enfermedad blanca! ¿La asesina, incurable y terrible enfermedad para la que no haba cura! ¿La enfermedad que haba matado a Rubria y haba, al morir ella, matado su espritu! Mir con ojos dilatados al centurin y se humedeci los labios, puesto que estaban fros y rgidos.

—Me dijeron que Chetico tena que morir —dijo el centurin— y que no haba remedio para su enfermedad. Cualquiera hora, da o semana, morira.

—No hay cura —dijo Lucano con voz sombra bajo la luz de las oscilantes linternas.

El centurin asinti y sus ojos se iluminaron como si estuviesen llenos de lgrimas.

—Pero —dijo suavemente—, Chetico fue curado instantneamente.

— ¿Imposible! —exclam Lucano.

—Imposible para el hombre, Lucano, pero no imposible para Dios. Chetico fue curado en un instante y se levant de la cama, sus mejillas llenas de vida y salud, me abraz y me dijo: ¿/l me toc las manos durante el sueo y me dijo que me levantase y dejase la cama.†

— ¿Qu hizo? —pregunt Lucano—. ¿Qu es lo que ests diciendo?

—Te lo he estado diciendo. Era el Dios Desconocido. Perdname, soy tan slo un tosco soldado. Carezco de elocuencia; cuento mi historia pobremente. He dicho que mis amigos judos me trajeron rumores del Mesas. Un da vino a Capernaum. Mis criados corrieron a decirme que el extrao Rabb judo haba llegado a nuestra ciudad y que se deca que era el Mesas. Tres de mis amigos, ancianos judos, estaban sentados conmigo para con solarme, porque Chetico estaba muriendo, respiraba lenta y entrecortadamente y de su garganta sala un ronquido sordo; tenia los ojos en blanco y velados. El fro estremecimiento de la muerte se haba apoderado de l. Un quejido profundo surga del fondo de su cuerpo. El mdico acababa de salir moviendo la cabeza.

La memoria de aquellos momentos, hicieron que la voz del centurin temblase. Coloc la mano sobre el rostro.

—Ped a mis amigos, los ancianos judos, que fuesen a /l y le rogasen que curase a mi siervo, a mi amado Chetico. Acudieron a /l hasta el lugar donde estaba predicando al pueblo y le dijeron que sera una buena obra que curase a mi criado, le instaron para que acudiese a mi casa. Los ancianos le dijeron que yo haba construido su sinagoga y que era amigo suyo. Por lo tanto, rodeado por sus seguidores y gente del pueblo, y acompaado por los ancianos, se encamin hacia mi casa.

Las linternas se balancearon en el fro anochecer y la luna ilumin las altas velas del barco con una cascada de luz argentina. Lucano olvid a Ramus, olvid todo excepto aquella increble historia.

—Les que o llegar —continu el centurin con voz que ronca y pausada—, supe que Dios vena a mi casa y me di cuenta que digno de que /l se acercase a mi umbral. Sal corriendo del dormitorio, me alej de la casa. El sol iluminaba la escena desde lo alto del cielo y le vi. ¿Con estos ojos le vi! Lucano, has de creerme. El polvo amarillento brillaba sobre la gente y sobre /l. que estaba en medio del grupo destacndose sobre ellos, era un joven de rostro hermoso y el polvo formaba un halo sobre su cabeza. Vi sus ojos azules como el cielo, vi su sonrisa y estuve seguro de que /l era Dios. Mis piernas se estremecieron. Me pareca que los cielos y la tierra ardan encima y a su alrededor. Extend mis brazos para evitar que se acercase ms, porque yo no era digno de su presencia; inclin la cabeza porque era un sacrilegio que yo le mirase. Luego le dije: † Seor, soy un hombre que tiene autoridad, romano, y tengo soldados bajo mis rdenes y si digo a uno de ellos † vete †, va y si ordeno a otro que venga, viene. Todo cuanto yo mando se hace al instante. Por lo tanto, Seor, di la palabra y mi criado ser curado.

Lucano empez a temblar. Uni las manos con fuerza. La brisa del atardecer pareca hielo que golpease sus mejillas. Se dijo a s mismo: † ¿No, no es posible!†

—Y entonces —continu el centurin casi en un susurro—, le o hablar. Su voz pareca descender del cielo y subir de la tierra a la vez. Luego dijo al pueblo que le rodeaba: † No he encontrado tanta fe ni siquiera en:

Israel.‡ Y cuando abr los ojos, Lucano, se haba ido y con /l la gente. Slo mis amigos quedaron all y cuando entramos en la casa encontramos a mi criado curado.

Por encima del sonido de la brisa nocturna y el chasquido de las velas, Lucano oy el eco de apagados murmullos. Mir a su alrededor sorprendido. Ramus ya no estaba all. Se puso en pie y luego tuvo que apoyarse en la silla, porque sus rodillas no podan sostenerle. Mir al centurin incapaz de hablar.

—Debes creerme —repiti el centurin—, mrame y cree que no miento. T sabes que no miento, cur a mi criado y transform mi alma.

Lucano gir sobre sus talones y s alej de all.

CAP \ TULO XXXVII CAP \ TULO XXXVII

LUCANO y Ramus coman su asctica comida juntos en un camarote. El griego estaba ms silencioso que de costumbre. No poda comer mucho. Ramus estaba sentado junto a l y Lucano vio que el rostro del negro brillaba radiante y que estaba absorto en sus pensamientos. Lucano habl con lentas y cuidadosas palabras:

—Ramus, debes recordar que no hay ningn mdico que sepa todo cuanto puede ser conocido; el hombre es un ser misterioso; los filsofos, mdicos y sacerdotes han intentado intilmente explotar el misterio. La magia, la necromancia y la brujera, no son quizzes lo que parecen ser, sino que es posible que operen sobre leyes naturales an desconocidas para la mayora de nosotros. En cierta ocasin mi maestro Keptah me dijo que estaba escrito en los libros santos babilnicos que los hombres atravesaran los ocanos sin ayuda de velas, que algn da volaran como pjaros por encima de los continentes y que en su incontinenca, destruiran la tierra en que vivimos. Todos los filsofos han conocido estas profecas, pero han temido decrselo al populacho. Recordars que Scrates fue obligado a morir por causa de sus pensamientos e ideas. Si alguien hoy en la Roma moderna, en el mundo romano de fuerza, poder y materialismo, proclamase lo que los babilnicos y los judos han conocido durante siglos, sera llamado loco o mago y sera suprimido. Sin embargo, creo que todas estas cosas ocurrirn algn da. La historia que hemos odo esta noche de labios del centurin Antonio, es sin duda cierta, desde su propio punto de vista. Quiz aquel rabb judo, el maestro, sabe algunos secretos que parecen sobrenaturales para nosotros, pero que son parte de alguna ley natural que an no hemos descubierto. Y, de nuevo, esto parece muy razonable para m. Los mdicos que atendieron al criado de Antonio cometieron un error; el criado no estaba mortalmente enfermo; se hubiese recobrado en cualquier caso.

Lucano parti un pedazo de pan y se qued cont emplndole apticamente, luego lo dej.

—He visto que te ha emocionado mucho la historia del centurin. ¿Crees que el Rabb judo es aquel a quien has estado esperando? No te dejes engaar.

Mir a Ramus cuyo rostro brillaba cada vez ms.

El griego suspir.

—Te he dicho que puedes hablar, que no hay nada orgnicamente defectuoso en tu garganta. Ests al borde de la histeria. Pero cualquier da de estos hablars y no ser un milagro.

Le dola la cabeza; pequeos escalofros helados recorran su carne, le dolan las articulaciones. Se levant de la mesa y dijo:

—Tengo fro. Me voy a acostar.

Corri la cortina de su cama, que le separaba de la de Ramus, y sac su cartera. Se tom el pulso. Lata normal. Su piel estaba caliente pero no ms de lo corriente. Realiz ciertas pruebas sobre s mismo y vio que nada funcionaba mal. Sin embargo se senta invadido por un sentimiento de profunda enfermedad. Se dijo a s mismo: ‡ No soy un hombre emotivo pero por alguna razn tonta me he sentido turbado por el centurin.‡

Se acost y oy a Ramus hacer preparativos para acostarse en su propio camastro. Cuando Ramus mir tras de la cortina, Lucano pretendi estar dormido. Ramus apag la Impara y luego todo qued en calma, excepto los rumores y crujidos del barco, los distantes sonidos de los remos golpeando sobre el agua cuando el viento decreca y alguna voz lejana de la guardia. Despues de un rato Lucano se durmi inmenso en pesadillas y sueos aterradores.

Se encontraba en un enorme y profundo saln, cuyas paredes y techos se perdan en las nubes, sin principio ni fin. Estaba solo y se senta invadido por un sentimiento de temor universal y vaciedad. De pronto, ante l, se alz una gran cruz blanca como la nieve, cubierta de sombras rosadas de arriba abajo y a su travs. Su cima se elevaba hacia el infinito. Sus brazos abrazaban el universo. Permaneci ante su base, empez a llorar y se dijo a s mismo: ‡ No he querido recordarlo.‡ Y exclam con voz llorosa: ‡ .Seor, ven a m!

Luego se sinti hundido en un espacio profundo, en una noche negra y sin fondo. Y desde una infinita vastedad, desde los finales de la creacin, oy que alguien le llamaba tiernamente: ‡ No te he olvidado, siervo mo. Te he conocido desde el principio del tiempo y t oirs mi voz.‡

Lucano se despert con un violento respingo en la oscuridad. El barco cruja y murmuraba. Empez a adormecerse otra vez, temblando bajo el peso de sus sueos. Le pareci ver un pequeno resquicio de luz, pero pronto desapareci. Se movi inquieto. Su carne arda como el fuego; se dijo a s mismo vagamente que tena fiebre. De nuevo se durmi y otra vez la desolacin prevaleci sobre la rpida sucesin de sus sueos, invadindole con un sentimiento de prdida y bsqueda. Estaba en un deslumbrante y alejado desierto y las

arenas se alzaban como enormes olas del mar. Se senta oprimido por la sed. Caminaba siempre adelante, buscando un oasis o una seal de vida, una palmera, o una lnea de camellos en el ardiente horizonte. Hundi su rostro en la clida arena y se dijo a s mismo: † Ahora voy a morir, porque todo a mi alrededor carece de utilidad y mi vida no tiene sentido, igual que este desierto y no hay nada que pueda apagar mi sed. † De pronto un agua fresca inund sus labios y bebi ansiosamente sin que se saciase nunca. Sus ojos quedaron cegados por una luz que le rode y oy una voz que le dijo con cario: † Yo soy el nico que puedo apagar tu sed, oh, mi siervo Lucano. †

Luego le pareci que estaba sobre una estrecha, peligrosa y tortuosa carretera que ascenda por la ladera de una suave montaa, cuya cima estaba cubierta por las nubes. La montaa no tena rboles, hierbas ni ninguna clase de vegetacin. Sus rocas y sus amarillentos acantilados parecían cubiertos de fuego. Monstruosas cabezas de piedra, como las cabezas de Medusa o de las Furias, se alzaban desde los precipicios, o bordeaban su camino. Tena la espalda doblada a causa de una terrible carga que no poda ver y sus hombros geman con el dolor de su peso. Cay contra un lado del precipicio y jade desesperadamente, diciendose a s mismo que no poda continuar adelante. Pero alguien le dijo con una voz que llenaba todo el espacio: † Venid a m, todos los que estis trabajados y cargados y os har descansar. †

Lucano se despert de nuevo, empapado de sudor. El barco se quejaba y cabeceaba. La oscuridad era sofocante, intent levantarse para buscar agua, pero de nuevo se durmi y so⁽⁶⁰⁾ otra vez que estaba hambriento como nadie lo haba estado jams, como nunca nadie lo haba podido imaginar. Un rugiente afn, angustia y deseo le invada. Se morda las manos y gema. Entonces, en medio del dolor, vio dos manos que partan pan y que le daban un trozo que devor y se sinti satisfecho; la voz volvi a decir: † Esta es mi verdad, y slo ella puede aliviar el hambre. †

Estaba en las peores ciudades. Poda contemplar la curva de un mundo que humeaba. Caminaba a travs de ciudades destruidas, cuyas ruinas se extendan de horizonte a horizonte bajo un cielo tenebroso. No haba luna, estrellas, sol ni esperanza. Las ciudades despedían humo como chamuscados esqueletos. Entonces, muy a lo lejos, Lucano vio la estrella que haba contemplado de nio. El astro se movi y empez a seguirlo, corriendo furiosamente y mientras lo hacia, oy un coro de poderosas voces, cantando desde la eternidad, igual que si inmensas multitudes cantasen regocijadas. Entonces exclam:

— «Esperadme, estoy perdido!»

Sus sueos se hicieron ms confusos, ms insistentes, mezclndose unos con otros, surgiendo, separndose, ascendiendo en espiral hacia la nada, alzndose clamorosos, ms confusos, ms preados de terror y profeca. Luch por despertarse y un rayo de luz de sol, procedente de la ventana, ilumin su contrado rostro. Alguien le ofreci una mezcla de agua y vino colocndolo junto a sus labios y dijo:

—Ests enfermo. Bebe y descansa.

Volvi a dormir de nuevo. Pero le pareca como si estuviese en un lecho de fuego y se quejaba. Unas manos le movieron y se sinti empapado igual que si estuviese sumido en una inundacin.

Oy cercanas voces apagadas, des pus de un periodo que a l le pareci de siglos. Mir a su alrededor pero no pudo ver nada, sino la luz de los faroles relumbrando como un arco iris. Un sabor clido y amargo llenaba su boca; trag y toda su garganta qued inflamada.

Una hmeda frialdad le rodeaba y se estir con lentitud. Sintió que le alzaban la cabeza y que vertan agua por entre sus labios. Las linternas aparecan y desaparecan, el sol sala y se pona. La luna brillaba a travs de la ventana, pero mientras la miraba, vea las estrellas en su lugar. Las maanas sucedan a los atardeceres, para de nuevo volver a amanecer. Dijo en alta voz: † ¿ Estoy muerto? †, pero nadie le respondi. Se sintió exhausto, su cuerpo careca de peso, pero su cabeza era un globo de llameante cristal. Dese descansar, pero las pesadillas se amontonaban sobre l.

Una maana, en un fra y perlado amanecer, se despert y vio un extrao que movía la cabeza junto a l, vestido de blanco. No se poda mover; poda or el ruido del barco y los chasquidos de las velas. Una lluvia gris golpeaba contra la ventana y perciba el ruido que hacia sobre las ondulantes cortinas. El extrao, sentado en una silla, tena la cabeza cada y dormitaba. Pero Ramus no estaba all.

De pronto Lucano, con repentina claridad y calma, supo que haba estado peligrosamente enfermo durante largo tiempo. Permaneci quieto, gastado, su carne hmeda y cansada pero la mente clara. ¿ Qu clase de fiebre le haba asaltado? No sospech su presencia ni tuvo ninguna indicacin de su progreso de la enfermedad. Se revolvi en la cama y not la humedad de las colchas producida por su propio sudor. Pens en sus sueos y se sintió abrumado por los recuerdos.

El extrao gru⁽⁶⁰⁾ y se estremeci, movi la cabeza, abri los ojos, y viendo que Lucano le miraba se inclin sobre el enfermo y dijo:

—Has estado enfermo de fiebres durante catorce das, seor, pero ahora te ests recobrando. Soy el mdico de a bordo. Durante muchos das no cre que pudieses vivir. Pero gracias a los dioses la vida ha vuelto a ti.

Lucano trat de hablar, pero slo emiti un murmullo.

—Ha sido la malaria, sin duda.

—No, seor; ha sido una enfermedad misteriosa. Te he cuidado desde que tu siervo desapareci y todos los pasajeros te han odo gritar a travs de las paredes.

Lucano permaneci muy quieto, mirando al otro hombre. Se humedeci los secos labios y el mdico le dio agua, bostezando y sonriente, contento de que su paciente hubiese vuelto a la vida. Luego Lucano dijo con un ronco susurro:

— ¿Ramus? ¿Se ha ido?

—S, seor. Pero, ¿qu puedes esperar de los criados, que son desleales, egostas y no se preocupan sino por ellos?...

—Cuando el barco atrac a media noche, la primera de nuestro viaje, debi de dejar el barco, abandonndote, porque no ha sido visto desde entonces. Ah, dej una carta para ti, en esta tableta que hay sobre la mesa.

—Lemela —rog Lucano y qued sumido en su debilidad. El mdico, encogindose de hombros, levant la carta y empez a leer. La luz perlada se mezclaba entonces con un sonrosado tono dorado y el barco cabeceaba suavemente. Ramus haba escrito:

‡ Perdname, seor, porque debo abandonarte cuando el barco atraque a media noche. Debo ir al encuentro de Aquil a quien he estado buscando y cerca del cual el centurin nos ha hablado al atardecer. Mir a ve r si estabas despierto, pero estabas dormido y cre que sera mejor no esperar, porque t me hubieras rogado y no hubiese podido dejarte. Le que he estado buscando durante toda mi vida est en Israel y cuando le vea quitar la maldicin que pesa sobre los hijos de Cam; yo hablar de nuevo y le adorar. Te dejo con oraciones y lgrimas, porque te amo ms que a mi padre y hermanos; t no has sido mi dueo, sino mi amigo. †

Lucano pens desolado en aquel solitario hombre oscuro, mudo y sin ayuda, marchando a pie en busca de su esperanza. Sera siempre un extrao, slo poda hacerse entender por gestos. Tendra que atravesar bosques, desiertos, desoladas montaas, ciudades hostiles y pueblos enemigos. Encontrara hombres hostiles, podra morir de hambre, de sed, o ser atacado por bestias salvajes, incluso poda ser apresado y vendido de nuevo como esclavo. Las lgrimas empezaron a brotar dbilmente de los ojos de Lucano y volvi la cabeza contra la almohada, pero finalmente se durmi y cuando volvi a despertarse a la hora del sol poniente, su fuerza haba vuelto a l en forma incomprendible. Se haba quedado delgado, pero de nuevo se senta fuerte.

Aquella noche envi a buscar al centurin, y le mostr la carta de Ramus, diciendo amargamente:

—No dudo de que creas que dijiste la verdad y que para ti todo ocurri como dijiste. Por mi parte, como mdico, tengo mi propia explicacin. Pero tu cuento intempestivo, Antonio, ha enviado a mi amigo a la muerte segura.

El centurin respondi gravemente:

—No, le he envi ado a la vida.

CAP \ TULO XXXVIII CAP \ TULO XXXVIII

¿No es hora, hijo mo, de que me lo digas? —pregunt Iris mientras ella y Lucano permanecan sentados en los jardines, aquel otoo.

—No tengo nada que decir —respondi Lucano con voz sombra.

Su laxitud, ms espiritual que corporal, no le abandonaba. Su hermana Aurelia haca seis meses que se haba casado y esperaba un nio en el hogar de su esposo.

—Me sentira feliz si no nos dejases otra vez —dijo Iris con un suspiro meditativo—, quiz no debiera haberte obligado a hacerme confidencias, porque acaso puedas volverte a inquietar y marcharte.

¿I trat de sonrer, pero todo representaba un esfuerzo para l. Estaba sentado con ella, expuestos a la luz del sol y sus ojos contemplaban las desnudas ramas de los rboles, inclinadas como oro dorado y resaltando contra el azul cielo. Una fragancia de vino, manzanas, laurel y dtiles maduros llenaba suavemente el aire brillante. Las distantes montaas tenan el color de las ciruelas. Lucano pens que el rostro de su madre apenas haba cambiado durante aquellos aos. Su traslucida blancura era como la de una muchacha; su cuerpo se conservaba esbelto, sus ojos retenan un tmido encanto, sus manos eran castas y puras.

—Cuando me vaya, Prisco y su familia permanecern contigo en esta casa y adems est mi hermano Cayo Octavio. ¿No te sientes feliz porque tu hija poltica y los nios estn ahora contigo? La casa resuena con sus risas.

—Olvidas —dijo Iris— que t eres el hijo de mi juventud. Tengo ahora cincuenta y cinco aos, he sobrepasado la edad normal y soy ya vieja; mi memoria vuelve a los das en Antioqua, te veo como un beb, sobre una manta, junto a mis pies, en el sol, mientras hilo mis tejidos. Ni Prisco, ni Aurelia, ni Cayo me son tan queridos como t, mi extrao, mi muy extrao hijo.

Lucano, sentado junto a ella, en el prtico exterior, alarg la mano y la coloc sobre las de ella e Iris le sonri con los ojos llenos de lgrimas.

—Si al menos te hubieses casado —murmur, y alz la mano de su hijo hasta sus mejillas por un momento—, si te hubieses casado con Sara bas Eleazar. He llegado a amarla como si fuese mi hija, desde que vino aqu en verano y permaneci con nosotros para recobrase de la fiebre que aquejaba a sus pulmones. Ella te admira y te ama como yo admiraba y amaba a Diodoro. ¿Qu mayor tesoro hay en el mundo que el amor? Te ha seguido a muchas ciudades y puertos, ¿por qu la has rechazado siempre?

—Te lo he dicho, madre. No hay lugar en mi vida para el amor de una esposa, de hijos y de un hogar tranquilo. Una vez me dijiste que era egosta. Quiz dijiste la verdad. Ahora ya no s nada, soy como la

cscara de un coco, flotando sin rumbo en el mar, vaca de su parte viva, moviéndose hacia dentro o fuera, según el impulso de la marea que la arrastre. Hubo un tiempo, cuando di la batalla, pero he dejado de luchar, porque mi mismo espíritu está cansado hasta la muerte y nada me parece importante. No he dejado esta casa porque me ha faltado la voluntad para abandonarla. Te he herido, perdname. Pero t eres alguien a quien debe ser dicha la verdad.

Volvi su rostro y ella vio su perfil, firme y plido como una piedra, gastado por los aos y con un aspecto ascético. Luego I aadi:

—Hubo un tiempo, cuando saba lo que quera y estaba lleno de fuego. Hubo un tiempo cuando me levantaba cada maana, listo para la batalla. Pero ahora me estoy acercando a los cuarenta y podra ser que mis fuerzas vitales se estuviesen secando y que el cansancio propio de la edad est apoderándose de m. Recuerdo que Jos ben Gamliel me citaba sus escrituras, aunque no recuerdo las palabras exactas. Era una admonición a los jvenes para que no olvidasen a su Creador en los das de su juventud, antes de que llegasen los das de saciedad y el cansancio se apoderase de ellos y tuviesen que decir: no tengo placer en ellos.

Lucano sonri ligeramente y con cansancio.

—No he olvidado nunca a Dios. Me ha perseguido durante toda la vida, hasta hace pocos aos, pero de pronto se apart de m y dej el campo donde habamos batallado diariamente. Echo en falta a mi viejo adversario —y por primera vez en meses Iris percibi un humor amargo en su voz.

—Pero Keptah me dijo que Dios nunca abandona a los hombres —respondi Iris.

Lucano se encogi de hombros.

—Te aseguro que JI me ha dejado. Hay un gran silencio donde estuvo antao. Ya no contendemos en nada. Quiz porque sabe que ha ganado y ya no soy su digno contendiente. Mi vanidad está herida. Y se ech a rer un poco. Pero Iris saba que su hijo no estaba tan flcido como I mismo crea. Le haba odo una noche en la gran biblioteca de Diodoro, haba odo sus paseos. Poda sentir su inquietud interminable, como si estuviese buscando algo. Mucho tiempo despues de que todos durmiesen, su Impara an arda, algunas veces hasta el amanecer. Un hombre totalmente desinteresado, sin fuego, caa en apata. Pero los ojos de Lucano seguan angustiados y atormentados.

— ¿Qu es lo que quieres, hijo mo? —pregunt Iris llena de dolor y piedad.

—No deseo nada. Puedo, con toda seguridad, decirlo. No deseo nada. Y esto es lo terrible.

La conversacin le haba cansado e Iris se percat de ello por lo que quedaron contemplando el caer de las hojas de los rboles, el teirse de luz las copas de los cipreses, mientras las montaaas se oscurecan. Despues de un prolongado silencio, Iris dijo:

—Tema el momento en que conocieses a Clodio.

—Me sent abrumado cuando le vi; ese joven inutilizado en la niez por la parlisis e incapaz de andar sin la ayuda de dos esclavos fuertes. ¿Qu es lo que mi hermana que es tan hermosa, desea en tal hombre? Pero me preguntaba esto antes de que la luz se hiciese en mi mente.

Se haba sentido abrumado cuando Clodio lleg a su casa para ver a su novia, a I y a su familia. El joven tena un rostro sencillo y amable, ojos oscuros y rasgos delicados. El aguileo perfil de patricio romano tena en I un tono suave. Posea una expresin soadora y abierta. Lucano haba esperado, ansiosamente, que por lo menos poseyese alguna inteligencia, algn poder interno, alguna fuerza de espíritu o carcter, pero Clodio era tan Impido como Aurelia, tan poco complejo y tan reservado.

¿De qu hablaran los dos? Lucano les escuch sin ningn sentimiento de comprensin. Dese saber. De pronto la verdadera y sencilla verdad lleg hasta I; amaban a todas las cosas, sin reserva, sin malicia, sin hipocresía, tanto si era un esclavo como si era una hoja, un perro o un caballo, la hierba, el hombre o un pequeño animal asustado. Al principio Lucano se sinti abrumado. El mundo les robara su amor. Era aniado y estpido creer que vivan en un brillante y encantador jardn, donde nunca se introdujera el mal. Pens en el tiempo cuando la muerte entrase en su casa y golpease al amado nio, o al querido criado, o uno de ellos mismos. Pens en la enfermedad que ensombrecera su hogar, en la ansiedad natural de los vivos, la petulancia, la irritacin o alguna clase de enfermedad sin remedio. ¿Qu ocurrira entonces con el jardn y con el amor?

Un da encontr a su hermana sola jugando con unos perrillos en el jard n, se sent junto a ella e intent hablarle de aquellas cosas. Habl como quien habla a un nio y ella escuch sonriente, sus sonrosados labios entreabiertos, sus grandes ojos marrones, suaves y cariosos. †No me comprende en lo ms mnimo †, se dijo a s mismo con impaciencia. Pero entonces Aurelia haba dicho: †Te comprendo hermano mo. Clodio y yo hemos hablado acerca de esto muchas veces. Sin duda sabemos que el mundo está lleno de dolor, muerte, injusticia y miseria. ¿Acaso no tenemos ojos? ¿Es que somos nios? Hemos visto y hemos odo. †

Haba levantado un perrillo entre sus manos y le haba besado la pequeña cabeza. Lucano poda orla murmurar palabras afectuosas al animal. El perrillo salt sobre sus hombros, coloc su nariz sobre su regazo y pareci contento.

† Pero —aadi Aurelia—, también sabemos que el amor es inagotable, y que siempre habrá algo que amar. El mundo está lleno de cosas que amar. Toda una vida no es bastante para el amor. †

Lucano habla pensado con excitacin. «Qu increíble y digna de lstima es esta inocente!

Aurelia le haba sonreído con ternura.

—Crees que somos niños sin razón ni comprensión. Crees que somos vulnerables. Yo espero a Clodio, aunque no conozca su existencia hasta que llegue a esta casa con sus padres. Pero lo conozco instantáneamente. No tenemos miedo a la vida, Lucano.

Aquello dejó a Lucano completamente asombrado. Había mirado al fondo brillante de los ojos de su hermana, no sólo como hombre, sino como médico. Pero vio una luz pura, amable y fuerte. Aurelia, sentada en la hierba como una niña cerca de su hermano, inclinaba la cabeza sobre sus rodillas en completa confianza.

—No soy sabia, Lucano, porque los libros son viejos y el mundo es joven y está lleno de gloria, pero cuando vi a Clodio recordé que Keptah me había dicho en cierta ocasión: «Scrates afirmó que un hombre bueno no teme ni a esta vida ni a la muerte.»

—El mundo está lleno de maldad a la vez que de belleza —dijo Lucano con dureza.

—Es porque odia y no ama —respondió Aurelia.

Un perro cruzó ladrando los jardines y Aurelia le llamó y levantándose fue a consolarlo y jugar con él. Lucano se quedó de nuevo solo y muy quieto. Cuando se levantó para entrar en la casa murmurando, se sintió tan frágil como un pergamino sobre el que nada se hubiese escrito.

—Sé siempre feliz —dijo luego a su madre—, no habrá nunca fin a su felicidad y a su amor, Confieso que es para mí un gran misterio a pesar de que no soy joven.

Iris le sonrió y de pronto le pareció que su madre era muy parecida a Aurelia.

—Estoy contenta —murmuró—, sí, estoy contenta porque uno de estos días, lo siento en mi corazón, encontré un amor y una gran felicidad.

Sara había entrado en el jardín y encontró a Lucano solo. Andaba lentamente, porque había estado enferma durante varios meses, y era huésped de aquella casa donde todos la amaban por su bondad y amabilidad. Tenía entonces treinta y cinco años, ya no era joven, pero sus ojos violeta eran tan radiantes como cuando era una niña y su dulce y elegante rostro parecía esculpido y tenía una plácida serenidad mezclada con un poco de tristeza. Su ligera figura iba cubierta por un vestido de lana del color de sus ojos, que Iris había hecho para ella, a fin de que abrigase y calentase su enfermo cuerpo y llevaba además una toquilla blanca sobre los hombros. Llevaba peinado su oscuro cabello, cruzado de gris, en un sencillo moño trenzado sobre la cima de su pequeña cabeza y en su bella boca brillaba una ligera sonrisa. Tenía las mejillas arreboladas y a medida que se acercaba a Lucano, y éste salió a su encuentro, fue la primera cosa que inevitablemente veía de ella, especialmente en los atardeceres. Tenía sus manos anormalmente frías.

Recordó que Hipócrates había recomendado a los médicos que no trataran personalmente a aquellos que amaban, porque o cerraban sus ojos contra la verdad que sospechaban o eran arrastrados a una gran ansiedad.

—¿Has tosido mucho hoy, mi querida Sara? preguntó mientras la conducía hacia la silla donde Iris había estado sentada y abrigaba sus débiles hombros cariñosamente con la toquilla para protegerla de la frialdad del atardecer. Ella le sonrió dulcemente.

—No, he tosido muy poco en los últimos días, Lucano.

—Has rehusado los buenos oficios de los mejores médicos de Roma, Sara. Debes permitirme que llame a alguno para que te examine.

Ella colocó su mejilla contra la mano que reposaba en su hombro.

—Estoy muy bien, no te alarmes. Tú eres bastante médico para mí.

Miró hacia las montañas en plena calma y paz.

—Me siento triste al dejar tu casa, pero debo volver a Jerusalén para los días santos. Me marcharé pasado mañana.

—Pero aún no te has recuperado. El viaje será terriblemente pesado. ¿Sara sabes que he permanecido aquí a causa tuya?

Ella sonrió de nuevo, porque sabía que esto era sólo una parte de la verdad.

—No estás preocupado, siento nostalgia por mi gente.

Se sentó a su lado, inclinándose hacia ella, estudiando su frágil perfil, que tan puro como un camaféo resplandecía iluminado por la dorada luz del atardecer. Si Sara estuviese enferma, se dijo a sí mismo, no poseería aquella calma. La carne, cuando presiente su propia calamidad, manifiesta intranquilidad en el parpadeo de los ojos, distensión de las narices, la tensión en los labios. Su penetrante mirada de médico no podía encontrar ninguna de estas señales en el rostro de Sara. La expresión de Sara, como siempre reflejaba un pacífico gozo y una plena esperanza.

Se sentó junto a ella en silencio, sus manos en las de ella; podía notar los frágiles huesos de sus dedos, la suavidad de su piel sedosa. Contemplaron las montañas y el valle durante largo rato. Lucano pensaba para sí mismo: «¿Por qué no me caso con ella y retengo junto a mí a esta amada mujer a quien he amado durante tantos años? He recorrido todo el mundo, porque carezco de hogar y siempre he huido del amor. Es posible que mi laxitud, mi vaciedad, mi desesperación inútil, el sentimiento de haber perdido o no haber alcanzado nunca el significado de la vida, sea resultado de mi falta de raíces. Si me caso con Sara, tendrá un hogar, una casa, una amada compañera para el resto de mis días. Puedo comprar una pequeña posesión, una villa, donde podremos tener nuestros propios viñedos y árboles frutales y, aunque es muy tarde ya, quizá un hijo. Me he privado de lo que los hombres buscan durante toda su vida.»

Se movi con acceso de antigua inquietud. Luego dijo a Sara inclinndose hacia ella, ignorando el triste estremecimiento que se haba apoderado de l.

—Sara, amada ma, ¿quieres casarte conmigo y permanecer junto a m en Roma y construir un hogar en mi compaía?

Su tranquilo perfil permaneci tan quieto, tan inconvocado mientras miraba las montañas, que crey que ella no le haba odo absorta en sus pensamientos.

—Estoy vaco —dijo luego, y puso la mano sobre sus labios.

Sara respiró

—Ests vaco a fin de que puedas ser llenado con gozo y paz, ms all de cuanto imaginas, Lucano. El amor me dice esto, pero no me dice cmo. No, Lucano, no puedo casarme contigo, porque al casarme contigo te apartara de tu propio destino. Lo que t debes encontrar no est en mis brazos. Dios llama a los hombres de sus ciudades, de sus hogares, de sus esposas e hijos, de aquellos a quienes aman y Su voz no puede ser desatendida. ¿l te ha llamado a ti.

—Esto no tiene sentido —dijo Lucano—, estoy vaco porque he rehusado amar por temor a lo que el amor puede hacer a un hombre. He tenido miedo de vivir, Sara, y ahora te pido que vivas conmigo como mi esposa.

Ella movi su cabeza con gesto negativo, ligero pero firme.

—No puede ser, Lucano. Una vez, cuando dejaste Alejandra, cre que sera posible. Pero a lo largo de todos estos aos he sabido que era imposible, porque t perteneces a Dios. Deseas conocerle, con un terrible deseo, y sers satisfecho, porque t eres Suyo.

Sara haba partido ya. Lucano permaneci solo con su familia. El viejo y enfermizo sentimiento de intranquilidad se haba apoderado de nuevo de l. La casa estaba llena, pero no haba nadie con quien l pudiese hablar y se maravillaba de ello. Estaba su hermano soltero Cayo Octavio, eternamente ocupado con sus libros, un joven serio que vivira por cuenta propia una vida absorta y secreta. Lucano saba que posea un gran intelecto, pero cosa extraa, con l poda hablar menos que con ningn otro en la casa. Existía un gran formalismo y cortesa entre los hermanos, pero Lucano no poda penetrar la reserva del hermano ms joven. † «Estos pedantes! —Se deca a s mismo—, son estrechos y orgullosos. Tienen opiniones propias y son contenciosos. Viven en la cima de una montaa blanca, donde reinan solos.‡

Prisco, un alegre y feliz soldado, volvi al hogar de regreso de sus campaas con Druso, a quien nunca haba criticado por sus manifiestas tonteras y falta de organizacin, sino simplemente haba hablado de ellas en tono humorstico. Lucano le amaba como el mejor de los hermanos. Se preguntaba, sin embargo, si Diodoro le hubiese encontrado tan satisfactorio, porque Prisco aceptaba todo con un chiste y con sencillo contento y nunca se pona serio con respecto a ninguna cosa. Su rostro redondo y moreno, sus ojos marrones, le recordaban desgarradoramente los de Rubria. Tena sus alegres maneras, su amor, su rpida risa y sus guios. Amaba la guerra y amaba la paz; amaba el deber y amaba a su familia. Nunca estaba ms contento que cuando tena huspedes en casa; tena muchos amigos a los que visitaba y quienes le devolvía las visitas. Era evidente que disfrutaba de la vida, no peda cosas excesivas de ella; amaba los juegos, los teatros, el juego de dados, los gladiadores, las tardes bebiendo con sus compaeros, los chistes y la alegra y buen humor. Adoraba a sus nios. Cuando Lucano hablaba de poltica, se senta tan aburrido como Aurelia y cambiaba de asunto con un ancho guio y una sonrisa, para marchar luego a inspeccionar su granja. Lucano sospechaba que Prisco, que le amaba tambn, le encontraba a la vez aburrido.

Sin embargo, Prisco era el cabeza de la familia y Lucano senta la creciente necesidad de hacer que el exuberante capitn considerase el mundo en que viva con seriedad. Tena una gran fortuna; posea influencia poltica y militar. Tena hijos, y esto era ms importante que todo lo dems. Por lo tanto, una noche Lucano llam a Prisco a sus habitaciones y el soldado fue mostrando sus fuertes piernas morenas, vestido con una tnica sencilla. Haba estado jugando con sus hijos antes de acostarles, su tosco cabello negro estaba revuelto y sus amplios labios rojos sonrean. Salud a Lucano con afecto, pero su corazn se estremeci cuando vio la sobria expresin de su hermano mayor.

Prisco trat de evitar lo que tema iba a ser una conversacin pesada, haciendo comentarios sobre la cosecha de uvas, la condicin de los campos, sus planes para poblar la corriente con ms peces, renegando suavemente de la actitud intil de los esclavos y libertos, sus sospechas acerca de la honradez de los encargados. Su voz denotaba felicidad, su rostro no estaba contrado, sus modales eran naturales.

Lucano dijo:

—Como sabes, Prisco, voy a marcharme pronto. Debes comprenderlo conmigo; eres el cabeza de esta casa y cuanto piensas y haces es de la mayor importancia, no slo para tu familia, sino para tu pas.

—Oh, sin duda —dijo Prisco, cogiendo un racimo de uvas purpneas de un plato que estaba sobre la mesa. Luego suspiró; tena paciencia y amaba a Lucano—. Siempre cumplo con mi deber; lo encuentro fcil, debo confesarlo.

Se sent y empez a comer las uvas, disfrutando de ellas, escupiendo los huesos en su mano y ponindolos en una pequea pila sobre la mesa, porque era muy limpio.

—Tu verdadero deber —dijo Lucano— no es fcil.

—As me lo has dicho con frecuencia —respondi el soldado. Limpi una manzana frotrndola contra la manga de su tnica—; pero nunca te comprendo y t no me lo perdonas.

—Sospecho que me entiendes demasiado bien —dijo Lucano sombrío. Prisco mordi la manzana y ofreci el plato a Lucano que ste rechazó impacientemente. Prisco se encogi de hombros.

—Todo demasiado cierto, quiz —dijo—, pero he nacido varios siglos atrasado, segn creo. ¿Qu puedo hacer yo respecto a Roma en mi propia generacin? Seamos razonables, Lucano.

Sus morenos ojos se quedaron repentinamente serios, un poco duros cuando mir a su hermano mayor.

—Tu padre muri haciendo lo que pudo.

Las gruesas cejas de Prisco se fruncieron. Mastic la manzana distraido. Luego dijo:

—S, y como t has dicho, muri. ¿De qu sirvieron sus consejos y su muerte? ¿Acaso movi algo a algn hombre? ¿Hizo que algn senador corrupto fuese menos corrompido? ¿Inspir a un Ciceron o a un Cincinato? ¿Hizo a Csar menos de lo que es? Recuerdo que t me dijiste que Csar no se apoderaba del poder; lo pone en sus manos un pueblo degenerado que ha perdido sus virtudes y su fortaleza y que prefiere la seguridad a la hombra, la facilidad al trabajo, los circos al deber. ¿Levant la conciencia de un solo hombre lo que mi padre dijo el da que muri? ¿Fue siquiera escrito para las edades venideras? No. ¿I no poda, ni siquiera habiendo gastado toda su vida, hacer una sola cosa para detener el curso de la historia.

—Me comprendes mal, Prisco. S que era inevitable que Roma llegase a lo que es. Las repblicas decaen y se transforman en democracias y las democracias degeneran en dictaduras. El hecho es inmutable. Cuando hay igualdad, y las democracias siempre traen igualdad, el pueblo se sabe animo, pierde el poder, la iniciativa, el orgullo y la independencia, pierde su esplendor. Las repblicas son masculinas y por lo tanto producen ciencia y arte; son orgullosas, heroicas y viriles. Reverencian a Dios y le glorifican. Pero Roma ha decado hasta llegar a ser una confusa democracia y ha adquirido rasgos femeninos, tales como el materialismo, la avaricia, el deseo de poder, la conveniencia. La masculinidad, en las naciones, se demuestra por la ley, el idealismo, la justicia, la poesa; la feminidad, por el materialismo, la dependencia respecto a otros, el tosco emocionalismo, la ausencia de genios. La masculinidad busca lo que es justo, la feminidad busca lo que satisface de forma inmediata. La masculinidad es visin. La feminidad ridiculiza la visin. Una nacin masculina produce filsofos y siente respeto por el individuo; una nacin femenina siente un insensato deseo de controlar y dominar. La masculinidad es aristocrtica; la feminidad no tiene aristocracia, y es feliz slo cuando encuentra multitudes de rostros que se parecen unos a otros exactamente y una multitud que se haga eco de sus propios sentimientos diminutos, miedos, deseos y tonteras. Toma se ha hecho femenina, Prisco, y las naciones femeninas, como los hombres afeminados, inevitablemente mueren o son destruidas por pueblos masculinos.

Prisco an intent quitar importancia al asunto. Dijo en tono un tanto jocoso:

—Mis soldados, las legiones de Roma, no son hembras, Lucano.

Pero frunci el ceo y se qued pensativo. ¿Qu poda hacer un hombre?

Se senta absolutamente impotente cuando el pueblo unánimemente prefiere la suave esclavitud a la dura libertad. Por lo tanto Prisco le dijo:

—Concedo que tengas razn. Pero te he dicho que mi padre naci demasiado tarde. Muri con el corazn roto. Yo he nacido ms tarde an. No quiero morir con el corazn roto. ¿Qu valor tiene el que un hombre solo intente ser sobrio y heroico? No conducira a nada.

—De nuevo no me entiendes, Prisco. Comprendo que no puedes detener la historia, porque la decadencia y la muerte son inevitables para las repblicas. La nica sociedad que puede sobrevivir con grandeza en el mundo es la sociedad aristocrtica, gobernada por hombres sabios y escogidos, sacerdotes, cientficos, hroes, artistas, poetas, filsofos. Las repblicas incuban polticos exigentes y esos polticos, siempre, sin fin, producen las democracias y la muerte. Si al menos los hombres velasen diligentemente, a fin de que la masculinidad no desapareciese de la nacin! Pero esto no ocurre nunca. Prisco, t, como esposo y padre, y muy particularmente como padre, puedes cultivar la masculinidad de hombres libres y nobles en tus hijos. El hombre debe empezar siempre con su propia familia y luego extenderse hacia sus vecinos. Puede fracasar, pero por lo menos ha intentado hacerlo. No es por el fracaso que un hombre debe ser juzgado, sino por su falta de esfuerzo. A fin de cuentas el hombre es juzgado individualmente y nunca en masa.

Prisco se sinti anonadado.

—Yo no he hecho este mundo, Lucano. No puedo cambiarlo. ¿He de golpear mi cabeza contra una pared y aplastar mi crneo? Vivo mi vida en la forma ms til que me es posible, sirviendo a mi pas, cerrando mis ojos a sus fatales defectos que no puedo eliminar, disfrutando de la existencia, de mi familia, mi hogar, mis amigos. Perdname, pero pese a tu filsofa, t nunca has disfrutado de la vida. ¿Quin es entonces ms afortunado?

—¿Vale la pena vivir para todo eso, Prisco? —Pregunt Lucano tristemente, sabiendo bien que su hermano le haba comprendido—. ¿Simplemente para disfrutar de la vida? Sin duda que el hombre tiene un destino ms grande. Tu vida tiene mayor significado ms all de este mundo.

Prisco se levant, estir los brazos sobre su cabeza y bostez:

—Debes decirme, Lucano, en qu consiste ese significado. —y al decir esto no haba ningn tono de burla en su firme voz.

Lucano qued silencioso. De pronto pens en Keptah, en Jos ven Gamliel, en todos los filsofos y hombres religiosos que haba conocido. Luego aadi con tono vacilante:

—Es posible que el destino del hombre est ms all de la muerte, y lo que hace aqu abajo decida su destino.

—T no crees esto —dijo Prisco riendo, eres el ms escptico de los escpticos. Te he odo hablar muchas veces de esta cosa.

Lucano qued silencioso y se despreci a s mismo. Vio la tremenda responsabilidad de los adultos, tanto si eran padres como hermanos, que deben siempre ensear a los jvenes que son algo ms que animales, que su vida tiene un sutil y mayor significado que el que aparece en la superficie. Lucano se llev la mano a la cabeza que repentinamente haba empezado a dolerle. Prisco, mirndole, achic los ojos.

—No te acuses a ti mismo, Lucano. Siempre hablaste convencido, aunque fuese amargamente. ¿Podas haberme hecho diferente de lo que soy? No.

‡ S 峻, pens Lucano con un nudo en la garganta. Luego dijo:

— ¿Ests siempre satisfecho, Prisco? ¿No deseas nada ms que lo que tienes?

Fue posible que Prisco vacilase Lucano le mir con esperanza. Prisco se qued muy serio; se rascaba la barbilla con un gesto distraido y flexionaba sus musculosos brazos. Luego habl, como dirigiendose a s mismo.

—He odo rumores en mi ltima campaa, rumores tontos, acaso. Llegaron de Siria o quiz de Armenia, o Egipto, o Israel. No lo recuerdo. El rumor dice que Dios se est manifestando a s mismo en algn sitio y que cambiar este mundo muy pronto.

Mir a Lucano y ri maliciosamente.

—Naturalmente que son rumores tontos. Nuestra religin est llena de manifestaciones de la divinidad; los dioses se ocultan siempre, se meten con el hombre, o disputan ampliamente entre ellos. Sin embargo —e hizo una pausa—, este rumor parece diferente. Una gran revelacin est a punto de manifestarse, segn dice el rumor. El mundo ser regenerado.

Golpe con su mano el hombro de Lucano.

—Ten alegra, querido hermano. Quiz no todo est perdido.

Se march taconeando. Si Lucano hubiese escuchado, hubiese percibido que los pasos de Prisco no eran tan firmes como de costumbre, que se haban hecho un poco perezosos, como si el soldado fuese pensando. Pero Lucano no le oy. Un gran terror, un gran deseo, una gran inquietud se haba apoderado de l y record, aunque trataba de no recordar, sus terribles sueos, mientras estuvo enfermo de fiebre.

CAPITULO XXXIX CAPITULO XXXIX

No podemos desembarcar en Creta, mi seor Lucano —dijo el capitn del barco.

— ¿Por qu? —pregunt el griego preocupado—. Tengo cuatro pacientes all a quienes he prometido visitar esta vez, porque estn bajo mi cuidado.

—Seor, es el amanecer —dijo el capitn significativamente—, y si me acompaas al puente te mostrar la razn del por qu.

Lucano le acompa⁽⁶⁰⁾ al puente superior. El tranquilo mar azul, teido por la luz sonrosada del amanecer, les rodeaba por completo; no estaban muy lejos de Creta, verde e iluminada por los primeros rayos de sol, rodeada por un vaporoso halo de neblina. Un enorme buque de guerra permaneca cerca del puerto, sus altas velas blancas ondeando perezosamente bajo la brisa del amanecer, sus mstiles destacados contra el cielo. A su alrededor, como pequenos peces rodeando a una madre, exista una febril actividad de pequenos botes que parecían estar completamente llenos de gente, listos para subir a bordo del barco de guerra bajo un torrente de latigazos. Sus quejumbrosas voces, frgiles y lejanas, rodaban como un eco por encima del agua.

El capitn se inclin sobre la barandilla y se escarb los dientes con un gesto meditabundo. Era un moreno levantino muy pillo, de oscuro bigote.

—Ha habido una insurreccin —dijo mirando con inters —, la gente de esa ciudad, inspirada por jvenes, se atrevi a desafiar a Roma y pidieron la libertad. ¿No es ridculo que una isla tan pequea —y toda la isla est en ebullicin— desafie el poder y potencia de Roma? ¿Qu es lo que han ganado? Las calles estn cubiertas con cadveres de jvenes; hombres, mujeres y nios, en multitudes, han sido detenidos y esclavizados y ahora les llevan a Roma para venderlos. ¿Pobres locos, no tienen ni la ms mnima esperanza! Pero he odo que mientras luchaban, se dirigieron a los griegos, los sirios y los egipcios, para que se uniesen a ellos en la batalla por la libertad. Recibieron slo expresiones de simpata o silencio. Me han dicho que enviaron correos con antorchas, durante meses, por todo el mundo, pidiendo un alzamiento general contra la tirana romana. Pero los otros prefirieron manifestar su aprobacin moral en sus cortes de leyes y se marcharon tranquilamente a comer. Otros pases, segn he odo, se apresuraron a asegurar a los proconsules romanos y a los tribunos que no tenan intencin de unirse al desorden y que slo deseaban continuar subsistiendo amistosamente con Roma.

Se ech a rer roncamente.

Pequeos botes corran rpidamente hacia el barco de guerra, cargados de rebeldes, como si deseasen aplacarle. Lucano poda ver las columnas de humo que se alzaban en la ciudad y pequenos puntos escarlata. Pens en los cretenses que haban dado un furioso golpe contra el Imperio, rogando que las naciones sometidas se uniesen a ellos. Pero estaban solos, como todos los que luchan por la libertad estn

os hombres

solos, y los pueblos pusilnimes, sollozando sentimentalmente por ellos, prefieran continuar sometidos. Los hombres merecan la esclavitud, la sujecin, el sufrimiento, pens Lucano con amargura. Nunca son realmente oprimidos, lo que ocurre es que permiten la opresin. Pero acaso el instinto de amor a la libertad viva oculto en

todos los pases con cuidado pero palpitante, puesto que una isla tan pequea, un pueblo tan reducido, se atreva a alzar las manos valerosas contra la Roma imperial. Lucano movi la cabeza. Era demasiado tarde. No poda sufrir los gritos, gemidos y quejidos de los hombres esclavizados, las mujeres y los nios y volvi a descender abajo. Su puerta se abri sin que nadie llamase y el capitn entr, se sent cerca de l en una silla y se le qued mirando.

—La muerte —dijo el capitn— es siempre el precio que un hombre debe estar dispuesto a pagar en aras de su dignidad.

—Cuando el hombre pierde su dignidad, deja de ser hombre —dijo Lucano—; los cretenses han tenido su momento de gloria. Que Dios est con ellos.

—Es evidente que nadie ms estar —dijo el capitn suspirando—; pero posiblemente carecen incluso de la simpata de los dioses que encuentran a los hombres deplorables.

El barco vir en redondo y parti. En el puerto siguiente Lucano recib carta de su casa, pero ninguna, como haba esperado, de Sara bas Eleazar. Prisco se haba unido a Plotio en Jerusaln. Luego haba escrito:

‡ Encuentro a los judos muy interesantes. En la actualidad toda Judea se estremece con el nombre de un Maestro judo, un tal Jess de Nazareth, que prefiere hablar con la plebe a unirse con los hombres sabios de la ciudad. El rumor que corre entre ese bullicioso populacho es que es el Mesas, uno acerca del cual existen profecas de hace siglos en las que afirman que les librara de Roma. ¿No es esto ridculo? Los sacerdotes le desprecian como a un campesino descalzo. Va siempre acompaado de seguidores tan pobres como l mismo. Naturalmente, nadie importante le toma seriamente. Algunos de nuestros soldados declaran que hace milagros y que es un verdadero Dios; no hay que confiar mucho en la palabra de los ignorantes y nuestros soldados son supersticiosos. Me gusta Judea. El clima es saludable, la gente tiene modales rpidos. Ms an, se puede comer en las tabernas sin temor, incluso en las ms humildes, porque toda la comida es escrupulosamente cuidada y servida. La noche pasada los oficiales fuimos invitados a cenar con Herodes Antipas. Es un hombre muy cauto, que en la actualidad parece estar muy preocupado. He odo que es casi abstemio, lo cual, posiblemente, es falso, porque bebi ms que nosotros y luego rompi en sollozos y habl de un tal Juan a quien haba asesinado por causa de su atrevida rebelin que hizo estremecer al pueblo. Esto ocurri hace casi dos aos; sin embargo, Herodes an parece estar turbado por ello. Todo el pas est en ebullicin.‡

Lucano ley aquella carta una y otra vez y pens en el centurin Antonio. Movi la cabeza. Un Rabb judo, miserable, oscuro e iletrado. Se ech a rer ligeramente. ¿Era el Dios Desconocido como el centurin haba declarado? Dios sin duda se manifestara a s mismo en la persona de un gran Rey, un poderoso hombre sabio, un noble, un patricio. Pero aquello es taba, sin duda alguna, de acuerdo con la experiencia mstica de los judos, que vean a Dios en todos los sitios. Luego Lucano pens en Sara y lo que ella le haba escrito haca muchos aos acerca de un hombre que se le haba acercado a ella llamndola por su nombre y consolndola.

Consider aquello. Se dijo a s mismo que en todos los pases corran siempre rumores sobre hacedores de milagros, de rpidas apariciones de dioses vestidos de luz, de sucesos extraos. Un mundo reducido a la gris y montona paz bajo los romanos se volva hacia los mitos y supersticiones.

Sin embargo, una terrible intranquilidad se apoder de Lucano. Sintió que Judea le atraa como si le arrastrase una irresistible marea.

Empez a pensar en una visita a su hermano en Jerusaln e interiormente retrocedi ante la idea. No deseaba entrar en contacto con ninguno de los turbadores misticismos de los judos. Haba tenido bastante con Jos ben Gamliel.

En el puerto siguiente recib numerosas cartas, no slo de su hogar, sino de Sara y de algunos extraos de Jerusaln. Cuando ley la carta de Sara se qued tan quieto y fro como la piedra y una gran emocin se apoder de l, porque supo que Sara haba muerto. Ella le haba escrito:

‡ Cuando esta llegue a tus manos, mi muy amado, mi muy querido Lucano, yo ya me habr reunido con mis antepasados, porque estoy muriendo. No te apenes, no llores. Algrate conmigo porque he recibido la llamada de Dios, que nunca estuvo muy lejos de m un solo momento de mi vida. Ruega por m si quieres. Cuando dej Roma saba que la muerte estaba sobre m y me sent feliz. Volv a Jerusaln para morir en mi hogar, sin lamentos, sin deseos, sin ninguna aspiracin mundana, porque iba a reunirme con mis antepasados y aquellos que me amaron. La muerte no es una calamidad para el que muere; es slo una calamidad para aquellos que quedan atrs, porque la muerte es la liberacin, el gozo, la paz eterna y la tranquilidad. Los das del hombre son cortos y llenos de pesadumbre. ¿Qu hay en el mundo que pueda ofrecerse como un consuelo? No te apenes, estar contigo siempre y rogar por ti y adems nuestra separacin es breve. Dios sea contigo y pueda concederte su bendita paz. Mirar hacia ti desde el cielo, cuando tengas esta carta en tu mano, y rogar que no llores. Encontrars a mi hermano Arieih. Antes de que fuese confinada al lecho vi a Aquel a quien t ests buscando, me mezcl con las multitudes y toqu su vestido y /l se volvi hacia m, me mir compasivamente y me dijo que tuviese nimo y que mis oraciones haban sido respondidas. Trae a mi hermano a casa porque ahora no tengo ninguna duda de que le encontrars. Pero slo por un poco tiempo, querido Lucano. Beso tus labios y tus ojos.‡

Lucano no lloraba como Sara haba temido. No sinti nada en absoluto, sino una enorme vaciedad y silencio dentro de s, un abandono de toda suerte de sensaciones. Ley con calma las cartas de los extranjeros de Jerusaln, amigos de Sara, cartas asegurndole que haba muerto sin dolor, que su cuerpo haba sido depositado en el sepulcro de sus padres, que ella haba exhalado su ltimo suspiro con una pacfica sonrisa. Haba tambin cartas de los abogados nombrados guardianes de la riqueza de la familia de Sara, que guardaban para el hijo de Eleazar ben Salomn, que ahora tendra unos veinte aos de edad. Eran hombres escpticos, aquellos abogados. Sin embargo, Sara les haba convencido. Tenan confianza en que Lucano encontrara al hijo de Eleazar, hermano de Sara, y le volviera a su gente.

Lucano dej a un lado las cartas y bebi un poco de vino. Lo bebi con lentitud, preguntndose vagamente por qu no se alzaba en l una tempestad, por qu no senta el profundo dolor por la muerte de aquella que tanto haba amado. Luego, como mdico, se dio cuenta de que estaba bajo los efectos de una misericordiosa insensibilidad causada por la impresin. Bebi ms y ms hasta que las paredes del camarote empezaron a vacilar. Bebi de nuevo y cay sobre la cama y no se despert durante veinticuatro horas. Cuando volvi a ser dueo de s mismo, estaba violentamente enfermo y se sinti agradecido porque el dolor, la revulsin de su cuerpo, su turbada cabeza y su miserable estado fsico le impedan pensar.

Das despus, mientras el barco segua su ruta, sinti que se estaba moviendo a travs de un mundo vaco, Continu su trabajo en silencio. Ya no sonrea ni siquiera un poco. Tema dormir; vea en sus sueos los rostros de aquellos que ms haba amado y perdido. Oa sus amantes voces. Y l les deca: † No me consolis porque estis muertos y en el sepulcro no hay ninguna memoria.†

Pasaron meses grises e incoloros, sucedindose unos a otros como oscuros nubarrones, Escriba brevemente a su familia. Tema y temblaba cuando reciba sus cartas. Tema recibir nuevos golpes, nuevas noticias dolorosas. Pero Aurelia tena un hermoso hijo y esperaba otro. Cusa tena dos nietos. Cayo haca planes para casarse con una virtuosa doncella, de una antigua y slida familia, pero muy pobre. † Estoy muy contenta con ella —Iris haba escrito—. Es muy inteligente. Era inevitable que Cayo, si tena que casarse, se casase con una doncella as. Hace ya casi un ao desde que nos visitaste, hijo mo. Comprendo que en tu tristeza por Sara no desees contemplar nuestra felicidad, or las voces de tus sobrinos o sobrinas e incluso de tu madre. Pero me estoy haciendo muy vieja, Vuelve a casa, aunque slo sea por pocos das, a fin de que te vea otra vez.†

Pero Lucano no poda volver a casa. Se estremeci ante el pensamiento de los vivos y de sus rostros. Tema su amor, su consuelo y su ternura. Poda recordar a Rubria sin dolor, pero no poda recordar a Sara sin agona, una agona que nunca le abandonaba. En cada puerto, cuando el barco atracaba, miraba a las multitudes buscando su rostro. Cuando reciba cartas esperaba encontrar alguna de ella. Andaba desolado; cuidaba a los enfermos, se sentaba en los jardines de sus pequeas casas, lea, coma, dorma. Viva como un espectro. En cierta ocasin, con mucha calma, abri su bolso mdico y busc una medicina que haba preparado que, dada con cierta precaucin en una copa de vino, aliviaba el dolor, pero tomada en cantidad mataba rpidamente. Sostuvo el tubo en su mano hasta que se calent entre sus dedos. Luego lo apart. Pero siempre pensaba en l, sumido en su horrible soledad, con fra desesperacin.

Encontr, en un puerto, que no haba coincidido all con su hermano Prisco tan slo por una hora de diferencia. Prisco le haba dejado una carta antes de partir de permiso hacia Roma por unas semanas. Prisco le haba escrito la alegra que senta ante la idea de ver a su familia y reprochaba a su hermano su abandono. Le daba recuerdos de Plotio y despus sigui escribiendo acerca de Jess de Nazareth, un mendicante maestro judo cuya influencia creca cada vez ms en Judea. Escriba con aparente despreocupacin, pero era evidente que estaba profundamente serio. † He hablado con muchos de los que dicen que les ha curado instantneamente, con el simple toque de su mano. En realidad, hubo un mendigo aqu, a quien yo conoca de vista, sentado contra l a pared del templo, que era ciego de nacimiento. En cierta ocasin yo le di limosna,

porque tena un rostro noble y un saber considerable. Despus, en otra ocasin, le encontr rodeado de mucha gente excitada y sus ojos estaban abiertos y vean. No poda creerlo, mi querido Lucano, aquel hombre no era un fraude. Sin embargo, me mir con ojos vivos y abiertos y cuando le habl corri hacia m y cogiendo mis manos me dijo: † El hijo de Dios abri mis ojos cuando se lo rogu.† Ciertamente, hermano mo, he visto esto por m mismo y no hay ninguna duda acerca de ello.†

† Me han dicho que ese Maestro ha resucitado muertos, que ha alejado la locura de las mentes de los hombres, que todos quienes estn al alcance de su voz se llenan de un xtasis de gozo. Va de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, curando, segn se dice, y cuando el pueblo habla de l, todos se sienten poseidos por un divino xtasis. † Es Apolo bajo la forma de un pobre campesino judo o Mercurio, o Eros? † Est prxima a ocurrir una gran revelacin? Los hombres sabios, de la casta que aqu llaman fariseos, o se ren abiertamente o estn furiosos. Les ofende que un hombre que no posee nada, que no es un erudito, que carece de familia, sin poder personal, sin recomendaciones de hombres distinguidos, pueda atraer tras s a multitudes en el momento de su aparicin. Tienen miedo de que incite a los judos a un alzamiento contra los romanos y este temor est justificado porque su influencia sobre el pueblo es extraordinaria. En tal caso, si hubiese un alzamiento, habr derramamiento de sangre y aborrezco este pensamiento, porque he llegado a admirar a los judos y visito las casas de aquellos que no creen que la presencia de un gentil, y peor an, de un oficial romano, cause ninguna suerte de contaminacin. Israel es un pas muy pequeo y apenas tiene importancia. Es solamente cuando estoy all que siento que algo portentoso est a punto de ocurrir. † No es esto extrao? Regresar dentro de tres meses.†

Prisco escriba acerca de Poncio Pilatos, el Procurador: † E s un hombre pacfico, pero vacilante y prefiere su biblioteca y la compaía de su esposa a los banquetes o la poltica. Me gusta hablar de l. Los judos le aburren; asegura que viven con un pie en este mundo y otro en el ms all y que su piedad es incomprensible. Desprecia a Herodes, al que cree un idiota afeminado, lleno a la vez de supersticiones griegas y profecas judas. Me dijiste en cierta ocasin que Roma haba sido influenciada profundamente por oriente, y que la influencia era excesiva puesto que la mente occidental nunca podr comprender a la oriental. Esto es cierto respecto a Herodes. La unin de oriente con occidente en l, ha desordenado su espritu y le ha creado una gran confusin.†

† El Procurador no ha permanecido indiferente ante las historias del Maestro judo, pero no se siente turbado por las amenazas de que Jess incitar a los judos contra Roma. Dice que uno de sus soldados le cont que cuando los fariseos, que son mercaderes de rgidos cuellos, abogados y mdicos y son muy orgullosos, retaron a Jess a que traicionase su propia misin y le preguntaron si era justo para los judos honrar al Csar, Jess respondi al efecto que se debe honrar la ley mundana, que es del Csar, y la del mundo sobrenatural, que es de Dios. † No es esto un sofismo? Muy inteligente, debes admitirlo. A Poncio le ha divertido mucho esta historia. Dijo que este hombre tendra que ser abogado y que si lo fuese hara su fortuna.†

Despus de este prrafo Prisco aadi algunas palabras extraas:

† Recuerdo nuestra ltima conversacin en casa y, cuando lo hago, pienso en ese miserable y descalzo maestro judo. Los pensamientos producen simultneamente. Esto es muy chocante.†

Lucano se sent con la carta de Prisco en la mano durante largo tiempo. De cuando en cuando se estremeca. Su fra mente griega se lo reprochaba, pero no poda evitar leer la carta una y otra vez. Una o dos veces el sudor perl su frente y sinti una apasionada ansiedad. Despus destruy la carta como se destruye algo que produce intranquilidad.

— †Supersticin! —Exclam en voz alta—. †Cuentos idiotas!

Cuando volvi de nuevo a Atenas, Iris le inform en una carta que Prisco haba vuelto a Jerusaln. La esposa de Cayo estaba a punto de dar a luz un nio. Cusa estaba cada da ms decado y quejos o. Lucano dej aparte la carta sin inters. Haba otra para l, de extraa escritura, procedente de un pas del cual nunca haba odo hablar, en †frica.

† Mi querido y bien amado amigo:

† Esta carta es de Ramus, que piensa en ti constantemente y ruega por ti sin cesar.†

Lucano no poda creerlo. Mir a la carta incrduamente. Luego sinti la primera alegra que haba tenido en mucho tiempo. †Ramus estaba vivo! No haba muerto, no se haba perdido, no haba sido vendido como esclavo.

— †Oh, Dios! —exclam en voz alta con alegra. Apret la carta contra su corazn y las lgrimas llenaron sus ojos. La carta continuaba:

† Acabo de volver a mi pueblo, con paz y felicidad. Despus que te abandon —y an ruego que me perdones — me dirig durante muchos y pesados meses a la tierra de Israel. De mis privaciones no te hablar, porque ahora no significan nada. Esper encontrar hostilidad a causa de lo que soy, pero en todos los sitios, aunque no poda hablar, encontr la amabilidad propia hacia aquellos que son peregrinos a un lugar sagrado. Fui alimentado y recib alojamiento sin que nadie me preguntase nada y por lo tanto supe que Dios me protega. Ningn hogar humilde me cerr sus puertas, en todos los oasis recib vino, agua y comida de solitarias caravanas. Mi color no fue despreciado. Pero esto es la menor de las maravillas y no hablar de ella.

† Llegu a Israel e inmediatamente me puse a buscar a aqul a quien haba estado buscando. Le encontr en la ciudad de Naim. No me atrev a acercarme a l, porque la multitud era muy grande y yo un hombre de rostro oscuro, sin hogar, con los pies llagados y sin dinero. † Puedo hablar de l? † Qu palabras son las que el hombre puede usar para contar que ha estado en la presencia de Dios? † Cmo me pareci l? † Como el sol? Estas palabras no le describiran. Le segu, tras la multitud, esperando acercarme ms a l. Pude or su voz, como un trueno contenido lleno de amabilidad. Aunque estaba distante comprend que iba con frecuencia a aquella poblacin, donde la gente es pobre y est oprimida por los romanos y despreciada por los sabios. Son miserables granjeros y mercaderes muy humildes.†

† Se acerc a las puertas de Naim al tiempo que un cadver de un hombre era llevado a enterrar; era el nico hijo de una viuda y una gran reunin de amigos estaba con ella. El Seor, al verla, tuvo compasin de ella, porque lloraba desconsoladamente y tras una larga y amante mirada fue hasta el frego y mir a los portadores que se quedaron muy quietos. Alz la mano y dijo al hijo muerto:

† Joven, a ti te digo, levntate.†

† Lucano puedes creerlo, porque lo he visto y † te he mentado alguna vez? Te aseguro que el muerto se sent y empez a hablar con una voz vaga y confusa, como quien se despierta repentinamente de un sueo profundo y dulce. Pero el Seor tom su mano con amabilidad y le levant de la camilla y lo devolvi a su madre y ella cay sobre su hijo y le abraz, despus se arroj a los pies de aqul que le haba devuelto su hijo. La gente se retir aterrORIZADA y luego algunos de ellos glorificaron a Dios con grandes gritos exclamando: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros y Dios ha visitado a su pueblo.†

† Lucano lo vi, con estos ojos mos que t restauraste, yo lo vi.†

† Me arrastr tras l, pensando para mis adentros: si no me devuelve la voz, no lo lamentar porque le he visto y, † qu ms necesita un hombre? Pero deseaba estar ms cerca de l; quera que sus ojos brillasen sobre m, aunque no fuese ms que un hombre de rostro oscuro. Sin duda, pens: l no me despreciar, l

que ha sido mi hacedor. Seguramente que /l quitar la maldicin de Cam que pesa sobre mi pueblo. Estaba hablando con sus seguidores, jvenes como /l mismo, cuando de pronto se detuvo y mir hacia atrs y sus ojos se iluminaron al verme. Sonri y pareci quedars e, esperando y repentinamente sent un estremecimiento en mi garganta, un temblor en mi lengua y de pronto mi voz sali de mis labios y exclam: ¶Dichoso yo, que he visto al Seor nuestro Dios! ¶

¶ Deb caer en el polvo, desmayado, porque cuando me despert estaba solo sobre el clido y polvoriento sol poniente y al levantarme supe lo que deba hacer: Volver a mi pueblo y llevarles el mensaje de vida y gozo, porque haba visto a Dios y le haba conocido y la maldicin haba sido quitada de nosotros. ¶

¶ Que la paz sea contigo. Que su paz descienda sobre ti y pueda /l atraerte hacia S. Porque /l es aqul que t has estado buscando. Adis. Nos encontraremos de nuevo cuando los hombres no se odien ms unos a otros ni se desprecien entre s, sino que se comprendan de corazn. ¶

Lucano dej la carta y sinti que el dolor de corazn, la depresin y el malestar volvan a aduearse de l. Como mdico crea saber lo que le haba ocurrido a Ramus: Haba visto lo que deseaba ver; la histeria que le impeda hablar, desapareci repentinamente, y le haba permitido hablar de nuevo. Era muy sencillo.

¶ Pero qu haba acerca de aquel joven levantado de entre los muertos? Aquello no era tan sencillo. Poda haber sufrido una catalepsia; poda haber quedado en un estado de vi da latente. Fue una fortuna para l que no le enterrasen en la tumba para despertarse y encontrar su boca llena de tierra. Aquel Maestro judo deba ser una especie de mdico que supo que el hombre no estaba realmente muerto.

Tengo muchas explicaciones, empez a pensar Lucano. De pronto se detuvo como iluminado. ¶ Debo siempre racionalizar las cosas? pens. ¶ Debo siempre correr frenticamente en busca de una explicacin a todas las cosas a la luz de la razn? ¶ Qu es lo que me ha dado la razn, sino tristeza? Sin embargo, me disgustan las cosas sin lgica, las considero infantiles, incluso profanas.

Sin saber por qu, empez a llorar.

CAP ^ TULO XL CAP ^ TULO XL

LUCANO volvi a Atenas. Era un da clido, al principio de la primavera, e incluso aquel seco y transparente aire tena una cierta viveza y alegra. Las mujeres que vendan flores estaban sentadas junto a sus ramilletes y ante ellas tenan pequeas montaaas de laurel, violetas, rosas pequeas, anmonas y capullos. All nunca haba mucho fro. Sin embargo cuando llegaba la primavera, con el brotar de las flores y el aire azul brillante, la gente se pona vehemente y hablaban llenos de gozo y placer. Las pequeas tiendas vibraban con las transacciones; el olor de salchichas cocidas y ajos volva a ser percibido por todos los sitios. Los nios corrían, gritaban y peleaban en las calles. Los ancianos sonreían unos a otros, acariciaban sus barbas y hablaban entre s con aires de sabios. Las montaaas estaban cubiertas de claro color verde refrescante. Sobre la Acrpolis, el Partenn pareca una corona de luz congelada. La poderosa estatua de Atenea se destacaba contra el cielo. Por todas partes reinaba un apresurado sentido de anticipacin. Jvenes muchachos y muchachas paseaban cogidos de las manos sonriendo. Los nios reían en los brazos de sus madres. Los soldados romanos se recostaban contra las paredes de los edificios, bostezaban, guiaban los ojos, se rascaban las barbillas y miraban ansiosamente a las mujeres. Los caballos que tiraban de los carros se encabritaban. Ladraban los perros. Los abogados y los negociantes haban detenido sus actividades. Paseaban tranquilamente y olvidaban discutir sus problemas.

Lucano saba que aquello era el principio de la pascua juda. Haba una sinagoga all cerca, pero evit acercarse. Tena el sentimiento de que estaba huyendo, con la cabeza inclinada, como si escapase de algo. Pero aquello era ridculo. Haba desembarcado a media noche y se haba dirigido a su solitaria y pequea casa. Tena que visitar a antiguos pacientes y lo hara aquella maana. No le gustaba pasear casualmente, por el mero placer del paseo, y no saba porqu se haba sentido impulsado a pasear por la ciudad aquel da. Pero senta sed de ver a sus prjimos, y no pareca saciarse de mirar. No soy joven, pens. No me he mezclado con los dems ni gozado de su compaKa. ¶ Qu me aflige? Sonri a una vieja florista y le compr un pequeño ramo de diminutos lirios blancos. Sigui caminando, hundi la nariz en las flores y su fragancia casi le abrum. Decidi volver a su casa y escribir las cartas que haca mucho tiempo deba haber escrito a su familia. El jardn estaba tranquilo y lleno de luz. A primera hora haba soplado un poco de viento, pero entonces haba parado. Todo posea una patina de luz como no haba visto antes. Todas las hojas recientes parecían plateadas por aquella luz. Las flores estaban inmersas en ella. La fuente lanzaba chispas de la misma luz. Hasta la propia tierra estaba iluminada. Las paredes de la pequeña casa brillaban como si estuviesen pulidas. Lucano mir al cielo. Nunca haba estado tan claro ni ms brillante; ni una sola nube empaaba su esplendor.

Comi su frugal comida. Bebi vino. Escuch el silencio de la casa. El ambiente produca la impresin de un profundo aliento contenido. Nada se mova. Todo reflejaba una inmensa luminosidad, incluso su sencilla copa de plata, su tenedor y cuchara, los dorsos de sus manos, el gastado suelo blanco de madera. Le empezaron a doler los ojos a causa de tanta luz. Sintió un abrumador cansancio y pens: ¶ Voy a acostarme y descansar. ¶

Se acost y cerr los ojos. Esper dormir durante el caluroso atardecer. Pero aquella luz extraordinaria e insistente penetraba a travs de sus prpados. Se dio cuenta de que sudaba. Todo su cuerpo estaba rgido y angustiado. No poda descender. Se levant y se sintió muy dbil. ¶ Era de nuevo la fiebre?, se pregunt con

alarma, pensando en los pacientes a quienes deba visitar al día siguiente y en las colas que se formarían ante su puerta. No podía decepcionarles; le esperaban. Deambuló por la casa en medio de aquel impresionante diluvio de luz hasta que encontró su bolsa de médico. Su mano llegó al fondo, se cerró sobre algo frío y metálico y extrajo la cruz que Keptah había dado a Rubria y que ella a su vez le había dado a él. La sostuvo en la mano, contemplándola, y la cruz desprendió un brillo cegador, como si hubiese quedado encendida por el sol y notó que quemaba su carne.

Parpadeando dejó la cruz y se quedó mirándola. Todos sus sueños, todo lo que había oído, volvieron a él como un clamoroso trueno. Pero ¿qué tenía que ver aquella cruz con un miserable maestro judío en un distante Israel, que, según se decía, resucitaba muertos, realizaba milagros y arrastraba las multitudes tras sí? ¿Qué tenía que ver aquella cruz con los caldeos, los babilonios, los egipcios, y con uno tan alejado, humilde y desconocido en el mundo de los hombres? No podía encontrar descanso en la casa. No encontraba descanso en ningún sitio, quien viva atormentado y desolado. Lucano salió al jardín jadeando y deseoso de encontrar una sombra, pero no encontró protección contra el sol, todo estaba sumido en una luz sin sombras, como inmovilizado en un llameante cristal. Repentinamente, la oscuridad cayó sobre la faz de la tierra, tragando toda luz, extinguiéndola, eliminándola, arrastrándola ante ella como poderosa marea. Ah, pensó Lucano, habrá tormenta, una tormenta refrescante. Miró hacia el cielo que había quedado oscuro y tenebroso. ¿Dónde estaba el sol? Todo había quedado en silencio. Los grillos no cantaban, los pájaros estaban silenciosos, aunque habían cantado toda la mañana. Lucano miró hacia la ciudad. El Partenón era una línea débil de plata. La ciudad estaba sumida en la oscuridad. Oyó un distante y apagado sonido como el que produce el mar, pero era la voz de la ciudad, llena de pánico y de incertidumbre. Corrió a su puerta; la carretera que pasaba ante ella estaba vacía. Miró más allá de la carretera y vio borrosamente que el ganado estaba tumbado sobre la hierba como si durmiese.²

El aire estaba claro, limpio y fresco como el agua. Por lo tanto, pensó Lucano, esto no es una tormenta de polvo. Se sentó en un banco y sintió que una frialdad mortal recorría su cuerpo. Se sentó recordando los viejos mitos sobre la ira de los dioses. Llegaría un día cuando los dioses cansados del hombre, retirarían el sol y hundirían la tierra en una inacabable oscuridad y muerte. Moviéndose inquieto. Se levantó y anduvo por el jardín. El olor de las rosas y los lirios llenaba el aire como si hubiesen sido aplastados bajo un gigantesco pie. En la ciudad empezaron a brillar luces de antorchas y linternas encendidas a toda prisa. Lucano sabía que probablemente un inmenso río humano estaría entonces iniciando el ascenso hacia el Partenón, para rogar a los dioses que quitaran aquella terrible e inexplicable oscuridad del mundo. En cuanto a él, no se sentía consumido por la ansiedad sobre su suerte, sino por una apasionante interrogación ante el misterio.

Habría sido enseñado por los más grandes científicos de su mundo y empezó a hacer conjeturas. Se creía que el sol estallara alguna vez y que el planeta tierra girara sin rumbo a través del espacio acumulando hielo y frío mortal hasta que la vida muriera en él. Pero esto, decían los sabios astrónomos, tardaría siglos. El sol moriría lentamente, se enrojecería, luego palidecería y se arrugaría como un limón. Ocurriría a lo largo de siglos sin fin, nunca instantáneamente. Pero aquella oscuridad había descendido en un abrir y cerrar de ojos, en el tiempo que hace falta para dar un suspiro. Lucano buscó de nuevo el sol, aquel sol que había desaparecido. ¿Será posible que hubiese huido de sus hijos, los planetas, para unirse a sus radiantes hermanos?

Un sentimiento de enorme excitación y terror desconocido se apoderó de él. ¿Dónde, entre aquellas ardientes constelaciones, estaba el sol en aquel momento? ¿Qué caos estaba causando entre la ordenada hermandad aquel intruso procedente de un rincón del universo? ¿Qué planetas estaba devorando en su flamígero paso?

Sintió que no estaba solo. Miró a su alrededor alumbrado por la luz de la luna y las estrellas. ¿Eran plidas sombras las que se movían a su alrededor en el jardín o sólo una ilusión de sus cansados ojos? Las sombras se detuvieron cerca de él y creyó ver los rostros de Rubria, Keptah y Sara sonriéndole en la oscuridad. Se deslizaban como la nieve, y allí, sin duda alguna, estaba Diodoro, joven, fuerte y valeroso. Allí estaba Jos ben Gamliel — ¡oh... era aquello la locura! —, con una mirada tierna. Allí, entre muchas sombras de mujeres que él había socorrido, estaba Aurelia, animada y sonriente. Multitudes pasaban ante él, se detenían y le saludaban en silencio y con afecto. Moviéndose la cabeza violentamente, jadeó y cerró los ojos.

Entonces la tierra se alzó como una ola, tembló, se estremeció y se abrió bajo sus pies. Un profundo gemido salió de sus entrañas. Un viento huracanado empezó a soplar, luego disminuyó con la misma rapidez y volvió a alzarse de nuevo aullando, en tal forma que Lucano, casi ahogado, apenas podía respirar. Ya no era el médico,

² Un enorme terremoto sacudió Nicea en aquella misma hora. En el año segundo de la Olimpiada CCII, Flegón escribió

que "una gran oscuridad" se extendió sobre Europa y fue inexplicable para los astrónomos. Los archivos de Roma, según

Fertuliano, registraban una oscuridad universal que aterrorizó al Senado y sumió a la ciudad en un estado de revuelta y ansiedad, porque no se había producido ninguna tormenta que justificase aquello. Los relatos de astrónomos griegos y

egipcios revelan que la oscuridad fue tan intensa que por algún tiempo incluso ellos, científicos escépticos, se sintieron

alarmados. El pueblo común se lanzó aterrorizado a las calles de las ciudades; los pájaros quedaron silenciosos y el ganado se cobijó en los establos. No fue un eclipse porque no se preveía que se produjese uno en aquella época. Fue como si el sol se hubiese retirado y perdido. Existen referencias al mismo fenómeno en los relatos de los Incas y los Mayas.

filosofo o científico. Era un hombre y se sintió dominado por el miedo. Se levantó agitado y castañeteando los dientes.

Anduvo por el jardín, que tenía un aspecto fantasmal. Su carne se estremecía como si tuviese fiebre. Fue hasta la fuente y oyó sus saltarinas aguas. Entró en la casa, se obligó a sí mismo a encender una lámpara. Estuvo de pie mirando sin ver. Levantó un libro y lo dejó. Tenía la cabeza completamente embotada.

Por un momento trató de hablarse a sí mismo razonablemente. Recordó la astronomía que había estudiado. El sol no podía separarse de los \ddagger vagabundos \ddagger , sus hijos, los planetas. Donde iba, los planetas le seguían. Sin duda, se dijo a sí mismo en voz alta, en medio del silencio impresionante que reinaba a su alrededor y movió la cabeza como si estuviese satisfecho. Pero sabía que era la reflexión de un idiota. Las razones del hombre, las más profundas reflexiones, no podían alterar aquel hecho. Por una vez, no podía invocar un nombre, una teoría ante lo que era impenetrable; no encajaba con lo que sabía y con cuanto conocía. Sin embargo, la mente de Lucano volvió proyectándose como un pájaro perdido intentando fervientemente explicar lo que no podía ser explicado. De nuevo la tierra tembló bajo sus pies y un largo quejido recorrió el frío aire.

¿Acaso se habrá ido el mundo tras otro planeta? Miles de soluciones giraban en su mente, pero rechazaba una tras otra por absurdas. De pronto, por primera vez pensó con terror en su familia en Roma. Se acordó de Prisco en Jerusalén. Si el mundo iba a ser destruido misteriosamente e inexorablemente, todos los hombres debían morir juntos. El pánico, el desinterés, el temor, el terror, la ansiedad y el amor, no podrían conseguir nada, no podrían apartar la fría mano del destino. Encendió una lámpara y luego otra hasta que toda la casa estuvo llena de luz. Se sentó y miró ante sí. Volvió en sí sobresaltado, consciente, abrumado por las terribles cosas que habían acaecido al mundo; las lámparas parpadeaban con luz débil. Se levantó y las volvió a llenar. Entonces se dio cuenta de que una luz griscea penetraba por las ventanas y puertas, igual que si estuviese amaneciendo. Volvió a salir al jardín. La luz adquirió mayor intensidad aunque muy lentamente. La tierra ya no temblaba, se estremecía o gema: estaba firme. Lucano miró al cielo: se iba cubriendo de un tono rosado como si una puesta de sol se extendiese de horizonte a horizonte; la tierra perdía su aspecto espectral; la luz y el color volaban momento tras momento. Los pájaros chirriaban y parloteaban excitados en los árboles. El sonido de la fuente se oía con más fuerza, como si ella también se sintiese aliviada. La voz de la ciudad llegó hasta Lucano; un clamor de alegría, con un temblor histérico. De pronto el sonrosado velo se partió como una cortina y el sol apareció en el cielo como un guerrero armado con escudo de oro.

Lucano respiró profundamente. Nunca le había parecido el mundo tan encantador, ni siquiera en sus días infantiles, tan bello, tan querido después de haber escapado de la muerte y no le quedaba duda que de la muerte había escapado como pájaro que se libera de la mano opresora y amenazadora. Los fundamentos de la tierra habían sido conmovidos, el sol se había perdido. Pero el terror y el furor habían desaparecido y la dulzura se elevó de cielos y tierra, como si el mundo exhalase un suspiro largo tiempo retenido por temor. Lucano se pasó las manos por el rostro y suspiró profundamente.

\ddagger Sin duda —pensó—, hay razones científicas que expliquen esto. Porque aunque yo no sepa la causa de este fenómeno, no significa que esté más allá de una posible explicación. Era el atardecer. Estaba hambriento. Se sentó y comió una humilde comida y nunca el vino le había parecido tan delicioso ni el pan ni el queso habían tenido un gusto más exquisito que aquel día. Escribió algunas cartas, una de ellas para un astrónomo de Alejandra, comentando la oscuridad, preguntándole si había sido observada allí, cuál era la causa y si sería posible que el fenómeno ocurriese otra vez.

Cuando se acostó aquella noche se sintió aliviado por un sentimiento de alivio y con él, había llegado un perdón, una vida, una paz y una tranquilidad como las que existieron el primer día de la vida del mundo y del hombre recién nacido.

CAPITULO XLI CAPITULO XLI

DOCENAS de pacientes acudieron a Lucano al día siguiente. Eran nuevos para él. Habían sufrido una fuerte impresión, estaban muy pálidos y algunos de ellos casi sin habla. Les aseguró, sonriendo, que nada incapaz de ser explicado por hombres sabios había ocurrido el día anterior; posiblemente un eclipse. Sólo los niños se sentían aterrorizados por ello. ¿Acaso los astrónomos egipcios no habían previsto, hacía mucho tiempo, eclipses que tendrían lugar no sólo en el futuro inmediato, sino en edades aún no concebidas? Se debía confiar en los sabios, los hombres que comprendían, que podían hacer mapas de los cielos, de las fases de la luna y del movimiento de las estrellas con toda exactitud. Lucano, mientras sus pacientes se apiaban a su alrededor, demostró lo que era un eclipse con una manzana y una nuez. Se sintieron muy interesados y siguieron su demostración con boca y ojos abiertos y, como él había hecho el día anterior, afirmaron con gestos y palabras que habían sabido todo aquello durante todo el tiempo. Son más sabios que yo, pensó Lucano con cierta ironía.

—Todo está muy bien —dijo un anciano moviendo la cabeza y mirando sardnicamente al médico—, pero no has explicado nada. Lo que pasó ayer está más allá de la explicación del hombre.

Los demás pacientes se rieron de él alegremente y le llamaron \ddagger barba gris \ddagger , pero Lucano no se rió. Los firmes y penetrantes ojos del anciano le atraían. Luego dijo:

—Ven, veamos tus ingles reumticas de nuevo, amigo mo. Tengo un nuevo ungento que creo que te ayudar.

—Ayer —dijo el anciano— cre que era el fin del mundo, porque, ¿acaso no somos todos nosotros pecadores que insultamos al cielo?

Los dems pacientes volvieron a rerse de l con mayores carcajadas, pero le miraron con cierta malevolencia. †A los hombres —pens Lucano— no les gusta que les llamen malos o les digan que afrentan a los dioses y quien les dice la verdad debe andarse con cuidado.†

En Atenas slo haba una familia rica, adems de la de Turbo, con la que Lucano se trataba. El padre se llamaba Clen y alardeaba de descender de una familia de tratantes de cueros famosa ya en tiempos de Pericles. /l, su esposa y una hija vivan en una esplndida villa cerca de la Acrpolis, cuyos jardines estaban rodeados por altas puertas y vigilados por esclavos armados con espadas y cimitarras de forma oriental. A Lucano no le gustaba ningn miembro de la familia, pero Clen tena una enfermedad oscura que interesaba al mdico. Peridicamente le salan enormes bultos lvidos, se volva ligeramente plido y despus de unos das se transformaban en repugnantes

granos. Lucano no haba visto nunca nada como aquello. Estaba escribiendo un tratado sobre la enfermedad. Haba descartado las causas corrientes de la aparicin de granos. La dieta del enfermo queda reducida rgidamente. A causa de su mal genio, en lo que su esposa no era menos que l, y su reputacin de usurero, era odiado por todos quienes le conocan, incluso Lucano. El mdico estaba empezando a formular una teora en la que afirmaba que era el propio temperamento del hombre la causa de las erupciones. Tena la carne enjuta como vieja piedra y uno de sus ojos daado completamente. No era nada nuevo que humores viciosos de la mente produjesen enfermedades somticas, pero aquel caso era una extraordinaria demostracin que intrigaba a Lucano.

Fue aquella tarde a la lujosa mansin de Clen. Invariablemente cobraba al viejo una gran suma, pero siempre le proporcionaba un alivio temporal. Fue admitido al instante a las habitaciones en las que Clen pasaba sus at ormentados das. Los granos haban aparecido hace una semana y ya estaban supurando. Lucano los vend mientras Clen se quejaba, estremeca y maldeca. Era un hombre pequeo, de cuerpo vivo, una cicatriz donde haba sufrido la herida del ojo, un rostro pequeo, rgido y cerrado como una nuez.

—Despus de estar t aqu la ltima vez, mi buen Lucano —dijo casi a gritos—, me sent aliviado durante muchas semanas y pens que estaba curado. Si no hubieses llegado hoy estoy seguro que hubiese muerto en pocos das.

Mostr a Lucano un nuevo grano en uno de sus muslos, tan grande como el puo de un hombre y lleno de materia. Lucano lo cubri con ungento despus de lavarlo con agua muy fra.

—No vienes con bastante frecuencia —dijo el anciano con tono de enfado—, he aadido un nuevo mdico a mi casa, pero no es mejor que los otros. He tenido que azotarle en numerosas ocasiones, porque cuando se enfada tiene una boca violenta y blasfema, aunque durante el resto del tiempo es un sinvergenza silencioso de temperamento fro y separado.

—¿Y qu te ha dicho? —pregunt Lucano con reserva. En muy pocos das el grano degenerara en una formidable erupcin y tendra que ser sajado.

El viejo se movi en la cama y cerr los puos.

—Cuando estos bultos aparecieron la ltima vez le llam y me examin y luego dijo, „se atrevi a decir el muy perro!, que no era la carne la que estaba enferma, sino el espritu. Le hubiese enviado a la prisin o le hubiese azotado hasta la muerte o vendido a las galeras. Pero he pagado por l mucho dinero.

Lucano alz la cabeza con mucha atencin.

¿Un mdico? ¿Un nuevo mdico? Aquel hombre tena mucha astucia.

—Le compr en el mercado y puedo asegurarte que pagu una gran cantidad. Dicen que ha sido educado en Tarso, pero apostara que recibí el poco saber que tiene de una comadrona y de un carnicero. ¿Sabes lo que ocurri ayer? Cuando el sol desapareci —ten en cuenta que no soy hombre ignorante—, me di cuenta de que era un eclipse. O a mi esposa y a mi hija quejndose; los esclavos huyeron a los stanos. Entonces ese bandido, ese nuevo mdico mo, entr en mi habitacin y me mir con ojos de fuego. No dijo nada.

Simplemente estuvo de pie por largo tiempo mientras me miraba hasta que pens que me volviera loco. Ah, cuando est otra vez bien, le voy a destinar a otra labor. Preferiblemente, desde luego, en las minas.

Se inclin hacia atrs en los cojines y dirigi a Lucano su mejor imitacin de una sonrisa agradable.

—El dolor disminuye, mi Lucano. Te estoy muy agradecido.

Lucano dio a los esclavos auxiliares un jarro con el ungento e instrucciones para usarlo cada dos horas, da y noche. Luego sali al recibidor y llam al capataz.

—Me gustara hablar con el nuevo esclavo —dijo en voz baja—, creo que puedo dar al mdico algunas instrucciones respecto al tratamiento de tu amo cuando no estoy aqu. ¿Cmo se llama?

—Se llama Samos, porque dice que naci all, seor —respondí el capataz respetuosamente—, es un perro amargado. Sin duda que en alguna poca fue ladrn, porque est marcado muy desagradablemente.

Llam para que sirviesen vino a Lucano y ste se sent en una cmoda silla en el recibidor lleno de luz del sol y luego envi a buscar a Samos. El esclavo volvi con un Joven moreno, alto, de rostro ancho pero distinguido, cabello un poco largo y negro, profundos ajos azules, amplios y fuertes hombros y aire de rey. Anduvo silencioso hacia Lucano con movimientos elegantes. Luego, mientras permaneci en pie ante Lucano,

alz su mano y apart el cabello de su frente y, despectivamente, mostr su marca. Era una cicatriz rojiza, mal cerrada y repelente. Volvi a cubrirla con el cabello y dijo sobriamente:

— ¿ Qu quieres de m?

Lucano sinti piedad. Pidi al capataz que les dejase y luego hizo una sea a Samos para que se sentase junto a l. Pero Samos dijo con amargura.

—No. Soy slo un esclavo y he sido siempre un esclavo. No seas magnnimo conmigo. No quiero la amistad de ningn hombre ni la compasin de nadie. Soy enemigo de todos los hombres.

—Es as —dijo Lucano sonriendo un poco mientras su compasin aumentaba—, entonces permanece ante m como un esclavo si es eso lo que tu crees que eres. Como colega mdico deseaba hacerte algunas preguntas. —Hizo una pequea pausa y luego aadi con voz ms baja—: Creo que ests en lo cierto en tu diagnosis respecto a los granos y erupciones de Clen.

El rostro de Samos cambi; su amplia y sensible boca se movi y sus grandes ojos azules parpadearon como si intentase retener las lgrimas. No era viejo. Lucano pens que tendra unos veintids aos. El joven vacil, luego, con un juramento, arrastr una silla hacia adelante, se sent junto a Lucano y le mir.

—Estoy en lo cierto —dijo, y su voz tena un tono desafiante—, pero, ¿ qu se puede hacer con un individuo como Clen, excepto llamar a los sacerdotes para que exorcicen sus demonios? Eso si l mismo no es un demonio.

Lucano se ech a rer suavemente.

¿ Quin sabe? —murmur—. Pero dime, ¿ fuiste realmente educado en Tarso? Samos mir a un lado. Tena un perfil firme y clsico, de lneas seguras y excelente barbilla. Lucano sinti una punzada en s: el joven mdico le recordaba vagamente a alguien y el recuerdo le produca dolor. Samos dijo:

—Nac en cierta casa de Samos. Tenan all un excelente mdico y anduve tras l, hasta que, finalmente, me hizo su ayudante. Se haga viejo; me recomend a mi dueo; un mercader casi tan cruel y vicioso como Clen y me mandaron a Tarso. All estuve tres aos y me gradu con los mximos honores. Mis profesores fueron muy amables, hombres buenos, y aquellos d as fueron los nicos felices que yo he conocido.

Una lgrima se deslizo por sus mejillas y parpade furiosamente, sacndose un puelo de su cintura y sonndose. Luego contempl el pulido suelo blanco.

—Mientras estuve en Tarso supe que no poda continuar por ms tiempo siendo esclavo. Conseguira la libertad o morira. As lo dije a uno de mis profesores, pero me aconsej paciencia. Los mdicos no se suicidan. Si conseguia bastantes dones de mi dueo, poda posiblemente, acabar comprando mi libertad. Pero l no conoca a mi dueo, que era menos generoso que Midas. No recib nunca dones, ni esperaba ninguno. Despus de un ao me escap. —Hizo una pausa y respir profundamente—. Fui capturado y enviado de nuevo a mi dueo. Esperaba la muerte o, en el mejor de los casos, ser enviado a galeras. Pero mi dueo haba gastado mucho dinero en m. Por lo tanto me hizo marcar. A partir de entonces me transform en un lobo salvaje, segn l dijo, y me vendi; y de esta manera llegu a esta casa, que es muy parecida a la de mi antiguo amo.

Lucano le mir con una compasin tan viva como un dolor fsico. Luego dijo:

— ¿ Te gustara estar conmigo? ¿ Te gustara que yo te comprase? Si tengo xito podra liberarte y slo pedira que fueses mi compaero, porque estoy siempre solo y no tengo ningn amigo.

Samos abri los ojos con sorpresa. Se estir en el asiento hacia Lucano con una expresin incrdu. Vio los brillantes ojos azules del mdico, su amable sonrisa, su grisceo cabello dorado y supo que Lucano no estaba bromeando. Emite un dbil y ahogado grito y cay a los pies del otro hombre e inclin con un gesto mudo la cabeza sobre sus rodillas. Luego empez a llorar, no con lgrimas, sino con el seco sollozar de un hombre que, llevado hacia la muerte, le conceden la vida. Estrech sus brazos alrededor de la cintura de Lucano y se mantuvo as con un gesto silencioso.

Lucano puso la mano sobre la cabeza que reposaba en su rodilla. El cabello de Samos era suave como la seda, grueso y ligeramente rizado. Lucano suspir y le dej permanecer a sus pies, acogido a l como un nio, hasta que le vio ms tranquilo. Luego dijo con la mxima amabilidad:

—Permanece aqu mientras hablo con Clen... y reza.

Se libr de los brazos del joven que eran suaves aunque musculosos y volvi a la habitacin de Clen. Clen estaba medio dormido, aliviado su sufrimiento, pero cuando vio a Lucano alz la cabeza de entre los almohadones.

— Ah, qu tesoro eres, mi querido Lucano; no haba dormido durante muchas noches y ahora estoy como un nio en una suave cuna!

—Deseo examinar ese grano de tus posaderas una vez ms —dijo Lucano aparentando estar de nuevo interesado—; si no te duele es posible que no supure. Es un lugar difcil para tener semejante enfermedad y puede extenderse peligrosamente.

Se sent y mir a Clen con una expresin que trataba de ser amable.

—He estado hablando con tu esclavo Samos. Creo que te han robado. Es decir, ese joven nunca podr hacer nada por ti o por tu familia.

Clen rugi con ira y golpe con los puos cerrados sobre los cojines.

—Lo saba —exclam—. Maldito sea el mercader, aquel avariento, rapaz pjaro de presa! Nunca deb confiarme a l! Tiene muy mala reputacin. J, enviar a Samos a las galeras. —Se relami las encas sin dientes y sus ojos brillaron de placer—. Ser para m la felicidad pensar que est all. Pero ¿ me han robado,

engaado? ¿Cul ser mi venganza? —Se inclin hacia Lucano astutamente—. ¿No podras darme una carta diciendo que ese maldito ha intentado envenenarme? Podra entonces hacerle ejecutar.

Un poco de saliva apareci en la comisura de su boca y la chup con la lengua. Lucano simul considerar aquella propuesta juiciosamente. Luego movi su cabeza.

—Se me ocurre que necesito un esclavo para mi casa. ¿Me lo quieres vender? Es muy orgulloso y arrogante. Los ojos duros y penetrantes de Clen estudiaron su rostro. Se ech hacia atrs gruendo.

—Bien, pero me ha costado bastante dinero.

Lucano asinti.

—Simpatizo contigo, Clen. ¿Qu pagaste por l?

Los ojos arteros se estrecharon. Clen saba todo lo que tena que saber acerca de Lucano. Conoca las crticas de la ciudad. Aquel tonto, aunque inteligente mdico, era un hombre rico. Si estaba tan loco como para cuidar a la plebe por nada y adquirir una reputacin de semidis, deba pagar su locura y su reputacin. Por lo tanto Clen nombr una suma exorbitante, ms all de las posibilidades inmediatas de Lucano. Lucano se sinti enfurecido y preocupado.

—¿Cmo? Este es el precio del mejor mdico del mundo, superior a cualquier precio; es el rescate de un prncipe!

Clen se encogi de hombros. De nuevo pareci adormecido.

—Entonces —dijo— me lo quedar y me divertir con l; le har azotar cada da en esta propia habitacin, a fin de deleitarme con la escena.

Lucano conoca su obstinacin. Se puso de pie.

—Si no me vendes a Samos, no volver ms por aqu y sin duda morir. Y te aseguro que hablo en serio, Clen —aadi con severidad.

Clen abri los ojos aterrizado.

—¿No abandonars a un anciano!

—Lo har sin vacilar. Decdete. No dudo de que pagaste mucho por Samos, pero no lo que has dicho. Te ofrezco ahora y por ltima vez seiscientos sextercios de oro, recin troquelados. Cgelos o bscate otro mdico.

—¿Me condenaras a muerte?

—Sin duda alguna.

—¿Por qu quieres a Samos, a ese perro?

—Te lo he dicho. Me he encaprichado de l. Me he dedicado a domar caballos salvajes en mi juventud.

Clen hizo una pausa, respirando con furia e impotencia. Hubiese querido que Lucano fuese un esclavo. Hubiese hecho que le azotasen regularmente, le hubiesen marcado con hierros candentes hasta que su carne hubiese humeado. Luego gimi:

—¿Dame el dinero y que Hcate atormente tus sueos!

—Lucano sonri y dijo:

—Retira la maldicin o no podr volver a ti maana para tratar tu enfermedad.

Luego arroj una bolsa sobre el lecho.

—Y ahora, frmame el recibo de venta.

Pocos minutos despus volvi al recibidor donde Samos estaba esperando. Samos le mir con sus ojos azules excitados mientras sus labios se movan desesperadamente. Lucano le cogi por un brazo.

—Ven a casa conmigo —dijo como haba dicho a Ramus hace mucho tiempo.

Lucano puso todas las Imparas que tena en casa en una mesa sobre la que haba colocado sus afilados y brillantes instrumentos. Samos estaba sentado en una silla junto a la mesa, rgido y esperando, los ojos fijos con amor y devocin sobre el otro hombre. Lucano mezcl un brebaje en una copa de vino y se lo alarg a Samos:

—Esto aliviar el dolor. No s el xito que tendr en eliminar esa terrible marca. Pero har todo lo que pueda.

—Tendr xito —dijo Samos —, querido maestro.

—No me llames maestro —dijo Lucano—, llmame por mi nombre.

—Permanecer contigo siempre, tanto si me das la libertad como si no... Lucano.

—Maana te llevar al Pretor romano y maana mismo tendr tu libertad. Quiz no te guste mi vida. Eres joven y en los orgullosos rasgos de tu rostro veo le ambicin. No hagas juramentos que puedas lamentar.

Lucano sonri y pas la copa.

—¿Cmo podra lamentarlo nunca? —pregunt Samos apasionadamente— y olvidar que me has trado a tu casa como si fueses mi amigo, el nico amigo que nunca he conocido, me has ofrecido la libertad a m, que prefiero morir antes que ser esclavo. Slo te ruego que me dejes servirte para siempre.

—Sin embargo —dijo Lucano—, eres joven y un buen mdico. El mundo puede ser tuyo. Como hombre libre sers un ciudadano de Roma. La fortuna puede venir a tus manos. Pero primero, antes de todo este brillante futuro, y no te ato a tu promesa, la marca debe desaparecer. Bebe esto al instante.

La mano de Samos temblaba al coger la copa. Mir a su oscura profundidad.

—Opio —murmur. Luego mir a los ojos de Lucano y coloc la copa sobre la mesa con violencia y respir profundamente—. ¿No! —dijo.

Lucano estudi su rostro y luego asinti.

—Es doloroso llegar a ser esclavo, pero ms doloroso es llegar a ser libre. Comprendo; prefieres conseguir la libertad con sufrimiento, porque el dolor purifica tu corazn. Sin embargo, te aseguro que esto ser agnico.

Samos se agarr a los lados de la silla y alz el rostro.

—Estoy dispuesto.

—Cierra los ojos a fin de que la sangre no entre en ellos.

Lucano tom una delgada hoja afilada. Deba trabajar rpidamente. Examin de nuevo la marca. A pesar de su feo aspecto no era una cicatriz vieja; la piel estaba todava tierna y flexible a su alrededor porque Samos era joven. Quitara la marca cuidadosamente, sin herir los tejidos de debajo y unira los dos extremos. Cuando la herida se curase tan slo podra verse una larga y delgada cicatriz desde la lnea del pelo hasta las cejas y en unos cuantos meses curara y apenas sera notada. Lucano explic lo que estaba a punto de hacer y Samos asinti; su boca haba palidecido anticipadamente, estaba rgido.

Lucano desliz la hoja de arriba abajo con un gesto delicado y abri un corte que se ensanch como una boca y empez a sangrar. Pero debajo no haba vasos sanguneos importantes. Samos no se estremeci; permaneca muy quieto y Lucano sec la sangre que caa y quit la marca. Samos se qued tan blanco como la muerte; los nudillos de sus manos apretadas con fuerza, resaltaban blanquecinos, pero no se movi. Lucano empez a sudar a causa de la prisa; lgrimas de sangre caan de la herida y rodaban como gotas rojas a lo largo de las mejillas de Samos; algunas se quedaban en los extremos de su boca. Las lmparas parpadeaban y vacilaban movidas por un ligero viento que llegaba de las ventanas.

El mdico, consciente del dolor que estaba infringiendo, dirigi una rpida mirada al rostro rgido de Samos. De nuevo la sensacin de familiaridad se apoder de l.

—Eres muy valiente —dijo, y su voz vacil—. Eres un hombre valiente y noble, Samos.

La marca qued sobre una pequea bandeja, palpitando y con aspecto malvado, como el ojo de un demonio. Lucano tom una aguja e hilo de lienzo. Samos pareca exhausto; Lucano dese que se desmayase. Pero la orgullosa expresin del rostro del joven no disminua. Lucano empez a coser diestramente y habl con voz suave y convincente del trabajo que haca entre los pobres, de los casos sorprendentes que haba encontrado. Samos sonrea dbilmente. Tena que estirar aquella piel joven y suave hasta que los extremos de la herida se juntasen; la cicatriz, supurando pequeas gotas de sangre, fue cerrndose lentamente. Estaba hecho.

—Abre los ojos, Samos —dijo Lucano. Cay sobre una silla y se sec el sudor con el dorso de la mano. Samos abri los ojos y sonri con gozo y alegra. Despus de un momento Lucano vend la herida que ya no sangraba.

—Ah —dijo—, estoy contento de esto. Quedar mejor que esperaba. Pero ahora debes beber una copa de vino conmigo porque estoy agotado.

Riendo con voz temblorosa, llen dos vasos de vino. Samos alarg la mano izquierda para coger uno. Lucano coloc el vaso en aquella mano y de pronto se detuvo sobresaltado. Su corazn pareci pararse tambin y empezaron a zumbarle los odos. Su rostro palideci y qued ms blanco que el de Samos. Samos le mir y luego se estremeci.

—Lucano —exclam—, esto ha sido demasiado para ti. Parece que vas a desmayarte. —Se puso de pie vacilando y coloc los brazos alrededor de los hombros de Lucano. La boca de Lucano se abri silenciosamente, luego respir con ansia. Sus ojos se llenaron de lgrimas. Se puso de pie al lado de Samos, intent hablar, pero slo pudo emitir un gemido. Luego mir a Samos y dijo con voz suave:

—T no eres Samos. Este no es tu nombre. Tu nombre es Arieih ben Eleazar. Eres judo y te he estado buscando durante veinte aos.

Alz la mano izquierda del confundido joven y la llev a la luz. El dedo meique estaba muy torcido, doblado agudamente hacia adentro, hacia los otros dedos. Lucano mir a los ojos de Arieih, vio los ojos de Sara y estall en un llanto contenido.

—Dios es bueno —solloz—. Sobre todas las cosas, Dios es bueno.

I

CAPITULO XLI CAPITULO XLII

I

LUCANO escribi en seguida a los abogados de Sara bas Eleazar en Jerusaln. Luego dijo a Arieih:

—Debes partir en el prximo barco, que llegar all despus que los abogados reciban mi carta. Me gustara acompaarte, porque esto es para m algo muy querido, pero tengo un contrato de dos meses en otro barco y no puedo dejar de cumplir mi palabra. Me unir a ti en Jerusaln ms tarde... quiz.

Pero Arieih, respondi:

—No me pidas que te deje. No tengo mucha experiencia; djame ser tu ayudante durante esos dos meses.

Lucano sonri; saba que Arieih usaba aquella excusa a fin de no separarse de l, por lo que asinti y Arieih, caminando con el paso rpido de la juventud, fue con l. A partir de entonces sinti como si un acceso terrible le hubiese sido por fin sajado y purificado. Empez a ensear a Arieih su antigua religin durante las guardias nocturnas. Arieih haba recibido una educacin defectuosa sobre la religin greco-romana en el hogar de su primer dueo y en Tarso con sus maestros. Escuchaba a Lucano con la ms profunda atencin y le haca preguntas inteligentes.

—Es extrao descubrir que soy judo —dijo en cierta ocasin moviendo su cabeza—. Mis dueos odiaban a los judos y les llamaban avariciosos y falsos, aunque ellos eran los hombres ms ansiosos y arteros. Mi primer dueo, en particular, no poda dormir a causa de sus intrigas y nunca le vi feliz, excepto cuando arruinaba a otro hombre.

Cuando Arieah andaba, Lucano recordaba lo que Eleazar ben Salomn haba dicho ¶ es un joven len ¶. Interrog a Arieah sobre las cosas que podan recordar.

Arieah frunci el ceo, tratando de recordar.

—Me dijeron que haba nacido en Samos y me dieron este nombre. Tena dos aos cuando fui comprado para ser juguete de los nios de mi primer dueo, fui comprado de nuevo; esto es todo lo que s —hizo una pausa—. Toda mi niez anduvo turbada por un sueo que a veces vuelve a m. Me veo en un grande y hermoso jardn; veo columnas blancas, pero no estatuas como he visto despues en otras casas. Veo gran profusin de flores por todos los sitios y brillantes fuentes. Tengo un pequeno perro blanco que es mo, encantador y pacfico. Un joven entra en el jardn, me acaricia en sus brazos y me besa; tambien hay una joven muchacha de negro cabello flotante que juega conmigo.

Arieah se frota la frente que empezaba a estar cicatrizada.

—El sueo se hace confuso. ¶ Era el mismo da u otro? Estoy con dos chicas en el jardn y juegan conmigo. Es un da brillante y silencioso lleno de sol. Mi pequeno perro no est all; yo le echo de menos. De pronto dos hombres morenos, casi desnudos, aparecen; les miro sin miedo, aunque no les reconozco como reconozco a mis guardianes. Se acercan a las muchachas, levantan algo que llevan en las manos y brilla al sol; las muchachas caen sobre su rostro. Yo me echo a rer y aplaudo con mis manos. Despues uno de los hombres me coge, se mueven como sombras, una mano me tapa la boca y empiezo a sentirme sofocado. No puedo respirar. Luego algo negro cae sobre mis ojos. Esto es todo lo que recuerdo. De mis recuerdos posteriores slo s que me veo en una casa extraa y cruel y recibo golpes. No s si mucho ms tarde o no. Debe ser un sueo —dijo Arieah moviendo su cabeza.

—No —dijo Lucano—, no es un sueo.

Arieah demostr un inmenso deseo de saber todo acerca de su familia, de su padre y hermana. Lucano nunca se cansaba de hablarle de Sara. En cierta ocasin, mientras estaba hablando, vio que Arieah le miraba con una expresin inescrutable.

—Era la ms encantadora de las mujeres, la ms dulce y la ms amable —y su voz son con tono que l crea desapasionado.

Lucano golpe afectuosamente el hombro de Arieah. Se senta como un padre y pens: ¶ Ciertamente podra ser mi hijo, porque no soy joven.¶ El pensamiento le produjo gran consuelo.

Pinta un pequeno cuadro de Sara para Arieah. El rostro blanco, los ojos cndidos y la hermosa sonrisa brillaban como la carne sobre la madera. El cuello blanco tena un aire orgulloso.

—Es como una divinidad —dijo Arieah.

Aquello hizo rer a Lucano.

—No hables como los griegos y romanos —exclam—, tus compatriotas te mirarn sobriamente y te detestarn si llamas a un ser humano ¶ divinidad ¶. Sentmonos y estudiemos de nuevo a Moiss y cmo libr a su pueblo de los egipcios. Veo que la historia te fascina y, como el hijo de Eleazar ben Salomn, es mejor que te apliques a tus lecciones de hebreo.

Entre los dos creci un afecto profundo semejante al cario de padre e hijo. El griego abra su corazn a Arieah. El misterioso sentimiento de consuelo en Lucano creca da tras da. Era como si todo lo que siempre haba amado estuviese representado en Arieah, a quien enseaba como a un nio. Nunca se cansaban de hablar. Lucano, hablando de su propia vida, la viva de nuevo a medida que se la contaba a Arieah. En uno de los puertos de escala un mensajero lleg a bordo para entregar un gran saco de oro a Arieah y gozosos mensajes de sus abogados en Jerusaln. Le haban escrito: ¶ Esperamos la llegada del hijo de Eleazar ben Salomn. Ser purificado en el templo y reincorporado a su pueblo. Bendito sea Dios que te ha encontrado.¶

Arieah distribuy el dinero entre los miembros de la miserable tripulacin. Baj a las galeras y dio a los esclavos bastante oro para comprar su libertad. Durante das y noches, a partir de entonces, el pequeno barco vibr con gozosos gritos y saludos a los dioses. Los marineros besaban la mano de Arieah cuando pasaba lo que produca al joven un gran embarazo.

En aquellos das Lucano poda hablar con Arieah de Dios con entera libertad y amor. Su espritu haba encontrado la libertad. Viva como esperando una orden que estaba seguro llegara y la esperaba con serenidad. Era franco con Arieah y le explicaba su antiguo odio hacia Dios.

—Durante todo aquel tiempo yo estaba secretamente enfurecido contra Dios. ¶ l no se manifestaba a m y ms bien parecia ignorarme. Le rezaba y no reciba respuesta. Aquello era imperdonable.

Le cont todo lo que le haba dicho Keptah y Jos ben Gamliel, y cuando Lucano hablaba le parecia como si aquellos amados maestros estuviesen a su lado sonriendole y confirmndole. Cont a Arieah las profecas judas, caldeas, babilonias y egipcias. Le habl del extrao maestro judo acerca del cual haba escrito Prisco y a quien Ramus haba visto.

—Pero no he odo ms de l —dijo Lucano—, hasta m llegaban muchas historias hasta hace dos meses. Desde entonces todo ha quedado en silencio. He preguntado a las gentes en varios puertos, pero slo he recibido sonrisas apagadas. He escrito a mi hermano Prisco repetidamente pidindole ms noticias, pero no he recibido respuesta. No me ha escrito. ¶ Habr vuelto a Roma? Escrib a mi madre hace dos das.

—Encontraremos a este Rabb judo en Jerusaln —dijo Arieih intensamente interesado—, invade mis pensamientos. Repteme otra vez lo de la profeca de Isaas.

Cuando encontraban una pequea sinagoga en los puertos, Lucano llevaba al joven a ella. Pero no podan penetrar ms all de la puerta de los gentiles.

—Comprendo el que no pueda acercarme al Santo de los Santos hasta que no est purificado —deca Arieih mirando con curiosidad—, pero ¿por qu se les prohbe a los gentiles la entrada? Dios es Dios de todos los hombres. Mi pueblo es una raza orgullosa y obstinada.

—Si no lo hubiesen sido no habran sobrevivido a las edades —dijo Lucano—. El hombre debe guardar sus mejores virtudes y las de su pueblo. Sin embargo, como t dices, Dios es Dios de todos los hombres. Pero recuerdo las ceremonias en los templos de los griegos, romanos y egipcios. Slo los sacerdotes, los elegidos, pueden participar en los misterios; slo los sacerdotes beben los vinos sacrificiales y comen los animales sacrificados. Hay cosas que deben ser guardadas del vulgo y los estpidos, porque pueden corromperlas. Los sacerdotes ordenados bendicen y realizan sacrificios, pero debes recordar que han sido ordenados.

—Mi pueblo es un pueblo sacerdotal —dijo Arieih—, y slo han mandado que los hombres se amen unos a otros y sean justos entre ellos, no como una cuestin filosfica, sino como un acto de fe. Es un mandamiento extrao —mir a Lucano elevando un poco la cabeza. Toc su hombro con la mano y aadi—: S, ¿I te ha llamado.

Una noche se levant una gran tormenta y el barco se vio obligado a buscar cobijo en un pequeno puerto que estaba lleno de barcos que se haban apresurado a refugiarse all antes de que el rugiente viento y las elevadas olas se alzasen. Cuando amaneci el da, el mar estaba an tumultuoso y los maltratados barcos se agitaban anclados y temerosos de salir de nuevo. Lucano y Arieih permanecan de pie sobre el resbaladizo puente de su buque y vieron que su vecino ms prximo era un magnfico buque de excelente madera; sus velas recogidas sobre el puente parecían montones de ardiente seda; los marineros iban vestidos con buenos trajes y andaban con confianza. El capitn pareca ser un hombre de importancia, aunque andaba de arriba abajo con expresin preocupada. Los dos amigos podan ver cmo movía los labios.

—Es un barco privado, el juguete de algn hombre muy rico —dijo Lucano.

Salud al capitn, que acudi un poco disgustado hacia la barandilla de su barco cuyo maderamen estaba adornado con incrustaciones de bano, ncar y oro. Lucano percibi que el barco no tena un mascarn con figura de mujer.

—¿Hay algo que no va bien a bordo? —pregunt Lucano en griego.

El capitn movi la cabeza. Lucano dijo lo mismo en arameo y el capitn asinti interesado. Luego replic:

—S, hay algo muy malo. Mi glorioso seor, el propietario de este barco —y mir alrededor con orgullo—, yace en la cama enfermo. Nuestro mdico muri la ltima noche en la tormenta. Fue arrojado contra una pared y se aplast la cabeza.

—¿Qu aqueja a tu dueo?

El capitn movi la cabeza.

—¿Quin lo sabe? Ha permanecido durante ms de dos meses como si le hubiese atacado una enfermedad mortal. Viene de Jerusaln; su mdico es taba perplejo. Dos meses atrs mi seor se meti en cama llorando violentamente y sin querer ver a su esposa, a sus hijos, a su madre ni a su padre. El mdico se sinti asustadísimo. Luego mi dueo dijo que sala a la mar para olvidar, pero lo que trata de olvidar nadie lo sabe. No se ha movido de la cama. Muere lentamente; se retuerce las manos y no quiere hablar.

Lucano dijo a Arieih en voz baja:

—Este hombre, seguramente, sufre de alguna enfermedad del espritu.

Mir al capitn y dijo con vacilacin.

—Soy mdico. Me gustara ver a tu seor.

El rostro del capitn se ilumin. Era evidente que amaba a su dueo.

—Espera, seor. Har los arreglos oportunos para que vengas a bordo, porque ciertamente tengo miedo que su muerte est muy prxima.

Para Lucano y Arieih fue difcil subir a bordo del otro barco, porque ambas naves saltaban inquietas y descompasadas. El capitn les recibi como si fuesen reyes.

—¡Oh, Dios es bueno! Mi seor no morir ahora.

Lucano no haba visto nunca un barco tan maravilloso; un augustal romano o incluso un Csar, se hubiese sentido orgulloso de l. Los puentes eran de ciprs, las paredes de bano, incrustadas con artsticos dibujos de flores y hojas de oro, plata y ncar. Brillaban bajo la luz clida del sol. Lucano dijo al capitn:

—Sois judos; segn veo, porque no observo estatuas de dioses ni pinturas murales de animales. ¿Cmo se llama tu dueo?

—Hilel ben Hamram —dijo el capitn, y mir a Lucano y Arieih esperando ver su asombro—. Sin duda que conocis su familia porque no slo es la ms rica de toda Judea, sino famosa por sus doctores, abogados y hombres sabios; mi seor es amigo de Poncio Pilatos y el rey Herodes Antpas se siente halagado cuando le recibe por husped.

Lucano sonri ligeramente; el joven Arieih escuchaba con inters. Lucano le hizo un gesto.

—Veamos a nuestro paciente.

Fueron guiados hacia abajo, a otros puentes, cada uno de ellos ms lujoso que el anterior, llenos de luz y de valiosos trabajos, maderas y muebles.

—Mi seor no posee esclavos —dijo el capitn con adoracin en su voz—. Es algo que est contra los principios de un judo devoto. Lucano no pudo evitar decir con un gesto hacia Arieih:

—Eres muy inteligente, capitn; conoces los nombres famosos en Israel. Sin duda reconocers el hijo de Eleazar ben Salomn, que est dando la vuelta al mundo a fin de perfeccionarse en las artes de la medicina.

Arieih enrojeci. Lucano le estaba insultando. Los ojos del capitn se agrandaron mientras miraba a Arieih.

— ¿El hijo de Eleazar ben Salomn? ¿Pero si fue robado cuando era un nio y nadie ha podido encontrarle!

—Estaba perdido, pero ha sido encontrado —dijo Lucano—, Vamos. ¿Es esta la puerta de tu seor?

Incapaz de hablar y mirando a Arieih, el capitn abri una puerta tapada con un brocado de oro y los mdicos entraron en una habitacin tan lujosa en su magnificencia oriental que se sintieron completamente sorprendidos. Cortinas, brocados y bordados de plata colgaban de las ventanas; alfombras persas cubran el suelo; el puente se mova y vacilaba, pero la gran cama de oro se mantena firme. En ella, bajo colchas de rica seda, yaca un hombre que no tendra ms de veintinueve aos. Su rostro pareca un mrmol gastado; sus ojos estaban hundidos en grandes crculos morados; pareca no respirar; su negro cabello caa como un abanico sobre los cojines bordados; tena rasgos elegantes y austeros. Cuando Lucano y Arieih se acercaron a l no se movi.

—Hilel ben Hamram —dijo Lucano amablemente, inclinndose sobre l—. Soy Lucano, mdico, y he venido a ayudarte.

—Y yo soy Arieih ben Eleazar, tambin mdico y compatriota tuyo —dijo Arieih con una nota de profunda compasin en su voz.

El enfermo no se movi. Pareca como si fuese incapaz de or, Arieih escuch. Puso su mano sobre la frente de Hilel y dijo:

— ¿Escucha, oh Israel; el Seor nuestro Dios es uno!

Hilel permaneci inmvil. Los dos mdicos le contemplaron ansiosamente. Lucano alz su flccida y helada mano y le tom el pulso. Auscult el pecho casi inmvil. El corazn palpitaba dbil y lentamente. Cuando Lucano mir otra vez, vio que lentas lgrimas caan de sus ojos cerrados. Arieih se sent junto a Hilel, cogi su mano y la estrech con fuerza y Lucano qued impresionado por la belleza del cuadro de aquel joven hermoso, consolando silenciosamente a su hermano. El sol penetr a travs de la ventana iluminando sus rostros.

—No llores —dijo Arieih tiernamente—, porque Dios est contigo y te ayudar con su poder.

Las lgrimas brotaron ms de prisa de los ojos del enfermo. Arieih crey que los dedos de Hilel apretaban los suyos, luego dijo:

—Yo estaba perdido y ¿l me ha encontrado. Era esclavo y ¿l me ha liberado, un extranjero y me ha devuelto a mi pueblo. ¿Bendito sea ¿l, Rey de Reyes, porque nada est ms all de su poder y ¿l no permanece silencioso cuando sus hijos acuden a ¿l!

Hilel gimi. Pareca un gemido que surgiese ms de su espritu que de su carne. No abri sus ojos pero susurr:

—Es demasiado tarde. Me llam y me apart de ¿l. No le olvid, y un da supe que no poda vivir sin ¿l, aunque lo que me pidi era muy difcil. Por lo tanto fui a verle otra vez. Era demasiado tarde. Los romanos le haban matado. Le haban clavado en una cruz como a un criminal.

Lucano se enderez violentamente. Cogi a Hilel por un hombro descarnado, la suave seda resbal entre sus dedos.

— ¿Cundo ocurri eso? —pregunt.

Hilel no respondi inmediatamente; pareca haberse hundido en el sueo de la muerte. Despus dijo dbilmente:

—Fue durante la Pascua, cuando la tierra se oscureci.

Lucano se sent abruptamente. Su corazn saltaba y un sonido atronador retumbaba en sus odos. Se apret los odos con las manos para tratar de or, Despus de un rato cogi mecnicamente su bolsa de mdico y extrajo un frasco que contena un estimulante. Sus manos temblaban y verti un poco en una copa de vino que estaba sobre una mesa de madera de limonero al lado del enfermo. Llev la copa a los labios de Hilel y exclam perentoriamente:

— ¿Bebe esto... y luego debes hablar, porque esta historia es la que hemos estado buscando!

Hilel bebi sin abrir los ojos, despus Lucano dej de nuevo reposar la cabeza sobre los cojines. El deslumbrante mar lanzaba brillantes destellos de luz a la habitacin. Las gaviotas piaban cerca de los ojos de buey y las voces de los marineros llegaban arrastradas por el viento. Un clido olor a brea, cal y pescado se mezclaba con el aromtico olor de mirra. Lucano y Arieih esperaron a que Hilel hablase. Empez a aparecer un dbil color sobre sus mejillas de marfil; sus cenicientos labios se avivaron y adquirieron el color del coral. El sudor se sec sobre su frente. Luego abri sus trgicos ojos, oscuros y torturados.

— ¿Le buscis? —murmur—. Est muerto. Vi tres cruces, pequeas y disminuidas por la distancia, sobre el apartado Lugar de las Calaveras, proyectadas contra el cielo turbulento de nubes rosas y lilas, enormes e hirientes, mientras una terrible luz descendía sobre la tierra. La gente que me rodeaba dijo que en una de aquellas cruces estaba Jess de Nazareth y que haba sido condenado por desafiar a la ley e incitar la insurreccin contra Roma. Se apoder de m una sensacin de muerte y prdida; el sol perdi su brillo, la tierra se estremeci y la gente cay sobre sus rostros con un gran lamento de terror. Era demasiado tarde, para decirle que yo le seguira.

— ¿Y entonces? —preguntó Lucano, mientras Hilel quedaba en silencio moviendo la cabeza angustiado. El enfermo hizo un gesto dúbil.

—No lo sé. Huí de aquel maldito lugar y permanecí insensible durante unos días. Luego huí al mar, porque ya nada tenía valor para mí.

—Las antiguas profecías dicen que resucitaré otra vez —dijo Lucano.

Se acercó hacia Hilel que alzaba la cabeza.

— ¿Cómo es eso posible? —murmuró—. Sí, es cierto que he oído por mis criados que sus seguidores lo afirman. Al fin de cuentas tan sólo era un hombre. —Miró a Lucano con un gesto implorante—. «Muri! ¡Debes decirme, por amor a mi alma y a mi paz, que no era más un hombre, y que yo realmente no le traicioné ni le herí!»

— ¿Acaso los hombres no le han traicionado siempre? —preguntó Lucano tristemente. ¿Y no le traicionaron siempre por los siglos sin fin? ¿No le traicionó yo mismo aunque vi la estrella de su nacimiento y oí hablar de él desde su infancia? Arrepíntete porque todo cuanto él pide es penitencia.

Hilel lloraba.

—Entonces, ¿no estoy perdido? ¿Él me ha perdonado?

—No despreciar un corazón arrepentido —dijo Lucano—, y enjugó el rostro del hombre enfermo con un paño humedecido en agua fría—, pero cuántanos.

Pasó algún tiempo antes de que Hilel pudiese hablar. Se retorció sus delgadas manos y miraba a las brillantes ventanas como si viese algo tras ellas.

—He visitado a Herodes con frecuencia, porque es amigo de mi familia, en su palacio de Cesrea. Es decir, le visitaba, hace un año con mi esposa y mis hijos, que también estaban conmigo, pero a medida que el día del perdón se acercaba no podía continuar frecuentando la casa de Herodes, que es medio griego, y hombre caprichoso que unas veces vive como griego y otras como judío. Yo no soy un hombre piadoso ni observo la ley estrictamente. Sin embargo, no podía soportar por más tiempo la conversación de Herodes ni sus cambios de humor. Sacrifica en los templos romanos; luego iba a Jerusalén para purificarse, se arrojaba cenizas sobre la cabeza, gema solicitando el perdón y llenaba de oro las manos de los sacerdotes. Por lo tanto envié a mi familia a Jerusalén y luego les seguí un día o dos después.

Se detuvo y Lucano le volvió a ofrecer el vino con estimulante.

—Debes comprender que he oído hablar mucho de aquel Rabb judío que enseñaba a las gentes sobre el polvo de los caminos y las calles de las ciudades. Herodes hablaba de él con una risa insegura; hay muchos que le acusaban de incitar a los judíos a la rebelión contra el opresor romano. Pero Herodes también estaba intranquilo porque había causado la muerte de Juan el Bautista, como era llamado por la gente. Herodes es un hombre erudito a su manera y cree que Juan era Elías y al principio había evitado dañarle. Juan le denunció, a él, el Tetrarca, por haberse casado con la esposa de su hermano, Herodías. Debes comprender, Lucano, que recuerdo todas estas cosas con vaguedad, porque, ¿qué significaba un pobre Rabb judío de Galilea para los ricos y los poderosos? Siempre hay profetas; los judíos alientan e incuban profetas como las langostas crían sus hijos. Otro de ellos más o menos importante. No hubiese escuchado ninguna de las historias que se contaban si Herodes no se hubiese manifestado anormalmente caprichoso y turbado y no se hubiese comportado de forma salvaje y variable desde que condujo a Juan a la muerte. Comprendo que Herodes podía haber olvidado a Juan, como se olvida algunas veces un suegro torturador, si no hubiese aparecido el Rabb judío tras sus huellas. Herodes me dijo que Juan le había hablado. Se rumoreaba que un Rabb realizaba grandes milagros; el palacio estaba lleno de rumores. Se decía que era el Mesías. Era extraño que sólo los esclavos y los miserables libertos hablasen de él con pasión y excitación. Pero los gobernantes escuchan a los esclavos. Y así los rumores del Mesías llegaron hasta los oídos de Herodes y le sacaron de sus casillas.

Lucano enjugó el rostro de Hilel. Ariele permanecía silencioso, sentado y escuchando, y Hilel no soltó su mano.

—Fue en un día caluroso que dejé el palacio de Herodes conduciendo mi propio carro y rodeado por mis criados a caballo y a pie. El polvo parecía fuego blanco y me envolví en un manto que me cubra hasta los ojos. De pronto, junto a la carretera cerca de un pueblo, vi un pequeño grupo de hombres sentados sobre piedras y varios niños de aspecto tímido en pie junto a ellos.

— ¿Qué por qué me detuvo? Uno de mis hombres cabalgaba ante mi carro y acudí a decirme con vehemencia que allí estaba el humilde Rabb con sus amigos. Sentí curiosidad por ver al hombre que tanto había excitado a Herodes y sobre el que se contaban tantas historias increíbles. Por lo tanto me acerqué a él y a su pequeña banda de seguidores y niños y escuché con una sonrisa a uno que parecía tan pobre y humilde como un mendigo y no pude evitar preguntarme: ¿Es ese aquel de quien todos hablan? En aquel momento contaba una historia, una parábola. Los judíos están tan llenos de historias como la granada de granos. Habla con acento rústico, porque era un campesino de Galilea, un carpintero según me dijeron. Contaba la historia muy bien, con mucha elocuencia. Contemplé su rostro, sus pies y sus vestidos cubiertos de polvo, mientras permanecía sentado en una piedra y quedé sorprendido por la historia. Hablaba de un fariseo —los fariseos son hombres devotos y rigurosos que defienden la ley como las legiones defienden Roma— que fue al templo a orar y junto a él rezaba un oscuro publicano de poca importancia, a quien, el fariseo encontraba insoportable. Y el fariseo, fastidiado y molesto por la proximidad del publicano, se cubrió la cabeza con el capuchón de su vestido para que no le ofendiese la presencia de aquel hombre de oficio vil.

Los ojos de Hilel cambiaron de expresin; adquirieron viveza e inters mientras contaba la historia mirando a Lucano.

—Fue una historia muy interesante. A m no me gustan los fariseos; que me molestan con su excesiva piedad, conforme con la letra de la ley pero no con su espritu. Quise distraerme. Me diverta que aquel hombre pobre y harapiento pudiese criticar a los fariseos que son el terror de Galilea, con sus constantes acusaciones a los sacerdotes de que el pueblo no observa los rituales propiamente. Son aburridos, y peligrosos esos fariseos que buscan siempre la hereja.

Jade un poco y de nuevo Lucano le dio a beber. Permaneca echado entre sus cojines con sus ojos soadores.

—Una excelente historia. El Rabb dijo que los fariseos rogaban a Dios diciendo: ¶ Te doy gracias, seor, porque no soy como los otros hombres, que son adlteros, explotadores, injustos e ignorantes de tu ley. No soy como este miserable publicano que no debiera profanar tu templo con su presencia. Ayuno en todos los ayunos, doy mis diezmos escrupulosamente.¶ Y el fariseo se sinti muy complacido con s mismo. Pero el publicano golpeando su pecho y llorando, no levantaba sus ojos y exclamaba: ¶ Seor, ten misericordia de m que soy pecador.¶

Hilel se haba recobrado tanto que poda rer un poco, aunque dbilmente.

—Y el Rabb dijo a sus seguidores: ¶ Os digo que el publicano era ms digno que el fariseo, y Dios le consol pero no consol al fariseo. Porque aquel que se ensalza a s mismo ser derribado y aquel que se humilla a s mismo ser exaltado.¶

—Debo hablaros de aquel Rabb. El sol caa vivamente sobre su rostro que aparea an ms brillante, porque su emocin era ms fuerte que la emocin de ningn hombre. Se sentaba como un prncipe en un trono y olvid que era slo un miembro de los amurastem sobre la tierra, y que sus pies estaban llenos de polvo. Sonrea como un padre, miraba a sus seguidores con sus ojos azules llenos de ternura y ellos le escuchaban reverentemente. Su barba era rubia, sus manos permanecan sobre sus rodillas. Hablaba como quien est dotado de autoridad.

Fue entonces, cuando los nios, andrajosos y descalzos, de pie en el polvo se acercaron a l tmidamente. Mientras yo haba estado escuchando al Rabb, sus manos se haban unido a la de ellos, pobres mujeres vestidas con toscos vestidos de rayas llevaban jarrones en sus hombros. Empujaron a sus nios hacia l, mirando por encima de ellos humildemente como implorando perdn. Sus seguidores les dijeron: ¶ No molestis al Maestro, y llevaros a vuestros nios de aqu, porque est cansado y no debe ser molestado cuando habla su sabia palabra.¶

Pero el Rabb llam a los nios, extendi sus brazos hacia ellos y dijo a sus seguidores: ¶ Dejad a los nios que vengan a m y no les rechacis porque de ellos es el reino de los cielos.¶ Y los nios se amontonaron a su alrededor y se sentaron sobre sus rodillas y extendieron sus brazos alrededor de su cuello abrazndole, l les dej que permaneciesen con l. Entonces os juro que me sent emocionado porque soy padre y conozco la dulzura y el amor de los nios. El Rabb dijo a sus seguidores: ¶ Aquel que no recibe el reino de Dios como uno de estos nios no entrar por sus puertas.¶

Hilel abri sus ojos nuevamente y parecían estar llenos de tortura.

—Nunca haba comprendido al Rabb antes como en aquel momento y descend de mi carro para acercarme a l, mis criados pidieron a la gente que me abriesen paso. l contempl como me acercaba y me sonri reconociendo en m a un hermano y esper. Mis criados gritaban: ¶ Haced paso para Hilel ben Haram, que es un gran hombre en Israel, porque tiene el gobierno de una ciudad y su familia es renombrada por sus muchas riquezas.¶ El Rabb no dijo nada y tan slo me esper, aunque la gente retrocedi con temor. Me detuve ante l, lo bastante cerca para tocar su hombro y me mir en silencio. Luego le dije: ¶ Buen Maestro, ¶ qu debo hacer para heredar la vida eterna?¶ l me sonri de nuevo y dijo con voz sonora. ¶ ¶ Por qu me llamas bueno? Ninguno es bueno sino slo Dios. Debes guardar los mandamientos, no debes matar, robar, dar falso testimonio o cometer adulterio. Debes honrar a tu padre y a tu madre.¶ Yo le dije: ¶ He guardado los mandamientos desde mi niez.¶

Se mantuvo en silencio por tanto tiempo que pens que me haba olvidado, l, aquel pobre e ignorante Rabb con acento vulgar. Pero luego volviendo sus ojos hacia m me dijo en tono pensativo: ¶ Una cosa te falta, vende todo lo que tienes porque eres rico y dselo a los pobres, entonces tendrás tu recompensa en los cielos.¶

Hilel se levant sobre los cojines y mir a Lucano con gesto de ruego.

—Mdico, ¶ puedes comprender lo increíble que aquello fue? ¶ Por qu me pedira que me transformase en un mendigo?

Lucano mir al mar, que poda ver a travs de la ventana y dijo suavemente:

—Pide que cada hombre le entregue lo que tiene por ms valioso en este mundo y es evidente de que t consideras el dinero lo ms, valioso sobre todas las cosas.

Hilel gimi y volvi a echarse.

—Es cierto. Lo comprendo ahora. Me alej de l abrumado. Vio mi tristeza y me dijo muy amablemente en voz baja: ¶ Ven, sgueme.¶

Hilel pas su mano sobre su rostro.

—Me pidi que le siguiese, que me hiciese uno de sus seguidores sin hogar. Yo, Hilel ben Haram, me dije que era una locura. l entonces, volvindose hacia sus seguidores, dijo con tono apesadumbrado: ¶ Qu difcil ser para aquellos que tienen riquezas entrar en el reino de los cielos.¶

Se puso de pie y volvi a hablar de nuevo a aquellos que le rodeaban y yo volvi a mi carro y me alej de all. Lucano y Arieh haban permanecido en silencio. Hilel mir a uno y a otro implorantemente.

—Fui educado en Atenas y Roma. Soy hombre de sabidura, poder, influencia y riqueza, soy un hombre de mundo. Soy Hilel ben Haram y me pidieron lo imposible.

—Comprendo. Comprendo lo increble que esto te pudo parecer. —Dijo Lucano suspirando—, porque yo mismo le odi y le despreci cuando /I me arrebat lo ms querido de mi corazn y jur vengarme de /I. No saba, como t tampoco sabas, que /I tan slo toma para luego volver a dar. Castiga para despus consolar, ciega a fin de que el hombre pueda ver su luz. ¿Quin soy yo para reprocharte a ti, Hilel ben Haram?

Seal a Arieh con su mano.

—¿Quin puede conocer los misterios de Dios? Busqu a este joven durante ms de veinte aos y el lo devolvi a mis manos. Ahora s que cuando /I me dio a Arieh para librarme de mi odio fue para atraerme hacia /I.

Hilel le mir. Luego contempl como Arieh reclinaba su cabeza sobre el hombro de Lucano. Arieh dijo:

—Bendito sea Aquil porque nos ha visitado.

Lucano extendi su mano hacia Hilel.

—Veo que nunca le has olvidado, que /I ha perseguido tu vida y tus sueos y que no puedes huir de /I. Ahora descansa y ten paz porque has sufrido mucho. /I te ha perdonado y slo te pide que le sigas y nunca ms le dejes. Ven con nosotros a Israel, donde le encontraremos otra vez, porque sin duda que /I no est muert o sino que vive.

CAP ^ TULO XLIII CAP ^ TULO XLIII

HILEL ben Haram se levant de la cama fuerte y joven como si no hubiese pasado ninguna enfermedad. No estaba dispuesto a permitir que Lucano y Arieh le dejaran. Pero los dos mdicos tuvieron que volver al barco donde prestaban sus servicios a la tripulacin y Hilel sigui al navo con su magnfica embarcacin, esperando que el contrato de Lucano expirase. Luego arreglaron que una vez quedasen libres de sus compromisos embarcaran en el barco de Hilel y se dirigiran a Israel juntos.

—Estaba muerto y me habis devuelto la vida —exclam Hilel dirigiendose a Lucano y abrazndole.

Cuando se detenan brevemente en algn puerto Hilel insista en compartir las casas de Lucano con el mdico y Arieh. Se acostaba en un camastro sobre el suelo y participaba en las frugales comidas de Lucano y acompaaba a Arieh hasta el lugar donde los pacientes esperaban sus cuidados. Pero la paciencia y sacrificio de Arieh asombraba a los humildes pacientes que atenda... Por la noche, de sobremesa, Hilel contaba a sus amigos todo cuanto haba odo acerca de Jess de Nazareth. Su hermoso y marfileo rostro brillaba, sus ojos se iluminaban reflejando el gozo que senta.

—Supe por mis criados que los seguidores del Maestro se dispersaron despus de la crucifixin por temor a los romanos; desde entonces estn considerados hombres peligrosos porque incitan al pueblo a la revuelta. Os llevar a mi casa de Jerusaln e invitar a que ellos vengan tambin. All podremos hablar bien con ellos.

Lucano escuchaba con profunda atencin los relatos de Hilel. Cuando a ltima hora de la noche quedaba slo. Empez a escribir aquellos relatos. Escriba con la precisin, la brillantez, la fuerza y exactitud de un erudito griego aunque tambin con la calma de un filsofo, pero a la vez con apasionada elocuencia. Le pareca haber presenciado con sus propios ojos todos aquellos acontecimientos. A medida que escriba vea las escenas, oa las voces de la gente, y as empez su Gran Evangelio, un relato universal, destinado a todos los hombres, porque tena la perfecta clarividencia, ausente en Hilel, de que Dios se haba vestido en carne mortal no slo para los judos sino tambin para los gentiles.

—Como t sabes, Lucano, las profecas han predicho durante siglos que el Mesas descendera de la casa de David y se dice que Jess desciende del tronco del gran rey. He odo decir que su madre recibi la visita de Gabriel y que el ngel le anunci el nacimiento del Mesas prometido. Pero debes verificar estas cosas personalmente cuando estemos en Israel.

Lucano pens en la Madre del Mesas, que Hilel no saba ni como se llamaba. Una noche record que Jos ben Gamliel le haba hablado de Ella. Cuando su Hijo era tan slo un nio haba visitado a los ancianos y eruditos en el Templo. La ms dulce y tierna de las emociones se apoder de Lucano. Empez a pensar en Ella como la representacin de todas las mujeres que haba conocido y haba amado: Iris, su madre, Rubria y Sara, su inteligente e infantil hermana Aurelia, que amaba a todas las cosas creadas. Dese llegar a la presencia de Mara, aunque no conoca entonces ni siquiera su nombre. Ansiaba or de sus propios labios la historia del nacimiento de su Hijo, su infancia, juventud y mayora de edad. Sin duda Ella le podra contar ms cosas que ninguno de sus seguidores. Ella le haba llevado en su vientre, le haba amamantado, enseado sus primeros pasos, tejido sus vestidos, cosido y lavado. Si alguna vez haba estado enfermo le haba cuidado y velado sus noches. Ella haba odo sus primeras palabras y visto su primera sonrisa. Mientras Lucano pensaba en Mara empez a sentir un apasionado deseo de estar en su presencia, or su voz. Empez a amarla. Ella era el Gran Misterio, era mujer y las mujeres siempre le haban confiado sus ms profundos secretos.

—Cuando sepamos lo que Ella pens e hizo, sabremos todo cuanto hay que saber, absolutamente todo — dijo Arieh a Hilel.

—Fue un simple instrumento de Dios —respondi Hilel.

—Fue su Madre y ¿acaso no saben las madres todo respecto a sus hijos? —Preguntó Lucano—. ¿Por qué fue ella escogida para ser su Madre? Ha debido existir una razón para que fuese escogida entre todas las mujeres y ella podrá decírmela.

—¿Acaso no aman los hombres a sus madres? —Dijo Ariele—. ¿Acaso no la amó más que a ninguna otra criatura y la obedeció dulcemente de niño, joven y cuando fue hombre?

—No hay duda de que ser bendecida por todas las edades —dijo Lucano.

El griego escribió la historia del centurión Antonio y de su criado. La de Ramus que había visto al Mesías resucitar a un joven de entre los muertos y devolverle a su madre. Pero la primera parte de su Evangelio la dejó en blanco para cuando pudiese ver a Mara.

Lucano se sentía turbado acerca de una cosa y un día dijo a Hilel:

—Me has dicho que cuando el Mesías fue por última vez a Jerusalén el populacho judío se alineó a su paso y extendieron ramas de palmeras ante él y su asno, y le aclamaron como al Altísimo, se apiaban a su alrededor para besar sus vestiduras, elevaban sus niños para que él los viese y los bendijese. Cuando le condujeron al lugar de la crucifixión, su pueblo llenaba la carretera llorando; una mujer enjugó su rostro cuando cayó a causa de los latigazos de los soldados romanos y un pobre y miserable judío llevó su cruz. ¿Por qué si el pueblo le amaba así permitió su muerte, le denunciaron y dispersaron a sus seguidores después de lo que en su misericordia había hecho por ellos?

Hilel respondió:

—Existe una situación precaria, llena de tirantez, en las relaciones de judíos y romanos. Los sumos sacerdotes y los hombres sabios de Israel realizaron bien su labor. Actuaron como mediadores entre su pueblo y Roma asegurando a ésta que no habrá revueltas sangrientas contra su poder, que no permitirán la presencia de ningún agitador entre la gente del pueblo, porque temían que si ocurrían cosas así en Israel el país sería destruido por Roma como había destruido a otras naciones. Por otra parte estaba el grupo de jóvenes Esenios, muy devotos y entregados a ruegos durante meses en los desiertos esperando la venida del Mesías y la liberación de Israel del yugo de Roma. Se decía que Jesús era uno de ellos, aunque no sé si esto es cierto o no. Por otro lado estaban los fariseos, hombres grises y avinagrados que se habían erigido por su cuenta en defensores de la ley. Son mercaderes, banqueros y hombres de leyes. No viven con alegría ni dejan que los demás la tengan, desprecian a los pobres, a los humildes, a los desheredados y a los amuratzem o campesinos. Se han atrevido incluso a sugerir que los amuratzem tuviesen prohibido acercarse a los altares porque son analfabetos y van mal vestidos. Además estaba la plebe, el populacho callejero que no siente amor ni por su patria ni por su Dios, los petulantés, la multitud inconsecuente que aflige a todas las ciudades y naciones, mendigando siempre, ansiosos, avariciosos y en busca continua de diversiones, incapaces de aprender nada, llenos de apetitos bestiales, camorristas, siempre inquietos, contenciosos y egostas. ¿No existe esta plebe en Roma y acaso no acarrea la ruina al imperio, a causa de las cargas que imponen sobre sus mejores para mantener su holgazanería?

Cuando el Mesías produjo tan gran conocimiento en toda Judea, dirigiéndose a los humildes, los trabajadores, la gente sencilla, prometiendo que Dios no les abandonaría nunca sino que les amaba, curando sus males con ternura, asegurando que aunque careciesen de dinero Dios no les despreciaba como los fariseos hacían, afirmando que eran más valiosos a los ojos del Todopoderoso que un fariseo, rey o sacerdote vestido de seda, despertó la ira de los fariseos. Más aún a los fariseos les pareció que el Mesías se tomaba ciertas libertades con la ley, interpretándolas para sus seguidores y la gente no como ellos la interpretaban. A los ojos de los fariseos el Mesías rebajaba a Dios a un nivel inferior, proclamando herejías que destruirían la fuerza espiritual de Israel. Cuando sus seguidores le aclamaron como Mesías, los fariseos se sintieron enfurecidos, porque creían que el Mesías vendría a los judíos como el más poderoso de los reyes, revestido de gloria y poder, rodeado por una hueste angélica y que al instante libraría a Israel del poder de los romanos haciéndoles huir para siempre. Sin embargo, allí estaba aquel hombre humilde, miembro de la clase de los amuratzem de Galilea, desconocido por todos hasta hacía tres años escasos, un hombre sin renombre, calzado con sandalias de esparto y vestido toscamente, que hablaba el lenguaje del pueblo como un campesino, y ¿de tal hombre se decía abiertamente que era el Mesías! ¿No era aquello una blasfemia contra Dios y la profecía? Pero además, él no negaba que no fuese el Mesías. Sus seguidores y el pueblo se sintieron confundidos. Allí estaba el Mesías, pero no manifestaba odio contra Roma, incluso condescendía a curar a algunos romanos. Sin embargo, sus seguidores y el pueblo que había recibido por sus palabras la libertad y la alegría, le amaban, le conocían y le aceptaban. Éstos fueron los que le aclamaron en el camino a Jerusalén y lloraron mientras llevaba su cruz al Calvario. Esperaban hasta el último momento que cuando los romanos clavasen el primer clavo en sus pies los cielos se abrieran airados y descenderían sobre la tierra.

Además, los sacerdotes, muchos de los cuales pertenecían a la secta de los fariseos, se horrorizaron por sus enseñanzas. Temían también que los romanos usasen al Mesías y sus enseñanzas como excusa para emplear la supresión, derramar sangre e imponer leyes opresoras lo cual destruiría todo el trabajo que ellos habían realizado para aplacar a Roma y mantener ciertas libertades en su patria.

¿De modo que por un lado estaban los sacerdotes que temían por su pueblo su fe, por otro los que se habían erigido en guardianes de la Ley, los fariseos, que despreciaban a los humildes; luego la despreciable plebe siempre deseosa de encontrar una víctima. Y estaba Roma, siempre atenta a cualquier señal de rebelión

contra su poder. Considerando todos estos factores es una maravilla que pudiese vivir lo que vivi. Pero, por fin, fue denunciado a los oficiales romanos y aquello fue el final. O el principio —aadi Hilel.

Luego suspiró.

—Me han dicho que mucho antes de Su muerte, /I la había profetizado. Afirmó que había nacido para morir en la cruz. Dios le había decidido desde el principio del tiempo, le había escogido para reconciliar al mundo con /I, para demostrar que nunca le había abandonado, que le amaba y estaba dispuesto a morir por I, a fin de que pudiese ver la luz de la Verdad y de la vida y gozar de ellas eternamente gracias a Su misericordia. Por eso se vistió de carne mortal a fin de demostrar que no hay nada imposible para Dios. Los hombres que le mataron eran, por lo menos, sus instrumentos elegidos. Sin Su muerte y sin Su vida las profecías no hubiesen sido cumplidas.

Lucano mantuvo silencio por un largo tiempo, asintió una y otra vez mientras pensaba y luego dijo:

— ¿Sabes que ocurrió después de Su muerte?

Hilel vaciló.

—No..., pero sus seguidores dicen que resucitará de entre los muertos porque así lo había afirmado.

Lucano sonrió.

—Ha resucitado —dijo—, tenlo por seguro, querido amigo; ha resucitado de entre los muertos. Lo sé con certeza en el fondo de mi alma.

Sus días estaban llenos de gozo y limpia confianza. Parecía haberse rejuvenecido y se sentía henchido de palabras y buenas nuevas. Miraba a su alrededor y le parecía como si nunca hubiese visto el mundo, igual que si por primera vez disfrutase de la vista y odo, con una profunda comprensión desconocida hasta entonces. La oscuridad y la tristeza desaparecieron de su vida como una tormenta que pasa. Cuando sonreía a sus amigos o a sus pacientes parecía como si el sol brillase en su rostro. Palpaba la cruz que llevaba siempre colgada del cuello y sobre el pecho y escribía su Evangelio.

Tenían el proyecto de desembarcar en Joppa, pero una tempestad les alejó de su rumbo y les condujo hasta Cesrea. Lucano, Hilel y Arieih, permanecían juntos reclinados sobre la barandilla del barco mientras contemplaban la costa de Judea a medida que se acercaban a ella. Lucano pensó: †He ahí mi hogar, el lugar de donde siempre he huido.‡ El puerto de Cesrea estaba formado por una larga hilera de rocas negras que se adentraban en el mar. Hilel explicó que en uno de los lados del puerto cargaban y descargaban los galeones romanos y en el otro embarcaban y desembarcaban los pasajeros. Dijo sonriendo:

—Tengo un amigo muy querido, un oficial romano, que fue destinado a esta región hace tres años. Te será simpático. Es un hombre agudo e irónico, lleno de ilusiones.

Tras el maravilloso barco de Hilel se empezaba a formar una tenebrosa nube negra que se alzaba sobre el fondo como una gran torre, destacada a causa del abrasador y dorado sol poniente. El mar brillaba como líquidos rubes. Marte, como una estrella de mar, brillaba sobre el nuboso edificio. El barco se deslizaba hacia el concurrido rompeolas. Varios galeones y otros barcos menores se mecían suavemente con las anclas echadas. Sus velas brillaban bajo la luz escarlata del sol poniente. Una cordillera de montañas de poca elevación se extendían más allá del puerto, desnudas y terrosas; la brisa llegaba cargada con los olores característicos del Oriente.

Hilel se inclinó hacia las montañas y dijo con un deje de amargura:

—Los romanos han despoblado nuestra tierra de cipreses para construir sus barcos.

Los ojos azules de Arieih brillaban con expresión aguda y penetrante al contemplar la tierra de sus antepasados; le temblaban los labios a causa de la emoción. Hilel, al darse cuenta, colocó su mano sobre el brazo del joven y le apretó afectuosamente. Hilel tenía una hermosa hermana de quince años, Lea, dispuesta para el matrimonio. Empezó a planear la boda entre Lea y Arieih, el hijo de Elazar ben Salomón, un nombre noble en Israel.

El barco, habilmente manejado, se deslizaba hacia el muelle con todos sus alegres gallardetes desplegados, las velas desplegadas al viento de aquel cielo amenazador del atardecer. Los demás barcos le saludaron y Hilel devolvió los saludos con el rostro sonriente. Los marineros gritaban sobre los mástiles. El muelle estaba colmado de apresurada actividad. Antes de que cerrase la noche comenzaron a aparecer luces en el crepúsculo que daba rápido paso a la noche. Varios soldados romanos contemplaban ociosos la actividad reinante y su oficial bajaba corriendo hacia el muelle mientras el barco de Hilel echaba el ancla.

— ¡Hilel! —Gritó con sonora y alegre voz— ¡Saludos!

Su yelmo brillaba como el fuego reflejando la luz del atardecer que iluminaba a la vez con tonos rojos su viril rostro. De pie sobre el muelle empezó a reír; tenía los dedos pulgares metidos en su ancho cinturón, las piernas desnudas separadas, la túnica ondeando a causa de la ligera brisa. Luego, cuando fue echada la plancha, subió al barco, saltó sobre I y corrió sobre el puente riendo. Hilel le recibió con los brazos abiertos y se estrecharon en un cariñoso abrazo.

— ¿Cómo sabías que atracamos aquí? —preguntó Hilel.

El romano hizo un guiño picaresco simulando no ver a Lucano ni a Arieih que estaba cerca de ellos.

— ¿Cómo lo supe? Puesto que eres un místico judío me gustará que creyeras que un ángel me lo dijo volando hasta mi oído, o que un sacerdote lo descubrió al examinar las entrañas de un animal sacrificado. Pero no, mi obligación es saber por donde has andado durante los dos últimos meses y quién has tenido a bordo contigo.

Al decir esto dej de sonrer. Se volvi de pronto hacia Lucano que le contemplaba con inters.

— ¿No me conoces, Lucano, hijo de Diodoro Cirino? —pregunt con gravedad y decepcin.

Lucano abri los ojos con asombro. Retir los codos de la barandilla y exclam:

— «No, no puedes ser Plotio! —cogi a Plotio por los brazos incapaz de pronunciar palabra.

Hilel les mir con asombro. Plotio le dijo:

—Estos griegos son muy emotivos, aunque pretenden lo contrario, sus duros ojos de soldado se haban humedecido—, as que por fin ests aqu, nos volvemos a encontrar. Estaba en Joppa hace dos das y all o que el barco atracara aqu —hizo una pausa—, Lucano —dijo con profunda emocion—, nunca nos hemos escrito pero siempre he sabido donde has estado porque el Csar te tiene bajo su proteccin.

—No puedo creerlo —respondi Lucano—, pero me siento muy feliz. Eres realmente t, Plotio, mi querido amigo; nos vemos de nuevo despues de tantos aos —se ech a rer ligeramente para ocultar lo emocionado que estaba. Ante sus ojos bailaban las brillantes y rojas linternas.

—Juro por Castor y Plux que no has cambiado— apoy las manos sobre los hombros de Lucano inclinndose para examinar mejor su rostro—, todava eres un joven aunque tienes edad bastante como para poseer una barba gris —mir a Hilel y le dijo:

—Este es nuestro querido Hermes, que huy de los brazos de Julia, acerca de lo cual te he hablado otras veces —y al decir esto se ech a rer de nuevo.

—T tampoco has cambiado —dijo Lucano con cierta mordacidad, porque Plotio estaba ms grueso y ancho que en la poca que evocaban y mostraba los fuertes rasgos de un hombre de cuarenta y seis aos. Las negras cejas que aparecan bajo el yelmo estaban surcadas por hebras grises.

—Ja —dijo Plotio—, los dioses no me han dado el secreto de la eterna juventud como a ti, mi querido Lucano. Bajo este yelmo tengo la cabeza pelada. Rara vez me lo quito porque temo que si lo hiciese un guila podra confundir mi cabeza con una piedra y echar una tortuga sobre ella. Prefiero recordar que tambn Pericles era calvo y por esa razn nunca se quitaba el yelmo.

Lanz una carcajada que reson sobre la superficie del agua. Abraz de nuevo a Lucano golpendole la espalda afectuosamente; Lucano le present a Arieih.

—S, s, comprendo —dijo Plotio cordialmente—; he odo hablar de Arieih ben Eleazar. Los abogados de Jerusaln no hacen ms que hablar de l. Saba que estaba con vosotros en este barco. Me haban informado tambn, que estabas enfermo, Hilel, pero me siento encantado de ver que no es as.

—Estoy muy bien —respondi Hilel—, y ahora debes buscarnos alojamiento para pasar la noche, Plotio, porque tenemos intencin de permanecer aqu unos cuantos das.

El rostro de Plotio sufri un brusco cambio, se ensombreci e hizo inescrutable. Volvi un poco la cabeza hacia un lado y dijo sin mirar a Lucano:

—Est todo arreglado por que saba que llegarais aqu. Poncio Pilatos ha ofrecido amablemente su casa para que dispongis de ella ya que l permanecer en Jerusaln durante algunas semanas. Creo que desea volver a Roma. Su esposa ha estado... inquieta... durante algn tiempo.

—Tu propia casa nos servir —dijo Hilel, y frunci el ceo—. Prefiero no ser husped de Poncio Pilatos.

—Vend mi casa hace poco porque estoy agregado a la casa de Pilatos. No debes ofender al procurador, aunque s que nunca te ha gustado ir a su casa, querido Hilel.

—Quien no me gusta es Herodes, que fue quien construy esta hermosa casa para l —respondi Hilel con vehemencia.

Plotio le contempl con astucia.

—Lo que quieres decir es que ya no quieres tratos con los romanos —respondi—. «Si es as vete a una taberna, rgido saduceo, y goza all de las pulgas y los perros!

Hilel vacil. Mir a Lucano y Arieih, y luego se encogi de hombros.

—Muy bien, si mis amigos no tienen nada que objetar iremos a casa de Pilatos aunque sea a disgusto.

—Yo prefiero ir donde t vayas —dijo Lucano.

Plotio le mir con un gesto extrao y dijo:

—No creo que lo hagas cuando te diga que tu hermano adoptivo, Prisco, est en la villa de Pilatos sobre aquellas montaas y te espera.

— «Prisco! Hace mucho que no tengo noticias tuyas; cre que estaba en Jerusaln.

Lucano, al recibir aquella noticia, se sinti doblemente encantado.

—All estaba hasta hace unas semanas —dijo Plotio con una voz que delataba un sentimiento raro y contenido—, es amigo de Pilatos que le ha visitado —el soldado hizo una pausa—. El aire de aqu es ms sano que el de Jerusaln y tu hermano ha estado un poco enfermo.

Hilel percibi la reserva y ambigedad en la voz de Plotio, pero Lucano, lleno de alegra por la presencia de su viejo amigo y la noticia de la presencia de su hermano, no se dio cuenta de ello. Los tres montaron en la gran cuadriga de Plotio arrastrada por cuatro caballos negros. Una luz moribunda iluminaba la tierra, y Lucido, a medida que la cuadriga avanzaba contempl el paisaje con profundo inters.

Apenas si poda ver nada a causa de la oscuridad creciente excepto el ocasional parpadeo de una luz en la vasta fortaleza, alguna Impara en las casas o la sombra de un grupo de cipreses seguidos como lanzas que amenazaban a la creciente luna amarilla. Muchachos y muchachas corran ante la cuadriga arreando rebaos de ovejas de cabezas negruzcas y gritaban con roncoss sonidos guturales; conducen sus ganados, ovejas o cabras, hacia los establos. Lucano dedujo por el olor del polvo que la tierra estaba reseca y agrietada. La

ciudad de poca altura. Las azoteas de las casas brillaban bajo la luz de la luna; las tortuosas calles parecían moverse inquietas a causa de luces de mano y los portalones de las casas reflejaban una luz dorada. Poco se podía ver en la creciente oscuridad del anochecer, sin embargo Lucano sentía una profunda emoción, mayor que la que nunca había experimentado. No le conmovían los pesados, penetrantes y cálidos olores que la brisa arrastraba, evocadores de perfumes e incienso y especies que parecían proveer de la misma tierra, ni tampoco los picantes perfumes desprendidos de los árboles, ni la hierba seca, ni el polvo. Conocía demasiado bien Oriente. Los olores en aquel lugar eran más intensos que en Alejandra, El Cairo, Tebas o Siria. No eran aquellas sensaciones lo que conmovía a Lucano sino el pensamiento de que aquella era la tierra de los profetas, en la que habían vivido los hombres sabios, patriarcas y hombres poderosos como Moisés, David, Saul, Elías, Goliat, Samuel, Salomón, tierra de reyes y guerreros. Allí había sonado el trueno de los siglos; por aquella tierra había andado Dios en medio de un terremoto. En ella estaba el Sina sobre el que había resonado el trueno y al que el relampago había azotado con látigos cegadores y sobre él fueron dados a los hombres los Diez Mandamientos. Sobre aquella tierra había nacido la idea de que el hombre es algo más que mero hombre porque se le había ordenado que fuese así. En aquella pequeña tierra los gigantes, los Titanes, habían surgido de la tierra y el choque de sus voces había resonado como un eco en el silencio. Allí había más sabiduría que toda la que Grecia había concebido, más grandeza que la que Roma había acumulado bajo el sol. Ni una pulgada de terreno en aquel país dejaba de ser bendito, ni un solo árbol que no recordase hechos asombrosos. Era el suelo sobre el que habían vivido los héroes del espíritu cuyas sombras caminaban por todos los senderos. Era allí donde una doncella había llevado a Dios en su seno y donde él había elegido manifestarse al hombre. Allí había vivido, muerto y hablado a los hombres como hombre.

Estoy en mi hogar, pensó Lucano, y un profundo sentimiento de extrañeza se apoderó de él. Dios ha hecho su propio hogar en este pequeño rincón del mundo, entre aquellos que él ha escogido para que oigan sus palabras.

Los jinetes que cabalgaban ante la cuadriga llevaban antorchas encendidas cuyas llamas brillaban cual rojizos penachos, reflejando de cuando en cuando la figura de un árbol, unas piedras de la rocosa carretera, o los rostros y lomos de los caballos. Lucano vio que ascendían hacia dos impresionantes palacios. Plotio señaló a uno de ellos.

—Pilatos —dijo. Luego señaló al otro— el de su querido amigo el tetrarca de Jerusalén, Herodes Antipas.

La blancura de los edificios y sus columnatas brillaban a la luz de la luna. El palacio de Herodes estaba rematado por una cúpula dorada. Empezaron a ver legiones romanas alineadas a lo largo de la carretera presentando armas.

La ciudad se extendía a sus pies. Las plateadas terrazas aparecieron entonces iluminadas por antorcha y linternas. Desde algún lugar desconocido llegó hasta ellos el quejido de una mujer.

—Mañana te mostraré uno de nuestros mayores templos —dijo Plotio con orgullo—. Tiene dos enormes estatuas, una de Zeus hecha en mármol, la de Apolo de porfirio rojo. Esta es una tierra muy extraña. Los judíos desprecian nuestros templos en cualquier sitio que estén, evitan verlos pese a que son el pueblo más religioso del mundo. Te aseguro que es imposible comprender a los judíos. Lo peor de ellos es que escupen cuando pasamos. Muchos de nuestros soldados se han casado con hermosas doncellas judías pero no sin antes haber pasado por la más dolorosa circuncisión, y con prolongados lamentos de las madres y atroces amenazas de los padres de las novias. Nos hacen pensar que somos peores que los salvajes del África negra.

—Desean preservar la ley y a sí mismos sin culpa —dijo Hilel con sequedad. Plotio hizo un guiño a Lucano.

—Te aseguro —repitió— que son muy extraños. Detestan a Herodes incluso cuando va al Templo de Jerusalén para cubrirse la cabeza de cenizas y ofrecer sacrificios. Miran sus lágrimas con desdén; ¡ah, tienen la cabeza muy dura! —Azotó a los caballos con el látigo—. Pero esta tierra ejerce sobre mí una curiosa fascinación. Prisco tendrá mucho que contarte. Tendrás que armarte de paciencia porque no parece el mismo.

— ¿Por qué no? —preguntó Lucano alarmado por primera vez y elevando la voz por encima del ruido de la cuadriga.

Plotio se encogió de hombros.

—Estuvo de servicio como oficial al mando de los Soldados que crucificaron a un miserable judío y es muy posible que lanzasen sobre él algún hechizo. Los judíos poseen gran número de encantamientos y ya te he dicho que odian a los romanos. Me alegro de que estés aquí. Te reírás y alejarás de mí todas estas supersticiones al instante.

Su voz sonó de nuevo con un tono peculiar.

Lucano miró a Hilel y a Ariei y estos le devolvieron la mirada en medio de la silenciosa danza de antorchas.

—Como sabes —prosiguió Plotio, conduciendo con habilidad sus poderosos caballos— la familia de Prisco no está con él y hasta el día de la crucifixión Prisco fue el más alegre y robusto de los hombres y mi oficial favorito. Frecuentaba también la compañía de las más caras y presumidas ramerías, y alborotaba en las tabernas. Sin embargo —añadió—, recuerdo que con cierta frecuencia sufría ataques de melancolía y quedaba sumido en sus pensamientos incluso antes de la crucifixión. Discuta conmigo sobre Roma y pretenda convencerme de que nuestra patria no está corrompida y depravada. ¿Cómo si yo no recordase a mi tío, el senador que murió por su patria como un general en el campo de batalla aunque en vano! Pero debo decirte que Prisco ha cambiado.

— ¿En qué?

La voz marcial de Plotio se hizo evasiva.

— ¿Soy yo médico? Le traje a Cesrea porque le amo como si fuese mi hijo. No te alarmes —dijo Plotio con amabilidad—, puede que no sea nada. Tanto Pilatos como Herodes han enviado a sus mejores médicos para que le cuiden respondiendo a mi solicitud. Dos están con él ahora y podrá hablar con ellos. A mí no me dicen gran cosa. Pasan mucho tiempo junto a su cama y al parecer tu hermano tiene dificultades para comer. Con frecuencia estalla en un incomprensible llanto pero los médicos no me permiten que le pregunte. Estos médicos tienen mucha arrogancia y se toman libertades incluso con los soldados —golpe cariñosamente sobre el brazo de Lucano con la empuadura de su látigo—. «Ah, te he producido intranquilidad! Ten la seguridad que los amigos de Prisco le tratamos como a un strapa de Persia. Le curars, como hermano y médico, por medio de razonamientos lógicos.

Lucano se sintió alarmado por las ambiguas palabras de Plotio pero sabía que el soldado era obstinado y no deseaba discutir con él. Por lo tanto dijo:

—El día de la crucifixión, ¿se produjo aquí una oscuridad anormal?

—Sí. Dicen que incluso vieron a muchos muertos por las calles y en las casas. Esta gente es muy supersticiosa. El sol se oscureció y no pudimos verlo durante algún tiempo. Pero sólo fue una tormenta de polvo —vaciló un momento—. Prisco podrá contártelo si le persuades a que te hable. Lloró como una mujer cuando le hablo, en las pocas ocasiones que tengo para acercarme a él.

— ¿Y por qué llora? —murmuró Lucano con insistencia.

Plotio le sonrió con desesperación.

—Me cuesta decirte, mi querido amigo, porque temo que te ras de mí. Asegura que era Dios, o quizá Zeus, Hermes, Osiris o Apolo; me refiero al que murió en aquella cruz criminal. No te ras de mí, te lo ruego, sólo repito lo que tu hermano me ha dicho.

Lucano permaneció en silencio y Plotio le contempló irónicamente.

—No te sientas turbado —dijo con cierto aire de preocupación—, estoy seguro de que no estás loco sino que eres víctima de algún hechizo y de su propia imaginación.

— ¿Y por qué estás aquí? —preguntó Lucano.

Plotio vaciló de nuevo.

—Lo sugiero yo mismo. Viva como si estuviese alejado, por algún tiempo, en Jerusalén. La tropa se dio cuenta de ello. Todos vieron su palidez y modales distraídos, sus repentinos estallidos en sollozos. ¿Iba yo a permitir que semejante escándalo fuese conocido en Roma y contado a Tiberio, que se ha transformado en un salvaje que odia a todo el mundo y cuyo carácter va de mal en peor? No deseaba que Prisco cayese en desgracia, que volviese a Roma para ser castigado por un comportamiento perjudicial a su reputación de soldado de Roma. En Jerusalén las cosas no marchan muy bien, te lo aseguro. Desde la crucifixión han surgido muchos tumultos e incluso muchos de nuestros soldados participan en ese histerismo estúpido. Pilatos se vio obligado a perseguir a los seguidores de aquel rabbi crucificado a fin de restaurar la tranquilidad y finalmente huyeron de la ciudad. Pero las cosas siguen muy amenazadoras. La multitud choca con frecuencia con quien manifiestan que sin duda alguna el Rabi era un Dios judío. El populacho callejero está en todas partes y, «por Marte!», sólo desean revueltas y alboroto porque tienen almas de bestias irracionales y aman la excitación sin importarles la causa. En el anonimato el tumulto les brinda la oportunidad de portarse como hombres y ser importantes, aunque no sea más que frente a la ley a la que odian por naturaleza.

La voz de Plotio expresaba una irritación contenida y por lo tanto Lucano no quiso volver a hablar. Comprendí que la ira no estaba encaminada hacia él sino contra la plebe de] mundo entero. Plotio murmuró enfurecido:

— «Ah, si nos dejasen a nosotros los soldados entendernos con la plebe! En cierta ocasión nos dejaron intervenir y dimos un escarmiento ejemplar. Pero la plebe tiene el privilegio universal de que la mimen, alimenten, diviertan y cobijen, porque es terrorífica. Sin embargo, ¿quién tiene la culpa de que sea así? Políticos venales que quieren su apoyo y...; ¡malditos sean!

Lucano empezó a darse cuenta que atravesaban lujosos jardines al percibir dulces olores que todo lo invadían y la fragancia resinosa de los árboles. Vio distantes fuentes iluminadas por la luz de la luna como náyades danzando en la solitaria noche. Oyó las montañas pisadas de los soldados y vio el brillo de los yelmos y desnudas espadas ante las puertas del palacio. La dorada cúpula de la casa de Herodes rivalizaba con la luz de la luna. Los jinetes y los carros atravesaron la última puerta y la casa de Pilatos apareció ante ellos deslumbrante como alabastro.

Cuando estuvieron en el maravilloso e iluminado vestíbulo, lleno de estatuas y muebles, Plotio sugirió que sus huéspedes se retirasen a sus habitaciones y descansasen hasta la hora de la cena. Lucano adivinó que su amigo estaba inquieto y turbado a causa de pensamientos secretos y deseaba librarse de él por algún tiempo. Luego dijo colocando su mano sobre el fuerte brazo de Plotio:

—Plotio, no estoy cansado. Quisiera celebrar consulta con los médicos de Prisco porque estoy muy preocupado. Además no he visto a mi hermano desde hace mucho tiempo.

—Sin duda, mi querido Lucano —dijo Plotio cordialmente—, considera esta casa, en ausencia de Pilatos, como la tuya propia. —Sonrió a Hilel y le dio unos golpecitos sobre los hombros —, te he echado de menos — asegur. Miró a Ariele y le hizo un guiño—, no hay nada como una buena fortuna para atraer a los perdidos al hogar. Los esclavos os conducirán a vuestras habitaciones, queridos amigos, y después en la cena descansaremos y podremos hablar de muchas cosas.

Meti los pulgares en el cinturón, y se quit el yelmo. Estaba completamente calvo pero la calvicie aumentaba su aire de virilidad. Pos una mano sobre el hombro de Lucano pero evit sus ojos.

—Vamos —dijo—, los mdicos estn ahora con Prisco y podrn decirte muchas cosas que yo desconozco.

CAP ^ TULO XLIV CAP ^ TULO XLIV

ANDUVO silencioso junto a Lucano mientras le conduca a travs de las habitaciones del palacio, la ltima de las cuales era siempre ms bella que la anterior. En algn lugar escondido cantaban esclavas jvenes acompaadas por los dulces sonos de la flauta y el arpa. Sonaban risas contenidas tras las cortinas. La luz de las Imparas se reflejaba sobre mrmoles y columnas multicolores. Las paredes estaban cubiertas de murales deslumbradores en los que las criaturas representadas parecían poseer vida y movimiento propio. Los suelos eran de mrmoles grises y toda la casa estaba perfumada. Lucano pens que Herodes haba construido una casa esplndida para su amigo el procurador de Israel. En todos los lugares brillaban los reflejos del oro y la plata. Las Imparas estaban construidas con cristales de Alejandra. Hasta las habitaciones que los amigos cruzaban en silencio, llegaba la olorosa y penetrante brisa del mar. Lucano vio, en cierto momento, la dorada cpula de la casa de Herodes a travs de las suaves columnas, oy el sonido de voces distantes y el monoto grito de alerta de los soldados de la guardia. Aparte de aquellos sonidos, una intensa quietud reinaba en la atmsfera del palacio.

Llegaron frente a una elevada puerta de bronce y Plotio dio sobre ella unos golpes en forma de contrasea. Inmediatamente fue abierta por un esclavo armado que se inclin ante ellos. Plotio le dijo:

—El noble Lucano, husped de Poncio Pilatos, desea consultar a los mdicos del capitn Prisco. Llvale ante ellos.

Hizo un ligero saludo a Lucano y le dirigi una leve sonrisa. Luego se retir apresuradamente, igual que si fuese perseguido. Lucano le vio marchar y frunci el ceo. El esclavo le condujo a una antecmara y le indic una silla tapizada de oro, una de las muchas que all haba. Luego le sirvi vino de un jarro de plata. Las copas estaban adornadas con gemas incrustadas de varios colores. Lucano bebi el vino con gratitud y descubri que tena un sabor exquisito a rosas y miel. Las elegantes Imparas que iluminaban aquella habitacin vacilaban ligeramente a causa de la brisa. Los pies de Lucano se hundan en una rica y multicolor alfombra persa. La tentacin de abandonarse a la languidez ejerca all un poder casi irresistible a causa de la belleza del lugar y la fuerza del vino. Pero Lucano estaba demasiado preocupado para abandonarse. Mir hacia una puerta de ciprs profusamente tallada y esper a los mdicos con impaciencia.

Por fin aparecieron y le saludaron con una inclinacin de cabeza digna, con el saludo dirigido a un colega. Lucano, a su vez, correspondi levantndose y hacindoles tambin una reverencia. Eran hombres de mediana edad y Lucano percibi que uno de ellos era judo y el otro griego. Se presentaron a s mismos. El griego dijo:

—Me llamo Niceas y mi colega es el mdico Josua.

El griego tena un aire sutil y fro que denotaba una naturaleza impersonal. El judo era ms bajo, pero en sus ojos brillaba una tranquila inteligencia y viveza. Ambos iban vestidos con elegantes togas azules, bordadas de oro y los dos llevaban el anillo distintivo de los mdicos montado sobre brillantes joyas. Era evidente que eran hombres importantes y considerados y que se sentan sorprendidos ante los humildes vestidos de Lucano.

Se sentaron junto a Lucano acercando sus sillas a la de l, con el gesto inmemorial de mdicos que estn a punto de celebrar consulta sobre la situacin de un paciente importante. Bebieron el vino que trajeron los esclavos y miraron frente a ellos con gesto reflexivo. Lucano esper. Los doctores de importancia no se apresuraban porque consideraban que las prisas eran Cosas del vulgo. Tenan que mantener una posicin y por lo tanto se daban gran tono.

Niceas pregunt por Atenas y Lucano se vio obligado a responderle cortmente. Niceas mencion a Iscrates que, al parecer, era su filsofo favorito y Lucano respondi demostrando poseer un profundo conocimiento de aquel filsofo. El griego se sinti complacido. Josua inclin la cabeza hacia adelante para escuchar mejor.

—He odo que fuiste educado en Alejandra, Lucano —dijo Josua con tono paternal—, creo que Alejandra ha perdido algo de reputacin en los ltimos cien aos. Yo fui educado en Tarso. ¿Qu opinas de las rivalidades entre los mdicos de las dos escuelas?

Lucano, devorado por la ansiedad, respondi, sin embargo, con forzada calma. Comprenda que aquellos hombres le estaban examinando a fin de comprobar si careca de conocimientos y cultura antes de confiar en l y antes de decidir si era o no digno de su completa confianza. Lucano pens que aquello era como una majestuosa danza sagrada en la que es iniciado un extrao y durante la que se determina si podr ser admitido en el ritual.

—Os aseguro, mis nobles colegas —dijo al final con gran exasperacin— que puedo comprender nuestra jerga de mdicos, que tengo una gran experiencia y conozco los tratamientos ms modernos. Por lo tanto os ruego que comprendis mi natural ansiedad. Decidme qu aqueja a mi hermano.

Durante unos momentos los dos mdicos parecieron sentirse muy ofendidos. Los ojos del judo parpadearon con nerviosismo. Lucano, inquieto, crey percibir un guio en ellos, pero no estaba seguro porque el rostro del mdico permaneci grave y circunspecto como correspondía a su profesin, clsico a lo largo de

las edades: cabeza adelantada y pensativa, el codo derecho apoyado sobre el brazo de la silla y el dedo ndice tapando parcialmente la boca.

Niceas vacil mientras reflexionaba. Despues Josua, con una rpida mirada a su colega griego, decidi aparentemente que ya haba habido bastantes formalidades. Dej caer la mano y dijo:

—Comprendemos tu ansiedad, Lucano. Permteme explicar con brevedad el asunto.

Niceas le dirigi una helada y desconcertante mirada.

—Tu hermano tiene un cncer en el estmago. La enfermedad ha invadido gran parte del hgado. Nos has pedido que hablemos y, por lo tanto, te lo he dicho con claridad porque yo no creo en las vaguedades. En estas condiciones no puede vivir mucho. Hemos hecho cuanto hemos podido. Le hemos recetado alimentos muy sazonados para despertar su apetito, todo el vino que desea tomar, y calmantes para el terrible dolor que sufre.

Lucano qued petrificado y lleno de desesperacin. Josua le mir compasivamente. Niceas contempl sus blancos dedos que reposaban sobre su regazo.

—Puede vivir un mes —dijo— o quiz dos, pero, sin ningn gnero de dudas, no mucho ms.

Pareca que estuviese discutiendo tranquilamente el estado del tiempo con dos amigos aristcratas y el asunto no fuese de importancia personal. Lucano, luchando con su ansiedad les odi con furor. Se dirigi a Josu, en quien perciba un poco de inters y preocupacin ms humana.

— ¿Durante cuanto tiempo ha estado mi hermano enfermo? —pregunt con voz temblorosa.

Josu se encogi de hombros con un gesto expresivo.

—Estaba ya muy enfermo cuando le trajeron aqu. Creo que ha debido estar sufriendo esa enfermedad por lo menos desde hace ocho meses. Esto explica su pereza, su falta de atencin, la prdida de peso, el tono gris de su aspecto, su aversin por la carne, las infrecuentes pero agotadoras hemorragias del estmago, sus espasmos, la inflamacin de las articulaciones. Est en los ltimos grados de la enfermedad. No podemos hacer nada por l, sino intentar aliviar su dolor y consolarle. Comprender que la enfermedad ha causado trastornos en su carcter que explican su frecuente llanto, porque an no sabe cun mortalmente est enfermo, el cuerpo enva a su cerebro seales de preocupacin y presentimientos de muerte.

Niceas dijo con voz fra y reprochadora:

—Que el cerebro recibe seales somticas, Josu, es una teora tuya que no puede demostrarse. Estoy firmemente convencido de que el corazn es el asiento de las emociones y los presentimientos. Prefiero las teoras de Aristteles, aunque en algunos sectores se me considere anticuado por ello.

Los 3 sectores 7 eran, aparentemente, el propio Josu y los ojos del mdico se cerraron por un momento para ocultar su combate interior.

— ¿Oh...! —Exclam Lucano fuera de s—. ¿Debemos discutir de teoras ahora? Dijiste, Josu, que mi hermano tena cncer. ¿Ests cierto?

—Sin ninguna duda —respondi Josu sin sentirse ofendido —sus ojos expresaron simpata—. ¿Deseas examinarle t mismo?

Los tres mdicos se levantaron. Niceas arque sus plidas cejas al ver el tosco y barato estuche de mdico que llevaba Lucano, en el que tintineaban frascos de medicinas como en los de un mdico rstico. Niceas abri la puerta de cedro con un aire de suave resignacin ante las inoportunidades de los hombres de baja condicin.

El dormitorio que haba detrs era magnfico, amueblado con los mejores muebles y una cama de oro. Cuatro esclavos velaban junto a ella vestidos de blanco. Lucano corri hacia la cama gritando:

— ¿Mi querido Prisco! ¿Por fin estoy aqu!

Se apoder de una Impara de mesa y la alz sobre el lecho. Prisco yaca all, y Lucano se sinti abrumado al contemplar el aspecto que tena, y casi fue incapaz de reconocer en aquel gris y abatido joven a su amado hermano. Los prpados permanecan cerrados sobre unos ojos hundidos, la boca estaba contrada sobre los dientes. Por un momento terrible Lucano pens que su hermano estaba muerto, porque no pareca ni respirar.

—Duerme bajo la influencia de nuestras drogas —dijo Josu lleno de piedad y puso su mano sobre el hombro de Lucano—, por el momento, goza de una paz temporal y por eso debemos dar gracias de ello a Dios misericordioso. Sufrir mucho.

Prisco movi la cabeza entre las almohadas.

Las lgrimas inundaron los ojos de Lucano mientras examinaba a su hermano a la luz de la Impara que tena levantada. All yaca uno que le era ms querido que su hermano y hermana de sangre, porque l haba dado a Prisco la vida cuando estaba muerto. El hermano de su amada Rubria, a punto de expirar como ella haba muerto, el preferido del corazn de Iris, el hijo de Diodoro, aquel valeroso y virtuoso guerrero cuyo nombre nunca sera olvidado. All yaca en la casa de Diodoro, el hijo idneo y valioso para perpetuar el nombre del soldado muerto, mucho ms apropiado que Cayo, que se estremeca ante la vista de espadas o banderas. Aquel era el alegre y moreno Prisco, un tanto inconsciente en su alegre pero reflexivo, que gozaba de la vida y amaba su patria y a sus dioses. Record el temperamento de Prisco, afectuoso y considerado, amable y sin embargo firme, alegremente activo y afanoso, amante, inteligente y risueo. Lucano no poda soportar verle as. Puso lentamente la Impara sobre la mesa y se cubri los ojos con las manos para no contemplar aquella visin dolorosa.

—S, es triste —dijo Josu suspirando.

Niceas se acerc al lecho, movindose como un majestuoso dios, y mir a Prisco como si contemplase un teorema. Prisco se estremeci. Lucano, con los ojos an tapados oy la dbil voz, estremecida por el deleite.

— «Lucano... eres t! «He estado esperando...!

Lucano cay sobre las rodillas y extendi la mano para coger la descarnada mano de su hermano. Estaba fra, seca al tacto y el pulso lata irregular. Vio los ojos de Prisco cubiertos de dolor y agotamiento, aunque animados con el gozo de su presencia.

—Querido Prisco —exclam Lucano luchando por controlar la agona que le posea—, s, he venido. ¿Sufres?

Los descarnados dedos apretaron la mano de Lucano como los de una momia. Prisco moj sus secos labios y mir a Lucano con resolucin.

—Dolor —dijo en un murmullo con esfuerzo— es lo que todos los hombres sufren. Esto me dijiste en cierta ocasin Lucano. Un soldado comprende el dolor y no lo rechaza. Pero el dolor del espiritu..., ¿has recibido noticias de casa? —dijo la palabra casa, en tono de desesperada ansiedad.

—Todo va bien —respondi Lucano deshaciendo el nudo que se haba formado en su garganta.

Prisco no vera de nuevo su hogar, nunca ms jugara con sus nios sobre las rodillas; nunca ms besara a su esposa ni se acostara con ella abrazando sus largos rizos oscuros, besando su boca, sus mejillas y sus pechos. Nunca ms vera sus huertos y sus campos, sus ganados y sus caballos. Nunca ms nadara de nuevo en el verde cristal de la corriente o bebera el vino de sus viedos. Los placeres sencillos y agradables que los hombres aceptan y consideran naturales no seran nunca ms suyos porque estaba muriendo y Lucano comprendi esto al instante. El corazn del mdico se estremeci. Luego, instantneamente, sonri porque Prisco le contemplaba ansiosamente.

— ¿Todo va bien? —pregunt el joven soldado.

—Todo va bien —repiti Lucano.

Prisco suspir y cerr los ojos contento por un instante. Lucano empez a examinarle suavemente, y su ltima esperanza de un diagnstico falso muri. Encontr la enorme masa palpable en el rea derecha del estmago, que poda fcilmente ser apreciada a travs de la escasa carne semi-extinguida. Los dedos de Lucano se movieron hacia arriba y pudo apreciar que la inflamacin se extendia tambn all. Las glndulas linfticas perifricas estaban tremendamente hinchadas en la zona supra-clavicular. El examen cost a Prisco dolor insufrible pese a haber sido realizado con suavidad, pero como soldado se mantuvo quieto y rgido. Sus ansiosos ojos no abandonaron el rostro de Lucano, sin una expresin de alivio pero con el gozo de contemplarle. Saba, en su alma, que no le quedaba mucho para vivir. Dijo dbilmente:

—Mi madre, mi esposa, mis nios. Debes decrselo —y no pudo contener un estremecimiento cuando Lucano encontr un lugar particularmente tortuoso— que he muerto en paz, de un accidente quiz y rpidamente; ah, —suspir cuando Lucano retir sus manos —, ¿comprendes?

—S. Comprendo. —Puso su palma contra la mejilla enfebrecida con gesto paternal y su pecho se agit. Trat de sonrer—. Pero no todo est perdido —aadi con el tono consolador y mecnico de un mdico.

— «Todo est perdido! —dijo suavemente.

—Hay que tener esperanza —dijo Josu.

—No deseo vivir ms —suspir Prisco con sencillez —. Hablas de mi cuerpo, buen Josu. No me preocupa mi cuerpo puso la mano en la de Lucano, como un nio exhausto—, debo hablarte, hermano mo a solas. Tengo mucho que decirte antes de partir para el ltimo viaje.

—Comprendo —dijo Josu envuelto en su propia tristeza, porque haba llegado a amar a Prisco, como todos cuantos le conocan—, pero no debes cansarte.

—A menos que me libere de mi carga no podr unirme a mi padre, mi madre y mi hermana en paz —dijo Prisco—, tengo poco tiempo.

—Slo los dioses saben es to —dijo Niceas framente.

Hizo una inclinacin de cabeza y Josu le sigui fuera de la habitacin y tras ellos los esclavos. Prisco contempl como se marchaban y luego con un esfuerzo dijo a Lucano.

—Levntame sobre las almohadas, querido hermano, a fin de que pueda hablar con ms facilidad.

Lucano le alz y se sinti abrumado por la ligereza del cuerpo del soldado y su delgadez. Pero sonri con un gesto de consuelo. La cabeza de Prisco descansaba sobre los alzados cojines y jade dbilmente durante algunos momentos. Cerr los ojos.

—Debo hablar —dijo con algo del mpetu de Diodoro—. No debes decirme que no me canse; debo decir cuanto he de decir.

—S —dijo Lucano. La mano de Prisco se aferr a la suya y sonri dbilmente.

—Es una historia terrible —dijo despus de unos momentos. Y su rostro cambi, ensombrecindose como si acabase de morir entre tortura y entonces empez su historia.

Las lmparas vacilaban o se animaban a causa de la brisa exterior que se filtraba entre las columnas. Los olores de Oriente llenaban el aire junto con el sonido de las tintineantes fuentes. Prisco habl sin parar, con un ansia surgida de su ltima fuerza. Y Lucano no le interrumpi ni una sola vez.

Hacia tiempo que Plotio permaneca en Jerusaln. Haba encontrado la ciudad fascinadora y llena de excitacin. Los judos eran un pueblo extrao pero nunca flicidos o poco interesantes. Miraban a los romanos framente y les evitaban, excepto los ricos mercaderes, polticos y propietarios de buques de carga. El pueblo menor y humilde les despreciaba, pero los sumos sacerdotes, cuyas familias estaban dedicadas al comercio y hacan fortuna con los romanos, no.

—El pueblo es a la vez realista y práctico, como nosotros los romanos —dijo Prisco—, y sin embargo están llenos de piedad y misticismo incluso los más groseros y despreciables mercaderes y fabricantes abandonan las preocupaciones mundanas en los días santos y son tan poco mundanos como las sombras, olvidando todo por completo. El templo se llena con los sacrificios y de los perfumes de incienso, suenan gemidos y llantos durante ciertos días, gozo y baile en otros. Los judíos lloran eternamente, incluso cuando sonríen y hablan de un Mesías que les libraría alguna vez de Roma y que pondría su pie sobre el postrado pecho de Roma y nunca la permitiría volver a alzarse.

Prisco, joven y lleno de curiosidad, había oído mucho de la religión de los judíos porque deseaba ser amigo de aquellos que rechazaban su amistad. Pero nadie discutía de religión con él, ni siquiera los mercaderes y amigos comerciantes. Ante aquel asunto retrocedían, sus gruesas caras de color de vino se oscurecían y se hacían reservados. Empezaron a correr rumores sobre un extraño Rabb del campo, sin ninguna educación, procedente de las montañas de Galilea, de una gente despreciada en Jerusalén por los hombres cultos y mundanos. Era un hombre sin familia ni riqueza. No tenía nada más que los pobres vestidos que llevaba puestos y las sandalias de esparto en sus pies; no poseía ni caballo ni litera, ni siquiera el más indigno de los asnos. Sin embargo, cuando iba a Jerusalén, era rodeado por las multitudes, cuando avanzaba, ellos avanzaban también, escuchándole. Se rumoreaba que había curado enfermos y resucitado muertos. Los sacerdotes al principio, se reían, luego se enfurecieron. Para Prisco aquello no tenía ningún significado porque nunca comprendía a los judíos, sus muchas y rivales sectas, su insistencia sobre ciertos rituales, sus constantes argumentos acerca de pequeños detalles respecto al significado de los profetas antiguos, incluso la plebe de la calle discutía y peleaba acerca de aquellas cosas. Seguían su religión con rigor y devoción y la observaban meticulosamente. Y era así tanto para el hombre más ruin como para el más alto y más honrado. Carecían de duras supersticiones cnicas acerca de su religión, como tenían los griegos, y no tenían las vulgares de los romanos. Aquello, sin duda, explicaba la excitación acerca del Rabb, del que se rumoreaba que había resucitado muertos, curado enfermos y realizado otros muchos milagros. También explicaba la ira de los sumos sacerdotes que despreciaban a la gente común y encontraban incluso sus sacrificios indignos. El Rabb estaba invadiendo sus sagrados privilegios y distraendo al pueblo de sus deberes. Casi tan malo como esto, se rumoreaba que incitaba al pueblo contra Roma y aquello era mucho más peligroso.

Se rumoreaba, por fin, con inmensa excitación, que él, era el Mesías. Él rescataría a su pueblo, Israel, del poder de Roma, y con legiones de ángeles alejaría a las legiones romanas de las paredes de Jerusalén. Por primera vez a partir de la aparición de aquel rumor, Poncio Pilatos, que nunca se metía en los asuntos de los judíos, porque era un hombre discreto, empezó a preocuparse. Que los judíos luchasen entre ellos mismos como hacían interminablemente sobre alguna doctrina no le preocupaba, en tanto que sus luchas no amenazasen la autoridad de Roma. El tetrarca, Herodes medio griego y medio judío, fue abordado por los sumos sacerdotes que declararon que los judíos peligraban a causa de las enseñanzas de aquel miserable Rabb, que no sólo había afirmado que él había llegado para cumplir la ley de los profetas y que los sacerdotes estaban engañando y oprimiendo al pueblo, sino que causaba confusión y peligro desordenado en las relaciones pacíficas entre los judíos y sus señores romanos. Herodes discutió el asunto con Pilatos que visitaba Jerusalén aunque no le gustaba la ciudad, y se sentía violento porque aquella visita era forzosa. Llamó a Plotio y a Prisco ante él y les interrogó. Plotio se encogió de hombros y declaró que los sacerdotes estaban siempre frenéticos y no se les debía escuchar seriamente. Prisco habló a Pilatos de los rumores de milagros y Pilatos se echó a reír. Pilatos se preocupó más por un posible alzamiento de los judíos que del Rabb como persona.

—No estoy seguro de lo que ocurrió a continuación —dijo Prisco con voz monótona y dubitativa, mirando con unos ojos agudos y lividos a su hermano—, los asuntos de los judíos no significaban nada para mí. Me dijeron que los sumos sacerdotes solicitaban la muerte del errante y descalzo Rabb y que fue llevado ante Pilatos para ser juzgado. Pilatos no encontró en él ninguna culpa pero la multitud aullando pidiendo su muerte, no porque no les gustase particularmente sino porque deseaban excitación. Era la Pascua de los judíos y yo estaba allí encargado de mantener la paz. En la Pascua los judíos se dirigen a nosotros como egipcios y esto es incomprensible e insultante. Mis amigos judíos se apartaban de mí durante este período. Ocurrió en la víspera de la Pascua, la excitación en la ciudad acerca del Rabb crecía de una forma incontenible. Varios grupos luchaban en las calles y maldecían a los soldados que les separaban.

Entonces Prisco recibió órdenes de ejecutar al Rabb con dos ladrones que habían sido condenados a muerte. Era tan sólo una tarea desagradable y Prisco cumplió las órdenes que había recibido.

Era costumbre bajo la ley romana que aquellos criminales condenados a muerte en la cruz por más viles, fuesen azotados antes de la ejecución.

Prisco había ordenado a dos de sus oficiales inferiores que actuasen en aquella ocasión, el Rabb estaba en la prisión esperando su último castigo. Él esperaba la hora en que debía conducir a sus soldados y a los verdugos al lugar acostumbrado, un monte conocido con el nombre de Gulgota o lugar de la Calavera. Permaneció sentado en su caballo, aburrido hasta la fatiga, porque había pasado varias horas en su taberna favorita la noche anterior y estaba inquieto por causa de aquella tarea tan insignificante que le había sido encomendada. El criminal era tan sólo un desgraciado judío, comido de pobreza e indigno de la atención de un oficial como él. Miró a su alrededor a los turbulentos y excitados movimientos con un gesto ligeramente curioso. Pero los judíos estaban siempre excitados y con frecuencia por las cosas más insignificantes. Oyó las maldiciones contenidas que le eran lanzadas y permaneció sentado en su caballo entre sus oficiales; pero los judíos especialmente cuando se acercaban sus días santos maldecían frecuentemente a los romanos an

cuando en otras ocasiones se sentan amistosos con ellos. No era que importase. Incluso se ech a rer divertido e intercambi chistes con sus oficiales y bostez de hasto.

La multitud se haba reunido a lo largo de la estrecha calle que conduca desde la prisin al lugar de la Calavera. Prisco se sinti repentinamente abatido por la expresin de aquella gente. Los voltiles judos permanecan en forma rara, rpida y silenciosa. Cientos de mujeres lloraban abiertamente, otras sostenan a sus pequeos hijos en alto, como hacen las madres que desean que ellos vean el paso de un prncipe o un alto potentado. Muchos hombres retorcan sus manos, lloraban en silencio o se daban golpes en el pecho. Un extrao aire de ruina se cerna sobre la ciudad y sobre la gente. Una clida y misteriosa luz baaba la tierra, era como si el sol hubiese perdido su color dorado natural y se hubiese transformado en un furioso incandescente. Ante esta luz los colores de los vestidos de la gente tenan un vvido resplandor; rojo y azul, rayado de rojo y blanco, amarillo y negro, rosa y esmeralda brillaban de tal forma que pareca que iban a estallar en lgrimas. Los rostros se hicieron inminentes, las facciones, las caras, las lneas de nariz y boca, el color de los ojos, el brillo de la frente y de la barbilla, incluso de aquellos ms distantes, posea una perfilada claridad y vehemencia. El olor de sudor impregnaba el ambiente. No haba sacerdotes en aquella confusin y sin embargo sorprendente multitud haba realizado su tarea, estaban en el templo preparndose para la Pascua. Prisco mir hacia el inquieto cielo. Sobre los montones bronceados, ste tena un color muy peculiar. Era como si una parte estuviese ardiendo ms all del lugar de las calaveras, lanzando al aire un vapor rojo plido y prpura que ascenda al infinito. Prisco llam la atencin al oficial ms cercano. /ste era un joven supersticioso y mir aquel movimiento maligno y coloreado con desmayo.

— ¿Quines son los que vamos a ejecutar? —pregunt. Prisco haba respondido:

—Tan slo tres criminales.

El joven oficial haba tocado un amuleto y movido su cabeza murmurando:

—No me gusta esto. Aqu hay portentos.

Prisco se haba redo de l, pero se inquiet en su caballo. Respir el aire tan fiero, llameante y lleno de polvo clido amarillo. Bajo su armadura sudaba.

Despus de un movimiento alborotado se percibi una gran algaraba ante las puertas de la prisin. Un rugiente grito lleg a sus odos y el profundo gemido de los quejidos. Prisco y sus oficiales cabalgaron hasta sus puertas. Un hombre era arrastrado hacia adelante por los soldados. Era un hombre alto, de dorado cabello y barba recia. Pareca postrado. Llevaba puesto un vestido blanco rasgado y sobre l una capa color de tela muy pobre. Sobre su alta cabeza una corona de espinas haba sido colocada y su plido rostro estaba baado de sangre.

— ¿Qu es esto? —murmur el joven oficial a Prisco. Pero Prisco no poda responder.

Vio el rostro del criminal que, a pesar de la suciedad y la sangre, era de una nobleza ms all de toda imaginacin, tranquila y amable y pareca irradiar una luz propia, mayor incluso que la furiosa luz del sol. Su compostura era la de un Rey, majestuosa y santa, libre de todo miedo. Un fro horror que no se pudo explicar se apoder de Prisco. Aquel no era un criminal, aquel era un hombre de la ms alta sangre. Sus vestidos tomaron un tono de magnfica prpura. La corona de espinas era una corona de oro. El horror aument en Prisco. ¿Era aqu el desgraciado Rabb, en verdad? ¿Era aqu el campesino sin familia y sin riqueza? Pareca increíble. Tena el aspecto de un Emperador, aunque los soldados le empujasen y golpeasen rindose de l, en la forma ms grosera que acostumbraban y le escupiesen en el rostro.

—¡Salve, oh rey de los judos! —gritaban los soldados. La multitud callejera aullaba. Pero cientos de mujeres cayeron sobre sus rodillas y extendieron hacia adelante sus brazos, cientos de hombres gimieron y sus ojos se inundaron de lgrimas, deseando ser nios para llorar abiertamente. La escena era demasiado catca para un solo par de ojos y los de Prisco se alocaron tratando de abarcarlo todo. Pero finalmente no pudo ver ms que al condenado, que vacilaba bajo los golpes de los soldados.

Prisco condujo su caballo y sus manos temblaron cogidas a las riendas. Hizo un gesto a sus oficiales y empezaron a andar hacia las puertas de la ciudad que estaban completamente abiertas. Prisco se dijo a s mismo: ¿ ¿Quin es este que es t a punto de morir? ¿ Mir hacia atrs. Una cruz haba sido colocada sobre los hombros del dbil Rabb y vacilaba desesperadamente bajo su peso, tratando de mantenerse firme bajo los brutales golpes de los soldados. El horror se profundiz en Prisco. Meti la mano bajo su propia armadura y toc su amuleto, un talismn contra el mal, pero el metal arda en sus dedos y estaba hmedo a causa del sudor.

A su alrededor oa los ms ensordecedores rugidos, lamentos, gritos y sollozos. La luz era insufrible, era como si el resplandor del sol se hubiera multiplicado. Su fulgor traspasaba sus prpados e inflamaba su frente. El olor humano y el cido sabor que se elevaba le producan nuseas al joven romano. Empez a dolerle fuertemente la cabeza, sus huesos temblaban y se estremeca, era demasiado fuerte para l. Tuvo que cerrar sus ojos para escapar de la furia y resplandor de la fiera luz. Los edificios, an los ms lejanos, danzaban salvajemente ante l, olas de color se extendan sobre todas las cosas, dndoles as pecto de locura e inestabilidad. Y ms all del Ggota, las nubes rojas y prpura llenaban el cielo como llameantes lenguas, encendiendose sobre los cielos al rojo vivo, saltando tras el cobre del monte.

Un grito todava mayor surgi de la multitud; de nuevo Prisco mir hacia atrs. El criminal haba cado en el polvo; una mujer joven, con el rostro cubierto de lgrimas, limpiaba su rostro. Un soldado haba gritado terminantemente a un mirn y el hombre, negro de piel y enorme corpulencia se acerc al ins tante y alz la cruz sobre los hombros del condenado. Con ayuda de los soldados coloc la cruz sobre sus propios hombros y

permaneci en posicin inclinada y con una profunda sonrisa jugueteando en sus labios. Mir al cielo, las lgrimas y el sudor empezaron a correr por su carne bronceada por el sol. Avanz dcilmente, como quien est sometido a un sueo exttico, con fuerza y sin vacilaciones. Era como si llevase con orgullo sobre sus hombros la litera de un rey. Tras l avanz el criminal tropezando, sus labios se movan silenciosos. El populacho le sigui como un ro multicolor, gritando y gimiendo, agitando sus puos en el aire. Y sobre todo aquello caa una estremecida y ultraterrena luz.

Entonces Prisco oy una voz, hablando en un arameo cerrado, pero pura, segura y firme como la voz de un rey:

—Hijas de Jerusaln... no lloris por m, sino por vuestros hijos. Porque he aqu que das vendrn que los hombres dirn: ¶ Benditas sean las estériles y los vientres de las que nunca parieron y los pechos que nunca amamantaron ¶. Luego dirn a las montaas: ¶ Caed sobre nosotros ¶, y a las colinas: ¶ cubridnos. ¶

Prisco se sinti asombrado por aquella voz y las extraas palabras que haba pronunciado. Era como si mil orculos hubiesen hablado, era como si Apolo, conmovido por la agona de los hombres, hubiese llorado por ellos, era como si Zeus hubiese lanzado sus rayos sobre ellos, y el pueblo tan clamoroso, tan estremecido y roto de dolor qued silencioso por un momento.

— ¿Quin es /I? —pregunt el joven soldado a Prisco, pero Prisco no pudo responder.

El ardiente y tortuoso camino se extendía ante ellos, ascendiendo hasta el Glgota. Prisco se dijo a s mismo en una inexplicable desesperacin:

¶ No debo mirar hacia atrs otra vez. ¶ No poda cerrarse ante la conciencia de una tremenda lamentacin que se mezclaba con aquella luz, el lamento que segua al condenado como una marea de tristeza y desesperacin. Y sobre toda aquella marea se alzaban los gritos de la plebe callejera, ansiosa, como siempre, con su instinto de odio y amenaza para la vctima.

Las murallas amarillas de la ciudad quedaron atrs y el estrecho camino se alz empinado hacia el monte Glgota, cuyo bronceado color arda y semejava el humo de un fuego devorador. Las piedras rodaban bajo los cascos del caballo de Prisco que retroceda tropezando. Poda or el repiqueteo de los cascos de sus seguidores y sus aterrorizadas y contenidas maldiciones. Sorprendido, mir a su alrededor; el paisaje abrasaba por el calor, las montaas con terrazas sobre las que descansaban cipreses y olivos, eran trozos de jardines verdes. Pero todo tena un brillo siniestro de pesadilla. El sudor descendía por el rostro de Prisco que se quit su yelmo para secarse la frente y el rostro. Su respiracin se hizo pesada con profundo esfuerzo. ¶ No debo pensar —exclam para s—. Estoy enfermo, veo con ojos de enfermo. Esto no tiene importancia, es slo la ejecucin de un criminal para Roma, un incitador de la multitud contra su autoridad.

El terror de aquella situacin continuaba oprimiendo su carne, su mente y su alma. Se sinti abrumado ante el tono del cielo sobre el monte; las llamas encendidas se elevaron ms y ms como devorndolo todo. Poda en realidad, sentir su palpitacin. Su espíritu romano supersticioso se acobard. Las lamentaciones llenaban el aire.

Prisco dijo al oficial que tena ante s:

—Haced retroceder a la muchedumbre. Que no cubran la cima del monte, han de permanecer abajo. ¿Quin sabe lo que pueden hacer con nosotros? Somos pocos y ellos son miles, crecidos por la excitacin y la emocin.

Los oficiales dieron media vuelta y en sus caballos, que se resistían; descendieron contra la multitud, pero Prisco no mir hacia atrs, jadeante, dej caer la cabeza contra su pecho y esperar. Despus de un poco, le pareció que los gritos y los quejidos disminuían ligeramente y sus oficiales y soldados hicieron retroceder con fuerza a la gente para evitar que siguieran ascendiendo. Entonces Prisco vio que dos cruces estaban siendo levantadas contra el amenazador y humeante cielo, dejando un lugar entre ellas. Pudo ver los hombres desnudos claramente, aunque estaban abajo y a cierta distancia. Eran rostros oscuros y contorsionados, sus brazos extendidos en agona sobre las cruces, uno de ellos gimiendo.

Sus oficiales volvieron de nuevo a su alrededor y el ms joven de ellos dijo:

—Les hemos hecho retroceder, no se entrometern, porque nuestros hombres tienen las espadas desenvainadas.

Entonces Prisco se sinti impelido a mirar hacia atrs. El pueblo cubra los lugares inferiores del monte como un bosque turbulento de muchos colores, se movía constantemente, estremeciéndose y agitándose en todas partes. Ante ellos pasaba la pequea procesin del portador de la cruz; unos pocos soldados y el condenado. El Rabb ascendía con movimientos dbiles y la cabeza inclinada. Sin embargo, todo su aspecto era real, era un rey cautivo que esperaba la ejecucin. Prisco le mir con una terrible intensidad y en aquel momento Jess alz el rostro y los ojos azules brillaron con ardor. Su manto rojo penda de sus hombros como un manto real.

A pesar de las precauciones, ya haba un grupo esperando en la cima del monte, unas pocas mujeres silenciosas; un joven o dos vestidos pobremente y, para la inexpresable ira de Prisco unos cuantos fariseos y escribas a quien l reconoci. Llevado de toda su fuerza, Prisco ascendió el ltimo trozo difícil y dijo a los fariseos con voz ronca:

— ¿Qu estis haciendo aqu, ante la ejecucin romana de criminales bajos?

Uno de ellos se inclin servilmente y respondi:

—Estamos aqu como testigos, porque corre el estpido, rumor de que este turbulento desgraciado, Jess, no morir, sino que vivirá y descender de la cruz y conducir al pueblo a la anarquía y levantamiento contra la paz. Nosotros debemos decir al pueblo despus lo que hemos contemplado y esto ser el fin de todo.

Prisco, no supo por qu, dijo en alta voz:

—No, no ser el fin. Nunca ser el fin.

Y golpe el puo contra su espada, mientras el sudor empapaba su rostro.

Los fariseos fruncieron el ceo y se consultaron unos a otros; luego se encogieron de hombros mientras los escribas respiraban fuerte. Pero Prisco, respirando pesadamente ante el temeroso silencio en la cima del monte, volvi su atencin hacia las mujeres. Sin embargo, tan slo vio a una en realidad. Una mujer ligera, de edad indeterminada, porque su plido y liso rostro poda ser el rostro de una muchacha como el de una mujer madura, serena pero rgida a causa del dolor. Pens para si mismo: † ¿Es ella su hermana, su esposa, su madre? No, es imposible que ella sea su madre, porque tiene el aspecto de la eterna juventud y es muy hermosa, ms hermosa incluso que mi madre adoptiva Iris o mi hermana Aurelia. † La mujer le mir como si oyese sus pensamientos, volviendo el profundo azul de su rostro hacia l, un rizo o dos, dorados a la luz del sol, se haban escapado del velo azul oscuro y se mecan sobre su blanca frente movidos por un repentino viento. Su boca era dulce y sin color, llena de ternura. Pero tena una serenidad que impresion a Prisco, la firmeza de su cuerpo juvenil, la paz de su importante belleza. Estaba vestida de lienzo tosco, y en sus hombros penda una tnica azul de la misma tela. Prisco deseaba hablar con ella, porque ella tena una quietud tan noble y un aspecto de pacfico dolor. No supo por qu, desmont y se acerc hasta ella. Ella vio cmo se acercaba, su condolido rostro se volvi hacia l. Prisco intent que su voz sonase ruda:

— ¿Quin eres y quines son los que estn contigo?

Ella respondi amablemente:

—Soy Mara, su madre, y stos son nuestros amigos.

Dese ordenarle que descendiese. Luego vacil. Ella continu mirndole con tranquilidad, penetrndole con sus ojos. Sus manos estaban cruzadas juntas, dos mujeres permanecan junto a ella como doncellas de una reina. Lloraban, pero ella no lloraba. Una profunda dignidad la rodeaba.

— ¿Eres t su madre? —dijo Prisco entristecido y el pensamiento de Iris y de la madre que nunca conoci, y se sinti lleno de la tristeza de todas las madres del mundo.

Mara inclin su cabeza, sus ojos azules continuaron inmutndole. ¿l hizo un gesto de incertidumbre.

—No ser una misin agradable para una mujer.

—Yo lo he sabido desde hace mucho tiempo.

¿l la mir parpadeando, ella sonri un poco, y de nuevo pens incoherentemente en la compasiva sonrisa de Iris. ¿Cmo era posible que aquella mujer se entristeciera por l, el verdugo romano de su hijo? Dese hablar ms con ella, pero sus ojos le haban dejado, dirigiéndose hacia su hijo, que llegaba en aquel momento hasta la cima y un estremecimiento como el reflejo en el agua, recorri todo su cuerpo, dio un paso hacia adelante con las manos extendidas en la eterna actitud de una madre. Las dems mujeres pusieron sus brazos alrededor de ella y la hicieron retroceder. Los colores llameantes de fuego, rosa y prpura, iluminaron su rostro.

Los oficiales de Prisco miraron asombrados a su superior desmontado, que se haba dignado acercarse a una pobre mujer juda. Vieron su expresin miserable, su incertidumbre, sus ojos llenos de desesperacin y se asombraron ms con intranquilidad. El joven oficial murmur para s su encantamiento contra los acontecimientos adversos. Los fariseos y los escribas permanecan aparte, los fariseos fros de aspecto y silenciosos, los escribas murmurando entre ellos. Entonces Prisco, mirando al silencioso prisionero que permaneca; de pie ante l y viendo las gotas de sangre que descendan sobre su rostro, procedentes de las espinas de la corona y su absoluto sufrimiento, exclam:

— ¡Terminemos con el asunto, en nombre de todos los dioses!

Se volvi hacia un lado con gesto desordenado y vacilante.

— ¿Dnde hay vino y una copa? —dijo a uno de sus oficiales que le mir cegado por un momento, quien se dirigi a su saco colgante de la silla y trajo un recipiente de soldado que contena vino y una tosca copa. Desmont y lo puso en las temblorosas manos de Prisco.

—Opio tambin —murmur Prisco deseando dar al condenado algo de insensibilidad para el dolor. Sin hablar, el oficial sac de una caja de madera un poco de opio y lo verti en el vino.

La amenazadora y tremenda luz aument como la temible luz del Olimpo. Prisco se acerc al condenado y todo el monte qued en silencio. Las mujeres dejaron de sollozar. Entonces Prisco permaneci ante Jess y le mir de lleno el rostro, su voz apenas sala de su garganta. Los ojos divinos le miraron directamente como si penetrasen hasta su alma y Prisco pens con terrible asombro: † ¿Quin es ¿l?†

—Bebe —dijo—. Te ayudar.

Pero Jess movi la cabeza ligeramente rehusando, sin embargo, inclin la cabeza agradecido. Entonces, la mirada que hizo a Prisco era ms tierna, ms all de toda la ternura que pudiese ser imaginada, ms gloriosa y ms increíblemente amable y gentil. Prisco retrocedi ante aquella mirada. Sumido en mayor terror y asombro que antes, hasta que tropez contra su caballo.

—Que se consume —exclam—; terminemos de una vez. —Y escondi su rostro sobre el cuello de su caballo, temblando. Prisco permaneci junto al caballo con los ojos cerrados. Desde abajo en la lejana, como el sonido de un doloroso mar, surgen quejidos y lamentos. Pero ante ellos, Prisco no se atreva a volverse. Lleg el sonido de los martillos. ¿Por qu todo estaba all tan silencioso? ¿Por qu no gritaba el condenado cuando los clavos atravesaban su carne?

Y entonces ¿l habl en voz alta:

† Padre, perdnaos, porque no saben lo que hacen.†

Prisco sinti un horrible estremecimiento recorrer toda su carne y su caballo se agit bajo su presin. ¿Est implorando a Dios?, se pregunt Prisco a s mismo en medio de la turbia confusin de su mente. ¿Por qu deben los dioses perdonar, y a quin deben ellos perdonar? ¿A m? ¿Al pueblo? ¿A los verdugos? ¿Qu locura es esta? ¿Por qu debe cualquier hombre perdonar a sus enemigos o implorar a los dioses que lo hagan, cuando est sufriendo y la agona y la muerte estn sobre l?

El joven soldado dese que la oscuridad descendiese sobre l y desmayarse para no ver nada ms. Pero la terrible luz penetraba a travs de sus prpados y alz su cabeza retirndola del cuello del caballo y se sinti impelido a mirar. Los verdugos haban terminado su tarea, el condenado haba sido atado desnudo, excepto por un ligero lienzo alrededor de su cintura. Los hombres empezaban a alzar la cruz para colocarla entre los dos ladrones, contra el estremecedor cielo. La cruz era mayor que la de los otros y en contraste con la oscura y tosca madera, el cuerpo del hombre que colgaba, era blanco y suave como el alabastro y semejaba brillar. Pareca no darse cuenta de su angustia, sus ojos tranquilos contemplaron a la mujer, su madre, y le sonri amorosamente como para consolarla y darle seguridad. Luego los separ de ella y mir hacia abajo a la inquieta multitud que se extendía en la parte superior del monte y luego contempló a la ciudad a lo lejos, sus retorcidas paredes amarillentas baadas en aquella luz ultraterrena, sus tejados y cpulas iluminadas. Suspir con un gran y profundo suspiro y momentneamente cerr sus ojos.

Entonces un silencio atemorizador se extendi allí. Mara se haba sentado sobre una gran roca con el rostro cubierto por las manos, las mujeres arrodilladas ante ella consolndola, sus amigos, tan pobres como l, permanecan en un grupo sin dejar de mirar al condenado. Eran jvenes, evidentemente muy jvenes, sus pequeñas barbas se movan en sus mejillas por el ms ligero de los vientos y sus rostros estaban cubiertos de lgrimas.

Un joven oficial, un centurin, toc el hombro de Prisco en tono de pedir disculpas.

—Los soldados esperan tu seal, noble Prisco —murmur—, Como sabes, la ley les permite que se dividan los bienes de aquellos condenados a la muerte.

Prisco le mir distraído porque todo se movía ante l. Los impacientes soldados se dividieron los vestidos de Jess y se quejaron entre ellos de que fuesen tan pobres y de que no hubiese ninguna bolsa de dinero o algo de ms valor. Descontentos, y después de haber bostezado, se apartaron un poco y se arrodillaron para jugar a los dados. Pasara algún tiempo antes de que pudiesen marcharse. Aquellos que eran crucificados moran lentamente. Era tedioso. Las mujeres permanecieron sentadas como estatuas. Entonces Prisco vio que sobre la cabeza del moribundo haba sido clavada una inscripción que estaba escrita en letras griegas, romanas y hebreas: † Este es el Rey de los judos †.

Un golpe de aplastante ira invadió el corazón de Prisco ante aquella burla. Apretando sus puños se obligó a s mismo a acercarse a la cruz y mir al crucificado. Sus dientes castañearon. Trat de hablar. Los ojos misteriosos le miraron con una sonrisa azul que contenía compasión y agona. Prisco colocó su mano contra la parte inferior de la cruz y se sintió lleno del deseo de caer al suelo y llorar. Se volvió hacia un lado y vio que su mano estaba manchada de sangre y miró a la brillante escarlata estupefacto. Como un ruido de violento choque de huesos podía oír el juego de los dados de los soldados y la excitación de sus apuestas. Un grupo de escribas y fariseos se acercó también a la cruz. Uno de los fariseos miró hacia arriba al moribundo y dijo severamente:

—Que se salve a s mismo si es el Cristo, el elegido de Dios.

La atención de los soldados que apostaban fue atraída por su voz y ellos estallaron en risas. Uno de ellos, un joven, se acercó a la cruz con una copa de vino en su mano. Con gesto incierto, pero no hostil, sino más bien estúpido. Alzó la copa a Jess y dijo casi en tono amistoso:

—Si t eres realmente el rey de los judos, sálvate a ti mismo.

Pero el moribundo no habló. Un plido velo azul haba cubierto sus ojos, parecía haberse sumido en una insondable contemplación.

Uno de los ladrones gema terriblemente. Volvió su ruidosa y torturada cabeza hacia Jess y sus oscuros rasgos estaban contorsionados. Trat de escupir al rostro heroico, pero su saliva cayó en el polvo. Luego exclamó:

—Si t eres el Cristo, sálvate y sálvanos.

Y cayó en un gemido y ahogado maldecir.

Prisco se movió convulsivamente, dese elevar su espada y cortar los labios del ladrón. Pero antes de que pudiese desenvainarla el otro ladrón deca con voz débil y reprochadora:

— ¿No temes ni siquiera ahora a Dios, viendo que estás bajo una misma sentencia? Y ciertamente con justicia, porque recibimos lo que nuestros actos merecen. Pero este hombre no ha hecho ningún mal.

Prisco quedó transfigurado, su mano cayó de la espada. El segundo ladrón volvió la cabeza a Jess y sus burdos rasgos temblaron mientras las lgrimas caían de sus atormentados ojos. Su pecho se agitaba y sus brazos se retorcan sobre la cruz. Solloz en alta voz. Luego dijo humildemente:

—Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino.

Y se inclinó hacia Jess como si su miserable alma fuese impelida por una tremenda fuerza y como si todo su espíritu se sintiese atraído hacia su compañero. Jess no pareció oírle durante algunos momentos. Luego levant la cabeza y de su penetrante contemplación que se extendía hacia abajo de la sollozante multitud habló. Su voz era aún más fuerte, clara, amable. Miró al segundo ladrón con una compasión ultraterrena y sonrió:

—Amn, te digo que hoy estars conmigo en el paraso.

De nuevo mir a su madre y de nuevo una luz recorri su espectral figura sobre la cual la sangre corra como rubes. Como si hubiese odo una orden, alz su cada cabeza y madre e hijo se miraron otra vez y hablaron juntos en una lengua que no fue oda por ningn hombre. Prisco les contemplaba y su corazn lata de temor con un furioso deseo.

Un tiempo incontable transcurri. Prisco haba cado en un estado de semisueo. Crey que haba permanecido siempre en aquella forma, su cabeza apoyada contra el cuello del caballo, su enfermedad siempre apoderada de l. Pens que no haba conocido otra cosa toda su vida, que el brillo de aquella luz sobre los yelmos de los soldados, mientras permanecan arrodillados jugando, sus llameantes manos y la iluminacin que pareca danzar sobre sus armaduras. Haba visto por siempre aquellas hirvientes nubes coloreadas como vapor, ascendiendo inflamadas hacia el cielo rojiblanco. Y por siempre su vista haba estado fija en aquellas tres cruces y haba contemplado la blanca figura contra la oscura madera, congelada eternamente, y nunca dejara aquel lugar o nunca sabra nada ms de nada.

Los jvenes amigos de Jess se haban acercado hacia la cruz y cayendo ante ella, como si un rayo hubiese cado sobre ellos, sus posturas abandonadas e inmviles de dolor, sus cabezas inclinadas contra la madera y las mujeres permanecan sentadas aparte. Mara mirando ante ella, como si mirase a las edades venideras, su noble cabeza elevada por encima de la de las dems mujeres.

El joven centurin se acerc de nuevo a Prisco. Estaba muy plido y murmur:

—Prisco, no me gusta esto. Hay algo amenazador aqu. Prisco humedeci sus enfebrecidos labios.

—Dame vino —dijo.

El capitn centurin le dio vino, vertido cuidadosamente. Pero sus ojos continuaron contemplando el cielo. Prisco tom la copa y bebi de un tirn, era un vino pobre y cido, que le enferm. Verti el resto en el suelo y se sinti estremecer.

Era la hora sexta. La atronadora luz vibraba ms cegadora que antes, como si estuviese tomando fuerza para transfigurarse, en una enorme conflagracin. Prisco pas sus manos sobre su rostro, encontrando corrientes de agua. Los dos ladrones crucificados antes haban cado en la inconsciencia de la muerte. Pero Jess an contemplaba la ciudad como si pensase y no se diese cuenta de que estaba muriendo.

Y de pronto la luz se fue. Haba desaparecido tan completamente como si la noche se hubiese extendido sobre la tierra. Los soldados arrodillados que apostaban en su juego, saltaron y se pusieron en pie con un grito de terror. El centurin, con renovado pnico, se agarr a los hombros de Prisco como buscando proteccin. De la multitud que se extendia debajo surgi un poderoso gemido. En aquel instante la tierra se estremeci como un barco agitado por una gigantesca ola y el sonido como de un trueno recorri las tinieblas. La tierra vacil y se retorci como si en sus entraas surgiese un enorme quejido del fondo del mundo y del cielo.

— ¡Es cierto! ¡Es cierto! —exclam Prisco.

Pero no saba qu es lo que quera decir. Se agarr fuertemente al cuello de su caballo aferrndose. El dbil pensamiento de que tenia que inspirar valor a sus hombres se le acudi, pero sus piernas vacilaban.

Entonces todo el aire se llen por una poderosa voz, alzndose firme y llena de gozo.

—Padre, en tus manos encomiendo mi espritu.

La oscuridad se hizo ms profunda. Los soldados se agruparon temerosos. Los fariseos y los escribas retrocedieron hacia abajo murmurando silenciosamente y cogindose los brazos unos a otros. Pero Prisco mir a la cruz central con ojos desolados. La figura sobre ella era la nica luz en aquella aterradora oscuridad y era como un fuego blanco que pareca tender y elevarse hasta el mismo cielo por encima del monte. La temblorosa tierra, trmula y agitada, se calm y permaneci quieta.

Prisco oy la voz de su joven oficial, el centurin, hablando dbil y estremecido.

—Ciertamente este era un hombre justo.

Y cay sobre sus rodillas y los dems soldados igualmente abatidos cayeron tambin a su alrededor implorando a sus dioses que les ayudasen y les salvase. Una poderosa nusea se apoder de Prisco. Se retir de su caballo con pasos dbiles, se acerc a la cruz y a su brillante figura. Jess estaba muerto, su cabeza yaca sobre el pecho. Las gotas de sangre se deslizaban negras sobre su carne en aquella profunda tenebrosidad.

Prisco mir a las silenciosas figuras de los amigos de Jess, su cabeza estaba llena de dolor. Despus volvi a apoyar su mano sobre la cruz y llor.

Lucano se inclin ms cerca hacia su hermano sosteniendo su fra mano. No se haba dado cuenta del tiempo, la luz de la Impara brillaba sobre el rostro descarnado de Prisco por el que corrían abundantes gotas de sudor. Pas un largo tiempo. Prisco cerr sus oscurecidos ojos y todo qued en silencio. Lucano le mir como un hombre sumido en un sueo. Ni l ni Prisco se haban dado cuenta de que los criados haban penetrado en el dormitorio para anunciar la hora de la cena. No se dieron cuenta que finalmente el propio Plotio haba entrado, alarmado y luego viendo a los dos con sus cabezas juntas y oyendo que Prisco estaba hablando y no poda ser interrumpido, se haba retirado frunciendo sus cejas y secando sus labios.

Lucano levant la cabeza. Estaba lleno de asombro y tristeza, pero también lleno de gozo y seguridad. Toc con su mano la frente de Prisco y ste abri sus ojos.

—No hay nada ms... —dijo Prisco con voz moribunda—, los rumores de que en el tercer da se levant de entre los muertos, pero estos rumores fueron suprimidos y sus seguidores temerosos, huyeron de la ciudad.

Fue en aquel tiempo que ca enfermo, empec a vagabundear y comenc el dolor de mi estmago y supe que /I me haba condenado a muerte por mi parte en su ejecucin.

Pero Lucano sonri alegremente y coloc sus palmas contra la mejilla gris y descarnada de su hermano. Luego exclam:

—No, ¿cmo podra Dios condenarte? Estaba profetizado desde haca siglos que /I morira de aquella manera para la salvacin de todos los hombres. No slo de los judos. Lo he sabido siempre tambn. ¿Te odi /I? No, /I te am. Has hablado de su mirada compasiva hacia ti. Desea que t te acerques ms a /I, que descanses en su corazn y que seas uno con /I. Escucha, te aseguro que /I te ama y est siempre contigo.

Los ojos hundidos de Prisco adquirieron brillo. Incln su mejilla contra la mano de Lucano, las lgrimas empezaron a manar de sus ojos.

—¿Es cierto? —Pregunt con ansiedad—, ¿es cierto?

—S, es cierto, y /I ha resucitado. Sin duda alguna. /I ha resucitado.

—¿Y era sin duda Dios?

—Sin duda. /I era Dios.

Lucano se inclin hacia adelante y bes la frente de su hermano. Los ojos de ambos estuvieron cerca, los oscuros y los azules. Lucano sonri amoroso y con fuerza. Prisco murmur, y acurruc su marchito cuerpo ms cerca de su hermano y repentinamente qued dormido en completo agotamiento. Pareca no respirar. Una expresin de paz y contento se extendi por sus moribundos rasgos y era como si hubiese llegado al hogar despus de un terrible viaje a travs del cual ha sido amenazado por tremendos monstruos. Era como uno que ha sido exilado en un fiero desierto y a quien se le ha ordenado regresar.

Lucano se levant y contempl al durmiente enfermo. Junt sus manos y murmur:

—Oh, T que me has atrado de los desiertos desolados, de la oscuridad, de la esterilidad, por causa de Tu amor y Tu eterna misericordia. Oh, t que eres compasivo ms all de toda imaginacin, T que has perseguido mi vida para llevarme a Ti. T que conoces el sufrimiento de los hombres porque T lo has sufrido. Oh, bendito eres en mi alma y yo te imploro que aceptes mi vida para que pueda servirte a Ti. Siempre te he amado incluso cuando contenda contigo a causa de mi falta de comprensin. S misericordioso para mi un pecador, un hombre sin importancia. Oye mi voz que te implora. Ten misericordia de mi pobre hermano, a quien le fue concedido el mrito de verte en carne, l te ama y te conoce. Trele la paz, librale del dolor. Si debe morir concdele una muerte tranquila sin ms angustia. ¿No eres T compasivo para con todos tus hijos? ¿Acaso imploran a Ti en vano? No. Nunca apelan a Ti sin que T les ayudes y les consueles. Aqu est mi hermano que te ama, ten misericordia de l y condcele a Ti.

Prisco durmi como un nio cansado. El sudor se sec en su rostro. Lucano se inclin y le bes dulcemente. Luego redujo las Imparas y sali de la habitacin.

Entr en el comedor, donde estaban sentados Niceas, Josu, Arieih, Hilel y Plotio. /I no lo saba, pero su aspecto brillaba como la luna y ellos abrieron los ojos para contemplarle. Mir a Arieih y a Hilel y exclam:

—He escuchado a mi hermano durante todo este tiempo y os aseguro que l conoci a Dios, le vio crucificado y es bendito y sin duda, como se ha dicho, Dios ha resucitado. Sin duda /I ha resucitado, bendito sea su nombre.

Los otros permanecieron sentados como estatuas y palidieron. Despus Josu se levant y extendi su mano hacia Lucano y dijo:

—Lo saba. Desde el principio lo saba.

Arieih y Hilel se levantaron y extendieron sus manos hacia Lucano y sonrieron, l vio sus lgrimas, pero Plotio, turbado, frunci el ceo y sec sus labios.

CAPITULO XLV CAPITULO XLV

MUCHO despus que todos los dems durmiesen, excepto los guardianes encargados de la entrada, Lucano escribi su evangelio de la crucifixin. Las puertas de su dormitorio estaban abiertas y la brisa procedente del mar, cargada de sonidos y aromticos perfumes de los jardines, llegaba hasta all. Algunas veces, medio soando con su estilo en la mano, alzaba su dorada cabeza para escuchar el silvestre y dulce estremecimiento de los pjaros de la noche y el incesante rumor de las fuentes. A su alrededor ardan Imparas de oro, plata y cristal y con frecuencia ignorndolo contemplaba los murales de las paredes.

¿Cuntas cosas, pens, le haba dicho Prisco? ¿Y cuanto haba visto espiritualmente a travs de los moribundos ojos de su hermano? Prisco no era un joven que tuviese un gran poder descriptivo, sin embargo haba influido en Lucano a travs de aquellas horas de grandeza y terror en el Glgota, de tal forma que Lucano poda contemplarlas por s mismo como si estuviese presente. Fue l quien toc la cruz, quien haba visto al hombre sobre ella; haba recibido su dulce y misteriosa sonrisa, haba mirado a Mara y se haba sentido desgarrado a causa de su dolor, haba escuchado los aullidos y lamentos del pueblo. ¿Qu significaba aquel grito que Dios haba lanzado sobre la cruz, que Prisco recordaba pero que no pudo traducir? Lucano se detuvo pensativo. Como griego era preciso no poner nada en su evangelio excepto lo que Prisco haba visto y recordaba, y lo que, a travs de sus ojos, misteriosamente, l por s mismo haba discernido. Mientras Lucano escriba, sus ojos se llenaban con frecuencia de lgrimas y su corazn se inflamaba de adoracin. Algunas

veces era incapaz de sufrir su emoción, se levantaba y caminaba inquieto de arriba abajo en su habitación, percibía el cansancio, de cuando en cuando, beba un poco de vino dulce de Judea o coma un trozo de pan. No sentía entonces tristeza por Prisco. El joven soldado estaba a salvo, había visto a Dios con sus propios ojos, la tristeza que Lucano sentía era por Iris, su madre, y por aquellos otros que amaban a Prisco y que se lamentarían por él. Pero yo no puedo lamentarme. Él ha sido bendecido.

Los pájaros de la noche quedaron silenciosos repentinamente y el aire frío del amanecer trajo los cantos de otros pájaros y las fuentes sonaron con un sonido más cercano. El evangelio de la crucifixión quedaba terminado. Había otras partes que añadir, después de hablar con Mara y los apóstoles. Una ligera luz sonrosada, débil y tenue se proyectó a través de la puerta; Lucano se levantó y salió a la blanca columnata más allá de la puerta.

Nunca había visto una vista más hermosa ni llena de paz, sobre la montaña. El mar hacia occidente, tenía el color de las uvas maduras, moviéndose hacia oriente de donde procedía la luz. El puerto estaba lleno de grandes galeones, sus mástiles blancos más altos parecían tocados ligeramente con un sonrosado fugitivo. El cielo se inclinaba púrpura y en sus más bajos lugares las estrellas fulgían ligeramente como si descendiesen tras una turba de tierra.

La plida luz de la luna las seguía, hundándose para descansar. Cesrea apenas si se había despertado; la ciudad se extendía sobre el mar y la montaña sobre la que se elevaba el palacio de Pilatos, apretadas masas de tejados blancos relumbraban como nieve. Todo alrededor de aquel monte en particular se elevaba; plateados olivares, murmurantes con las voces de las palmeras y los cipreses, aunque algunos de ellos estaban tan desnudos como el bronce. Pero los jardines descendiendo ligeramente de los palacios mellizos de Pilatos y Herodes aparecían de un verde nuevo llenos de senderos curvados de piedra roja machacada o blancas piedras deliciosas con nuevos planteles y parterres de fragantes flores con rboles resinosos. El aire puro bañaba todos los alrededores, claro y transparente a medida que la tierra se iluminaba y las blancas estatuas esparcidas a través de los jardines empezaban a brillar débilmente.

Lucano suspiró con placer y plenitud. Un ligero viento se elevó desde el mar y las crestas del agua quedaron cubiertas en un delicado color rosa. Lucano miró al cielo oriental, ancho y púrpura, estremecido de luz escarlata, y sobre este lago de fuego tembloroso los cielos habían tomado un tinte de jade insondable e intenso. Abandonó la columnata y volvió al palacio andando suavemente sobre los senderos engravillados. Y entonces frunció el ceño. Ninguna ventana se asomaba al otro lado de la montaña y en consecuencia se veía desnuda y amarilla, incluso la luz que empezaba a emerger, tenía allí un tono de limón fuerte, como si el desierto y el aire que se alzaba de ella fuese pesado y frío. Allí instantáneamente surgió la belleza de la fealdad. Tuvo conciencia, por primera vez de estar cansado y sus ojos parpadearon. Descendió la colina durante un buen trecho, sintiendo la pesadez de aquella tierra amarilla bajo sus sandalias, escuchando el resbalar de pequeñas piedras que se extendían a sus pisadas. Era un lugar desolado ágil, y la desolación había sido creada por el hombre. Se sentó en un tronco suspirando y frotando sus ojos, miró las cimas de los montes que lo rodeaban, que adquirían un mayor contorno momento tras momento. En pocos minutos el sol surgía tras el monte oriental más alejado como un guerrero revestido de armadura de oro.

Lucano oyó el rodar de las piedras y mirando hacia abajo vio un perro amarillo del color de la misma tierra. El perro viéndolo se detuvo y le miró fijamente. Era un animal de tamaño mediano, y cada pelo de su rizada pelambrera parecía poseer un extraño brillo que destacaba en aquella atmósfera aguda y seca. Tenía un aspecto sinuoso, fiero, tímido y muy agresivo, su cabeza plana echada hacia adelante, olfateando, y sus ojos brillantes como salvajes rubes. Lucano sintió su desconfianza y le sonrió. No era un perro de raza, mimado o alimentado con delicadezas de una mesa de patricios. Aparentemente había sido castigado, porque miró a Lucano con fiereza, y él pudo ver los rápidos movimientos de sus costillas mientras jadeaba un poco.

Lucano amaba profundamente a los animales, silbó suavemente, extendió sus manos y chasqueó sus dedos. El perro dio unos cuantos pasos hacia atrás sin apartar sus ojos de él. De pronto se quedó muy quieto, su cabeza inclinada hacia adelante, contemplándole como sorprendido. Tras él había unos matorrales polvorientos y secos. Lucano sonrió otra vez al ver un grupo de cuatro cachorrillos emerger gruendo, y rodear al animal que aparentemente era su madre.

—Ven —murmuró Lucano, extendiendo su mano y chasqueando sus dedos con un tono de confianza.

El animal alzó sus orejas y de su garganta surgió una pregunta esperanzadora. Entonces su boca se abrió mostrando sus dientes en una sonrisa casi humana de afecto, se inclinó hacia el monte, descendió la colina y saltó, maloliente, pestilente y polvoriento sobre su pecho. Sus agudas patas se apoyaron en su hombro, olfateó su cuello, su rostro y le lamió las mejillas como dándole besos fervientes.

Él no se sintió molesto por el olor de carroa. La sostuvo en sus brazos y le habló como un padre. «Pobre criatura!» Recordó que Dios había bendecido a los animales de la tierra mucho tiempo antes de que hubiese creado al hombre. El excitado corazón palpitaba contra el de Lucano como en un ardiente deseo de amor. Los cachorros ascendieron la colina perezosamente y contemplaron a su madre con asombro y examinaron a Lucano olfateando sus pies, luego suspirando se echaron a sus plantas y reclinaron sus pequeñas cabezas contra su carne. Él continuó acariciando a la madre y ella se mantuvo junto a él como si deseara mezclarse con él. De su garganta surgió un desolado e inexpresable murmullo de ruego. Qué consoladores eran los animales. Nunca eran malos. Vivan sin hipocresía de acuerdo con su naturaleza. Cazaban, no por deporte sino para alimentarse. Posean una inocencia salvaje y un encantador jugueteo, y sus lealtades eran seguras y sin malicia. Los griegos habían afirmado que no tenían alma, pero sin duda que esto no era cierto. Tenían

almas de nio, simples y sin malicia, e incluso sus pasiones eran infantiles y no corrompidas como las de los hombres. ¿Conocan a Dios? ¿Quin podra contestar a esta pregunta con seguridad? Incapaces de tener virtudes, eran por lo tanto libres de culpa verdadera. Incluso el audaz tigre, el fiero len, el poderoso elefante, las multicolores serpientes eran incapaces de malicia real como era el hombre. Por lo tanto no les impeda amar a Dios.

El animal repentinamente olfate en los brazos de Lucano. Alz su cabeza rgidamente, luego gru(60) y salt de sus brazos cayendo al suelo con un aullido que era a la vez familiar para l. Lo haba odo en Siria, en los alrededores de Alejandra, en las plateadas montaas de Grecia y se sinti aturdido. El perro aull a sus cachorros y stos se pusieron en pie apartndose de Lucano, rodearon a su madre y huyeron con ella hacia los matorrales y desaparecieron all inmediatamente. Eran chacales, los ms odiosos y despreciables animales, los portadores de rabia, los comedores de carroa, los despreciados de bestias y hombres. Lucano no les haba visto nunca antes porque eran criaturas nocturnas. Mir sus manos que haban estado en contacto con los chacales, donde haban yacido y se sinti lleno de asombro y sorpresa, porque supo que odiaban y teman al hombre y le evitaban como a la misma muerte.

Mir hacia atrs, arriba a lo lejos de la colina, amarilla, clida y polvorienta, y vio un grupo de soldados petrificados, entre ellos Plotio y Josu, el mdico, y un hombre que nunca haba visto y a quien reconoci como romano; estaba vestido con una toga blanca y tena un severo rostro plido y una nariz aguilina, su cabeza estaba calva y nicamente alrededor de sus odos, se vea una lnea de cabello negro y escaso. Sus brazos desnudos estaban cubiertos con oro y en sus dedos brillaban anillos con la primera luz diurna. Todos aquellos hombres estaban absolutamente silenciosos y tenan expresiones de asombro. Lucano se levant. Se sinti un poco embarazado de haber sido descubierto all en aquella colina. Empez a descender. Entonces Plotio se adelant con un extrao aspecto.

—Eran chacales, Lucano —dijo en un tono raro mirando profundamente a los ojos del otro hombre.

—S, lo s —dijo Lucano—, debo lavarme las manos al instante. Son portadores de la rabia.

La extraa expresin de Plotio se intensific.

—Estaban sentados a tu alrededor, y la madre estaba en tus brazos. Nunca he odo de una cosa semejante antes de ahora.

Se encogi de hombros y continu mirando a Lucano con una mirada de asombro.

—De momento no supe que eran chacales —dijo Lucano como si buscara una excusa.

Plotio coloc su brazo alrededor de su hombro y le abraz . Entonces Lucano vio que haba lgrimas en los ojos del soldado. Lucano qued asombrado.

—Prisco —exclam—. Prisco.

Plotio sonri de una forma muy peculiar.

—No, no est muerto. Est mucho mejor.

Pareca estar abstraído a medida que ascendan juntos. Entonces Josu destacndose del grupo lleg a su encuentro, sus rojizos ojos estaban humedecidos y extendi su mano para que Lucano la tomara y le ayudara a ascender la cima en silencio. El extranjero esper y mir a Lucano curiosamente.

Josu dijo una cosa misteriosa.

—No me asombro por los chacales. No me asombro de que no huyesen de l, sino que le abrazasen.

—Ni yo tampoco —dijo Plotio.

Lucano se ech a reír y dijo:

—Pobres criaturas...

Dese acudir al instante junto a su hermano para ver si necesitaba de su ayuda. Pero entonces vio el rostro del extranjero. Plotio se dirigi a l.

—Noble Poncio Pilatos, ste es nuestro buen amado mdico, Lucano, hijo de Diodoro Cirino.

Entonces Poncio Pilatos, el terrible Procurador de Israel hizo una cosa insospechada. Extendi sus brazos y los apoy sobre los hombros de Lucano. Los otros permanecieron contemplndole porque aquel fro y austero hombre, acostumbrado a la adulacin nunca hablaba excepto impersonalmente, con brevedad, a todo el mundo, como si ningn hombre fuese digno de su consideracin,

Lucano pens: Aqu est el hombre que intent salvar a Jess, pero la plebe callejera, asesina como siempre, no se lo permiti. ¿Se habr tambin l sentido emocionado como Prisco?

Pilatos le sonrea y las plidas arrugas de su rostro se profundizaron.

—He odo muchas cosas de ti, procedentes del Csar —dijo—, en cierta ocasin Csar me dijo: He encontrado slo un hombre justo, incorrupto y bueno, sin malicia ni avaricia, su nombre es Lucano y es mdico. Le recuerdo en mis momentos ms oscuros.

Lucano se ruboriz cortado.

—Csar me hace un gran honor, pero no es cierto. He sido el ms ciego de los hombres, el ms amargo, el menos reconciliado y sin mritos.

Pilatos tom su mano y examin el anillo de Tiberio.

—Has tenido esto durante mucho tiempo pero nunca se lo has enviado al Csar y nunca le has pedido nada. Esto solo es de por s una maravilla.

Examin despus el anillo de Diodoro.

—Llevas este anillo dignamente, Lucano. —Luego suspiró.

—He enviado a mi esposa a Roma porque est enferma del espritu; —Hizo una pausa—.

Pero yo so^l hace dos noches que debe volver aqu. Creo en los sueos. Mi esposa tuvo un sueo muy extrao mucho antes y yo deba haberla escuchado, pero no lo hice.

—El sueo habla la verdad, noble Pilatos —dijo Josu.

Tom a Lucano de un brazo y le dijo amablemente:

—Vamos. Acudamos junto a tu hermano que desea hablar contigo.

La ansiedad de Lucano volvi y olvid el preguntar acerca de las palabras de Pilatos.

— ¿ Ha dormido durante la noche? ¿ Sufre dolores?

—Ha dormido durante la noche. No sufre dolores —dijo Josu en un tono ambiguo. Mir largamente a los ojos de Lucano como si buscara algo en ellos.

Lucano empez a andar rpidamente y ahora era de nuevo el mdico quien actuaba. Josu dijo a medida que ascendan las amplias escaleras de mrmol de la casa:

—Niceas est sentado junto a tu hermano, sin hablar y llorando

— ¿ Por qu? —exclam Lucano con temor.

—Lo vers. Vuelvo a asegurarte que tu hermano est mucho mejor.

Lucano empez a correr y Josu le sigui jadeante exclamando:

—No somos jvenes, y yo no soy un atleta como t, mi querido Lucano.

Pero Lucano corri como el viento a travs de las habitaciones brillantemente iluminadas por el sol y lleg ante la habitacin de Prisco. Cuando un esclavo abri la puerta, Lucano se precipit adentro rpidamente, pas a la antecmara y luego al dormitorio. Corri a la cama de Prisco esperando encontrar un cadver, pero encontr, asombrado, que Prisco estaba sentado sobre sus cojines y disfrutando de su desayuno. Junto a l, sentado en silencio estaba Niceas, con la cabeza inclinada sobre su pecho como si meditara:

—Bienvenido, bienvenido —dijo Prisco, dejando un enorme tazn de leche de cabra.

—Querido hermano Lucano. Me has ayudado, he dormido como un nio la pasada noche y me he despertado sin dolor y tan solo hambriento.

Lucano le mir boquiabierto y estupefacto. El rostro descarnado de Prisco estaba liso y matizado con un ligero color rosa, sus humildes ojos brillaban juveniles. Extendi sus brazos.

—Puedo levantarme de la cama ahora, porque estoy bien. Mrame, ¿ tengo el aspecto de un hombre enfermo? Pero debo permanecer aqu dicen estos tontos doctores, cuando la salud recorre mi cuerpo fuerte, pulsante.

Niceas se levant e hizo una profunda reverencia a Lucano.

— ¡ Oh, Esculapio —murmur el mdico—, has consumado un milagro!

Alcanz la mano de Lucano y la bes humildemente.

Sus ojos estaban llenos de lgrimas.

—No hice nada, excepto rogar por l —murmur Lucano.

—Fue bastante —dijo Niceas—. ¿ Acaso los dioses niegan algo a sus hermanos?

—Fue bastante —dijo Josu—. ¿ Acaso niega Dios algo a sus elegidos?

Prisco prorrumpi en un profundo sollozo seco e inclin su cabeza contra el brazo de Lucano.

—En mis sueos me dijeron que cuando mi hermano viniera me vera libre de dolor.

Lucano puso la cabeza junto a su frente y la frot cariosamente.

—No comprendo —murmur.

Luego apart las ropas del cuerpo de su hermano y se inclin sobre su estmago e hgado palpando sus glndulas. Los amenazadores tumores haban desaparecido. La carne estaba delgada y libre y el pulso era firme.

Lucano se levant.

—No es posible. —Mir a Niceas y a Josu en tono implorante—. Hemos cometido un error.

—No —dijeron sonriéndole.

—Por tu mediacin, Dios obr el milagro, como testimonio nuestro —dijo Josu—, como ¿ l cura a los hombres por su toque o por su palabra, as ¿ l ha curado a tu hermano oyendo tus ruegos. Bendito seas Lucano, porque eres uno de ¿ l, y hemos visto con nuestros ojos y hemos odo con nuestros odos y alabamos su nombre.

Lucano se sent abruptamente y le mir. Luego se levant de nuevo y examin cuidadosamente a Prisco. Ninguna seal de tumor poda descubrir con sus dedos.

Prisco cogi un racimo de uvas y las comi con apetito, pero sus ojos miraban con suavidad a Lucano.

—Saba que podas ayudarme —repiti—, conoca mi enfermedad y era mortal. Pero me has curado.

Lucano se sent y ocult su rostro, y se sinti conmovido por las lgrimas.

— ¡ Oh!, que me hayas escogido a m, a m, que te odi. ¡ Oh!, que hayas condescendido hasta m cuando yo te haba rechazado. ¡ Oh!, que hayas andado conmigo, cuando te haba rehuido a travs de todos los aos de mi vida. Perdname, Padre, porque no saba lo que haca.

Volvi su rostro hacia los mdicos y dijo:

—No fui yo quien cur a mi hermano, sino slo Dios. No soy yo quien tengo mrito, sino slo Dios. Alabadle a ¿ l porque es bueno y misericordioso; escucha a sus hijos y no aflige a los hombres sin razn.

Josu humedeci sus dedos en vino y dibuj la figura de un pez sobre la mesa de mrmol.

—En griego. ¿ Qu es esto? —pregunt a Lucano como si se tratara de un anagrama.

—Cristo —dijo Lucano.

—Es el signo de los cristianos —dijo Josu—, les encontrars buscando este signo.

CAPITULO XLVI CAPITULO XLVI

AUNQUE Poncio Pilatos un romano de rango ecuestre, era invariablemente cortés con Hilel ben Hamram y Arieh ben Elazar, era evidente para el sensitivo Lucano que no senta ningún amor hacia los judos. Esto era aparente en su expresin de alivio cuando los dos jvenes judos partieron para Jerusaln, a recoger noticias para Lucano, respecto a los expatriados cristianos. Dijo a Lucano:

—Soy amigo de Herodes, que es medio griego. Pero a los judos no los comprendo. Cuando constru un acueducto muy necesario para su uso, al no haber dinero, confisqu los tesoros del templo. Los dioses, incluso ese Dios judo, deben inclinarse ante las necesidades humanas. Con esta confiscacin comet el ms vil de los crmenes. Hubo alborotos que me vi obligado a aplastar rudamente y muchos murieron. Nosotros los romanos aceptamos a nuestros dioses con realismo, también con alguna irona. Pero sonreiros satíricamente al omnipotente Dios y los judos caern sobre vuestra garganta. Incluso vuestros propios amigos. No bromean con /I, como nosotros bromeamos con nuestros dioses en forma civilizada, su ley est por encima de todas las leyes humanas por sensibles que sean. He estado diez aos con los judos y estoy desesperadamente aburrido de su fanatismo, de su devocin por Dios. Hablan de /I y rien a causa de /I. Estn llenos de sectas donde divergen sus opiniones.

—Tomemos a los judos como intelectuales —dijo Pilatos con impaciencia—, ¿discuten ellos la filosofa del mundo, las artes, o las ciencias? ¿Aman los comentarios? No. Son eruditos. Sin embargo te juro, mi buen Lucano, que sus discusiones se centran exclusivamente sobre lo que uno de sus profetas... quera decir cuando interpret la ms insignificante ley de su Dios. Estn locos, completamente locos. Desprecian a nuestros dioses, llamndoles espíritus malos, nos denuncian como adoradores idlatras. Yo no me siento particularmente ofendido porque es una ofensa a Roma. Si su Dios fuese tan poderoso, ¿por qu no les libra de nuestras manos? He llamado la atencin sobre esto a los sacerdotes y me miran con ojos fieros y permanecen silenciosos.

Lucano escuchaba sin decir nada. Pilatos suspir de nuevo, juguete con un pliegue de su toga inquieto. He pedido a Tiberio que me releve y espero que lo haga. Mi pobre esposa Prcula, es t actualmente en Roma, casi fuera de s misma. Tuvo un sueo acerca del hombre que orden fuese ejecutado. Un Rabb judo, el Maestro que estaba levantando a la gente contra Roma. No encontr ninguna falta en l, pero Herodes estaba enloquecido. /I y sus sumos sacerdotes me aseguraron solemnemente que estaba incitando al pueblo y que haba otros testigos de una secta juda, los fariseos, que son hombres respetuosos afirmando esto. Por mi parte cre que tan slo estaba despreciando a los sacerdotes, a quienes haba ofendido a causa de algunas libertades suyas en la interpretacin de la ley. ¿Qu ley la suya!... Estn dispuestos a morir por su Dios y a abandonarlo todo por /I y esto conduce a la locura.

—No te preocupes —dijo Lucano suavemente—, ha sido profetizado desde todas las edades que morira as. T tan slo has sido su instrumento.

Pilatos le mir curiosamente. Luego movi su cabeza.

—Mi querido Lucano, no debes escuchar a esos judos. /I sta es slo otra de sus mltiples y peleadoras sectas, estos hombres que se llaman a s mismos cristianos. Hace dos semanas me vi impelido a ordenar la ejecucin de algunos judos cuando ofrecan sacrificios, invocaban a su Dios para que destruyese Roma y librase su tierra santa de ella. Nosotros tenemos nuestras propias leyes y deben ser respetadas.

Lucano le mir con horror.

— ¿Un asesinato?

Pilatos se encogi de hombros.

—Ya te he dicho antes que los judos estn locos. Estn llenos de sentimientos de insurreccin y creen completamente que ese Rabb suyo, a quien tuve que ejecutar, haba lanzado su encanto sobre mi esposa y por lo tanto ella tuvo sus sueos especiales.

— ¿Qu hay de los cristianos ahora? —pregunt Lucano en voz baja.

Pilatos se movi enfurecido en su tallada silla.

—Los he proscrito en toda Judea. La gente me mira sobriamente en todo Jerusaln, porque debido a esta nueva secta y a su dirigente ejecutado amenazan con sus puos a mis espaldas y me profetizan cosas malas. He dado rdenes de que sus seguidores, quienes se llaman a s mismos cristianos, porque declararon a /I el Cristo esperado a travs de todas las edades, sean cazados, apresados y destruidos. Son un peligro para Roma.

Lucano se levant y mir hacia las columnas brillantes, hacia Cesrea, resplandeciente al clido sol y ms all de su puerto, el purpuro mar con sus cegadoras crestas de luz. El muelle estaba lleno de actividad. Pero, aqu, sobre los jardines se estaba fresco y tranquilo, las abejas zumbaban alrededor de las flores, mientras las fuentes parecían danzar.

—Es un alivio —dijo Poncio bebiendo un poco de vino, luego frotnndose sus manos dbilmente sobre su plida y arrugada faz —, hablar con un hombre sencillo, insensible y no con un judo. He odo mucho de tu

milagro en favor de tu hermano, a quien amo entrañablemente. Estoy enfermo, Lucano y la carne pesa en mi cuerpo. Mi alma está en trabajo no sé por qué razón, yo lo desconozco.

— ¿De qué le sirven a los hombres los dioses? Es presuntuoso pensar de otra manera. Sin embargo, siento con certeza que Apolo te ha tocado y te ha dado su misterioso poder de curar.

— ¿Deseas que te cure? —preguntó Lucano sin volverse hacia él.

— Te aseguro que ya no duermo. No te ras de mí. Pero veo el rostro de aquel Rabb que apareció ante mí como un hombre amable, incapaz de hacer daño, excepto su incitación al pueblo. ¿Acaso lanzas un encanto contra mí cuando miras mi rostro?

Lucano volvió hacia Pilatos y se sentó junto a él mirándole con piedad.

— Te haré una pocion, Pilatos, que te permita dormir esta noche. Me alegro de que vuelvas a Roma porque algo te oprime aquí.

— Así es —suspiró el Procurador, luego se reanimó olvidando los actos de los judíos y a sus Mesas—.

Hablemos de cosas más importantes y eruditas. ¿Sabes cuánto tiempo hace que he tenido una conversación inteligente con alguien? He estado estudiando la teoría aristotélica del origen espiritual de todas las cosas. Esta teoría me divierte, ¿por qué no son nuestros dioses más espirituales que importantes? Los romanos que son voluptuosos prefieren la teoría de los epicúreos en sus explicaciones mecánicas del universo.

‡ La teoría atómica del origen de toda materia es más realista, aparece y atrae a la mente racional. Nuestra virtud romana es de gran moral y una cualidad social. Recordárs que nuestro emperador Augusto dijo: ‡ ¿Quién se atreve a comparar estos poderosos acueductos con las inútiles pirámides o las famosas obras de los griegos?‡

— Estoy de acuerdo con él..., como romano prefiero nuestra virtud al incomprensible arte de los griegos, que buscan y exigen una excelencia de mente y espíritu más allá de la capacidad humana.

Lucano sonrió abstractamente.

— Debo estar en desacuerdo, porque soy griego. El hombre es algo más que un animal. Los romanos son ciertamente epicúreos naturalistas y por lo tanto han inventado la democracia que trae como consecuencia, la semilla de la discordia.

Los ojos exhaustos de Pilatos brillaron con un nuevo interés. Se levantó.

— Pero se dice que los griegos inventaron la democracia, mi querido amigo.

Lucano movió su cabeza.

— No la democracia romana. Fue la democracia de la mente, el limitado encuentro del hombre intelecto y no la simple y mera cuestión del encuentro de los cuerpos físicos de la multitud para su propio interés. La explotación de los que son sus mejores intelectuales. No siempre estoy de acuerdo con Platón, pero recordárs su consejo de que la ciudad cae cuando el hombre de bronce abre las puertas. El mundo está guardado por hombres de bronce. Mucho después de que Roma haya caído, la sabiduría de los griegos continuó iluminando la mente de los hombres, porque las cosas del espíritu son más importantes para ellos que las cosas del cuerpo.

Pilatos le miró incrédulo.

— ¿Hablas en serio?

— Ciertamente. Sin embargo, no temas por Roma —Lucano sonrió secamente— siempre habrá naciones materialistas siguiéndola a través de las edades y su virtud continuó dominándola. La creencia de que los acueductos y los departamentos de sanidad, los edificios públicos y el pan, la ciencia, los circos y las carreteras, pueden satisfacer las necesidades del alma humana. La lucha fue iniciada hace muchos siglos entre los hombres que reverencian el espíritu humano y los hombres groseros que no sólo declaran que no existe el espíritu sino, que las alcantarillas y los conductos de los negocios prósperos del comercio, son las únicas cosas que tienen importancia en la vida.

Poncio reflexionó. El plido brillo de su inquietud se reflejaba en su rostro. Bebió algo más de vino, luego dijo:

— No soy un obtuso y un hombre completamente materialista. Creo en la mente humana, aunque perezca con el cuerpo. Creo más en el bienestar físico de la gente.

Su intranquilidad aumentó. Sus delgados rasgos se tensaron mientras pensaba —no puedo alejar aquel hombre de mi mente— dijo inquieto, como si él y Lucano no hubiesen hablado de otra cosa—. Recibiré con gusto tus pociones.

Miró a Lucano de lado.

— La cura de tu hermano no fue ciertamente de una forma ordenada y corriente, en la forma inteligente de los médicos. ¿Puedes curarme sin pociones, Lucano?

Lucano se inclinó hacia él y en su rostro brillaba una fuerza tan viva, que Poncio crujió supersticiosamente y tocó el amuleto que tenía bajo su túnica.

— Sí, —dijo Lucano sintiendo un poder sobrenatural en él. Extendió el anillo de Tiberio hacia el elegante romano—. Debes retirar la proscripción contra los cristianos al instante.

— ¡Estás loco! —exclamó contemplando el magnífico anillo—. Vuelvo a decirte que no conoces a esos enloquecidos del Dios judío. Ni sabes tampoco en lo que ha venido a parar Tiberio. Es ahora un hombre salvaje y terrible. Me ha dado tan sólo una orden. Mantener la paz en Judea. Te aseguro que es terrible. La plebe le ha corrompido fieramente. Si quitase esa prohibición contra los cristianos judíos, habrá de nuevo el desorden y el alboroto y Tiberio me tratará con severidad. ¿Qué significa esta gente para ti, un griego, el hijo adoptivo de un noble romano?

—Me llevara una vida contestarte —dijo Lucano—, pero siento algo doloroso extrao de ti. Me has dicho que Jess te persigue en tus sueos y que no te deja en paz. Crees que tendrns nunca la paz hasta que abandones la persecucin de su pueblo y de sus seguidores. Te aseguro que no.

Se quit el anillo del dedo y lo puso en al palma de la mano de Pilatos.

—Enva esto a Csar. Escrbele que he solicitado que tus rdenes contra los cristianos fuesen retiradas. Dile que te he rogado esto y ante la presencia de su anillo no tenas derecho a rehusar mi peticin.

Pilatos movi el anillo en la palma de su mano reverentemente pero con temor. Estaba en un dilema. Luego dijo:

—Volvern los alborotos. Estos judos lo harn y yo recibir los reproches —luego vacil, sin embargo ste es tu ruego y aunque es incomprensible para m, ¿quin soy yo para desobedecer los deseos de Csar implcitos en este maravilloso anillo?

Puso el anillo en su bolsa y se tranquiliz en su silla como un hombre enfermo se siente aliviado despues de una buena medicina.

—Francamente —dijo—, no me siento feliz acerca de mis rdenes contra los cristianos. Me disgusta esta lucha a causa de la religin que es una cosa sin importancia. Los dioses romanos se ren. El Dios judo nunca se re.

Se levant.

—Me siento aliviado ya. Mi depresin y mi melancola estn desapareciendo; por anticipado disfruto del disgusto que tendr Herodes .

Hablaba de Herodes con maliciosa intencin.

—Hubo un desgraciado judo que lleg a Jerusaln, uno llamado Juan el Bautista, que gritaba haba venido como mensajero delante de Dios. Exclamaba que estaba anunciando al Mesas judo. Herodes oy esto y su espritu judo brill con excitacin, aunque lo es todo menos un hombre religioso. Es un hombre muy realista. Interrog a Juan. Aparentemente haba un acusado desacuerdo entre los dos, Herodes, el culto Tetrarca de Jerusaln, y ese salvaje, ignorante ascet a del desierto. El por qu Herodes condescendi incluso a preguntarle, est ms all de mi comprensin, excepto de que Herodes tiene las supersticiones judas en su cabeza. En cualquier caso, hizo prudentemente destruir a Juan. Yo estaba en Roma en aquel tiempo y hasta Herodes rehsa todava discutir el asunto de Juan que a m me divierte. Sin embargo comprendo que Herodes se sinti desilusionado posteriormente por Jess, aunque tambn le interrog a l. Su desilusin alcanz el extremo de una ira furiosa.

— ¿Quieres saber lo que pienso? Herodes haba esperado, en la parte de su alma que permanece sombra, que all ciertamente estaba el Mesas judo, llegado para librar a Judea de las manos de Roma y levantar a su pueblo como reyes sobre el mundo.

Para entonces Pilatos haba recobrado su buen humor. Sintió la vuelta de su salud, la ligereza de su cuerpo y la tranquilidad de su mente. Sirvi una copa de vino para Lucano y brind con l.

—Fue un buen da cuando t me visitaste —dijo—, y ahora s por qu he tenido mis sueos.

—Yo tambn —dijo Lucano con una sonrisa enigmática.

Hilel ben Hamram escribi a Lucano desde Jerusaln. † He encontrado a Mara, la madre de Jess, mora dentro de las murallas de Jerusaln y vive con un joven llamado Juan que es para ella como un hijo. He odo de un tal Pedro, que es seguidor de Jess de Nazareth, est en Hople escondido, ven. ‡

† Te alegrars de saber, mi querido Lucano, que Arieih ben Eleazar ha mirado con buenos ojos a mi hermana Lea. Hay muchas festividades aqu, desde que Arieih lleg para heredar el patrimonio de su padre. ‡ nete a nosotros y s feliz.

CAP ^ TULO XLVII CAP ^ TULO XLVII

LUCANO permaneci en la casa de Pilatos hasta que estuvo seguro que su hermano estaba completamente recobrado. La salud de Prisco volvi rpidamente, su cuerpo consuma alimentos en una proporcin enorme. Su rostro volvi a recobrar su antigua alegre morena. Brillaba con entusiasmo, l y Plotio practicaban la esgrima en el prtico exterior y el joven no parecia tener bastantes ejercicios atlticos. Lucano estaba lleno de felicidad. Prisco volvera a sus posesiones y a su familia. Iris se alegrara.

—No tengo mucha fe en mis capataces —dijo Prisco sobriamente—, permanecer por lo menos un ao, si Csar lo permite, antes de aventurarme a una campaa.

Intent persuadir a Lucano de que volviese con l, pero Lucano se neg con la cabeza.

—Tengo mucho que hacer aqu —replc, y no dio ms explicaciones aunque Prisco y Plotio le miraron con curiosidad.

Cuando Prisco insisti de nuevo en que por lo menos volviese durante algn corto tiempo, Lucano cambi de conversacin. † l, Prisco y Plotio disfrutaban del brillante aire del atardecer tan fresco en aquella montaa. Lucano se puso en pie y dijo:

—Estoy cansado de contemplar vuestras luchas de gladiadores inhbiles.

Apart su ropa y permaneci cubierto nicamente con su tnica, mientras flexionaba sus msculos. Aunque una considerable cantidad de gris cruzaba el oro de su cabello, sus rasgos griegos tenan una forma asttica, era corporalmente como un joven. Prisco se acerc a l, tom la postura de luchador mientras Plotio les contemplaba sonriendo. Prisco se acerc a Lucano y extendi su arco para cogerle. Lucano esper que sus dedos tocaran su hombro. Luego se inclin hacia atrs rpidamente y Prisco sali volando por encima de sus hombros y cay con un golpe sordo sobre la hierba. Plotio se sinti sorprendido..., no pudo ni siquiera aplaudir, Prisco yaca sobre la hierba parpadeando y agitando su cabeza mientras Lucano se rea.

—Un rayo me ha herido —exclam Prisco levantndose.

Corri de nuevo hacia Lucano y ste apenas sin moverse lo derrib de nuevo. Esto excit enormemente a Plotio. Solicit una lucha con Lucano y sufri la misma clase de vuelo por el aire. Los dos se sintieron muy excitados. Lucano explic como intentando justificarse.

—Es muy sencillo. No podis imaginaros cuanto me ha servido cuando he tenido que tratar con rufianes y ladrones en las ciudades. Me lo ense⁽⁶⁰⁾ un maestro chino en Alejandra despus de que yo jur que guardara el secreto.

Sin embargo, deseaba revelar su secreto en el arte de lanzar el disco, boxeo, esgrima, as como el salto a distancia. Incluso derrot al diestro Plotio en esgrima.

—Vaya, exclam Plotio —secando el sudor en su rostro con su fuerte brazo—, eres como un joven.

—No es cuestin de fuerza —dijo Lucano que estaba disfrutando mucho—. Es cuestin de gastar tu fuerza hbilmente y gastar tan poca como sea posible.

Prisco y Plotio desearon llevarle al circo cerca de Cesrea, pero Lucano no senta ningn amor por los juegos y la brutalidad de los gladiadores. Entonces Pilatos anunci que l deba volver a Jerusaln y se ofreci a llevar a Lucano con l a lo que el mdico asinti inmediatamente. Haba llegado la hora de su partida. Abraz al desconsolado Prisco y le dio amorosos recados para su familia en Roma. Luego acompaando a Pilatos y a Plotio parti de Cesrea despidindose de Josu, el mdico, a quien l haba llegado a amar no slo como un colega, sino como a un hermano. Plotio insisti en que Lucano visitase el templo de Apolo y de Zeus en la ciudad, a medida que la caravana de caballos y carrozas descendan del monte. Herodes haba construido el enorme templo, para su amigo Pilatos y el Procurador se senta orgulloso de l. Una doble columnata de gigantescas columnas conducan hasta el templo, alternando el mrmol blanco y el rojo oscuro porfidio, lo cual le daba una apariencia extica. El techo elevado de la columnata estaba decorado con bajos relieves de dioses, diosas, centauros, ninfas y stiros, como voluptuosos miembros mezclndose juntos, sus rostros sonrientes y maliciosos. El aire brillante les daba una apariencia viva. El suelo estaba pavimentado de mrmol multicolor, rojo y azul con crculos blancos. Pero el elevado templo, amplio y cuadrado, era sorprendentemente austero y all se revelaba el incierto espritu griego de Herodes, porque no haba frescos, ni bajos relieves, sobre las deslumbrantes paredes y blancos techos. Dos enormes estatuas se alzaban una frente a otra, una de ellas sentada, tres veces mayor que el tamao de un hombre, Zeus, con su barba de blanco mrmol y Apolo de Rojo. Se miraban uno a otro con fras y ultraterrenas caras, las manos reposando sobre sus rodillas como si se retasen. Delante de ellos se alzaban altares con incienso humeante y all estaba el altar plano sobre el que haba una Impara de oro y sobre la que se haba inscrito: Al Dios Desconocido.

Lucano permaneci meditando ante la Impara que descansaba sobre el desnudo altar. Pilatos coloc su dedo reflexivamente sobre sus labios y mir a la gran y sencilla piedra. Plotio desliz unas cuantas monedas en una caja de bronce que reposa a unos pies de Zeus. La luz del sol penetraba en el templo y un vasto silencio le llenaba. El menor movimiento, incluso la respiracin despertaba ecos en el techo y las paredes, hasta el dbil siseo de la Impara poda ser odo.

Lucano volvi la cabeza y contempl la enorme figura de Zeus, con su barba, sus rgidos rasgos, sus ojos profundos. El griego record a Moiss y sonri tristemente acordndose de Herodes, aquel hombre rasgado entre dos mundos y dos religiones. El rostro de Apolo, aunque remoto, tena una expresin ms inquieta; las cuencas de sus ojos daban un aspecto voltil a sus rasgos a la vez que retadores. Era como si en la propia escultura de sus vestidos, en la alzada de su tremenda cabeza, estuviese a punto de alzarse y solicitar una lucha con Zeus para controlar a la humanidad. Y Zeus en una actitud de olimpico reposo se sentaba divinamente grandioso. Lucano estaba seguro, en aquella radiante y rpida luz. Una ligera sonrisa jugueteaba en sus carnosos labios. El squito tom la estrecha carretera cerca del antiguo mar, que tena un color que excitaba la vista. Muy tranquilo, yaca como un cielo azul extendido hacia el horizonte, sobre el que barcos con sus blancas velas flotando se deslizaban majestuosamente. Los caballos aceleraron la marcha en la carretera, porque era largo camino hasta llegar a Jerusaln, el aire era puro, aunque un polvo amarillo se alzaba de nuevo porque all la tierra era arenosa. A la izquierda de los viajeros se elevaban las montaaas bajas, desnudas por el incandescente calor, otras marcadas con mltiples terrazas de piedra que incluan trozos de tierra cultivada, color esmeralda y oro. Campos de olivos como vieja plata, elevaban sus retorcidas ramas en el aire, las ovejas beban o pacan bajo ellos, dejando que su fecundo estircol fuese aprovechado por los rboles. Grupos de palmeras datileras se elevaban en las laderas; entre sus polvorientos fondos poda ser visto el clido oro de su brillante

fruto. Los viedos se tostaban al sol sobre las terrazas inclinadas y los rboles frutales se apoyaban contra amarillentas piedras y los cipreses permanecan en grupos de centinelas, oscuros y virgiles, sus ramas inmovibles. En las partes inferiores de la montaa, frescas y brillantes, paca el ganado y pequeas fuentes surgan de la tierra burbujeando como una rpida plata. Los nios las guardaban perezosamente; un rebaio de

patos coma esparcidos y reñan entre ellos. All y all una baja capa se alzaba en los trozos verdes, rodeada de pastos y flores; las mujeres hilaban y levantaban sus cabezas para contemplar el ruidoso squito que pasaba por all cerca. Algunos perros ladraban. Era una hora temprana de la maana, pero los pjaros estaban silenciosos en sus nidos.

Lucano se sinti lleno de paz en aquel pacfico paisaje, el mar a su derecha, la montaa a la izquierda. Permaneca sentado en la carroza de Plotio; hombres a caballo marchaban ante ellos, llevando los estandartes, las guilas y las banderas de Roma, sus anchas espadas colgadas de su costado, sus yelmos brillando al sol. Plotio empez a cantar canciones propias de los soldados. Poncio Pilatos se sentaba en su propia carroza esculpida de bronce, plido y silencioso, su cabeza inclinada como si estuviese dormido. Un esclavo permaneca de pie junto a l con un parasol de rica seda para preservarle del sol. Iba vestido de negro. Los campesinos caminaban a lo largo de la carretera llevando cestos de fruta en sus cabezas o manojos de vegetales en la mano. Se apartaban silenciosamente para dejar paso al importante cortejo y miraban tras ellos, con oscuros, fieros y resentidos ojos. Un hombre golpeaba a su burro rebelde que seguia a los carros con una cadena de juramentos y su compaero sonrea timidamente.

Y siempre, esparcidas por doquier, estaban las freas fortalezas de Roma, sobre cuyos tejados estaban los soldados que saludaban con la mano en seal de reverencia. Las banderas adormecidas en el tranquilo aire de la maana. Un agudo olor se alzaba de los bosques de pino, donde los campesinos los estaban sangrando para obtener su resina. De cuando en cuando aparecan grupos de muchachas que llenaban sus jarros en los pozos, miraban a los carros y a los jinetes con ojos oscuros y repudiantes, los pliegues de los paos de la cabeza llenos de un polvo sucio y sus morenos pies desnudos. As pens Lucano, que no es tan pacfico como yo cre. El pueblo odia a los romanos, este pueblo sencillo de la tierra. En forma distinta a sus hermanos ms sofisticados que, en las ciudades hacen buenos negocios con el enemigo y se ren y lloran con l. El cortejo se paraba para comprar higos o dtiles de algñ campesino, que silenciosamente los alargaba sobre anchas hojas verdes, o se detena para beber en un fresco manantial y estirar sus piernas. Posteriormente se sentaron en un pinar para comer una excelente comida de aves fras, carnes, aceitunas, granadas, lenguas preparadas de cordero y vino.

—Detesto viajar —se quejaba Poncio Pilatos limpiando sus manos fastidiosamente en una blanca servilleta de lino—, y especialmente en esta tierra extraa. El vino es abominable.

Pero para los labios de Lucano era dulce, meloso y suave. El rostro de Pilatos estaba sofocado y suspiraba. Dijo a Lucano con una mirada afectuosa:

—He dormido como un nio, gracias a ti, mi querido Lucano, y aunque mis pensamientos son algunas veces pesados ya no me siento deprimido. He enviado el anillo al Csar y l te lo devolver por correo.

Continuaron su camino. Las montaas reverdeaban con calor. Cruzaron pequeas agrupaciones de casas construidas de barro amarillo, protegidas por grupos de oscuros cipreses. La tierra parecia danzar en olas de calor, el mar brillaba como un fuego azul. Aqu y all las montaas tomaban un aspecto cuadrado, furioso, sulfuroso y spero. Blancas paredes a lo largo de la carretera danzaban mostrando flores rosadas o purpreas. En cierta ocasin oyeron el fuerte tronar de una estrecha catarata que saltaba en un lado de la montaa. Pequeos valles de un verde lvido se extendan como dedos entre los montes.

All, a lo largo de aquella carretera, dirigiendose hacia su hogar, crey haber caminado muchas veces, pens Lucano. Conoca aquel polvo, aquellas aldeas donde se detena para refrescarse, aquellas voces, aquellos pozos, aquellos cipreses, aquellas flores, aquellos diminutos prados. ¿Acaso l se sent en alguna de aquellas piedras hablando a sus cansados seguidores? ¿Acaso se acerc para tomar unos racimos de dtiles en aquel lugar? ¿Acaso comi un puado de aquellas aceitunas negras, que destilaban amargor? ¿Acaso sonri a aquellas ovejas? ¿Acaso mir al deslumbrante mar? ¿Acaso disfrut de una roja granada? Haba all un pozo que parecia un espejo azul. ¿Se ba(60) sus cansados pies en l? Y..., ¿qu dijo, en su amabilidad, a aquellas muchachas que estaban en el pozo? ¿Qu pens de las redondas o cuadradas fortalezas romanas alzadas en el suelo de su pas? Debi haber mirado a sus torreones y soldados reflexionando. El aire era luminoso y silencioso all. † ¿Escuch el eco de los cascos de los caballos romanos y de las ruedas de sus carrozas como las oigo yo ahora? † Lucano se senta lleno de asombro y humildad.

Salvaron el flanco de una elevada montaa y un l ano cubierto de rojas amapolas se extendi a su derecha,

mezclado con extraas flores amarillas, ardiendo bajo el sol. Era un campo de trigo, puro oro, mecindose ligeramente, mientras los campesinos recogan la cosecha, llamndose unos a otros en un arameo toscó. Detuvieron su trabajo por unos momentos para contemplar el paso de la comitiva y su silencio era amenazador. Pero el llameante cielo se arqueaba sobre las montaas y la luz era impresionante sobre las abrasadas colinas. Pilatos aprobara su desnuda desolacin. ¿Acaso los romanos no necesitaban los cipreses para sus barcos? El que ellos hiciesen que las montaas estuviesen desoladas no importaba. Entonces oyeron un lamento o cntico de lo ms doloroso.

—El Seor es mi pastor —exclamaban roncás voces en hebreo—, no temer ningñ mal. En pastos verdeantes me dar reposo. Me conducir a aguas tranquilas.

La tierra estaba agrietada y reseca y el aire lleno de un polvo amarillento y las montaas peladas oscurecindose lentamente, alzaban sus cabezas a poca distancia.

—Un funeral judo —dijo Plotio sealando hacia la derecha con su ltigo.

—Contemplmosle —rog Lucano, y Plotio detuvo su carro al instante, porque no poda negar nada a Lucano, incluso aquella tontera.

Los viajeros avanzaron el paso, luego detuvieron los caballos y esperaron curiosamente. El carro de Poncio Pilatos se advino con el de Plotio y dijo:

— ¿Qu es lo que no va?

—Un funeral judo —repiti Plotio—. Lucano ha querido verlo.

Pilatos frunci el ceo con un gesto de incredulidad.

Cansados y barbudos hombres vestidos de oscuro llevaban un atad negro, sus mujeres vestidas de gris les seguan llorando. Una de ellas permaneca aparte cantando el salmo de David con un gorro negro sobre su cabeza, sus manos unidas y sus ojos elevados al cielo. La escena era infinitamente dolorosa en aquel lugar polvoriento y seco; un pobre cementerio rodeado de un silencio ardiente. Los plaideros no se daban cuenta de que los romanos se haban detenido para contemplarles. Se deslizaban sobre la abrasada tierra en una lnea pattica. El cantante exclam:

— ¡I no rechazar mi alma. Me conducir por senderos rectos por amor a Su Nombre. Aunque ande en el valle de sombra de la muerte no temer mal alguno porque T estars conmigo y tu vara y tu cayado me darn aliento.

Los dems hombres se unieron a l dbilmente, los portadores se inclinaban bajo el peso del atad porque eran viejos, las mujeres elevaron desesperadas voces en tono ms alto y golpeaban a sus pechos mientras seguan a los hombres. Entonces Lucano vio que un hombre permaneca aparte, un joven que no miraba al cielo, sino fijamente al suelo y que no se una al resonante cntico. Su rostro era terrible y ptreo, pareca no darse cuenta de nada; los pocos presentes no le miraban excepto el cantor, el Rabb que mir hacia l con gesto de reproche y elev su voz ms alta todava.

— Slo la bondad y la magnanimidad me seguirn todos los das de mi vida.

El joven abri entonces los ojos, mir temeroso a su alrededor salvajemente y coloc las manos sobre su rostro. Un rasgado grito surgi de l, repentino y agudo, despus qued silencioso de nuevo.

Lucano no supo porqu descendí de la carroza y qued de pie sobre el polvo frente a la gente del funeral.

— ¿Qu es lo que le pasa? —pregunt Pilatos con alguna petulancia.

Los soldados, a caballo, contemplaron a Lucano y permanecieron en grupo.

El Rabb cantante murmuraba entonces algunas oraciones y de pronto vio como Lucano se acercaba a l. Lucano con su tnica bordada en oro y su firme y hermoso rostro. El viejo Rabb parpade confundido; sus ojos enrojecidos estaban irritados por el polvo y la tristeza. Luego una mirada de fra afrenta cruz su rostro oscuro y vio a los dems en la carretera, los soldados romanos arrogantes, con sus fases coronadas de guilas, sus ricas carrozas, sus excelentes caballos, sus yelmos, espadas y banderas.

— ¿Debes t entrometerte en esto? —pregunt el Rabb a Lucano.

Su rostro se mova desesperadamente. Luego exclam:

— Dejados romanos, adoradores de espíritus malignos. Alejaos de este lugar donde nuestros sagrados muertos duermen en el polvo. Lucano alz su mano y dijo con mucha amabilidad en arameo:

— La paz sea contigo, Rabb.

Ante este saludo judo, el Rabb qued silencioso. Estudi el rostro de Lucano y slo vio amabilidad, simpata y amor en l. ¿Era aquel hombre también judo? ¿Estaba emocionado en su corazón por un pequeño funeral de los pobres? Los ojos del Rabb se llenaron de lágrimas. Mir a los portadores del fetro que se haban detenido ante una ruda fosa en la ocre tierra.

— La paz sea contigo también —respondí el Rabb. Luego murmur:

— Es mi hija, mi nica hija, la que ha muerto. Mi pequeña, mi corderito de mi ancianidad, que era muy hermosa. Muri esta maana al dar a luz y ms all est su joven esposo que no podr ser reconciliado y que maldice a Dios en su corazón.

Lucano mir al joven esposo, tan abatido, silencioso, cubriendo sus ojos con las manos; era alto y esbelto, iba vestido de negro y estaba solo, como estn aquellos que sufren la muerte de los que aman.

— El est desolado Rabb. —dijo Lucano, y pens en Rubria.

El Rabb golpe su pecho y las lágrimas corrieron a travs de sus curtidas mejillas.

— ¿No estoy yo también desolado, seor, yo, su padre, viudo, que no tengo ya ms que un dbil nieto? Sin embargo alabo a Dios y me inclino ante su voluntad y s que ¡l da y ¡l quita. Pero en cuanto al esposo de Rebeca hay esperanza, porque es joven y tiene an a sus padres, se casar de nuevo a pesar de sus juramentos, sus exclamaciones de odio contra Dios y toda su desesperacin.

Pero Lucano no poda creer aquello, porque la postura del abatido esposo era la de su ilimitada agona. Vacil, luego lentamente se acerc al joven y puso la mano sobre su hombro. El joven no se movi, tan slo murmur incoherentemente:

— ¡Oh, si tan slo ¡l estuviese aquí! ¡l que se detuvo para hablar y ella se levantara y volviera a mis brazos.

Lucano mir a su alrededor en aquella fiera luz. Los portadores haban dejado el fetro al borde de la tumba y esperaban. Las mujeres permanecan junto a la tumba esperando. Todos ellos miraban entonces al Rabb, a Lucano y al esposo inmóviles de dolor. Lucano dijo al joven marido:

— Ella no ha muerto, sino que vive. No est sorda, sino que oye. No se ha ido, sino que es t entre nosotros. Su cabeza empez a brillar con el calor y la luz, pero un lento xtasis le envolvía en su corazón.

— Vayamos a la tumba —dijo, y tom al esposo del brazo. Pero el joven se resisti como una piedra.

— Te lo he dicho —dijo el Rabb— que no ser reconciliado, no se inclinar ante la voz de Dios.

El viejo llor amargamente.

— ¿Reconcliate, David!

—Ten esperanza David —dijo Lucano, y de nuevo extendi su brazo hacia el esposo.

David dej caer sus manos, volvi hacia Lucano su rostro tan seco como el mismo polvo, delgado y plido y sin embargo hermoso. Sus ojos brillaban como el fuego.

— ¿Esperanza? —exclam en voz terrible—. No amaba a nadie, sino a mi esposa y ramos como dos nios juntos y ahora ella no es ms que arcilla y su espritu ha huido de m.

Lucano empez a temblar sin saber por qu. Todo parecia expandirse y contraerse ante l y todas las cosas tenan un urea cristalina ante sus ojos y dentro de s percibi una orden, como una gran voz imperativa.

—Vayamos a la tumba —repiti.

Los mordidos labios de David se estremecieron. Sus ojos se fijaron ciegamente en Lucano, pero dej de resistir. Tropezando anduvo tras el griego con la cabeza inclinada. Los otros les contemplaron avanzar seguidos por el Rabb que oraba. Permanecieron junto a la tumba cerca del fretro.

Lucano permaneca silencioso. Mir al fretro y sinti una convulsin dentro de s mismo y una orden ms fuerte, de forma que sus odos no oyeron nada ms. Luego dijo:

—Abrid el fretro para que pueda ver a la muchacha.

El rostro de David qued repentinamente inundado de lgrimas. Se inclin hacia el hombro de Lucano.

—Le habis odo —dijo con voz sencilla—, yo soy su esposo. Abrid el fretro. Ver su rostro por ltima vez.

Los barbudos hombres miraron desolados al Rabb, cuyos labios continuaban movindose. Pero l dijo dbilmente:

—/l es su esposo, yo tan slo soy su padre. Abrid el fretro porque l no quiso mirar a su rostro antes.

Ellos abrieron el fretro, golpeando su negra delgadez. Los clavos surgieron protestando y la tapa se abri. Lucano se inclin y vio en la profundidad de la ruda madera a una joven muchacha que no tendra ms de quince aos, yaciendo envuelta en un sudario, sus manos cruzadas sobre su pecho. Lucano retir la tela que cubra su rostro. Un olor de hierbas y aceites olorosos se elev en el aire clido. David cay sobre sus rodillas, sollozando en alta voz y se abraz al fretro mirando a su esposa difunta.

Ella era encantadora. Su rostro era remoto y sereno como si durmiese. Su carne es taba plida y traslucida como el alabastro. Su cabello negro yaca alrededor como una capa y sus labios inocentes sonrean dbilmente. Era imposible creer que estuviera muerta. Lucano pens: † Los judos enterraban a sus muertos antes de la puesta del sol o de que el da muriese. ‡ Se inclin ms cerca sobre el fretro. El joven pecho no respiraba, los labios estaban fros e invviles, las narices invviles tambn. Sintió una tremenda sacudida en s mismo. ¿Sería posible que la muchacha no estuviese muerta, sino tan solo sumida en una catalepsia? Sus ojos de mdico exploraron ansiosamente los rasgos tranquilos. Alarg su mano y toc la suave y blanca mejilla, estaba tan fra como el mrmol, pero no rgida. Pero ella haba muerto tan slo aquella maana y el calor del da rechazaba el rigor. La voz imperiosa son ms fuerte dentro de l y entonces oy unas palabras.

† Toma a esa mujer por la mano y levntala. ‡

—S, Seor —dijo en voz alta.

Tom la mano de la muchacha que estaba helada en aquel calor feroz. Lucano vacil de nuevo. Luego mientras sostenia la pequea y flccida mano sintió el familiar vaco dentro de s, como si alguna virtud fluyese de l hacia afuera.

A una enorme distancia oy el llanto de David y los gemidos de las mujeres. Algn poder se es taba concentrando en l que le mantena fuera de s. Luego dijo:

—Despierta, Rebeca, porque t no ests muerta, nicamente dormida.

Ante estas misteriosas y profundas palabras los dems dejaron de llorar y David, arrodillado junto al fretro, dej caer sus manos y mir a Lucano. Una gran luz brillaba en su rostro.

La mano quieta que reposaba en la de Lucano se calde rpidamente. Las narices empezaron a dilatarse y los labios a estremecerse. El joven pecho se alz en un profundo suspiro. Los ojos se abrieron oscuros, velados y confundidos mirando a Lucano. /l sonri hacia ella tiernamente; tirando de su mano la levant del fretro y ella se sent echando su cabello negro hacia atrs como alguien que estaba soando y es despertado sbitamente.

Ante esto, los plaideros alzaron sus voces en un temeroso grito y retrocedieron espantados. Pero el Rabb y David permanecieron junto al fretro, sin habla. El viejo inclinado como una seca rama sobre su hija. Fue solo David quien se arroj a los pies de Lucano y presion su frente junto a ellos y los cubri de besos.

El Rabb estall en un himno ensalzado, uniendo sus manos y alzando su barbudo rostro hacia el cielo.

—Ella estaba muerta y T me la has restituido, ¿Oh Rey de Reyes, bendito sea el nombre del Seor!

Lucano se inclin y levant a David. El joven se qued junto a l.

—/l nos la ha enviado —exclam—. Oh, bendito eres t que nos has visitado en su nombre. Alabad al Seor porque /l hizo esto y no yo porque /l es la resurreccin y la vida.

Se volvi sonriendo como en xtasis pero dbil en todo su cuerpo. Tan slo mir hacia atrs una vez. Las mujeres ayudaban a la muchacha a salir del fretro, el esposo estaba besando sus manos y el anciano rogaba. Todo el aire vibraba ahora con regocijo y exclamaciones confusas.

Los hombres de la comitiva haban visto todo con terror y contemplaron a Lucano acercarse. /l les sonri infundindoles seguridad.

—La muchacha no estaba muerta —dijo—, tan slo dorma.

Y subi a la carroza. Continuaron avanzando por la carretera en silencio.

Entonces Pilatos inclinándose de su carroza dijo a Lucano con un estremecimiento trémulo y descompuesta voz:

—Los judos entierran a sus muertos antes de la puesta del sol, ¿Es que ella no estaba muerta?

—No estaba muerta.

Pero Plotio le dirigió una larga mirada y su rostro de soldado estaba profundamente emocionado y reverente. Lucano de repente se durmió, como alguien que ha quedado tremendamente exhausto.

Lucano se despertó cuando cambiaron su propio caballo. El aire del atardecer estaba frío; Plotio le había cubierto con su tosco manto de soldado. A la derecha el mar era como un enorme y llameante plano de luz, demasiado brillante para poderlo contemplar por mucho tiempo y sin ningún color. El cielo se había transformado en un arco; el tono amarillo había desaparecido en la fuerza de una llama blanca. El paisaje había cambiado, contra los plidos y ardientes cielos se elevaban las frías montañas de un reflejo negruzco, cubiertas con pesadas piedras. Altos cactus bordeaban la carretera, soportando maduros y espinosos frutos y polvorientos bordes corrían sobre los campos de luna tan faltos de vida como los campos de la muerte. Incluso los cipreses habían desaparecido, ni los olivos ni palmeras aliviaban la tierra en las montañas. Aquí y allí las amargas colinas mostraban blancuzcas y rotas piedras, casas planas de un color de tierra repleta, permanecían silenciosas y abandonadas. Lucano miró la desolación que los romanos habían operado al talar los cipreses y pensó que hasta la misma tierra parecía estar maldita. Incluso las ocasionales charcas pedregosas donde bebían las cabras aparecían sin vida, de un color púrpuro. Aquel era el progreso del que había hablado Poncio Pilatos, la devastación desoladora, aquella soledad, aquel desierto rido. Donde el hombre penetraba, avariento y rapaz, la muerte le seguía y el terreno era arrasado.

—Un lugar odioso —dijo Poncio Pilatos, y Lucano respondió:

—No era odioso hasta que el hombre llegó aquí. La fealdad marca, sus pasos, deforma todo lo que ve y toca. Pilatos frunció el ceño ante aquella respuesta aguda. Luego dijo:

—Encontrarás que Jerusalén no tiene ningún encanto y es muy peculiar. Siento que no quieras estar conmigo en mi casa; has dicho que eres huésped de Hilel ben Hamram que te espera. Mi querido Lucano, los judos pueden contarte las más extrañas historias, estar bañado en misticismo.

Lucano respondió:

—Me he preguntado por qué Dios escogió nacer entre la gente juda y no entre los griegos con su cultura o los romanos con su poder. Pero ahora lo sé.

Se estremeció bajo el manto que Plotio había puesto sobre él y se adormeció de nuevo porque su cansancio era muy grande, pero en su sueño su mente estaba activamente ocupada y triste. Pensó en los dos mil judos de Siria a quienes el legado romano había crucificado por predicar la rebelión contra Roma; pensó en los terrenos de ejecución cerca de Cesarea, donde los judos eran regularmente crucificados por incitar contra el imperio. Pensó en los miles e incontables crímenes que el hombre comete contra sus semejantes a través de todas las edades y en los gemidos que incesantemente llegaban a los oídos de Dios. Se preguntó a sí mismo en su adormecimiento por qué Dios no destruye a esta raza humana, devastadora, este horror sobre la tierra brillante, este odio entre hermanos de todas las cosas inocentes, este paria del que todos los animales sin pecado huyen temiendo y maldicen, este abrasador de sus propias ciudades y civilizaciones, este saqueador, este guerrero y el más terrible de los criminales, este hipócrita embustero, este asesino traidor, este inquieto espíritu malvado que camina, como Lucifer, de arriba abajo sobre la tierra mirando a quien y qué puede destruir. Pero yo no estoy sin motivo porque fue en un tiempo cuando creó que era contra el hombre con quien se pecaba y no el hombre quien pecaba.

Lucano abrió sus ojos. La carroza en la que marchaba ascendía un dificultoso y ennegrecido monte. Allí se detuvo y Plotio señalando con su látigo dijo: «Jerusalén!

Allí permanecía Jerusalén sobre el monte Sión, al Oeste, una sombra de la tierra en aquel atardecer, una polvorienta línea azul contra el sonrosado horizonte que doblaba sobre la ciudad. Alrededor del monte de Sión se alzaban otros montes, de un marrón blancuzco, cubiertos de tierra o de estrechas terrazas como pisos que se alejaban sobre los que crecían los cipreses, laureles, olivos, palmeras, viedos, ganados y árboles amarillos o verdes de coloreadas frutas. En lo alto del monte Jerusalén parecía una parte de él, de un marrón plido, parecía convulsamente empujado desde la tierra más bien que haber sido edificado por el hombre. Las tortuosas paredes y fortificaciones, amenazadoras y toscas, se retorcan protectoramente alrededor de la ciudad; sus puertas y torres guardadas, con los pendones de Roma flotando sobre las cimas elevadas. Unos escalones de un gris amarronado se alzaban hasta las paredes brillantes. Las caravanas habían acampado ya para pasar la noche bajo las murallas, los fuegos habían sido encendidos y las inquietas linternas se movían alrededor. Nadie podía entrar en la ciudad después de la puesta de sol. Aquellos que llegaban al atardecer levantaban sus tiendas, establecían a su alrededor un pequeño pueblo temporal, hacían acostarse a sus caballos y camellos y esperaban la mañana. Las puertas estaban cerradas, los senderos escarpados y las escaleras hacia las murallas, vacas.

Incluso cuando Lucano contempló la rápida noche descender como un agua oscura sobre la ciudad y sus montañas, el rojo reflejo de las antorchas se elevaba dentro de las murallas y las linternas brillaban dentro de ellas. Una luna cobriza se elevó tras el monte de color oscuro y Marte parecía una joya de topacio cerca de ella. El color abandonó las pocas montañas que eran anfrtiles y estaban plantadas; toda la escena era amarillenta y marrón bajo el cielo que se volvía púrpuro y rojizo. Lucano pensó que nunca había visto un

espectculo tan desolador, tan contenido, tan gris, tan falto de vida excepto los fuegos de los campamentos, las linternas y las antorchas. Un fro viento procedente de las montaaas, vaco de perfume y fragancia golpe su rostro. Acostumbrado a ciudades despiertas durante la noche y resonantes de risas y voces, Lucano percibi un pesado silencio desde la ciudad, como si se hubiese tragado todos los ecos y todos los clamores. Desde lo alto poda ver por encima de las murallas y observar las estrechas y retorcidas calles sombreadas rojizamente por las antorchas y llenas de multitudes silenciosas y all, alto, ancho e impresionante se elevaba el templo, de mrmol amarillo; pacfico, con sus torres doradas, rodeado por inmviles jardines y ms all de ellos por una multitud de casas de techos planos construidos con el amarillento color de la tierra y de las montaaas. Slo ocasionalmente cimas de oscuros cipreses aparecan unidos en la ciudad como para protegerse.

—Compara esto con Cesrea, que nosotros hemos edificado —dijo Poncio Pilatos con voz fra y disgustada.

Pero Lucano comprendi que la ciudad se haba retirado para protegerse cont ra el conquistador y si muchas de sus montaaas estaban muertas, los romanos haban hecho aquel mal avaricioso. La ciudad antigua haba repudiado a sus dueos y su aire estaba incubado de desesperacin.

La comitiva descendi rpidamente por la montaa; los legionarios cabalgando delante con sus banderas y sus fastos. La actitud del polvo de los siglos penetraba en la nariz de Lucano. Trozos de luz brillaban en los contrafuertes de las murallas que ahora se alzaban ante ellos. Las carrozas y los caballos cabalgaron sin ninguna cortesa a travs de los campamentos; por el brillo de las antorchas cerca de las tiendas se poda contemplar repentinamente la blancura de los ojos, hundidos y vigilantes; asnos, caballos y camellos estaban unidos lejos de la compaãa, rebuznando y protestando. Grupos de nios se haban reunido para contemplar la comitiva. De las lejanas montaaas proceda el eco de los agudos aullidos de los chacaes, veladores y ultraterrenos. La luna era una calavera amarilla en el oscuro cielo.

Los jinetes y las carrozas tenan alguna dificultad en ascender la empinada montaa que conduca a la ciudad, pequeas piedras rodaban tras ellos. Una puerta fue abierta y una trompeta romana son en saludo, despertando agudos y resonantes ecos. Penetraron en la ciudad por en medio de filas de soldados que saludaban en las polvorientas y estrechas calles cuyas tiendas estaban cerradas y cuya gente estaba silenciosa. La marcha de tos caballos y carrozas resonaba sobre los oscuros cantos de las calles. Grupos de familias aparecan sobre los tejados planos; volvan sus rostros sin mirar a los romanos. Las puertas brillaban en el oscuro atardecer, las ventanas palidecan a falta de la luz de las Imparas. Era una ciudad cercada, silenciosa y airada, orgullosa de su polvo. Para Lucano, acostumbrado al colorido de Oriente, Jerusaln no le pareci una ciudad oriental, porque careca de alegre, msica, pasos rpidos que se deslizasen y voces alegres. Haba pensado que el tiempo se haba establecido all como piedra de una tumba y no poda ser nunca movido y que las antorchas arrojadas en los hoyos disminuan ms bien que elevaban el ritmo de vida de la ciudad. Las rojas sombras se deslizaban sobre las paredes como fantasmas de una conflagracin ardiendo en las habitaciones de los muertos.

—Es ms viva durante el da —dijo Plotio, como sintiendo los pensamientos de Lucano—, los judos no se alegran por la noche, son un pueblo sombro.

Descendieron a una calle ms ancha, llena con la luz de las antorchas y la amarillenta luz de la luna, guardada por altas paredes. Entonces Lucano pudo percibir la fragancia de los jardines y la voz de las gentes, pudo or una que otra vez, el sonido de una flauta o una lira resonando tmidamente en la quietud de la noche. All vivan los administradores romanos y los judos pudientes que colaboraban con los romanos y se haban contagiado algo de las costumbres romanas. La comitiva se detuvo ante una puerta y Plotio dijo:

—La casa de Hilel ben Hamram, tu amigo. Nosotros seguimos adelante con el noble Poncio Pilatos hasta su propia casa.

Una negra puerta de hierro gir y Hilel apareci sonriente y vestido con una hermosa tnica blanca.

—Saludos, amigos mos —dijo—, os esperaba ms pronto.

—Lucano tuvo que parar para asistir a un funeral judo —dijo Pilatos —, afortunadamente fue capaz de evitar que una mujer fuese enterrada viva. Qu ansiosos estis los judos de libraros de vuestros muertos antes de la puesta del sol. A menudo me pregunto: ¿cuntos desgraciados se despiertan en la tierra? y reflexiono en su terror antes de que mueran asfixiados en la oscuridad.

El rostro de Hilel cambi sbitamente a causa del insulto, pero permaneci sonriente. Dirigi a Pilatos una mirada afectuosa e invit a la compaãa que se uniesen a l para tomar un poco de vino. Pero Pilatos dijo que estaba cansado; se mova inquieto en su carroza, Hilel alarg la mano y ayud a Lucano a descender; su apretn era clido y lleno de aviso, porque perciba la ira del griego.

Plotio dirigi a Hilel una llameante mirada y salud. La comitiva continu adelante, Sosteniendo an la mano de Lucano, Hilel le condujo a un gran jardn lleno de fuentes con la fragancia del jazmn y de las flores que se abren durante la noche. La gran casa de mrmol en medio del jardn reflejaba la luz de la luna corno plata. Lucano suspiro con placer, consciente de su cansancio. Entonces Arie ben Eleazar sali de prisa descendiendo los sombreados escalones hacia ellos; extendiendo sus manos y gritando el nombre de Lucano con deleite; cuando lleg hasta l se abrazaron. Los dos jvenes condujeron a Lucano al gran recibidor y mir a su alrededor con inters, Hilel era un cosmopolita, las paredes de mrmol de muchas tonalidades, estaban recubiertas con las mejores y ms variadas tapiceras, brocados y sedas; tejidos enjoyados, relumbrando y luciendo a la luz d muchas Imparas altas y candelabros de bronce corintio puestos sobre talladas mesas de mrmol, bano y limonero. Grandes jarrones persas y de catay permanecan en los rincones, de los que brotaban altos y fragantes lirios, rosas, ramas de jazmn y brillantes hojas oscuras. Exticos tiestos orientales

decoraban las ventanas, grabados en oro, plata y marfil; por ellas penetraba la fresca y perfumada brisa de los jardines; sillas cubiertas de brocados y sedas teidas, estaban puestas sobre pequeñas alfombras persas. Lucano había entrado en muchas casas lujosas antes, pero pensó que aquella era la más confortable. Sin embargo no vio ninguna suerte de estatuas. En el centro del amplio recibidor una argentina fuente murmuraba y caía sobre una redonda balsa llenando el aire de perfume. Los tres hombres se sentaron sobre un suave diván romano de color granate y un criado les trajo vino romano y un plato de dátiles, higos rellenos de almendras y otros dulces delicados.

Lucano se estiró con cansancio y placer. Sus amigos le miraron con afecto. Arieih dijo:

—Mi hogar, que era el de mi padre, es más humilde que este, pero dentro de unos días deberás ser mi huésped también. Su mano aún sostiene la de Lucano como un hijo.

—No estoy aquí para ser mimado —dijo, pero sonrió—, debes recordar que ya no soy muy joven y tengo mucho que aprender y hacer.

Hilel le estudió con preocupación.

—Antao —dijo Lucano—, yo no tenía esperanza, el mundo era completamente corrompido y sin Dios. Viva con amargura y desesperación. Pero como mi hermano Prisco me ha dicho, la revelación ha sido dada al hombre por Dios y nunca más será el mundo lo mismo. La esperanza y el gozo ha sido concedido sobre mí, una nueva edad ha empezado llena de portentos. He sido llamado para ayudar a aumentarla y para llevar las buenas nuevas a todos aquellos con quienes me encuentre.

Hilel vaciló.

—He estado en Joppa. He visto a Pedro, uno de los apóstoles de Cristo, el principal de ellos. Es un hombre de unos treinta y cuatro años, impetuoso, ardiente y un tanto enigmático. Su habla es ruda y locuaz. Tendrás que recordar que él ha tenido poco contacto con los gentiles; es un pescador de Galilea, un campesino; era un judío muy devoto, de poca sabiduría acerca del mundo. Sin embargo, impresiona mucho y está lleno de fuego. Está escondido en una pequeña casa de Joppa y pasa el tiempo en la azotea, mirando hacia el mar rogando.

Hilel vaciló de nuevo y luego se echó a reír un poco.

—Cuando llegué no me miró amablemente. Durante varios días no quiso verme porque es muy suspicaz. Luego me reprochó con su lenguaje galileo; me dijo en la cara que yo era un judío corrompido, tenía familiaridad con los griegos, los romanos y otra gente abominable. ¿Qué sabía yo de los libros santos? Era evidente, declaró, mirando a mis vestidos despectivamente, que vivía para el placer y era muy posible que los mandamientos sólo fuesen palabras para mí. Era un hombre de riqueza. ¿Cómo era posible para mí comprender a los pobres y a los humildes? El Señor no había venido a morir para los que son como yo. Su

mensaje me será incomprendible. Sin embargo, después que le dejé desahogarse en sus reproches y desprecios, escuché mi historia, aunque se mantuvo mirando significativamente a mis anillos y mis sandalias de plata. Finalmente se suavizó; me recordaba como el hombre rico que hablaba con el Señor. Luego empezó a llorar y dijo: ¿Por qué debo reprocharte yo, que le negué tres veces y fui cuando le apresaron y crucificaron?

Hilel sirvió más vino a Lucano.

—Luego entre cortados tonos siguió: ¿Cuando volví a nosotros y moré aquí, nos dijo que debíamos llevar las buenas nuevas a todas las naciones. Confieso que sentí horrorizarme. Somos pocos y somos judíos, sin dinero y sin amigos. Hemos sido proscritos por el Procurador romano. ¿Qué pueden entender los gentiles de mí? Para nosotros han sido abominables; la ley declaró que debíamos permanecer aparte y no ser corrompidos por los gentiles. Los circuncisos viven sin ley, son impuros, sus maneras no son nuestras maneras. Débiles y sin poder, debemos ir entre los extranjeros con sus dolos, sus viles dioses y sus inexpresables costumbres. Debemos contarles acerca de nuestro Mesías, que nosotros creemos vino tan sólo para su pueblo. Vine a Joppa no sólo para esconderme de la ira de los romanos que nos declaran insurreccionistas, sino para rogar y tratar de comprender. Todas las noches he permanecido en esta azotea; he estado pensando y he tenido visiones. Debo hacer lo que nos ha mandado, pero aún hay enfermedad en mi corazón y me escondo de los gentiles y de sus obras, de sus crueldades y abominaciones.

Hilel sonrió con buen humor.

—Aunque nunca he considerado a los gentiles con un tono tan despectivo como el de aquel humilde y enigmático hombre, comprendí. Le hablé de ti, le dije que habías venido a hablar con él. Tú eres griego, un pagano, has adorado a dioses falsos; hablas una lengua extranjera; no estás circuncidado. Entonces volví a caer en llantos y se reprochó a sí mismo confesando que él también había cometido el pecado del orgullo y el desprecio. Ha consentido en verte. Antes de dejarle me bautizó, no es el más amable de los hombres y podrá encontrarle rudo e incluso insultante y con el lenguaje de un campesino.

—He encontrado también a dos apóstoles más, Santiago y Juan, hermanos, hijos de un tal Zebedeo también galileo. Son llamados los hijos del trueno y les describe exactamente. Viven dentro de la muralla; la madre de Cristo vive con ellos como su madre, porque así lo mandó Dios. Son muy jóvenes y poseen una cierta fiereza y una dedicación fantástica. Incluso hay un tono de venganza en ellos. He oído que dejaron que Cristo hiciese descender fuego del cielo sobre una ciudad de Samaria que mostraba poco interés en escucharles. Desde que fueron reprochados, aún respiran llamas. No te considerarán amablemente, aunque les he persuadido para que te vean.

Hilel suspiró.

—Incluso ante los santos, entre aquellos que comieron, anduvieron y durmieron con él y oyeron sus palabras hay ahora disensiones. Algunos de ellos insisten vehementemente que antes de que un hombre pueda hacerse

Cristiano debe ser primero admitido al judaísmo y que debe ser circuncidado. Estos son los más viejos, que se mantienen aferrados ferozmente a la ley de los siglos, los más jóvenes dicen que no es necesario. Tienen sus propias interpretaciones. Los ancianos creen que cuando Cristo habló de la misión a la ciudad de Israel quería hablar literalmente. Los más jóvenes creen firmemente que significa a todos los hombres. No sólo están aparte, escondidos a causa del mandato de Poncio Pilatos, sino que se mantienen separados de sus opiniones. Me siento muy pesimista.

—Yo no —dijo Lucano con firmeza—, debis recordar que los apóstoles no son más que hombres y los hombres difieren de opinión. Ir a ver a Pedro tan pronto como sea posible.

Una joven muchacha se deslizó en el recibidor, vestida con una túnica blanca y con una trenza alrededor de su cabeza. Deba tener unos quince años y era extremadamente comedida, con un tono gracioso en su figura, hermosos ojos azules bajo sus estrechas cejas, una piel tan blanca como la nieve y un cuello tan esbelto como una columna. Su boca era una rosa; bajo su trenza fluía una masa de oscuros cabellos rizados en olas. Tenía una expresión tímida pero coqueta, aparentemente era consciente de su belleza. Hilel se levantó y la tomó de la mano.

—Ah, Lea —dijo afectuosamente. La trajo hasta Lucano y dijo:

—Esta es mi hermana a quien yo he desposado con Ariele. ¿No está afortunado?

Miró a Lea con orgullo. Muchos enojados brazaletes tintineaban en las muñecas de la joven y un pesado collar de gemas ornaba su garganta y sus sandalias eran de plata. Lucano se sintió tiernamente divertido. Lea aunque joven, mimada y guardada cuidadosamente, tenía un aire de mucha mundanidad. Le respondió suavemente en griego, que hablaba con precisión.

Ariele permaneció de pie junto a ella, sus oscuros ojos azules brillaban de amor. Ella aceptó no darse cuenta de su presencia, aunque un ligero rubor había aparecido en sus mejillas. Habló a su hermano con la arrogancia de una joven consentida.

—¿Por qué no está nuestro huésped en sus habitaciones descansando? Eres poco delicado Hilel.

—Es verdad —respondió él. Palmeó con sus manos y el encargado entró en el recibidor al instante—.

Conducir al noble Lucano a sus habitaciones, Simón —dijo. Reflexionó por un momento—, te presentaré a mi esposa a la hora de la cena. Los niños están acostados. Mis padres, no se unieron a nosotros porque son viejos y han tenido fiebre.

Lucano comprendió al instante que los padres de Hilel no querían que su hijo recibiese a gentiles y los tuviese bajo su techo. Asintió gravemente.

—Espero que su salud mejore —dijo. Y no pudo evitar el añadir con un poco de malicia:

—¿Me dejarás examinarlos y si es necesario recetarles algo?

Hilel dijo con cierta prisa.

—Gracias, mi querido amigo, pero no deseo abusar de ti. Además sólo confían en nuestro médico de familia. Hay que seguir el humor de los ancianos; tienen sus rarezas.

—Son muy pesados —dijo Lea en tono mimoso—, nunca me hablan sin desaprobación y reproches. Creen que vivimos en los tiempos antiguos cuando las muchachas eran recluidas y guardadas aparte y vestidas a la moda de los viejos; escondido su cabello hasta después de que fuesen casadas —acaricié sus bellos rizos—, nuestro mundo es un mundo moderno y debemos comportarnos de forma moderna, que son más agradables y más cultas.

Hilel rompió a reír y tiró de uno de sus rizos afectuosamente.

—Recuerda honrar a tus padres, Lea —dijo. Ella retiró su rizo exasperada.

—Es muy bueno para ti, hermano —dijo—, que tienes libertad para no pasar toda la tarde escuchando las admoniciones como yo he de hacerla. Yo soy modesta, no estoy versada en la ley de los profetas, no tengo respeto por los patriarcas; ser una esposa como una romana y mis niños ser negligentes y no ser enseñados en sus santos deberes. Y en cuanto a tu esposa, Dora, ella es casi tan mala, con su escondido cabello y sus ojos inclinados y en silencio ante la presencia de los hombres. Si tú no existieses, no aparecería ni siquiera a nuestra mesa, sino que comería sola y humildemente. Para ellos yo soy una Jezabel.

—Mírate, niña —dijo Hilel—, has dicho bastante.

—No sabes lo que sufro —exclamó Lea, pateando sus pequeños pies. Además, tú eres un hombre y yo una niña.

—Tus modales son deplorables —dijo Hilel con un poco de severidad—. Se comprende que abusan mucho de ti y simpatizamos contigo, pero no cansas a nuestro huésped.

Lea salió del recibidor acariciando su cabeza. Hilel explicó a Lucano en tono de excusa:

—Es la niña de mis ancianos padres, pero ha sido excesivamente mimada. Sólo ellos deben ser reprochados. Les encanta su belleza, pero están temerosos por su alma. Se transforman en una matrona juda apropiada cuando se case y sin duda reprochar a sus propios hijos y sentir agonia por ellos.

—Es un gozo para mis ojos —dijo Ariele—, me ha estado instruyendo en la ley y suspira sobre mi ignorancia. Es la más dulce de las mujeres.

Cuando Lucano estuvo en sus habitaciones miró a su alrededor con placer. Salió a un balcón y miró a Jerusalén, que brillaba con linternas de antorchas. Lavó sus manos en agua perfumada y tomó unas blancas servilletas de un criado. Vestiduras limpias y frescas del más blanco lienzo, habían sido preparadas para él con mucho tacto y pudo cambiarse sus toscos vestidos que estaban polvorientos y sucios del viaje. Se calzó unas sandalias de la mejor clase de cuero. Miró a la rica cama nostálgicamente. De algún lugar de la casa oyó un

arpa distante y sos pech que la msica alegre estaba siendo tocada por Lea, desafiante. Por alguna razn oyendo aquella msica danzarina su corazn se anim. Tena una inocencia. Una afirmacin. Crea en la vida y la abrazaba ansiosamente.

Un criado le condujo a travs de habitaciones lujosas y luego al comedor donde Hilel, Arieih, Lea y Dborah, la esposa de Hilel, le esperaban. Dborah era joven, una mujer rellena, vestida muy modestamente con una tnica plida. Un velo azul cubra su cabello completamente. Sus brazos y cuello estaban escondidos. Su redondo rostro recordaba a Lucano el de Aurelia, y sus castaos ojos que se alzaron rpidamente una vez para contemplar su rostro, miraron luego hacia abajo, eran lividos a pesar de su comedimiento. Un hoyuelo se formaba junto a sus llenos labios y hablaba con una alegra que sin duda ella reservaba para su esposo. No usaba joyas; se sent al pie de la lujosa mesa cerca de Lea; no haba hablado ni una sola vez. Lea la mir con impaciencia, luego ignor su presencia. La muchacha impdicamente se uni a la conversacin, demostr su desacuerdo, ri, hizo broma y en conjunto se comport como una bella joven estropeada de acuerdo con la moda moderna. Dborah demostraba desaprobacin. Lea gru(60), acarici sus cabellos y tintine sus brazaletes .

—Tennis una excelente cocinera —dijo Lucano descubriendo que tena hambre.

Los peces rellenos estaban sazonados y suculentos, el cordero asado, jugoso, los vegetales y las ensaladas bien condimentados. Haba pasteles rellenos de uvas pasas, ciruelas secas y dtiles. El vino era romano y de primera calidad. Velas en candelabros de plata brillaban sobre un mantel blanco en el que la plata deslumbraba. Las cucharas y cuchillos estaban grabados profusamente, y las copas de oro eran macizas e incrustadas con gemas, los platos de sal y las fuentes estaban asimismo engalanadas.

—Vivimos como campesinos —dijo Lea con descontento—. No es que yo desee lo que es impuro. Pero preferira ms elegancia y variacin. La mesa de mi mejor amiga es deliciosa.

—Tranquilidad, nia —dijo Hilel automticamente—. Lucano a veces deseo que tuvisemos las antiguas costumbres y las mujeres fuesen excluidas de la comida con los hombres.

—Es joven —dijo Arieih. Volvi sus ojos hacia su desposada y pregunt gravemente—: Me has dicho que soy ignorante y es as. Repteme las leyes de Moiss en relacin con los templos y sacrificios.

Lea alz su cabeza orgulosamente y con voz severa empez a instruir a Arieih. Lucano escuchaba con diversin afectiva y Arieih con un aspecto de humildad. Dborah no hablaba pero una o dos veces Lucano la vio sonrer. La felicidad de aquella joven familia afect a Lucano profundamente. Oyendo a Lea y viendo su inocencia; sus rosadas mejillas y el brillo de sus ojos y la belleza de su cuello y brazos desnudos, pens en Rubria y en Sara, las muertas que l am con tanta ternura, y se dijo a s mismo que en realidad no exista la edad ni el cansancio, ni el dolor ni la desesperacin, ni la separacin ni la muerte. El mundo y los planetas, los incontables soles, vibraban con juventud inmortal y las constelaciones se alegraban en ella. Se sinti inundado de exaltacin. Todo lo que haba amado estaba con l para siempre.

Antes de quedarse dormido aquella noche oy el aullido de los chacales fuera de las puertas y le pareci que eran las voces y gritos del desierto que esperaban consuelo y admisin entre la compaa de los que haban sido bendecidos.

CAPITULO XLVIII CAPITULO XLVIII

LUCANO recibi una invitacin para cenar con Poncio Pilatos y estaba a punto de rechazarla impaciente cuando Hilel dijo:

—Fuiste su husped en su casa de Cesrea. Por alguna razn le obsesionas. Es un hombre muy inquieto desde la crucifixin de Cristo. ¿Te costar mucho el darle algñ alivio?

—T, mi amigo, que me alojas en tu casa, no has sido invitado. Esto es una gran falta de cortesa.

Hilel sonri.

—Concedamos que sea as. Pero los romanos son descuidados en la cortesa hacia aquellos a quienes han conquistado. Estabas a punto de decir que a l no le gustan los judos. Si fusemos intolerantes con la intolerancia seramos tambin arrogantes.

—Esto es un sofismo —dijo Lucano. Pero acept la invitacin.

Hilel le atavi en forma elegante.

—Los romanos, tan materialistas, estn sumidos con vestiduras ricas y apropiadas —dijo Hilel—, desprecian la simplicidad, aman el alarde de riqueza.

Lucano se visti una tnica azul y sobre ella una toga del ms delicado, aunque pesado tejido, bordada de oro. Sus sandalias eran de oro, con una hebra de piel, cuajadas de gemas sobre el empeine Hilel coloc enojados brazaletes alrededor de sus brazos.

—Ests ciertamente magnfico —dijo amablemente—, pareces la ms noble de las estatuas griegas.

Orden una litera a la puesta del sol y Lucano fue llevado a casa de Poncio Pilatos; una casa grande, levantada dentro de los altos muros y ricos jardines florecientes, animada con fuentes que danzaban en el rojo aire del sol poniente. Pero una brisa turbia soplaba de la calle que toda la fragancia de rboles, hierbas y flores era incapaz de superar. Pilatos dijo arrugando su nariz:

—La pestilencia es abominable.

Lucano recordando que deba ser amable, se contuvo de comentar los malos olores de Roma y especialmente aquellos que procedan del Trans-Tiber cuando cambiaba el viento. Pilatos tena un aspecto preocupado y condujo a Lucano a un recibidor ms lujoso que el de Hilel. Lucano qued abrumado por el esplendor, que apareca demasiado amontonado con mal gusto. La fuente central estaba fuertemente perfumada y el olor era asfixiante. La casa apareca llena de hermosas esclavas, que sentadas sobre cojines extendidos sobre el deslumbrante suelo blanco, tocaban el arpa o el lad y acariciaban sus largos rizos.

—Iremos a la terraza —dijo Pilatos —, donde el aire es fresco y podemos disfrutar de una buena vista de la ciudad. Estoy esperando a otros invitados. —Su rostro ausente sonri framente— Nada menos que Herodes Antipas en persona y su hermano. Desea hablar contigo y debes comprender que esto es una gran condescendencia. Hubo un tiempo cuando nos aborrecamos uno a otro; ahora somos los mejores amigos. Es una cuestin de diplomacia.

— ¿Has hablado a Herodes de m?

Pilatos se sinti turbado.

—S. A propsito, se siente ofendido a causa de mi retirada de la proscripcin contra la secta que se llama a s misma cristiana. Est preparado para no verte con buenos ojos.

Se ech a rer con repentino buen humor y condujo a su husped a travs de varios pisos de una escalera de mrmol ancha, cubierta con alfombras persas. Lucano pudo vislumbrar ricas habitaciones durante su ascenso. La msica les sigui. La terraza era muy ancha y larga, guardada por parapetos de madera tallada en intrincados dibujos, el suelo completamente adornado con alfombras, las sillas bajas y divanes cubiertos con fundas de seda rayadas de muchos colores; las mesas separadas sobre las que descansaban brillantes Imparas. Las esclavas les siguieron e incitaron una nueva msica.

Lucano qued interesado por la vista de la ciudad desde aquella altura. La rojiza llama de sol poniente se extenda sobre los ptreos o cultivados montes que permanecan alrededor de la ciudad, dndoles el aspecto de estar ardiendo. Las retorcidas y reforzadas murallas amarillas de Jerusaln tenan un aspecto sombro; un tinte escarlata polvoriento se haba extendido sobre las estrechas y concurridas calles como el reflejo de un fuego. Un montono murmullo suba de las calles susurrando y murmurando. Lucano poda contemplar el fuero romano, sus blancas paredes y columnas brillando sobre la nieve en la tenue luz y tambin el teatro romano. Los palacios se elevaban sobre el interminable plano de las casas ms pequeas; las terrazas dbilmente iluminadas por un bao rojo. Dominndolo todo estaba el templo, alto y firme entre sus propias murallas, sus doradas torres incandescentes, sus muros sonrosados. Quedaba al este de la casa de Pilatos y el cielo que se extendía tras l, tena las tonalidades de la cola de un pavo real, contrastando con los llameantes cielos del Oeste. En la distancia se perciba un amplio bosque de negros y altos cipreses, amontonados juntos o esparcidos en un gran jardn verde.

—Getseman —dijo Pilatos notando el inters de Lucano.

Su voz son con una nota peculiar. /l y Lucano se haban sentado bajo un toldo y beban vino. Pilatos qued silencioso, como si pensase. La msica se alz a su alrededor y una muchacha cant dulcemente, Lucano escuch; la carencia le era poco familiar, llorosa e insistente. La cancin era cantada en arameo.

Qu misericordioso es el Seor nuestro Dios.

Su merced es ms ancha que el mar.

Su amante cario abraza la tierra y el cielo,

y sus palabras son gozo para mi corazn.

¿Quin puede conocer al Seor en sus anchos pensamientos?

¿Le conocen a El los montes o las grises montaas?

¿O los vastos desiertos donde el hombre no habita?

¿O el tigre en su bsqueda, o el rbol slo en su majestad?

¿O la muerte que duerme como un beb en su pecho?

¿O el moribundo solitario y dolorido?

¿O los dorados ros que corren hacia los ocanos, o los jardines en el amanecer?

En el ms secreto lugar, El es conocido.

Lucano mir a la muchacha; sus grandes ojos negros brillaron bajo sus pestaas y su rostro era suave y plido. Qued sorprendido ante las palabras de la cancin y mir a Pilatos que aparentemente no escuchaba. El codo del romano descansaba sobre el brazo de la silla, y sus meticulosos dedos tapaban su rostro. Estaba sumido en sus pensamientos, olvidando a su husped, luego dijo sin quitar la mano de su rostro y como dirigiéndose a s mismo:

—Es imposible que se levantara de entre los muertos, sus seguidores se lo llevaron, le curaron y le han escondido, porque fue quitado de la cruz demasiado pronto.

Lucano esper sin hablar. La msica cambi a un tono ms suave y menos molesto; Pilatos dijo con voz distante:

—No me sorprendera nada que ese viejo sinvergenza, Jos de Arimatea haya tenido que ver en este asunto. Es un consejero y se dice que es justo y bueno. Le he recibido a pesar de mi escepticismo y no he sido capaz de igualar sus sofismos o su mundanidad. Fue Jos quien me pidi su cuerpo para ponerlo en una tumba. He odo suficientes rumores de ese hombre quien, ante mis ojos, no tena culpa alguna. Fue el sumo sacerdote, Caifs, no hay nadie que se oponga a los sacerdotes sin correr un gran peligro personal; pueden hacer mucho dao. A m me ordenaron el mantener la paz en este pas a toda costa. ¿ Puedo ser reprochado por esto?

Entonces mir a Lucano agudamente.

—No —dijo el griego con vacilacin.

Pilatos aadi:

—Jos es un hombre muy rico. Es posible que el soborno entre en esto de alguna manera y que Jess fuese quitado de la cruz mientras estaba an vivo y llevado a casa de Jos para ser curado y sanado. El Tribuno romano se movi inquieto a causa de los rumores que corran de que /I resucitara de entre los muertos el tercer da cologu guardias en las puertas de la tumba a fin de que no fuese usado ningn truco. El sumo sacerdote haba solicitado esto de m. —Se detuvo. Volvi el rostro a fin de que Lucano no pudiese ver su cara. Lucano continu esperando. Luego el Procurador suspir...

—Los hombres son muy supersticiosos, son tambien histricos. Mis guardias me informaron despues y yo les escuch incrduamente. Hablaban con la mxima incoherencia. Haban mantenido fuegos ardiendo alrededor de la tumba, bebido vino y jugado a los dados explicando chistes. ¿ Acaso su vino fue drogado por ese hombre sinvergenza, Jos? Me jur solemnemente que esto no haba sido hecho. Sin embargo mis hombres declaran con juramentos y aterrorizados que, antes del amanecer del tercer da una gran luz brill alrededor de la tumba y cayeron sin sentido sobre el suelo. Cuando se despertaron, la piedra maciza y pesada, haba sido retirada del sepulcro; all dentro no haba nada sino vestidos, un banco de piedra vaco y el olor de especias y ungentos.

Mir a Lucano con mirada implorante.

— ¿ Puede un hombre sensible creer que esto sea sobrenatural? Fue un chiste de mal gusto, ciertamente, con la idea de engaar y producir asombro en los pechos de los simples; una pretensin de que la profeca haba sido cumplida. Mira, Lucano, soy un hombre educado de una familia noble. Esperas que yo crea estas insensateces acerca de un miserable e inculto Rabb de Galilea. ¿ Quin podra inspirar menos a los dioses?

— ¿ Qu deseas que te diga? —pregunt Lucano en voz baja.

—Dime lo que creas acerca de estas estupideces.

Pilatos se inclin hacia l y Lucano vio que estaba aturdido y furioso en su turbacin. Lucano palp dentro de sus vestiduras y mostr a la luz del rojizo sol la cruz que colgaba de su cuello. Pilatos la mir con asombro.

—Hace muchos siglos —dijo Lucano—, este hombre fue profetizado por los caldeos y los babilonios y despues por los judos. Los egipcios decoraron sus paredes con este signo; los griegos alzaron altares al Dios Desconocido. Las escrituras de los judos escritas hace siglos nos hablan de /I, de su misin, de su nacimiento, de su vida y de su muerte.

Pilatos se sinti asombrado. La luz rojiza del ltimo sol caa sobre su rostro. Mir a Lucano penetrantemente.

— ¿ Crees es to? —pregunt con una voz asombrada.

—S, lo creo. Lo s.

Pilatos qued silencioso por algn tiempo. Luego dijo con voz contenida:

—Entonces, ¿ qu acerca de m que le entregu a la muerte?

—T fuiste slo un instrumento.

—Los dioses son vengativos.

/I no es vengativo.

Pilatos medit.

—Curaste a tu hermano que estaba moribundo...

—No. Dios le cur. Yo tambien fui tan slo su instrumento.

—Dime lo que debo hacer... —exclam Pilatos repentinamente turbado. Mir a Lucano temeroso—. He pensado mucho acerca de todo esto. Aquella mujer que iba a ser enterrada, ¿ no estaba muerta?

—Te lo he dicho, no estaba muerta. No existe la muerte.

—Hablas con misterios, como los orculos dlficos.

—Los hombres hacen misterio de todo y de las cosas ms sencillas, Ponc io.

—Estoy perdido —dijo Pilatos en tono desesperado.

Pero el supersticioso corazn del romano bati rpidamente.

— ¿ Quin eres t, Lucano? —pregunt.

Lucano frunci el ceo.

—Yo soy quien t sabes que soy.

—Pero t tienes poderes misteriosos.

—No, no tengo ningn poder ni ningn merito. Slo Dios los tiene.

—/I, entonces, ¿ te los ha concedido?

Lucano movi su cabeza. Pero en aquel momento un esclavo lleg para anunciar la llegada de Herodes Antipas, el Tetrarca de Jerusaln y su hermano Herodes Felipe. Las esclavas iniciaron una msica triunfante y otras muchachas corrieron hacia la terraza llevando cestos de hojas de rosa, que como sonrosada nieve esparcieron sobre el suelo y an otras vertieron perfume en el aire. Pilatos acudi a recibir a sus huspedes y

mientras las Imparas de la terraza eran encendidas rpidamente, Lucano mir curiosamente a los dos hombres. Antipas le record instantneamente a una zorra rojiza, tena un rostro estrecho e irritable y era brusco e impaciente de movimientos. Llevaba una corta barba roja y Lucano record que Antipas se dejaba crecer la barba a causa de los cercanos festejos judos y que se la afeitaba inmediatamente despues; pero Felipe, hombre ms joven, ms alto y de ms noble expresin, posea hermosos y ntidos ojos oscuros, un rostro clsico como una estatua y unos modales pacficos y dignos. Pareca estar sumido en sombras pensamientos. Antipas devolvi el saludo a Lucano e hizo una pequea reverencia con una palabra corta y una mirada de disgusto. Pero Felipe le sonri y pregunt por su salud e interrog cortsmente qu le pareca Jerusaln.

Los hombres se sentaron y bebieron ms vino. La noche cubri la ciudad y las antorchas fueron encendidas abajo y las linternas empezaron a brillar. Antipas estaba aparentemente de muy mal humor; se limit a una insulsa conversacin con Pilatos, haban sido antes enemigos, pero ahora eran amigos. El aire de Antipas hacia Pilatos era a la vez arrogante y lo ms servil. Felipe le miraba pasionalmente y sus negras cejas se fruncan. Habl amablemente con Lucano y le cont que haba odo hablar mucho de l. A esto Antipas mir hacia atrs amenazadoramente a Lucano y dijo con voz aguda y severa:

—S. Queremos hablar de esto.

Volvi su delgado hombro vestido con un brocado azul y se frot la barba. Antes de volverse de nuevo a Pilatos, dirigi una venenosa mirada a su hermano, que la recibí imperturbable.

Un gong son y se levantaron, pasando al comedor que relumbraba con colgaduras engemadas, mrmol y ricas Imparas. La comida fue de lo ms lujosa. Antipas comi poco y bebi en forma abstemia. Se quejaba de muchas cosas insignificantes al poderoso romano. Nada le complaca ni en Jerusaln, ni sus propios asuntos privados. Su rostro se suaviz cuando habl de su esposa, Herodas, al hacerlo Felipe se puso rgido en la silla y mir a su hermano con encendidos ojos y su boca tom un aspecto duro y amargo.

—Cmo me gustara vivir en Roma —exclam Antipas—. All uno slo encuentra la civilizacin y el realismo, pero aqu todo es Dios, todo son observaciones religiosas, discusiones tedias. Incluso el Sumo Sacerdote slo puede hablar de los comentarios. Para los judos nada existe excepto Dios.

Lucano dijo:

—Demcrito escribi, hace unos cuatrocientos aos: Ꞇ Si uno escoge los bienes del alma, escoge la proporcin divina, si los bienes del cuerpo, simplemente la mortal. Ꞇ

—Esto est muy bien —dijo Antipas en tono desagradable y con una sonrisa perversa—, pero el hombre es tambn mortal, y lo mortal debe ser alimentado.

Hizo una pausa. Luego dijo casi amenazadoramente:

—He odo extraas cosas acerca de ti, Lucano. Corren rumores de que realizas milagros.

Se ech a rer un poco.

—No —dijo Lucano, empezando a sentir un pequeo estremecimiento de disgusto—, no realizo milagros. Slo Dios hace esto.

Sus mejillas se colorearon a causa de la afrenta.

—Ja! —Exclam Antipas—. Esto es excelente. Hemos tenido bastantes hacedores de milagros en Judea, o charlatanes. Confo en que no ests aqu para excitar al pueblo. O para aclamar que tienes una misin nica recibida de Dios.

—Estoy aqu slo para encontrar la verdad y escribirla —dijo Lucano con ira.

Pilatos empez a sonrer. Felipe escuchaba con una copa de vino junto a sus labios y sus ojos abiertos alerta, brillantes hacia Lucano.

—Y yo estoy aqu para establecer la paz y el orden entre mi pueblo —dijo Antipas—. Ser despiadado con los revoltosos.

Sus ojos brillaron amenazadores.

—Estas aceitunas, si es que se me permite decir tal cosa en mi propia mesa —dijo Pilatos—, y qu pasa, Lucano? Pareces tener poco apetito. Mi cocinero es excelente, este cerdo asado est delicioso.

—Quiz tu honrado visitante no gusta de la carne de cerdo —dijo Antipas con una desagradable sonrisa.

Lucano rehus responder a esta grosera. Permitti que un esclavo le sirviese un poco de aquella carne. Empez a preguntarse por qu Antipas estaba tan evidentemente agitado e irritable. El Tetrarca puso un puado de pequeas aceitunas saladas en su boca y las empez a masticar ruidosamente, escupiendo luego los huesos. Luego dijo:

— y De manera que ests aqu para descubrir la verdad y escribirla? Dime, y eres cristiano?

—He sido cristiano desde el da del nacimiento de Cristo —dijo Lucano.

Antipas casi dej caer la copa con la sorpresa. Su boca qued abierta.

— y Qu es lo que dices? —pregunt incrduamente.

Felipe se inclin hacia adelante en su silla y la sutil sonrisa en el rostro de Pilatos desapareci.

—Ests loco —exclam Antipas golpeando con su mano sobre la mesa—. Nadie ha odo de los cristianos hasta hace cuatro aos. Aquel galileo apareci por primera vez en aquel tiempo.

—Sin embargo, yo le conoca desde el da en que naci. Fue mi propia falta de mrito lo que me hizo olvidarle durante muchos aos; mi propia obstinacin e ira.

Lucano mir de frente a Antipas, que estaba estupefacto. Sac una vez ms la cruz y se la ense⁽⁶⁰⁾ a Antipas, que repentinamente se estremeci. Lucano le habl de Keptah, de los caldeos y babilonios, de los egipcios y

de los griegos, de sus antiguas profecas. Les habl de los magos de la gran cruz en el templo secreto de Antioqua. Les cont que la estrella haba sido vista por l cuando era un muchacho, en su movimiento hacia el Este. Muchos de los esclavos, a lo largo de las paredes, se inclinaban ansiosamente para or, y en algunos de ellos aparecan las lgrimas inundando sus ojos.

—Estaba en Atenas el da de la crucifixin —dijo Lucano en tono apresurado—. El sol desapareci, sonaron ecos de gemidos y terremotos. He odo muchos rumores en mis vagabundeos de que esto ocurri en todo el mundo conocido. ¿Crees que es una coincidencia?

El rojizo rubor en la estrecha cara de Antipas desapareci; fue reemplazado por un tinte lvido. Permaneci silencioso, cerr sus ojos, que iban de un sitio para otro como buscando refugio; se remoj los labios con la lengua. Poncio permaneci pensativo, su mano jugaba con una copa. Felipe sonri y alz su cabeza como si hubiese llegado a una profunda resolucin.

Antipas empez repentinamente a temblar como poseo por un fro interior. Por fin dijo en aguda y furiosa voz:

—Todo esto es una insensatez. Habl con Jess personalmente. Haba esperado que /l fuese el Mesas. Deseo ver sus pretendidos milagros por mi cuenta. —Dirigi una furtiva mirada a Pilatos—. Conozco las profecas del Mesas, las he odo durante toda mi vida. —De nuevo humedeci sus labios con la lengua y volvi a mirar a Pilatos—. El Mesas iba a librar a los judos de los opresores. ¿Me perdonars, Poncio? Esto era la profeca real. Pero Jess declar que no era de este mundo, que las cosas del Csar no le conciernan. Le hice traer a m.

Hizo una pausa... Sus temblores se hicieron ms perceptibles.

—A pesar del Sumo Sacerdote, que le acusaba no slo de violar la ley, sino de incitar al pueblo contra la autoridad, y provocarle a la rebelda. Para conservar la seguridad del pueblo judo, le hice traer a m para interrogarle. Si hubiese sido el Mesas se hubiese manifestado en toda su gloria y milagros a m; hubiese quedado transformado ante mis ojos. Pero para m gran desilusin, era tan slo un miserable mal vestido campesino de Galilea; le interrogu, le implor que se revelase si era realmente el Mesas. Pero permaneci ante m en silencio y no contest. Ante m, el Tetrarca de Jerusaln. Tan slo me mir como si no me hubiese odo.

Haba sido informado de que l me haba llamado † esa zorra.‡ Estaba dispuesto a perdonarle si l hubiese sido en verdad el Mesas, porque los dioses no tienen reverencia para los hombres, ni siquiera para los reyes.

Por primera vez Antipas bebi largamente de su vino y extendi su copa solicitando ms. Movi la cabeza negando una y otra vez.

—Un desgraciado Galileo. ¿Qu imprudencia la suya asegurando que era el Mesas de los siglos! All permaneci y slo me miraba sin contestarme. ¿Por qu no me contest? Era bastante voluble entre sus seguidores y ante su pueblo. He llegado a la nica conclusin. Enfrentado con la majestad de la autoridad y lleno de temor, l no pudo hablar. Perdi su lengua. Por lo tanto comprend que aqul no era el Mesas, sino tan slo un insurrecto. Era un pobre campesino que haba engaado a los ignorantes y sencillos de mente. Me enfurec profundamente, tanto contra la blasfemia como contra la insurreccin que haba instigado. Y por lo tanto le dije: † T no eres el Mesas. Eres un farsante y un mentiroso. No.‡ No puedo decir la ira y la desilusin que me embarg contemplando su gris mirada hacia m. Por lo tanto le entregu a la justicia y me burl de sus pretensiones colocando un manto llamativo sobre sus hombros y despachndolo.

Felipe dijo:

—Tambin te enfureciste contra uno llamado Juan el Bautista.

Habl contra ti a causa de tu esposa Herodas. Permitiste su muerte a requerimiento de tu esposa.

Los ojos de los dos hermanos se encontraron como el choque violento de dos espadas. Luego Antipas mir a su hermano con odio y dijo:

—No soy ambicioso. Soy el Tetrarca de Jerusaln y amigo de Poncio Pilatos.

Felipe se encogi de hombros.

—Habras de aquellos que son crdulos. Sin embargo, esperabas que Juan fuese Elas nacido de nuevo.

Antipas dej de mirarle y dirigi su rojiza y malvola mirada hacia Lucano.

—Y por lo tanto, debo aconsejarte, a pesar de que seas husped de mi querido amigo Poncio Pilatos y un ciudadano romano, que no permitir ms desorden entre mi pueblo ni ms incitacin. Busca la verdad que quieras, pero no entre los ignorantes y los engaados. Te he dicho la verdad. Que esto te baste.

—No hay nada tan laudable como la franqueza —dijo Pilatos sonriendo.

—Lucano, como todos los griegos, es supersticioso —contest Antipas con otra mirada de odio.

—Sin embargo, buscar la verdad —dijo Lucano mirando a Herodes framente—. ¿Quin puede impedrmelo?

Las narices de Antipas se disten dieron y respir pesadamente.

—Soy un hombre civilizado. Conozco mis deberes como husped de Poncio Pilatos. La cortesa se espera de un husped. Pero tengo una cuestin contigo, mi noble Lucano. —Y respir hondo—. A mi peticin, Poncio proscribi a los cristianos. Es un hombre justo, un administrador de la ley romana. Ahora t le has influenciado para que levante esta proscripcin, a pesar de mi solicitud y de mis argumentos. Esto incitar de nuevo las revueltas y los desrdenes peligrosos. Estoy preparado para tratarles.

Poncio sonri.

—Obedezco al Csar. Tiberio dio a Lucano un magnfico anillo. Lucano me pidi que levantase la proscricin. Puso el anillo en mi mano. Tiberio tiene una gran consideracin por l y yo no poda hacer otra cosa sino obedecer su peticin.

Pareca estar pasndolo muy bien.

Herodes Antipas dijo:

—Honro al Csar, pero incluso los Csares pueden ser engaadados.

—Cierto —dijo Pilatos, y jug perezosamente con una gema de su copa.

Lucano apret los labios. Estaba a punto de hablar con calor cuando vio a Pilatos y a Herodes que intercambiaban duras y significativas miradas y que la mano de Felipe se cerraba crispada sobre la copa de plata. Entonces Pilatos movi su cabeza ligeramente, como si negase, y alz la palma de su mano en un gesto con el que peda paciencia. Antipas habl directamente a Lucano:

—Te he dicho la verdad. ¿Qu puedes aprender de otra manera, excepto de Pilatos y de m? Slo pueden ser mentiras. ¿A quin preguntar? ¿A los despreciables seguidores de Jess? Viniste armado con supersticiones. Los nios imaginan muchas cosas y nos has dicho que fuiste enseado en tu niez; puede haber sido una fantasa por tu parte, o los influjos de criaturas llenas de creencias en brujas y magia. Recuerdo cuando yo era nio. «So^ que con mis propios ojos vera al Mesas!

—Y as ha ocurrido —contest Lucano.

Antipas golpe la mesa de nuevo con una exasperacin completa. Apel a Pilatos con sus ojos voltiles como diciendo: † ¿Qu puede hacerse con semejante idiota?‡ Luego dijo:

—Comprendo que eres un hombre erudito. Maravillosamente educado en el arte de curar. Eres un graduado en la Universidad de Alejandra. Has viajado. Sin duda has encontrado a hombres sabios y eruditos. Sin embargo, t que nunca viste al Galileo, vienes aqu con una creencia obstinada. Muy bien, es mucho ms de lo que un hombre inteligente puede sufrir.

Se volvi hacia Pilatos.

—Te ruego que vuelvas a imponer la proscricin contra aquellos que se llaman a s mismo cristianos, en nombre de la paz del imperio, en nombre del Csar.

—No tengo posibilidades de elegir —dijo Pilatos blandamente, extendiendo sus manos con un gesto de rendicin—. Existe el anillo de Tiberio. El significado del anillo es que el propietario puede usarlo en nombre del Csar, como si el propio Csar estuviese hablando en persona. Comprende esto mi querido Antipas.

Antipas qued pensativo. Sus pequeos dientes amarillentos mordieron su delgado labio. Sus ojos chispearon, profundos, con un brillo extrao. Finalmente habl a Lucano en un tono que haba adoptado en forma de ruego.

—Perdname si parece que te haya amenazado. Trata de comprender. He odo que tienes un profundo amor por el pueblo judo. ¿Deseas ver alboroto y desorden aqu de nuevo y la muerte de los ignorantes? ¿Deseas ver la mano de Roma sobre esta pequea tierra que ha sufrido tanto, que sufre tanto? ¿Qu tiene que ver Israel contigo si fuese destruido?

—No vine a destruir —dijo Lucano—. He venido como un hombre que busca la verdad.

—S —dijo Antipas impacientemente—, no hablaba de esto. Pero has prevalecido sobre Poncio Pilatos para levantar la proscricin contra los ignorantes y los desordenados cristianos, que poseen considerable fiereza y has abierto la puerta para que aparezca de nuevo la turbulencia. Los judos son un pueblo persistente y luchan entre ellos por una opinin respecto a la ley; manifiestan furiosos desacuerdos. La proscricin ha esparcido a los cristianos y los ha mantenido aparte y ha permitido que peleasen con sus discpulos los judos. Ahora aparecern de nuevo y todo estar perdido.

—Espero que no —dijo Lucano con seriedad—. Sin duda que l era un hombre de paz; a su tiempo sus seguidores comprendern esto.

—No —dijo Antipas—. T no conoces a los judos.

Entonces Felipe habl.

—Ni t tampoco. No has sido amigo de tu pueblo, has sido su enemigo.

Un gran silencio cay sobre la mesa. Todos permanecieron sentados como estatuas. Antipas miraba slo a su hermano y Lucano y Pilatos les miraban a ellos. Despus, tras un largo momento, Antipas dijo suavemente:

— ¿Te atreves a hablarme as, Felipe?

—S. Me atrevo —dijo Felipe en voz baja—. Eres un pequeo hombre vicioso. Te digo esto en la cara. Careces de moral, no tienes honestidad, ni dignidad, ni presencia. Este es el fin.

Mir a su hermano con desprecio.

Antipas estall en una carcajada dbil, alzando al aire su barba. Luego exclam:

—Aj. No me has perdonado por haberte quitado tu esposa Herodas. Me has insultado en presencia de mi amigo, pero perdono tu falta de buenos modales. Me has llamado pequeo; si hubiese sido de mayor estatura no hubiese podido quitarte la esposa. ¿Quin es entonces el hombre mayor?

Sus ojos bailotearon malignamente sobre Felipe.

Los labios de Felipe estaban blancos, pero habl en voz baja.

—No tengo ningn resentimiento contra Herodas. La haba amado y si ella me hubiese amado, no hubiese existido posibilidad de que t la sedujeses. No me siento ofendido porque nadie puede ofender a otro sin su propio consentimiento. Hablas de buenos modales; eres t quien carece de ellos.

Lucano se sinti violento. No estaba acostumbrado a insultos y discusiones tan crudas, especialmente entre dos hombres de una misma sangre.

Entonces Pilatos intervino, hablando placenteramente.

—Ests equivocado, Antipas, cuando buscas una corona. Nunca busques una corona de un Csar. Has cado en desgracia para l. Precisamente hoy he recibido una carta de l sugiriendo que desaparezcas secretamente. Los Csares no sugieren con frecuencia, ordenan ¿Esperas t su orden?

Antipas se qued tan blanco como la muerte y su rojiza barba resaltaba prominentemente sobre el tono plido de su carne. Luego murmur:

—Ests bromeando.

—No —dijo Pilatos suavemente—. Csar mira con buenos ojos a tu hermano.

Bebi vino mientras Antipas se aferraba al borde de la mesa y se inclinaba hacia l jadeando.

—Os llam aqu esta noche a ti y a Felipe. T tienes a Herodas; tienes una enorme riqueza. Sugiero, sin embargo, que abandones Judea. Ser ms agradable para todos.

Lucano casi se compadeci del exaltado Antipas y desvi su mirada de l. Su humillacin no deba haber ocurrido delante de un extrao como l.

—Apelar a Agripa —dijo Antipas con voz aguda y sofocada.

—Te aconsejo que no lo hagas. No te mirar con favor.

—Crea que eras mi amigo, Poncio.

—Es como amigo tuyo que te doy este mensaje. Si fuese tu enemigo te hubiese enviado una orden perentoria y destituido pblicamente, ante las despectivas miradas de tu pueblo.

Antipas se volvi hacia su hermano y su mano se desliz hasta su daga.

Felipe le mir con desdn.

—T has hecho esto —exclam Antipas—. Me has traicionado. Has conspirado contra m para vengarte.

—Sugiero —dijo Pilatos— que ningn dao ocurra a Felipe. En realidad he nombrado a mi oficial principal, Plotio, para que guarde la casa de Felipe, en caso de que fueses lo bastante indiscreto para violar los deseos de Tiberio y para evitar que Felipe sufriese... un accidente.

Lucano se levant. Luego dijo framente:

—Me encuentro muy cansado. Debo rogarte, generoso Pilatos, qu me dispenses.

Antipas volvi su ira contra l. Seal con un dedo a Lucano y lo agit contra l.

—Has sido t, buscando el anillo del Csar, que has conseguido no slo que Pilatos levantara la proscripcin contra los cristianos sino que sufriese mi exilio a fin de proteger a tus haraposos amigos.

Pilatos alz una mano en tono de aviso.

—Nadie te ha traicionado, Antipas, ni tu hermano ni yo. Terminemos con estas acusaciones.

Hizo un gesto a un esclavo y orden una litera para Lucano. El griego se inclin ante los que estaban en la mesa y abandon la casa.

—Y tambin sugiero —dijo Pilatos a Antipas— que ningn dao le ocurra a Lucano. Est bajo la proteccin de Tiberio y sabes lo sangriento que se ha vuelto ltimamente.

CAP ^ TULO XLIX CAP ^ TULO XLIX

LUCANO cont a sus amigos Hilel y Ariei lo que haba ocurrido en casa de Pilatos. Escucharon con profundo inters. Luego Hilel dijo con alegra:

—Demos gracias a Dios de que Herodes Antipas haya sido destituido.

—Sin embargo, Pilatos no debiera haberle humillado ante m.

—Es un hombre inescrutable y tiene sus razones.

Hilel continu hablando y dijo que Mara, la madre de Cristo haba regresado junto a sus familiares para hacer una visita a Nazareth. Alguien haba muerto entre sus parientes.

—La visitar all —dijo Lucano. Hilel coment que era un viaje muy largo. Sin embargo aadi:

—Podrs ver Galilea, donde /l ense⁽⁶⁰⁾ por primera vez. Es un lugar hermoso. Pero hay una pequea ciudad llamada Tiberias, construida por Herodes en honor a Csar. Los judos la consideran una abominacin y no debes visitarla. Tampoco lo hizo Cristo. Habl sobre un monte que est cerca de all, en la sinagoga, que es sencilla y humilde como es el suelo. Pero no hay vida. ¿Permanecers hasta que Lea y Ariei se casen?

—Debo atender mis ocupaciones — dijo Lucano con tono de justificacin.

—Entonces esperaremos a que vuelvas.

Cuando estuvo solo, aquella noche Lucano escribi lo que haba odo de Poncio Pilatos y Herodes Antipas. No puso sus opiniones, sino la informacin que haba recibido. Su evangelio iba aumentando. Algunas veces una nostalgia abrumadora se apoderaba de l. Si l hubiese podido tan slo ver a Cristo personalmente. Si hubiese podido tan slo mirar a sus maravillosos ojos. No le hubiese abandonado cuando sus seguidores le abandonaron con temor.

A la maana siguiente, muy temprano, fue en una litera a la casa de Santiago y Juan, fuera de las murallas. Hilel haba enviado un mensajero a los dos jvenes hermanos que se haban mostrado conformes, un tanto sobriamente, en recibir a Lucano. Hilel les haba escrito que si no fuese por Lucano, la proscripcin contra ellos

hubiese permanecido. Una vez fuera de las murallas, tras el monte de Sin, Lucano mir hacia atrs a travs del clido y pegajoso polvo. Aunque era temprano, las murallas amarillas de Jerusaln brillaban en medio de una terrible luz; un relumbrar de aguda incandescencia iluminaba las piedras de las paredes y las curvas y pedregosas montaas. Incluso las colinas cultivadas estaban envueltas en luz, doblez sobre doblez de amarga desolacin.

Las apiadas casas fuera de las murallas ascendan por las laderas, amarillentas y grises, ardiendo en luz. La mayora de ellas eran pobres, con pequenos jardines polvorientos y deshechos, palmeras, pinos, olivos y rboles frutales plantados a su alrededor. Nunca haba visto Lucano una tierra tan atroz, tan seca, tan polvorienta. Los criados que llevaban la litera empezaron a jadear cuando ascendieron las colinas y finalmente se detuvieron ante una pequea casa amarillenta ms pobre que todas las dems. Un joven permaneca sobre los escalones, con una expresin sombrea, en silencio. Debi hacer un comentario, porque tras l apareci otro joven con una cara afilada y plida, fieros ojos negros, una boca llena aunque dura, una masa de rizos castaos sobre su alta cabeza. El primer hombre iba vestido de gris y se cubra con una capa oscura; el segundo usaba una vulgar tnica amarilla. Los dos parecían muy pobres. No dijeron nada a Lucano cuando ste descendió de la litera. Simplemente permanecieron de pie mirndole.

—Soy Lucano, hsped de Hilel ben Hamram —dijo Lucano tratando de sonrer ante el rostro y la formidable mirada que los otros le dirigan—. ¿Me esperabais?

Los dos hombres se miraron uno a otro. El rostro del mayor no era tan estrecho como el de su hermano, pero tena una nariz larga y delgada, barba y cabello oscuro y una boca ms fina. Posea un aire menos salvaje que el hermano ms joven, menos fanatismo y aspecto de rebelin. Dijo en arameo y con acento galileo:

—Te esperbamos. —No dirigieron a Lucano ningn otro saludo—. Soy Santiago, hijo de Zebedeo de Cafarnaum, y ste es mi hermano Juan.

Santiago seal el rostro del joven delgado y grandes ojos vengativos que tenan la fijeza de un temperamento exttico. «Los hijos del trueno! ¿Qu bien les iba la descripcin! Lucano sinti su intensa hostilidad y resistencia incluso a hablar con ellos por causa de su apasionada y manifiesta desconfianza.

—Soy cristiano —dijo dirigiéndose hacia ellos y esperando suavizarles.

Pero ellos no le contestaron. Con un gesto de cabeza Santiago indic a Lucano que deba seguirle y le condujeron, en silencio, a la parte trasera de la pequea y miserable casa, donde las paredes proyectaban un poco de sombra en medio de aquella luz violenta. No haba ningn jardn all; slo polvo y tierra. Dos bancos de madera permanecan cerca de la casa. Los hermanos se sentaron en uno de los bancos y continuaron su escrutinio de Lucano. Suspir..., aquellos hombres empezaban a ser difciles. ¿l era un extranjero, un incircunciso impuro. Si tenan vino o pan, no parecían estar dispuestos a ofrecerle nada, ni siquiera darle las gracias por haberles salvado de la proscripcin.

Haba pensado hablarles de Keptah, de los caldeos, de los babilonios, de Jos ben Gamliel, de los griegos y su Dios Desconocido y de las profecas que haban sido transmitidas a travs de las edades, no slo por medio de los judos, sino a travs de otros pueblos. Pero supo al instante que ellos no le escucharan sino que se sentirán ms resentidos que antes y ms incrduos. Mirndoles con gravedad se pregunt si aquellos que haban caminado con Dios podan ser tan inhospitos, tan sin caridad para un extranjero, tan duros y fieros.

Bajo las dos miradas poco amistosas Lucano habl con vacilacin del evangelio que estaba escribiendo. Les dijo que en su viaje haba odo mucho del Mesias. Tan slo deseaba que ellos le dijesen lo que saban a fin de poder continuar su trabajo.

—Yo nunca le vi, pero le he amado durante muchos aos —dijo con suavidad.

Juan habl por vez primera con voz perentoria.

—Diremos lo que hemos visto con nuestros ojos. —Aspir una profunda bocanada de aire y el fro y salvaje xtasis de sus ojos acentu su concentracin—. Pero no comprenders. ¿Le conocas? ¿Le oste? Sin esto no puedes saber nada.

¿Si, pens Lucano, le conocisteis vosotros y le osteis, pero su amabilidad y su amor no estn en vosotros, ni su caridad. Haris buenos evangelios, pero habr poca misericordia, ternura o amabilidad en lo que digis o hagsis.†

Santiago dijo con voz grave:

—Si hubiese destruido esta ciudad cuando se atrevieron a rechazarle. ¿Por qu no hizo descender la ira del cielo sobre ella?

Lucano no respondi. Coloc sus manos sobre sus rodillas y esper. Los hermanos cruzaron otra mirada..., no eran mellizos, pero era aparente de que eran inseparables y se comunicaban el uno al otro por medio de miradas y tenan poca necesidad de hablar para entenderse. El terrible calor penetraba incluso en aquella polvorienta sombra. Lucano se sec la frente y rostro con un pauelo. Los otros continuaron mirndole y entonces, por primera vez, apareci curiosidad en sus fervientes rostros. La calma de Lucano, su gravedad, su belleza y su convencimiento, la serenidad de sus ojos azules, haba empezado a impresionarles y a mitigar algo su natural enemistad ante un extranjero. Fue Juan quien empez a hablar en frases cortas y cortantes. Pero despus de un poco se sinti transportado por una incontrolable pasin..., sus ojos adquirieron una luz interna vvida y se qued contemplando al fiero cielo. Su voz se hizo elocuente.

—En el principio era el verbo, y el verbo era con Dios y el verbo era Dios. «Bendito sea su nombre! ¿l era la vida y la vida era la luz de los hombres.

Juan habl de los milagros de Cristo, sus enseanzas, de Juan el Bautista. Cuando hablaba del silvestre y vehemente Bautista, su voz adquiri un tono lrico y enfático. No haba otro a quien l realmente pudiese comprender. All haba habido uno que hablaba de la ira y de la venganza de Dios hacia los incrduos, del juicio que se aproximaba, de los merecidos castigos, all haba habido uno que aconsejaba, que haba avisado, que no habl de misericordia. El apasionado anacoreta del desierto, el que se alimentaba de miel silvestre y de langostas, el medio desnudo y barbudo gritador ante el Seor, estaba ms cerca del corazn de Juan. Apret sus delgadas manos sobre sus rodillas..., se estremeci con gozo y deleite.

—He odo grandes revelaciones —exclam golpeando sus rodillas con los puos — del da del juicio, de las terribles cosas que tendrn lugar, de los humeantes pozos del infierno en los cuales las almas de los malos caern como copos de nieve. De los vengativos serafines y querubines, de los buenos y los malos que quedarn eternamente divididos por la ira de Dios y de los condenados para siempre. Te escribir estas cosas personalmente.

—S, s —dijo Lucano suavemente—. Pero yo he venido para enterarme de Sus palabras, de Sus milagros. No le gustaba el amenazador brillo en los ojos del joven.

Las narices de Juan se distendieron. Vea las ms amenazadoras visiones con su vista interna y se regocijaba en ellas con un gozo profundo. Mir, cuando Lucano habl, y le contempl casi sin verle. Santiago dijo:

—Nuestro visitante ha preguntado por las palabras de Dios y los milagros entre los hombres. Fuimos sus testigos. Contina.

De esta forma Juan, le cont a Lucano lo que ste deseaba saber. El transcurrir del tiempo se hizo irrespirable de calor y polvo acre. Lucano escuch con toda su alma. La voz de Juan adquiri las notas de una triunfante trompeta y de un gran jbillo. Mientras que otros, al hablar de Cristo, hablaban con amor y con tierna alegra, Juan hablaba con una exaltacin creciente. Algunas veces no poda refrenarse a s mismo. Se levantaba y andaba de un lado para otro fervientemente, su rostro delgado abrasado. Pareca crecer de estatura y fuerza, caminando desde el extremo de la sombra hasta la luz brillante, sus rasgos iluminados u oscurecidos alternativamente, sus manos en un momento sombreadas y seguidamente encendidas como fuego. A pesar de s mismo, Lucano se sinti fascinado, tanto por lo extrao del joven evangelista como por las historias que contaba. Algunas veces Santiago intervena, cuando Juan, cansado, se detena por un momento para aclarar una palabra o una historia. Y Juan le miraba impaciente con unos ojos expectantes. Durante las pausas Lucano escriba rpidamente con su estilo, a fin de que todo quedase perfectamente registrado. Una o dos veces pens: † Este hombre descorazonara a los reflexivos, amables y compasivos. Pero ser como un pilar de fuego amenazador para los lnguidos, los dbiles, los egostas, los escpticos, los apticos y para aquellos que son incapaces de excitarse por visiones de desprecio y castigo. Ser el terror de los materialistas. Apela a las pasiones y puede despertarlas en los ms complacientes. ‡ Cuando Juan contaba lo que haba visto y odo no era con el asombro, la felicidad y la tristeza que otros haban usado al expresarse a Lucano. Contaba las historias con un aire de furioso desafo, como retando a la incredulidad y presto a lanzarse sobre ella.

Cont la crucifixin sin el miedo o tristeza de Prisco, pero con ira y agona en su rostro que se hizo incluso ms vengativo. Algunas veces Santiago se mova intranquilo, no en desacuerdo con su hermano, sino a la vista de sus brillantes ojos y el tono de su voz y algunas veces Juan miraba a Lucano con una fiereza que indicaba que casi crea que el propio Lucano haba clavado los clavos en la carne sagrada. Lucano pens que permaneca ante l, condenado como un malvado gentil que haba destruido el cuerpo de Cristo y aparentemente creyendo que estaba destinado para siempre a su terrible infierno.

El medioda lleg con una luz intolerable sobre la pobre casa y la sombra se acort. Juan estaba exhausto y cay sobre el banco, cubri su sudoroso rostro con las manos y solloz en voz alta. Luego murmur una y otra vez.

—El da del juicio eterno. Lo dice mi alma; mi alma tiembla temerosa y sin embargo se siente exaltada.

Dos cabras llegaron cerca de la casa buscando la frescura de la sombra y las ltimas briznas de hierba. Santiago entr en la casa y trajo un recipiente de bronce y orde⁽⁶⁰⁾ a los inquietos animales. Volvi a entrar el recipiente en la casa y de nuevo sali con tres vasos de barro y un plato en el que haba pan negro y un trozo de queso. Puso estas cosas ante l sobre el brazo y mir con cario a su hermano.

—Comamos y descansemos —dijo.

—Gozoso el da cuando no habr ms comida ni ms bebida —dijo Juan con voz temblorosa.

Sin embargo, baj sus manos ; su rostro estaba cansado con la desesperada presin de sus dedos. Mir a las tres tazas, a la humeante leche de cabra y su voz sali como para decir que no estaba an preparado para comer y beber fcilmente con el gentil, o aceptar su presencia con igualdad. Pero su hermano tom una de las tazas y la dio a Lucano presentndole el plato de pan y queso. Lucano le sonri agradecido y el rostro de su hermano tom un aspecto de humilde intranquilidad.

—Comprenders que el alma de mi hermano an no est reconciliada con los acontecimientos —le dijo.

Juan frunci el ceo implacable. Tom tambn en silencio una taza, pero rehus comer.

—Se nos ha ordenado que llevemos las buenas nuevas a todas las naciones del mundo —dijo como mostrando desacuerdo.

—Yo soy uno de las naciones del mundo —dijo Lucano un tanto con piedad y un tanto vejado por aquel profundo desprecio de aquel hombre apasionado.

Juan bebi sobriamente. Sus pensamientos haban ya dejado a Lucano..., era como si estuviese hablando consigo mismo; interiormente rezaba con un fervor cada vez mayor. Pero Santiago mir a Lucano con ms y ms incertidumbre, como si su opinin sobre l estuviese cambiando y lamentase su anterior falta de hospitalidad. Finalmente dijo:

—No nos consideres desagradecidos por lo que has hecho por nosotros.

Juan alz la cabeza y dijo agresivamente:

—El Seor no hubiese permitido que fusemos perseguidos por largo tiempo.

Lucano no hizo ningn comentario. Su litera lleg para recogerle, y se levant dando las gracias a Santiago por la buena leche y los alimentos. Santiago se levant tambn y le sigui a la parte delantera de la casa. Pero Juan permaneci en su banco, la cabeza inclinada sobre su agitado pecho. Cuando Lucano entr en la rica litera y alz su mano en seal de saludo, Santiago vacil, luego alz su propia mano diciendo adis. Volvi hacia la casa rpidamente. Lucano sinti piedad por los dos hermanos. Se les haba exhortado a realizar una tarea gigantesca entre extraos y en su espritu la teman; sin embargo, deban obedecerla.

Cuando los portadores de la litera ascendieron las clidas escaleras blancas que conducen a las puertas de Jerusaln se detuvieron para descansar un momento y desde all Lucano pudo ver la pequea ciudad de Beln en la distancia, brillantes sus casas, cubiertas de techos planos. All Jess haba nacido, en aquel polvoriento lugar, y all, en los montes cercanos, haba brillado la gran estrella y los pastores haban odo las voces de los ngeles trayndoles el mensaje de los siglos. Una tierra de portentos, una tierra muy extraa y de contrastes.

Hilel le esperaba en el jardn, donde las fuentes proporcionaban un gran frescor a la temperatura. Lucano mir a su alrededor con placer. De las paredes cubiertas con flores, se derramaba una nube de prpura. Paseos recortados se extendan alrededor de piscinas cuadradas en las que peces dorados nadaban y brillantes matorrales amarillos estaban cuajados de flores. Florecientes chumberas mostraban rojos floridos en sus gruesas hojas verdes. Setos de crisantemos y rosas blancas, rodeados por senderos rojizos o marrones estaban primorosamente cuidados. Altas y delgadas palmeras datileras cubiertas con ricos frutos, y rboles de laurel prestaban sombra al ambiente. El tintineo y salpicado de las fuentes proyectaba el agua sobre la hierba, que brillaba vividamente con un verde casi imposible. Lucano bebi algo de vino helado y le cont a Hilel su visita a Santiago y Juan.

—Hombres as, hacen difcil la paz —coment Hilel moviendo su hermosa cabeza—. Maana partir para Nazareth y Galilea. La retirada de la proscripcin contra los cristianos ha despertado mucha excitacin en Jerusaln —dijo Hilel—. A propsito, Poncio parti repentinamente para Roma esta maana. Me envi un rpido mensaje de placer. Nunca se ha preocupado por Judea. Un grupo de centuriones entregaron un mensaje para ti de Tiberio, con tu anillo.

Devolvi a Lucano el maravilloso anillo y Lucano volvi a colocarlo en su dedo y luego abri la carta de Csar.

‡ Saludos al noble Lucano, hijo de Diodoro Cirino. Fue con alegra que recib el anillo que te di en cierta ocasin y que de nuevo te devuelvo. Soy ahora un anciano y estoy muy cansado. Durante muchos aos esperaba nicamente recibir este anillo en muchas ocasiones. Pero los aos pasaron y mantuviste silencio. Cuando el anillo lleg nuevamente de Poncio Pilatos con la peticin que t hiciste de cierta proscripcin que l haba promulgado, de que una pequea secta fuese levantada por l, me sent sorprendido. No habas pedido nada para ti. Reflexion. He pensado en ti muchas veces, mi querido Lucano. He odo muchas cosas de ti de la casa de Diodoro Cirino. Te sentirs feliz de saber que tu casa est bien. Tu hermano Prisco ha sido reclamado aqu para un largo permiso. He odo decir que le curaste de una monstruosa enfermedad. Te sorprender saber que no siento escepticismo acerca de esto. Acept la historia por completo. En mis horas ms oscuras vuelvo mis pensamientos a ti. Algunas veces me siento tentado a ordenarte que vuelvas a Roma, para hablar contigo y contemplar tu rostro. Luego s que no querras, aunque obedecieses. No mando a hombres como t, ni incluso para mi propio placer. Les considero como los romanos consideraron tiempo atrs a sus propios dioses. No son dignos, ni los propios Csares tienen bastante poder para ordenarlos.

‡ Habrs odo sin duda las ms terribles historias acerca de mi crueldad en estos ltimos aos. No las niego, incluso a ti. Son ciertas. Estoy lleno de odio y mi odio aumenta con el tiempo. Me vengo sobre aquellos que han corrompido el pueblo de Roma y a sus criaturas, los senadores y los tribunos, los polticos y todos los avarientos e inconscientes rapaces que me rodean. En cierta ocasin tuve el sueo de hacer que Roma fuese otra vez Roma, llena de virtud, paz, justicia y honor, como tu padre lo so⁽⁶⁰⁾. Pero, ¿puede el Csar prevalecer sobre su pueblo? Le conducen. Cierran su prpura hasta las cloacas. Ensondecen sus odos con sus hambrientas demandas. Dishonrar su honor con sus apetitos.‡

‡ Mellan sus espadas con sus lenguas esclavizantes. Estoy perdido. Piensa en m con amabilidad, si quieres, porque te amo como un padre.‡

Lucano no pudo evitar el echarse a llorar despus de haber ledo aquella carta y se la dio a Hilel para que la leyese. Hilel empez a leerla fragmente y termin muy emocionado.

—Pobre hombre —murmur por fin—. Qu amargado y turbado debe estar para confiarse as a ti.

Luego aadi:

—A pesar del consejo de Pilatos a Herodes Antipas, ste ha apelado a su cuado Agripa en Roma. Agripa tiene mucha influencia, por lo tanto se retrasar la partida de Antipas de Jerusaln, hasta que se decida el poder que tiene Agripa con Csar. Los retrasos son las armas formidables de los prncipes. No habr una

inmediata persecucin de los cristianos aqu..., pero no se puede hablar del futuro. Depende de su propia discrecin. El sumo sacerdote est enfurecido y enva constantes mensajes a Agripa. ¿Quin sabe lo que el futuro traer? Podemos estar tan slo seguros de una cosa. Se producir un cambio, bueno o malo. —Hilel continu diciendo:

—Tengo amigos en muchos lugares del mundo. Los cristianos judos estn intentando hacer proslitos en Damasco Y all hay mucha ira contra ellos tambn. As lo he odo hoy. Parece que algunos de los ms jvenes creyentes de Cristo han vuelto de nuevo a la ciudad y predicarn y exhortarn constantemente llevando sus nuevas a los muy piadosos judos que all residen. He recibido esta maana una carta de mi buen amigo, Saulo de Tarso, un ciudadano romano, miembro de una casa juda de gran importancia, y adems oficial romano. Va a Damasco a terminar con la insurreccin y los desrdenes de la ciudad; toma sus deberes romanos muy seriamente. Haba intentado visitarme aqu, pero un asunto de ltima hora en el tribunal de justicia, impidi que lo hiciese. Saulo es un hombre de no pequeno poder y es muy rgido. Siento temor por los cristianos de Damasco.

Lucano consider esto con ansiedad. Luego, mientras reflexionaba se sinti, repentinamente exaltado y misteriosamente consolado.

—No te preocupes —dijo maravillndose ante sus propias palabras—. Todo ir bien. —No me gustan los consuelos engañosos —dijo Hilel— porque soy un hombre de bastante rigor lgico y no muy optimista. Pero cuando dices \neq todo ir bien \neq , entonces siento que hablas con el lenguaje de los ngeles y no con el de los hombres.

CAPITULO L CAPITULO L

HILEL dese proporcionar a Lucano una escolta para acompaarle a Nazareth y Galilea. Pero Lucano rehus la oferta con agradecimiento. Tan slo necesitaba un buen caballo, firme y poderoso, capaz de escalar pendientes. Dormira muchas noches en las tabernas de las carreteras, Hilel se sinti horrorizado. Aun, conociendo a Lucano como le conoca, le pareca increble que un ciudadano romano de noble familia, un mdico de considerable vala, un amigo del Csar, viajase como un hombre humilde.

Lucano respondi a sus objeciones sonriendo.

—No pretendo ser humilde —dijo—. Slo quiero moverme con rapidez y sin dificultades y, adems, ver el pas.

El caballo que Hilel le proporcion era rabe, de carcter tranquilo y acostumbrado a largos viajes, al polvo y a las montaas. Lucano at a la silla su cartera de mdico, una manta y los brrulos de pintura. Hilel insisti en ofrecerle un cesto de excelentes alimentos y vinos. Lucano envolvi su cabeza con un lienzo para protegerse contra el sol abrasador y llev un pesado manto para cubrirse las piernas. Con mucha aprension Hilel le dijo adis con una inclinacin de cabeza. Lucano se alej agitando la mano hacia su amigo en un gesto de despedida. Era muy temprano cuando dej Jerusaln y sin embargo el aire era ya caluroso. El caballo trotaba con agilidad. Cruzaron el puente de piedra sobre el ro Cedrn. Las profundas tonalidades doradas se reflejaban en reberberos y sombras sobre las tranquilas y escasas aguas. Las orillas del ro estaban guardadas por negros y puntiagudos cipreses.

Lucano deseaba visitar primero Galilea. Hilel, habale aconsejado seguir por el camino de Betania y Jeric.

Pronto se encontr Lucano en el desierto, desolado, rojizo, sin rboles, slo cubierto de grandes cardos, rodeado de bajas y planas colinas de metlico color, reverberando calor.

La carretera estrecha y tosca estaba vaca puesto que era muy poco frecuentada ya que la mayora de los viajeros preferan seguir la ruta ms larga de la Va Mare a lo largo del mar. De cuando en cuando Lucano pasaba junto a una solitaria fortaleza romana desde cuyas cimas los soldados le contemplaban con curiosidad. Ante una de ellas fue detenido por un celoso oficial que no pod a comprender como un hombre vestido con tanta sencillez y en aquella carretera pudiese poseer tan excelente caballo. Cuando Lucano revel su identidad, el oficial se sinti an ms asombrado que antes, aunque respetuoso. Invit a Lucano a tomar un vaso de vino con l y ste, que estaba sediento, penetr en las frescas profundidades de la fortaleza, se sent en un banco de piedra y bebi vino con el joven oficial. Contestando a una de sus preguntas, Lucano le dijo que iba a visitar Tiberias.

Al ver los esplndidos anillos del viajero, el oficial le dijo:

—Aunque nunca intentar robarte ningn judo, ni tan siquiera los brbaros samaritanos, encontrars en el camino caravanas de hombres miserables que no vacilaran en cortarte el cuello por estos anillos.

Ante aquella advertencia, Lucano se los quit guardndolos en su cartera.

Cuando estuvo otra vez de camino encontr una o dos caravanas de camellos, asnos y hombres de rostros oscuros y fieros que miraban codiciosos su caballo. Pero l les devolva las miradas; era alto y de su cinto colgaba una espada y sus ojos azules miraban fros y sin lleg temor a Betania envuelto en oleadas de calor. Una nube de polvo amarillo flotaba sobre las estrechas y empinadas calles de la poblacin y en ellas gentes de rostros sufridos y curtidos por el sol con las cabezas cubiertas por telas negras blancas o marrones, de igual color que sus vestidos polvorientos, transitaban ruidosamente, hablando y discutiendo. Las distintas tiendas de las calles hervan de gente; todos parecían estar irritados, se oan ladridos de perros; los nios jugaban en los

escalones de las empinadas calles y mujeres con jarras sobre sus cabezas se detenan a charlar. Un fuerte olor de carne asada, vino agrio, hierbas, ajo y estircol se extendía sobre todo el pequeño pueblo. Lucano se sintió feliz cuando se alejó de allí. Un poco después se encontró de nuevo en el desierto. Las montañas del color de la tierra cocida cambiaron su fisonomía, salpicadas tan sólo por pequeñas agrupaciones de blancuzcos pedruscos. La llanura que atravesaba era desolada, vaca y llena de infinita soledad. De vez en cuando una polvorienta y tiesa palmera que luchaba por sobrevivir sobre el rido y rojizo suelo salpicado de negros peascos rompía la monotonía, algunas malezas y matorrales medio secos se entremezclaban con los cardos, las hileras de cactus sólo servían para aumentar la melancolía del paisaje. Además el sol como una abrasadora esfera derramaba cataratas de luz insoportable.

Al mediodía Lucano llegó de pronto a un remanso de agua intensamente azul, alimentado por una fuente subterránea. Encantado descubrió un grupo de jóvenes sauces amarillo-verdosos mecidos sus doradas ramas en el cálido aire. A su caballo después de haberle dejado calmar la sed con el agua fresca del remanso y le dio un saco de avena. Luego se sentó a la sombra de los sauces y abrió el cesto de la comida. Comió un ave deliciosamente asada, rellena de hierbas y cebollas, unos cuantos pastelillos de cebada que recubrió con miel y dos pasteles. Bebió del excelente vino que le había proporcionado Hilel, después de sumergirlo durante un rato en el agua del remanso. Era como estar sentado en el centro de un espejismo rodeado por una tierra salvaje y desolada y las pedregosas montañas humeando a distancia. No se divisaba ser viviente alguno, un profundo silencio se extendía sobre la tierra y las montañas. Le invadió un bienestar sooliento y sin dejarse dominar por él se levantó y rápidamente volvió a montar su caballo.

Tuvo cuidado en seguir la carretera que bordeaba Jericó, pero pudo contemplar la ciudad desde lejos, abigarrada, con sus casas de dos pisos entremezcladas con grupos de cipreses, reverberando en el calor y llegó hasta la algaraba distante de sus gentes.

A partir de allí, empezó a encontrar rebaños de ovejas, pastores de rostros sombríos, cabras guardadas por sudorosos y ruidosos chiquillos.

Hilel le había hablado de una posada junto al río Jordán y dirigió su caballo hacia allí. La noche se acercaba. Imperceptiblemente la tierra cobraba un aspecto más fértil. Sobre algún monte había terrazas con hierba verde, palmeras, olivos e incluso algunos árboles frutales. El aire cálido y seco se llenaba con la fragancia de los viedos. Ascendí un desolado monte; a su alrededor las piedras rodaban estruendosamente. Alcanzando la cima, a sus pies discurría el estrecho y retorcido Jordán de intenso color verde bordeado de sauces y altos árboles que proyectaban sombras acogedoras. Sintiendo la proximidad del agua el caballo descendió al galope.

Cuando llegó a las elevadas orillas del río desmontó; hombre y caballo descendieron resbalando sobre la cálida y húmeda tierra hasta el agua. El caballo bebió ansiosamente; Lucano se bañó la cabeza, manos y rostro. Sobre las aguas esmeraldas del río parecía reposar una dulce fertilidad que se torcía en una curva aguda en la distancia. Cerca de sus orillas se alzaban pequeñas granjas, cuyas blancas casas se destacaban claramente en el sol; quedaban protegidas bajo la sombra de cipreses y otros árboles. Desde aquel lugar las montañas presentaban un aspecto menos fatídico y terrible.

Una niña de grandes ojos negros que conducía una manada de patos se le acercó mirándole inquisitiva. Lucano saludó a la pequeña con amabilidad; ella vaciló, luego contestó en arameo con el acento de los samaritanos. Él le hizo un gesto para que se acercase deseando ofrecerle un dulce de su cesto, pero la niña no se movió. Le creyó de Judea y los samaritanos estaban reídos con los judíos; considerándoles demasiado cultos, superiores y haciéndoles malas pasadas durante las festividades, tales como encender fuego en los montes para confundir a los sacerdotes. La pequeña se echó de pronto a reír, le sacó la lengua y se fue corriendo seguida por los gansos que alborotaban tras ella.

Lucano montó de nuevo siguiendo las tortuosidades increíbles del río, refrescando sus sentidos en la contemplación de las pequeñas granjas desdibujadas en el crepúsculo. Escuchando el mugir del ganado y las ovejas, el parloteo de innumerables pájaros de brillantes colores cobijados en los verdes árboles, los dorados campos de trigo, centeno y cebada y las pequeñas casas cuadradas y blancas rodeadas de alegres jardines. Y las mil tonalidades de las vertientes de las montañas parecían gigantescas alfombras persas.

La luz declinaba rápidamente, un dorado tono de oro discurría entre las orillas del río cambiando su color; el cielo se convirtió en escarlata y jade sobre las montañas y el aire fresco.

Lucano encontró la posada cerca del río. Tenía un patio empedrado de brillantes piedras negras; era pequeña pero limpia, y el posadero le saludó con placer, dándose cuenta de la estampa de su caballo. Ni siquiera su arameo sin acento le sorprendió, haciendo estremecer su corazón de samaritano. No albergaba con frecuencia a viajeros con caballos como aquél y los modales de su huésped, aseguraron al posadero que no era un hombre pobre. Se sintió tan complacido de tener un visitante que decidió no cobrarle más del triple del precio regular de comida y hospedaje. Le introdujo en una pequeña y limpia habitación que daba sobre el río asegurándole que encontraría una cama cómoda y libre de pulgas o piojos. Lucano miró el desnudo suelo de madera blanca y asintió.

Estaba cansado y se sentó sobre el lecho bostezando. Llenaban la posada voces roncadas de hombres y estrepitosas risas. Los caballos pateaban en el establo, el sonido de pisadas retumbaba sobre las piedras del patio, una muchacha de servicio reía alegremente. A través de las toscas cortinas que cubrían la pequeña ventana, ascendía inundando la habitación un perfume de tierra fértil, uvas y abono, acompañado por el excelente olor de carne asada, pan en el horno, y un fuerte y grueso olor de sopa con especias. La criada, sin

llamar a la puerta, trajo a Lucano un jarro de agua caliente, una palangana y una tosca toalla de lienzo marrn. Le dio una moneda y ella se sinti tan sorprendida y encantada que le favoreci con una reverencia examinndole con mayor inters. Su apariencia le gust, aunque su blanca piel estaba caliente y roja por las quemaduras del sol. Hizo un saludo, le dej, y baj a la cocina para hablar del extrao caballero que le haba regalado una moneda tan valiosa.

Lucano abri las cortinas y contempl el cielo escarlata sobre las montaas, oy la murmurante voz del arco, que hablaba como a s mismo deslizando por entre los rboles y los sauces. Lav cuidadosamente su rostro, parpadeando, y luego cubri su carne ardiente con un ungento. Despus descend la empinada escalera de piedra hasta el comedor comn, donde unos diez viajeros estaban ya sentados. El enorme hogar de piedra crepitaba con madera encendida, la carne se coca lentamente sobre el asador, mientras una muchacha la baaba con la grasa que escurra de ella. El suelo de la habitacin estaba cubierto con una alfombra y las paredes estaban pintadas de blanco. Los dems viajeros quedaron silenciosos al contemplar a Lucano, sus rostros curtidos reflejaban una viva curiosidad mientras trataban de situarle como judo, galileo o samaritano. Haban dejado a un lado sus turbantes y su cabello haba sido peinado con descuido, sus ojos brillaban extraamente por la mezcla de luz procedente de las lmparas y del fuego.

Lucano les salud atentamente en arameo. Al principio no le contestaron, se encogieron de hombros y sus miradas se cruzaron, luego respondieron con hostilidad. Los galileos eran casi tan rubios como l y tambn muchos judos, pero a pesar de su acento perfecto su aspecto no era judo, la mirada de los huspedes reflejaba desconfianza. Les sonri pero ellos no le sonrieron a su vez. Pens ansiosamente en la cartera que tena en su habitacin y sus anillos. Haba cerrado la puerta, pero a los ladrones nunca les detenan las cerraduras. Record al viejo Cusa y sonri de nuevo. Los hombres permanecieron callados durante un rato, sintiendo entre ellos la presencia de un extranjero. Se sintieron sorprendidos al examinar sus pobres vestidos, tena un aire de segura tranquilidad a pesar de la sencillez de sus atuendos. Haban odo ya de su excelente caballo. Era un hombre misterioso, con unos modales principescos y a ellos no les gustaban los misterios.

El silencio se adue(60) de lo que haba sido antes una mesa vociferante. La sopa era espesa y buena, cargada de especias y hierbas, llena de trozos de carne cocida y harina. Los viajeros comieron en un silencio morboso, mirando de cuando en cuando a Lucano que estaba disfrutando de la comida. Los criados que haban odo de su generosidad, le sirvieron a l primero con deferencia, esperando de su largueza alguna cosa. Recibi los trozos ms tiernos de la cabra asada y los pedazos ms jugosos del ave cocida. El vino era malo, pero su copa fue continuamente llenada. Su plato era constantemente relleno con los dtiles ms maduros, muchas pequeas y saladas olivas, y vegetales cocidos. Una de las criadas, con una sonrisa, abri un higo chumbo y elaboradamente extrajo su suave interior para l a fin de que el misterioso husped no hiriese su piel con las espinas. Todos los viajeros advirtieron estas preferencias con una mezcla de resentimiento, mayor hostilidad y sospecha. Lucano comi con apetito. Al final de la comida abri su bolsa y deposit sobre la mesa junto a su plato lo que fue considerado una enorme suma. Los viajeros se estremecieron e intercambiaron significativas miradas.

Uno de ellos, un hombre barbudo y arrogante, con enfurecidos ojos habl rudamente.

— ¿Quin eres t, seor?

— ¿Yo? —Dijo Lucano sorprendido—, soy un mdico, cuyo nombre es Lucano.

— ¿Romano? —la pregunta estaba llena de desprecio.

—No. Griego —Lucano sonri.

—Hablas arameo muy bien, seor.

—Hablo muchas lenguas —por primera vez Lucano se dio cuenta de la hostilidad.

—Llevas una espada. ¿Es costumbre que los mdicos lleven espada?

—Es un pas pacfico —aadi otro.

Lucano mir a su espada y luego a los rostros amenazadores.

—Soy un excelente espadachn y el mejor atleta en Alejandra. Nadie le respondi, pero todos se sintieron atraidos por l. Por fin uno de ellos habl, intranquilo ante la azul fijeza en los ojos de Lucano.

—Nosotros somos un pueblo pacfico, nos disgustan las armas.

Lucano se encogi de hombros.

—Duermo con la espada en mi mano —y se levant.

Tuvo la idea de vagabundear un poco despus de la comida. Pero abandon su idea. Fue a su habitacin y la atranc cuidadosamente, corri las cortinas, extrajo la espada de su funda y la coloc sobre la cama. De repente se sinti exhausto. Se ech e instantneamente qued dormido. La lmpara qued ardiendo.

Se levant un poco despus del amanecer, y gan el corazn del hostelero no protestando ante la exagerada factura; el hombre le vio partir con una bendicin en alta voz y las muchachas se reunieron en el patio para decirle adis.

Sigui el ro siempre que pudo, pero algunas veces la carretera torca alejndole de l y se encontraba de nuevo en el desierto durante un corto tiempo. Por all, muchas de las montaas estaban rotas y tenan el rojizo color de la tierra contra el ardiente y blanco cielo y devolvian el eco del trote de su caballo. Se sinti solo en un mundo de vasta desolacin. Algunas veces poda ver las casas sobre las montaas, con algn ciprs polvoriento; entonces se preguntaba cmo sera posible que ningn ser humano viviese en aquel lugar tan amenazador. Cuando la carretera volva de nuevo al ro, brillante, alegre, sentase alegre de nuevo y descenda a sus orillas para baar sus ardientes brazos y piernas. Al medioda comi el contenido de un paquete que

hall al fondo de su cesto y bebi algo ms de vino mientras jadeaba en medio de un calor insoportable. Trozos de ro de color esmeralda ardan entre los rboles. Pero sus manos estaban frescas y limpias.

Atraves pequeas poblaciones, los perros le siguieron ladrando y galopando tras su caballo. Se encontraba entonces en la provincia de Decpolis y la gente empezaba a parecer ms rubia y alta, de ojos azules o grises, con cabellos y barbas de moreno claro. Cuando pasaba un rebaio de cabras por la carretera, el campesino le miraba, sonr 滯 ndole y le saludaba con su cayado. Al atravesar un pueblo, pas junto a una pequea casa de un carpintero. El hombre estaba rodeado por sus cuatro hijos y ellos hablaban mientras trabajaban sobre un trozo de madera tosca que desprenda un olor resinoso. Lucano pens en Jess y en su padre. As 7 l haba trabajado, con el martillo, la escarpa y el serrucho, dando forma al sencillo mobiliario del campo. As le haba aconsejado para clavar un clavo torcido. Y se sinti ms cerca de Cristo estando cerca de los carpinteros que en Jerusaln o con Juan y Santiago. Una mujer sali de la casa con un jarrn de leche y unas tazas; padre e hijos dejaron de trabajar para beber con fruicin. La mujer sostenia el jarro con sus manos, sonriendo a Lucano. 7 Habra aparecido la madre de Cristo as, para refres car a su hijo y a su esposo?

Deba continuar hasta el mar de Galilea pero el crepsculo empez a extenderse sobre la provincia de Galilea. Encontr una pequea posada precisamente cuando la noche se ech encima. Estaba en el pas de Jess y cuando se envolvi en su manta y mir a su alrededor en aquel lugar pobre, tuvo la sensacin de haber llegado a casa.

CAP \ TULO LI CAP \ TULO LI

AL seguir adelante la siguiente maana, Lucano se sinti impresionado por el gran cambio del paisaje y las gentes de Galilea. Pas a travs de una pequea aldea de pequeas casas blancas, brillante cual luz cegadora bajo el sol de la maana, rodeada por frtiles jardines y granjas y ms all de ellas, las montaas tenan su peculiar aspecto de aridez, resaltando sobre un cielo incoloro de ardientes fulgores. Los vestidos de hombres y mujeres que se divisaban al pasar por la carretera o atendiendo al ganado o las ovejas de caras negras, eran all ms alegres, y entre el prpura oscuro y las ropas negras, vio algunas amarillas, rojas y azules. La gente era ms alta que en Decpolis o en Judea y extremadamente rubios, con cabellos dorados o rojos y brillantes ojos azules o grises; su piel era plida ligeramente sonrosada. Los hombres usaban hoces sobre los cardos y cactus, dispuestos a recobrar tierra para el trigo y los rboles, y a su alrededor brillaba un ambiente sencillo y rstico lleno de amable alegra. Los nios cuidaban de pequeos corderos a la vez que jugueteaban en pequeas comentes azules que se deslizaban del Jordn y rean al salpicarse en el agua y lanzar piedras al ro. Las mujeres se sentaban en los escalones de las casas amamantando a sus hijos, hilando o riendo a los revoltosos pequeos. Una paz profunda sobre el campo junto con el calor descendia de las montaas.

Lucano abandon el ro para seguir la carretera que ascenda por un monte negro y pedregoso recubierto por pedruscos del mismo tono. Alcanz la cima y se detuvo para que su caballo respirase, mientras contemplaba el valle y todo lo que le rodeaba. La escena le dej boquiabierto y asombrado. Era como si hubiese estado laborando trabajosamente sobre una oscura montaa del infierno y se encontrase repentinamente frente al paraso, inundado por un brillo inefable.

Porque en el fondo de una copa formada por montaas inclinadas, amarillentas con heliotropo, se extendia el mar de Galilea, brillante y con una quietud absoluta, celestialmente azul con oscuras sombras en su plana e incandescente superficie. All no solamente reinaba la calma, sino una paz ultraterrena, ms que un completo silencio. Incluso mientras l miraba, el valle de las montaas se abillant y pareci enroscarse sobre el mar como un pitn protector, con anillos llenos de oro de deslumbrante luz. Las silenciosas y purpreas sombras sobre el mar se acent uaron sobre la azul extensin.

El ro Jordn de un verde esmeralda y rodeado por ricos y frtiles sauces y rboles, sombras y clida tierra fecunda se retorca alejndose del mar. Ninguna voz o movimiento rompa la completa quietud aunque sobre la negruzca ladera, campos de olivos y palmeras haban sido plantadas, as como vias y rboles frutales. El follaje de los olivos tena el aspecto de plata labrada, las verdes palmeras no se mecan en el aire inmvil y puro, los granados soportaban sobre sus ramas cual joyas su roja fruta. Las ovejas dorman alrededor de los olivos, su lana pareca plido oro. No se oa el menor grito de ningn pjaro en medio de aquella refulgencia aureolada. La paz ms all de toda comprensin, la luz que nunca permaneca sobre la tierra o el mar, pareca haber sido apresada all eterna e inm6vil en un deslumbrante cristal.

Lucano permaneci sobre su caballo como una estatua por largo tiempo, respirando el ntido aire y la encajonada y suspensa paz. Luego vio Tiberias, sobre el borde del agua, una pequea ciudad construida por Herodes Antipas en honor a Tiberio, maldecida y evitada por los judos, porque haba sido levantada sobre el terreno de un antiguo cementerio que haba sido llamado Rakkath. El negro basalto de las montaas haba sido usado para construir la fortaleza romana que guardaba la ciudad, y muchas de las casa, aunque aquellas que estaban en el centro eran blancas y azafranadas con brillantes tejados planos.

Lucano pens: 7 Esto es lo que 7 l haba conocido, y aqu es donde 7 l anduvo y ense⁽⁶⁰⁾ y atrajo a los hombres hasta 7 l sin preguntar. Conoca este mar turquesa y estas montaas ambarinas sombreadas de violeta. 7

Empez el lento descenso hacia el valle y el mar, por la pequea y spera carretera. Haba llegado jus tamente al fondo cuando oy sonido de cascos. Seis soldados con un centurin galopaban hacia l desde la fortaleza, armados y cubiertos con yelmos y las lanzas de sus manos reflejaban la luz como una llama. El centurin cabalgaba en cabeza y le sonri

—Saludos al noble Lucano, hijo de Diodoro Cirino —dijo en latn, disfrutando con la sorpresa de Lucano.

Era un hombre esculido, de mediana edad con un rostro de guila romana y unos ojos duros y una piel bronceada por el sol.

—Soy Aulo, el comandante de la fortaleza.

—Saludos, Aulo —dijo Lucano—, ¿pero cmo supiste que yo llegaba?

—Tu amigo, Hilel ben Hamram, me escribi y me pidi que se te fuese dado todo honor y comodidad.

Lucano, aunque agradecido por la solicitud de Hilel, se sinti un poco violento. Haba esperado encontrar una pequea posada donde permanecer algunos das, meditando en aquel lugar santo, vagabundeando por donde l quisiese y explorando el territorio. Pero no poda elegir, decidi sonrer con gratitud a Aulo que le estaba contemplando. Aulo dijo, y su rostro duro se suaviz:

—Fui un joven subalterno bajo el heroico Diodoro y le am como un padre, porque era un gran hombre lleno de virtud. Me encanta ahora poder contemplar a su hijo adoptivo.

Los soldados rodearon a Lucano y al centurin y trotaron hacia la pequea ciudad, llegando a las puertas de la fortaleza. Se introdujeron en ella conduciendole a un pequeno comedor donde les esperaban refrescos. Aulo ceremoniosamente separ una silla para su husped. Reinaba una sombra azulada y gran frescura dentro de las negras paredes ptreas.

—No puedo ofrecerte alas de avestruz o las puntiagudas de faisanes, tales como se comen en Roma —dijo Aulo—, pero tenemos un excelente pescado de mar, pan hmedo moreno, un pato, frutas y vino del pa s —hizo una pausa y un guio—. ¿Quieres que tomemos primero una copa de este excelente whiskey sirio? Es un portento y hace al hombre olvidar sus cargas.

Lucano pens que era temprano para whiskey pero acept con cortesa. El licor de color mbar en la copa tena un gusto acre y ardiente que quemaba la garganta y la lengua. Sin embargo, despues de unos cuantos sorbos, se sinti excitado y ri y brome con el centurin. Su rostro enrojecido por el sol se puso ms rojo, sus ojos azules chispearon, pareci de nuevo joven. Aulo le dijo que haba contratado habitaciones para l en la mejor posada de Tiberas, sobre la costa salpicada de basalto que daba al mar, donde estara cmodo.

—Eres el husped de Roma —dijo el centurin—. Es bien sabido que ests bajo la proteccin de Csar.

Aulo hizo una pausa.

En su carta Hilel haba mencionado que Lucano se senta atrado por el pas como viajero y como mdico, interesndole la medicina juda y que deseaba visitarlo. Debajo de su firma, Hilel haba dibujado un diminuto pez. El sol se reflejaba en los pequenos ojos del centurin, que volvi a llenar la copa de su husped y simul hacer lo mismo con la suya. Haba observado la misteriosa reserva de Lucano y saba que no hay mejor que un buen vino para soltar la lengua de un hombre.

¿ste alab el pequeo pez fresco que haba sido asado sobre las brasas sintindose encantado con el bien guisado pato relleno con hierbas y cebollas: la ensalada, la fruta y el queso eran sencillas pero frescas y de excelente sabor. El profundo silencio azul que les rodeaba y la comida disminuy algo la normal taciturnidad de Lucano. Mir a Aulo con afecto.

—Nunca haba comido una comida tan esplndida —dijo inclinndose hacia atrs en el banco para beber vino y disfrutar de la sensacin de total bienestar.

Aulo sonri; se preguntaba cul sera la verdadera razn de Lucano para visitar aquel tranquilo lugar. Lucano haba sido husped de Poncio Pilatos, aquel vacilante y acosado patricio. Haba comido con Herodes Antipas y sido un protegido de Tiberio. Era rico, el hijo adoptivo de una casa noble. Aulo no crea que estaba haciendo una simple visita turstica y que buscase all algo interesante para la medicina. Poda ocurrir que fuese un poderoso, hermoso espa. Aulo se rasc la barbilla y reflexion. No solamente tena que protegerse a s mismo, sino a varios de sus soldados que le amaban.

Perezosamente Aulo introdujo su dedo en su copa y como si pensase en otra cosa, movi lentamente su hmedo dedo sobre la mesa y dibuj un tosco pez. Luego mir rpidamente a Lucano con sus agudos y penetrantes ojos negros. Lucano vio la hmeda imagen dibujada con vino. Sorprendido su rostro cambi dulcificndose; devolvi la mirada de Aulo y luego deliberadamente moj su propio dedo y traz la misma imagen. Aulo extraado y suspicaz: frunci el ceo. Luego dijo:

—¿Han vuelto las cosas a la normalidad en Jerusaln? Creo que hubo all ciertos desrdenes desde la muerte de aquel galileo, Jess.

Lucano mir a la pared pensativamente. ¿l tambn se senta suspicaz. Luego abri su bolso y extrajo sus anillos ponindolos en los dedos. Los anillos reverberaron en la fra penumbra del pequeno comedor, y Aulo los mir con admiracin.

—Este anillo me fue dado por Csar, cuando yo era joven. Nunca lo haba usado hasta hace tres meses, cuando se lo di a Poncio Pilatos para que lo enviase al Csar. —Se detuvo un momento—. Pilatos haba proscrito a los cristianos que son hombres inocentes. Le ped que la proscripcin fuese suprimida y as fue. ¿Has odo de la supresin de aquella proscripcin?

—S —dijo Aulo. Cruz sus fuertes brazos sobre la mesa y sus ojos se encontraron directamente con los de Lucano—. No saba que t habas sido la causa de ello. —Lucano mir hacia abajo a los dos dibujos de los peces que se haban secado dejando su huella roja sobre la madera—. ¿ Puedo preguntar por qu lo hiciste?

Pero Lucano dijo:

— ¿ Cuando Jess estuvo en Galilea, le oste t personalmente?

—Le o. .

El rostro del centurin era inescrutable.

—Yo le o cuando era nio, el da que naci.

Y le cont brevemente lo que haba conocido observndole detenidamente mientras hablaba. El rostro de Aulo cambi lentamente y la exaltacin empez a brillar en sus ojos. Cuando hubo terminado, Lucano le mostr la cruz de oro que colgaba de una cadena alrededor de su cuello, Aulo se mantuvo silencioso durante alg tiempo, luego susurr:

—Que la paz sea contigo, Lucano.

—Y contigo, Aulo.

Viendo la expresin de Lucano supo que no tena necesidad de temer por ms tiempo. Se levant e hizo un gesto indicndole que le siguiese, salieron a la luz deslumbrante. Aulo seal un monte no lejano sobre el que se alzaba una pobre sinagoga hecha de basalto y rojas tejas en el plano techo. Con las puertas pintadas de blanco.

—All habl /I con frecuencia. Yo, por supuesto, no poda entrar, pero escuchaba desde la puerta. /I, seguido por sus discpulos, permaneca de pie sobre la cuesta y hablaba a la gente. En cierta ocasin estaba sobre el monte abierto; yo permanec entre la gente, los pobres hombres y mujeres de la regin, y le escuch.

—Te digo, Lucano, que era imposible escucharle sin sentir el corazn emocionado. ¿ Quin es /I?, me pregunt. ¿ Qu dioses hablaron nunca como Aquel? ¿ Nuestros venales caprichosos y crueles dioses? ¿ Qu esperanza, paz, gozo o promesa trajeron jams a los hombres, en su corrupcin, y en el hundimiento de sus propios placeres divinos? Pero aquel hombre habl de la bondad de Dios, de su misericordia, del amor por sus hijos, de su incansable cuidado, de su vida eterna y bendita; de la piedad de Dios y de su deseo que el hombre fuese hacia /I, no solamente para alabarle y postrarse ante /I temeroso, sino para gozarse con /I a travs de toda la eternidad, participando de su propia felicidad. ¿ Qu clase de hombre era aquel? me preguntaba a m mismo. ¿ Por qu hablaba con tal autoridad como quien trae un mensaje de un gran rey?, ¿ por qu el pueblo le escuchaba con tanto gozo y amor, en silencio a fin de no perder una de sus palabras? ¿ Por qu una multitud le segua y permaneca a su alrededor slo por tocar sus vestidos y mirar su rostro? En brazos de sus madres los nios rean llenos de alegra. /I les sonrea, su rostro resplandeca como el sol. Sin embargo, ¿ por qu su apariencia poda estremecer a uno? Usaba los vestidos de un campesino galileo, con pobres sandalias de esparto y careca de dinero, de esclavos y andaba a pie. Todo en /I era sencillez pero desde el momento que apareci aqu todo se llen de esta paz que observas. Esta profunda y santa paz que nunca ha abandonado esto. Un da, amigo mo, yo estaba escuchndole mezclado en la multitud, y /I ense⁽⁶⁰⁾ a la gente una oracin que debemos decir.

† Padre nuestro, que ests en los cielos, santificado sea tu nombre, venga tu reino. Danos nuestro pan cotidiano y perdnanos nuestros pecados, porque nosotros tambin perdonamos a cuantos nos deben, y no nos dejes caer en la tentacin.†

—Su voz reson sobre las montaas como un trueno de verano y el pueblo or con El. Y cuando terminaron la plegaria, sus ojos repentinamente me encontraron, interrogantes y misericordiosos, me sonri sobre las cabezas de la gente. Desde aquel momento fui suyo y hubiese muerto por El con gozo. Pero no puedo explicar por qu razn, yo soy romano y El judo galileo y carpintero. Aquel milagro no me ocurri slo a m. Algunos de mis soldados le escucharon tambin y El tom sus corazones en sus manos.

Aulo suspir.

—Fui transformado. El mundo de Roma dej de ser importante para m. Mis ansiedades y preocupaciones desaparecieron. Qued en paz, lleno de gozo. La tierra ya no estaba poblada de enemigos sino de amigos. Slo tena el deseo de reformarme a m mismo a fin de ser digno de yacer a sus pies y contemplarle para siempre. ¿ Cmo puede esto ser explicado? Uno ha del experimentarlo por s mismo. Pero puedo decir esto: Ha dado, reflejado, su propia luz en todas las cosas. A mis ojos nunca haba sido tan intenso el plateado brillo de la luna, ni tan radiante el sol. Los hombres, para m, dejaron de pertenecer a clases; uno no deba de honrar a los hombres por la simple posicin o riqueza sino por su virtud. Ms an, todos los hombres son mis hermanos, incluso los ms bajos. Algunas veces me pregunto: ¿ Pero eres romano, el dueo del mundo? Y esto no significa ya nada para m. De nuevo me recuerdo a mi mismo: Poseemos la direccin de toda la tierra. Y una voz en mi alma responde: La nacin que busca la direccin de la tierra est condenada a morir, porque es una nacin mala, sin que importen sus suaves pretensiones; los hombres que buscan la direccin slo para dominar y esclavizar a todos los dems.

Contemplaron el escenario que les rodeaba. La luz haba cambiado. Las montaas, al morir el da, se baaban en las diversas tonalidades de un prpura profundo.

El cielo tena el brillo del enamel y el mar haba adquirido el color del agua marina rayada con cobalto. Lucano percibi toda su emanacin espiritual profunda, vasta e incambiable como si invisibles seres celestiales se inclinasen sobre ellos cubriendo con sus alas el sol.

—Un día —dijo Aulo en voz baja—, trajeron bastantes leprosos, hombres, mujeres y niños llorosos, pidiéndole misericordia; el pueblo se le alejó con temor. Pero Él les tocó poniendo sus manos sobre ellos y fueron curados instantáneamente; llenos de gozo la gran multitud y los que anteriormente habían estado afligidos por la enfermedad cayeron a sus pies y le besaron. Lo vi con mis propios ojos, debes creerme.

—Te creo —dijo Lucano amablemente.

Aquella tarde Lucano escribió todo cuanto el centurión le había contado durante aquellas largas horas, todas las palabras que Cristo había pronunciado en Galilea, todas las cosas gloriosas que Él había dicho y hecho. Lucano recordaba la piedra que había sido quitada misteriosamente del sepulcro donde Él había yacido después de su crucifixión, y como aquella piedra había sido removida, no por manos humanas. La piedra que había cerrado un corazón muerto sólo podía ser movida por el amor de Dios, y así volver de nuevo a la vida el corazón.

—Hazme digno de escribir de ti, de seguirte y concédeme tu gracia, oh, Padre! —rogó humildemente.

Cuando Herodes había construido Tiberias en honor de Tiberio, los judíos no entraban en aquel lugar despreciado. Pero Herodes había hecho coger a muchos galileos obligándoles a servir en las casas de la ciudad. Eran los desgraciados que habían visto, conocido y amado a Jesús, igual que aquellos de Canaán, Magdala y Cafarnaún, ciudades cerca del mar. Qué alivio y gozo trajo sin duda a aquellas pobres y trabajadas vidas. Había hecho el destino soportable a aquellos que batallaban con el negro y tostado suelo, moviendo las sombras de las piedras de la región, los cuales eran oprimidos por los romanos y por sus propios dueños.

La posada a la que Aulo llevó a Lucano era muy grande y agradable, y el posadero era un hombre amable que se sentía orgulloso de su sencilla mesa y de la limpieza de sus habitaciones. El edificio se alzaba sobre la orilla del mar, salpicado de negras piedras de basalto que rodaban hasta el agua azul en suave desnivel. Grandes sauces de blancuzcos troncos se inclinaban sobre las pequeñas y desmayadas olas. Una terraza se extendía ante él. Se sentó en una silla. A su alrededor los otros huéspedes bebían y comían en pequeñas mesas; reinaba la ansiedad en su voz y en sus gestos. Muchos eran mercaderes. Se sintió complacido cuando se levantaron y entraron en fonda para la comida de la tarde. Podía contemplar con tranquilidad las montañas cuyo tono purpura era cada vez más intenso reflejando inmviles destellos en el mar. Momento tras momento la escena se hizo más silenciosa, más grande, más inminente. Oscurecido el cielo hasta convertirse en un violeta intenso, el agua cambió. El sol abandonó la tierra, una luna creciente, deslumbrante y blanca, se alzó detrás de un monte, reflejando su imagen en el agua, y las estrellas danzaban no sólo en el cielo sino sobre el mar. Desde una pequeña sinagoga del monte llegó hasta Lucano el cántico de oraciones, intensificado por la serenidad del ambiente. Dios había visto y oído todo aquello. Había rezado en aquella pequeña sinagoga, había contemplado aquella misma luna, aquel agua color jacinto reverberando con las estrellas, aquellos sauces y los negros cipreses, aquellos matorrales y sus amarillas flores parecidas al lirio, aquellos ganados cerca del rojo color jade, aquellas palmeras y olivos rodeando Tiberias, aquel valle gentil.

—Bendito soy yo, a quien Tú has dado vida suficiente para conocerte —dijo Lucano en su corazón—. No soy indigno, ten misericordia de mí, pobre pecador.

CAPÍTULO LII

LUCANO permaneció en Tiberias sólo unos cuantos días. Durante aquel tiempo vagabundó por las montañas y la sinagoga y escuchó las oraciones de la gente en su interior. Estuvo en pie donde Cristo había permanecido y miró hacia el mar de Galilea, siempre cambiante, intensamente azul y tranquilo. Luego partió hacia Nazaret, buscando a Mara. Ansiaba a ver a la que había llevado a Dios en sus entrañas y le había nutrido y mimado sobre su regazo, le había llevado a los maestros al templo y, amándole sobre todas las cosas, le había visto expiar con la muerte horrible de un asesino. La reverenciaba en su corazón y mientras se dirigía hacia ella lleno de alegría, pensaba: *¡Bendita seas sobre todas las mujeres de todas las generaciones!*

Aulo se separó de él con tristeza.

—Si no nos encontramos de nuevo en la tierra, entonces nos reuniremos en el cielo —dijo abrazando a Lucano.

A medida que su caballo ascendía la pedregosa colina, Lucano miró tras sí al mar y pensó que sólo en el Paraso podría encontrar de nuevo un lugar de tan vasta tranquilidad azul, de tan sonriente calma. Al alcanzar la cima del monte contempló en la distancia, rodeado por el marrón claro de las colinas salpicadas de trozos verdes y blancas piedras rotas, Nazareth. Sus casas de planos techos brillaban al sol sombreadas por escasos y anchos árboles; en el cielo despejado y caluroso destacaban las sombras oscuras de los cipreses. La pequeña población estaba como colgada allí, en una eternidad, como para no ser nunca movida o perdida. Más allá de la población las distantes montañas ascendían una sobre otra en pliegues oscuros, como una barrera. Oleadas de calor relumbraban sobre la grandiosa escena, dándole una apariencia ultraterrena. Lucano descendió del monte hasta un pequeño valle salpicado de gruesos pedruscos de basalto negro, entre los que crecía una hierba escasa y blanqueada por el sol. Allí pastaban las ovejas guardadas por pastores sentados sobre cantos. Los hombres con las cabezas cubiertas por telas medio colgadas sobre sus curtidos rostros contemplaban con curiosidad a Lucano. Les saludaba al pasar, ellos le devolvían el saludo, llenos de curiosidad. Él les miraba y pensaba: ellos le conocieron, le vieron y hablaron con él. Quiz muchos jugaron con él en su niñez.

A medida que avanzaba por el monte hacia Nazareth una gran excitación se apoderó de él. El sol le hacía sudar y las gotas le caían dentro de sus ojos. Nubes de un polvo caluroso y blanco le envolvían asfixiándolo, forzándolo a toser. Pero mantuvo sus ojos en Nazareth y ansiando una sombra espoleó su caballo. Las montañas devolvieron en el eco de las pisadas del cuadrpedo, sus tropezones y el sonido de las piedras que rodaban a su paso. Finalmente, llegó a las afueras de Nazareth, una empinada calle estrecha, envuelta en polvo, trrida, con niños que jugaban y bordeada con pequeños bazares donde se vendía cordero asado, carnero, salchichas y vino barato, utensilios de cocina, sandalias y vestidos multicolores. Después del silencio de las montañas, el clamor de allí era casi un alivio para Lucano. Cabalgó a través de las estrechas callejuelas cubiertas de una sombra púrpura ocasionalmente proyectada por un roble, un árbol de caoba, un pino o un ciprés, una acacia o un grupo de polvorientas palmeras datileras. En el centro de una redonda y empedrada plaza, hecha del abundante basalto que se encontraba en la región, había un pozo y unas muchachas que charlaban y llenaban sus jarros; las poleas del pozo crujían derramando brillantes gotas en el sol. Las doncellas miraron a Lucano, abrieron asombradas sus ojos azules, grises o ligeramente marrones, le examinaban bajo los paños multicolores de su cabeza. Era un lugar pobre. Allí no había casas buenas ni jardines con puentes, ni paredes altas cubiertas de flores rojas o de color clavel, ni literas, ni carros, ni figuras de hombres y mujeres bien vestidos. Tras algunas de las casas crecían pequeñas plantas, o las parras colgaban de los porticos. Todas las calles resonaban llenas con ladridos de los perros y rebuznos de los burros, estos últimos cargados, mejor abarrotados, con los productos de las tiendas. Se detuvo en el pozo y preguntó a las muchachas si le podían decir donde estaba la casa de Mara, la madre de Jess.

Las muchachas contemplaron la alta y rubia figura sobre su excelente caballo negro y su porte les hizo adoptar una actitud tímida y hostil; titubearon mirándose unas a otras. Luego una, sin decir ni una palabra, señaló a una calle que partía de la plaza. Lucano siguió adelante, dejando que las muchachas hablaran excitadamente. En aquella calle situada al final de la aldea y aún más pobre que las demás solo se alzaban algunas casas. Estas eran extremadamente bajas, con cortas escaleras que conducían a las terrazas planas donde la gente buscando el frescor del atardecer, se reunía después de la puesta del sol. A través de las puertas abiertas, Lucano podía ver los escalones por los que descendían durante el calor del día y donde tomaban sus comidas.

Detuvo su caballo y miró a su alrededor con vacilación. El caballo se movió impacientemente, espantado con cabeza y cola a las pesadas moscas. Con la cegadora luz del mediodía la pequeña y empinada calle tenía un aire infinitamente desolado, el polvo planeaba sobre ella. Nadie la transitaba. Lucano eligió la casa más cercana, desmontó y se acercó a la puerta mirando al interior de los escalones que conducían a las habitaciones inferiores de los estanos. Había unos pocos, muy pobres, muebles, en una pequeña habitación al final de los escalones; una silla o dos, un banco y una mesa. Las paredes estaban encaladas y brillaban con reflejos del sol exterior. Del estano inferior llegó el agradable sonido de agua corriente. Lucano llamó, y al no recibir respuesta, penetró a través de la estrecha puerta y miró hacia abajo. Pudo ver un pozo en el suelo empedrado de la cueva, algunos cacharros de hierro, una chimenea blanca. Llamó de nuevo y entonces oyó el roce de vestidos y una mujer apareció en el fondo mirándole silenciosamente.

—Busco a Mara, la madre de Jess —dijo—, he recorrido un largo camino por venir a hablar con ella.

Sin decir una palabra subió los peldaños. Vio por el reflejo de la luz que era joven y delgada, sus ropas eran baratas, un sencillo vestido azul y un paño blanco anudado en la cabeza; mientras ascendía los escalones pudo ver su rostro, era extremadamente hermosa, suavemente plida, poseía una elegante barbilla y una nariz delicada y plidos labios rojos; tenía los ojos azules más encantadores que él había visto. Un rizo de dorado cabello se escapaba rebelde de su tocado. Tenía el aspecto y la esbeltez de una muchacha joven, sus pies estaban desnudos y eran blancos.

Luego ella permaneció junto a él y con simple dignidad dijo:

—Soy yo.

Lucano se sintió asombrado. Por lo que había oído, Mara debía tener ahora unos 48 años, sin embargo tenía el aspecto de la juventud y de una joven princesa patricia infinitamente dulce. Ninguna arruga estropeaba su piel. Sonrió intuitivamente a Lucano; sus pequeños dientes parecían pequeñas y perfectas perlas. Sin embargo a medida que él miraba un sutil cambio apareció en ella, parecía más vieja, más llena de tristeza y pesadumbre, un poco inclinada. Pero de nuevo, misteriosamente fue joven, esbelta, tranquila como una estatua de serena sosegada frente.

Sin comprender porqué, Lucano empezó a temblar. Se sintió sofocado, lleno de reverencia y amor. Deseó arrodillarse a sus pies y besar sus manos gastadas por el trabajo. Ella le miró sin curiosidad y sus ojos azules parecieron penetrar hasta lo más profundo de su ser.

—Soy Lucano, un médico griego —murmuró—. He recorrido un largo camino para verte, porque amo y sirvo a tu hijo, aunque nunca le vi, excepto en mis sueños.

Sin sorprenderse, ella le dirigió una dulce sonrisa, le habló. Su voz era plida y suave cual sonido de arpa.

—Sentémonos tras la casa, en la sombra, Lucano —dijo.

Y le mostró el camino tras la casa a un banco arrimado contra la pared. Todos sus movimientos estaban llenos de gracia, tan suaves como un velo, y una noble aristocracia emanaba de ella. Se sentaron uno junto a otro y la mirada soadora de Mara se perdió en la distancia. De pronto a Lucano le inundó la certeza de que ella sabía su vida, sus pensamientos, todo cuanto a él se refería. Pero no podía decir de qué forma lo había averiguado.

Tres o cuatro cabras mordisqueaban vidamente pequeños cardos y blanqueadas hierbas. Algunas aves picoteaban en el fondo, y más allá las vías, enrollándose sobre estacas, llenaban el frío y seco aire con su perfume. Mara se sentó con sus manos dobladas sobre sus rodillas y su perfil era encantador y exquisitamente tranquilo.

Lucano empezó a hablar. Le explicó su vida. Habló de su maestro, de Diodoro, de su madre, de sus estudios. Le confió su honda amargura y su larga ausencia. Le contó las historias que había oído de Jess y su visita a Santiago y a Juan. Ella, de momento, no le interrumpió; su perfil emanaba una dulzura y suavidad que provenían de sus recuerdos. La pequeña sombra azul se alargó, una cabra llegó hasta Mara y puso la cabeza en sus rodillas con un gesto cariñoso; las gallinas picoteaban a sus pies. En la distancia los fríos montes adquirieron un tono dorado oscuro bajo el sol.

Al terminar su historia, Lucano quedó en silencio. Miró el perfil de Mara y en él recordó todos los rasgos de las mujeres que había amado. Su madre Iris, Rubia y Sara. Su serenidad le invadió y sintióse lleno de paz. Olvidó que sólo era una pobre mujer galilea, la viuda de un pobre carpintero. Tena en sus mentes todos los siglos, era una reina entre las mujeres. Y de nuevo aquel misterioso cambio apareció imperceptible sobre sus facciones, convirtiéndose en un segundo a la muchacha casi nia, virgen pura e intocada por nada, en una mujer de aspecto dolorido y viejo.

—Quieres saber de mí —dijo al final muy suavemente—, y de mi hijo. Yo te contaré pero antes debes tomar algo —añadió con ternura maternal.

Se levantó y dirigiéndose a las parras arrancó dos racimos de uvas que ofreció a Lucano. Eran grandes y redondas de un rojo ambarino y pura, brillando como joyas; él las tomó de sus manos y comenzó a comer. El jugo era frío y dulce, la miró agradecido, era como si le hubiese dado la vida con aquella fruta. Mara se sentó otra vez, su rostro brillaba en la penumbra, le sonrió. Luego empezó a hablar, el frío ambiente que les rodeaba quedó lleno por la musicalidad de su voz. Habló de su prima Isabel, cuyo esposo, Zacarías, era sacerdote. No tenían hijos, lo cual les llenaba de tristeza. Vivían en una pequeña población de Judea y sentían gran predilección por la joven Mara, que entonces tenía 14 años. Cuando iba, junto con sus padres, a Jerusalén para las fiestas santas ella les visitaba a menudo y ellos les acompañaban el resto del viaje. También y siempre con sus padres, tenía su desposado esposo, un carpintero llamado Jos, que era hombre bueno y amable.

Un día, mientras Zacarías oficiaba como sacerdote en el templo de su pequeña ciudad, un ángel apareció ante él cerca del altar mientras quemaba incienso, sólo en el lugar del sacerdote. La gente esperaba fuera del recinto, orando en aquella hora. Zacarías al ver al ángel se sintió muy turbado y lleno de temor pero el ángel le dijo:

—No temas, Zacarías porque tu ruego ha sido oído y tu esposa Isabel tendrá un hijo al que llamarás Juan. Tendrás el gozo y la alegría y muchos se alegrarán en su nacimiento. Porque él será grande ante el Señor. No beberá vino ni bebidas fuertes, y será lleno del Espíritu Santo, incluso en el seno de su madre, y él traerá al Señor su Dios a muchos de los hijos del Señor. Y él acudirá ante su presencia con el espíritu y el poder de Elías para volver el corazón de los padres a sus hijos y de los incrédulos a la sabiduría de los justos para preparar para el Señor un pueblo perfecto.

Pero Zacarías replicó en voz alta:

—¿Cómo sabré yo esto? Soy un hombre viejo y mi esposa de edad avanzada.

—El ángel entonces le respondió: —Yo soy Gabriel, que permanezco en la presencia de Dios, y él me ha enviado para hablarte y para traerte estas buenas nuevas.†

Entonces Gabriel pareció enfadado por la duda de Zacarías y exclamó:

—Te quedarás mudo e incapaz de hablar hasta el día en que estas cosas ocurran, porque no has creído mis palabras que serán cumplidas a su debido tiempo.

El ángel permaneció allí unos segundos, palpitante, lleno de luz, dobladas sus poderosas alas. Luego desapareció y Zacarías quedó solo ante el humeante altar y su espíritu quedó lleno de temor y asombro.

Cuando salió del recinto no pudo hablar y las lágrimas rodaban por sus viejas mejillas y el pueblo supo que había tenido una visión.

—Las visiones no eran raras para aquellas sencillas y piadosas gentes; leyendas, apariciones de ángeles y portentos, circulaban en sus conversaciones. Interrogaron excitadamente a Zacarías, pero él sólo pudo hacer gestos mudos y nerviosos.

—Zacarías era un hombre pobre, a pesar de ser sacerdote, y volvió a su pobre y miserable casa, miró a su esposa llorando silenciosamente. Posteriormente, para su gran y casi increíble gozo, ella, en su ancianidad, concibió, y se escondió durante cinco meses diciendo:

—†Así me ha tratado el Señor en los días cuando él decidí librarme de mi vergüenza ante los hombres.†

Mara hizo una pausa y miró a Lucano; sus azules ojos llenos de lágrimas brillaban sonrientes. Era como si de nuevo se gozase en las cosas de su prima Elizabeth, en aquel milagro recordando sus palabras de ternura y compasión.

Se acercaba el tiempo de su propia boda con Jos, con quien estaba desposada, y al que amaba. Tena catorce años y estaba preparada para el matrimonio, pero algunas veces se sentía turbada preguntándose si ella podría ser una buena esposa para aquel hombre amable. Era nica hija de sus padres que la habían mimado cariñosamente y le habían legado todo cuanto habían poseído con devoción y amor. Su madre le había ahorrado mucho trabajo, ella no tenía los mismos conocimientos de esposa y ama de casa que las otras

muchachas. Poda hilar, coser y guisar con sencillez; tambien cultivar un jardn de una forma discreta. Sus padres se haban preocupado de su piedad ms que de sus humildes deberes, porque eran muy devotos del Seor su Dios al que tenan en sus corazones y de quien hablaban siempre. El rostro de Mara cambi mientras hablaba; mir al cielo con tranquilo xtasis. Desde que era una nia, apenas capaz de andar, haba conocido y amado a Dios. /I haba llenado su vida como el sol. Ella le haba hablado cuando permaneca echada sobre su camastro; su corazn se haba gozado en /I con fe apasionada y santa alegre. Apenas poda pensar en otra cosa que en /I. Toda su vida estaba absorbida en adoracin. Los rboles y la tierra le hablaban de /I. /I estaba en todas las primaveras, en cada flor; su presencia brillaba desde el cielo en los corazones de las frutas. Ella vea su sombra en la noche cuando haba luna nueva. Pensaba, respiraba y viva en /I. Algunas veces su alma se llenaba de insufrible exaltacin y tena que alejarse de sus padres, amigos y parientes para meditar acerca de /I. Todas las piedras, rboles, estrellas, posean un nimbo de oro, porque /I estaba all. A menudo no poda evitar el llorar sin saber por qu, y su corazn se estremeca. Su espiritu se ensanchaba y expanda; slo deseaba servirle y emplear su vida pensando en /I.

Saba muy poco de los deberes de la casa. Algunas veces su madre la reprochaba suavemente y luego se reprochaba a s misma por no haber sido mejor maestra para aquella muchacha tan joven. Finalmente Mara se sinti tambien turbada pensando en la bondad de Jos, preguntndose si ella podra ser, como se esperaba, una buena matrona juda, cuidando de la casa, observando todos los detalles meticulosos de las leyes sanitarias y dietticas, y siendo la honra de su hogar.

As un atardecer, ascendí por la escalera hasta la terraza de la casa donde haba nacido para rogar al Seor su Dios y pedirle su consuelo y su luz. El sol tena el color de las ciruelas maduras; el calor de la pequena ciudad haba desaparecido y bajo las estrellas reinaba la paz. Una gran luna de oro relumbraba sobre todas las cosas, reflejando su amarillenta luz sobre paredes y rboles, trazando intrincados dibujos de oro el suelo. Un suave viento soplaba desde las montañas; el aire estaba lleno del perfume del jazmn. Mara, ante aquellas cosas, se asombró porque el tiempo haba sido caluroso y marchitado las flores. Despus la brisa qued llena de perfumes de lirios y rosas, elevndose como incienso. Aument el brillo de la luna. Las montañas quedaron baadas por una luz cobriza y con el oro de su reflejo temblaron los tejados a su alrededor. Ella no supo porqu pero contuvo su respiracin estremeciéndose.

Momento tras momento el aire se hizo ms transparente bajo la luna. Mara permaneci en pie, con sus manos unidas, orando inocentemente. Un sentimiento de portento la invadi. A causa de su intenso gozo poda haber llorado en voz alta. Volví la cabeza; un poderoso ngel, ms brillante que la luna, permaneca junto a ella; sus blancas vestiduras deslumbraban con rayos de luz, las recogidas alas desprendan plateadas chispas, su rostro era ms hermoso que el de ningn mortal. El corazn de Mara titubeó, con una mezcla de temor y veneracin; sus labios quedaron helados. Pensó que se desmayara all mismo. Hizo un movimiento para cubrirse el rostro con las manos, porque del ngel surgía un insoportable esplendor. Luego /I doblando, reverente, sus manos llenas de luz, dijo muy suavemente:

✠ Salve llena de gracia. El Seor es contigo. Bendita t entre todas las mujeres. ✠

Las manos de Mara quedaron paralizadas en el aire a causa de aquel saludo. Notó la turbacin de todo su cuerpo. ¿Qu significaban aquellas palabras? Contuvo la respiracin. Por fin pudo respirar con un sollozo alto y seco. Era muy joven, haba soñado con los ngeles y ahora uno de ellos permaneca ante su presencia; se sintió llena de terror. Pero el ngel dijo, con dulzura:

✠ No temas, Mara, porque has encontrado gracia cerca del Seor. He aquí que concebirás en tu seno y darás a luz a un hijo, al cual pondrás por nombre Jess. /I ser grande y será llamado Hijo del Altísimo y el Seor Dios le dará el trono de David. Y /I será rey sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin. ✠

Mara, aquella joven muchacha, no pudo hablar. Miró vagamente, con asombro a su alrededor. Se le ocurrió que aquello era un sueo y que sus meditaciones lo haban inspirado. Pero la pequena ciudad, color naranja, yacía a sus pies y la fragancia de las flores llenaba sus sentidos. Notaba la tosca superficie bajo sus pies; un viento ligerísimo acariciaba su rostro. No soaba; mirando de reojo poda ver la palpitante presencia cerca de ella, su corazón se estremeció. Pensó en sus palabras. Concebiría en su seno y daría a luz un hijo. Su cabeza moviéndose lentamente en humilde negación.

✠ ¿Cómo ocurrir esto, si no conozco a ningún hombre —aventur. ✠

El ngel sonrió y su sonrisa fue como el repentino brillar del sol. Mara involuntariamente retrocedió, cerrando sus ojos.

✠ El Espíritu Santo descender sobre ti y el poder del supremo te hará sombra y he aquí que el Santo de los Santos nacerá y será llamado Hijo de Dios. ✠

Mara humedeció sus secos labios. Pensó en las profecías de las Mesas, alz sus pequeñas manos y las miró con profunda excitación, vio las señales del trabajo sobre ellas, vio la tosca tela de sus vestiduras, recordó que sólo era una muchacha de 14 años, la hija de un campesino de Galilea. ¿Cómo podía ser que una como ella fuese la elegida y no una princesa de Israel rodeada de trompetas, columnas de mármol, fuentes perfumadas y criados? Su confundida mente luchó con estas reflexiones. Miró al ngel y se preguntó dubitativamente por qué la miraba, con tal reverencia, a ella, una muchacha ignorante y sin importancia, y por qué mantenía sus manos unidas como ante una reina. Las lágrimas brotaron de sus ojos. El ngel inclinó la cabeza como ante la presencia de la Majestad.

✠ He aquí, Isabel, tu prima, ha concebido un hijo a su edad, anciana y ella, que fue llamada estéril, está ahora en su sexto mes, porque nada es imposible para Dios. ✠

Mara reflexion. Luego fue como si una gran ola de luz la hubiese invadido, llenando todo su ser y todas las cosas de claridad. En voz alta y gozosa exclam:

‡ He aquí la sierva del Señor, sea hecho conforme a su palabra. †

El ángel inclinó su rodilla ante ella y antes de que pudiese mirarle desapareció. Pero donde había permanecido quedó una luz como el reflejo de la luna, que se movió y se acercó cual niebla luminosa por algunos momentos hasta que lentamente desapareció. Ella cubrió su rostro con las manos y lloró. No sabía si eran lágrimas de gozo o de temor. Ambos sentimientos se mezclaban en ella. Primero pensó en sus palabras. Descendió la escalera, entrando en la pequeña casa. Joaquín y Ana dormían, podía oír en la oscuridad su respiración. Deseaba despertarles y hablarles de la visita. Sus mejillas se ruborizaron tímidamente. ¿La creerán? ¿Comprenderán? ¿O sonreirán con amabilidad y le dirán como tantas veces le habían dicho, que había soñado? Pensó en José su desposado esposo: Sintió el impulso de correr a su casa con la extraña revelación. Luego todo su espíritu se concentró. Se apoyó en la oscura pared y reflexionó. Deba ir junto a Isabel al instante, aquella vieja prima, tan extrañamente encinta, debía ser la primera en saberlo. Con paso alado Mara se deslizó silenciosamente atravesando la habitación de sus padres y se refugió en la suya. Allí les escribió brevemente, diciéndoles que iba al instante a casa de Isabel y que no temieran por ella pues volvería con seguridad.

Sola a través de la silenciosa ciudad, donde todos dormían excepto ella, partió a pie para su largo camino, sin vacilación sintiéndose guardada y protegida. Nunca había andado durante la noche a no ser acompañada. Pero las pequeñas calles brillaban llenas de amarillenta luz. Podía ver con claridad las cimas de los cipreses resaltando bajo la claridad de la luna y el lento movimiento de una sombra estremecida se proyectaba sobre el suave y aterciopelado polvo. Se sintió inundada de paz y seguridad. Ningún perro ladraba a su paso por las oscuras calles.

Rezando, alzando su rostro suave, nimbado de luminosa aureola. Al salir de la ciudad, echó a correr llena de juventud y de fuerza. ¿Cómo encontraría, sin dinero ni comida, el distante camino hasta Aín Karim, en Judea?

Era un largo viaje incluso cuando se hacía a espaldas de los burros. Tan sólo supo que llegaría, que estaba protegida y que ningún mal le ocurriría. Con confianza dejó Nazareth, y tomó la estrecha carretera que conducía al sur llena de puntiagudas piedras que la claridad de la luna agrandaba.

Anduvo incansablemente durante mucho tiempo, sin encontrarse con nadie en el camino. A veces veía a los pastores durmiendo en las laderas de secas montañas, descansando entre sus ovejas. Atravesó una o dos aldeas, que dormían. Las negras y desoladas colinas parecían presionar al cielo incandescente.

Repentinamente sintió sed. Miró a su alrededor, hacia el vasto y silencioso campo. Allí las montañas más cercanas estaban cultivadas; vio campos de olivos que bajo la luna parecían adornados de plata y palmeras mecidos sus ramos en el aire frío de media noche. Luego oyó el murmullo de una pequeña corriente y la encontró, discurriendo su dorado chorro entre las negras piedras. Entonces una canción para sí misma, se arrodilló en la orilla y bebió con sus manos ansiosamente y fue como si bebiera un vino fortalecedor. Ascendió por el tronco de una joven palmera y alcanzó un racimo de dátiles maduros con lo que satisfizo su apetito. Continuó su camino, cantando suavemente, sus añados pies brillando bajo su pobre vestidura levantaban el polvo tras ella. Algunas veces apenas podía contener su gozo, otras meditaba sencillamente en su corazón. Todas las dudas habían desaparecido; el pulso de su cuerpo palpitaba fuerte y rítmico, era como si hubiese adquirido un nuevo y vigoroso corazón.

Decidió descansar aunque no sentía ningún cansancio. Encontró un grupo de fuertes robles y se echó bajo ellos sobre la hierba e instantáneamente quedó dormida, acurrucada como un niño, con la mejilla apoyada en su mano. Cuando despertó el cielo estaba cubierto de escarlata y perla y las ocres montañas ardían. Encontró agua corriente, bebió y lavó la cara y las manos. Apartándose del camino se dirigió a un grupo de granados; comió sus frutos con apetito. Metió alguno en su bolso para refrescarse posteriormente, luego continuó su camino cantando, entonces en alta voz.

Unas pocas horas después cuando el sol estaba alto, una caravana llegó tras ella; una pobre caravana de uno o dos camellos y asnos cargados con productos de las ciudades. Los hombres de la caravana, tres, tenían los oscuros y salvajes rasgos de las gentes de las montañas de lugares remotos. Sin embargo, uno de ellos, al verla, desmontó al instante y sin hablar la ayudó a subir a su cabalgadura. A ella le pareció aquello muy natural y sencillo; una o dos veces se adormeció. Cuando se despertaba encontraba que la morena mano del hombre la sostenía. Nadie le hizo ninguna pregunta. Cuando la caravana se detuvo para descansar, los taciturnos hombres compartían su pan y su vino con ella, tratándola con gran deferencia. Sus inquietos ojos no demostraban curiosidad ni asombro de que aquella muchacha, tan rubia y sonriente, anduviera sola y sin protección. Dormieron sobre la carretera por la noche y extendieron una manta en el suelo para ella. Permaneció echada durante algún tiempo, escuchando las quejas de los camellos arrodillados, el pateo de los burros, el distante ulular de los chacales; un pequeño fuego danzaba en el centro del campamento. Se durmió llena de alegría.

Y así siguió adelante. Algunas veces los hombres sombríos cantaban oraciones y ella, sobre las espaldas del burro, se unía a ellos tímidamente. Otras veces contemplaban su pacífico rostro de niña y le sonreían como padres. Le traían vejigas llenas con agua fresca y dulce. Cogían alguna fruta para ella. Atravesaban entonces un paso salvaje y los pocos hombres que encontraron creyeron que era hija de alguno de ellos o de algún pariente.

Por fin llegaron a Ain Karim, la pequeña población, y como si ya lo supiesen, los hombres la ayudaron a bajar del burro. Vacilando, uno de los hombres tocó su mejilla tiernamente con el dorso de su mano; ella deseaba darles las gracias pero la saludaron y se alejaron.

Encontró el camino a casa de Zacarías e Isabel; una pobre casa que colgaba de una colina rota entre cipreses y otros árboles. Apenas había amanecido. Mara llamó a la cerrada puerta y entró. Isabel estaba ya despierta, ocupada en las tareas de la casa, vio a Mara con gran sorpresa un gran temblor la estremeció; extendió los brazos y lloró en voz alta con una voz extraña.

—Bendita seas tú entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre. ¿Cómo he merecido que la madre de mi Señor venga ante mí?, porque he aquí que en el momento que tu saludo llegó a mis oídos, el niño en mis entrañas saltó con gozo. Bendita es aquella que ha creído, porque las cosas que le han sido prometidas por el Señor se han cumplido.

Parpadeó, su arrugado rostro habíase transformado, sus ojos ardían. Extendió los brazos a Mara y ambas se abrazaron, como madre e hija, llenas de compasión, sin preguntas. Se besaron mutuamente murmurando palabras cariñosas con las mejillas juntas. El gozo las inundó. Él se inclinó y humedeció sus ojos. Luego Mara se inclinó y separándose de los brazos de su prima la miró alegremente.

En su voz pura e inocente él se inclinó y cantó como en una canción: *¡Mi alma magnífica al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque ¡él ha mirado la bajeza de su sierva. Y he aquí que desde ahora todas las generaciones me llamarán bendita. Porque ¡él, que es poderoso, ha realizado grandes cosas en mí y santo es su nombre y su misericordia es de generación en generación para todos y aquellos que le temen. Ha mostrado el poder de su brazo, ha rechazado los orgullosos con el desprecio de su corazón. Ha humillado a los poderosos en sus tronos y ha ensalzado a los humildes. Ha llenado a los hambrientos de buenas cosas y a los ricos les ha enviado vacos. Ha dado ayuda a Israel, su siervo, que recuerda su misericordia. Incluso mientras hablaba a nuestros padres, a Abraham y a su posteridad para siempre. ʘ*

Lucano escuchó, inmóvil sobre el banco. La voz de Mara se había elevado como el desgranar de dulces campanas mientras recordaba aquellos días. Y como había ocurrido entre él y su hermano Prisco se preguntó cuánto había aprendido de las palabras de Mara y cuánto su vocación mística le proporcionaba, a través de sus ojos y de su hablar.

El rostro de Mara, mientras miraba al cielo, estaba lleno de un vivo gozo; alzó las manos en tal forma que sus palmas brillaron con luz. Lucano la contempló con amor y asombro; aquella era la mujer que había llevado a Dios bajo su pecho de niña y que le había dado a luz en un establo. Se inclinó hacia ella, que bajó las manos y le miró sonriente. Él pensó que nunca había visto un rostro tan gracioso y noble, ni tan dotado de belleza no terrena. Luego vaciló; después tomó una de sus manos y dijo:

—Feliz yo que he oído estas cosas de tus labios, Señora. No merezco esta felicidad.

La miró con reverencia y pensó: *¡Ciertamente aquí estoy ante mí la que carece de pecado, que ha sufrido el mal pero nunca ha sido tocada por él. Ha conocido el dolor pero no la culpa. Ha llorado pero no por las perversiones propias. Ha amado y su amor ha sido tan puro como la luz de la luna. Ha caminado entre el terror y la tristeza, pero no hay sombras en su espíritu ni sus manos están sucias. Bendita entre todas las mujeres. ʘ*

—¡Oh Dios puede juzgar si eres digno o no de su felicidad —dijo Mara amablemente—, has sufrido mucho y ¡él te ha llevado junto a sí.

Las sombras del atardecer se alargaron rápidamente; un viento levante levantó polvo. Las cabras empezaron a balar. Mara se levantó y dijo:

—Ordear a estos animales y si quieres puedes beber y comer conmigo.

—Déjame ayudarte —dijo Lucano y ambos se inclinaron sobre el terreno reseco y ordearon a las cabras, mientras el viento líquido humeaba en los recipientes.

Luego Mara sacó platos de pan y queso, pequeñas aceitunas negras, unos pocos pasteles pequeños que había cocido anteriormente y un plato de madera lleno de fruta; se sentaron en silencio y comieron.

Luego María empezó a hablar de nuevo; contó a Lucano como había permanecido con Isabel hasta el nacimiento del pequeño Juan que desde el mismo momento que nació estaba inquieto y como en el mismo instante que Juan emergió del seno de su madre, su padre habló de nuevo.

—Zacarías había levantado sus manos al cielo mientras sus amigos se llegaron hasta él uno a uno y besaban su barba felicitándolo y el viejo había exclamado en voz alta:

—*¡Bendito sea el Señor, Rey de Israel, porque ¡él ha visitado y obrado la redención de su pueblo y ha levantado un cuerno de salud para nosotros en la casa de David, su siervo, como ¡él lo prometió por boca de sus santos, los profetas antiguos; la salvación de nuestros enemigos y de la mano de aquellos que nos odian para mostrar misericordia a nuestros padres y a los que recuerdan y cumplen su santo pacto; el juramento que juró Abraham, nuestro Padre que ¡él nos salvará y que nos librará de las manos de nuestros enemigos si les servamos sin miedo y con santidad y justicia ante ¡él en todos nuestros días. ʘ*

Exaltado y lleno de Espíritu Santo exclamó de nuevo mientras sus amigos boquiabiertos y asombrados permanecían a su alrededor:

—*¡Y tú, niño —y puso sus marchitas manos sobre su cabeza—. Sers llamado profeta del Mesías Alto porque irás delante del Señor para preparar su camino, para dar a su pueblo conocimiento de su salvación por medio del perdón de sus pecados, por el amor de nuestro Dios, porque el Oriente desde lo alto nos ha visitado, para brillar sobre aquellos que permanecen en oscuridad y en la sombra de muerte para guiar nuestros pasos por el camino de la paz. ʘ*

Mara relat a sus padres y a Jos, que estaba turbado, lo que haba visto. Cont a Lucano su boda con Jos y el precepto del Augusto Csar de que todos sus sbditos del orbe entero deban ser empadronados. Su viaje con Jos a Betlem. Vacilando entonces, y hablando quedamente con voz temblorosa, le cont el nacimiento de su hijo, que los ngeles se aparecieron a los pastores en los montes, los cuales se sintieron llenos de temor al ver la estrella y como fueron conducidos a un establo donde su Seor permaneca en el pesebre. Mucho de esto lo haba odo Lucano de otros, pero lo escuch con la atencin de uno que escucha la historia por primera vez. Porque la dulce y cristalina voz de Mara era como msica para l. Las colinas alrededor de Nazareth se cubrieron del color de limones maduros, el cielo adquiri un tono dorado sobre ellos, y el clamor de la pequea ciudad lleg entonces hasta aquella y descuidada calle.

Mara se cansaba; una plida sombra apareci sobre sus suaves mejillas, sus ojos azules se oscurecieron con cansancio. De modo que mientras el sol comenzaba a ponerse abruptamente, baando toda la tierra con una repentina y fiera luz como una conflagracin, Lucano se puso en pie y de nuevo bes la mano de Mara.

—Permteme volver maana un rato, deseo conocer cosas acerca de la niez de tu Hijo. Entretanto encontrar una pensin.

—Slo hay una posada en el pueblo —dijo Mara mientras el viento del atardecer mova sus vestidos— y es muy pobre.

—No me preocupa el lujo —dijo Lucano.

Mara le acompa⁽⁶⁰⁾ a la puerta de la casa y se sinti de nuevo impresionado por la polvorienta desolacin de la pequea calle, donde las cabras vagabundeaban sobre las pequeas piedras, las aves de presa planeaban sobre los ardientes cielos y los nios alborotaban dentro de casas cerradas. Mara dirigi a Lucano hacia la fonda. Descendi la calle, mir hacia atrs; ella alz su mano y le sonri.

La posada, como Mara haba temido, era ciertamente abominable; una pequea y tosca casa con un pozo abierto en el patio cubierto de piedras negras. Lucano era el nico husped, y el posadero, un viejo de barba rojiza y griscea, le salud con gratitud mostrndole la mejor de las cuatro habitaciones, diminuta, con un suelo gastado, una cama pequea y estrecha, una silla y la lmpara que colgaba de una pared de madera. Ms tarde Lucano se sent solo en el destartado comedor colectivo, pero el propietario orgullosamente le sirvi cerveza fra y vino, un plato de cordero asado, fro y cubierto de aceite, un ave a medio cocer, dura y correosa cubierta de grasa amarilla, algunos nabos esculidos y un plato de granadas, dtiles y uvas.

—La cerveza es de Egipto —dijo el hostelero permaneciendo de pie junto al codo de Lucano—, hacen la mejor cerveza del mundo; los romanos son pobres imitadores —y tosi en tono de excusa.

—No soy romano —dijo Lucano sonriendo—, ¿quieres unirme a m para tomar una copa de cerveza? Tiene una espuma excelente.

El hotelero dijo con picarda, poniendo un dedo a lo largo de su nariz.

—Ah, tengo una cosa mejor, que sta —hizo un guio como un conspirador—, tengo un excelente whiskey.

Lucano dirigi su pensamiento a la mezcla de cerveza y whiskey. Pero estaba cansado y lleno de un extrao sentimiento de exaltacin.

—Si quieres unirme a m —dijo con cortesa.

El hostelero se sinti encantado, pero era un hombre honrado y viendo las ropas sencillas de Lucano vacil.

—El precio del whiskey es muy alto. Quizs no puedas permitirte el tomarlo, buen seor. Cuesta tres shekels la botella. Esto es debido a los elevados impuestos que los romanos ponen sobre l; ellos con sus infernales impuestos. No se puede vivir, te lo aseguro. Si lo exportamos, los aduaneros estn all con sus manos extendidas y con muchas hojas de papiros; si lo importamos, y la gente pobre debe importar mucho, estn los aduaneros de nuevo con ms papel burocrtico y la mano extendida y sus sellos.

—Los burcratas estn con nosotros siempre —dijo Lucano con un suspiro de simpata—, pero tomemos un poco de whiskey y olvidemos el gobierno, sus impuestos y sus oficiales que devoran las ganancias del pueblo.

El hostelero trajo reverentemente una polvorienta botella.

—Lo hemos importado de Siria —dijo—, porque nuestro pueblo no mira con gusto las bebidas fuertes. Pero te sentirs sorprendido si supieses cuanto se importa y cuanto se bebe. Mira el sello y las marcas sobre l, es verdadero whiskey, no ilcito, hecho por hombres furtivos en las montaas.

Lucano cortsmemente examin el sello y asinti. El hostelero trajo dos pequeas copas; Lucano las llen y el hostelero se qued moviendo la cabeza ante la cantidad pero no emiti ni una sola palabra de protesta ni lo rechaz. Se sent junto a Lucano brillndole sus ojos rojizos. Luego dijo:

—El whiskey es la sangre de la ancianidad y yo soy un viejo y necesito calor, incluso en este clima. Puesto que estamos cerca de Siria, mucho ms cerca que Jerusaln... —y volvi a toser.

Lucano sonri.

—Te he dicho que no soy romano. Soy griego y como griego admiro a los contrabandistas.

—Engaar a un gobierno opresivo no es engaar —dijo el hostelero con una mirada de sabidura—. ¿Cmo puede un hombre vivir de otra manera? Adems, ¿quin se lleva el dinero que ganamos, el gobierno o nosotros? Habra que recordar al gobierno uno de los grandes mandamientos: ̄ No robars.̄ Pero, ¿ha habido alguna vez en toda la historia del mundo un gobierno que no fuese ladrn?

—Nunca —respondi Lucano—, los gobiernos son ladrones por naturaleza.

Bebi con cuidado el whiskey. No era el mejor producto y tena un gusto spero que haga arder el estmago. El hostelero lo bebi con placer y dijo:

—Ah...

Pero I y Lucano bebieron rpidamente un buen trago de cerveza. El anciano tena una sombra en los ojos, que le daba una apariencia aguda. Dijo:

—Si no hubiese impuestos no habra dinero para los soldados, y si no hubiese soldados no habra guerras ni conquistas y si no hubiese guerras y conquistas, la gente hubiese aprendido a vivir en paz; pero no es esto lo que los gobiernos quieren. Hacen la guerra debido a su avaricia y con el propsito de beneficiarse.

Haba sacado prudentemente otro plato y se sirvi de la comida de su husped que el mdico no encontraba especialmente apetitosa. El viejo continu lanzando inventivas contra los gobiernos y coment que Samuel haba aconsejado al pueblo de no poner nunca un rey sobre ellos porque les acarrear el desastre. El hostelero no era solamente viejo, sino pobre, sin embargo tena una mente inteligente y Lucano le escuchaba con inters. Los simples, pens, son con frecuencia una fuente de sabidura y los delicados intelectuales de las ciudades les podan escuchar con provecho.

—Me llamo Isaac —dijo el hostelero expansionndose y haciendo que sus marchitas mejillas se ruborizasen—. Soy tambien viudo. No es frecuente el tener huspedes y algunas veces les canso— ajust el negro gorro de algodn sobre su cabeza.

—A m no me cansas —dijo Lucano.

Bebi ms whiskey, esta vez no le pareci tan spero. Su estmago se sinti calentado; las pocas lmparas de la habitacin parecan ms brillantes. De nuevo bebieron los dos ms cerveza. Lucano decidi que un trozo del ave, un pastel, algunas aceitunas y un puado de dtiles era bastante. Despues de haber probado el ave se dedic a los pasteles, rellenos con semillas y con pasas, aceitunas y frutas. Empezaba a sentirse descansado. El whiskey tena entonces un gusto ciertamente intrigante. Lucano no crey ya que proceda de Siria; haba sido destilado cerca de Nazareth.

Isaac comi el cordero con apetito, luego dijo:

—Tienes un estmago delicado, seor.

—Muy delicado —replic Lucano gravemente. El cordero no me sienta bien.

Bebieron con placer. Isaac le cont un par de chistes judos y picantes, Lucano se ri. El mdico se encontr pronto estudiando fascinado, dos grandes grietas en la cal de las paredes. Parecan dos ros sinuosos; manchas a ambos lados tomaban el aspecto de diminutas poblaciones. Lucano dej su copa violentamente, de pronto; Isaac se habla vuelto pesado. Sus chistes ahora rayaban la obscenidad, como suelen hacer los viejos.

—Ah —dijo como excusndose—, cuando un hombre no es ya potente debe divertirse a s mismo con palabras asquerosas. Esto engaa al que escucha y cree as que est ante un hombre lujurioso. David se procur una esposa joven para que le mantuviese caliente. Yo prefiero el whiskey.

—Un macho cabro es muy potente —dijo Lucano—, pero, ¿tiene el animal sentido en la vejez? No, va a la cazuela o al fuego.

Isaac empez a amarle. Sus ojos se humedecieron y puso su sarmentosa mano sobre el brazo de Lucano.

—¿Cunto comprendes! —exclam.

Lucano bebi ms cerveza. Apoy sus codos sobre la tosca mesa.

—Estoy haciendo algunas investigaciones —coment suavemente—, estoy interesado en un tal Jess que fue hijo de Mara y Jos, el carpintero. ¿Puedes hablarme de ello?

Instantneamente los rasgos de Isaac se cerraron e hicieron vigilantes. Mir a Lucano con sospecha. Luego dijo con indiferencia:

—Oh, Mara, Jos y Jess.

—No soy un espa —dijo Lucano—. No soy romano.

Isaac no estaba tan excitado como Lucano haba esperado ni su lengua se solt lo bastante. Sus astutos ojos contemplaron a Lucano y dijo con un tono sorprendido:

—¿Quin habla de espas? ¿Por qu iban a venir espas a esta pequea y oscura aldea y con qu misin? Una familia humilde juda, Jess, Mara y Jos. ¿De qu importancia iban a ser ellos para el mundo? El padre y el hijo eran carpinteros. Sencillos, honrada gente, como todos en Nazareth —se rasc su barba y mir ms agudamente a Lucano. Luego aadi:

—¿Dijiste que Mara te haba enviado a esta posada? Puedes darle las gracias cuando la veas porque es una prima ma distante y me quiere bien.

Repentinamente golpe la mesa con sus sarmentosas manos y un joven moreno entr al instante y dijo:

—S, abuelo.

Isaac habl un hebreo tan perfecto y culto que Lucano se sorprendi. Comprendi que no deba demostrar que entenda, I, un mdico viajero, griego, no poda saber la lengua erudita. Isaac dijo:

—Ezequiel, vete al instante a casa de mi prima Mara y pregntale si en verdad envi a este extranjero, a este griego, y si se puede confiar en I y que desea que le contemos. Puede que I est mintiendo. Mrale con cuidado para que puedas describrselo. Su nombre, segn declara, es Lucano y es mdico. Tambin posee un excelente caballo rabe y al parecer no necesita dinero. Debemos tener mucho cuidado y recordar a Pilatos y Herodes.

Ezequiel estudi a Lucano con inters, memorizando sus rasgos, mientras I beba ms cerveza y coma un puado de uvas simulando no comprender el hebreo. El joven dijo:

—Lleva hermosos anillos, tiene modales civilizados.

Lucano sonri para s mismo. El joven abandon la habitacin e Isaac con aire inocente dijo:

—Como te he dicho, somos gente sencilla. Habla mi nieto, en uno de nuestros dialectos, mandándole que, como la noche es fra, busque otra manta para ti.

—Eres muy amable —dijo Lucano—. ¿Está mi caballo debidamente albergado?

—Ah, sí, señor, también advertí a Ezequiel que le llevase agua fresca.

Beban sus cervezas en cómodo silencio. Isaac distraídamente terminó el cordero. Luego dijo:

—Tengo una habitación donde duermo y vivo. Me gustaría mostrártela ahora, señor.

Se puso en pie; sus vestiduras colgaban como las ropas de un rey, a pesar de su pobre calidad. Condujo a Lucano hasta una pequeña habitación detrás del comedor. Encendió una linterna sobre la pared. La habitación, un estrecho dormitorio, estaba amueblada con sencillez; unas sillas, una gran mesa, un armario; todo brillaba. Isaac dijo:

—Observa estos muebles. No están esculpidos ni incrustados de oro ni tampoco son especialmente elegantes. Pero están excelentemente trabajados, suaves y pulidos. Jos y Jess hicieron estas cosas para mí. No he habido nunca mejores carpinteros en toda Galilea. Jos ahora está muerto y también Jess, desgraciadamente. Ahora debemos comprar nuestros muebles contruidos por artesanos de menor habilidad.

Lucano colocó su mano sobre ellos y pensó: ¿El hizo esto, El, el Señor de todo. No desde⁽⁶⁰⁾ ser un carpintero. El que había creado las galaxias y las constelaciones y los soles que brillan a través de la eternidad. El cepilló esta madera y así brilla como la seda; dio forma a esta mesa y a esta cama y sin duda se sintió tan orgulloso en su construcción como en la creación de las pléyades.†

El médico deseó no solamente poner sus manos sobre aquellos muebles, sino sus labios sobre aquella sencilla y tranquila habitación que había conocido las manos de Dios. Sus ojos se humedecieron. Se sentó sobre una silla; Isaac le contempló. Vio la emoción de Lucano. Frunció el ceño sorprendido.

—Haya otros hombres de este lugar —dijo Lucano—, he hablado con Santiago y Juan; pronto veré a Pedro.

—Oh, sí —dijo Isaac descuidadamente— les conozco bien.

Se sentó también. Unos pocos momentos después volvió Ezequiel, sus ojos brillaban con emoción y dijo:

—Abuelo, Mara declara que puedes hablar a este hombre libremente, porque ama a nuestro Señor y está escribiendo acerca de El y ha venido desde muy lejos para orar de Él.

—Mara nunca puede ser engañada —dijo Isaac respirando con alivio dirigiéndose a su nieto.

Se dirigió a Lucano y dijo con interés:

—Preguntame lo que quieras de Jess. Mara es una prima lejana mía y la he amado desde que era niña, una niña encantadora, una muchacha preciosa. Tiene una inocencia eterna y una sabiduría ultramundana. Conocerla es estar lleno de la dulzura de la miel. Yo dije a mi esposa cuando Mara nació: † Ha sido concebida y ha nacido sin pecado.† Simplemente hay que mirar a su rostro para saberlo.

Apoyó sus retorcidas viejas manos sobre las rodillas y reclinó su barbudo rostro sobre su pecho.

—Mara y Jos eran de la casa de David. Las profecías que nosotros conocemos del Mesías hablaban de esto; también han declarado que el Redentor de Israel nacerá en Bethlem, y morirá como murió Él en Jerusalén. Esto ha sido conocido durante siglos, sin embargo cuando las profecías fueron cumplidas, la gente rehusó aceptarlas, excepto los humildes y desesperanzados.

Isaac habló durante largo tiempo, mucho de lo que dijo, también lo sabía Lucano, pero hubo mucho que él no conocía. La lámpara se reflejaba sobre la pared. Los insectos con agudos zumbidos entraban en la habitación y volvían a salir de ella; fuera cantaban los grillos y algunas veces se oía la voz de algún pájaro nocturno. Isaac contó a Lucano del tiempo de la purificación de Mara, después del nacimiento de Cristo, de acuerdo con la ley de Moisés, y como le había llevado a Jerusalén para la presentación a Dios. Jos era un hombre pobre y amable y tenía poco dinero para dedicar al acostumbrado sacrificio y todo lo que podía permitirse era un par de palomas que llevó a Jerusalén en una jaula.

—Él no podía pagar los precios que regan en el Templo —dijo Isaac con alguna amargura—, ¿cómo es posible que el hombre sea tan avariento que quiera hacer dinero en un asunto santo?

Habló del viejo Simón que había sido muy devoto y quien cuando en el Templo llegó a la hora de la presentación, miró al Niño Redentor se sintió instantáneamente lleno del poder del Espíritu Santo. Le había sido revelado que no morirá hasta que vea al Cristo. Haba tomado al Infante en sus brazos y entre rezos y lágrimas exclamó: † Ahora T, oh Dios, puedes despedir a Tu siervo, de acuerdo con Tu palabra, porque mis ojos han visto Tu salvación, la cual has preparado frente al rostro de todos los pueblos, una luz de revelación a los gentiles y gloria para tu pueblo, Israel.†

Simón había bendecido a Mara y Jos y había dicho a la joven madre: † He aquí que este Niño será causa de caída y alzamiento de muchos en Israel, porque será un signo de contradicción. Y tu propia alma, Mara, será atravesada por una espada para que los pensamientos de muchos corazones puedan ser revelados.†

—Yo estaba allí —dijo Isaac extendiendo sus manos—, o aquellas palabras con mis propios oídos. ¿Se sintió Mara asombrada o aterrorizada? No. Parecía saber todo, aunque su joven rostro se ensombreció de tristeza ante las palabras de Simón.

—¿Y cuando los tres volvieron de Jerusalén? —preguntó Lucano amablemente.

—Se transformaron en lo que la gente había esperado. Una buena madre y ama de casa. Así era Mara. Un concienzudo carpintero. Así era Jos. Un muchacho hermoso y tranquilo; así era Jess. Eran con sus vecinos. ¿Has oído hablar de los zelotes? Sí. Tan sólo deseaban librar su sagrada tierra de las manos de Roma. Han circulado secretas conversaciones de insurrección, de expulsar a los romanos de nuestro país, con sus arrogancias y sus impuestos. Galilea se senta entusiasmada con estos planes porque todo es fácil para los

simples. Los galileos no quieren darse cuenta de que Roma es la dueña del mundo, que cuenta con cientos de legiones armadas y poderosas. Para los galileos que ven a pocos romanos, era un asunto sin complicaciones, soñar que empujaban a las legiones hacia el mar y libraban la tierra santa. Solo necesitaban algunos cuchillos cortantes, piedras y voluntad. Los judos habian sido liberados de Babilonia y Egipto. Podran, con el poder de Dios, librarse de Roma.

—Todos nuestros zelotes eran jvenes. Intentaron atraer a Jess, el joven carpintero, hacia el partido, pero /l no se senta interesado. Sus ojos contemplaron soadores la distancia. Esto ofendi a los patriotas. ¿Cmo poda un joven desligarse de la preocupacin de expulsar a los paganos de su pas? purificando as los lugares sagrados Jess se hizo impopular. Hubo quien asegur que Mara tena ambiciones para su nico hijo. Ella le envi a la escuela de Shamai. En cierta ocasin dijo a los ms vehementes que le fueron a visitar a su casa y la de Mara y Jos: † Mi Reino no es de este mundo.‡ Y esto era incomprendible. ¿Un reino para un galileo? Aquel joven estaba loco. Los zelotes se sintieron despectivos; los ms viejos movieron las cabezas, Mara educaba a su hijo para algo ms all de su posicin, y destino. Era un ser extrao, vagabundeaba por el campo y sonrea a las flores, a las bestias, a los pjaros. Algunas veces se sentaba en un pedrusco y meditaba bajo el sol. Te digo Lucano que ningn hombre es tan aborrecido como aquel que se diferencia de sus vecinos. Se sienten violados y aterrorizados si alguien se atreve a ser como ellos no son. Cuando se vive en comunidad hay que conformarse con sus ideas y costumbres, de otra forma se es un perro para que ha ofendido y herido mortalmente lo que ellos aceptan. Y debe peinarse cabeza y barba en la forma acostumbrada, debe hablar como hablan los dems. El indiferente a lo aceptado es un enemigo. La gente es estpida. ¿No es verdad seor?

—Se han cometido ms crmenes a causa de la estupidez, que por medio del ejrcito —dijo Lucano—, debiramos compadecernos de los estpidos, sino fuesen tan invencibles, tan vociferantes, tan positivos. Pero son terribles en su poder universal.

— ¿Pero, es que se les puede compadecer, seor?

Lucano reflexion y luego movi la cabeza.

—A menos que un hombre nazca con un defecto en la mente, no puede ser perdonado porque sea idiota o estpido, o tan completamente igual a su prjimo como le sea posible.

Isaac se tir de la barba.

—No es que Jess violase ninguna de las leyes ceremoniales levíticas o molestase a sus maestros con preguntas herticas, o expresase dudas sobre las regulaciones de los fariseos. Sin embargo, incluso para el ojo ms descuidado, no era como los dems. De ah el sentimiento de vejacin de muchos de sus vecinos. Recitaba las oraciones y los salmos de la sinagoga con fervor, devocin y lgrimas en los ojos. Jos le ense⁽⁶⁰⁾ la costumbre de su tribu y de su casa.

—Le ense⁽⁶⁰⁾ a ser carpintero, porque los judos de costumbres antiguas creen que no es suficiente cultivar la mente. Se debe aprender a usar las manos tambin, porque es una buena cosa saber un oficio a la vez que conocer los libros. En estas cosas Jess saber observ la costumbre meticulosamente. Quiz exista una mirada lejana en sus ojos, sus modales, sus leyes, sus sonrisas, en la forma en que /l andaba. Cuando nio jugaba como un nio y tena una risa fuerte, clara y juvenil. Y sin embargo, no era como los dems.

—/ ramos muy pocos los que comprendamos las profecas y su nacimiento, o para qu estaba destinado; por eso no lo encontramos extrao. Pero los vecinos se sintieron ofendidos por /l. ¿Acaso no era el ms hermoso joven de su edad? Esto es difcil de responder. Solo s que mirarle hacia estremecer el corazn, incluso aquellos que no saban quien era. Turbaba a todos los que le observaban y los hombres no se sienten muy a gusto cuando son turbados.

Una luz amarilla penetraba en la habitacin, algn animal roedor escarbaba en las piedras del patio. Isaac cont la aparicin de Juan el Bautista en el valle del Jordn donde gritaba: † Yo ciertamente os bautizo con agua. Pero uno ms poderoso que yo viene tras m, del cual no soy digno de desatar los cordones de sus sandalias. /l os bautizar con el Espritu Santo y con fuego.‡

—Juan era un hombre de temperamento furioso. Jess le conoca como miembro de su familia. Juan no usaba tnicas como los fariseos, ropajes prpuras con largos flecos, ni cubra su cabeza con el puntiagudo gorro de los levitas. Era un hombre salvaje del desierto, con barba de bronce, rostro oscuro, voz fuerte y que inspiraba temor. Algunas veces, cuando estaba enfurecido, lo que suceda con frecuencia, ruga como un toro. Se vesta con pieles de animales. El pueblo le oía porque hablaba con autoridad e incluso los romanos que se encontraban con l. Su fervor era tan impresionante como el sol. Hablaba constantemente del redentor, que estaba al llegar. La gente empez a inquietarse. El da de los romanos haba llegado, el Cristo lanzara a todos ellos al mar, librara a su pueblo, Israel, se sentara a si mismo en un trono de oro y el mundo al mirarle dira: † Que poderoso es el Rey y qu poderoso es Israel.‡ El Sina volvera a tronar ardiendo; la ley sera de nuevo proclamada sobre toda la tierra y los arcngeles permaneceran en el cielo sobre el templo de Jerusaln. El corazn del pueblo palpitaba con esperanza y gozo cuando escuchaban a Juan, aunque no deca nada de lo que ellos esperaban. Lo crean en su espritu porque, ¿de qu otra forma podran ellos reconocer al santo? Olvidaron todas las profecas.

Isaac continu:

—Mi nieto Ezequiel descendí al Jordn para ser bautizado por Juan. Una gran multitud estaba junto al ro y sobre el murmullo contenido podan ser oídos los gritos de Juan exhortando a que fuesen bautizados, exigiendo penitencia y prometiendo el perdón de los pecados. En los intervalos de estos discursos insertaba

sus opiniones acerca de la humanidad en general, que era muy baja y cndida. El ltimo de sus gritos al pueblo era: †.Generacin de vboras!, † quin os ha enseado a huir de la ira que vendr? Traed por lo tanto frutos dignos de arrepentimiento y no empecis a decir: Tenemos a Abraham por padre, porque os digo que Dios puede levantar hijos de Abraham de estas mismas piedras. Porque ahora el hacha est junto a la raz de los rboles. Todo rbol que no traiga fruto ser cortado y echado al fuego.† Las mujeres lloraban y los hombres golpeaban sus pechos, los nios geman y todos avanzaron hasta la orilla del ro para ser bautizados y confesar. Qu miserables pecadores eran! No tengo ninguna duda de que sintieron el deseo de santidad y limpieza porque estaban terriblemente excitados ante la venida del Salvador que iba a hacerles prncipes en Israel colocndoles a su derecha. Algunos eran de Nazareth, entre ellos mi nieto.

—Juan estaba en el medio de otra y ms furiosa condenacin de los crmenes de la humanidad, porque era un hombre que no tena paciencia, incluso con el ms pequeo de los pecados, y tena poca compasin en su alma, cuando repentinamente Jess apareci en la orilla. † Qu es lo que hizo que todo el pueblo alzase sus cabezas instantneamente contemplndole con un repentino silencio? Incluso los naturales de Nazareth, que le conocan, permanecieron en silencio. Se mantuvo de pie sobre la orilla del ro, mirando hacia Juan, sobre su dorada cabeza brillaba el sol, contemplaba al pueblo con sus ojos azules y compasivos.

—Ezequiel me dijo que tena la majestad de un rey, el esplendor de un gran potentado, la gloria de un profeta, la austeridad de un Moiss, mientras permaneca all, vestido con sus ropas de campesino, y descalzo. Se perciba que la Visitacin haba aparecido, e incluso aquellos que le conocan se sintieron asombrados, porque nunca le haban visto revestido de tal sobrenatural poder.

—Al otro extremo Juan detuvo su discurso de reproches y llor alzando la mano hacia su pariente. Y entonces Jess, en medio de la inexplicable tranquilidad, se dirigi hasta la orilla y pidi a Juan que le bautizara. Juan se sinti horrorizado; quit sus zapatos, despus de haber tocado su frente con los dedos. Luego dijo con voz dbil: † † Quin soy yo para que deba bautizarte a ti?†

—Jess le sonri tiernamente, mir los rostros de la gente e inclin la cabeza. Penetr en las aguas del ro y esper con calma. La gente se apiaba en las orillas. Algunos de los nazarenos murmuraron entre s. † Pero si este es Jess, nuestro vecino, nuestro carpintero, el hijo de Mara y Jos a quien conocemos.† Miraron hacia abajo a los dos hombres en el ro, uno de tan salvaje apariencia y otro tan silencioso y lleno de majestad. Y as Juan le bautiz, alzando las verdes aguas en sus manos temblorosas, su rostro maravillosamente humilde, y con lgrimas en sus ojos. Los gruesos rboles y matorrales proyectaban una luz esmeralda sobre ellos, sin embargo la barba y cabeza de Jess permaneca dorada.

—Fue inmediatamente despus del bautizo que ocurri una cosa extraa, aunque los detalles han sido causa de discusin. Jess qued repentinamente iluminado, como si los rboles hubieran sido separados para dar paso al sol en toda su intensa luz y fulgores excesivos para mirarle. Un pjaro blanco apareci desde no se sabe donde y repos sobre su hombro y una voz profunda fue oda desde el cielo. † / ste es mi hijo amado en el cual tengo puesta mis complacencias.†

—Ezequiel jura que esto ocurri, querido Lucano —dijo Isaac, y sec las lgrimas de sus ojos con su vieja manga—, y Ezequiel no ha mentado en su vida. Volvi a Nazareth muy agitado y me cont todo esto en medio de sollozos. † He odo la voz de Dios †, dijo una y otra vez, tapndose sus odos como para evitar or aquel sonido. Estaba fuera de s en un rpto de temor. Es un joven muy comedido.

—Cuando nuestros convecinos de Nazareth volvieron a casa, muchos de ellos estaban en las mismas condiciones que mi nieto. Se amontonaron alrededor de la humilde casa de Jess y Mara, donde ellos vivan solos, porque Jos ya haba muerto. Gritaron para que Jess saliese a ellos y finalmente / l surgi en los escalones de la puerta, y ellos cayeron sobre su rostro, postrndose a s mismos mientras / l les bendeca, sonriendo con su amable y compasiva sonrisa. Conoca a su pueblo; saba que eran pobres, despreciados por los levitas y fariseos, oprimidos por los impuestos de Roma y que vivan desesperanzados. Les amaba, eran los suyos.

—Pero algunos de los nazarenos estaban secretamente furiosos y molestos. Declararon que no haban visto ningn milagro en el Jordn. † Qu aquel carpintero con sus aires y gracias, aquel hijo de Mara que era an ms pobre que ellos? Qu pretensin! Nunca haban conocido a un profeta de Nazareth, ni le haban visto iluminado, ni el pjaro blanco posado sobre su hombro, ni odo la voz del cielo, todo aquello era una blasfemia.

—Injuriosas discusiones surgieron entre amigos, entre padres e hijos, entre madres e hijas, entre vecinos y vecinas. Un poco despus Jess parti de Nazareth y se dijo que se haba ido al desierto para meditar. † Es un zelote †, dijeron algunos. † Nos causar dificultades con Roma. † No es acaso nuestra vida lo bastante dura sin poseer ms aflicciones? † Recordis lo que ocurri cuando los romanos persiguieron y cazaron a los zelotes hace unos pocos meses?†

Las horas pasaban veloces e Isaac, aunque exaltado, era viejo y cansado. Lucano no haba dormido en toda la noche, pero viendo el rostro de su posadero exhausto, se levant, dio las buenas noches y se dirigi a su habitacin.

Una vez solo escribi su evangelio. La luz de la amarilla luna caa sobre su hombro y la Impara parpadeaba. Un solitario perro ladraba, los distantes chacales respondan con sus salvajes aullidos. Escriba rpidamente, sin pausar, hasta que concluy la historia oda en boca de Isaac por completo. El alba ti(60) el cielo con tono perla y los pjaros empezaron a piar saludando al an invisible sol. Entonces se acost, or y qued pacficamente dormido. So(60) que permaneca en el ro Jordn y que Aquil estaba en el ro, vestido de luz,

emergiendo hacia l; y l caa ante sus rodillas. Se sinti baado en un esplendor difuso y coloc las manos sobre los ojos.

CAP \ TULO LIII CAP \ TULO LIII

A la maana siguiente Ezequiel llam a su puerta. Al abrirla, Lucano vio su rostro lleno de una insegura incertidumbre y, entregndole un paquete que llevaba en las manos, dijo:

—Este paquete lo han trado de Tiberias para ti, esta maana, por un soldado romano.

—No temas —dijo Lucano amablemente tocando al muchacho en sus hombros —, sencillamente son cartas para m de un gran amigo de Jerusaln, Hilel ben Hamram.

Se sent en la cama y ley las cartas que haban sido enviadas a la casa de Hilel. Haba una carta de Iris, otra de Aurelia, su hermana, otra de Prisco y otra ms de Plotio. Las ley todas con amor. Algunas veces suspiraba. ¿Vera alguna vez a aquellos que tenan su cario? Su madre era vieja, pero por primera vez no le rog que volviese a Roma. Le haba escrito en los trminos siguientes:

‡ Querido hijo: Debes hacer lo que tu espritu te ordena y yo lo comprender. He tenido un sueo en el que se me deca que no pertenescas a tu familia y que Dios te haba llamado para que le obedecieses. Pero recordanos con amor porque ciertamente t ests siempre en nuestros corazones.‡

Alegrose con las buenas nuevas que recibí de su familia. Pero Tiberio Csar caa y Roma secretamente esperaba su muerte, porque se haba transformado en un ser terrible y cruel, carente de piedad y comprensin. Sus crmenes eran innumerables. Era como si estuviese vengndose de su imperio y de su pueblo. Lucano suspir. Que la gente se diese cuenta del peligro de sus gobernantes, pens, porque ellos son culpables de sus excesos.

Ley despus la carta de Hilel con un inters cada vez ms profundo. Primero que nada esperaba que Lucano volviese a fin de seguir adelante con los planes de la boda de Ariele ben Aleazar y Lea.

Tena un visitante en la casa. ‡ Recordars, mi querido Lucano, que una vez te escrib acerca de Saulo de Tarso, o Gallo Julio Pablo como es conocido en su ciudadana romana. Es fariseo, y anteriormente haba tenido las ms estrechas convicciones religiosas. Era estricto observador de la ley a pesar de su alcurnia y su alta posicin como administrador y abogado. Era tambin un hombre orgulloso y arrogante, de lengua aguda, como la mayora de los abogados, y de opiniones incambiables; lo cual se deba en parte a su temperamento. Es propenso a fuertes entusiasmos y dogmatismos, y arranques de ira. No permita que nadie olvidase que a la vez que romano y judo descendía de una noble e influyente familia y no toleraba la insolencia, que deba ser castigada al instante. Pese a su juventud era rgido y de honrado orgullo. En los juzgados teman y admiraban su genio forense.

‡ Sobre todas las cosas, fue siempre un devoto judo. Odiaba a aquellos que se atrevan a poner en tela de juicio El Torah en el ms mnimo detalle. Cuando oy hablar de Jess, el humilde Nazareno, y los rumores de que l era el Hijo de Dios, se sinti personalmente insultado.‡

‡ Nada bueno sali nunca de Nazareth ‡, me escrib. ‡ Cuando Dios nos envió nuestro Mesas, llegar como un rayo, entre una compaa de arcngeles, y con las trompetas del Seor nuestro Dios, todos le conocerán y las naciones del mundo se inclinarn ante l. ¿Cmo se atreve ese campesino, ese carpintero, hijo de Nazareth, a ser proclamado el Salvador por los ignorantes? Es una blasfemia ante el rostro de Jehov. Estoy lleno de ira, y justo enfado. La ley ha sido violada por las tontas e ignorantes masas. Sabes que siempre he despreciado a los ignorantes, que cantan sus oraciones por rutina y no saben nada de la verdadera ley y de sus implicaciones. Si pudiese salirme con la ma les confinara a los patios exteriores del Templo, porque su olor y grises rostros son una afrenta ante la gloria de Dios. Y sus sacrificios debieran ser rechazados.‡

‡ Temo, Lucano, que mis cartas a l slo sirvieron para aumentar su ira. ¿Cmo poda yo, Hilel ben Hamram, de una gran familia, un erudito, un hombre de posicin honrada en el Templo ser engaado por los rumores de aquel Jess, aquel hombre de las ridas montañas y gargantas de Nazareth? Sobre m haba cado un embrujo. Era intolerable. Y entonces los esparcidos cristianos empezaron a producir turbulencias en Damasco, peleando con sus prjimos, desafiando a la ley, declarando que el Mesas haba nacido de una virgen, en una familia humilde, haba predicado a travs de todo Israel, violentando a los sacerdotes y a los escribas de la ley, hablando contra los fariseos que administraban la ley y llamndoles ‡ generaciones de vboras e hipcritas.‡ y haba sido crucificado, por incitar a Roma, para su mortal dao.

‡ Como administrador romano haba marchado para cumplir este deber legal en Damasco y suprimir lo que los romanos llamaban insurreccin, pero a lo que l llamaba blasfemia. Cabalgaba con su compaa de abogados y un cortejo de soldados romanos, sedientos de venganza y llenos de furia. Tan enfadado estaba que no se detuvo en ninguna posada para pasar la noche, sino que cabalgó adelante como un torbellino hacia Damasco.

‡ Y ahora, como amigo mo y hsped de mi casa, me cuenta la ms maravillosa y extraa de las historias.‡

‡ Est lleno de pasin y excitacin y repite la historia como si yo fuese un incrduo y l un evangelista que debiera convencerme.

‡ Cabalgaba todo el rato a la cabeza de su cortejo, camino de Damasco, con sus vestidos y cabello ondeando al viento.‡

‡ Repentinamente el caballo se encabritó y Saulo tuvo que dominar a la bestia. Su cortejo frenó tras él, luchando con sus caballos y maldiciendo; se agitaron en medio de la carretera castigando con sus fustas a las cabalgaduras porque los cascotes delanteros de los animales batían el aire en un tremendo movimiento mientras los arneses dorados por la luna brillaban como agitada plata.‡

‡ Entonces, ante Saulo, apareció una tremenda luz, como un nuevo sol y en medio de ella vio una figura radiante, coronada de espinas y vestida con una túnica de deslumbrante blancura. La figura, alzando sus heridas manos, dijo a Saulo con voz profunda y amable: ‡ Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?‡

‡ Saulo contempló la figura, medio cubriendo sus ojos para protegerlos de la luz. Un asombroso temblor se apoderó de él, un sentimiento de la más devastadora de las culpas. No sabía qué hacer, o qué responder. Su alma se sintió traspasada y estremecida. Aquel era el Mesías, a quien estaba a punto de perseguir, cuyos seguidores estaban a punto de destruir. Miró a la gloriosa faz y su corazón saltó con gozo. La carne humana no podía soportar aquella visión. Saulo sufrió un ataque y cayó inconsciente de su caballo.‡

‡ Algunos en su entorno no habían visto nada. Otros declararon que habían percibido la luz cegadora y que se habían sentido llenos de terror. En cualquier caso, Saulo volvió a Jerusalén, un hombre nuevo, cambiado, lleno de lágrimas, de gozo y angustia mezcladas en un apasionado amor. Había visto al resucitado. Toda su naturaleza vehemente aceptó lo que la misma naturaleza había rechazado no hacía mucho tiempo con desprecio y contención.

‡ Ahora estoy en mi casa. Asegura que iré al instante a ver a Pedro en Joppa, para ser bautizado y recibir instrucciones. Luego se marchó a su misión. A mí me ha dicho: ‡ ¡Yo, nuestro Señor, no sólo vino a los judíos sino a los gentiles.‡

‡ Me transformé en una voz para los gentiles y les conduje a la salvación.‡ Recuerda esto del perseguidor Saulo.‡

‡ Le he persuadido a que espere hasta que tú vuelvas de tu visita a Mara en Galilea. Es un hombre muy impaciente, y al principio rehusó. No podía perder ni un momento en realizar sus proyectos. Le he dicho todo lo que sé acerca de ti, mi querido amigo, y ahora declara que irá juntos a ver a Pedro. No sé lo que Pedro hará de él, Pedro, el pobre galileo, el humilde pescador. Saulo es un hombre tan temperamental. Ni siquiera ahora puede olvidar que es judío de casa noble y un ciudadano romano. Está lleno de entusiasmo y oración ¿Reír con Pedro y Pedro con él? Saulo cree que ha recibido una dispensación especial de nuestro Señor, incluso admitiéndole, que era mucho mayor que la gracia concedida a los apóstoles. ¿Ser arrogante con Pedro? La humildad es difícil para él. ¡Yo lo vi y creyó. Saulo no vio al Señor en la carne, pero ahora cree con tal excitación que algunas veces intimida. Incluso me amonesta a mí, me aconseja a mí, que intenté tantas veces convencerle antes. Es como tener una tempestad en casa; anda por la noche, murmurando para sí y rogando.‡

‡ Ayer me dijo: Estoy interesado en Lucano y las historias que me has contado acerca de él. Pero es un gentil, y debe ser conducido por mí, porque los gentiles tienen corazones testarudos, y a mí se me ha otorgado el llevarles a la fe.‡ Contuve mis sonrisas. Algunas veces me convence de que soy demasiado ignorante, de que no he acabado de darme cuenta del mensaje del Mesías.

‡ Y ahora, mi querido Lucas, te esperamos.‡

Aquella era la primera vez que Lucano había sido llamado por el cariñoso diminutivo. Leyó y releo la carta de Hilel. Y su excitación creció. Tenía la impresión de que él y Saulo se comprenderían uno al otro porque ninguno de los dos había visto al Mesías en la carne. Le habían visto sólo en su espíritu; y sin duda que la visión del espíritu era más pura que la de los ojos mortales. Pensó en Saulo con un repentino afecto, lo cual le pareció inexplicable. Sonrió mientras consideraba a aquel hombre vehemente y orgulloso, ciudadano romano como él mismo. Saulo realizaría grandes cosas. Hablaría con enfática autoridad. Será el acicate de los apóstoles que aún sospechan de los gentiles y les temen. Pero también será un acicate para los gentiles.

Lucano sacó sus utensilios de pintura después de haber comido en su habitación. Pintaría a Mara para las edades venideras. Pensó en sus hermosos y tranquilos rasgos, su majestad, su gracia, su sereno y ultra terreno aspecto. Pensó en sus penetrantes aunque amables ojos, su heroica sonrisa, su dulce compostura. Empezó a trabajar. Pero Mara se le escapaba. Era a la vez vieja e inmortalmente joven, sencilla y profunda. ¿Cómo podrán los simples pigmentos representarla, a ella, la madre de Dios?

CAP ^ TULO LIV CAP ^ TULO LIV

LUCANO fue a pie para ver a Mara por última vez. La desolada y desierta calle donde ella vivía le deprimía. El suelo estaba lleno de baches en los que un ardiente polvo blanco se acumulaba. Las cerradas ventanas y puertas, huyendo del calor, parecían mirarle. Unas cuantas cabras y gallinas polvorientas se apartaron corriendo de su paso. Las montañas grises parecían danzar en oleadas de calor bajo un cielo abrasador. Estaba contento de que Mara partiese pronto para Jerusalén para quedar con el joven Juan a cuyo cuidado la había confiado Su Hijo. Juan había hablado de ella con los ojos llenos de lágrimas y una profunda devoción, su voz temblorosa, y por lo tanto Lucano no tenía que Juan descuidase a Mara.

Mara respondi a su llamada abriendo la puerta y sonriendo amablemente; luego le condujo por el tramo de escaleras a la habitacin inferior, que parecia una cueva, donde reinaba la frescura. Le haba preparado una comida que estaba dispuesta sobre la mesa de madera: rebanadas de pan con miel, panecillos crujientes, fruta, queso, leche de cabra y vino. Una luz difusa iluminaba la habitacin en la que Mara se mova como una sombra. Mientras l coma ella permaneci sentada contemplndole, las manos reposando sobre el regazo, su hermoso rostro lleno de tranquilidad. Lucano haba pintado su retrato sobre madera pero mientras la miraba se sinti lleno de frustracin. Haba credo, al final, que haba conseguido una imagen de ella bastante aproximada. Pero Mara haba cambiado de nuevo; era otra vez la tmida doncella, digna y llena de compostura, su mirada ensoadora y lejana. Pareca emitir luz de su propia carne en tal forma que reinaba a su alrededor un halo de luminosidad.

Lucano dijo:

—Seora. ¿Supo tu Hijo siempre quin era? ¿Desde Su niez?

Mara reflexion y luego dijo:

—Creo que s; s que s. Incluso en la cuna que Jos, mi esposo, hizo con sus propias manos, lleno de amor, parecia estar siempre meditando. Era el ms amable y encantador de los bebs; nunca lloraba, ni siquiera cuando tena hambre. Pareca conocernos desde el mismo instante de Su nacimiento. Algunas veces, durante las noches, levantaba yo sobre su cuna una lmpara para asegurarme de que estaba bien y dorma. Invariablemente abra sus ojos y me sonrea infundindome confianza.

Era un muchacho fuerte y vigoroso, obediente y con frecuencia silencioso. Se senta dichoso con los juguetes que Jos le haca; jugaba como juegan los dems muchachos. Pero a veces en pleno juego, se quedaba quieto, como si pensase o reflexionase. Era esto lo que molestaba a los dems nios, igual que Sus repentinas partidas a fin de quedarse solo.

Nosotros no hablamos con el de su nacimiento ni de su misin. Exista entre nosotros un tcito entendimiento. En cierta ocasin me encontr llorando, porque yo presenta confusamente Su ltimo destino, por las profecas y por lo que Simen me haba dicho en el Templo. Soy madre, Lucano. Mi Hijo era para m ms que la misma vida y algunas veces mi corazn casi se rompa y me atreva a preguntar si la humanidad era digna de l. Cuando me vio llorar, tendra entonces unos diez aos, vino hasta m, me abraz contra su pecho de muchacho, tranquilo y consolador. No me hizo ninguna pregunta. Sec mis lgrimas cariosamente y yo romp en mayores sollozos. Finalmente me dijo: † No debes llorar, madre ma, porque estar contigo siempre.†

Mara hizo una pausa y aunque sonrea, sus ojos estaban llenos de lgrimas y sus tranquilas manos empezaron a temblar.

—Cuando me dej, despus de que Juan le hubo bautizado, y se retir por cuarenta das, parecia como si toda luz hubiese desaparecido de mi vida, porque comprend que ya no me perteneca y que desde aquel momento era de Dios y del mundo. Jos haba muerto. Segu a mi hijo por el campo con mucha frecuencia y l se senta preocupado por m porque yo ya no era joven. Algunas veces, cuando el pueblo le rodeaba, escuchndole, yo permaneca en los lmites de la multitud, sin querer turbarle con mi presencia. Pero sus ojos me encontraban invariablemente y algunas veces se ponan tristes. Siempre existi entre nosotros la mayor comprensin, amor y devocin. A menudo, cuando estaba ms lejos de m, se me apareca en sueos, lleno de ternura y consuelo. Saba que yo era mujer y madre, que sufra por l y que siempre, por encima de todo, pensaba en l como la carne de mi carne y el ms querido de mi corazn.

Cerr los ojos posada por un profundo dolor y Lucano comprendi que pensaba en la crucifixin, porque su rostro palideci y qued transido. Despus de algn tiempo empez a hablar de nuevo en voz baja.

—Recuerdo un extrao atardecer, cuando l tena catorce aos. Haba trabajado todo el da en el taller, porque era un carpintero maravilloso y siempre tena numerosos encargos. Estaba cansado. Pero aquella noche, a la puesta del sol, dej la casa y subi a la colina que se alzaba tras nuestro hogar. Nadie estaba en la calle o alrededores de la aldea, porque era la hora de la cena. Nunca haba visto yo un cielo tan rojo, como si el firmamento estuviese ardiendo. Incluso los montes parecían llamear como ardientes rocas. No s por qu le segu. Permanec un poco alejada, en la ladera de la colina, sobre un pequeño sendero rocoso, y contempl su lejana figura. Iba vestido con una tnica blanca que yo misma haba tejido y cosido para l. Contra el enrojecido cielo parecia una estatua. Permaneci quieto, como si esperase algo. La escena era tan impresionante, tan llena de majestad, tan inflamada de tonos violentos, que por un momento cerr los ojos. Cuando los abr de nuevo l no estaba solo. Un gran ngel negro, poderoso y majestuoso se hallaba ante l y percib al instante que aquel ngel era todo maldad, pese a que su rostro era sombramente hermoso. Pareca estar envuelto en fuego y noche y sus poderosas alas reflejaban la ltima luz del sol como talladas rocas de basalto. l y mi hijo se contemplaron en silencio y mi corazn se sinti sobrecogido al verles enfrentados. ¿Hablaron entre ellos? No lo s. Aunque reinaba un profundo silencio no pude or ningn sonido. Mi hijo era muy joven, pero era alto y esbelto y no manifestaba sentir ningn temor ante el terrible ngel de rostro apesadumbrado y sombro, pero que respiraba invencible orgullo. Luego, mientras los contemplaba vi como el ngel se inclin y tom un puado de crujiente tierra entre sus manos y se la mostraba a mi hijo y entonces o una dbil y despectiva carcajada. No s como lo llegu a comprender, pero me di cuenta que mostraba a mi hijo lo despreciable de la condicin humana. Arroj luego la tierra y puso uno de sus pies sobre ella y entonces o el ahogado retumbar de un trueno que proceda de abajo del ngel mismo. Luego mi hijo cogi un puado de tierra, la sostuvo entre sus manos con amor, hacindola deslizar entre sus dedos. Era una tierra seca y sin

vegetacin, pero mientras /l la sostena brotaron de ella repentinamente jugosas mat as de hierba verde salpicadas de pequenos lirios que se inclinaban sobre sus manos. Incluso desde donde yo estaba pude percibir la fragancia de las flores que se extendan por el aire. El ngel contempl aquel florecer milagroso y retrocedi cubriendo sus rostros con las manos. Luego, con un terrible grito desapareci y mi hijo volvi a estar solo. Corri a casa antes de que Jess volviese y al poco rato /l tambn regres. Me mir escrutadoramente, luego me rode con uno de sus brazos y me bes en la mejilla. Me acog a /l sin decir nada y sin que /l tampoco hablase. Despus nos sentamos y cenamos.

Lucano volvi a contemplar el rostro de aquella maravillosa mujer que haba visto tanto y haba sufrido tanto. Sonrea dbilmente como si de nuevo estuviese sumida en sus sueos. No pudo resistir el deseo de caer de rodillas a sus pies y besarlos con profunda reverencia y amor. Ella hacia abajo contemplndole mientras su rostro se iluminaba y coloc una de sus manos sobre la cabeza de Lucano mientras los pensamientos de ste volaban irresistiblemente hacia su propia madre Iris.

Maria volvi a llenar su copa de vino y se la ofreci. Lucano, de rodillas an, bebi el vino y se sinti maravillosamente reconfortado. Luego ella dijo:

—Mi querido nio, no llores. ¿Acaso no soy la ms afortunada de todas las mujeres? Algrate conmigo de que /l sea mi hijo.

Ascendieron las escaleras de piedra juntos y salieron a la calle plenamente iluminada por la luz del medio da que hacia que la calle apareciese incluso ms desolada todava.

—Debo dejarte ahora, Seora —dijo Lucano—, porque tengo mucho que hacer ante m. Ella asinti con un gesto.

—Lo s. Que la paz sea contigo, Lucano.

Lucano parti, descendiendo lentamente por la estrecha callejuela. Cuando lleg al final se volvi y contempl de nuevo a Mara.

Permaneca de pie con un paisaje de fondo ardoroso de luz y calor que parecia hacer arder los montes tras ella, ya Lucano le pareci como si ella hubiese crecido, alta, elevada, vestida en una luz pursima y que su rostro brillaba como la luz de una luna llena. Su aspecto era increblemente hermoso, lleno de paz, intrpido y la calle parecia haber perdido toda su desolacin.

Alz sus manos hacia l en un gesto de despedida y bendicin.

(Continua en la Santa Biblia, el Evangelio de San Lucas y Los Hechos de los Apstoles).

FIN

* * *

**Este libro fue digitalizado para distribucin libre y gratuita a travs de la red
Digitalizacin: Belkis A. - Revisin y Edicin Electrónica de Hernn.**

**Rosario - Argentina
25 de Septiembre 2003 - 14:51**